ANTHONY EVERITT

AUGUSTO

EL PRIMER EMPERADOR

ACCESO ABIERTO

ANTHONY EVERITT

Fue secretario general del Consejo de las Artes británico y es profesor visitante en la Universidad de Nottingham Trent. Autor de una aclamada biografía de Cicerón y colaborador habitual de *The Guardian* y *Financial Times*, vive cerca de Colchester, la primera ciudad fundada por los romanos en Inglaterra.

César Augusto fue uno de los hombres más influyentes de la historia y el primer emperador de Roma. Sacado de una oscura provincia por su tío-abuelo Julio César, quien lo adoptó póstumamente en su testamento, Augusto transformó la caótica República romana en una ordenada autocracia imperial. Halló una Roma hecha de arcilla y legó una ciudad de mármol. Tras una juventud marcada por una salud precaria, con una fuerte tendencia a caer gravemente enfermo en períodos de crisis, Augusto supo sobreponerse con inteligencia, meticulosidad, paciencia y valentía. Derrotó a los asesinos de su padre adoptivo, y posteriormente aniquiló sin piedad a su antiguo aliado Marco Antonio y a su amante Cleopatra. Trabajó concienzudamente en su proyecto político, reconstruyó Roma y la transformó en una poderosa metrópolis y en uno de los centros políticos y artísticos más importantes del mundo antiguo. Gracias a Augusto, Roma consolidó su paso de ciudad-estado a imperio global, poniendo los cimientos de la futura Europa.

En esta dinámica y atractiva biografía, Anthony Everitt nos muestra la profunda humanidad de un hombre extraordinario, de un avezado y poderoso gobernante. Además, nos ofrece un apasionante retrato de una época dominada por la intriga, el sexo, la violencia, el escándalo y la ambición más despiadada.

«El estilo de Everitt es tan directo y vivo que logra resucitar para los lectores tanto el mundo de la antigua Roma como la vida de Augusto en este libro magnífico, imprescindible para cualquiera interesado por el mundo clásico», *Booklist*.

«Everitt consigue hacer comprensible para los lectores actuales el ascenso de Augusto en la antigua Roma... El autor plasma magistralmente la compleja personalidad del emperador», *Publishers Weekly*.

«Certero, conciso, admirablemente documentado y razonablemente asequible, este libro no es un excesivo banquete romano, sino un saludable plato para el intelecto», *Kirkus Reviews*.

«Una apasionante biografía del emperador Augusto», *Library Journal*.

«Una biografía ejemplar», *The Guardian*.

Anthony Everitt

Augusto

El primer emperador

Traducción de
Alexander Lobo

Ariel Biografías y memorias

1.ª edición: abril de 2008

Título original: *The First Emperor*

© 2006 Anthony Everitt

Publicado por primera vez en inglés por
Hodder Headline PLC.

© de la traducción: Alexander Lobo

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2008: Editorial Ariel, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

ISBN 978-84-344-5247-3

Depósito legal: NA - 818 - 2008

Impreso en España por
Rodesa (Rotativas de Estella, s.l.)
Villatuerta, Navarra

Dedicado a Roddy Ashworth

Prefacio

El Imperator Caesar Augustus, para designarlo con su verdadero título, ha sido uno de los hombres más influyentes de la Historia. Como primer emperador de Roma, transformó la caótica República romana en una rígida autocracia imperial. Su consolidación del Imperio romano hace dos mil años dispuso los cimientos sobre los que posteriormente fue erigiéndose Europa como territorio y como cultura. Si hay alguien que pueda calificarse como el padre fundador de la civilización europea, ése es Augusto.

Su carrera fue un estudio magistral sobre el ejercicio del poder. Aprendió cómo obtenerlo y, aún más importante, cómo conservarlo. La historia de los últimos cientos de años ha demostrado que los imperios son muy difíciles de erigir, pero muy fáciles de perder. En el siglo I a. C., Roma gobernaba uno de los mayores imperios que el mundo haya visto jamás, pero las políticas disparatadas y los malos gobernantes la habían puesto al borde del colapso. Augusto ideó un sistema político que salvaguardó la supervivencia del Imperio durante quinientos años más. La Historia nunca se repite exactamente igual, pero los líderes políticos y los estudiantes de Ciencias Políticas encontrarán sus políticas y métodos de gran interés.

Sin embargo, la figura de Augusto es enigmática. Se han escrito muchos libros sobre sus logros, pero centrados en su época más que en el hombre. Mi esperanza es rescatar a Augusto del olvido.

Además de exponer sus obras, ubicaré su historia en el tiempo y describiré los acontecimientos y las personalidades que influyeron en él. Augusto vivió un drama extraordinario y a veces aterrador: naufragios, sacrificios humanos, huidas por los pelos, pasiones desenfrenadas, batallas terrestres y navales, escándalos

familiares y, por encima de todo, la inexorable búsqueda del poder absoluto.

En el escenario se agolpan personalidades imponentes: el brillante y encantador Julio César, la despiadada Cleopatra, de quien se dice que utilizó el sexo como un instrumento político, el idealista y asesino Bruto, el inteligente y alcohólico Marco Antonio, el severo Tiberio, la magnífica y promiscua Julia, y muchos otros.

Los acontecimientos e incidentes que conforman una vida no pueden entenderse completamente sin evocar el sitio. El lugar en el que sucedió algo es una dimensión importante de lo sucedido. Así pues, me he esforzado por evocar los emplazamientos de la carrera de Augusto tal como eran en aquel entonces y como son en la actualidad, como su casa en el Palatino, el lugar secreto en la isla de Pandataria, el cabo llano y arenoso de Actium (también conocida como Actio o Accio) y la espectacular ciudad de Alejandría.

Dos mil años después, el mundo romano aún es reconocible para nosotros. La práctica política, la vida en una ciudad, los centros de vacaciones en la costa, el cultivo de las artes, el aumento de los divorcios y las fechorías de los jóvenes; el pasado y el presente tienen mucho en común. Sin embargo, algunas formas de degradación, como la esclavitud, el estatus de la mujer y las carnicerías de los gladiadores en la arena del circo, nos asombran y escandalizan. Lo mismo sucede con la aprobación moral concedida a la violencia militar y la expansión imperial. La conquista de las Galias (la actual Francia) por Julio César, en gran medida no provocada, fue ensalzada en Roma como una maravillosa hazaña, pero se estima que un millón de galos perdieron la vida en el campo de batalla.

Augusto era un gran hombre, pero fue adquiriendo su grandeza gradualmente. No poseía el genio político de Julio César, a quien precisamente ese genio acabó costándole la vida debido a su incapacidad para ceder. Augusto era un cobarde que se enseñó a sí mismo a ser valiente. Era inteligente, concienzudo y paciente, aunque también podía ser cruel y despiadado. Tenía una gran capacidad de trabajo y hacía planes a largo plazo, consiguiendo sus objetivos lentamente y a fuerza de equivocarse.

Augusto es una de las pocas figuras históricas que mejoró con el paso del tiempo. Empezó siendo un aventurero sediento

de sangre, pero cuando llegó al poder se convirtió en un hombre respetable. Revocó sus decretos ilegales y se esforzó en gobernar con justicia y eficacia.

Un aspecto curioso de la vida de Augusto es que muchos de los que tuvieron un papel importante en ella eran hombres muy jóvenes. Los adultos que desencadenaron las guerras civiles de Roma cayeron víctimas de largos años de lucha, y la siguiente generación tomó el testigo. Augusto y sus compañeros de clase Mecenas y Agripa no habían cumplido los veinte años cuando se hicieron cargo del estado. Sexto, el hijo de Pompeyo el Grande, debía tener más o menos la misma edad cuando se convirtió en el jefe de la guerrilla en España.

Augusto murió de viejo, pero durante su reinado nunca dudó a la hora de conferir responsabilidades importantes a los jóvenes de su familia, como a sus hijastros Tiberio y Druso o a sus nietos Cayo y Lucio. La excitación de abrirse camino en un mundo de adultos debió de haber sido embriagadora.

Desde nuestra perspectiva actual, es acertado llamar a Augusto el «Primer Emperador» de Roma, pero el título es anacrónico. En ese momento, se le consideraba sólo el jefe del Estado. Aparentemente, la república romana había sido restaurada, no abolida. Augusto fomentó un culto a la personalidad, pero no retuvo el poder permanentemente, sino que tenía que renovarlo regularmente. Hasta que Tiberio no llegó al poder, la gente no se dio cuenta de que habían dejado de ser ciudadanos de un Estado para convertirse en súbditos de una Monarquía permanente. Así pues, no llamo emperador a Augusto en ninguna página de este libro.

La tarea de escribir una biografía de Augusto se complica por el hecho de que muchas fuentes contemporáneas se perdieron en la Edad Media: la autobiografía que Augusto escribió en España en el 25 a.C., su correspondencia con Cicerón, las memorias de Agripa, la historia de su tiempo en los comentarios de Polio y Mesala sobre las guerras civiles después del asesinato de Julio César y treinta libros de la Historia de Roma de Tito Livio, que cubrían el período entre el 44 y el 9 a.C. Sólo se conservan algunos fragmentos de una biografía de Augusto escrita por un amigo de Herodes el Grande, Nicolás Damasceno, y el pormenorizado estudio de las guerras civiles romanas de Apiano, que cubre el siglo I a.C. y termina con la muerte de Sexto Pompeyo en el 35 a.C.

Afortunadamente, Dión Casio presenta un relato bastante completo en su *Historia romana*, pero le falta sagacidad y escribe trescientos años después de los acontecimientos. Los descubrimientos de la arqueología moderna, particularmente las inscripciones y las monedas, aportan mucha información valiosa. Ni Suetonio ni Plutarco son historiadores en sentido estricto, pero añaden anécdotas y opiniones personales, que son de agradecer.

Los primeros treinta años de Augusto están mucho mejor documentados, por lo que puede trazarse un relato minucioso y coherente. Por el contrario, la segunda mitad de su vida requiere habilidades más propias de un detective que de un historiador. Los relatos, misteriosos e incompletos, ocultan tanto como revelan, y a veces sólo pueden aventurarse suposiciones. No se sabe nada con seguridad sobre algunos años de su vida; está escrito que, desde el 16 al 13 a.C., Augusto estuvo en la Galia y en Alemania, pero no sabemos adónde fue o dónde estaba en un momento dado. Para la segunda parte de este libro he tenido que abandonar la narración y adoptar un enfoque más temático.

La disyuntiva no sólo se debe a la pérdida de textos, sino también a una falta de transparencia gubernamental. Dión afirmó que, una vez que el régimen imperial estuvo bien establecido:

> la mayoría de los acontecimientos se mantuvieron en secreto... Muchas cosas que nunca sucedieron acaban estando en boca de todos, mientras que mucho de lo que ocurre permanece en secreto; en casi todos los casos, el rumor no se corresponde con lo que realmente sucedió.

Eso es exagerado, porque las acciones suelen revelar las intenciones y las ideas claves de la Historia no se disimulan con facilidad. Sin embargo, Dión tiene parte de razón.

La mirada retrospectiva no está abierta de par en par a los biógrafos, quienes tenemos el deber de contar una vida lo más verazmente posible. He intentado no olvidar que el pasado fue una vez presente y el futuro era un enigma, esforzándome por esconder mis conocimientos de lo que el destino tenía reservado para los actores del drama.

El plural de un apellido que acaba en -us o -ius lo escribo terminado en -o. Así pues, Balbo se convierte en Balbos, en vez del forzado Balbuses. Sin embargo, no me arrepiento de ser inconsecuente. Así pues, convierto César en Césares, el plural más ha-

bitual, en lugar del latín Caesarïs. Escribo Pompeyo y Livio en vez de Pompeius y Livius, porque así es como el mundo castellanohablante los ha denominado durante muchos siglos.

A fin de transmitir el exotismo de los nombres no romanos he utilizado los nombres partos y armenios en lugar de sus versiones helenizadas y romanizadas, por lo que Artavasdes se convierte en Artavâzd, Artaxes en Ardashes, Orodes en Urûd, Pacorus en Pakûr, Phraates en Frahâta y Tigranes en Dikran.

La interpretación moderna de las antiguas fuentes literarias ha alcanzado un alto nivel de sofisticación, y se adopta cierto escepticismo, la mayoría de las veces prudentemente, sobre cualquier afirmación hecha por un historiador latino o griego. Me inclino por un enfoque minimalista y acepto la veracidad de los testimonios, a no ser que haya alguna objeción obvia o racional, por ejemplo, cuando dos fuentes no coinciden. Es importante dudar antes de dictaminar sobre comportamientos incoherentes o sorprendentes; los humanos son capaces de abrigar emociones contradictorias o de actuar con estupidez o en contra de sus intereses.

Por ejemplo, la visita de Augusto a su nieto Agripa Póstumo en la isla donde este último estaba exiliado, de la que hay testimonio, podría ser un acto extraño o imprudente para un anciano enfermo, pero de ello no se puede deducir que no tuvo lugar. La inverosimilitud es un criterio de juicio que hay que aplicar con mucha cautela. La mayoría de las contradicciones en esta historia están dentro de unos límites aceptables de la irracionalidad humana.

Es difícil ser categórico sobre el valor del dinero, porque el precio de los productos y servicios no era el mismo que en la actualidad. La unidad romana básica de cambio era el sestercio, que equivaldría a una cifra entre 1,5 y 3 euros.

Los romanos contaban los años a partir del momento en que se supone que fue fundada la ciudad, en el 753 a.C., pero no haría más que confundir a los lectores si datara el asesinato de César en el 709 AUC (*ab urbe condita*, o a partir de la fundación de la ciudad), en lugar del familiar 44 a.C. Utilizo el calendario moderno, y al hacerlo, me refiero en casi cada página a un gran acontecimiento que tuvo lugar durante la vida de Augusto y sobre el que ni él ni prácticamente nadie en el Imperio romano supo nada en absoluto: el nacimiento de Cristo.

Cronología

a.C.

antes del 70	Cayo Octavio contrae matrimonio con Atia.
70?	Nace Cayo Cilnio Mecenas.
69	Nace Octavia, segunda hija de Octavio.
63	Consulado de Marco Tulio Cicerón. Conspiración de Lucio Sergio Catilina. El 23 de septiembre nace Cayo Octavio (Augusto).
c. 62	Nace Marco Vipsanio Agripa.
61	Cayo Octavio, el padre de Augusto, es nombrado pretor.
60	Primer Triunvirato.
59	Julio César es nombrado cónsul. Julia, hija de César, contrae matrimonio con Pompeyo el Grande.
58-49	Muere Cayo Octavio. César es nombrado procónsul en la Galia.
antes de 54	Octavia se casa con Cayo Claudio Marcelo. Julia muere.
53	Marco Licinio Craso invade Partia, es derrotado y asesinado en Carrhae.
52	Pompeyo el Grande es el único cónsul.
49	Comienza la Guerra Civil. César invade Italia, gana la campaña en España y se convierte en Dictador.
48	César derrota a Pompeyo en Farsalia, Grecia. Pompeyo es asesinado en Egipto. César coloca a Cleopatra en el trono de Egipto.
46	César derrota al ejército republicano en el norte de África. Catón se quita la vida.
45	En otoño, César derrota al ejército republicano en España. Octavio en Apolonia.
44	César es nombrado Dictador vitalicio. El 15 de marzo, César es asesinado. En abril, Octavio se dirige a Italia. Octavio acepta ser adoptado por César, se convierte en Gaius Julius Caesar Octavianus, u Octaviano.

43	Guerra en Mutina, Marco Antonio es derrotado. Octaviano es nombrado cónsul. Marco Antonio, Octaviano y Marco Emilio Lépido forman el Segundo Triunvirato. Se promulga la Proscripción. Cicerón es ejecutado. Octavia da a luz a Marco Claudio Marcelo (Marcelo).
42	Campaña en Filipos. Bruto y Casio se suicidan. Sexto Pompeyo se hace con el control de Sicilia. Julio César es divinizado. Nace Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia Drusila y Tiberio Claudio Nerón.
41	Lucio Antonio es asediado en Perusia. Antonio conoce a Cleopatra. Inviernos en Alejandría.
40	Caída de Perusia. Muere Marcelo, esposo de Octavia. Octaviano contrae matrimonio con Escribonia. Los partos invaden Siria. Caleno muere en la Galia. Tratado de Brindisi. Antonio se casa con Octavia.
39	Tratado de Miseno. Ventidio derrota a los partos. Agripa libra una campaña en la Galia. Nace Julia, hija de Octaviano.
38	Renovación del Triunvirato. Nace Nerón Claudio Druso. El 17 de enero, Octaviano contrae matrimonio con Livia Drusila. Antonio destituye a Ventidio. Sexto Pompeyo derrota a Octaviano en las afueras de Cumas (Cumae) y en los estrechos de Mesina.
37	Publicación de las *Églogas* de Virgilio. Tratado de Tarento.
36	Después de una derrota inicial en agosto, Octaviano derrota a Sextus Pompeius en Naulochus el 3 de septiembre. Lépido es expulsado del Triunvirato. Expedición parta de Antonio. Se le concede a Octaviano la *tribunicia sacrosanctitas.*
35	Asesinato de Sexto Pompeyo. Octaviano libra una campaña en los Balcanes.
34	Antonio se anexa Armenia. Donaciones de Alejandría.
33	Octaviano es nombrado cónsul por segunda vez. El Triunvirato expira a finales de año. Agripa es nombrado edil. Muere Tiberio Claudio Nerón (padre).
32	Antonio se divorcia de Octavia. Octaviano publica el testamento de Antonio. Los cónsules dejan Roma por apoyo a Antonio. Juramento de lealtad a Octaviano.
31	Octaviano es nombrado cónsul por tercera vez. Batalla de Actium.
30	Octaviano es nombrado cónsul por cuarta vez. Octaviano captura Alejandría. Antonio y Cleopatra se suicidan.

29	Octaviano es nombrado cónsul por quinta vez. Octaviano celebra su Triple Triunfo. Consagración del Templo de Julio César y de la Curia Julia. Marco Licinio Craso pacifica Tracia.
28	Octaviano es nombrado cónsul por sexta vez. Reforma del Senado. Consagración del Templo de Apolo en la Colina Palatina. Empieza la construcción del Mausoleo de Augusto.
27	Octaviano es nombrado cónsul por séptima vez. En enero se firma el primer acuerdo constitucional. Octaviano pasa a llamarse Augusto y se le concede una gran *provincia* durante un período de diez años. Agripa construye el Panteón.
27-24	Augusto en la Galia y en España.
26	Augusto es nombrado cónsul por octava vez. Destitución y muerte de Cayo Cornelio Gallo. Expedición a Arabia Felix.
25	Augusto es nombrado cónsul por novena vez. Julia contrae matrimonio con Marcelo. Augusto cae enfermo en España, y allí convalece.
24	Augusto es nombrado cónsul por décima vez.
24-23?	Juicio de Marco Primo y conspiración de Fannio Cepión y Aulo Terencio Varrón Murena.
23	Augusto es nombrado cónsul por undécima vez. Augusto en Roma. Augusto cae enfermo. Segundo acuerdo constitucional: Augusto dimite del consulado, recibe el *imperium proconsulare maius* y la *tribunicia potestas*. Muerte de Marcelo. Publicación de los tres libros de *Odas* de Horacio.
23-21	Agripa en el este, con un *imperium* incrementado.
22-19	Augusto en el este.
21	Agripa contrae matrimonio con Julia, y después se dirige hacia la Galia.
20	Augusto negocia una entente con Partia. Tiberio en Armenia. Julia da a luz a Cayo. Egnacio Rufo es nombrado pretor.
c. 19	Nace Julia, hija de Agripa.
19	Egnacio intenta conseguir el Consulado. Muerte de Virgilio. Publicación de la *Eneida*. Augusto, de vuelta en Roma, recibe poderes consulares. Agripa domina a las tribus españolas.
18	Renovación del *imperium maius* de Augusto por cinco años. Renovación del *imperium* de Agripa por cinco años, además de la concesión de la *tribunicia potestas*. Renovación del Senado.

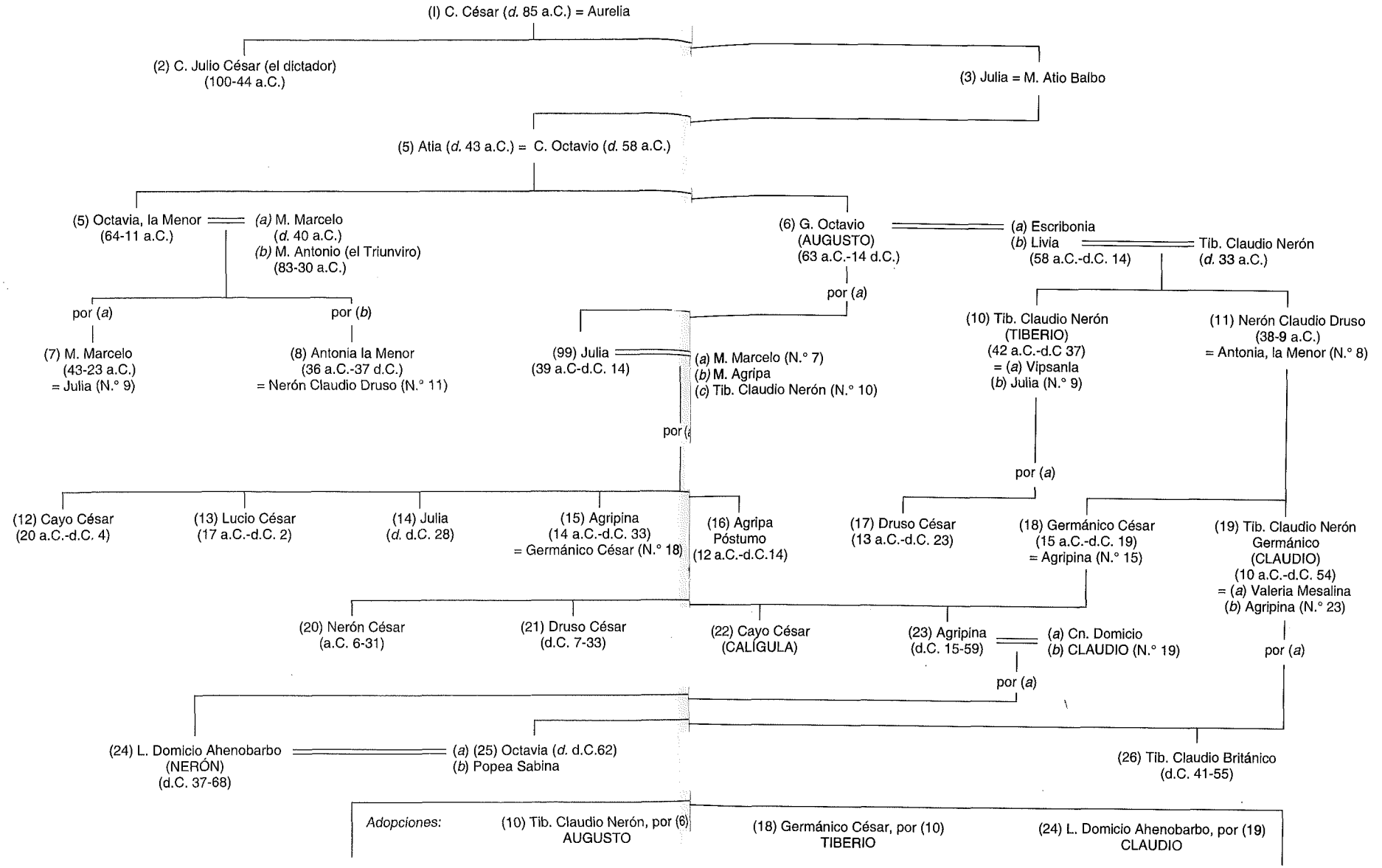
18-17	Reformas sociales y morales *(leges Juliae).*
17	Julia da a luz a Lucio. Augusto adopta a Cayo y a Lucio. Celebración de los *ludi saeculares.*
16-13	Augusto en la Galia. Agripa en el este.
15	Campaña de Tiberio y Druso en los Alpes. Nace Nerón Claudio Druso Germánico (Germánico), hijo de Druso.
13	Tiberio es nombrado cónsul por primera vez. Agripa recibe el *imperium maius* y se le renueva la *tribunicia potestas.* Consagración del Teatro de Marcelo y el Ara Pacis.
13-12	En invierno, Agripa se encuentra en Panonia para sofocar una rebelión, la cual supone una amenaza.
12	Lépido muere. Augusto lo sucede como *pontifex maximus.* Agripa muere en marzo. Nace Agripa Póstumo.
12-9	Campaña de Tiberio en Panonia. Druso en Germania.
11	Tiberio se divorcia de Vipsania y contrae matrimonio con Julia.
10	Nace Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico (Claudio), hijo de Druso.
9	Muerte de Druso.
9-7	Campaña de Tiberio en Germania.
8	Renovación del *imperium maius* de Augusto. Mueren Mecenas y Horacio.
7	Tiberio es nombrado cónsul por segunda vez. Tiberio celebra un Triunfo.
6	Rebelión armenia. Tiberio recibe la *tribunicia potestas* durante cinco años. Tiberio se retira a Rodas.
5	Augusto es nombrado cónsul por decimosegunda vez. Cayo César llega a la mayoría de edad, es nombrado *princeps iuventutis* y designado cónsul para el año 1 d.C.
2	Augusto es nombrado cónsul por decimotercera vez. Lucio César llega a la mayoría de edad. Deshonra de Julia. Consagración del Foro de Augusto y del Templo de Marte el Vengador (Mars Ultor). Asesinato del rey Frahâta de Partia; le sucede su hijo Frahâtak.
2?	Ovidio publica su *Ars Amatoria.*
1	Cayo César es enviado al este con *imperium.*

d.C.

2	Acuerdo entre Cayo César y el rey Frahâtak. Tiberio regresa de Rodas. Lucio César muere en Massilia.
2-3	Cayo César resulta herido.

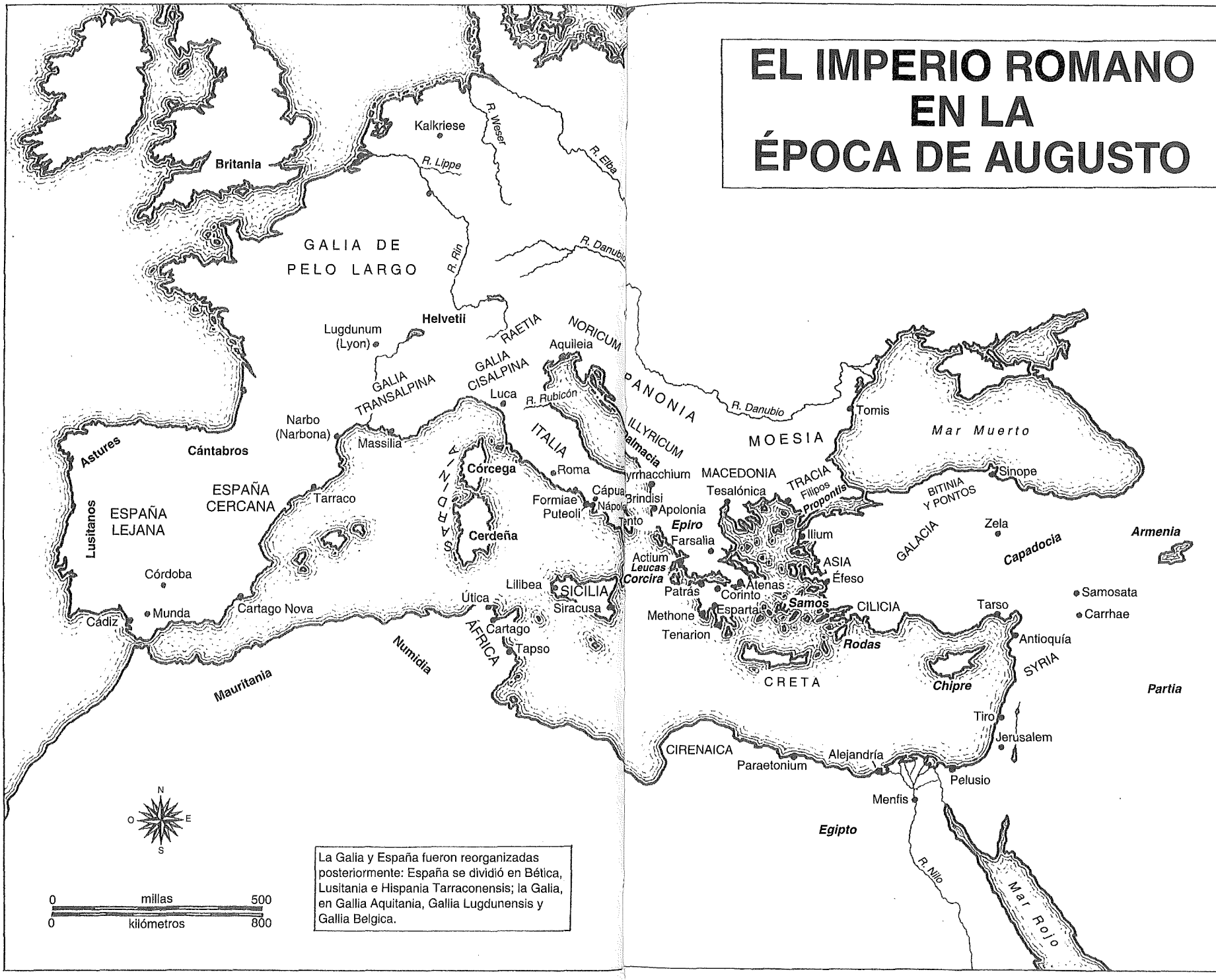
4	Cayo César dímite de su cargo y muere. Augusto adopta a Agripa Póstumo y a Tiberio, el cual adopta a su vez a Germánico. Tiberio recibe la *tribunicia potestas* durante diez años. Campaña de Tiberio en Germania. *Lex Aelia Sentia.* Renovación del Senado.
5	Tiberio llega al Elba.
6	Establecimiento del *aerarium militare.* Rebelión en Panonia y Dalmacia.
7	Agripa Póstumo es desterrado a Planasia.
8	Julia, la nieta de Augusto, y Ovidio son desterrados. Rendición de los panonios.
9	Dominio de Dalmacia. Varo es derrotado en Germania, donde pierde tres legiones. *Lex Papia Poppaea.*
10-11	Campaña de Tiberio en Germania.
12	Germánico es nombrado cónsul. Triunfo de Tiberio.
13	Germánico toma el mando de la Galia y Germania. Renovación de la *tribunicia potestas* de Tiberio durante diez años, además de recibir un *imperium proconsulare maius* equivalente al de Augusto. Germánico recibe un *imperium* proconsular.
14	Augusto muere el 19 de agosto. Agripa Póstumo es ejecutado. Tiberio se convierte en *princeps.* Julia, la hija de Augusto, muere en el exilio.
15	Germánico visita el lugar de los *Variana clades.*
17	Ovidio muere en el exilio.
19	Muerte de Germánico, quizá envenenado.
23	Muerte de Druso, hijo de Tiberio, tal vez asesinado por Sejano.
28	Muere en el exilio Julia, nieta de Augusto.
29	Julia Augusta (Livia) muere.
37	Muerte de Tiberio. Le sucede Cayo (Calígula).
41	Asesinato de Cayo. Le sucede Claudio.
43	Claudio invade Britania.
54	Claudio muere, probablemente envenenado. Le sucede Nerón.
68	Suicidio de Nerón, el último miembro de la familia de Augusto en ser *princeps.*

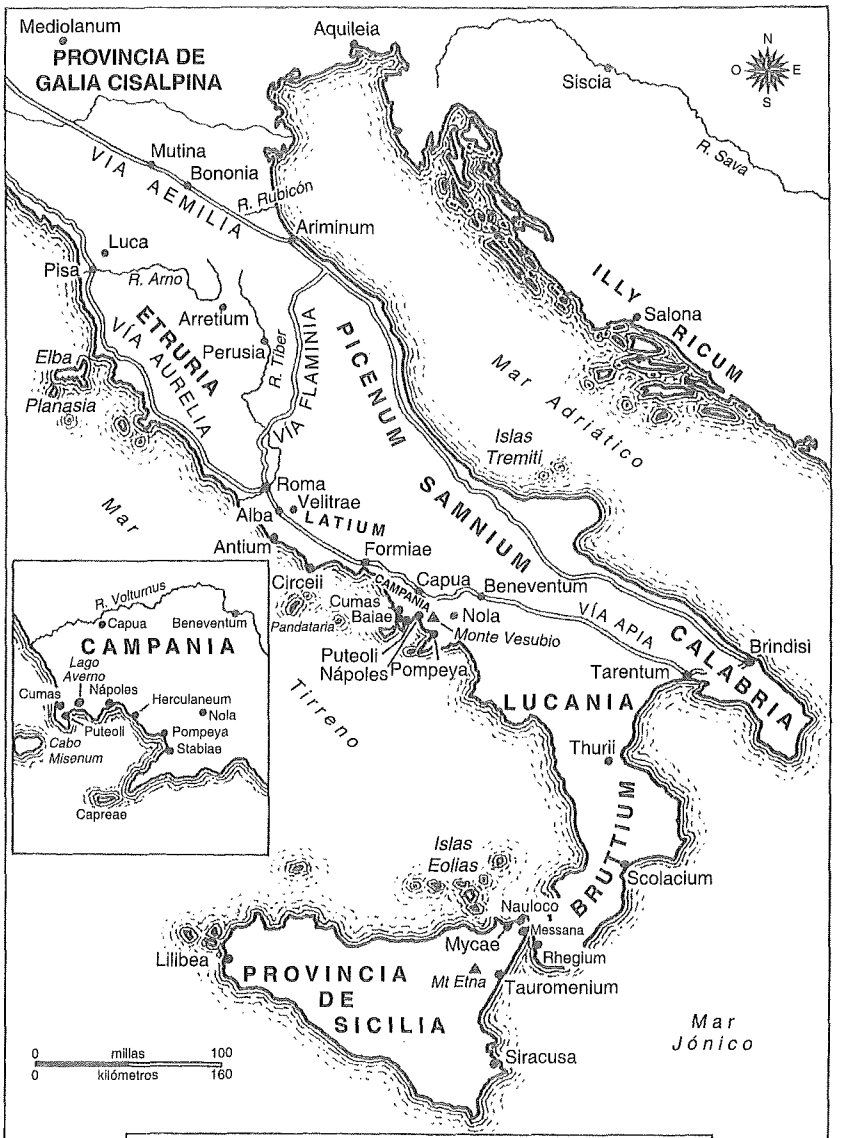
La Dinastía Juliana-Claudia


(I) C. César (d. 85 a.C.) = Aurelia
(2) C. Julio César (el dictador) (100-44 a.C.)
(3) Julia = M. Atio Balbo
(5) Atia (d. 43 a.C.) = C. Octavio (d. 58 a.C.)
(5) Octavia, la Menor (64-11 a.C.)
(a) M. Marcelo (d. 40 a.C.)
(b) M. Antonio (el Triunviro) (83-30 a.C.)
(6) G. Octavio (AUGUSTO) (63 a.C.-14 d.C.)
(a) Escribonia
(b) Livia (58 a.C.-d.C. 14)
Tib. Claudio Nerón (d. 33 a.C.)
por (a)
por (b)
por (a)
(7) M. Marcelo (43-23 a.C.) = Julia (N.° 9)
(8) Antonia la Menor (36 a.C.-37 d.C.) = Nerón Claudio Druso (N.° 11)
(99) Julia (39 a.C-d.C. 14)
(a) M. Marcelo (N.° 7)
(b) M. Agripa
(c) Tib. Claudio Nerón (N.° 10)
(10) Tib. Claudio Nerón (TIBERIO) (42 a.C.-d.C 37) = (a) Vipsanla (b) Julia (N.° 9)
(11) Nerón Claudio Druso (38-9 a.C.) = Antonia, la Menor (N.° 8)
por (a)
por (a)
(12) Cayo César (20 a.C.-d.C. 4)
(13) Lucio César (17 a.C.-d.C. 2)
(14) Julia (d. d.C. 28)
(15) Agripina (14 a.C.-d.C. 33) = Germánico César (N.° 18)
(16) Agripa Póstumo (12 a.C.-d.C.14)
(17) Druso César (13 a.C.-d.C. 23)
(18) Germánico César (15 a.C.-d.C. 19) = Agripina (N.° 15)
(19) Tib. Claudio Nerón Germánico (CLAUDIO) (10 a.C.-d.C. 54) = (a) Valeria Mesalina (b) Agripina (N.° 23)
(20) Nerón César (a.C. 6-31)
(21) Druso César (d.C. 7-33)
(22) Cayo César (CALÍGULA)
(23) Agripina (d.C. 15-59)
(a) Cn. Domicio
(b) CLAUDIO (N.° 19)
por (a)
por (a)
(24) L. Domicio Ahenobarbo (NERÓN) (d.C. 37-68)
(a) (25) Octavia (d. d.C.62)
(b) Popea Sabina
(26) Tib. Claudio Británico (d.C. 41-55)
Adopciones:
(10) Tib. Claudio Nerón, por (6) AUGUSTO
(18) Germánico César, por (10) TIBERIO
(24) L. Domicio Ahenobarbo, por (19) CLAUDIO

Los nombres en mayúsculas corresponden a emperadores.

EL IMPERIO ROMANO EN LA ÉPOCA DE AUGUSTO





ITALIA Y SICILIA EN LA ÉPOCA DE AUGUSTO

Introducción

14 d.C.

Al viejo le encantaba Capri. Para él era un placer estar de vuelta, aunque sólo fuese por unos días. Por desgracia, no podía quedarse más tiempo, porque debía hacer los preparativos para su muerte. Cada detalle había sido cuidadosamente planeado.

La isla era montañosa e inaccesible casi en su totalidad, con acantilados, grutas al nivel del mar y rocas con formas extrañas. La abundante luz solar, la flora casi tropical y el aire puro lo convertían en un lugar maravilloso, así como sus agradables habitantes, descendientes de antiguos colonos de Grecia. Aquí podía olvidar los asuntos de Estado y descansar en total intimidad y seguridad.

La seguridad era una cuestión de gran importancia, porque el anciano era el gobernante de todo el mundo conocido y tenía muchos enemigos. Había derrocado al gobierno republicano, en parte democrático y en parte corrupto, y durante más de cuarenta años había gobernado el Imperio romano en solitario. Era conocido como Augusto, o «reverenciado», un nombre que lo distinguía de los mortales ordinarios. Sin embargo, nunca hizo alarde de su autoridad, y no le gustaba que lo llamasen *dominus* («señor»), sino *princeps*, «jefe» o «primer ciudadano».

Capri no sólo era hermoso, también era fácil de defender. Algunos años antes, Augusto se había hecho construir aquí una suntuosa villa. Estaba encima de un elevado acantilado, y parecía la proa de un barco de piedra. La villa contaba con todos los lujos: vastos jardines, un complejo de baños con habitaciones y piscinas climatizadas y espectaculares vistas al mar. No había manantiales en esta isla árida y rocosa, por lo que el agua de lluvia se recogía en cisternas. Bloques de apartamentos de cuatro pisos

albergaban a los numerosos sirvientes, esclavos y guardias necesarios para cuidar del *princeps* y de sus invitados.

Augusto no era el único hedonista; quería que sus sirvientes también lo pasaran bien. Algunos de ellos vivían en un pequeño islote cerca de Capri, bautizado por Augusto como «la Tierra de no-hacer-nada», debido a que eran muy perezosos.

Augusto tenía setenta y siete años de edad y su salud era muy precaria. La primavera anterior se había dado cuenta de los primeros signos de decadencia. El final se estaba aproximando con rapidez, y también su mayor reto. Por el bien de Roma —se dijo—, el gobierno encabezado por una única persona debía continuar después de su muerte. Con ese objetivo, consideró cuidadosamente todo lo tendría que hacerse a fin de asegurar una transición suave de poder a su sucesor. Sabía que surgirían problemas. En cuanto muriese, muchos romanos querrían volver a los días de la República libre. La gente ya hablaba con frivolidad de las bendiciones de la libertad, e incluso se parloteaba irresponsablemente sobre la guerra civil.

El *princeps* formó un pequeño comité de sucesión y le encargó la tarea de planear su sucesión. El objetivo era que todo estuviese listo antes de que nadie se hubiese dado cuenta o tuviese tiempo de objetar. Presidió las reuniones del comité, entre cuyos miembros había varios consejeros políticos de confianza. Como había hecho a lo largo de toda su carrera, depositó su confianza en su esposa Livia, de 71 años de edad. Ella asistió a algunas de las reuniones del comité.

Augusto tenía la intención de que su sucesor fuese Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia y competente comandante militar de 55 años de edad. Diez años antes, Augusto lo había adoptado formalmente como hijo suyo y compartía el poder con él.

La lástima era que tuviese que dejar el poder a un hombre que no le gustaba, pensó el anciano para sus adentros. No se podía negar que Tiberio era competente, trabajador y experimentado, pero también era pesimista y rencoroso. «Pobre Roma —murmuró—, ¡condenada a ser masticada por esas pesadas mandíbulas!».[1]

Sin embargo, había otro posible pretendiente. Augusto tenía un hijastro, Agripa Póstumo, de veintitantos años. Siempre había tenido debilidad por él, pero su hijastro se había convertido en un

joven airado y violento, inapropiado para gobernar. Augusto lo había adoptado a la vez que a Tiberio, esperando que el muchacho madurase y se hiciese más responsable.

Eso no sucedió, y su apenado abuelo había tenido que repudiarle. Algunos años antes, lo había enviado al balneario de vacaciones de Sorrento para que se tranquilizase, pero aún así había conseguido meterse en líos. Ahora languidecía bajo arresto militar en Planasia, una pequeña isla al sur de Elba. Lo había perdido de vista, aunque, y ello era motivo de aflicción, no se había olvidado de él.

Agripa tenía amigos influyentes en Roma que estaban cansados de la forma de gobernar cautelosa y paciente de su abuelo. Augusto había recibido informes fiables de que se estaba tramando un complot para rescatar al joven de su exilio, ponerlo al frente de alguno de los ejércitos fronterizos y marchar sobre Roma.

Si se producía alguna resistencia durante el traspaso de poderes después de su muerte, estaría centrada en Agripa. Así pues, la primera tarea del comité de sucesión era encargarse de la amenaza que Agripa suponía. En mayo del 14 d.C., Augusto dejó dicho que necesitaba calma y tranquilidad y que tenía la intención de pasar un par de semanas en el campo, en una villa al sur de Roma. Una vez allí, se embarcó en el más estricto secreto en lo que iba a ser un largo viaje hacia el norte rumbo a Planasia.

Agripa se sorprendió a causa de la inesperada llegada de su abuelo, y hubo muchas lágrimas y abrazos. Sin embargo, la conversación reveló que el chico no había cambiado y continuaba tan sombrío y peligroso como de costumbre. Augusto estaba conmovido, pero era implacable. Desde su ascensión al poder a la edad de dieciocho años, no había tenido compasión de nadie que amenazara su poder. Cuanto mayor fuese la amenaza, incluso de alguien cercano y querido, más glacial era el castigo.

El *princeps* rodeó con su brazo el hombro de Agripa y le aseguró que le amaba y que pronto le llevaría a Roma. Suponiendo que eso le haría desistir de cualquier plan de huida y venganza, subió a su barco, donde, afectado y abatido, se convenció de que debía ordenar la ejecución de su nieto.

Todo hubiera sido más fácil si los implicados en la sucesión no hubiesen estado en Roma. El plan acordado consistía en que,

cuando llegase el momento, el *princeps* enviaría a su heredero Tiberio a resolver unos asuntos en la problemática provincia de Illyricum, en la actual Croacia. Eso sería una señal inequívoca para los observadores políticos de que todo estaba bien, y aún más importante, de que él estaba bien. De hecho, a Tiberio se le diría que no se apresurase y que no tardaría en ser llamado de vuelta. El destino final de Augusto sería la antigua villa de su padre en Nola, cerca del volcán Vesubio. Si era posible, moriría en las mismas habitaciones en las que había muerto Cayo Octavio más de setenta años atrás, un digno recordatorio de lo que el régimen representaba: honrar el pasado y los antiguos y sencillos valores de la Italia rural.

Finalmente, en el verano de 14 d.C., llegó el momento de la verdad. El *princeps* tenía mal aspecto y se sentía muy mal. Ni él ni sus doctores sabían qué le sucedía; no parecía tener ninguna enfermedad, pero tenía fiebre y se sentía muy débil. Augusto, además de Livia y Tiberio, tenían claro que sólo le quedaban, en el mejor de los casos, algunas semanas de vida. Era hora de poner en marcha el plan de sucesión.

Para asegurarse de que los rumores y las insidias no se propagasen por las legiones fronterizas antes de que llegaran las noticias oficiales sobre un cambio de liderazgo en la capital, se enviaron partes secretos por correos veloces a los comandantes de los ejércitos de Germania y el Danubio y a los gobernadores de las provincias orientales. Esos correos avisaban del mal estado de salud de Augusto y la sucesión de Tiberio, y recomendaban una estricta disciplina para reducir el riesgo de levantamientos.

Augusto le encargó a Tiberio la misión en Illyricum. Como señal pública de su confianza en él, decidió acompañar a Tiberio durante parte de su viaje por la Vía Apia, la gran ruta que llegaba hasta el puerto de Brindisi, en el tacón de Italia. Tuvo que quedarse en Roma unos días debido a una larga lista de casos judiciales que estaba juzgando. Eso le hizo perder la paciencia, y exclamó: «¡No pienso quedarme aquí por más tiempo, nadie podrá retenerme!». Pensó que, cuando hubiese muerto, alguien recordaría ese comentario como profético.

Finalmente, los dos hombres pudieron salir de Roma, acompañados por una gran escolta de soldados y un numeroso séquito de esclavos, sirvientes y oficiales. Augusto se dio cuenta de que se había levantado un poco de brisa marina y decidió de improviso que se embarcarían esa misma tarde, a pesar de que no

le gustaba viajar de noche. Esto tenía la ventaja de evitar las Lagunas Pontinas, insalubres e infestadas de malaria, que había que atravesar si se viajaba por tierra.

Fue una mala idea, porque el anciano se constipó, el primer síntoma de lo cual fue una diarrea. Así pues, después de atracar más allá de Campania, decidió pasar unos días tomando el sol en Capri. Quería disfrutar un poco. Estuvo sentado largo rato, mirando a los jóvenes locales en el gimnasio al aire libre, y después los invitó a un banquete. También estuvo jugando con ellos; les lanzaba cosas y los jóvenes se peleaban por cogerlas. Después podían cambiarlas por fruta y dulces.

El *princeps* y su séquito cruzaron desde Capri hasta Neapolis (Nápoles), aunque su estómago aún se resentía y la diarrea volvía a las andadas de vez en cuando. Aún así, asistió a una competición de atletismo que la ciudad organizaba cada cinco años en su honor. Luego partió con Tiberio y se despidió de él en Benevento, antes de volver sobre sus pasos hacia la villa de Nola.

Augusto miró a Livia. Había sucedido lo último que ninguno de los dos imaginaba: se sentía estupendamente y su aspecto era excelente. Ella le devolvió la mirada. Parecía haber una tercera persona en la habitación, una conciencia casi tangible de la dificultad y la magnitud de lo que debía hacerse.

El problema era obvio. Todos los preparativos estaban listos para su muerte, pero el *princeps* se estaba recuperando de su enfermedad terminal. Los correos enviados no tardarían en llegar a manos de sus destinatarios. Cuanto más tiempo continuara Augusto con vida, más tiempo habría para que los rumores se propagasen alrededor de Roma y por todo el Imperio, fomentando la desunión y los disturbios y poniendo en peligro el traspaso de poder.

Esa tarde, mientras Augusto estaba haciendo la siesta y la casa estaba tranquila bajo el calor veraniego, Livia fue al peristilo, una galería de columnas que rodeaba un jardín al aire libre. En medio del jardín había una higuera cargada de higos que Livia había plantado años antes. A su marido le gustaba coger algún higo del árbol al caer la tarde. Livia untó algunos con un ungüento venenoso, dejando los otros intactos.

Más tarde, la pareja de ancianos salió a pasear por el jardín. Augusto cogió un par de higos envenenados y se los comió, sin

notar nada en particular. Livia comió uno de los que no había envenenado. No hacía falta que su marido supiese exactamente cómo iba a morir, pensó Livia; con suerte, tal vez no adivinase que ella había tenido que llevar a cabo lo que habían planeado tácitamente. Mucho mejor para él.

Augusto durmió mal. Sufrió de retortijones de estómago, diarrea y fiebre alta. Intuyó lo que había sucedido, y se lo agradeció sin palabras a su mujer. A la mañana siguiente pidió que le trajeran un espejo. Tenía un aspecto terrible. Se hizo peinar y afianzar la mandíbula inferior, que le colgaba por la debilidad. Dio órdenes a un oficial militar, el cual partió inmediatamente hacia la isla de Planasia con una compañía de soldados. ¡Te saludo y me despido, Agripa!

Un pequeño grupo de notables, entre los que se encontraban Livia y Tiberio, se reunieron en torno a la cama. El *princeps* pronunció unas últimas palabras apropiadas para la ocasión, que naturalmente no eran espontáneas: «Encontré una Roma hecha de barro, y os la dejo de mármol». Obviamente, no se estaba refiriendo sólo a la renovación de la ciudad, sino también a la solidez del Imperio.

Augusto no podía dejar de añadir un toque de humor sombrío. Siempre había pensado que la vida era apariencia, algo que no debía tomarse demasiado en serio. Las paredes del dormitorio de su casa en la colina Palatina, en Roma, estaban decoradas con frescos de las máscaras trágicas y cómicas que los actores llevaban en el teatro. En ese momento se acordó de ellas, y preguntó: «¿He interpretado bien mi papel en la farsa de la vida?». Después de una pausa, citó una conocida frase final teatral:

> Si os he complacido, mostrad amablemente
> vuestro reconocimento con una calurosa despedida.

1

Escenas de infancia en el campo

63-48 a.C.

Velletri es una ciudad en lo alto de una colina, a unos cuarenta kilómetros al sudeste de Roma. Se halla en la cara sur de los Montes Albanos, con vistas a un vasta planicie y montañas distantes. El paseo desde la estación de trenes es una ascensión empinada y tórrida.

De la antigua Velitrae queda muy poco, aunque el Renacimiento está presente por todas partes. En la plaza mayor hay una antigua fuente con maltrechos leones de los que brota agua. Las calles que convergen en la *piazza* son más o menos paralelas y forman una cuadrícula, a semejanza del patrón original del antiguo callejero romano. En el punto más elevado de la ciudad, donde debió de haber estado la antigua ciudadela, se eleva el Palazzo Communale del siglo XVI, que combina las funciones de ayuntamiento y museo. Fue erigido sobre los cimientos de una construcción romana.

Aquí, sobre una columna de piedra, se eleva una estatua moderna de tamaño natural que representa a un adolescente, cuyas cuencas oculares vacías apuntan inexpresivamente a la distancia, oteando la vida que aún ha de desarrollarse. Ese joven es Cayo Octavio, el futuro jefe de Roma que sería conocido como Augusto. Velitrae era su ciudad natal, y Velletri se enorgullece de honrar su memoria.

Cayo reconocería la topografía del terreno, las calles y los callejones, tal vez el trazado de la ciudad y, con toda seguridad, el paisaje. Al igual que entonces, Velletri continúa siendo un pueblo, y parece más alejado de la capital de lo que realmente

está. Los cambios siempre han llegado con lentitud, y sus habitantes parecen ser autosuficientes y estar un poco aislados. Incluso en la actualidad, los más ancianos miran mal a los forasteros.

A lo largo de los siglos, la concepción severa de la tradición, la desconfianza ante las nuevas ideas y los principios del decoro han caracterizado la vida de provincias en pueblos como Velitrae, y sería difícil imaginar una familia más convencional que la que tuvo Cayo Octavio al nacer, en el año 63 a.C.

Cada niño romano recibía un nombre de pila o *praenomen*, como Marco, Lucio, Sexto o Cayo. A ese nombre le seguía el nombre del clan, o *nomen*, como Octavio. Algunos romanos también tenían un *cognomen*, que señalaba la rama familiar dentro del clan. A los generales de éxito se les podía conceder un *agnomen* que pasaba de padres a hijos; por ejemplo, Publio Cornelio Escipión añadió Africano a sus nombres en honor a su victoria sobre Aníbal en el norte de África. Por el contrario, a las muchachas sólo se las llamaba, de manera un tanto improcedente, por la versión femenina de su *cognomen*; las dos hermanas de Cayo se llamaban Octavia.

Un rasgo importante de la herencia del pequeño Cayo era que, aunque los Octavios tenían la ciudadanía romana como la mayoría de los italianos, su estirpe no era totalmente romana. Velitrae era un puesto fronterizo con Lacio (Latium), la región de las tribus latinas, que fueron las primeras en ser conquistadas por ese pequeño asentamiento belicoso que provenía de un vado del río Tíber.

Doscientos años antes del nacimiento de Cayo, Roma había unido finalmente a las tribus y comunidades del centro y del sur de Italia, a través de una red de tratados impuestos. Los habitantes de esas tribus fueron la piedra angular de las legiones, y ya en el 80 a.C. ingresaron finalmente en la República como ciudadanos de pleno derecho. El muchacho creció con la clara conciencia de la gran contribución que los antiguos oponentes de Roma estaban haciendo a su grandeza imperial, y que no siempre era plenamente reconocida por los chovinistas de la capital. De hecho, el Imperio romano debía llamarse el imperio italiano.

Los Octavios eran una familia local respetada y con considerables recursos económicos. Por delante de un altar consagrado hacía mucho tiempo por un antepasado, la *vicus* Octavio, o ca-

lle Octavio, atravesaba el centro de Velitrae, por donde pasa en la actualidad la Via Ottavia. Al parecer, la familia se dedicaba al comercio, indicio inequívoco de que no disfrutaban del estatus de aristócratas. El bisabuelo paterno de Cayo luchó en Sicilia como tribuno militar, un alto oficial en una legión o regimiento, durante la segunda guerra contra el gran estado mercante de Cartago, librada en el norte de África entre el 218 y el 201 a.C. Su absoluta derrota fue el primer indicio que tuvo el mundo mediterráneo de que una nueva potencia militar había llegado a la escena. Su abuelo, que vivió hasta una edad avanzada, era muy pudiente, pero no tenía la ambición de emprender una carrera en la política nacional y aparentemente se contentaba con ocupar un puesto en la administración local.

Más tarde, algunos rumores malintencionados afirmaban que el bisabuelo había sido un esclavo que había conseguido su libertad y se había dedicado a hacer cuerdas en Thurii, una población del sur de Italia, para ganarse la vida. También se rumoreó que el abuelo era un cambista, cuyas manos estaban manchadas de tocar monedas.[1] Los propagandistas simpatizantes llevaron a cabo una táctica diferente e inventaron un vínculo ficticio con el clan romano de sangre azul del mismo nombre.

Cuando, muchos años después, Cayo escribió sus memorias, sólo hizo mención de que «provenía de una antigua y rica familia ecuestre».[2] Los *equites*, o caballeros, pertenecían a la opulenta clase media y ocupaban un nivel político inmediatamente inferior al de la nobleza y los miembros del Senado, aunque a veces se solapaban socialmente. Tenían que tener propiedades por valor de 400.000 sestercios como mínimo. No estaban involucrados activamente en el gobierno; solían ser empresarios ricos o aristócratas terratenientes que preferían evitar los gastos y peligros de una carrera política. Muchos de ellos ganaron la concesión de contratos oficiales para recaudar impuestos en las provincias.

Cuando el padre de Cayo Octavio, que se llamaba como él, era el cabeza de familia, la familia se había enriquecido de manera considerable y probablemente excedía con mucho el mínimo ecuestre.

Octavio era ambicioso y decidió emprender una carrera política en Roma, determinado a llegar a lo más alto. No obstante, eso iba a resultar sumamente difícil. La Constitución romana era un complicado sistema de equilibrio de poderes, y un recién lle-

gado (llamado *novus homo*, u hombre nuevo) lo tenía todo en contra para ganar una posición de autoridad.

Roma pasó a ser una República en el año 509 a.C., después del derrocamiento del rey y la abolición de la monarquía. Los dos siglos siguientes estuvieron marcados por largas luchas de poder entre grupos de familias nobles, los patricios, y ciudadanos ordinarios, los plebeyos, que no podían ostentar cargos en la administración pública. El desenlace fue la aparente victoria del Pueblo, pero la antigua aristocracia, con la colaboración de plebeyos ricos, aún controlaba el Estado. Lo que parecía en muchos sentidos una democracia, era de hecho una oligarquía modificada por elecciones.

La Constitución romana era el resultado de muchos compromisos, por lo que devino una amalgama compleja de leyes y acuerdos no escritos. El poder estaba ampliamente distribuido, con múltiples focos de toma de decisiones. Los ciudadanos romanos (sólo los hombres, ya que las mujeres no podían votar) asistían a reuniones públicas llamadas Asambleas, donde aprobaban leyes y elegían a los políticos que gobernaban la República. En tiempos de guerra, esos líderes ejercían también de generales. Aunque, en teoría, cualquier ciudadano varón podía postularse para un cargo público, los candidatos solían proceder de un pequeño grupo de familias nobles y opulentas.

Si eran aptos, los políticos emprendían una sucesión establecida de diferentes trabajos, un proceso llamado el *cursus honorum*, o Carrera de Honores. El primer paso, que oficialmente se llevaba a cabo a la edad de treinta años o más, aunque en la práctica a veces se elegían más jóvenes, era llegar a ser un cuestor. Ese puesto conllevaba la recaudación de impuestos y el pago a los cónsules de Roma o a los gobernadores provinciales. Después, si el interesado quería, podía ser elegido como uno de los cuatro ediles, encargados de la administración de la ciudad de Roma. Durante los festivales, organizaban espectáculos públicos, haciéndose cargo personalmente de los gastos, por lo que había que disponer de medios económicos. La siguiente posición, la del pretor, era preceptiva. Los pretores eran altos oficiales del Estado, presidían como jueces en las Cortes de Justicia y podían ser requeridos para comandar un ejército en el campo de batalla. En lo más alto de la pirámide del poder estaban los dos cónsules, je-

fes de gobierno con poder supremo. Eran, ante todo, comandantes militares y presidentes del Senado y las Asambleas.

Los cónsules y los pretores detentaban el *imperium*, una forma de autoridad absoluta conferida por el Estado, aunque estaban limitados de tres maneras diferentes. En primer lugar, solían estar al mando durante un solo año. En segundo lugar, siempre había dos dirigentes o más que ostentaban el mismo cargo. Al tener el mismo rango, tenían derecho a vetar o rechazar cualquier decisión que tomasen sus colegas de igual o menor rango. Por último, si quebrantaban la ley, podían enfrentarse a cargos criminales en cuanto hubieran dejado su puesto.

Además de eso, se elegían diez Tribunos del Pueblo. Su tarea era asegurarse de que los dirigentes no hiciesen nada que pudiese perjudicar a los romanos ordinarios (los patricios no podían ser tribunos). Los Tribunos podían proponer leyes al Senado y al Pueblo y tenían la autoridad para convocar asambleas de ciudadanos. Sólo tenían poder dentro de los límites de la ciudad y podían vetar cualquier decisión de los dirigentes, además de las de otros tribunos.

El poder de las Asambleas era limitado. Aprobaban leyes, pero sólo aquellas que les eran presentadas para su aprobación. Los oradores apoyaban o se oponían a un proyecto de ley, pero estaba prohibido el debate. Todo lo que podían hacer los ciudadanos era votar. Había diferentes tipos de Asamblea, y cada uno de ellos tenía reglas distintas; por ejemplo, en la Asamblea que elegía a los pretores y los cónsules, el sistema de votación beneficiaba a los propietarios de tierras, debido a la creencia de que estos actuarían con precaución, porque eran los que más tenían que perder si se cometían errores.

La Constitución romana facilitaba tanto la posibilidad de impedir que las decisiones se llevaran a cabo que es muy sorprendente que llegaran a hacer algo. Los romanos se dieron cuenta de que a veces podría ser necesario hacer caso omiso de la Constitución. En caso de emergencia grave y sólo durante un período de tiempo entre cuatro y seis meses, se nombraba un Dictador, quien ostentaba el poder supremo y podía actuar libremente.

Un comité, llamado Senado, estaba formado en su mayor parte por dirigentes. En la época de Octavio, un cuestor se convertía automáticamente en miembro vitalicio del Senado, y él y su familia pasaban a formar parte de la nobleza de Roma, en

caso de que no perteneciesen a ella. Los senadores tenían prohibido por ley dedicarse a los negocios, aunque muchos se valían de testaferros u hombres de paja a fin de sortear la prohibición.

En teoría, el Senado tenía poco poder oficial, y su papel era el de aconsejar a los cónsules. No obstante, a diferencia de los cónsules y los otros dirigentes, que ostentaban el poder durante un período determinado, el Senado era una constante en el Gobierno, por lo que su autoridad e influencia eran muy importantes. El Senado se encargaba de los asuntos exteriores y de discutir las leyes antes de su presentación en las Asambleas. Promulgaba decretos y, aunque no eran vinculantes legalmente, solían ser obedecidos.

El Senado también nombraba a antiguos cónsules y pretores, llamados procónsles y propretores (como fue el caso de Octavio), para que gobernasen las provincias de Roma, por lo general de uno a tres años. Como hemos mencionado, los *equites* («caballeros») no eran miembros del Senado, sino que integraban otra clase social, que comprendía sobre todo a hombres de negocios y alta burguesía. Por debajo de ellos estaban los ciudadanos ordinarios, en diferentes categorías según su riqueza. Los ciudadanos más pobres eran llamados *capite censi*, o «censo de personas».

Los gobiernos modernos emplean a muchos miles de administradores para poner en práctica sus decisiones, pero no funcionaba así en la República romana. No había burócratas, aparte de algunos pocos tesoreros que cuidaban el tesoro público. No había cuerpo de policía ni de bomberos, servicio postal público o bancos. Además, no existían procesos públicos para causas criminales, y las acusaciones eran presentadas por ciudadanos particulares. Los políticos electos ejercían de jueces en los tribunales de justicia. Los cónsules llevaban a sus propios sirvientes y esclavos, además de amigos, para que les ayudasen en las tareas de gobierno.

Cayo Octavio fue nombrado cuestor, probablemente en el 70 a.C., e ingresó en el Senado. No era poco logro para un caballero rural que no pertenecía al círculo mágico de la política romana. La promesa de éxito político trajo consigo una consecuencia importante: una esposa de uno de los clanes patricios más importantes de Roma.

Octavio ya estaba casado con una mujer, de la que la Historia sólo ha registrado el nombre: Ancharia. Tenían una hija, y tal vez Ancharia murió al dar a luz, porque las familias con sólo

un hijo era muy infrecuentes, sobre todo si se trataba de una niña (como en la mayoría de sociedades preindustriales, las niñas eran mucho menos valoradas que los niños). Se desconoce el origen de la familia de Ancharia; tal vez proviniese de Velitrae o los alrededores. No hubiese sido de ninguna ayuda para la carrera de un joven ambicioso y, en caso de estar viva, habría sido una divorciada. Su desaparición de la escena permitió a Octavio llevar a cabo una espléndida alianza al casarse con Atia, de la familia Julia.

Los ancestros de los Julios se remontaban a antes de la fundación de la ciudad, datada tradicionalmente en el 753 a.C. Según la leyenda, después de un asedio de diez años, los griegos saquearon la ciudad de Troya, en lo que hoy es la costa de Turquía, cerca del estrecho de Dardanelos, y mataron o convirtieron en esclavos a la mayoría de troyanos eminentes. La excepción fue Eneas, hijo de Venus, la diosa del amor, y un joven y hermoso guerrero. Eneas escapó de la destrucción de la ciudad junto con algunos seguidores y, después de muchas aventuras, arribó a las costas de Lacio. Su hijo Julio (a veces llamado también Ascanio) fundó la dinastía Julia.

Por desgracia, la alta cuna no era suficiente para garantizar el éxito político en la Roma del siglo I a.C. También había que tener dinero, y en grandes cantidades. Los Julios se habían empobrecido, y durante varias generaciones pocos de ellos habían ganado puestos importantes en la Carrera de Honores. Al igual que las familias aristocráticas que han pasado por tiempos difíciles antes y después que ellos, se valieron del matrimonio como un medio de generar ingresos.

El cabeza de familia, Cayo Julio César, era un político en alza ya entrado en la treintena, aproximadamente de la misma edad que Octavio. Talentoso, divertido, elegante y con una avaricia desmedida, contrajo enormes deudas para mantener su estilo de vida y su carrera. Una de sus hermanas se casó con Marco Atio Balbo, un prócer local de Aricia, una ciudad cercana a Velitrae. No era relevante en la vida pública; su gran atractivo debió de residir en el hecho de que era un hombre muy acaudalado.

Como «hombre nuevo» que era, Octavio sabía que sus ancestros dudosos podrían perjudicar su carrera. A la hora de buscar esposa, sería de mucho valor una dote abundante, pero lo que realmente necesitaba era la admisión en la nobleza romana.

Atia, la hija de Balbo, al ser sobrina de Julio César, estaba en muy buena posición para ello. Los Balbos no vivían lejos de la casa de Octavio en Velitrae, y pudieron haber coincidido en los mismos círculos sociales. Para un hombre ambicioso, Atia podía representar un puente entre la vida provinciana y Roma, el fascinante centro de los acontecimientos.

La pareja se casó antes del año 70 a.C. y, al cabo de un tiempo, Atia se quedó embarazada. Para su decepción, nació una niña, su segunda hija. Al cabo de cinco o seis años, tuvieron su primer hijo. Cayo nació justo antes del alba del 23 de septiembre de 63 a.C. en Cabezas de Buey, una pequeña propiedad en la falda del famoso Monte Palatino, a sólo unos minutos a pie desde la plaza mayor de Roma, el Foro y la sede del Senado.

Nacer en una familia romana no garantizaba seguir con vida. Según la tradición, el padre o *paterfamilias*, tenía la potestad de decidir la vida o la muerte de los parientes y esclavos que pertenecían a su propiedad. Cuando nacía un hijo, el padre tenía que decidir si lo aceptaba. La comadrona ponía al recién nacido en el suelo y delante del padre. Si éste deseaba aceptar su paternidad, levantaba a la criatura en brazos si era un niño o, en el caso de que fuese niña, ordenaba que le diesen de mamar. Sólo después de que este ritual se había llevado a cabo, se le daba de mamar por primera vez al recién nacido.

Al parecer, Cayo tuvo suerte de sobrevivir a este trámite; un astrólogo había pronosticado en su contra[3] y escapó por los pelos del infanticidio. Si Cayo hubiera sido rechazado, le habrían abandonado al aire libre para que muriese. Ése fue el destino de muchos hijos ilegítimos, y se supone que también de niños enfermos o discapacitados. Se los abandonaba en un estercolero o cerca de alguna cisterna. A menudo eran recogidos por traficantes de esclavos (aunque la familia podía reclamarlo posteriormente, si así lo deseaban) o, rara vez, por alguien que pasara por allí. En caso contrario, los niños morían de hambre o eran comidos por perros callejeros.

Roma, con un millón de habitantes, era una megalópolis concurrida, sucia y ruidosa. No era buen lugar para criar a un niño, y hay evidencias de que Cayo pasó casi toda su infancia en la casa de campo de su abuelo, cerca de Velitrae. Más de un siglo después, Suetonio escribió que la casa aún existía y estaba abierta al público: «aún se puede ver una pequeña habitación,[4] no muy distinta de una despensa, descrita como su cuarto de juegos».

Gracias a su relación con Julio César, a través de Atia, la carrera política de Octavio estaba progresando con rapidez. Después de haber servido como cuestor, podía subir el siguiente peldaño y aspirar a ser uno de los cuatro ediles. El cargo de edil era optativo, y no se sabe si Octavio tuvo ese cargo, aunque probablemente podría habérselo permitido económicamente. A los treinta y nueve años, Octavio era candidato al puesto de pretor. Según Veleyo Patérculo, se le consideraba «una persona digna, de vida honrada e intachable y sumamente rico». Ganó las elecciones a pretor del año 61 a.C., a pesar de que sus rivales pertenecían a la aristocracia.

Eso significaba que el pequeño Cayo, de dos años de edad, no vio mucho a su padre, quien se pasó un año en Roma cumpliendo con sus obligaciones judiciales de pretor. Después, siguiendo la norma establecida para los altos oficiales del Gobierno al dejar el cargo, Octavio viajó al extranjero en el 61 a.C. para ejercer de gobernador, o propretor, de la provincia de Macedonia por un período de doce meses.

Octavio debía zarpar desde Brindisi, un importante puerto en el «tacón» de Italia, pero el Senado le pidió que, antes de su viaje, se desviara a la ciudad de Thurii para dispersar a un grupo de esclavos fugitivos. Hacía más de diez años que esos hombres se habían unido a la gran sublevación de Espartaco y lo habían seguido durante los años en los que salió victorioso contra legiones romanas encabezadas por incompetentes. Habían conseguido librarse del terrible castigo infligido a los supervivientes de la derrota final de Espartaco; miles de sus seguidores fueron crucificados a lo largo del camino que iba desde Roma hasta Capua, donde la rebelión había estallado en una escuela para esclavos gladiadores.

De alguna manera, los fugitivos consiguieron seguir avanzando en grupo, reemergiendo brevemente para unirse a las tropas de Lucio Sergio Catilina. En el año del nacimiento de Cayo, este aristócrata disidente había conspirado para derrocar a la República por la fuerza y reemplazarla por un régimen de radicales liderado por él mismo. El cónsul Marco Tulio Cicerón, un «hombre nuevo» como Octavio, fue más listo que el conspirador y lo obligó astutamente a incurrir en una fallida insurrección militar.

Además de temerlos, los romanos dependían de los cientos de miles de esclavos que hacían funcionar la economía, la mano

de obra de los grandes terratenientes y comerciantes. También trabajaban en las casas de las familias acomodadas, cocinando y limpiando o como secretarios y encargados. Si eran jóvenes y atractivos, los esclavos de ambos sexos podían proporcionar servicios sexuales.

Un esclavo era algo que se poseía, como un caballo o una mesa. Para los romanos, un esclavo era un «instrumento que hablaba».[5] Los esclavos no podían contraer matrimonio, aunque podían ganar y ahorrar dinero y recibir bienes en herencia. Si un esclavo mataba a su amo, todos los esclavos de su propiedad eran ejecutados. Se creía que un esclavo sólo confesaba la verdad bajo tortura. Hasta un tercio de la población de Italia podrían haber sido esclavos en la última etapa de la República: unos tres millones de personas.

Encargarse de los seguidores de Espartaco que quedaban era una tarea importante para Octavio. No planteaban una gran amenaza, pero era una cuestión de principios: no podía permitirse que los fugitivos de una rebelión disfrutasen de su ilícita libertad.

Como general victorioso, Octavio podía adquirir un título honorífico y sucesorio. Al parecer, añadió Turino a su nombre como signo de su victoria sobre los esclavos, y su hijo lo heredó de él. Suetonio escribió en el siglo I a.C.:

> Puedo probar de manera bastante concluyente[6] que, cuando era niño, [Cayo] era llamado Turino, tal vez... porque su padre había derrotado a los esclavos en ese distrito poco después de que el niño naciera; la prueba de ello es una estatuilla de bronce que tuve hace tiempo. La estatuilla representa al niño, y una inscripción oxidada y casi ilegible en letras de hierro le atribuye ese nombre.

Lo cierto es que eso fue un poco ridículo por parte de Octavio, porque la victoria ante los esclavos no confería ningún gran honor al victorioso. En la edad adulta, muchos se referían a su hijo de manera insultante con el sobrenombre de «El Turio».

El nuevo gobernador de Macedonia administró su provincia «con justicia y valor»,[7] y se ganó una gran reputación en los principales círculos de Roma. Era obvio para todo el mundo que, a

pesar de su origen provinciano, Octavio estaba bien capacitado para el cargo más importante en la política romana, el de cónsul. Sin embargo, a su regreso a Roma sobrevino el desastre. En el 58 a.C., aún en la treintena, murió inesperadamente en su viaje desde Brindisi hacia la ciudad, antes de haber podido presentar su candidatura.

No se sabe de qué murió Octavio. Tal vez fue debido a un accidente, aunque se podría suponer que las fuentes antiguas lo habrían mencionado. Falleció en su cama de la villa rural familiar en el Vesubio, lo que sugiere la posibilidad de una enfermedad.

Lo más probable es que cayera víctima de alguno de los riesgos para la salud del mundo romano,[8] como la comida en mal estado. Los dolores de estómago estaban entre las quejas más comunes; los análisis de depósitos de aguas residuales romanos indican que algunos parásitos intestinales solían ser endémicos y se encontraban en la carne y en el pescado en mal estado. A pesar de la disponibilidad cada vez mayor de agua potable que llegaba por los acueductos, los niveles de salubridad eran bajos. No obstante, los ricos podían permitirse cocinas no comunitarias, calefacción bajo el suelo, baños domésticos y letrinas privadas. Pocos eran conscientes de que la basura ocasionada por los humanos podía contribuir a la propagación de enfermedades. Las lámparas de aceite, las chimeneas y los braseros generaban humos irritantes, que provocaban y difundían infecciones respiratorias. Las epidemias de todo tipo asolaban regularmente la ciudad como resultado de la sobrepoblación. Al ser la capital de un gran imperio, soportaba un continuo flujo de visitantes y comerciantes y la llegada de funcionarios del Gobierno y soldados.

Gaius sólo tenía cuatro años de edad cuando murió su padre. Además de la aflicción por su pérdida, su muerte prematura habría provocado una crisis en la familia. La vida doméstica era rigurosamente patriarcal. Una viuda, sobre todo si tenía recursos económicos, debía casarse de nuevo en cuanto tuviese ocasión, aunque si permanecía fiel a la memoria de su marido muerto merecía la consideración de *univira,* una mujer de un solo hombre.

Eso no habría resultado siempre fácil para una mujer de cierta edad con una familia en aumento, pero Atia aún era joven, y sus contactos la hacían muy elegible para el matrimonio. Uno o dos años después de la muerte de Octavio, Atia consiguió

a otro político aparentemente en auge, Lucio Marcio Filipo, un aristócrata que se proclamaba orgullosamente descendiente del linaje real de Macedonia. Había vuelto recientemente de Siria, donde había ejercido de gobernador provincial, y se presentó con éxito para el cargo de cónsul en el 56 a.C.

Filipo respaldó a su cuñado Julio César mientras éste iba ascendiendo posiciones en la política, pero cautelosamente. A diferencia de sus audaces antepasados, el rey macedonio Filipo y su hijo Alejandro Magno, quien conquistó el Imperio persa en el siglo IV a.C., Filipo tenía un carácter neutral y reacio a los riesgos; prefería la diplomacia al compromiso.

Al parecer, después de la muerte de su padre, el pequeño Cayo fue criado por su abuela materna[9] y hermana de Julio César, en cuya casa Atia bien pudo haber pasado su breve viudedad. El hecho de que se quedara con su abuela después de que su madre se hubiera vuelto a casar es un poco raro, y podría explicarse por el afecto mutuo o por el poco interés de Filipo en un pequeño hijastro. Quizá fue en esta casa donde conoció por vez primera a su famoso tío abuelo Julio César.

Los romanos de clase alta se tomaban muy en serio la educación de sus hijos, sobre todo de los varones. Durante los primeros años, el niño estaba cuidado por una mujer de la casa, pero a partir de los siete años pasaba a estar bajo el control de su padre, cuyo deber era inculcar en su descendencia las cualidades de un *vir bonus*, un hombre bueno. Entre esas cualidades destacaban la *pietas*, la lealtad y el respeto debido a la autoridad y a los valores tradicionales; *gravitas*, una actitud de seriedad (a veces, demasiado solemne) ante los desafíos de la vida; y *fortitudo*, la virilidad y el coraje. Se esperaba que un hijo aprendiera por observación: llevando su pequeña y elegante *toga praetexta*, una capa que envolvía todo el cuerpo con una franja roja indicando que el portador era un niño, ayudando a su padre en sus obligaciones y acompañándolo a los asuntos públicos o a las ceremonias religiosas. Así aprendía cómo funcionaba el sistema político y cómo se comportaban los adultos.

No está claro, si es que lo hubo, quién llevó a cabo ese papel paternal con el huérfano Cayo. Un tal Cayo Toranio, amigo de Octavio, cuidó del niño durante un tiempo, pero no dejó mucha huella en el muchacho; de adulto, Cayo no lo valoraba demasiado. Por el contrario, Atia se ganó una reputación de madre estricta y cariñosa,[10] aunque no estaba directamente involucrada

en la supervisión diaria de su hijo. Hay constancia escrita de una influencia masculina positiva: un esclavo llamado Esfero fue «vigilante» de Cayo durante su infancia. Al parecer, era un esclavo muy querido; se le concedió la libertad y, cuando murió al cabo de muchos años, el que estuvo a su cargo, que había llegado a ser famoso y poderoso, le honró con un funeral de Estado.

A veces, los chicos de familias ricas recibían la educación en casa, pero muchos iban a escuelas primarias privadas *(ludi litterarii)*, donde les enseñaban aritmética, a leer y a escribir. Las niñas también podían ir al colegio, pero su escolarización terminaba en la pubertad, aunque sus madres les enseñaban labores domésticas y algunas recibían clases particulares. Es probable que Cayo asistiese a clases en Velitrae o en Roma, acompañado por Esfero.

Los métodos de enseñanza eran meticulosos, pero muy poco estimulantes. La enseñanza estaba restringida a la imitación y la repetición. El día escolar empezaba al amanecer y terminaba por la tarde, sin ni siquiera desayunar. No se prestaba ninguna atención a los juegos o la gimnasia, y las largas horas de instrucción terminaban con un baño. Los alumnos tenían que aprender los nombres de las letras del alfabeto antes de que les hubiesen enseñado la grafía, cantándolas hacia adelante y hacia atrás. Después estudiaban grupos de dos y tres letras, y finalmente sílabas y palabras.

Alrededor del año 51 a.C., cuando Cayo tenía doce años, su abuela Julia falleció. El hecho de que el muchacho tuviese el honor de leer un panegírico es un indicio de que estaban muy unidos, además de evidenciar que se estaba convirtiendo en un joven inteligente y dueño de sí mismo. Debió de salir airoso del trance, porque se dirigió a un público numeroso y fue aplaudido calurosamente.

Finalmente, Cayo se mudó a la casa familiar de su padrastro, y Atia y Filipo se ocuparon de su educación secundaria. Asistió a una escuela dirigida por un *grammaticus*, un profesor de lengua y literatura, las bases del plan de estudios. Se enseñaba el griego y el latín, aunque los estudios literarios se centraban en la herencia griega: los poemas épicos de Homero y los dramaturgos y grandes oradores atenienses. También se enseñaba literatura latina, pero sólo superficialmente y con paradigmas griegos.

Como lo expresó Cicerón: «Debemos considerar a nuestros compatriotas en lo que respecta a la virtud, pero nuestra cultura se la debemos a los griegos».[11]

El profesor se especializaba en análisis de textos, examinando la sintaxis y las normas de escansión poética y explicando las frases oscuras o idiomáticas. El estudiante aprendía a leer textos en voz alta con convicción y persuasión. Para ello, había que dominar el análisis sintáctico (reconocer las funciones de las palabras que forman las frases) y medir bien los versos. Este método de enseñanza tuvo una larga vida y perduró hasta la Edad Media, reapareciendo de nuevo en el Renacimiento. Como ha observado un comentarista moderno: «no había mucha diferencia en la enseñanza del latín y el griego entre el Eton del siglo XIX y las escuelas de la Roma imperial».[12]

El *grammaticus* también introducía al estudiante a la retórica, o el arte de hablar en público. La mayoría de los romanos de las clases altas estaban destinados a llevar a cabo una carrera política, y la habilidad de persuadir a la gente para que adoptasen un plan de actuación o se convenciesen de una opinión era una facultad esencial. La oratoria se consideraba más importante que un don, ya que encaminaba hacia una buena vida. El estadista y moralista Catón el Censor definía a un orador como un «hombre bueno y diestro en el habla».[13]

Aparentemente, Cayo era un joven muy prometedor. Al parecer, los muchachos que tenían ambiciones de llevar a cabo una carrera política solían acompañarle cuando iba a cabalgar o en sus visitas a las casas de parientes y amigos. Al igual que un senador adulto que fuese por la ciudad acompañado por una comitiva de seguidores, Cayo estaba atrayendo partidarios jóvenes, que esperaban ver retribuido su apoyo en un futuro. Esto tenía menos que ver con su carisma o su inteligencia que con el hecho de estar relacionado con el político más poderoso de Roma: Julio César.

Cayo hizo dos amigos en la escuela, de personalidades muy diferentes. El primero de ellos era Marco Vipsanio Agripa, un año menor que Cayo. Se desconocen sus orígenes familiares, pero Suetonio dice que Agripa era de «origen humilde».[14] El nombre Vipsanio es muy inusual, y Agripa prefería no usarlo. Podría haber provenido de Venecia o Istria,[15] en el norte de Italia. Como los Octavios, probablemente procedía de una rica familia de provincias.

Según Aulo Gelio,[16] un coleccionista de anécdotas curiosas y bromas desconsideradas, el nombre «Agripa» significaba un niño «que había nacido con los pies por delante, en vez de la cabeza». Los partos de nalgas de este tipo entrañaban muchas complicaciones y podían conllevar la muerte de la madre. Se dice que Marco nació de esta manera tan peligrosa[17] y fue bautizado en honor a ese evento.

Por el contrario, el otro amigo de Cayo, Cayo Mecenas, presumía de antepasados distinguidos. Su linaje se remontaba a la espléndida y misteriosa civilización etrusca, que se había asentado en lo que correspondería en la actualidad a la Toscana y que dominó Italia central antes del auge de Roma. Se creía que los etruscos habían emigrado desde Lidia, en Asia Menor. La madre de Mecenas era de linaje real y descendía de los Cilnios, una dinastía que había gobernado la ciudad etrusca de Arretium (la actual Arezzo) varios siglos antes. En el siglo I a.C., la familia había venido a menos y en ese momento eran *equites*, o sea, miembros de la clase equestre o de caballería.

Sus carreras posteriores sugieren que Agripa era un chico fuerte y de mentalidad práctica, interesado en el ejercicio físico y el entrenamiento para la guerra, mientras que Mecenas tenía un temperamento pacífico, incluso femenino, y estaba especialmente interesado en las artes y la literatura. Ambos crecieron junto a Cayo, otorgándole una confianza total y forjando con él un vínculo fraterno y duradero.

En la adolescencia, un joven capaz de clase alta terminaba la educación secundaria y empezaba el equivalente antiguo de una educación superior. Los políticos destacados solían albergar a escritores y pensadores en sus enormes mansiones. A los jóvenes les estaba permitido asistir, y allí aprendían de sus conversaciones y mediante la observación de la carrera política de su anfitrión. En una especie de servicio militar, también pasaban algún tiempo con el contingente de algún general importante.

Durante la mayor parte de su vida, Cayo casi no había visto a su admirado tío abuelo Julio César, quien se había pasado diez años conquistando las Galias. Faltaba poco para que el general triunfante regresase a Roma y le aportase al ávido joven la introducción más extraordinaria a las artes hermanas de la política y la guerra en toda la Historia de la civilización occidental. Iba a ser una educación definitiva, que acabó definitivamente con la República de Roma.

2

El tío abuelo

48-47 a.C.

El año 49 a.C. fue testigo del mundo al revés. La República romana se enfrentaba a una catástrofe, una guerra civil en la cual uno de los protagonistas era Julio César, el tío abuelo de Cayo.

¿Cuáles eran las causas de la crisis? En parte, los motivos eran sucesos políticos, militares y económicos, pero también personalidades incapaces y obstinadas. Durante el mismo período en que los patricios y los plebeyos estaban luchando por el dominio constitucional, las legiones de la República libraban guerra tras guerra por toda Italia hasta que controlaron toda la península. Después de una guerra titánica en el norte de África contra Cartago, Roma emergió como una potencia mediterránea a principios del siglo II a.C.

En adelante, Roma actuó cada vez más como un «policía» internacional, enviando a sus legiones a desfacer entuertos a otros países, sobre todo a los reinos helenos de Oriente Medio. Aceptando la solicitud de intervenir de algunas ciudades griegas, los romanos conquistaron Macedonia y se la anexionaron como provincia. Después, derrotaron a Antíoco, rey de Siria, que había desafiado imprudentemente a Roma. El año 133 a.C., el rey de Pérgamo (en el oeste de la actual Turquía) murió, habiendo legado su reino a Roma, que fue rebautizado como la provincia de Asia.

La República romana era la mayor potencia del Oriente Medio. Gobernaba un imperio que se extendía desde España (que habían heredado casi un siglo antes de los cartagineses) hasta el

oeste de Turquía. Un grupo de reinos bajo la protección romana marcaba las fronteras con el imperio parto (los actuales Iraq e Irán).

El triunfo de Roma ha asombrado a los historiadores a lo largo de los siglos. Entre los factores que explican el surgimiento de la ciudad en la escena internacional, el más importante es que, desde el principio de su historia, los romanos vivieron en una lucha continua, tanto en el interior como contra enemigos extranjeros. Forjados a fuego, se convirtieron en soldados formidables y aprendieron las artes políticas de la negociación, el compromiso y la resolución de conflictos. Gracias a su flexibilidad y a su capacidad de improvisación, desarrollaron una imaginación práctica. En la mayoría de los casos y dentro de lo posible, intentaban resolver una disputa sin recurrir a la violencia, pero cuando era necesaria la fuerza militar la aplicaban con un vigor despiadado.

La obtención de un imperio tuvo tres consecuencias importantes. La primera de ellas fue una enorme afluencia de riquezas y esclavos. Los impuestos directos a los ciudadanos romanos que vivían en Italia fueron abolidos. La clase dirigente se enriqueció, y los frecuentes festivales y juegos de gladiadores eran cada vez más fastuosos. La apertura de los mercados extranjeros inundó Italia de grano a buen precio, desplazando a los pequeños productores y reemplazándolos por enormes ranchos en los que solían trabajar esclavos. Los desempleados del campo emigraron a la gran ciudad, que creció aún más. Por desgracia, la demanda de empleo no era suficiente para absorber a los refugiados llegados del campo, y las autoridades empezaron a repartir grano gratuitamente para acallar a una febril e incontrolada población urbana.

En segundo lugar, el control de dominios tan vastos requería una considerable fuerza militar. En el pasado, los pequeños propietarios rurales eran llamados a filas para luchar en breves campañas o cuando era necesario. Ahora se necesitaba un ejército permanente, con soldados prestando servicio durante largos períodos. Esos soldados dependían de sus generales para persuadir al Senado a fin de que les asignasen haciendas una vez se hubiesen licenciado, tanto en Italia como en el extranjero. Esas propiedades eran su pensión. Debido principalmente a las conquistas, el Estado controlaba vastas extensiones de tierra. Sin embargo, los terratenientes ricos, entre los cuales había muchos

senadores, se habían apropiado discretamente de mucha tierra sin pagar por ella. Esos «ocupas» nobles, por no decir algo peor, no estaban dispuestos a desprenderse de sus bienes ganados de forma ilícita. Como los legionarios dependían de su general para intimidar, inducir o persuadir al Senado a fin de que liberasen tierras para sus granjas de retiro, desarrollaron más lealtad hacia sus generales que hacia Roma. La tercera consecuencia de tener un imperio era la tensión que la administración del mismo y la Constitución de la República provocaba a la clase dirigente. La cantidad de oficiales electos era tan elevada que no sorprende que sus méritos fuesen muy diferentes; de hecho, solían ser corruptos e incompetentes. Muchos romanos creían que sus virtudes tradicionales del cumplimiento austero del deber y una saludable pobreza se estaban perdiendo, y que esa decadencia explicaba el aumento de la violencia y el egoísmo de la vida política. La situación no era tan grave como la pintaban, porque algunos *nobiles* trabajaban con ahínco para mantener los valores. No obstante, otros llevaban estilos de vida extravagantes, irresponsables y desmesurados, y eran ellos los que marcaban la pauta.

El Tribuno del Pueblo Tiberio Sempronio Graco (de una de las familias más antiguas de Roma) quería reformar la agricultura italiana, proporcionando pequeños terrenos a gente que quisiese trabajarla. El Senado rechazó la idea, pero el Pueblo estuvo de acuerdo y la Ley fue finalmente aprobada. En 133 a.C., Graco fue asesinado en plena calle por un grupo de senadores airados, que afirmaban que quería establecer una tiranía. Diez años después, Cayo, el hermano menor de Graco, fue elegido Tribuno y propuso más reformas. Fue acorralado y asesinado (o se mató él mismo) en un disturbio callejero.

Estos actos violentos fueron un momento decisivo en la historia de la República. Un historiador escribió un siglo después: «En adelante, las disputas políticas que se resolvían llegando a un acuerdo pasaron a decidirse con la espada».[1] El hábito de cooperar de la clase dirigente se estaba transgrediendo. Muchos romanos importantes olvidaron que un cargo público se ejercía para el bien común. Además, y lo que era aún más grave, todo el mundo se daba cuenta de que el sistema de gobierno romano resultaba poco manejable para controlar un imperio y que necesitaba una remodelación drástica.

Las crisis se sucedían una tras otra como olas golpeando un barco maltrecho por la tormenta. Por primera vez en tres siglos, penetraron en Italia hordas de celtas invasores, que fueron derrotados con gran dificultad.

Italia estaba gobernada mediante una red de alianzas, pero las comunidades y las tribus no gozaban de plenos derechos cívicos y llevaban mucho tiempo exigiendo la ciudadanía romana. En el 91 d.C., perdieron la paciencia y se levantaron en armas, lo que fue conocido como la Guerra de los Aliados. Aunque Roma les concedió sabiamente lo que querían, era demasiado tarde para evitar rencores y derramamientos de sangre. Las provincias orientales, encabezadas por el astuto Mitrídates, rey del Ponto, se rebelaron en dos ocasiones, y pasaron muchos años antes de que Roma recuperara por completo el control.

Sin embargo, la auténtica amenaza para la República era la disensión interna en Roma. Aunque no había partidos políticos en el sentido moderno y, con excepción de algún «hombre nuevo» como Octavio, casi todos los dirigentes electos provenían de un pequeño número de familias nobles, dos corrientes de opinión bien distintas marcaban la escena política.

Los *optimates*, o los más aptos, representaban la opinión conservadora, los valores tradicionales y un enfoque político colegiado. Rechazaban cualquier desafío a la oligarquía dominante y, gracias a que controlaban el Senado, podían bloquear cualquier intento de reforma. Los oponentes de los *optimates*, o *populares*, como su propio nombre sugiere, afirmaban defender los intereses del Pueblo romano, de la mayoría de los ciudadanos. Aunque algunos de ellos eran auténticos reformadores, otros eran simplemente individuos ambiciosos.

En el año 80 a.C., dos enormes personalidades políticas colisionaron. Uno de ellos era un respetado *popularis*, Cayo Mario, vencedor de los celtas. El otro era un *optimate*, Lucio Cornelio Sila. En el 88 a.C., a pesar de que era ilegal que soldados armados entrasen en Roma, Sila marchó sobre la ciudad con su ejército, que le era leal únicamente a él, para luchar contra Mario y sus amigos. Nunca se había producido un ataque similar en la historia de la República. La maniobra de Sila sentó un oscuro precedente para los ambiciosos romanos en el futuro, a medida que la violencia entre políticos se hizo más frecuente.

Uno tras otro, Mario y Sila ordenaron masacres de sus oponentes políticos. El derramamiento de sangre llevado a cabo por

Sila fue legalizado: fue nombrado Dictador y, usando los poderes de emergencia que eso le confería, expuso en el Foro una lista de sus enemigos políticos, que fueron asesinados sin juicio alguno. Incluso llegó a ofrecer recompensas por las ejecuciones. Se estima que murieron alrededor de 500 personas; entre ellas había senadores y un gran número de *equites*. Este procedimiento sumario fue llamado proscripción. Sila introdujo medidas para aumentar el poder del Senado y debilitar el del Pueblo y posteriormente se retiró de la política. La mayoría de sus reformas fueron inmediatamente revocadas después de su muerte, en el 78 a.C.

Los dos rivales políticos consiguieron el poder, pero no hicieron buen uso de él y Roma se fue acostumbrando cada vez más al uso de la fuerza para resolver disputas políticas.

Julio César nunca se molestó en ocultar el hecho de que era un *popularis*, tanto por convicción personal como por tradición familiar. Cuando fue cuestor, edil y pretor, había hecho todo lo posible por indignar a la opinión respetable. En el 60 a.C., cuando Cayo tenía tres años de edad, Julio César tenía cuarenta años y planeaba su campaña para ganar la elección a cónsul en el 59 a.C. Sabía que sus oponentes en el Senado harían todo lo posible por impedírselo.

César combinó la seducción y la determinación a partes iguales. Según Suetonio, César era alto, apuesto y fornido, su cara era ancha, los ojos marrones y penetrantes y la piel blanca y suave. «Al parecer, su vestimenta era original: había añadido mangas del ancho de una muñeca con flecos a su túnica de senador con rayas moradas, y el cinturón nunca estaba apretado del todo».[2] Era muy cuidadoso con su imagen; siempre llevaba el pelo bien cortado, iba impecablemente afeitado (su calvicie en aumento le incomodaba y le irritaba) y se depilaba el cuerpo.

Era propenso a padecer dolores de cabeza y sufría ataques epilépticos, que se hicieron más frecuentes a medida que se hizo mayor. A pesar de su gusto por el lujo, cultivaba un estilo de vida saludable y dinámico. Mantenía una dieta sencilla y era un experto jinete desde la niñez. Se había entrenado para agarrarse los brazos detrás de la espalda y espolear a su caballo hasta que corriese al galope, lo que tenía mucho mérito teniendo en cuenta que el estribo aún no se había inventado. Durante las campa-

ñas militares, se obligaba a emprender viajes largos y fatigosos, durmiendo a la intemperie noche tras noche.

César pasaba gran parte de su tiempo libre persiguiendo a las mujeres de sus colegas políticos, y un rumor muy extendido era que también se acostaba con hombres. Tenía gustos extravagantes, y una vez le regaló a su favorita entre sus numerosas amantes (Servilia, la madre de Marco Junio Bruto) una perla por el increíble valor de 240.000 sestercios. Era aficionado a coleccionar piedras preciosas, esculturas, estatuas y obras de los grandes maestros (esculturas o cuadros del auge artístico griego de los siglos IV y V a.C.). Le gustaba estar rodeado de gente inteligente y atractiva, y llegaba a pagar precios tan elevados por esclavos hermosos y talentosos que se avergonzaba de registrarlo en sus libros de cuentas.

Como político aún en ascenso, César sabía que no podría ganar la elección a cónsul sin ayuda y tomó la decisión crucial de formar una alianza con dos *populares* destacados. Uno de ellos era Cneo Pompeyo Magno (Pompeyo el Grande), a quien todo el mundo consideraba el hombre más sobresaliente de su época. Cuando era joven, había reunido un ejército personal para apoyar a Sila y se había comportado con tanta crueldad como para ganarse el sobrenombre de *adulescens carnifex*, o «carnicero adolescente». Era un general competente y un líder genial. Había llevado a cabo toda una serie de misiones con rapidez y eficacia, en particular, haber limpiado el Mediterráneo de piratas y haber terminado con Mitrídates. El otro romano importante en el punto de mira de Julio César era Marco Licinio Craso. Craso había derrotado a Espartaco y era un promotor inmobiliario multimillonario; una vez había dicho la ocurrencia de que un hombre sólo podía considerarse rico si podía pagar un ejército. En el 60 a.C., Pompeyo y Craso unieron sus fuerzas con César, quien selló el trato casando con Pompeyo a su única hija legítima. Los historiadores modernos llaman al pacto el Primer Triunvirato.

En aquella época, la alianza fue bautizada como «el monstruo de las tres cabezas», porque los tres hombres se convirtieron extraoficialmente en los soberanos de Roma. Unificaban sus recursos económicos y sus partidarios para controlar las votaciones en las Asambleas, y así ganaron consulados para ellos y para sus amigos y aprobaron las leyes que deseaban (incluyendo asignaciones de tierras para veteranos licenciados) con el Senado en

contra. También se adjudicaron largos gobiernos en las provincias, de cinco años de duración. Tradicionalmente, los procónsules gobernaban durante tres años.

Cuando César fue cónsul, en el 59 a.C., hizo caso omiso de los vetos de su colega *optimate* e hizo que la Asamblea aprobara su controvertida legislación. Eso fue una violación de la Constitución, y sus enemigos no olvidaron ni perdonaron su arrogancia. No obstante, los que ostentaban cargos públicos no podían ser juzgados, así que por el momento no podía ser llevado a juicio.

Los senadores estaban furiosos, pero no podían hacer nada. Esperaban que, más tarde o más temprano, los integrantes del trío acabarían peleándose entre ellos, y entonces los *optimates* podrían vengarse. La principal figura del Senado en ese momento era Marco Porcio Catón, un hombre severo. Según Plutarco: «Era muy difícil hacerle reír, aunque de vez en cuando se permitía que sus facciones se relajaran en una sonrisa».[3] Se negaba a usar perfume y sus hábitos personales eran austeros. Siempre se desplazaba a pie, y se entrenaba para soportar el calor y el frío extremos. Trabajaba duro y se enorgullecía de no haber mentido nunca. Su reputación inspiró el proverbio: «No puede ser verdad, aunque lo diga Catón».[4] Su manera de vivir era un reproche a la decadencia de su época, hasta tal punto que podía indignar tanto a sus amigos como a sus enemigos. Mientras que César parece haber sido abstemio, Catón era puritano en todo excepto en su enorme aguante para el alcohol, que se sumaba a su sorprendente debilidad para el juego. Catón observó que «César era el único hombre sobrio que intentaba desbaratar la Constitución».[5]

Después de su consulado, César gobernó la Galia Cisalpina y la Transalpina (el norte de Italia y el sur de Francia). Quería demostrarse a sí mismo que podía ser un buen general, así que invadió el resto de la Galia (el centro y el norte de Francia y Bélgica). Cuando necesitó más tiempo para llevar a cabo sus conquistas, se otorgó otro período de cinco años como gobernador. En el 49 a.C., había añadido una nueva y enorme provincia al Imperio, creando un ejército experimentado que lo seguiría a donde él ordenase.

En el 53 a.C., Craso lideró una expedición contra el imperio parto. Los implacables partos, un pueblo que había sido nómada, se convirtieron en la fuerza dominante en la meseta iraní durante el siglo III a.C. Desde 190 a.C. habían gobernado intermi-

tentemente Mesopotamia, el corazón de los antiguos imperios asirio y babilonio. Eran jinetes diestros, famosos por su «disparo parto»: se acercaban a caballo hacia el enemigo y, de repente, el caballo empezaba a galopar en dirección contraria a la vez que el jinete se daba la vuelta y disparaba su arco. Los romanos, que dependían de su infantería, tenían grandes dificultades para vencer a esos oponentes tan veloces.

Eso representaba un problema, porque los monarcas partos eran belicosos, con tendencia a inmiscuirse en lo que Roma consideraba su esfera de influencia: sus provincias orientales y los reinos clientes que actuaban como un amortiguador entre los dos imperios. Ambos bandos pretendían controlar Armenia, un reino semiindependiente y estratégicamente importante. Al lindar con las mesetas de Asia Menor e Irán, Armenia tenía fronteras con el este y el oeste, lo que la convertía en la eterna manzana de la discordia. Afortunadamente, los asesinatos por disputas dinásticas tendían a disuadir a los partos de emprender aventuras en el exterior.

Roma no era un bando inocente, ni mucho menos, e interfirió con frecuencia. Algunos años antes, el procónsul de Siria había apoyado a un partidario a la corona parta, una maniobra que, aunque infructuosa, indignó al monarca en el poder. Como resultado, las relaciones entre los dos poderes fueron glaciales, y los dos bandos sentían que tenían buenas razones para emprender una guerra preventiva contra el otro. Las hostilidades fueron avivadas por las ambiciones personales de Craso, quien tenía el firme propósito de ganar una gloria militar para sí que rivalizase con los logros de Pompeyo y César.

Craso marchó con un ejército de 35.000 hombres hacia Mesopotamia. Cerca de un lugar llamado Carrhae se enfrentó contra una fuerza de 10.000 arqueros montados. El terreno, dominado por colinas, era ideal para las maniobras de la caballería, y los partos disparaban sin cesar sobre los indefensos legionarios. Los romanos buscaron el acuerdo, y Craso fue asesinado durante las negociaciones. Sólo 10.000 sobrevivieron a la masacre y muchos legionarios fueron capturados, lo que representaba una humillación. Eso fue un revés descomunal para el orgullo de Roma, que exigía venganza en cuanto la situación política romana lo permitiese.

En esos momentos, Cayo era demasiado joven para entender esos acontecimientos. Sin embargo, su familia se había dedicado a la alta política durante al menos dos generaciones, y los temas del día debieron de haber sido discutidos en casa. Los parientes cercanos se pusieron a favor de uno u otro bando, y al menos uno de ellos, Filipo, el padrastro de Cayo, prefirió ver los toros desde la barrera. Su hermana Octavia (no su hermanastra del mismo nombre, hija del primer matrimonio de su padre) fue desposada a los quince o dieciséis años con Cayo Claudio Marcelo, un *optimate* veinte años mayor que ella que desaprobaba tajantemente la imprudencia constitucional de César.

En el 56 a.C., cuando Cayo tenía siete años, Filipo se convirtió en cónsul. Cayo no necesitaba entender los entresijos de la alianza de su tío abuelo con Pompeyo y Craso para disfrutar del *glamour* y la excitación del consulado. El consulado era lo más alto a lo que podía llegar un romano y, aunque Cayo vivió sobre todo en el campo, es casi seguro que fue llevado a Roma para ver a Filipo en todo el esplendor de su cargo.

Un cónsul heredaba el esplendor ceremonial de los reyes etruscos, a quienes los cónsules habían reemplazado cuando la República fue fundada en el 509 a.C. Llevaban una toga distintiva, con un gran dobladillo morado y los elevados zapatos escarlata de la realeza. Se sentaban en una silla especial de Estado con incrustaciones de marfil, la *sella curulis*, y siempre estaban acompañados por un cuerpo oficial de guardias personales de doce líctores. Todos los miembros de la escolta llevaban el emblema de la autoridad del Estado, un haz de varas atadas alrededor de un hacha llamado *fasces*. El *fasces* simbolizaba el *imperium* del cónsul, o poder absoluto. Cuando Filipo iba de visita a una casa, sus líctores hacían guardia en la puerta de entrada y podían arrestar a cualquiera que el cónsul les señalase.

A medida que Cayo se acercaba a la adolescencia, la situación política en Roma se fue deteriorando. César y el Senado sufragaban bandas que libraban batallas campales en el Foro. La vida pública resultó gravemente alterada, las elecciones se aplazaron y algunos dirigentes fueron atacados en plena calle. No es extraño que la prudente Atia insistiese en que Cayo se quedase en el campo, donde estaría a salvo. Como medida de emergencia, el Senado acordó que Pompeyo fuese nombrado cónsul único en el 52 a.C. y le encomendó la tarea de restablecer el orden, lo que hizo con su eficacia habitual.

El Primer Triunvirato demostró que algunos hombres que contasen con el apoyo del Pueblo y de soldados de Roma, mucho dinero y bastante descaro podían ignorar a la clase dirigente y secuestrar efectivamente la República. No obstante, como era de esperar y a pesar de los grandes esfuerzos de César, la triple alianza terminó por desmembrarse. Craso se fue y, a finales de la década de los 50 a.C., Pompeyo, celoso de las conquistas militares de César en la Galia, mantenía relaciones cada vez más amistosas con los *optimates.*

Al finalizar su etapa de gobierno, César intentó volver a Roma como héroe conquistador y presentarse para las elecciones a cónsul en el 48 a.C. Como su legislatura en las Galias debía acabar a finales del 50 o principios del 49 a.C., César dispuso una prórroga para que no hubiera ningún período inactivo antes del segundo Consulado y pidió permiso para emprender una campaña *in absentia.* Esto era importante porque, como simple ciudadano, podía ser juzgado por actos ilegales cometidos cuando era cónsul diez años antes. Catón y sus amigos en el Senado buscaban un enfrentamiento con César. Estaban decididos a tener su momento de gloria en el tribunal y ejercieron presión para la pronta retirada de César.

Lógicamente, César intentó evitar que eso sucediese, ya que hubiera sido declarado culpable de crímenes contra la Constitución y su carrera política hubiese terminado prematuramente. Se llevaron a cabo maniobras infructuosas y debates sobre la cuestión, mientras la gente empezó a darse cuenta de que César nunca se entregaría a sus enemigos. Los extremistas del Senado, cada vez más seguros del apoyo de Pompeyo, se negaron a llegar a un acuerdo. La guerra civil parecía inevitable.

Cayo tenía en esos momentos trece años y era capaz de entender la gravedad de la situación. Se daba cuenta de que la opinión de su familia, como sucedía en tantas otras, estaba marcadamente dividida. Su cuñado Cayo Claudio Marcelo fue cónsul en el 50 a.C., y a pesar de su parentesco familiar con César, estaba ansioso por llevarle ante la justicia. Filipo, que no era conocido precisamente por la fortaleza de sus convicciones, seguía nadando cuidadosamente entre dos aguas. Había casado astutamente a su hija Marcia con Catón, el enemigo jurado de su cuñado. No era el único noble romano que apostaba a todas, asegurándose de tener parientes apoyando a uno u otro de los bandos en discordia. Después de todo, no estaba claro quién saldría

victorioso del conflicto. César compró los servicios de jóvenes tribunos pobres del Pueblo, quienes vetaban en su nombre cualquier decreto hostil del Senado. Uno de ellos era el hijo de Filipo (otra póliza de seguros), pero el más importante era Marco Antonio, de 33 años de edad. Marco Antonio, como lo conocemos en la actualidad, era un pariente lejano de César por parte de madre, un miembro del clan juliano.

Marco Antonio provenía de una buena familia, aunque depauperada. En su juventud no mostró mucho interés por la política. Le gustaba segar avena silvestre de manera muy llamativa y acumulaba enormes deudas. En una ocasión, se rumoreó que había sido amante y mantenido de un joven y rico aristócrata.

A sus veintipocos años se dio cuenta de que había llegado el momento de sentar cabeza. Siguió los pasos de muchos jóvenes romanos ambiciosos y se embarcó en un gran *tour* para terminar su educación, estudiando oratoria en Atenas o en una de las grandes ciudades de Asia Menor. Aprendió lo que se llamaba el estilo asiático de oratoria, florido, jactancioso y bravucón; «igual que el estilo de vida de Antonio»,[6] como observó mordazmente Plutarco.

También se sometió a entrenamiento militar y pronto demostró sus aptitudes militares: era fuerte, valiente y tenía don de mando. En el 55 a.C., cuando tenía veinticinco o veintiséis años de edad, jugó un papel secundario en la invasión romana de Egipto, con la que se pretendía restablecer una monarquía impopular, la de Ptolomeo XII el Auletes. En Alejandría vio por primera vez a una de las hijas del Auletes, una princesa de catorce años llamada Cleopatra. Según Apiano, «se quedó muy impresionado al verla».[7]

Después, Antonio atrajo la atención de César, luchando valientemente a su lado en las Galias y convirtiéndose en uno de los seguidores más leales del victorioso general. Tenía facciones marcadas y viriles, frente ancha y nariz aguileña, y se dejaba crecer la barba. Recordaba a las esculturas tradicionales de Hércules, una asociación que él se encargaba de fomentar con la elección de su vestimenta. Cuando asistía a un evento público, llevaba la túnica más abajo de la cadera, una gran espada al cinto y una pesada capa. Se comentaba que su comportamiento era tan hercúleo como su apariencia; le gustaba decir palabrotas y

emborracharse en público. Solía sentarse con sus soldados mientras comían o comer de pie encima de la mesa comunitaria. A sus soldados les encantaba.

Era un mujeriego, una debilidad que le valió muchas simpatías, porque, como escribe Plutarco «solía ayudar a otros con sus aventuras amorosas y siempre aceptaba con humor las bromas que se hacían sobre él».[8] Cuando andaba bien de dinero, colmaba a sus amigos y solía ser generoso con sus soldados.

Pocos senadores apoyaban una guerra civil. Tanto Pompeyo como César tenían ejércitos, y en diciembre del 50 a.C., el Senado votó por mayoría que los generales debían desmovilizarse. Parecía que iba a declararse la paz, una perspectiva que el tenaz cónsul Marcelo, el marido de Octavia, estaba determinado a impedir. Marcelo creía que César sería derrotado fácilmente en el campo de batalla y deseaba su eliminación. Así pues, decidió actuar con determinación. Al no contar con el apoyo del Senado y el consentimiento del otro cónsul, le dio una espada a Pompeyo y le otorgó autoridad para defender el Estado.

El 7 de enero, el Senado reconoció que la situación había llegado demasiado lejos y declaró el estado de emergencia. Temiendo por sus vidas, Antonio y otros cesarianos se apresuraron a reunirse con su comandante. César les esperaba en el río Rubicón, en el norte de Italia, que separaba su provincia de la Galia Cisalpina del auténtico territorio romano.

Mientras esos importantes acontecimientos iban teniendo lugar, Filipo se habría sentido obligado a estar presente en el centro neurálgico romano, y también Atia, como pariente cercana de César. Había mucho en juego; una amenaza para César representaba una amenaza para ellos. Enviaron discretamente a Cayo[9] a una de las haciendas en el campo propiedad de su padre, cerca de Velitrae, donde estaría a salvo de cualquier peligro.

La noche del 10 de enero, plenamente consciente de que estaba iniciando una guerra civil, César ordenó a sus soldados, fervorosamente leales, que invadieran Italia. «¡Que los dados vuelen alto!»,[10] dijo, como si estuviera jugando a un juego de azar. En Roma cundió el pánico. Los cónsules huyeron hacia el sur. Pompeyo, a quien el Senado había nombrado comandante en jefe, dio a Roma por perdida y se embarcó hacia Grecia. Su idea era reclutar un gran ejército en las provincias orientales. Cuan-

do estuviese listo, invadiría Italia y, con ayuda de algunas legiones apostadas en España, aplastaría a César atacándole por ambos flancos. César esperaba capturar a Pompeyo antes de que pudiera embarcarse, pero consiguió escapar.

Después de una turbulenta estadía en Roma, se marchó a toda prisa hacia España. El pretor Marco Emilio Lépido fue el encargado de vigilar sus intereses en la ciudad, y Marco Antonio fue puesto al mando de sus tropas en Italia y nombrado responsable de su administración.

César era un maestro en el arte de la persuasión. Cuando sus oponentes de alto rango caían en sus manos, no se vengaba ejecutándolos, como sería lo esperado, sino que los ponía en libertad. La clemencia sería el «nuevo estilo de conquistar».[11] Algunos senadores moderados acogían la indirecta con gratitud y volvían a la capital.

Filipo estaba inquieto; sabía que debía escoger uno de los bandos. Había abandonado Roma junto con los demás, pero no había ido al campamento de Pompeyo. Unas semanas después estaba en Nápoles, y luego en una bonita ciudad fundada por colonos griegos llamada Parténope o Nápoles. Sin embargo, tan poco comprometido como siempre, no fue a reunirse con Pompeyo, y finalmente César le dio permiso para que se marchase al extranjero si así lo deseaba. No hay evidencias de que hiciera uso de esa prerrogativa. Es curioso que el belicoso Marcelo, que había fomentado la guerra cuando era cónsul, recordó tardíamente a qué familia pertenecía por razón de su matrimonio y empezó a arrepentirse de su atrevida postura, retirándose discretamente hacia la neutralidad.

No sabemos qué aprendió Cayo de esos criterios perspicaces y previsiones cautas. Su salud era delicada, y no compartía ese enérgico entusiasmo por lo militar. Así pues, podría haberse impresionado menos que otros por las extraordinarias aventuras militares de César en las Galias. Hay que tener en cuenta que, desde su más tierna infancia, Cayo nunca había estado con su tío abuelo, cuyas tareas de gobierno le habían obligado a abandonar Roma cuando él sólo tenía cuatro años. Si sus caminos se habían cruzado en los últimos años, Cayo sólo tendría, en el mejor de los casos, un vago recuerdo de su encuentro con su célebre pariente.

A pesar de ello, el joven debía de saberlo todo sobre las proezas extraordinarias del jefe del clan juliano, las cuales de-

bieron de haber sido un tema frecuente y recurrente de conversación entre sus parientes.

Las cartas llegaban a Roma desde España. Después de algunos atrasos iniciales debidos a inundaciones imprevistas, César ganó una campaña estratégica con un mínimo derramamiento de sangre. Con el brazo occidental de la pinza de Pompeyo fuera de combate, César volvió a Roma, donde fue nombrado Dictador. Se aseguró de ganar finalmente el consulado en litigio en el 48 a.C., el precio por el que había desencadenado la conflagración.

Suponemos que Filipo visitó Roma con Atia y Cayo y asistió a las reuniones del Senado en calidad de uno de los pocos ex cónsules de Italia. En algún momento de esos once días de tanta actividad, a finales del otoño del 49 a.C., debió de haberse producido un encuentro crucial, aunque inevitablemente breve, entre un atareado hombre de 51 años en la cima de su fama y su poder y un joven desconocido de quince años. César no debió de haber tenido tiempo de formarse una opinión sobre Cayo, aunque quizá se diese cuenta de que tenía delante a un joven brillante y prometedor. Después, César volvió a marcharse, esta vez a Brindisi, donde se embarcó en busca de su gran rival Pompeyo.

Roma volvió a su acostumbrada situación de expectación desasosegada. Una vez más, las noticias iban y venían. Los mensajeros despachados por los contendientes llevaban cartas a Italia de maneras imprevisibles, sobre todo por la ruta norte y, al llegar la primavera, también por mar, aunque eso era más peligroso.

A mediados de agosto del 48 a.C. llegaron a la ciudad noticias sorprendentes. El ejército de Pompeyo había sido totalmente derrotado en una gran batalla que se había librado cerca de la ciudad de Farsalia, en Grecia central. Quince mil de sus legionarios habían perdido la vida, contra sólo 200 de César. El comandante en jefe de la República había sobrevivido, pero había huido rápidamente, quizá hacia el este. César lo había seguido, pero por el momento no se conocía el paradero de ninguno de los dos.

En Roma, la primera reacción fue aceptar que César se había convertido en el jefe del Estado, y fue condecorado con honores y poderes sin precedentes. A mediados de septiembre, pocas semanas después de la batalla, César fue proclamado Dictador por un año (el período usual era de seis meses). Marco An-

tonio fue nombrado su ayudante, con el cargo de Maestro de Caballería, o *magister equitum.*

De hecho, Pompeyo había huido a Egipto, donde esperaba que el niño faraón Ptolomeo XIII le concediese refugio y una base desde la cual pudiese reclutar un nuevo ejército en Asia Menor, además de facilitarle los fondos para pagarlo. Los asesores del faraón le aconsejaron que era demasiado peligroso implicarse en una guerra civil exterior en lo que parecía el bando perdedor, así que, deseando congraciarse con el vencedor, asesinaron al general derrotado antes incluso de que pudiese poner un pie en suelo egipcio.

El 2 de octubre, la intensa persecución de César le llevó hasta Alejandría. A su llegada, le fue mostrada la cabeza de Pompeyo, lo que provocó su repugnancia pública y su alivio privado. Se negó a mirarla y derramó una calculada lágrima, aunque aceptó el anillo con sello del fallecido como evidencia para ser enviada a Italia. La opinión pública romana se entristeció, aunque no se sorprendió, cuando un mes más tarde llegaron las noticias de la muerte. Como César observó sobre Pompeyo durante la campaña en Grecia: «No sabe cómo ganar guerras».[12]

En ese momento álgido de la carrera de su tío abuelo, Cayo emergió de las sombras de la niñez y se integró en la vida adulta.

3

Una lección política

48-49 a.C.

El 18 de octubre del año 48 a.C. fue un día señalado para Cayo. Cumplía quince años, y su familia había decidido que había llegado el momento de celebrar su entrada en la vida adulta. La ceremonia era un rito de iniciación decisivo. Antes de partir, Cayo dedicó un símbolo clave de su infancia a los *lares*, los espíritus divinos que protegían la casa: el *bulla* que llevaba colgado al cuello, un amuleto que solía ser de oro. Después, les ofrendó un sacrificio en el pequeño altar del santuario consagrado a los *lares* en el *atrium*, o sala principal.

Rodeado de su familia, amigos y partidarios, el joven salió por la puerta y se fue caminando en dirección al Foro, la plaza principal de Roma en el centro de la ciudad. Allí cambió su toga de niño con la banda roja por la *toga virilis*, la toga blanca de los adultos. Sólo si se tenía un cargo en el Senado o se era elegido para el sacerdocio se tenía derecho a exhibir la banda roja.

Mientras Cayo se estaba poniendo la toga, se desgarró la túnica interior por ambos lados y, al caer al suelo, le dejó desnudo excepto por un taparrabos. A primera vista, eso era un mal presagio. Sin embargo, haciendo gala de una gran sangre fría, bromeó: «Tendré a todo el Senado a mis pies».[1] Es casi seguro que esa réplica juvenil es una invención apócrifa, aunque es muy representativa de la astucia del Cayo adulto.

Cayo había sido educado para entender la importancia de los ritos religiosos y, al crecer, se volvió un tradicionalista devoto y supersticioso. Para los romanos, la religión tenía muy poco

que ver con una espiritualidad individual o con una doctrina teológica. Más bien, su cometido era asegurar que los dioses no se ofendiesen y que sus intenciones fuesen identificadas y hechas públicas. El método principal para ese objetivo era una compleja red de rituales, que incluían sacrificios animales.

Es difícil exagerar lo esencial que era el sacrificio ceremonial de animales en la religión romana. Era una constante en la vida cotidiana, la manera en que cualquiera podía dar gracias a los dioses, pedirles un favor o averiguar sus deseos. Los animales domésticos, como los corderos, los bueyes o los pollos, eran sacrificados en grandes números, degollándolos con un cuchillo especial y recogiendo su sangre en un plato llano, que se ponía en el altar. La carne se cocinaba, se le ofrecía formalmente al dios pertinente y después se comía. Los altares estaban cubiertos de los desechos de la matanza. Las ceremonias religiosas debían ser llevadas a cabo con suma exactitud. Si se producía algún error o interrupción (por ejemplo, si una rata chillaba o se le caía el sombrero a algún sacerdote), debía repetirse todo el procedimiento desde el principio.

Al principio, los romanos eran animistas. Creían que los *numina*, o espíritus, vivían en todos los objetos naturales, como los árboles, los ríos, las casas, etcétera. A medida que pasaba el tiempo, esos objetos pasaban a integrar una lista de deidades que tenían aspecto y comportamiento humanos. La mayoría de ellos tenían su homólogo en los dioses y diosas de la Grecia antigua. El Júpiter romano era el Zeus griego, Juno era Hera, Minerva era Atenea, Mercurio era Hermes, Venus era Afrodita, Marte era Ares, etcétera. Apolo era el mismo en las dos lenguas. A medida que los límites de la República se expandían, las equivalencias se ampliaban también a las deidades de otras culturas.

Habían pocos rincones de la vida romana, tanto públicos como privados, que no estuviesen regidos por los rituales. Todas las casas tenían un altar consagrado a sus *lares* y sus *penates*, las deidades del hogar.

En los eventos públicos, el sacerdote-rey o *rex sacrorum*, literalmente el «rey de lo sagrado», llevaba a cabo sacrificios públicos que en el pasado habían sido competencia del rey. Por debajo de él había dos clases de sacerdotes: los *pontifices* y los augures. No habían especialistas «religiosos» de ningún tipo, como vicarios u obispos; todos los sacerdotes, con la única excepción del *rex sacrorum*, eran políticos en activo. Los *pontifices* decidían

las fechas de los festivales anuales y llevaban un registro de los acontecimientos importantes de cada año, los Anales. Se creía que algunos días eran propicios y otros funestos (*fasti* y *nefasti*). Los asuntos públicos sólo podían llevarse a cabo en los días propicios, y los *pontifices* decidían qué días pertenecían a esa categoría.

En los eventos públicos más importantes, los augures tomaban los *auspices*, un término que significaba originalmente «señales de los pájaros». El augur buscaba signos (en el canto o el vuelo de los pájaros, en el trueno y el relámpago o en el movimiento de animales) que luego interpretaba. Las señales de los dioses, o portentos, también podían conocerse consultando a sacerdotes etruscos o *haruspices*, quienes examinaban los intestinos de animales sacrificados en busca de algo irregular o inusual.

Por último, se llevaban registros públicos de los prodigios, los acontecimientos extraordinarios naturales o supuestamente sobrenaturales, que podían variar desde un templo alcanzado por un rayo hasta «sangre» que llovía del cielo.

En un extremo del Foro se alzaba el templo circular de Vesta, la diosa del fuego del hogar. En el interior del templo brillaba el fuego sagrado, del que se ocupaban las Vírgenes Vestales, mujeres de familia noble que habían hecho voto de castidad y que vivían en un gran edificio detrás del templo. Al lado estaba el *domus publica*, o Casa Pública, la residencia oficial del *pontifex maximus* o Sumo Pontífice, un título que asumió el Papa siglos después. Él era el guardián de las Vestales y presidente del Colegio Pontificio.

En aquel momento, el *pontifex maximus* era Julio César. Había una vacante en el Colegio Pontificio, y fue seguramente a instancia de César que Cayo fue elegido para ocuparla el mismo día en que entraba en la mayoría de edad, lo que era un gran honor. Así pues, dejó su flamante *toga virilis*, asumió los símbolos del cargo eclesiástico, una mitra de cuero sin tratar y una toga con franja roja, y llevó a cabo su primer sacrificio público. Aunque el procedimiento le era familiar, el estrés del joven debió de haber sido considerable. Los animales no siempre se comportan de manera previsible, y cada detalle de la ceremonia tenía que ser ejecutado correctamente.

Después, Cayo se dirigió al sinuoso camino que llevaba desde el Foro hasta el Capitolio, la ciudadela de Roma, donde se alzaba un gran templo dedicado a Júpiter, jefe de las divinidades

del Olimpo. Júpiter era, sobre todo, el dios de la comunidad cívica, dentro de la cual daba la bienvenida al nuevo ciudadano. En su nuevo estatus de adulto, Cayo pasó a ser Octavio, el primer cambio de nombre de su vida y el nombre con el que lo llamaremos de ahora en adelante.

Octavio se había convertido en un joven muy atractivo. No era muy alto, quizá sólo unos 1,65 metros, aunque, según Suetonio: «su cuerpo y sus extremidades eran tan proporcionadas que uno no se daba cuenta de lo bajo que era hasta que alguien alto se ponía a su lado».[2] Tenía el pelo rizado y casi rubio, dientes pequeños y ojos claros y vivos. Sus cejas se encontraban encima de su nariz romana y sus orejas eran de un tamaño promedio. Tenía marcas de nacimiento en su pecho y su vientre que recordaban a la constelación de la Osa Mayor. Era de salud delicada y propenso a enfermar, aunque las fuentes antiguas no revelan qué problemas de salud tuvo.

Nicolás escribió: «Atraía a muchas mujeres debido a su atractivo físico y, como miembro del clan juliano, también por su buena cuna».[3] Atia era muy consciente de los encantos de su hijo y, preocupada por las atenciones indeseables que podría atraer, tanto de mujeres como de hombres, siguió teniéndolo bajo su control. Además, gracias a que su tío abuelo controlaba por completo la República, Octavio era una personalidad de cierta importancia y que podía ejercer alguna influencia sobre él. Podía caer fácilmente víctima de cualquier tipo de halago de aquellos que quisiesen ganarse su favor y, por mediación de él, el del todopoderoso dictador.

Así pues, aunque era oficialmente un adulto, la madre de Octavio no le permitía salir de casa con más libertad de la que disponía cuando era niño. Lo mantuvo bajo estricta supervisión, durmiendo en la misma habitación que antes. Una vida romana estaba circunscrita por numerosos rituales, y aunque Octavio asistía a los templos de los dioses en los días pertinentes, lo hacía de noche para no llamar la atención. Según Nicolás, que le conoció personalmente al cabo de los años, «era mayor de edad sólo legalmente, porque en otros aspectos se le cuidaba como a un niño».[4]

Octavio era obediente, pero debió de haber estado de acuerdo con un amigo de sus últimos años, el poeta Horacio, quien

observaba en una de sus *Epístolas*: «El año se arrastra para los niños huérfanos bajo el cuidado estricto de sus madres».[5]

César había guardado silencio misteriosamente durante más de seis meses, hasta que en el verano del año 47 a.C. finalmente llegaron cartas suyas desde Alejandría. Estaba sano y salvo, pero tenía una historia muy curiosa que contar, cuyas raíces se remontaban a las relaciones de Egipto y Roma en el pasado.

El reino ptolemaico, menos orgulloso que antaño pero aún fabulosamente rico, se había convertido en uno de los Estados clientes de la República, teóricamente independiente pero sujeto a injerencia política por parte del Senado y de los dirigentes políticos. Era de especial importancia para Roma, porque era un gran exportador de grano.

La dinastía reinante no era autóctona, sino que descendía de uno de los comandantes macedonios de Alejandro Magno, Ptolomeo.[6] Alejandro murió inesperadamente a la temprana edad de treinta y tres años, habiendo conquistado la totalidad del Imperio persa, pero sin haber hecho planes para su sucesión. Así pues, sus generales se repartieron un vasto territorio que se extendía desde Egipto hasta la India. Además de hacerse con Egipto, Ptolomeo secuestró el cuerpo embalsamado del rey durante su viaje de vuelta a Macedonia y lo colocó en una urna de oro y cristal en el centro de Alejandría, que había pasado a ser la capital por orden del nuevo faraón. Él y sus sucesores se consideraban griegos y mostraban poco interés por sus súbditos indígenas, excepto como fuente de riquezas.

Cuando César llegó a Alejandría con un puñado de tropas en el 48 a.C., había heredado el trono un niño faraón, Ptolomeo XIII. Una de las convenciones que los Ptolomeos macedonios habían heredado de sus predecesores egipcios era la de que los faraones se casasen con sus hermanas. A largo plazo, el hábito del incesto podía ser perjudicial genéticamente, pero tenía la gran ventaja de mantener el poder estrictamente dentro del clan familiar.

Ptolomeo XIII tenía sólo once años de edad y no estaba en condiciones de ejercer el poder. Así pues, se casó con su hermana Cleopatra, que en ese momento tendría veintiún o veintidós años. Cleopatra, inteligente y ambiciosa, estaba ansiosa por tomar las riendas, lo que no entusiasmaba a los jerarcas del palacio de Alejandría, que aspiraban a gobernar el país. La reina fue expulsada y el faraón contrajo matrimonio con otra de

sus hermanas: Arsínoe. El país estaba a las puertas de una guerra civil.

César ofreció su adjudicación imparcial y Cleopatra se dio cuenta de que tenía que abrirse camino hasta él a través de las tropas leales a su hermano si quería influir en su veredicto. Se embarcó en un bote pequeño junto a un amigo de Sicilia, un comerciante llamado Apolodoro, y desembarcaron en el Puerto Real cuando se estaba haciendo de noche. Cleopatra se metió en un saco de ropa de cama y Apolodoro lo ató y lo llevó hasta César. En otra versión de la historia, Cleopatra se envuelve en una alfombra. Según Plutarco, «se dice que este pequeño truco de Cleopatra, que reveló por primera vez su provocativa insolencia, fue lo primero que atrajo a César».[7]

César no tardó en anunciar su veredicto: Cleopatra y su hermano reinarían conjuntamente con iguales prerrogativas. Aunque parecía una solución equitativa, en la práctica restaba poder al faraón en favor de su hermana. Los enemigos de Cleopatra convocaron al Ejército Real (una fuerza de 20.000 soldados experimentados), que puso sitio a César en el palacio de Alejandría.

Finalmente llegaron los refuerzos largamente esperados y, el 27 de marzo, César destruyó el Ejército Real en el delta del Nilo gracias a una operación militar cuidadosamente planeada. El faraón subió a un bote para emprender la huida, pero los soldados, presos del pánico, nadaron hasta él e intentaron subir a bordo, provocando que el bote volcase y que el desafortunado muchacho se ahogase.

Se podría suponer que, al haber salido airoso de una situación tan difícil provocada por la arrogancia y la negligencia, el Dictador de Roma dejaría Egipto para poner fin a la guerra civil en Roma y establecer su gobierno de forma permanente, pero eso no fue lo que sucedió.

A sus cincuenta y dos años, el mujeriego César se había enamorado de Cleopatra, con quien inició una relación amorosa. Aunque no era hermosa según las convenciones de la belleza física, la reina poseía un enorme atractivo. Según Plutarco:

> Según se decía, su belleza no era obvia e incomparable, de esas que pueden impresionar a la persona que la admire. Sin embargo, su conversación tenía un encanto irresistible. Su apariencia, sumada a la seducción de sus palabras, y su carácter, que im-

pregnaba sus acciones de una forma inexplicable cuando trataba con otras personas, ejercían un efecto fascinante. Cuando hablaba, el sonido de su voz era de una extrema dulzura.[8]

Su aspecto en las monedas de ese período oscila considerablemente, desde una apariencia más propia de una bruja hasta una belleza radiante, y no ayuda mucho a confirmar el informe sobre una mujer cuyo encanto resplandecía más cuando se movía que cuando hablaba. Los ojos y los labios de un magnífico busto de mármol que se halla en el Berlin State Museum, identificado como un busto de Cleopatra, revelan una determinación vigorosa y sensual.

La reina era mucho más que una cara bonita. Era muy inteligente y debió de haber recibido una buena educación, porque dominaba varias lenguas, como el etíope, el hebreo, el árabe, el sirio, las lenguas de los medas (habitantes de Babilonia, la actual Iraq) y los partos, y sobre todo el egipcio. En una nota al margen que revela la seriedad con la que Cleopatra se tomaba su cargo de reina, Plutarco escribe: «Muchos gobernantes de Egipto antes que ella ni siquiera se habían tomado la molestia de aprender la lengua egipcia, y algunos de ellos incluso habían abandonado su dialecto macedonio [en favor del griego]».[9]

César, acompañado de Cleopatra, emprendió un largo viaje remontando el Nilo con una flotilla de 400 barcos para ver el país y, como escribe Apiano «disfrutó mucho con ella de otras maneras».[10]

César se marchó de Egipto en junio del año 47 a.C. para hacerse cargo de una revuelta en Asia Menor, unas semanas antes de que Cleopatra diese a luz a Ptolomeo César, apodado con sorna en Alejandría como Cesarión («Cesarín»). En octubre estaba de vuelta en Roma después de haber estado fuera durante nueve meses. Debido en gran parte a la incompetencia de Marco Antonio como administrador, en Italia reinaba la confusión y las legiones estaban al borde del motín. Catón y algunos otros *optimates* habían reunido un poderoso ejército en África.

César actuó con rapidez. En primer lugar, destituyó a Marco Antonio y, con frialdad y brillantez, se encaró con sus tropas. La relación de César con sus hombres era casi la de una relación amorosa. Aunque de vez en cuando se producían discusiones, sus

hombres lo adoraban y César era completamente leal hacia ellos. Pocos desertaron de sus legiones, y ese vínculo de confianza y afecto hacia tantos miles de soldados era un hecho político de la mayor importancia y una garantía crucial de su poder.

Por si eso fuera poco, muchos de sus hombres no provenían de la Italia Romana, sino de las provincias de las Galias Cisalpina y Transalpina. La mayoría de ellos no eran ciudadanos romanos, como en principio debían de haber sido, y por ello no tenían escrúpulos a la hora de invadir Italia y luchar contra romanos. Podían quejarse por la duración de su servicio militar, pero nunca por dónde ni contra quién les dirigía su comandante.

A no ser que se hubiera encontrado con él con anterioridad, fue durante esta visita a Roma que Octavio conoció finalmente a César. César solía saber rápidamente a quién tenía delante, y se impresionó con Octavio, quien se estaba convirtiendo en un joven serio y prudente. Lo consideró muy prometedor y ordenó que el joven fuese nombrado patricio. Los patricios eran la aristocracia original de Roma y se distinguían de los plebeyos, que formaban el resto de la población. Pudieron haber sido originalmente los fundadores de la ciudad o tal vez una «aristocracia de invasores» que gobernaron a la población nativa, incluso un grupo de representantes reales en los tiempos en que Roma era un reino. Con independencia de lo que hubiesen sido en el pasado, el estatus de patricio equivalía a pertenecer a la clase noble.

La promoción de Octavio tenía una significación importante. César, al ser juliano, era patricio, pero Octavio, aunque tenía relación con los julianos gracias a su madre, no lo era. Sin llegar al extremo de adoptarlo, el tío abuelo de Octavio estaba sugiriendo que consideraba a éste como un juliano honorario.

Al adolescente le fue conferido aún otro honor simbólico, el nombramiento como *praefectus urbi*, o Prefecto de la Ciudad, durante la *feriae latinae*, o Festival Latino. Esta importante ceremonia se llevó a cabo en un templo en el monte Albano (monte Cavo en la actualidad), a unos veinte kilómetros al sur de Roma. Aunque concebida originalmente como la celebración de la unidad de la Liga Latina, una alianza de las comunidades latinas del Latium (la Lacio actual), los romanos se la apropiaron cuando la Liga fue incorporada a la República.

El Festival iba asociado a una tregua sagrada, por lo que no se podía librar ninguna batalla durante la celebración del mismo. Una procesión encabezada por los dos cónsules partió des-

de la ciudad hacia el monte Albano, en cuya cima había un templo muy antiguo dedicado a Júpiter. Allí se sacrificó un buey en honor al dios y su carne fue repartida entre las ciudades y pueblos que formaban la comunidad de los Latinos. Las ciudades también ofrecían corderos, quesos, leche o pasteles a título individual. Se jugaba un juego simbólico llamado *oscilatio,* o balanceo, y en la colina del Capitolio de Roma se celebraba una carrera de carros tirados por cuatro caballos. El ganador recibía como premio una bebida llamada *absynthium,* o esencia de ajenjo, quizá algo parecido a la absenta de los tiempos modernos mezclada con vino.

En teoría, el *praefectus* estaba a cargo de la ciudad durante la ausencia del cónsul, pero su papel era temporal y puramente simbólico. Octavio presidió una ceremonia en el Foro, sentado en el Tribunal de los oradores. Según Nicolás, mucha gente fue a «ver al muchacho, porque valía la pena verle».[11]

César tenía planeado viajar en barco hasta la provincia de África a principios de diciembre. Allí le esperaban Catón y diez legiones de Pompeya. El Dictador esperaba que ésa fuese su última campaña. Octavio, que en ese momento tenía diecisiete años, le pidió permiso para acompañarle y ganar así experiencia militar, pero Atia se opuso a la idea. Octavio no discutió y accedió obedientemente a quedarse en casa. César tampoco estaba dispuesto a dejarle ir al campo de batalla. Estaba preocupado por el estado físico de su sobrino y temía que «una enfermedad afectase a su cuerpo débil debido a un cambio tan grande de manera de vida, y pudiese dañar para siempre su salud».[12]

La campaña africana no fue precisamente pan comido. César se metió pronto en problemas, pero luchó hasta obtener una victoria decisiva sobre el enemigo cerca del puerto de Tapso. Catón, portaestandarte de la República pero no militar, no había jugado un papel preponderante en la campaña, y al darse cuenta de lo desesperado de la situación decidió quitarse la vida. Así evitaría la humillación de ser derrotado por César y, peor aún, tener que aceptar su indulto. Después de haber pasado la noche leyendo el *Fedón,* el gran diálogo de Platón sobre las últimas horas de la vida de Sócrates, se clavó un puñal.

A pesar de la intransigencia y la incompetencia demostrada en vida, la muerte de Catón tuvo un enorme impacto en la opinión pública. La gente recordó sus principios incorruptibles y no sus errores. Su ejemplo brillante subrayó implacablemente el

egoísmo y la ambición de César, lo que amenazó con destruir la República centenaria.

Al lector moderno quizá le intrigue la propensión de las élites romanas a quitarse la vida en circunstancias adversas, pero el mundo clásico tenía una actitud muy diferente ante el suicido que el actual. Aunque habían tendencias populares y religiosas de desaprobación, el suicidio estaba ampliamente considerado como un acto digno o al menos necesario bajo ciertas condiciones.

La gente ponía fin a su vida de muchas formas diferentes y por razones muy diversas, como sucede hoy en día. Sin embargo, al menos entre las clases altas y los militares, existía lo que podría llamarse una cultura del suicidio. En algunas circunstancias era lo más honroso e incluso tenía un encanto sombrío.

Las principales justificaciones para un suicidio «noble» eran la *desperata salus* (sin esperanza de rescate o liberación), el *pudor* (deshonra), o una mezcla de ambas. En su crónica de las campañas de la Galia, Julio César aporta un ejemplo de la primera. Los supervivientes romanos de una emboscada «tuvieron muchas dificultades para resistir hasta el anochecer el violento ataque del enemigo. Por la noche, viendo que no tenían esperanza alguna, todos y cada uno de los hombres se suicidó».[13]

En cuanto al *pudor*, un romano que meditase sobre la posibilidad de quitarse la vida no se sentía muy culpable por algo que hubiese hecho (aunque ése también podía ser el caso), sino que reconocía un colapso catastrófico en su estatus social o político. Esos reveses de la fortuna ocurrían de vez en cuando, y para un político veterano el suicidio era un peligro reconocido de su profesión. Fue el pudor lo que mató a Catón.

César volvió a Roma en julio del 46 a.C. La mayoría de la gente, incluyendo a críticos suyos como Cicerón, estaban aliviados de que la paz, y sobre todo la seguridad, también hubiesen vuelto. Había una expectativa generalizada de que, en caso de haber ganado, los republicanos hubiesen masacrado a sus oponentes e incluso a aquellos que hubiesen sido neutrales en la guerra civil. La famosa clemencia de César, aunque vista con recelo, contribuyó a un ambiente de calma social.

El Senado confirió al vencedor honores nuevos, extravagantes y sin precedentes. César los aceptó y, a cambio, emprendió una política de reconciliación. Según Dión, César prometió «no llevar a cabo ninguna acción cruel simplemente por el hecho de haber conquistado, puedo decir exactamente lo que quiero sin que se me pidan cuentas y tengo completa libertad para hacer lo que yo escoja».[14] César necesitaba la cooperación de los *optimates* supervivientes para que le ayudasen a gestionar el imperio. No podía emprender esa tarea en solitario, y muchos de sus seguidores destacados eran inexpertos y poco fiables. El hecho de que Antonio fuese el mejor de todos ellos revela las habilidades de los demás.

De hecho, César se impacientó y se frustró. Detectaba una insolencia estúpida bajo los halagos y una renuencia a otorgarle verdadera lealtad. Cuando departía con sus asociados, era sumamente discreto. «La República no es más que un nombre sin forma ni substancia»,[15] declaró en una ocasión, enfadado.

4

Asuntos pendientes

46-44 a.C.

Lo que sucedió a partir de entonces fue la consecuencia de la diferencia de expectativas entre el Dictador y la nación política. Octavio pasó mucho tiempo con su tío abuelo y pudo ser testigo del marcado contraste entre la corrección pública y la frustración privada.

Octavio siguió manteniendo el contacto con sus antiguos compañeros de clase y, ahora que tenía acceso libre y frecuente al César, pudo hacerle un favor a uno de ellos. El hermano de Agripa había sido hecho prisionero de guerra durante la campaña africana. Obviamente, había luchado antes en el bando republicano y había sido perdonado, ya que César solía castigar a los reincidentes. Agripa temía por la vida de su hermano y le preguntó a Octavio si podía hablarle a César en su favor. Octavio dudó, porque aún no había usado nunca su posición privilegiada y sabía cómo se enfadaba César con los que abusaban de su clemencia. Hizo acopio de valor y le formuló finalmente la petición. César se la concedió, y eso no sólo reforzó la amistad de Agripa, sino que también le reportó una reputación de lealtad.

A finales de septiembre se dedicaron once días a las celebraciones de las victorias, durante los cuales César celebró la cifra sin precedentes de cuatro triunfos en cuatro días. El triunfo era la procesión militar que encabezaba un general para celebrar una victoria destacada en una campaña contra un enemigo extranjero. El Dictador quería celebrar la conquista de la Galia, la breve guerra en Egipto, la guerra en Asia, aún más breve, y la

derrota de Juba, el rey de Numidia, en el norte de África. De hecho, Juba era un eufemismo para denominar a Catón y al ejército republicano, los verdaderos oponentes de César, algo que no podía admitirse abiertamente porque se trataba de ciudadanos romanos, contra los cuales estaba prohibido ir a la guerra.

El decimoséptimo cumpleaños de Octavio coincidió con ese festival de triunfos, el 23 de septiembre, y César decidió honrar a su sobrino. Lo invitó a que le acompañase en el desfile de la guerra africana y lo condecoró con medallas al servicio, como si realmente hubiese sido uno de sus hombres en la campaña. El día del triunfo sería uno de los más emocionantes para Octavio hasta ese momento.[1] Allí se manifestaban la fama y la gloria, el máximo premio a que podía aspirar un romano.

Por convención, la ceremonia dio comienzo en el Campus Martius, o Campo de Marte, el Dios de la Guerra, un espacio abierto al noroeste de la ciudad, que se extendía desde la actual Piazza Venezia a la Ciudad del Vaticano. Éste había sido originalmente el campo de entrenamiento del ejército, y en las cercanías había varios edificios públicos importantes. Uno de ellos era el Templo de Belona, diosa de la guerra y hermana de Marte. El Senado se congregaba allí para recibir al comandante victorioso antes de encabezar su procesión triunfante a través de la ciudad.

El día del triunfo, César se atavió con algunos de los atributos de Júpiter, rey de los dioses y protector de Roma. Su cara estaba pintada con el mismo color rojo que cubría la gran estatua de Júpiter en la colina del Capitolio y, bajo la toga bordada, llevaba una túnica de color púrpura y oro bordada con hojas de palma, un símbolo de victoria.

Después de haber pronunciado un discurso y haber hecho entrega de condecoraciones militares, César pasó revista a las tropas, que luego formaron en posición de marcha. César montaba un carro dorado. Junto a él había un esclavo, que le sostenía una corona dorada encima de la cabeza y le susurraba al oído que era mortal. Octavio lo seguía orgulloso montado en un caballo.

La procesión se dirigió hacia la ciudad. Detrás de los Senadores y marcando el camino marchaban trompetistas y bueyes blancos engalanados y con los cuernos dorados que serían sacrificados posteriormente. Detrás de ellos iba el botín de guerra, seguido por carrozas con escenas y cuadros que ilustraban los

acontecimientos más destacados de la campaña africana. Octavio se dio cuenta de que eso provocaba indignación. Uno de los cuadros de las carrozas representaba al general republicano Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión apuñalándose en el pecho y tirándose posteriormente al mar, y en otro, aún peor, Catón se desgarraba a sí mismo como un animal salvaje. Habría sido más sensato evitar cualquier mención de las batallas en las que habían luchado romanos contra romanos, pero César aún no perdonaba a su antiguo oponente Catón por haber eludido su clemencia. A medida que las carrozas avanzaban por las estrechas calles de la ciudad, la muchedumbre, demasiado intimidada por la nutrida presencia de soldados, no pudo hacer otra cosa que quejarse.

Finalmente llegó César, acompañado de sus legiones. Los soldados, que llevaban ramos de laurel, ejercían su tradicional privilegio de cantar canciones satíricas y a veces obscenas sobre su comandante. Ellos tenían mucho que decir sobre su reputación de mujeriego.

En el Capitolio, la ceremonia concluyó con un sacrificio en masa de los bueyes, seguido por un banquete en el templo de Júpiter. César fue escoltado con música de flautas hasta su casa, la *domus publica* o residencia oficial del *pontifex maximus.*

En los triunfos se intercalaban una gran variedad de espectáculos extremadamente costosos, como bailes, representaciones teatrales y carreras de carros. Estas últimas se llevaban a cabo en un estadio cercano al Circus Maximus, bajo la colina Palatina. La atracción más popular en un programa de eventos bastante nutrido era el concurso de gladiadores,[2] que solía celebrarse en el Foro, un lugar de reunión donde se erigía un estadio temporal de madera encima de una red de túneles bajo el pavimento. En esos túneles, los gladiadores esperaban su turno de saltar a la arena.

Es muy difícil entender el atractivo que podía tener un espectáculo en el que se daba muerte a seres humanos. En el mundo desarrollado de la actualidad, son pocas las personas que experimentan regularmente la violencia física, pero en las sociedades premodernas, el dolor, la enfermedad o la muerte súbita o prematura eran habituales y previsibles. Además de ese trasfondo, el éxito imperial de Roma se basaba en una cultura de

destreza militar. La guerra era algo glorioso. Se entrenaba a los jóvenes para matar, aceptar la idea de una muerte violenta y valorar el heroísmo personal por encima de la mayoría de las virtudes. De hecho, la palabra *virtus*, de la cual deriva el término castellano «virtud», no sólo significa hombría y excelencia moral, sino que lleva aparejado el concepto del coraje físico.

Los espectáculos de gladiadores tienen su origen en sacrificios humanos que se celebraban varios siglos antes en el Foro, el espacio más sagrado de la comunidad. Antes de convertirse en una plaza pública, el Foro era una zona pantanosa donde los aldeanos de los alrededores enterraban a sus muertos, y quizá una vaga memoria de esa función original sobrevivió en la mente de la gente. La sangre de las víctimas se filtraba entre las losas del suelo y saciaba la sed de los *manes*, los espíritus de los difuntos que vivían una vida triste en el inframundo y, a excepción de esas ocasiones, estaban privados de sangre.

La mayoría de los gladiadores (el término proviene del latín *gladius*, que significa «espada») eran esclavos, pero algunos ciudadanos se unían a un grupo de gladiadores por propia voluntad. La profesión daba asilo a marginados sociales, desposeídos, arruinados y forajidos. Los luchadores libres eran muy buscados, al parecer porque luchaban con más entusiasmo que quienes lo hacían por obligación. Un voluntario ganaba una bonificación si sobrevivía hasta el fin de su contrato. El contrato era temible y el que lo incumplía podía ser quemado, encadenado con grilletes, azotado o asesinado con arma blanca. De hecho, convertía al firmante en un esclavo temporal.

Los luchadores de éxito adquirían una gran popularidad. Por un lado eran lo más bajo de la sociedad, al nivel de los prostitutos y de los peores criminales, como los parricidas. Como seres humanos, habían perdido completamente su *dignitas*. Por otro lado, eran sensuales objetos de deseo, como revela la inscripción en Pompeya, según la cual el tracio Celado «deleitaba y hacía latir los corazones de las muchachas» y Crescente, el *retiarius* (luchador con red), era «el doctor de todas las vírgenes por las noches».

Algunos promotores estaban orgullosos de que los luchadores no escapasen a la muerte si perdían, aunque esto encarecía muchísimo los juegos. Éstos se denominaban *munera sine missione*, o juegos sin cuartel. Se desconoce el índice de mortalidad en la profesión de gladiador, pero probablemente era menor de lo

que presuponen las descripciones sanguinarias. Se sabe de luchadores que sobrevivieron a muchos combates antes de conseguir finalmente su libertad (simbolizada por una espada de madera) y retirarse a la respetabilidad de la provincia. En esta faceta sanguinaria del teatro, un empresario imaginativo podía crear suspense con copiosos derramamientos de sangre y sin una mortalidad excesiva.

Otro espectáculo que arrastraba a las masas era el *venatio*, la caza de bestias salvajes. Se capturaban toda clase de animales en diferentes rincones del Imperio, se los llevaba a Roma y se les daba muerte en la arena. Podían morir miles en un solo día. Hombres armados con lanzas, arcos, puñales e incluso antorchas, a veces acompañados por jaurías de perros de caza, luchaban con aterrorizados y enfurecidos leones y panteras, tigres y leopardos. Se agitaban trapos rojos frente a toros, un precursor del toreo español de la actualidad. También se cazaban, aunque más raramente, hipopótamos, avestruces y cocodrilos. César puso en escena cinco *venationes* durante las festividades, en una de las cuales opuso un grupo de elefantes contra otro. Además, importó 600 leones y otros 400 felinos de gran tamaño.

Fue ampliamente comentado el hecho que en los espectáculos teatrales y banquetes públicos Octavio acompañase invariablemente a su tío abuelo, quien le trataba como si fuese su propio hijo. Durante los sacrificios y al entrar en los templos para los rituales religiosos, César iba acompañado del joven y conminaba a los que tomasen parte en esos eventos públicos para que le diesen preferencia.

Cada vez era más frecuente que se le acercasen solicitantes a Octavio y le pidiesen su intercesión ante César de una forma u otra. Su éxito con el hermano de Agripa y su familiaridad creciente con el Dictador le proporcionaron el coraje para proponer peticiones, que eran invariablemente concedidas. Esto era así, en gran medida, gracias al tacto con que lo llevaba a cabo. Según Nicolás: «Tenía cuidado de no solicitar nunca un favor en un momento inoportuno ni cuando podía molestar a César».[3]

César decidió que era hora de que el joven adquiriese alguna experiencia administrativa, así que le asignó la responsabilidad de dirigir el programa teatral de las celebraciones triunfales. Deseoso de mostrar su compromiso, Octavio se quedó hasta el

final de todos los actos, incluso en los días más largos y calurosos. Eso puso a prueba su ya delicada salud y cayó gravemente enfermo.

César estaba fuera de sí a causa de la ansiedad y, para animarse, visitaba diariamente al enfermo o enviaba amigos en su lugar. Los doctores hacían guardia permanente. En una ocasión, le llegó un mensaje a César de que Octavio había sufrido una seria recaída y estaba en peligro de muerte, y el Dictador se puso en pie de un salto y corrió descalzo hacia la casa en la que estaba Octavio. Desesperado y muy enfadado, interrogó a los doctores sobre el pronóstico de su paciente y luego se sentó junto a la cabecera de la cama del muchacho. Octavio se fue recuperando poco a poco, pero durante algún tiempo estuvo muy débil.

No se conoce la naturaleza de la enfermedad que afligió a Octavio en esa ocasión, aunque pudo haberse debido a una grave insolación.

Poco después de los triunfos, Cleopatra llegó a Roma y se hospedó en casa de César. Su viaje desde Egipto fue aplazado hasta después del triunfo egipcio. Uno de los cautivos en la procesión había sido su hermanastra Arsínoe, a quien los alejandrinos habían aclamado como su reina poco antes de caer presa de César. Aunque Cleopatra la odiaba, no quería ver a su hermanastra encadenada y que su reino fuese presentado como un poder vencido.

La reina iba acompañada por el más joven de sus hermanos y nuevo marido, Ptolomeo XIV, que sólo tenía quince años, y es de suponer que también por un nutrido séquito. Es muy probable que se llevase con ella a Cesarión. César los hospedó en su mansión, rodeada de hermosos jardines (su *hortus*), en el otro lado del río Tíber, cerca de la cara sudeste de la colina Janículo. Allí, Cleopatra fue el centro de atención y recibió a políticos romanos importantes. Los aires de grandeza de la realeza, aunque fuesen acompañados de regalos espléndidos y de entretenimientos refinados, no eran bien acogidos entre la elite resueltamente republicana. Algunos, como el orador Cicerón, la rechazaban amablemente a pesar de los esfuerzos de la reina por congraciarse.

Es probable que Cleopatra devolviese los cumplidos con igual amabilidad. Su mentalidad era incorregiblemente autocrática. Nada la había preparado para la ruidosa olla de grillos de

la política romana y para los competitivos aristócratas que no concebían que alguien pudiese ser superior a ellos. En Alejandría, su respuesta a la disensión era el uso de la fuerza, y debió de haberse desconcertado mucho a causa de la política de clemencia de César.

Ni la esposa de César, Calpurnia, ni el convaleciente Octavio nos han dejado su opinión sobre la intrusa egipcia, pero ninguno de los dos debió de haberse alegrado por la presencia de un rival, tanto en lo que respecta al afecto del César como por el poco tiempo disponible para estar con ellos.

Resultó que la lucha no se había terminado después de todo, lo que no dejaba de ser exasperante. Los dos hijos de Pompeyo el Grande, Cneo y Sexto, de treinta y dieciséis años respectivamente, habían conseguido escapar de la debacle africana y habían llegado hasta España, donde su padre tenía una clientela numerosa y fiel.

El sistema de «clientes» era un rasgo crucial en la vida social y en la política romanas. Un romano poderoso era patrón, o protector, de cientos o incluso miles de «clientes», no sólo en Roma e Italia sino también al otro lado del Mediterráneo. Esas redes de ayuda mutua trascendían clases sociales y vinculaban a los romanos con la gente de las provincias.

El clientelismo no era vinculante legalmente, pero sus normas se obedecían casi siempre. La lista de clientes de un patrón pasaba de generación en generación; el padre se la daba a su hijo y así sucesivamente. Un patrón velaba por los intereses de sus clientes. Podía proporcionarles comida, dinero y pequeñas parcelas de tierra o defenderlos si tenían problemas con la justicia. A cambio, los clientes debían ayudar a su patrón de la forma en que pudiesen: votando como él deseaba en las Asambleas o haciendo campaña por él cuando optaba a un puesto oficial. En Roma, los clientes presentaban cada mañana sus respetos en la casa de su patrón y lo acompañaban caminando hasta el Foro.

Poco a poco, Cneo reunió un ejército de trece legiones, aunque muchos de sus soldados eran españoles sin experiencia militar. Los emisarios del Dictador en España no eran capaces de aventajar a los rebeldes, y a principios de noviembre del año 46 a.C. quedó claro que se necesitaría la intervención personal de César para extinguir un fuego que parecía haberse apagado, pero que había vuelto a encenderse y estaba ardiendo descon-

troladamente. César no tardó en ponerse en camino para llevar a cabo otra campaña, y en Roma, una vez más, se quedaron a la espera de noticias.

César esperaba que Octavio le acompañase, y esta vez no parecía haber ninguna objeción por parte de sus padres. Octavio ya tenía dieciocho años y no era ningún niño, y como para otros de su clase social, el próximo paso en su educación tenía que ser un período de servicio bajo las órdenes de algún general. Evadir eso sería visto como una señal de cobardía.

Por desgracia, el joven aún no se había repuesto completamente de su enfermedad. Su tío abuelo le dijo que se reuniese con él en cuanto estuviese mejor. Ansioso por dejar Roma lo antes posible, Octavio se concentró en el restablecimiento de su salud. Cuando aún no se había repuesto totalmente, empezó a hacer preparativos para su viaje, afirmando que lo hacía «según las instrucciones de mi tío».[4] Así se refería ahora a César cuando quería estar seguro de que sus requerimientos se llevaban a cabo rápidamente.

Muchos voluntarios quisieron unirse a su expedición, su madre entre ellos, lo que suponemos que debió de causarle un gran desconcierto. Como suele ocurrir con los padres cuyos hijos tienen una constitución física débil, a Atia le resultaba difícil separarse de su hijo, ya adulto. Octavio seleccionó una escolta reducida entre sus sirvientes más fuertes y rápidos. También le acompañaron tres de sus compañeros más íntimos, entre los cuales es muy probable que estuviese su querido amigo Agripa.

El viaje de Octavio no estuvo exento de peligros. No se sabe con exactitud de dónde salió ni qué ruta tomó. Era peligroso navegar durante los meses de invierno, y es plausible que dejara Roma en febrero o marzo y viajara por tierra, por el sur de Francia. Cuando Octavio llegó a España, debió de haber encontrado señales del enemigo, que dominaba el norte, y de los bandoleros. Después de haber hecho acopio de valor, debió de embarcar en Tarraco (la actual Tarragona).

A pesar del clima incierto, era más seguro navegar siguiendo la costa hasta Cartago Nova (la Cartagena actual). Si todo iba bien, aún estaría en manos de César y podría encontrarlo o al menos averiguar su paradero. Era una decisión sensata, pero navegar en invierno podía ser peligroso. Los barcos rara vez cargaban más de 300 toneladas y a menudo solían padecer las imprevistas tormentas del Mediterráneo. La brújula no se había in-

ventado, así que navegaban siguiendo la línea de la costa. Es de suponer que una tormenta sorprendiese a Octavio, porque naufragó antes de llegar a su destino.

Cuando Octavio y su reducido grupo de acompañantes llegaron finalmente, la guerra se había acabado. César había salido victorioso. Una vez más había perdido la oportunidad de iniciarse en una guerra de verdad. No tardó en ser informado sobre la campaña relámpago.

Le contaron que, después de algunas maniobras, los dos ejércitos se habían encontrado en Munda (cerca de Osuna, en el sur de España) el 5 de marzo del 45 a.C. César era un comandante genial: resuelto, valiente y capaz de pensar creativamente en el fragor de la batalla. Entendía la importancia de la suerte en la guerra y trabajaba duramente para ganársela. En particular, se enorgullecía de su *celeritas*: desplazar sus fuerzas con gran rapidez y aparecer en el sitio y momento en que su enemigo menos esperaba. Su debilidad era su ocasional soberbia, pero siempre conseguía librarse de los problemas que creaba. En esa ocasión, sin embargo, no hubo refinamientos de estrategia ni intuiciones brillantes en el campo de batalla. Había sido una masacre.

La mayoría de los líderes pompeyanos murieron en la batalla, y sus cabezas fueron llevadas a César para que éste las inspeccionara. César no demostró ninguna repulsión, como sí había mostrado cuando le presentaron en Egipto la cabeza de Pompeyo el Grande. Cneo había escapado, pero fue rápidamente capturado y asesinado. Su cabeza también fue a parar al vencedor, quien ordenó que fuese mostrada a la gente para demostrar su muerte y luego enterrada. Nadie se molestó demasiado cuando se supo que Sexto, el hermano menor de Cneo, había escapado y desaparecido. Era demasiado joven e inexperto para causar problemas. Más tarde o más temprano, el muchacho aparecería y habría mucho tiempo para encargarse de él. Respecto a la batalla, César declaró sarcásticamente: «A menudo he luchado por la victoria, pero en esta ocasión he luchado también por mi vida».[5]

Octavio alcanzó finalmente a César cerca del pueblo de Caepia, donde al parecer estaba llevando a cabo operaciones de «limpieza». El ajetreado general estaba encantado y sorprendido de verle y le estrechó en un cálido abrazo. De hecho, a partir de ese momento no le quitó la vista de encima y le conminó a vivir

con él y a compartir su desorden. Felicitó a Octavio por su entusiasmo y lealtad, por no mencionar su sagacidad, ya que fue uno de los primeros de lo que se convertiría en una oleada de dignatarios que partieron de Roma para saludar al Dictador y gran conquistador, y a veces para hacer las paces con él. Octavio no esperó, como sí hicieron otros, a saber cuál había sido el desenlace de la contienda antes de ponerse en camino en una larga y peligrosa expedición.

Durante el mes anterior a su partida de España, César dejó de prestar atención a otras cosas para conocer mejor a su sobrino. Según Nicolás, «perseveraba en conversar con él, porque deseaba probar su entendimiento. Encontró que era sagaz e inteligente y que siempre iba al grano y era conciso en sus respuestas. Su estima y afecto por él aumentaron».[6] A medida que fueron pasando las semanas, César se fue haciendo poco a poco un juicio definitivo, firme y muy positivo de su joven pariente.

Años después, los enemigos de Octavio afirmaron que se había acostado con su tío abuelo a cambio de sus favores y de su afecto. Es cierto que Octavio era un muchacho muy guapo, que César debió de haber sido omnívoro sexualmente y que las leyes romanas contra el incesto sólo prohibían las relaciones sexuales entre los parientes por parte de padre (primos paternos, tías, tíos abuelos y así sucesivamente). Sin embargo, las campañas militares no eran un marco ideal para el romance y las relaciones sexuales entre soldados se consideraban una infracción; un comandante sensato no infringiría las reglas que esperaba que sus soldados obedeciesen. Si había algo de cierto en esa historia, no hay duda de que habría estado en boca de todo el mundo y habría recibido más credibilidad en las crónicas contemporáneas, como sí sucedió, por ejemplo, con el incidente en Bitinia.

El siguiente destino de César fue Carthago Nova. Ordenó que, además de cinco de sus esclavos personales, Octavio fuese en el mismo barco que él, y éste, sin pedirle permiso, coló también a sus tres compañeros más íntimos. Iban a viajar en una galera, donde la mayoría del poco espacio disponible bajo la cubierta estaba destinado a filas de remeros. Así pues, el espacio estaba muy solicitado. Comprensiblemente, Octavio temía que su tío abuelo se enfadase, pero no hubo ningún problema. César aprobó la elección de sus amigos, a quienes consideró observadores, entusiastas y competitivos. Era positivo que a Octavio le gustase tenerlos junto a él; en parte por protección, pero tam-

bién para acrecentar su reputación de estar respaldado por hombres de buen juicio.

César tenía que decidirlo todo y, al igual que los gobernantes de las sociedades antiguas y preburocráticas, debía pasar mucho tiempo recibiendo peticiones, consintiendo y otorgando galardones y condecoraciones y adjudicando disputas. Octavio podía ayudarle. Ya había aprendido el arte de mediar entre su tío abuelo y el resto del mundo, cuyos habitantes parecían tener todos alguna demanda urgente. Como meses antes en Roma, una larga cola de solicitantes intentaba conseguir la eficaz mediación de Octavio. Este papel de agente benévolo había sido acordado por adelantado entre el Dictador y él, en parte para facilitar la gestión de los negocios, pero también para que Octavio ganase experiencia en administración pública.

Finalmente llegó la hora de irse a casa, de ir al encuentro de Calpurnia y Cleopatra, de Atia y Filipo. La guerra civil había terminado definitivamente, y todos los enemigos habían sido derrotados. Era difícil saber qué iba a pasar ahora. En la cumbre de su éxito, César debía de tener pocas preocupaciones. Sin embargo, como tantos otros conquistadores antes y después de él, había aprendido la dura lección de que la victoria militar no necesariamente gana el consentimiento de los vencidos.

El ejército se puso en camino y pronto se encontró con multitud de nobles romanos que se aproximaban en dirección contraria. Toda persona de importancia había sentido la necesidad de ponerse en marcha para recibir al nuevo jefe de la República. Cuando Marco Antonio llegó a Narbo (la Narbonne actual), se encontró con que su desgobierno en Italia en el 49 a.C. había sido perdonado. Por lo que a César concernía, su disputa había terminado. Invitó a Antonio a subir a su carruaje de caballos, sustituyendo a Octavio, que viajó en el siguiente carruaje con otro cesariano, Décimo Junio Bruto Albino.

Bajo la presión del disgusto del Dictador, el réprobo pareció haber pasado página. Moderó sus extravagancias públicas y empezó a pensar en casarse. Sus ojos se fijaron en Fulvia, cuyo primer marido, líder de una banda, había sido asesinado y después se había casado con un tribuno cesariano. La alianza era tan política como personal. Según un antiguo cronista, «no tenía nada femenino, excepto su cuerpo».[7] Fulvia era inteligente y desme-

dida, y tenía la capacidad y el deseo de proporcionarle a su nuevo marido una orientación sensata para su carrera.

El Dictador y su séquito llegaron al norte de Italia en julio. César planeaba celebrar un triunfo en octubre, pero la ficción legal de celebrar una victoria sobre un enemigo extranjero era vergonzosamente poco convincente. En todo caso, César respetaba la convención de que un general vencedor debía permanecer fuera de Roma hasta el día en que entraba con su cortejo en la ciudad.

César se dirigió a una finca de su propiedad en Labici (en el actual Monte Compatri), al sudeste de Roma, donde pasó algunas semanas. Allí encontró paz y tranquilidad, además de tiempo para pensar. Había estado extraordinariamente ocupado durante años, luchando o legislando, y le vendrían bien unas vacaciones. Era consciente de que su salud se estaba deteriorando: su propensión a lo que podía ser una forma de epilepsia o a sufrir mareos estaba empeorando. Se sabe que sufrió un ataque en África y otro el mismo día de la batalla de Munda.

Es probable que Octavio se quedase con él durante un tiempo. Su relación se iba afianzando cada vez más, y a Octavio, que había puesto a prueba su resistencia física hasta el límite, también le habría sentado bien un descanso. En algún momento, el joven le pidió permiso para irse a casa a ver a su madre, quien se lo había pedido en una carta, y César accedió.

Aunque faltaba poco para su decimoctavo cumpleaños, Octavio se retiró a la vida doméstica. Después de las emociones de su aventura española, su vida volvió a ser tranquila y sin acontecimientos. Pasaba la mayor parte del tiempo con su madre y su padrastro, y ocasionalmente invitaba a comer a alguno de sus jóvenes amigos como Agripa y Mecenas. Llevaba una vida sobria y moderada. Nicolás escribió que, a diferencia de muchos jóvenes romanos de clase alta, sobre todo los que disponían de dinero, Octavio se abstenía de «gratificación sexual».[8]

El buen comportamiento de Octavio reflejaba tanto una preocupación por su salud como un temperamento virtuoso. En esa época se desconocían casi completamente las mínimas normas de higiene, la cirugía conllevaba peligro de muerte y las medicinas y las consultas médicas carecían de demasiada utilidad, porque pocas enfermedades se podían curar con facilidad. Así pues, los romanos se preocupaban sobre todo de la prevención. Según Celso, un médico experto que escribió en el siglo I d.C., «[un

hombre sano] debe navegar, cazar, descansar a veces, pero debe hacer ejercicio a menudo».[9] Octavio debía pasar tiempo en el campo y en la hacienda además de en la ciudad. Los doctores recomendaban a aquellos cuya salud era delicada, como era el caso de Octavio, que debían evitar escrupulosamente el exceso de ejercicio físico. Podemos presumir que eso fue precisamente lo que hicieron Octavio y su ansiosa madre.

César puso en marcha una serie de importantes medidas económicas y sociales, pero estaba cansado de Roma y de sus políticas fastidiosas y autodestructivas. Había recibido informes sobre una conspiración para asesinarle. Si había tenido la intención de reformar y restablecer la Constitución, en ese momento renunció a ello. Dejaría Roma a su aire, ya que el poder estaba donde él estuviese, no en el Senado ni en el Fórum. Le preocupaba la expansión del imperio dacio en la región bárbara al sur del Danubio. Alguien tenía que ir allí y enseñarles a los bárbaros una buena lección militar.

El imperio parto también estaba agitado desde el fracaso de la invasión del 53 a.C. capitaneada por Craso, el asociado de César en el Primer Triunvirato. Una vez que se hubo encargado de los dacios, César decidió liderar una gran expedición punitiva contra los partos. Con ese fin, empezó a reunir un ejército de dieciséis legiones y 10.000 jinetes. Unos 6.000 soldados ya habían cruzado a Grecia y, acampados cerca de la ciudad de Apolonia, esperaban el inicio de la campaña, prevista para marzo. César contaba con estar fuera durante tres años.

Desde la victoria en España, el Senado le había concedido aún más honores extravagantes. Se le permitió añadir a su nombre con carácter hereditario el título de *imperator* («comandante en jefe»). Hasta ese momento se le había concedido a soldados en el campo de batalla después de una victoria importante. Asimismo, su hijo o hijo adoptivo sería designado a su muerte *pontifex maximus*. Esos dos títulos implicaban el posible establecimiento de una dinastía, aunque no hubiese en ese momento ni en el horizonte ningún sucesor obvio.

El Dictador amó a muchas mujeres, pero engendró pocos hijos. Los únicos descendientes conocidos fueron una hija amada, Julia, y (se supone) Cesarión. Si no tenía ningún hijo legítimo, tendría que encontrar el de alguien. La adopción era una estrategia frecuente entre los romanos, tanto para alianzas entre clanes como para compensar déficits genéticos. El parentesco y la

lealtad a la familia y la *gens** se valoraban inmensamente, pero no se prestaba atención a los lazos de consanguinidad. Era frecuente que los hombres adoptasen a los hijos mayores de otros.

Octavio debió de haber considerado esos asuntos. ¿Cuál era su sitio, si es que tenía alguno, en ese glorioso futuro? ¿Podía ser designado en algún momento heredero de su tío abuelo? No, eso era hacerse ilusiones. El Dictador no daba muestras de abandonar el escenario y, aunque así fuera, Octavio era demasiado joven e inexperto para ocupar su lugar. Quizá si César vivía otros diez años y él se demostraba digno de esa responsabilidad, tal vez podría ser considerado como un posible gobernante con toda la *gravitas* y la *auctoritas* que un personaje así tendría que inspirar. Por ahora, no obstante, Octavio tenía otros asuntos más urgentes para preocuparse.

El Dictador estaba sobrecargado de trabajo, pero no olvidaba a Octavio. Decidió que el joven le acompañaría a la gran campaña parta que estaba planeada para la primavera siguiente. Hacia finales del 45 a.C. envió a su sobrino a Apolonia. Allí pasaría cuatro meses completando su educación en literatura y oratoria.

Mientras esperaba allí a su general, se entrenaría con el ejército. Finalmente, Octavio iba a adquirir alguna experiencia militar.

* La *gens* era un clan, casta o grupo de familias que compartían un nombre y un ancestro comunes. *(N. del t.)*

5

Un muchacho con un nombre

44 a.C.

Las ruinas de Apolonia se hallan cerca de la costa del sur de Albania, a unos 160 kilómetros al norte de la isla de Corcira (también conocida como Corfú) y a unos 80 hacia el sur desde el puerto de Dyrrachium (conocido antiguamente como Epidamnos, nombre que les resultará familiar a los lectores de Tucídides). La ciudad se alzaba sobre una colina de gran extensión frente al río Aous, donde aún pueden verse las ruinas de las antiguas murallas. En la actualidad, las columnas de mármol de la Sala Consistorial y una calle empedrada evidencian que el lugar había sido próspero. En primavera, ese lugar está cubierto de flores silvestres. No muy lejos de allí se encuentran los cimientos de unos baños públicos y de una gran *stoa*, una columnata techada. También hay un pequeño teatro, u *Odeon*, con asientos para 600 espectadores, cuyas gradas han sido restauradas y donde se celebran conciertos de música popular. Un teatro mayor, con 7.500 asientos, está en muy mal estado. La pequeña acrópolis, o ciudadela, está en un extremo de la ciudad. Allí crecen algunos olivos y la vista de los alrededores es espectacular. Albergaba originalmente un templo, probablemente dedicado a Apolo o a su hermana Artemisa.

La ciudad de Apolonia, aunque muy olvidada en la actualidad, fue «una ciudad grande e importante»[1] según el orador Cicerón. Fue fundada en el siglo VII a.C. y durante muchos años fue un lugar de poca relevancia, porque sólo se caracterizaba por tener acceso a las tribus belicosas de Iliria y Macedonia. Era más fácil y más seguro para los italianos que viajaban a Grecia o al Oriente Medio viajar por mar desde Brindisi.

Sin embargo, Roma necesitaba un enlace entre Italia y sus nuevas provincias, sobre todo para el desplazamiento rápido y seguro de los ejércitos. Con ese objetivo se construyó la Vía Egnatia en el año 130 a.C. Esa carretera, que conectaba con Dyrrachium y Apolonia mediante una vía secundaria, transformó la importancia estratégica de los dos puertos. La carretera seguía un río hasta una zona montañosa, bordeaba dos lagos de montaña y descendía hacia una llanura cerca de Tesalónica, en la costa. Luego seguía el litoral hasta el pequeño pueblo de Filipos y más allá, hasta el Helesponto (el estrecho de Dardanelos).

Gaius Octavius, a sus dieciocho años, se estableció en Apolonia a finales del 45 a.C. Le acompañaban Agripa y Quinto Salvidieno Rufo, otro amigo de la infancia. Salvidieno era mayor que Agripa y, como él, tampoco era de noble cuna. Puede que Mecenas también hubiese ido con ellos. Poco se sabe de los orígenes de Salvidieno; quizá fuese un oficial de César. Tal vez Octavio lo conoció y lo apreció en España. Él era uno de los pocos amigos íntimos de los que Octavio se fiaba en cualquier circunstancia.

Los jóvenes se ejercitaron con escuadrones de caballería. Gracias a su relación con el Dictador, Octavio gozaba de un estatus especial y los oficiales de alto rango solían ir a visitarle. Él recibía calurosamente a todo el mundo y era muy popular, tanto en la ciudad como entre los militares. Sus instructores presentaron informes muy favorables sobre él.

Apolonia albergaba una célebre escuela para aprender a hablar en público (el arte de la retórica), comparable con las de Atenas y Rodas. Octavio estudió allí, y leyó literatura griega y romana. Quería dominar el griego y el latín, y era un estudiante asiduo. Estudió literatura y elocución, y se trajo consigo desde Roma un tutor, Apolodoro de Pérgamo, uno de los maestros más célebres de su tiempo, aunque por entonces era muy anciano.

El mes de marzo del 44 a.C. pronto llegaría a su fin. Las legiones estaban más que preparadas. Se esperaba a Julio César en cualquier momento. Pronto dirigiría el ataque contra el imperio parto.

Una tarde, cuando Octavio y sus compañeros iban a comer, llegó un mensajero con una carta urgente para él. El mensajero,

un antiguo esclavo liberado por su madre Atia, estaba en un estado de gran agitación y consternación. No era de extrañar, porque Atia tenía terribles noticias. En la carta, fechada el 15 de marzo del 44 a.C., Atia le informaba de que Julio César había sido asesinado en Roma justo antes del mediodía por Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino y otros. Le pedía a Octavio que volviese a su lado, porque no sabía qué iba a suceder. Según Nicolás, Atia le escribió: «Demuestra que ya eres un hombre, considera lo que deberías hacer y lleva a cabo tus planes según lo permitan la fortuna y la oportunidad».[2]

El mensajero confirmó el contenido de la carta, y le dijo a Octavio que muchas personas habían tomado parte en el asesinato y que tenían la intención de apresar y masacrar a todos los parientes de César.

Los rumores de que había sucedido una catástrofe no tardaron en difundirse por toda Apolonia, aunque nadie sabía con seguridad de qué se trataba. Después de la puesta de sol, una delegación de apolonios distinguidos, portando antorchas y seguidos por numerosos curiosos, se presentaron delante de la puerta principal de Octavio. Declarándose admiradores suyos, le preguntaron cuáles eran las noticias. Para evitar provocar el pánico, Octavio decidió restringir su respuesta a los líderes del grupo, los cuales, con dificultades, consiguieron persuadir al gentío de que se dispersase. Luego Octavio les explicó lo que había sucedido, y finalmente ellos también se marcharon.

Bajo la luz de un candil, Octavio y su pequeño círculo de amigos hablaron durante toda la noche. ¿Qué debía hacerse? Una posibilidad era unirse al ejército que estaba a las afueras de la ciudad. Octavio podría persuadir al comandante, Marco Acilio Glabrión, de que le dejase liderar las tropas hasta Roma, donde se vengaría del asesinato de su tío abuelo. Los soldados amaban a César y odiarían a sus asesinos, por lo que sus sentimientos se intensificarían cuando conociesen al adolescente huérfano.

Sin embargo, el precavido Octavio se sintió falto de la experiencia necesaria para llevarlo a cabo. Había demasiada incertidumbre y era muy poco lo que se sabía, así que decidió que sería mejor esperar hasta recibir más noticias.

Poco después llegó otra carta de Atia y del padrastro de Octavio,[3] en la que le aconsejaban que no se pusiera nervioso ni se confiase demasiado y que tuviese en cuenta que César, que ha-

bía eliminado a todos sus enemigos, había muerto a manos de sus mejores amigos. Debía, al menos temporalmente, comportarse como un ciudadano civil, lo que era menos peligroso. La carta insistía en el consejo anterior de Atia de que volviese a Roma con rapidez y discreción.

Esto debió de haberle parecido muy extraño a Octavio. ¿Por qué suponían Atia y Filipo que su hijo apacible y completamente carente de experiencia estaba considerando emprender acciones arriesgadas? Era demasiado pronto para que hubiesen recibido noticias de Octavio sobre cualquier plan de invadir Italia. Sólo había una respuesta plausible a ese misterio: su familia había oído que los partidarios más cercanos a César (sus amigos y su gabinete de ayudantes y consejeros) en Roma hablaban sobre Octavio y estaban barajando algún tipo de papel político para él. Uno o varios pudieron haberle escrito, contándole la tristeza en que se estaba sumiendo el círculo más próximo al Dictador y la determinación de luchar de alguna forma u otra. Sabían o adivinaban que el nuevo ejército sin líder estaba enfurecido e impotente, y que la gente en Roma, después de un día o dos de atónito silencio, echaban en falta con amargura al único político de quien podían depender para proteger sus intereses. Lo que había sucedido no era una revolución, sino un golpe de Estado desde arriba.

Desde su partida de Roma meses atrás, las cartas y los enviados habían puesto al corriente a Octavio de que la situación se había ido deteriorando continuamente incluso antes del asesinato. En esos momentos, los partes le revelaban los detalles sobre cómo había muerto su tío abuelo.

La posición del Dictador era muy fuerte desde fuera, pero muy débil en el fondo. Los romanos estaban inmensamente orgullosos de su República, constituida después de la expulsión de los reyes en el siglo VI a.C. La clase gobernante biempensante esperaba que César, después de haber ganado su guerra civil y controlado completamente Roma y su Imperio, reinstaurase la Constitución tradicional romana.

Sin embargo, muchos estaban empezando a sospechar que César no tenía ninguna intención de llevar eso a cabo. Sus críticos creían que el motivo era su ambición insaciable por el poder absoluto. Intuían que estaba decidido a establecer una monar-

quía y decidieron que ya estaba bien de hablar. Se organizó una conspiración, liderada por antiguos enemigos de la guerra civil, a quienes César había perdonado, miembros importantes del régimen e incluso amigos íntimos. Aunque es muy poco probable que César aspirase a un reinado, se dio cuenta de que su política de reconciliación había fracasado. La brecha entre él y los romanos de la vieja escuela era infranqueable, y como no veía ningún sentido en disimular su poder, se proclamó en febrero Dictador vitalicio. Para los conspiradores, eso fue la prueba de sus peores temores. El tirano tenía que ser depuesto antes de que marchase hacia el este a mediados de marzo.

Se esperaba que el Dictador dejase Roma el 18 de marzo para unirse con sus legiones en Grecia. Tres días antes, en los idus de marzo, acudiría al Senado para una última sesión antes de su partida. El mes romano tenía 29 o 31 días, e «idus» era el nombre del día 13 o 15 de cada mes, dependiendo de la cantidad de días del mes. La sesión se celebró en el Teatro de Pompeyo, en el Campo de Marte, y César no llegó hasta las once de la mañana. No estaba en su mejor forma; la noche anterior había habido una tormenta y tanto él como su esposa Calpurnia habían dormido mal. Su mujer le dijo que había tenido un sueño que presagiaba un desastre.

César entró en el salón de reuniones y tomó asiento en su silla especial, entre los asientos de los dos cónsules, uno de los cuales era Antonio. Uno de los conspiradores lo entretuvo en la antesala. Antonio sabía que se estaba planeando el asesinato de César,[4] pero, a pesar de su estrecha relación con él, se guardó traicioneramente la información. Antes de que se abriese la sesión, un gran número de senadores se apiñaron alrededor del dictador y le presentaron varias peticiones. Todos ellos eran miembros del complot.

Uno de los conjurados agarró la toga morada del Dictador para impedir que se pusiese de pie o hiciese uso de sus manos. «¿Por qué? ¡Esto es violencia!»,[5] gritó César. Alguien le apuñaló por detrás, pero él consiguió ponerse de pie y se dio la vuelta para coger la mano de su agresor. Los demás se apretujaron a su alrededor mientras intentaban apuñalarle, lo que provocó que varios asesinos se hiriesen unos a otros.

La víctima, herida, dio vueltas de un lado a otro, gritando como un animal salvaje. Se asombró al ver entre los agolpados a Marco Junio Bruto, el hijo de su amante favorita, Servilia, a

quien había llegado a apreciar mucho. Después de que Bruto le hubo asestado una puñalada, César vio que no tenía sentido seguir luchando. Se enrolló con su toga para cubrirse decentemente y cayó junto a la base de la estatua de Pompeyo el Grande. Luego se supo que había recibido veintitrés heridas, de las cuales sólo una era mortal.

Octavio decidió seguir el consejo de sus padres de embarcar hacia Italia. Se había convertido en un personaje muy querido en Apolonia, y muchos ciudadanos fueron a su casa y le rogaron que se quedara. Estaría más seguro junto a ellos en ese mundo peligroso. Cuando insistió en marcharse, una multitud le escoltó hasta el muelle.

Octavio había descubierto que las legiones que había encontrado en Grecia estaban de su parte, y quería averiguar de camino a Roma la opinión de las tropas que esperaban en Brindisi para acompañar a César a través del Adriático. Sin la menor idea de qué clase de recepción les esperaba, el pequeño grupo de amigos desembarcaron a poca distancia de Brindisi y fueron caminando hasta un pequeño pueblo fuera de la carretera principal llamado Lupiae (el actual Lecce, en la región de Puglia). Allí se encontraron con gente que había estado en Roma cuando César fue enterrado, lo que había sido un acontecimiento sensacional.

El cuerpo del Dictador yacía en la capilla ardiente en el Foro, donde Marco Antonio, que se había escondido por un breve período de tiempo, pronunció un panegírico. La multitud congregada, enfurecida por el asesinato, perdió el control. Quemaron el Senado, saquearon las tiendas a ambos lados del Foro y sacaron todo lo que fuese inflamable, erigiendo una enorme pira improvisada en la que quemaron a César.

Los conspiradores, o Luchadores por la Libertad, como les gustaba llamarse, no tenían ningún plan posterior a su acto violento. Suponían que, una vez que César hubiese sido eliminado, la República volvería a ser lo que había sido, y la paz, el orden y el gobierno constitucional se restablecerían sin más intervención por su parte. Bruto y sus amigos se dieron cuenta de que ése había sido un desastroso error de juicio, abandonaron a toda prisa la ciudad, donde ya no estaban seguros, y se dispersaron hacia sus fincas en el campo.

Al oír lo que había sucedido en el funeral y al recordar a su tío abuelo y su afecto por él, Octavio se echó a llorar.

Sin embargo, el joven había recibido noticias aún más extraordinarias. Octavius no sabía que César había redactado un nuevo testamento durante sus cortas vacaciones en Italia, a su regreso de España en el 45 a.C., y se lo había entregado a las Vírgenes Vestales, las cuales proporcionaban el servicio de custodiar en depósito documentos confidenciales importantes. Tres días después de la muerte de César, su suegro Lucio Calpurnio Piso Cesonio leyó el testamento en casa del cónsul Marco Antonio, en la Colina Palatina.

César nombró herederos principales a los dos nietos varones de sus hermanas, uno de los cuales era Octavio, y a un sobrino, Quinto Pedio. Después de deducir varios legados, incluyendo el costoso compromiso de entregar 300 sestercios a cada ciudadano romano (podía haber hasta 300.000 beneficiarios), dos parientes recibían una octava parte de remanente y Octavio recibiría los tres cuartos restantes. Sumado a la fortuna personal que debió de haber heredado de su padre, esa herencia lo habría convertido en un hombre muy rico.

Los romanos recibieron otro regalo: su finca con jardines al otro lado del Tíber, que en ese momento ocupaba Cleopatra, atareada en hacer su equipaje antes de salir rápidamente hacia Egipto.

La mayor sorpresa aguardaba al final del documento: César adoptaba a Octavio como hijo suyo. Aunque era inusual hacer esos preparativos desde la tumba, era posible, y sólo requería que se aprobase una ley especial, la *lex curiata*. Aunque la adopción no era un acto político, sino personal, César le estaba entregando a Octavio un arma de un valor incalculable: su nombre y su *clientela*, todos los cientos de miles de soldados y ciudadanos que estaban en deuda con él. César sabía que le estaba dando al joven la oportunidad de entrar en política al más alto nivel si ése era su deseo y si valía para ello.

Las tropas de Brindisi salieron a recibir a Octavio en cuanto se enteraron de que se dirigía hacia allí, y lo acogieron con entusiasmo como hijo de César. Mucho más tranquilo, Octavio llevó a cabo un sacrificio y tomó la decisión crucial de aceptar la herencia. Allí le esperaban más cartas de Atia y Filipo. Su madre

insistía en su petición de que volviese a casa lo más pronto posible; su designación como hijo de César lo había puesto en grave peligro. Filipo, que navegaba entre dos aguas, le aconsejaba encarecidamente que no tomase medidas para recibir el legado de César y que mantuviese su nombre. Si quería vivir seguro, debía mantenerse al margen de la política. Filipo preveía la disputa política en la que su familia estaría implicada si el joven asumía su peligrosa herencia.

Durante toda su vida, Octavio había rechazado los riesgos, pero en ese momento actuó sin vacilación. Rechazó el consejo de su padrastro y le escribió para comunicárselo. Según Nicolás, insistió en que «tenía la mirada puesta en cosas grandes y estaba lleno de confianza».[6] Aceptaría el legado, vengaría el asesinato de su «padre» y heredaría su poder. Era una declaración inflexible de sus objetivos políticos, un manifiesto que estaba decidido a seguir al pie de la letra.

Aunque harían falta varios meses para que las formalidades legales de la adopción entrasen en vigor, Cayo Octavio se hizo llamar a partir de entonces Cayo Julio César Octaviano. El cambio de Octavio a Octaviano señalaba el paso de una familia a otra, pero contenía una alusión a su familia original. Sin embargo, pronto prescindió del nombre de Octaviano e insistió en ser llamado César. Era un mensaje a sus enemigos: si un César era asesinado, otro surgiría inmediatamente para ocupar su lugar.

Ése fue el primer reto de la vida de Octaviano, el momento decisivo y sin vuelta atrás, y él lo afrontó con serena determinación. No tenemos suficiente información sobre su infancia y adolescencia para llegar a esas conclusiones, pero ciertas experiencias tempranas pudieron haber contribuido a la formación de su carácter firme y prudente, preparándolo para un peligroso futuro.

En la práctica, Octaviano podía considerarse hijo único, porque sus hermanas eran mucho mayores que él. Ésto, sumado a su mala salud y a una madre protectora, pudo haberle hecho sentir diferente. Era diferente o especial en dos sentidos contradictorios. Era un chico de provincias y no un miembro de los pocos clanes antiguos e importantes que gobernaban Roma. Es revelador que sus mejores amigos no fuesen jóvenes *nobiles*. Agripa era de origen italiano y poco claro, y aunque Mecenas presumía de su exótico origen etrusco, su familia se mantenía al margen de la vida pública.

Por otro lado, Octaviano superó a todos sus contemporáneos aristócratas al tener acceso privilegiado al patricio conquistador de la República. Era, en la vida real, el forastero que se convierte en una figura importante de tantos cuentos de hadas y fantasías infantiles, o el hijo del pastor que resulta que tiene sangre real, como Rómulo y Remo.

Nicolás, que escribió una crónica detallada de los primeros años de Octaviano, describe a un adolescente que aún es tratado como un niño y que fue apremiado a la edad adulta bajo la tutela de su extraordinario tío abuelo. De pronto se encontró en el centro de poder del mundo romano, y la relación con César se convirtió en la más importante de su vida.

Muchos jóvenes hubieran perdido la cabeza al ser confrontados con una oportunidad así, pero no Octaviano. Como intermediario entre César y la multitud de suplicantes, se mantuvo tranquilo, discreto y totalmente leal, y se comportó modesta y educadamente con los demandantes.

Octaviano debió de haber tenido un carácter cauto, pero si los factores exteriores lo influyeron, ésa era la clase de comportamiento que se esperaría de un joven inteligente cuyas circunstancias y educación hubiesen fomentado el comedimiento personal.

Octaviano se dirigió hacia Capua y Roma por la Vía Apia. En su camino atrajo multitudes, sobre todo veteranos desmovilizados que estaban desconsolados por lo sucedido durante los Idus de Marzo y querían que los asesinos fuesen llevados ante la justicia.

Antes de entrar en Roma, Octaviano se detuvo en la villa de sus padres, en la costa de Puteoli (la actual Pozzuoli), que casualmente estaba al lado de una casa que pertenecía a Cicerón. Tenía que llegar a un acuerdo con sus familiares, que estaban preocupados por el rumbo que estaba tomando. El receloso y anciano orador escribió que los «seguidores del joven le llaman César, pero no así Filipo, y yo tampoco».[7]

Además, ésa fue la primera vez que Octaviano se encontró con los desconsolados ayudantes y consejeros de César, la mayoría *equites* o ex esclavos liberados que no podían aspirar a carreras políticas. Tampoco tenían representación política y, al haber muerto su patrón, habían perdido su cuota de poder. Octaviano tuvo una larga conversación con Lucio Cornelio Balbo, un mul-

timillonario llegado de España que había sido secretario y principal mediador de César. No hay registros de sus discusiones, pero podemos suponer que Balbo y los suyos querían valorar fríamente al joven heredero y proponer un plan de campaña. Podemos estar seguros de que, desde el principio, esos cesarianos tenían toda la intención de demoler la República restablecida y de vengarse de los conspiradores. Sin embargo, tenían que esperar y ver si el joven tenía la habilidad y madurez suficientes para liderar una nueva autocracia.

No obstante, en ese momento estaban en una posición de debilidad y se dieron cuenta de que lo más sensato era ocultar sus verdaderas intenciones. Octaviano no ostentaba ningún cargo oficial; era sólo un ciudadano. Muchos senadores, aunque habían sido nombrados por el Dictador, se inclinaban a aceptar su eliminación como un hecho consumado. Una vez que la conmoción del asesinato y sus secuelas se hubo desvanecido, incluso partidarios moderados de César como los cónsules del año siguiente Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa Centroniano creían que lo mejor era reanudar la guerra civil.

Marco Antonio siguió el mismo rumbo. Como cónsul, controlaba los entresijos del poder y era popular entre las tropas. Además, se veía a sí mismo como el heredero político del Dictador asesinado. Podía haberse esperado de él que persiguiese a los asesinos y a sus partidarios republicanos. De hecho, su silencioso conocimiento previo de la conspiración sugiere que tenía alguna simpatía por ellos. Prefería negociar una solución de compromiso aprobando una amnistía para Bruto y los demás Luchadores por la Libertad a cambio de que el Senado no anulase ninguna decisión legislativa ni ejecutiva de César.

Para los cesarianos no era viable una estrategia a largo plazo. Lo que hacía falta era una serie de tácticas improvisadas para aprovechar al máximo cualquier oportunidad que se les presentase. La coherencia era irrelevante. El primer cometido era distanciar a Marco Antonio del Senado, desacreditarlo por todos los medios y luego reemplazarlo por Octaviano como líder de la facción partidaria de César.

El tiempo había sido terrible desde los Idus de Marzo. La mayor parte del año 44 hubo penumbra y una persistente niebla seca. Era frecuente que no se pudiese ver el sol. Eso era debido muy probablemente a una gran erupción en el Monte Etna,[8] en Sicilia. Los científicos actuales han identificado nieve ácida de

ese período en el hielo de Groenlandia. Años después de ese incidente, el poeta Virgilio evocó ese período como una época de guerras que surgían en la oscuridad como el cáncer.[9]

El sol, cuando César cayó, tuvo compasión de Roma
Ese día escondió el resplandor de su cabeza detrás de una niebla rojiza
Y una edad aciaga tuvo miedo de que su noche no tuviese fin.

El día en que Octaviano entró en Roma, a principios de mayo, las estrellas podían verse a la luz del día alrededor del sol tenue,[10] como una corona de espigas de maíz y anillos que cambiaban de color. La mayoría de la gente lo consideró un buen augurio, un presagio de realeza.

La tarea más urgente de Octaviano fue oficializar su posición. La adopción debía ser legalmente autorizada por una *lex curiata*, y él quería percibir el legado que le correspondía, así que fue directamente ante Antonio para pedirle el dinero. Lo encontró en su casa con jardín *(hortus)*, en las afueras del Campo de Marte.

Después de haberse escondido durante algunas horas en los Idus de Marzo, Antonio, en su calidad de cónsul, había persuadido a Calpurnia para que le entregase todos los documentos de César. También había conseguido controlar sus recursos financieros. Es muy probable que se hubiese apropiado indebidamente de sumas considerables de dinero. Se decía que había pasado de deber cuarenta millones de sestercios a la solvencia económica.

Para Antonio, la llegada del heredero de César era una distracción molesta. Octaviano era un adolescente inexperto, un «muchacho», declaró el cónsul, «que todo se lo debe a su nombre».[11] Le hizo esperar en una antesala y sólo fue admitido al cabo de mucho rato. Después de intercambiar algunos cumplidos, Octaviano le pidió el dinero de César para pagar su legado al Pueblo.

La petición de Octaviano era embarazosa, y Antonio la rechazó airadamente. Dijo que había encontrado vacías las arcas del Estado y que necesitaba fondos para gestionar los asuntos públicos. Además, le recordó la cuestión técnica de que la adopción aún no era oficial. Algún tiempo después, hizo todo lo posible para aplazar la ratificación.

Octaviano estaba furioso, pero no podía hacer nada para

que el cónsul cambiase de opinión. Sin embargo, incluso sin tener acceso al patrimonio de César, Octaviano disponía de grandes sumas de dinero. Se sabe que expropió los fondos bélicos de César destinados a la expedición contra los partos. En Brindisi pudo haber recibido o haberse incautado de ingresos de impuestos provenientes de Asia con destino a las arcas de Roma. Octaviano decidió derrotar al cónsul. Anunció que pagaría el legado de su padre adoptivo de su propio bolsillo aunque Antonio no le entregase el dinero que le correspondía y puso a la venta todas las propiedades y bienes de César.

Se emprendió una campaña sumamente efectiva para dañar aún más al cónsul ante la opinión pública con un doble e inteligente propósito: desacreditar a Antonio ante el Pueblo y las legiones y romper su concordato con el Senado, obligándole a una lucha de popularidad para conseguir el apoyo de los cesarianos.

En conformidad con un decreto del Senado, Octaviano planeó exhibir la silla dorada y una diadema (una cinta blanca que ceñía la cabeza como insignia de realeza) de César en unos juegos que se celebraban a mediados de mayo. Esos emblemas le habían sido ofrecidos a César pocas semanas antes de su muerte y él los había rechazado. El cónsul perdió los estribos y se lo prohibió.

Octaviano recorrió el centro de la ciudad, protegido por un grupo de seguidores, pronunciando discursos sobre el vergonzoso tratamiento que tenía que soportar. «Cólmame de todos los insultos que quieras, Antonio, pero deja de saquear los bienes de César hasta que los ciudadanos hayan recibido su legado. Entonces podrás quedarte con todo el resto.»[12] Antonio se enfureció y respondió con amenazas. En ese momento, los oficiales del cónsul intervinieron y forzaron una reconciliación. Apreciaban la memoria de César y eran igualmente leales a su amigo de confianza y a su hijo adoptado. Se negaban a luchar a favor de uno y en contra del otro.

Antonio se vio obligado a reconsiderar su situación. Aunque el «muchacho» no era mucho más que un estorbo, había desestabilizado la situación. Para llevarse bien con sus soldados, Antonio había tenido que abandonar su acuerdo de estadista con el Senado, que había deteriorado lamentablemente sus relaciones con ellos. Cicerón, que lo consideraba un borracho informal y sospechaba de su buena fe, estaba creando opinión entre los

republicanos. Antonio necesitaba afianzar su seguridad personal y seguir dominando la escena política en Roma.

Cuando su consulado llegó a su fin en diciembre, se esperaba que Antonio se convirtiese en gobernador de Macedonia, un territorio que le quedaba un poco lejos en caso de que los problemas le acechasen en la capital. Así pues, cambió ese destino por un período de cinco años en la Galia Cisalpina. Desde esa posición ventajosa podía controlar la ciudad e intervenir directamente en caso de necesidad, como había hecho César en el 49 a.C. El hecho de que ya hubiese sido nombrado un gobernador no tenía importancia. El gobernador era Décimo Junio Bruto Albino, pariente lejano de Marco Bruto, un antiguo partidario de Julio César que había perdido confianza en el Dictador y había tomado parte en el asesinato de los Idus de Marzo. Antonio planeaba trasladar a Italia el ejército que estaba en Macedonia y conducirlo hacia el norte. Así se libraría rápidamente del intruso.

En un intento de debilitar la causa republicana, Antonio tomó medidas para persuadir a Marco Bruto y a Casio de que se fuesen de Italia. Para empezar, les ofreció puestos proconsulares insultantes, cuya responsabilidad era la recogida de maíz en Sicilia y Asia. «¿Podía haber algo más humillante?»,[13] se quejó Cicerón. Los nombramientos fueron mejorados con posterioridad a gobernadores de las provincias militar y políticamente inofensivas de Creta y Cirene (cerca de Egipto, en la costa norte de África), aunque ninguno de los dos hombres aceptó su nuevo puesto. En lugar de eso, Bruto se estableció en Atenas para vigilar los acontecimientos mientras llevaba a cabo estudios de filosofía. Casio viajó finalmente al este y durante un tiempo no se supo de él.

Ahora que la posición de Antonio estaba asegurada, Octaviano era el bicho raro en el gran juego político. No ostentaba ningún cargo público ni controlaba ningún ejército. Si no tenía cuidado, sería apartado hacia la inutilidad. En primer lugar debía mantener sus líneas de comunicación con el Senado. Gastó mucha energía halagando a Cicerón, cuyo recelo hacia él consiguió atenuar en parte. El anciano estadista le escribió a un amigo el 10 de junio:

> A Octaviano... no le falta inteligencia ni carácter, y me pareció que su actitud hacia nuestros héroes [los Luchadores por la Libertad] era lo que nosotros desearíamos que fuese. Es cuestionable hasta qué punto se puede confiar en su edad, herencia y educación, pero aún así se le debería animar y, al menos, mantenerlo apartado de Antonio.[14]

En julio (el mes que había sido renombrado en honor a su tío abuelo), Octaviano organizó los Juegos de la Victoria anuales de César. Decidido a que se notase su presencia en Roma, no escatimó en gastos, y el festival fue un acontecimiento espléndido.

Los cielos aportaron otro augurio favorable a la altura del de la llegada de Octaviano a Roma. Tal como él rememoró en su autobiografía:

> El mismo día de mis juegos y durante siete días, un cometa fue visible en el cielo, hacia el norte... La gente creyó que esa estrella era el alma de César que era acogida entre los espíritus de los dioses inmortales, y por esa razón se incorporó el emblema de una estrella al busto de César que consagramos poco después en el Foro.[15]

Los registros de astrónomos chinos revelan que ese cometa no era una invención posterior, sino un fenómeno contemporáneo. Eso es una prueba más de la habilidad para la improvisación de Octaviano y sus consejeros.

Después de otra disputa entre Octaviano y Antonio, siguió otra reconciliación poco convincente. La ceremonia se escenificó en el Capitolio bajo la atenta mirada de los veteranos de César, los cuales, en un gesto evidente hacia el cónsul, acompañaron al heredero del Dictador hasta la puerta de entrada.

Octaviano no ahorró esfuerzos para ganarse el corazón de los ciudadanos de Roma. Envió agentes disfrazados de comerciantes para que se mezclasen con las tropas que Antonio estaba trayendo desde Macedonia y fuesen a los asentamientos de veteranos en Italia, distribuyesen octavillas y sondeasen la opinión de la gente. Aunque Antonio era un líder competente y apreciado y a pesar de que su actitud estaba cambiando, los soldados se ofendieron a causa de sus acuerdos con el Senado. Habían conocido a Octaviano en Apolonia y les había gustado lo que habían visto en él. Estaban predispuestos a considerar al joven

como el heredero político y personal de César, lo que no dejaba de ser peligroso para Antonio.

Antonio no tardó en ser informado sobre la subversión de sus soldados y anunció inesperadamente que el objetivo de Octaviano no era sólo debilitar la lealtad de sus tropas, sino planear su asesinato. Afirmó haber descubierto una conspiración entre sus guardaespaldas, algunos de los cuales fueron despedidos.

Mucha gente creyó esa historia y, por una vez, el joven Octaviano perdió su habitual serenidad. Corrió «loco de ira»[16] hacia la casa de Antonio y frente a la puerta principal le acusó a gritos de ser el conspirador y de querer arruinar su popularidad ante el Pueblo. Profirió toda clase de juramentos y desafió a Antonio a que le demandase. No salió nadie de la casa y él dijo, desesperado: «Acepto ser juzgado por tus amigos». Entonces intentó entrar, pero se lo impidieron. Insultó a los hombres que estaban en la puerta y afirmó antes de irse que, si algo le pasaba, su muerte sería culpa de la traición de Antonio.

La conspiración de asesinato era casi con toda seguridad una invención, el intento de Antonio de publicitarse. Como escribió Apiano:

> Un reducido número de personas que tenían la capacidad de estudiar un problema eran conscientes de que, aunque Antonio le perjudicaba, a Octaviano no le interesaba su muerte porque los asesinos de César le temían. Por el contraro, si Antonio moría, estos últimos se beneficiarían de un mayor apoyo del Senado y tendrían muchos menos escrúpulos a la hora de embarcarse en otras empresas.

La reacción de pánico de Octaviano se ganó a la opinión pública, aunque algunos escépticos sospechaban que, de hecho, los dos hombres estaban conchabados en algún tipo de artimaña contra sus enemigos comunes.

El verano del 44 a.C. dio paso al invierno, y los problemas llegaron a un punto crítico. Hacía sólo tres meses que los nuevos cónsules Hircio y Pansa, cesarianos moderados, habían estrenado sus cargos. Estaban profundamente enfadados a causa de las torpes maniobras de Antonio para afianzar su posición personal y se estaban alineando cautelosamente con republicanos. Ten-

drían derecho a reunir tropas y, cuando lo hubiesen conseguido, el Senado podría defenderse militarmente, algo que no había podido hacer hasta entonces.

Entretanto, Bruto y Casio preferían esperar. Querían evitar, si ello era posible, una nueva guerra civil, pero en caso de que la República estuviese en peligro, ellos también reclutarían un ejército con el objetivo de salvarla de sus enemigos cesarianos, como Antonio y Octaviano.

Desde su entrada en escena, el heredero adolescente de César había jugado sus cartas con calculada habilidad. Aunque joven e inexperto, tenía uno de los talentos políticos más esenciales: la habilidad para aceptar los buenos consejos. Despiadado y paciente, llevaba a cabo cualquier acción necesaria para el logro de sus objetivos. Sin embargo, aún no tenía un ejército ni un cargo. Ser el hijo adoptado de César le hizo enormemente popular entre las masas, pero aún no había encontrado la manera de derivar eso en poder tangible.

6

De la victoria a la derrota

44-43 a.C.

El 9 de octubre del año 44 a.C., el cónsul Marco Antonio, acompañado por su temperamental esposa Fulvia, salió de Roma en dirección a Brindisi, donde le esperaban las cuatro legiones macedonias, que habían cruzado el Adriático desde Grecia. Los soldados se encontraron con Antonio en el centro de la ciudad. Estaban de mal humor. Le criticaron por no haber vengado el asesinato de César y, sin los aplausos de rigor, le hicieron subir a la tribuna del general para que diese explicaciones.

Bajo las maneras afables y relajadas de Antonio se escondía un carácter severo y despiadado. Furioso por la actitud de los soldados, los acusó de no haberle entregado a los agitadores secretos de Octaviano; si ellos no lo ayudaban, él mismo los encontraría. A pesar de eso, terminó ofreciéndole a cada soldado presente un pequeño donativo o prima de 400 sestercios (equivalente a más de 700 euros).

Los soldados sonrieron ante su bajeza, y cuando Antonio se enfureció, empezaron a alborotar y a dispersarse. Esa situación empezaba a parecer un motín. Antonio obtuvo de sus oficiales los nombres de los soldados que solían ser agitadores. Un grupo de ellos, escogidos al azar, fueron golpeados hasta la muerte en presencia suya y de Fulvia. Se dice que la sangre salpicó la cara de su esposa. «Aprenderéis a obedecer órdenes»,[1] les dijo Antonio a los demás.

Mientras tanto, en ausencia del cónsul, Octaviano partió hacia Campania para visitar nuevas «colonias», asentamientos fundados especialmente para alojar a soldados desmovilizados, a an-

tiguos veteranos de César y a la Séptima y Octava legiones. Su tapadera era vender algunas propiedades de su padre, pero su auténtico propósito (que ocultó incluso a su madre para que no intentase detenerlo) era reunir un ejército privado con los legionarios leales al Dictador asesinado.

Su tentativa resultó exitosa. Los legionarios y veteranos de las colonias cercanas a la ciudad de Capua recibieron una oferta que no podían rechazar: un subsidio inmediato de 2.000 sestercios a cada soldado (más del doble de su paga anual) y la promesa de más dinero al cabo de un tiempo. Esa generosidad contrastaba con la mezquindad de Antonio. En poco tiempo se formó un ejército de más de 3.000 hombres.

¿Qué se podía hacer con ese ejército? Debía de haber un ambiente de excitación. Octaviano quería enfrentarse a Antonio, pero sus soldados preferían capturar y acabar con los asesinos de César. Decidió arriesgarlo todo y marchar sobre Roma, esperando el apoyo del Senado y de las principales personalidades. Acosó a Cicerón con cartas, en las que le pedía consejo y ayuda práctica. Por su parte, Cicerón sospechaba que la clase política no iba a cooperar. Dijo de Octaviano: «Es tan joven».[2]

Cicerón llevaba razón al ser escéptico. Era llamativo que el Senado se ausentase cuando Octaviano llegó con sus tropas y ocupó ilegalmente el Foro. Entre tanto, Antonio avanzaba hacia la capital con las legiones macedonias. Los hombres de Octaviano no se habían unido para luchar contra sus compañeros ni contra un cónsul legítimamente elegido, por lo que muchos de ellos se marcharon. La audaz jugada había salido mal y el líder inexperto condujo el resto de sus tropas hasta la relativamente segura ciudad de Arretium, situada en lo alto de una colina. Seguramente se deprimió, además de preocuparse por el futuro.

Afortunadamente para Octaviano, las cosas no le fueron mejor a Antonio. De vuelta en Roma, convocó una reunión del Senado para el 24 de noviembre. Su intención era denunciar a Octaviano, pero la sesión nunca tuvo lugar. Según Cicerón, que no era un testigo imparcial, Antonio «estuvo de fiesta en una taberna»[3] y estaba demasiado borracho para asistir a la sesión. Si eso es cierto, Antonio pudo haber estado ahogando las penas en alcohol, porque acababa de recibir la terrible noticia de que una de sus legiones macedonias, la Marciana, apoyaba a Octaviano. Fue rápidamente a hablar con ellos, pero no sólo le negaron la

entrada a la ciudad cercana a Roma en la que estaban apostados, sino que incluso le dispararon desde las murallas.

Al cabo de pocos días llegó la noticia de otra deserción, esta vez de la Cuarta Legión. A pesar de la fallida marcha sobre Roma, Octaviano estaba ganando la batalla por las mentes y los corazones de los soldados. Tenía la gran ventaja de ser el heredero de César y de llevar su nombre. Además, sus generosas gratificaciones reforzaban su legitimidad. Con la esperanza de que la actividad detuviese la pérdida de lealtad, Antonio marchó inmediatamente hacia el norte para expulsar a Décimo Bruto de su provincia de la Galia Cisalpina.

No se pueden sacar demasiadas conclusiones de esos acontecimientos. Antonio había sido humillado y eso suponía un duro golpe, pero no estaba fuera de juego. Por el contrario, Octaviano no tenía experiencia militar ni *imperium*, o autoridad constitucional; se dio cuenta de que estaba arrinconado y se las ingenió para escapar.

La carrera de Marco Tulio Cicerón había sido un brillante fracaso. Era un «hombre moderno», y había llegado al Consulado en el 63 a.C. sólo por virtud de sus habilidades como administrador y sobre todo por su oratoria. Después de haber desenmascarado la conspiración de Catilina fue nombrado Padre de la Patria *(pater patriae)*.

Justificadamente orgulloso de su éxito, no podía dejar de contárselo a la gente; incluso escribió una epopeya sobre el renacimiento de Roma durante su año como cónsul. El motivo no era sólo su vanidad. Cicerón no podía presumir de una estirpe de antepasados nobles en la cabina de mando de la política romana como hacían constantemente sus colegas y adversarios, así que no tenía más remedio que aburrir sobre su asombrosa carrera.

Aunque podía ser pesado y prolijo, el orador también era célebre por su ingenio, hasta el punto de que Julio César se propuso recopilar sus brillantes comentarios. En una ocasión, el embajador de Laodicea en Cilicia (en la costa sudeste de la actual Turquía) le dijo que iba a pedirle a César que liberase su ciudad. Cicerón le respondió: «Si tiene éxito, háblele también de los que estamos en Roma».[4]

Sus políticas eran moderadas y conservadoras. Era un civil

resuelto en una sociedad militarista en la que los políticos eran también generales, y promovió el estado de derecho. En su opinión, la Constitución romana era inmejorable. Se opuso a radicales peligrosos como Julio César, aunque admiraba su prosa y disfrutaba de su compañía. Le consternó el ascenso al poder de César. Los valores republicanos por los que había luchado toda su vida fueron relegados y se vio obligado a retirarse de la política activa.

Cicerón era demasiado chismoso para que los Luchadores por la Libertad confiasen en su discreción, por lo que no fue admitido en la conspiración contra César, aunque sí alabó el acontecimiento. Su único pesar fue que Marco Antonio, de quien había desconfiado y por quien sentía antipatía desde hacía tiempo, no había sido asesinado junto con su maestro. «Los Idus de Marzo fueron una buena acción, pero se quedaron a la mitad»,[5] comentó con pesar.

Cicerón, que en esos momentos tenía sesenta y tres años, observó con consternación el desarrollo de los acontecimientos durante la primavera y el verano del 44 a.C. Al ver que Antonio cambiaba de actitud y se enfrentaba al Senado, volvió a la primera línea de la política y pronunció el primero de una serie de grandes discursos contra él, que poco tiempo después fueron llamados filípicas, como los discursos que el orador ateniense Demóstenes pronunció contra Filipo, rey de Macedonia, en el siglo IV a.C. Cicerón dominó pronto el Senado y ganó tanta influencia que se convirtió en el gobernante extraoficial de Roma.

El 20 de diciembre, en una reunión del Senado, Cicerón pronunció su tercera filípica, en la cual, para sorpresa general, se apartó de su tónica habitual y colmó a Octaviano de elogios. Dijo a los senadores:

> Cayo César es un hombre joven, casi un chiquillo, pero posee, por así decirlo, una inteligencia y un coraje como los de un dios... Ha reclutado una fuerza muy poderosa de veteranos invencibles y ha sido generoso; no, generoso no es la palabra adecuada, ha invertido su herencia en la supervivencia de la República.[6]

No vaciló en ese momento en llamarle César, y lo que era aún más extraordinario, el gran constitucionalista estaba felici-

tando a un ciudadano por haber creado un ejército no autorizado.

En su discurso en el Senado el 1 de enero del 43 a.C. volvió a tratar el tema de Octaviano, «este joven enviado del cielo».[7] Cicerón propuso y llevó adelante una moción para que Octaviano fuese proclamado propretor (un cargo que ostentaba alguien que hubiera sido previamente pretor) y miembro del Senado. El orador prosiguió, afirmando que entendía particularmente los motivos de Octaviano. «Prometo, me comprometo y me ocuparé solemnemente de que Cayo César sea siempre la clase de ciudadano que es en la actualidad, y deberíamos desear y rezar porque así sea.»[8] En pocas palabras, Cicerón avaló el buen comportamiento del joven al designarlo como partidario sincero de la República restablecida.

¿Qué estaba sucediendo? El heredero del Dictador, que había jurado vengarse de los asesinos de su padre adoptivo, se aliaba con un hombre que se alegraba de lo ocurrido en los Idus de Marzo. Descartar sus ideales y unir fuerzas con los republicanos debió de haber sido difícil emocionalmente para Octaviano y para sus consejeros, financieros y representantes políticos que habían trabajado para Julio César y se dedicaban en ese momento a la causa de su hijo adoptivo. Sin embargo, ese descarte era sólo aparente. Estaban actuando por necesidad, no por convicción.

La posición de Octaviano era peligrosamente débil después de su fallido golpe en noviembre. ¿Cuánto tiempo más —debió de haberse preguntado— seguirían a su lado sus desmoralizados veteranos? Marco Antonio había superado hábilmente a Décimo Bruto y lo había confinado en la antigua colonia romana de Mutina (la actual Módena), en el norte de Italia. Los nuevos cónsules, apoyados por el Senado, estaban reuniendo legiones con el objetivo de liberar a Décimo y poner fin a las ambiciones de Antonio.

Desde el punto de vista de Cicerón, Octaviano reforzaría la nueva fuerza militar del Senado al ponerse a sí mismo y a su ejército a su disposición, y eso aceleraría el desafío hacia Antonio y su eliminación. Esto era importante, porque varios informes de Décimo Bruto sugerían que tenía dificultades para resistir en Mutina. A la larga, Cicerón y sus seguidores temían que, en algún momento, Octaviano se reconciliase con Antonio, y esta nueva entente hacía poco probable esa posibilidad.

En cuanto a Octaviano, ya no estaba fuera de la ley, porque poseía de pronto un cargo constitucional. Por encima de todo, había conseguido tiempo. Sus soldados debieron de haberse quedado perplejos, incluso perturbados, por la revocación, pero se daban cuenta de las ventajas de que su ejército hubiese sido legitimado.

Ningún bando se hacía ilusiones sobre la sinceridad del otro, y se fingió considerablemente. Octaviano solía llamar «padre» a Cicerón, y era demasiado discreto como para revelar sus auténticos motivos. El indiscreto Cicerón, por el contrario, no podía mantener la boca cerrada y se reía de Octaviano: «*Laudandum adulescentem, ornandum, tollendum*» (el chico debe ser elogiado, honrado y exaltado).[9] «*Tollendum*» era un juego de palabras que tenía el doble sentido de «debe ser destituido». Alguien lo bastante considerado le reveló la ocurrencia a Octaviano, a quien no le divirtió ni debió de sorprenderle.

En febrero, Octaviano se marchó para unir sus fuerzas con el nuevo cónsul Hircio, mientras que el otro cónsul, Pansa, se quedó para reclutar cuatro nuevas legiones. El nuevo propretor debió de haber comandado dos legiones. Durante los últimos meses había tenido que aprender con rapidez las funciones de un comandante militar. Hasta ese momento nunca había presenciado una batalla, y había tenido poco tiempo para llevar a cabo la instrucción militar que los romanos de clase alta debían emprender en su adolescencia.

La legión era la unidad estándar del ejército y solía estar encabezada por el ayudante del general al mando, un *legatus* o delegado. El delegado tenía también a su disposición varios Tribunos Militares, oficiales del Estado Mayor reclutados en familias de clase alta, muy diferentes de los tribunos civiles reclutados entre el pueblo.

Oficialmente, una legión tenía entre 4.000 y 6.000 hombres, aunque en la práctica podía estar compuesta de menos soldados, como casi con toda seguridad era el caso de la de Octaviano en Arretium. La legión estaba dividida en diez cohortes, que a su vez se subdividían en seis centurias comandadas por centuriones, los jóvenes oficiales que formaban la columna vertebral de la legión. La primera cohorte siempre se situaba en primera

fila y a la derecha, la posición más honorable, y solía ser mayor que las demás.

Los soldados firmaban por un período de seis años como mínimo. Cada legionario cargaba a la espalda una gran cantidad de equipamiento, con un peso total de al menos treinta kilos. Eso incluía raciones de alimentos para dieciséis días, un cazo para cocinar, herramientas para cavar, dos estacas para la empalizada del campamento, dos jabalinas para arrojar en combate, ropa y objetos personales. En plena marcha, los soldados romanos no se parecían a los legionarios erguidos y pulcros de las películas de Hollywood, sino más bien a bestias de carga.

La armadura de un soldado consistía de un casco de bronce, una coraza de cuero o de metal, un escudo con forma de óvalo de madera cubierta de cuero de buey, una *pilum* o jabalina, cuya punta estaba diseñada para que se rompiese, imposibilitando así que pudiese ser lanzada de vuelta, y una *gladius*, o espada corta de doble filo. En la época de Julio César, un legionario recibía una paga de 900 sestercios. No era un sueldo espléndido, pero con frecuencia se complementaba con una parte del botín de las campañas victoriosas.

La disciplina en la legión era severa, desde el racionamiento de comida y deducciones en la paga hasta los azotes en público y la ejecución por deserción. El peor castigo, que se aplicaba en casos de motín o cobardía colectiva ante el enemigo (normalmente una cohorte), era la decimación. Un hombre de cada diez era escogido al azar y los restantes lo mataban a palos. Ese brutal castigo podía ser efectivo, pero era más probable que impusiese obediencia durante un tiempo antes que devolver la moral a los soldados, como sucedió cuando Antonio ordenó aplicarla en Brindisi.

En un orden de cosas más constructivo, se ponía mucha atención en fomentar un *esprit de corps*. Cada centuria llevaba su estandarte (un palo con una insignia o emblema) y la legión estaba representada por un águila plateada, que era llevada por un portaestandarte especial ataviado con una piel de león, el *aquilifer*. Esos estandartes representaban un orgullo y honor colectivos; la pérdida de un águila legionaria conllevaba una vergüenza irreparable. En la confusión de la batalla, el estandarte ayudaba a los soldados a orientarse, porque gracias a él sabían dónde se encontraba su unidad.

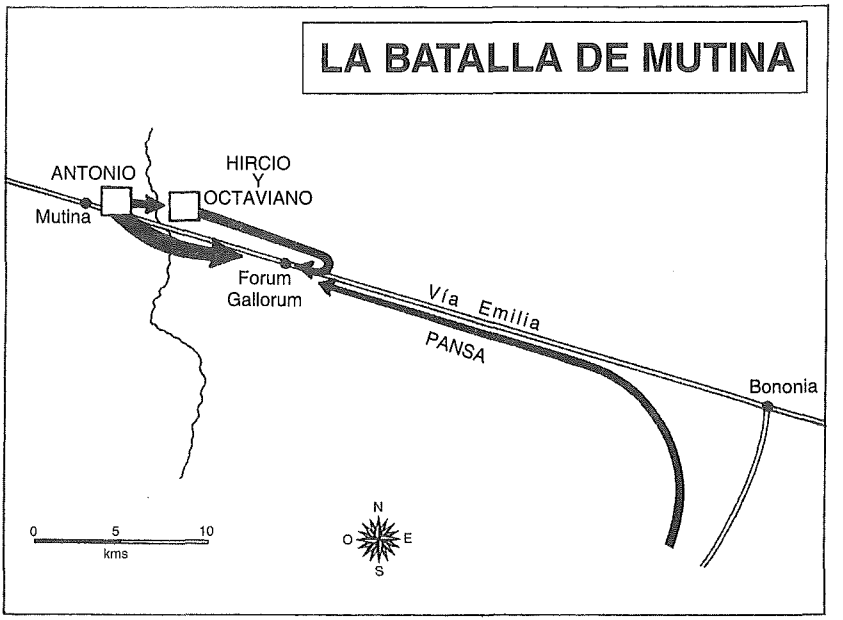
En la actualidad, el combate cuerpo a cuerpo es muy infrecuente, pero en el mundo antiguo, después de una fase preliminar en la que se lanzaban jabalinas y a veces flechas, era así como se ganaban o perdían las batallas. Es difícil imaginar el ruido, la aglomeración, los olores, la sangre y el horror de una batalla de aquellos tiempos. Incluso entonces se consideraba una experiencia particularmente exigente. Una primera fila de soldados frente al enemigo luchaba durante sólo quince minutos y después se retiraba; los soldados de atrás ocupaban entonces su lugar. Los muertos y heridos eran arrastrados a la retaguardia y reemplazados por tropas de refresco.

Octaviano se reunió con el cónsul Hircio al norte de Arretium y las legiones se dirigieron hacia Mutina con el propósito de romper el asedio y liberar al procónsul Décimo Bruto, que carecía peligrosamente de provisiones.

A pesar de ese progreso en el frente militar, Octaviano estaba de mal humor. Para empezar, un propretor era subalterno de un cónsul. Cuando se encontró con Hircio, él era claramente el oficial de inferior rango. Hircio dividió el mando del ejército entre los dos, pero insistió en tener el control de las dos legiones de Macedonia, y Octaviano tuvo que morderse la lengua y acceder.

Octaviano también estaba molesto por los esfuerzos continuados de ciertos senadores y de los cónsules para negociar un acuerdo con Antonio. Éste necesitaba una guerra en la que saliese victorioso, porque si se reconciliaba con la facción republicana volvería a quedarse aislado. Dicho esto, Octaviano no deseaba la destrucción de Antonio; podía imaginar una etapa donde ambos podrían necesitar aliarse contra el Senado y contra Bruto y Casio. El Senado había otorgado recientemente la provincia de Siria al tiranicida Casio, lo que parecía un plan deliberado para levantar el partido republicano y destruir a los cesarianos. Apiano expresó los sentimientos de Octaviano: «Reflexionó sobre la forma en que [el Senado] lo había tratado, como a un niño, ofreciéndole una estatua [ecuestre, en el Foro], un asiento en primera fila en el teatro y llamándole propretor, pero, en realidad, alejándole del ejército».[10]

El bautismo de sangre de Octaviano se aproximaba. Marco Antonio estaba acampado justo a las afueras de Mutina, a cuyo alrededor había hecho construir una empalizada. Durante la



primera semana de abril[11] se filtró hacia el norte la noticia de que, finalmente, el cónsul Pansa llegaría pronto con cuatro legiones recién reclutadas, que marchaban desde Bononia (la actual Bolonia) hacia Mutina. Antonio pensó que sería buena idea atacar a esos soldados inexpertos y apenas adiestrados antes de que se uniesen a Hircio y a Octaviano.

Mientras tanto, a Hircio se le ocurrió que eso era exactamente lo que Antonio podría hacer, así que, al abrigo de la noche, el cónsul envió la Legión Marciana (una de las que habían desertado de Antonio) y la Guardia Pretoriana de Octaviano, un cuerpo de élite de unos 500 hombres, para apoyar a Pansa.

Al día siguiente, Antonio tendió una emboscada al ejército de Antonio, enviando caballería y escondiendo dos legiones en Forum Gallorum, un pueblo al borde de la carretera, y en una zona pantanosa. La Legión Marciana y los Pretorianos no se contuvieron y se precipitaron sobre los jinetes. Atisbaron algún movimiento entre los juncos y los destellos de cascos aquí y allá; de pronto se vieron frente al principal ejército de Antonio.

El combate, que duró varias horas, fue denodado y empantanado. Inexpresable. Pansa resultó herido en un costado por una jabalina y se lo llevaron a Bononia, y Antonio obligó a re-

troceder a las tropas del cónsul a su campamento. Entre tanto, Hircio volvió a pensar rápidamente y decidió enviar a toda prisa dos legiones más para interceptar a los vencedores.

Muy entrada la tarde, los hombres de Antonio, que no esperaban más problemas, cantaban canciones de triunfo y marchaban desordenadamente. Para horror de todos ellos, un disciplinado ejército de refresco emergió bajo el crepúsculo. Aunque Hircio esquivó los pantanos y tuvo que detener la lucha al anochecer, los soldados de Antonio fueron aniquilados. Los que escaparon a la muerte o no resultaron heridos de gravedad regresaron al campamento de Antonio. Habían pasado de la victoria a la catástrofe.

Los pantanos se cubrieron de cadáveres y de moribundos que habían intentado refugiarse allí del enemigo. Antonio se preocupó por sus soldados y envió a su caballería durante la noche para que buscaran por todas partes y rescataran a tantos como fuese posible. Según Apiano: «Ponían a los supervivientes en la montura de sus caballos, les dejaban su lugar en la montura y levantaban a otros del suelo o les hacían cogerse de la cola del caballo y los animaban a irse con ellos».[12]

¿Dónde estaba Octaviano? No había acompañado a sus pretorianos, que fueron aniquilados, ni a los hombres de la Legión Marciana, ensangrentados pero orgullosos. Según Dión, Octaviano se quedó atrás para defender el campamento, una labor útil pero vergonzosa. Años después, Antonio acusó a Octaviano de haber rehuido la batalla de Forum Gallorum: «No apareció hasta el día siguiente, habiendo perdido su caballo y su capa morada de general».[13]

No se sabe qué pasó exactamente, pero está claro que, por lo menos, el inexperto comandante no logró sobresalir. Ese error tendría que ser rectificado rápidamente, ya que se esperaba de un noble romano que estuviese tan ocupado en el campo de batalla como en el Foro. Las legiones habían amado a su padre adoptivo, al menos en parte, debido a su intrépido liderazgo.

Décimo Bruto, sitiado en Mutina, necesitaba ayuda urgentemente. El 21 de abril, Hircio condujo sus tropas hasta una zona poco poblada de la ciudad con el objetivo de entrar en ella. Antonio se vio obligado a responder. Envió primero a su caballería y después a legiones acampadas más lejos, las cuales tardaron algún tiempo en llegar.

En esa ocasión, Octaviano se armó de valor para luchar donde estaba la acción. Hircio cabalgó hasta el campamento de Antonio, y allí fue abatido mientras luchaba junto a la tienda del comandante. Octaviano irrumpió, se hizo con el cuerpo de Hircio y, como un héroe homérico, sacó a su amigo de entre el tumulto. Se hizo con el control del campamento durante un breve lapso de tiempo hasta que se vio obligado a salir de allí. No importaba, porque el día era suyo. Según Suetonio: «A pesar de estar herido y de sangrar, tomó un águila de manos de un *aquilifer* moribundo, se la cargó al hombro y la llevó hasta el campamento».[14]

Antonio había sido totalmente derrotado, y el asedio fue levantado. Después de tomarse un tiempo para pensar, Antonio se retiró con lo que quedaba de su ejército y atravesó los Alpes hasta Gallia Comata («Galia de pelo largo»). Sus hombres sufrieron enormes penurias durante el viaje. Demostrando un magnífico liderazgo, Antonio compartió los sufrimientos de sus soldados. Bebió agua infecta y comió frutas y raíces silvestres.

Octaviano visitó a Pansa, que estaba seriamente enfermo y murió pocos días después. Al parecer, el médico griego de Pansa, llamado Glicón, había envenenado su herida, se supone que con el propósito de beneficiar a Octaviano. Según otra historia, Octaviano había golpeado a Hircio durante la lucha en el campamento de Antonio. Es casi seguro que esa acusación era un rumor malintencionado, porque, de ser cierta, hubiese habido testigos del asesinato de un cónsul en el campo de batalla, no precisamente un sitio tranquilo.

Lo más probable es que Pansa hubiese sufrido una herida superficial de la que se esperaba que se recuperase. El hecho de que no consiguiese sobrevivir sugiere una infección grave, algo bastante común antes de la aparición de los antibióticos. En mayo, y enterado de los rumores, Marco Bruto habló en nombre de Glicón, que había sido puesto bajo custodia: «Es increíble. A nadie afectó tanto la muerte de Pansa como a él. Además, es un hombre decente y de buena conducta, que no cometería un crimen ni por interés personal».[15]

Sin embargo, lo que sí era cierto es que únicamente la suerte había colocado a Octaviano en una posición extraordinariamente poderosa a raíz de la eliminación imprevista de Hircio y Pansa. Por el momento decidió no precipitarse. Cuando el Senado ordenó que los ejércitos de los cónsules fallecidos fuesen

entregados a Décimo Bruto, Octaviano se negó y asumió el mando de los ejércitos. Pasó a controlar ocho legiones, que eran más leales a él que a la República. Declaró, lo que era plausible, que las legiones se negarían a luchar al mando de uno de los asesinos de Julio César.

Tampoco iba a cooperar con Décimo Bruto, y afirmó ante una delegación del procónsul: «Mi naturaleza me prohíbe mirar y dirigirle la palabra a Décimo. Dejadle que busque su propia seguridad».[16] Décimo sospechaba, y con razón, que el heredero de César estaba buscando una oportunidad para vengarse de él.

Octaviano también se negó a perseguir a Antonio. Cuando un oficial del ex cónsul fue capturado en Mutina, Octaviano lo trató respetuosamente, lo puso en libertad y lo envió a la Galia para que se reuniese con su general. El oficial le preguntó qué política mantenía respecto a Antonio y Octaviano le respondió fríamente: «He dado muchas pistas a gente que tiene la perspicacia para entenderlas. Por más que diese, aún no serían suficientes para los estúpidos».[17]

Cuando la noticia del rescate de Mutina llegó a Roma, hubo genuino regocijo. Parecía que había acabado lo que Cicerón llamaba «esta guerra abominable».[18] El Senado estaba tan emocionado a causa de la derrota de Antonio que malinterpretó completamente las consecuencias de la muerte de los cónsules. Décimo Bruto fue recompensado con un triunfo. Se redujo la parte del botín prometida a los soldados (de los extremadamente generosos 20.000 sestercios a 10.000) y se designó una comisión para repartir el dinero directamente a los soldados, en lugar de enviarlo a su general, como era costumbre. Octaviano, a quien ni siquiera le propusieron integrar la comisión, y sus hombres se enfurecieron, y su descontento fue comunicado a Roma.

Entretanto, empezaron a filtrarse informes hasta el sur sobre el increíble cambio de suerte de Antonio. Después de haber cruzado los Alpes y llegar a la Galia, contactó con tres gobernadores provinciales: Marco Emilio Lépido, de la Galia Narbonesa (el sur de Francia) y la España Cercana (el norte de España), quien estaba al mando de siete legiones; Lucio Munacio Planco de la «Galia de Pelo Largo» (norte y centro de Francia); y Cayo Asinio Polión de España Lejana (sur de España). Antonio los ganó para

su causa y se convirtió una vez más en el comandante de un gran ejército. La desgracia de Mutina iba a poder ser olvidada.

Décimo Bruto, que había perseguido denodadamente a Antonio con sus legiones desaliñadas, quedó atrapado. Antonio renovado era demasiado fuerte para él, y sabía que si volvía sobre sus pasos hacia Italia, Octaviano estaría esperándole para destruirle. Sus hombres se dieron cuenta de su situación desesperada y desertaron. Con un puñado de partidarios, Décimo intentó escapar a Macedonia, donde se encontraba Marco Bruto, pero cayó en manos de un jefe galo, que lo mató por orden de Antonio.

El heredero de César estaba preparado para atacar. Ambos consulados estaban vacantes, y los senadores, desorganizados y cada vez más intranquilos, no tenían candidatos claros y dispuestos. Octaviano sabía que el tiempo de la cautela había llegado a su fin y estaba más que dispuesto a presentar su solicitud. Era evidente que era demasiado joven; según las normas constitucionales, un cónsul tenía que tener al menos cuarenta y dos años. Sin embargo, se podía objetar que hombres en la veintena habían sido elegidos en momentos de crisis: Publio Cornelio Escipión el Africano, por ejemplo, tenía unos veintinueve años cuando se le confió el mando con el fin de derrotar a Aníbal en el siglo III a.C. En tiempos más recientes, Pompeyo el Grande se había convertido en una figura destacada de la política romana a la edad de veintitrés años y había ganado la autoridad proconsular a los treinta.

En julio, una delegación de cuatrocientos centuriones llegó a Roma para presentar propuestas ante el Senado. Querían que el botín prometido a los soldados fuese pagado en su integridad y exigían más que solicitaban el consulado para su comandante. Con una extraordinaria falta de visión, el Senado se negó a ello.

En cuanto Octaviano, que estaba esperando en la Galia Cisalpina, se enteró del rechazo, convocó una asamblea de soldados. Éstos le dijeron que les condujese de una vez hasta Roma, donde ellos mismos le elegirían cónsul. Octaviano encabezó la marcha fuera de la zona de desfiles y tomó la ruta del sur con ocho legiones, caballería y ayudantes.

Cuando se estaba aproximando a la ciudad, empezó a preocuparse por la seguridad de su madre, Atia, y de su hermana Octavia, porque tenían gran valor como rehenes. Con ayuda de cesarianos en la ciudad, ambas fueron puestas en lugar seguro. Al

no haber cónsules, eran los pretores los que estaban a cargo de la defensa de Roma, pero sus hombres no iban a luchar.

Resuelto a exhibir un despliegue de modales constitucionales, el joven candidato al Consulado esperó veinticuatro horas antes de entrar en Roma. El 19 de octubre, y sin el menor atisbo de amenaza externa, el Pueblo de Roma eligió como supremos gobernantes de la República al heredero de César y al torpe y falto de ambición Quinto Pedio, sobrino y uno de los herederos de César. Pedio tenía la ventaja de que era de fiar y se podía garantizar que no actuaría en contra de los deseos de su joven colega. Al día siguiente, Octaviano entró en la ciudad rodeado de guardaespaldas y se dirigió al Foro. Sus oponentes políticos salieron a recibirlo a lo largo de su itinerario; en palabras de Apiano: «con débil disposición a ser útiles».[19]

Para alivio suyo, el nuevo cónsul vio a Atia y a Octavia en el templo de Vesta, que le esperaban para darle la bienvenida. Habían salido ilesas de los últimos días difíciles. Aunque sólo un año antes su madre le había aconsejado que no aceptase el testamento de César, en esos momentos debió de estar orgullosa de verle en la cima del poder antes de cumplir los veinte años. Tuvo suerte de poder ser testigo de ese día, porque murió al cabo de pocas semanas o meses. No sabemos cuál fue el motivo de su muerte ni nos ha llegado relato alguno de la reacción de su hijo.

Una de las primeras tareas oficiales de Octaviano fue presidir un sacrificio a los dioses inmortales en el Campo de Marte. Mientras lo hacía, levantó la vista y vio seis buitres. Eso era un buen augurio, pero el que siguió fue aún mejor. Más tarde, mientras arengaba a sus tropas, aparecieron doce buitres,[20] lo mismo que le había sucedido a Rómulo durante la fundación de Roma en el 753 a.C. Los hígados de los animales que Octaviano había sacrificado se encontraron doblados en su extremo inferior, un augurio que los *haruspices* interpretaron unánimemente como un presagio de un futuro próspero y feliz. Los partidarios del nuevo régimen aprovecharon al máximo esa dichosa oportunidad propagandística.

El mensaje que los buitres dieron al mundo era que Roma estaba siendo fundada por segunda vez.

En el verano del 43 a.C., Octaviano había progresado mucho en el cumplimiento de su programa de tres puntos, tal como lo ha-

bía expuesto en la carta escrita a Filipo al llegar a Italia después de la catástrofe de los Idus de Marzo. Había aceptado el legado de César, y la *lex curiata* que confirmaba su adopción y que Antonio había obstaculizado había sido finalmente aprobada. Con el Consulado, Octaviano había «heredado el poder [de César]», al menos en parte, aunque había trabajo por hacer cuando se presentase la oportunidad. Ahora, por fin, estaba en posición de «vengar la muerte de su "padre"».

El cónsul tranquilizó a la opinión pública liquidando los pagos que Julio César había legado a los ciudadanos y estableció el botín prometido a las legiones. Se comportaba con el Senado con aparente gratitud, pero no se atrevía a asistir a las reuniones sin un guardaespaldas.

Pedio, el colega de Octaviano en el Consulado, consiguió la aprobación de un proyecto de ley que declaraba que el asesinato de César había sido un crimen y dejaba fuera de la ley a los conspiradores. Se constituyó un tribunal especial, el cual, después de deliberar durante un día, encontró culpables a todos los acusados. Se nombraron varios fiscales, al menos para los principales conspiradores; Agripa se hizo cargo de la acusación contra Casio. Ninguno de los acusados estaba presente ni, obviamente, podía defenderse; es más, muchos de ellos eran gobernadores de provincias. Los que estaban en Roma desaparecieron discretamente.

Una vez solucionado ese asunto, Octaviano se fue de Roma con sus once legiones. Parecía que fuese a combatir contra Antonio, pero de hecho iba a llegar a un trato con él. Octaviano avanzó tranquilamente por la costa adriática, mientras el cónsul Pedio instaba a un Senado reacio a que se reconciliase con Antonio y Lépido. El motivo de ese cambio de política era obvio: ellos dos y Octaviano eran, cada uno a su manera, líderes cesarianos que pronto necesitarían defenderse contra el gran ejército que se decía que los Luchadores por la Libertad estaban reclutando al este del imperio. La victoria sobre un Senado sin legiones había sido tarea fácil, pero derrotar a Bruto y a Casio, apoyados por la fuerza militar y económica de Oriente, iba a ser un asunto muy diferente.

7

Campos de exterminio

43-42 a.C.

En medio del río Lavinius, entre la colonia de Mutina y la ciudad de Bononia, había una pequeña isla. Fue allí donde, en noviembre del 43 a.C., los líderes cesarianos Antonio y Octaviano condujeron a sus ejércitos. Tenían la intención de ser amigos después de haber sido enemigos durante un año. Habían marchado lentamente, uno desde Roma y el otro desde el extremo más alejado de los Alpes, para evitar sufrir o propinar ninguna sorpresa y para dar tiempo a negociar los complicados detalles del encuentro.

Octaviano estaba en la posición más débil, porque las fuerzas de Antonio, que habían aportado tres gobernadores provinciales, incluyendo al ex cónsul Lépido, podían destruirle fácilmente. Sin embargo, Octaviano calculó que su antiguo enemigo reconocía que un frente unido de los cesarianos era esencial para incrementar las posibilidades de derrotar a Bruto y a Casio. Tenían que llegar a un acuerdo. Además, los últimos doce meses habían enseñado a todos los comandantes que los veteranos de Julio César lucharían contra cualquiera menos contra su heredero.

Antonio y Octaviano, acompañados cada uno por 5.000 hombres, llegaron a las orillas opuestas del río. Después de que trescientos soldados hubiesen tendido puentes en ambas orillas, Lépido cruzó hasta la isla, la inspeccionó en busca de armas o asesinos ocultos e hizo la seña de vía libre con su capa. Octaviano y Antonio abandonaron a sus guardaespaldas y consejeros en las cabezas de puente y caminaron hacia la isla, donde se senta-

ron junto a Lépido a la vista de todos. La reunión duró dos días, del amanecer hasta el atardecer.

La agenda de la reunión consistía de tres puntos: cómo legalizar el poder de ambos, cómo recaudar los fondos necesarios para financiar la guerra contra Bruto y Casio y cómo impedir a la oposición que recuperase su fuerza. Durante las semanas siguientes a los Idus de Marzo, en las que Antonio estaba en buenos términos con el Senado, había promulgado una ley que abolía el cargo de Dictador. Ese cargo fue reinventado entonces en forma tripartita. Se establecería una Comisión de Tres para el Gobierno del Estado con una duración de cinco años (lo que los historiadores modernos llaman el Segundo Triunvirato), en la que estarían Antonio, Octaviano, Lépido y los Comisarios o Triunviros. Tendrían el poder de promulgar o revocar leyes y de nombrar cargos oficiales. Sus decisiones serían inapelables. Octaviano renunciaría al Consulado en favor de uno de los generales de Antonio.

Es un poco difícil percibir en qué contribuyó al Triunvirato el mediocre Lépido, quien pocos meses atrás le había dado su ejército a Antonio en la Galia. De los tres hombres, Antonio era de lejos el más poderoso y experimentado. Él fue probablemente el que ascendió a Lépido; en caso de discrepancias, podía contar con su apoyo.

Los Comisarios nominaron inmediatamente a los cónsules y a otros cargos oficiales por un período de cinco años, además de decidir sobre los gobiernos provinciales. Antonio se encargaría de la Galia (excepto la Transalpina); Lépido, de su antigua provincia de la Galia Transalpina y de las dos Españas; y Octaviano gobernaría África, Cerdeña y Sicilia. El resto del imperio al este del Adriático, que en ese momento estaba en manos de Bruto y Casio, quedó pendiente de resolución, lo cual era lo más sensato. Este reparto revelaba con una claridad embarazosa que Octaviano era el socio subalterno de los tres. A su debido momento, todos esos acuerdos constitucionales fueron aprobados por una Asamblea del Pueblo en Roma.

Para el segundo y el tercer punto de la agenda se encontró una solución sencilla: la proscripción. La proscripción era un mecanismo oficial para liquidar a los oponentes políticos y amasar grandes sumas de dinero proveniente de sus bienes confiscados, y había sido utilizada por vez primera por Lucio Cornelio Sila en el 81 a.C.

A los negociadores les fue más fácil ponerse de acuerdo en aplicar la proscripción que en los nombres de los que tenían que morir, y la elección de las víctimas conllevó un cierto regateo. Para empezar, Octaviano estaba indeciso sobre la propuesta, aunque, como escribe Suetonio, una vez que la proscripción fue acordada, «la llevó a cabo más implacablemente que los otros».[1]

Los triunviros no sólo registraron sus oponentes políticos, a los que consideraban enemigos públicos *(hostes)*, sino también a sus adversarios personales *(inimici)*. De hecho, compartían parientes y amigos. Lépido se desentendió de su hermano Paulo, y Octaviano permitió que su antiguo tutor Cayo Toranio, que había sido edil en el mismo año en que su padre biológico fue pretor, entrase en la lista a petición del hijo de Toranio. También desertó de Cicerón, pero sólo (si hacemos caso a las fuentes) después de oponerse a Antonio, quien tanto quería vengarse de las filípicas que dejó que su propio tío fuese proscrito a cambio del orador retirado.[2]

Después de las discusiones en la isla, Antonio, Lépido y Octaviano llegaron a Roma y expusieron el decreto de proscripción en tablas blancas en el Foro. Aquellos cuyo nombre estuviese en la lista perdían inmediatamente su ciudadanía y la protección de la ley. La lista no era definitiva, y nuevas víctimas fueron añadidas posteriormente a medida que los triunviros lo consideraban oportuno. Los informadores que delataban a un hombre proscrito a las autoridades eran recompensados, y cualquiera que diese muerte a uno de ellos tenía derecho a quedarse con una parte de su fortuna (el Estado se quedaba el resto).

Desde un punto de vista moderno, la proscripción es un mecanismo extraño. Con los antecedentes de las revoluciones francesa y rusa, es posible que el Estado lleve a cabo exterminios masivos si lo estima necesario, pero, como ya se ha señalado, el Estado romano era extraordinariamente poco burocrático. Carecía de fuerza policial, de una tradición de encarcelar a los delincuentes o de una magistratura profesional. Sencillamente, no estaba equipado para ejecutar a un gran número de ciudadanos. La tarea tenía que ser privatizada.

Los triunviros revelaron indicios de desasosiego y reconocieron la necesidad de no granjearse la antipatía de la opinión pública. Según Apiano, el decreto de proscripción declaraba: «Nadie deberá considerar esta acción injusta, salvaje o excesiva, a la luz de lo que le sucedió a Cayo [César] y a nosotros». Prometíe-

ron no castigar a «ningún miembro de las masas», una promesa que cumplieron sabiamente. El decreto terminaba con la garantía de que «los nombres de aquellos que son recompensados serán anotados en nuestros archivos». Lo que se iba a llevar a cabo era vergonzoso y requería cierta ocultación.

La proscripción sacó al descubierto lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Apiano relata historias terribles de esa época:

> Mucha gente fue asesinada de todas las maneras posibles y decapitada como prueba para cobrar la recompensa. Muchos huyeron de forma poco digna, cambiando su ropa llamativa por disfraces extraños. Algunos se escondieron en pozos o bajaron a las cloacas, y otros se subían a vigas o se sentaban en silencio total en desvanes atestados de cosas. Para algunos, lo más aterrador era que sus verdugos eran esposas o hijos con los cuales no tenían buena relación, esclavos o ex esclavos, acreedores o terratenientes vecinos que codiciaban sus bienes.[3]

La historia trágica del joven Atilio podría evocar el egoísmo y la desesperación de ese período.[4] Provenía de una familia noble de larga tradición, originaria de Campania. Su padre había muerto y él había heredado un gran patrimonio. Acababa de celebrar en Roma su mayoría de edad y se disponía, como era la costumbre, a llevar a cabo sacrificios en varios templos en el interior y en las inmediaciones del Foro junto a sus amigos. Como adulto, era susceptible de sanción legal. De pronto, su nombre fue añadido a la lista de la proscripción expuesta en la tribuna de oradores o Rostra, es de suponer que a causa de su fortuna. Al enterarse de ello, todos sus amigos y esclavos lo abandonaron. El muchacho, solo y abandonado, se fue con su madre, pero ésta tenía demasiado miedo de proporcionarle cobijo. Después de esa traición, Atilio no vio ningún sentido en pedirle ayuda a nadie más y huyó a las montañas.

El hambre lo obligó a bajar a la llanura, y fue secuestrado por un bandido que se ganaba la vida desvalijando a los viajeros, encadenándolos y obligándolos a trabajar para él. Atilio, que había crecido rodeado de comodidades, no podía soportar la dureza del trabajo. Cargado con grilletes, consiguió llegar hasta una carretera principal y se identificó imprudentemente ante unos centuriones que pasaban por allí, quienes le dieron muerte allí mismo y se llevaron su cabeza a Roma para cobrar la recompensa.

Una inscripción funeraria de finales del siglo I a.C. alude a una historia diferente.[5] Registra el discurso pronunciado por un esposo afligido en el funeral de su mujer después de cuarenta años de matrimonio. No sabemos su nombre ni el de su mujer, pero a ella se la suele llamar Turia, el nombre de una mujer que tuvo una vida semejante y de la que se pensó equivocadamente que era la misma persona.

El marido de Turia, un republicano impenitente, fue proscrito y se escondió. Según sus palabras: «Tú proveíste abundantemente para mis necesidades durante mi huida y me diste los medios para llevar una vida digna al enviarme todo el oro y las joyas que llevabas».[6] Un año después, cuando la proscripción dejó de ser necesaria, Octaviano perdonó al marido de Turia, pero Lépido, que gobernaba Roma, se negó a reconocer la decisión de su colega. Parece que disfrutaba de la proscripción y no deseaba que llegase a su fin. Turia se presentó ante Lépido, se postró a sus pies y le pidió que reconociese el indulto. Lépido no se levantó (como debía de haber hecho según la convención) y ordenó que fuese arrastrada y golpeada. Este comportamiento desagradable, típico de Lépido, enfureció a Octaviano y, según el marido de Turia, contribuyó a su caída. «Ese asunto no tardaría en resultar perjudicial para él»,[7] comentó el viudo con cáustica satisfacción.

La crueldad y la confusión que conllevó la proscripción estaban muy extendidas. Hasta 300 senadores fueron asesinados, Cicerón entre ellos, y quizá 2.000 *equites*. Casi toda la oposición republicana en Italia fue exterminada.

Antonio tenía una vena de locura en su carácter y de vez en cuando (a no ser que las crónicas hayan sido distorsionadas posteriormente por propaganda en su contra) era poseído por ella. Siempre inspeccionaba las cabezas de las víctimas que le llevaban, incluso mientras estaba sentado a la mesa comiendo. Su esposa era igualmente despiadada.

En cuanto a Octaviano, y mientras la proscripción estuvo en curso, algunos observadores lo hallaron muy aficionado a los muebles caros y las esculturas de bronce corintias de sus víctimas: obras de arte de gran valor. Según Suetonio, alguien garabateó en la base de una efigie suya un poema insultante sobre la vieja historia de que la fortuna de su familia provenía del vergonzoso negocio de prestamista.

No seguí la carrera de mi padre;
Él se dedicaba a las monedas de plata,
y yo a los bronces corintios...[8]

La proscripción no fue tan efectiva como sus autores pretendían, y se recaudó mucho menos dinero de lo esperado. El problema fue que demasiadas tierras y propiedades salieron a la venta a la vez, y los precios se desplomaron. Además, mucha gente respetable era reacia a comprar las propiedades de víctimas inocentes.

Los triunviros no sabían qué más hacer para encontrar los fondos con los que financiar cuarenta y tres legiones. Así pues, presentaron una nueva lista de proscritos a los que únicamente se les confiscaban sus propiedades. Llegaron a robar los ahorros que la gente había puesto al cuidado de las vírgenes vestales, y se urdieron nuevos impuestos ingeniosos a fin de aumentar las arcas destinadas a la guerra.

Todo eso causó un gran impacto en los ciudadanos de Roma, quienes, gracias a la riqueza del Imperio, habían estado exentos del pago de impuestos personales durante el último siglo. Con el empobrecimiento de las provincias occidentales y las orientales como zona prohibida, se encontraron por primera vez con que tenían que pagar su guerra civil.

Entre tanto, la causa republicana estaba prosperando. Un nuevo líder marítimo había emergido en el oeste que complementaba el poder terrestre de Bruto y Casio en el este. Se trataba de Sexto Pompeyo, el hijo más joven de Pompeyo el Grande. Aunque aún era muy joven, ya había vivido una vida extraordinaria.

En el año 48 a.C., en plena guerra civil, Pompeyo el Grande envió a Sexto, entonces un muchacho de unos trece años,[9] y a su tercera esposa, la bella y joven Cornelia, a Mitilene, en la isla de Lesbos, al norte del mar Egeo. Allí estarían a salvo del conflicto.

Sexto fue testigo del asesinato de su padre, en la costa de Egipto. Un pequeño bote de pesca, con un soldado romano y algunos funcionarios a bordo, zarpó desde la playa. Las ropas de los pasajeros eran muy ordinarias para la recepción de un gran comandante romano, aunque estuviese pasando por un mal mo-

mento. El séquito de Pompeyo sospechaba cada vez más y le aconsejaron ordenar a los remeros que retrocedieran alejando el bote de la orilla.

Era demasiado tarde, porque el otro bote no tardó en situarse al lado del de Pompeyo. Éste reconoció al soldado romano, un tal Lucio Septimio, quien le saludó con el título de *Imperator*, o comandante en jefe. Antes de abandonar el bote, Pompeyo se volvió hacia Cornelia y Sexto, los besó y recitó unas palabras de Sófocles:

> Quien se dirige al palacio de un tirano
> Se convierte en su esclavo,
> aunque hubiese ido como hombre libre.[10]

La ansiedad se apoderó de Cornelia y de Sexto, pero se tranquilizaron cuando el pequeño bote se acercó a la playa, donde les esperaba lo que ellos supusieron que era un comité de bienvenida. Sin embargo, cuando Pompeyo se puso de pie, antes de pisar la arena, Septimio le asestó un golpe con su espada, seguido por otros que estaban en el bote. Pompeyo se echó la toga por encima de la cabeza y se desplomó con un gemido.

Los que estaban en el trirreme gritaron tan fuerte al ver lo que estaba sucediendo que se escuchó desde la orilla. Sin embargo, Cornelia y Sexto sabían que no había nada que hacer. Su barco levó anclas y partió con fuerte viento de popa.

La conmoción por lo que había visto afectó a Sexto para siempre. La personalidad más importante, no sólo de su propia vida, sino de todo el mundo romano (así debieron de habérselo contado) había muerto, y no cayendo honorablemente en el campo de batalla, sino masacrado en una vil emboscada. Aunque los documentos sobre las actividades de Sexto eran escasos, ha llegado hasta nosotros suficiente evidencia que sugiere que se moldeó a sí mismo a semejanza de su padre. Se puso un *agnomen* poco común («Pío»), para transmitir la idea de que era «leal a la memoria de su padre».

Cornelia volvió a Roma, pero Sexto siguió hasta África, donde su reunió con su hermano mayor Cneo. Después de la derrota en Tapso y del suicidio de Catón, su hermano y él se dirigieron a España, donde el clan de Pompeyo era popular. A Cneo no le fue difícil reclutar trece legiones, sobre todo con miembros de tribus y esclavos españoles. Como hemos visto, la mayor parte

de ese ejército pereció en Munda, y Cneo fue capturado y asesinado. Sexto consiguió huir y desapareció en el interior tribal de España. César le concedió un indulto a Sexto y no ordenó su persecución, creyendo que era demasiado joven para representar una amenaza importante.

Eso fue un error, porque el joven no tardó en reunir nuevas fuerzas. Aunque apenas era un adolescente, lideró una eficaz guerra de guerrillas contra los gobernadores provinciales nombrados por César. Apiano deja bien claro que Sexto entendió los principios del combate desigual, de larga tradición entre las tribus españolas: «Gracias a su gran movilidad, [Sexto] aparecía inesperadamente y volvía a desaparecer, hostigaba a sus enemigos y acababa conquistando numerosas ciudades, tanto grandes como pequeñas».[11]

Los Idus de Marzo lo cambiaron todo. Sexto, a sus dieciocho años, había pasado de ser un enemigo del Estado a estar de pronto en posición de apoyar la causa republicana. El Senado le nombró Prefecto de la Flota y los Puertos en el 43 a.C., y gracias a eso pudo reunir todos los barcos que le fue posible y zarpar hacia Massilia (la Marsella actual).

La suerte de Sexto cambió de repente. Después del establecimiento del Triunvirato, el cónsul Pedio revocó su cargo de almirante. Sexto se negó a entregar su flota y tomó la arriesgada decisión de no volver a España y establecerse en Sicilia. Una vez allí, persuadió al gobernador de que le entregase el control de la isla. Los triunviros, viendo el peligro, añadieron su nombre a la lista de proscritos, a pesar de que no tenía nada que ver con el asesinato de César.

Sexto estaba ahora en una posición extraordinariamente ventajosa. Desde su posición de ventaja en Sicilia controlaba el abastecimiento de grano a Roma proveniente de Egipto, África y la misma Sicilia. Allí acudieron muchos proscritos, refugiados y esclavos fugitivos de toda Italia. Sexto fomentó esos acontecimientos, tal como escribió Apiano:

> Sus botes y barcos mercantes recogían a los que llegaban por mar, sus buques de guerra patrullaban las costas, se ponían señales para ayudar a los que se hubiesen perdido y recogían a todo el que encontraban. Sexto acudía en persona a darle la bienvenida a los recién llegados.[12]

Entre los republicanos empezó a gestarse una nueva estrategia: Bruto y Casio controlaban el este y Sexto el oeste. La Italia y la Galia estaban aisladas. Sólo era cuestión de tiempo antes de que la facción perniciosa del Dictador fallecido fuese aislada y aplastada.

Octaviano tuvo la misma idea, pero desde el punto de vista contrario. Envió un escuadrón para acabar con Sextos, pero fue derrotado. Casio envió barcos y refuerzos a Sexto. Por el momento, Octaviano no forzó la situación.

El ambiente en Roma era deprimente e histérico. El 1 de enero del 42 a.C. se celebró una ceremonia religiosa de gran importancia política. Los triunviros declararon bajo juramento que Julio César se había convertido en un dios y que todos sus actos eran sagrados y vinculantes. Además, obligaron al Senado a que jurase en los mismos términos. Pusieron la primera piedra de un pequeño templo dedicado a César en el Foro, en el lugar exacto en que su cuerpo había sido incinerado por la multitud apenada. Su cumpleaños fue declarado fiesta nacional; las celebraciones eran obligatorias y los senadores o los hijos de senadores que no tomasen parte serían castigados con una severa multa de un millón de sestercios.

La deificación de Julio César requiere una explicación. En el mundo clásico, la frontera entre dioses y hombres no estaba claramente delimitada. Los héroes de los mitos griegos, como Heracles (Hércules en latín), eran en parte humanos y en parte divinos. Desde el siglo III a.C., los reyes del Oriente Medio estipulaban en vida su «deificación». Nadie creía realmente que fuesen de distinta naturaleza al resto de la humanidad, pero el estatus divino añadía majestad a su cargo y creaba una respetuosa distancia entre ellos y sus agradecidos súbditos. A los gobernadores romanos se les conferían a veces honores divinos, aunque sólo tenían validez en Occidente. La novedad de la deificación de César era que se llevó a cabo en Roma y bajo los auspicios del Estado.

En cuanto a Octaviano, su prestigio resultaba considerablemente elevado, porque podría distinguirse como Hijo de un Dios, un *divi filius*. Sus partidarios no perdieron la oportunidad de publicitar la elevación a los cielos de su padre adoptivo.

Desde su marcha de Italia en el verano del 44 a.C., a Bruto y a Casio les había ido muy bien. En teoría, deberían haber puesto rumbo hacia las insultantemente poco importantes provincias de Creta y Cirene, pero escogieron otros destinos más interesantes.

Casio, un soldado competente, viajó a toda velocidad hasta Siria, donde era conocido y apreciado. Siete legiones apostadas allí se pusieron bajo su estandarte y en Egipto se le unieron cuatro legiones más.

Bruto jugó a ser estudiante en Atenas, lo más parecido a una ciudad universitaria moderna que había en todo el mundo antiguo. Allí asistió a clases impartidas por los filósofos más importantes de su época. Sin embargo, bajo la aparente calma del retraimiento académico, Bruto y sus agentes estaban muy atareados haciendo amigos y ganándose la opinión pública de Macedonia. Hacia finales del año 44 a.C. ya se había hecho con el control de la provincia. Las legiones de la vecina Illyricum también se unieron a él, y Bruto capturó y posteriormente ejecutó al gobernador oficial entrante, Cayo, hermano de Marco Antonio.

Bruto y los Luchadores por la Libertad eran sumamente reacios a desencadenar hostilidades, y promulgaban manifiestos en los que declaraban que «a fin de asegurar la armonía en la República estaban dispuestos a vivir en un exilio permanente...[y] no darían motivos para una guerra civil».[13] Sin embargo, la segunda marcha de Octaviano sobre Roma, el Triunvirato y, finalmente, la proscripción les persuadieron de que la paz había dejado de ser una opción.

En esos momentos, el poder combinado de Antonio y Octaviano era demasiado fuerte para Bruto, así que se marchó hacia el este para unir sus fuerzas con Casio, reclutar más soldados y recaudar dinero para pagar los salarios de las legiones. Casio también quería proteger su retaguardia eliminando enemigos potenciales, como la isla de Rodas y su poderosa flota. Después de agotar los recursos humanos y económicos del este del Imperio, los Luchadores por la Libertad se sintieron finalmente preparados para marchar contra los triunviros.

Tracia, un territorio al este de Grecia y Macedonia que se extendía hasta el Danubio y a lo largo de éste hasta la ciudad de Bizancio y el Helesponto, carecía casi totalmente de gobierno.

Según la topografía actual, Tracia comprendía el noroeste de Grecia, el sur de Bulgaria y la parte europea de Turquía. Era una tierra calurosa, montañosa y muy boscosa.

Los tracios eran tribus belicosas y despiadadas que formaban pequeños reinos. Los colonos griegos fundaron ciudades-estado en el litoral, explotaron los yacimientos de oro y plata y reclutaron soldados entre los tracios, pero en general dejaron que los tracios se las apañaran en el interior agreste de su territorio.

En esa disputada región establecieron los romanos un dominio débil e irregular a partir del siglo II, convirtiéndola en provincia romana en el 46 a.C. Construyeron a través de ella la Vía Egnatia, la gran carretera que iba desde el mar Adriático hasta Bizancio y las provincias de Asia Menor. A unos 72 kilómetros del extremo este de la carretera se hallaba la ciudad de Filipos, llamada así en honor de Filipo de Macedonia, quien la había reconstruido como fortificación contra las tribus tracias. Estaba bien abastecida de agua gracias a sus manantiales y se hallaba en una cresta escarpada, que Filipo circundó con murallas. No lejos de Filipos, hacia el oeste, se hallaba la Colina de Dionisio, donde había una mina de oro llamada Los Refugios. Un kilómetro y medio más allá, a más de dos kilómetros de la ciudad, la carretera pasaba entre dos colinas.

Un terreno alto y arbolado descendía hasta la parte norte de la ciudad y un pantano se extendía unos trece quilómetros hacia el sur, hasta la costa. La Vía Egnatia bordeaba el pantano y atravesaba un paso de montaña llamado el Symbolon, o Cruce, hasta el pequeño puerto de Neapolis, un cabo rocoso con un amplio puerto. La isla de Taso se hallaba a pocos kilómetros de allí.

Éste era el lugar donde iban a presentarse batalla dos de los ejércitos romanos más grandes que jamás se hubiesen enfrentado. Los triunviros controlaban cuarenta y tres legiones (más de 200.000 hombres cuando estaban al completo), pero en el oeste, especialmente en el norte de Italia y la Galia, tenían que estar apostadas numerosas fuerzas a fin de prevenir rebeliones o disturbios. Octaviano y Antonio desplegaron veintiuna o veintidós legiones (probablemente unos 100.000 hombres) y 13.000 jinetes en su encuentro con Bruto y Casio. En principio, los dos bandos estaban bastante igualados, porque los Luchadores por la Libertad encabezaban un ejército de diecinueve legiones (es decir, unos 70.000 hombres) y 20.000 jinetes extranjeros, inclu-

yendo algunos arqueros montados partos. Sin embargo, los generales del bando contrario eran plenamente conscientes del hecho potencialmente significativo de que muchos de esos hombres habían luchado al mando de Julio César y probablemente lo recordasen con afecto.

Antonio, que había servido con César durante las Guerras Gálicas, era el soldado más capacitado del Triunvirato en el aspecto militar. Por consiguiente, podemos asumir que él fue el encargado de planear la campaña. Su primera tarea fue evitar que Bruto y Casio se apoderasen de Grecia y condujesen su flota al Adriático antes de que él pudiese llevar allí sus tropas. Con ese fin, envió una avanzadilla por la costa del Adriático, que marchó por la Vía Egnatia más allá de Filipos y cruzó el Symbolon hasta que llegó a los dos pasos que conducían a las únicas rutas conocidas para llegar a Asia. Sin embargo, la avanzada fue derrotada y tuvo que retirarse.

Bruto y Casio siguieron hasta Filipos y se alegraron de lo que vieron allí. Las dos colinas que había frente a la ciudad y a ambos lados de la carretera, flanqueadas por bosques en su margen derecho y por el pantano a la izquierda, contituían una fuerte posición defensiva. Allí se apostarían y esperarían a los triunviros.

Los dos generales construyeron un campamento fortificado en cada colina, los cuales se conectaban por una empalizada. Su estrategia era impedir que Antonio pudiese llevar a cabo una batalla estratégica. De esa forma, se vería obligado a mantener largas columnas de abastecimiento a lo largo de Grecia, y el transporte desde Italia sería detenido, o al menos presionado, por la flota republicana, la cual bloquearía las rutas marítimas. No pasaría mucho tiempo antes de que Octaviano y él andasen escasos de víveres, y finalmente se verían obligados a retirarse. ¿Pero adónde, si la ruta marítima de escape hacia Italia estaba cortada?

Un feliz augurio contribuyó a un ambiente de optimismo. Dos águilas volaron hacia dos águilas plateadas, las picotearon y luego se posaron en los estandartes. Mientras estaban allí, se tomó la decisión de alimentarlas con regularidad. La suerte sonreía a la causa republicana.

Los triunviros y sus legiones se escabulleron a través del bloqueo republicano y desembarcaron en Dyrrachium, donde Octaviano cayó enfermo y tuvo que ser dejado atrás. Su ejército se quedó con él. Según Agripa y Mecenas, sus amigos de la infan-

cia, sufrió en esa ocasión de hidropesía (acumulación anormal de líquido en el cuerpo).[14] El hecho de que tendiese a indisponerse en momentos de graves crisis personales podría ser significativo. Octaviano, entonces un líder militar inexperto, se enfrentaba a un temible reto, por lo que es posible que su enfermedad hubiese tenido una causa psicosomática.

Antonio se dirigió a toda prisa hacia Filipos y acampó en la llanura, a un kilómetro y medio de Bruto y Casio. Se hicieron zanjas, fosos y empalizadas, y se excavaron pozos para obtener agua potable. Aunque Antonio estaba en una posición muy desfavorable, en tierra baja y proclive a inundarse, consideró que, al apostarse desdeñosamente cerca de los Luchadores por la Libertad, transmitiría una fuerte impresión de autoconfianza que podría debilitar la moral de sus oponentes. Sin embargo, cuando fracasó una emboscada que había preparado para un destacamento enemigo, él y sus hombres empezaron a perder las esperanzas de salir victoriosos.

La salud de Octaviano no mejoró, pero cuando supo que las cosas no estaban yendo bien partió inmediatamente hacia Filipos. Recelaba tanto de su colega como de los Luchadores por la Libertad. Tal como comentó Dión:

> [Octaviano] se enteró de la situación y temió el resultado de las dos posibilidades, tanto si Antonio, actuando solo, era derrotado como si vencía. Pensó que, en el primer caso, Bruto y Casio estarían en una posición privilegiada para oponerse a él, mientras que en el segundo caso sería Antonio el que estaría en esa posición.[15]

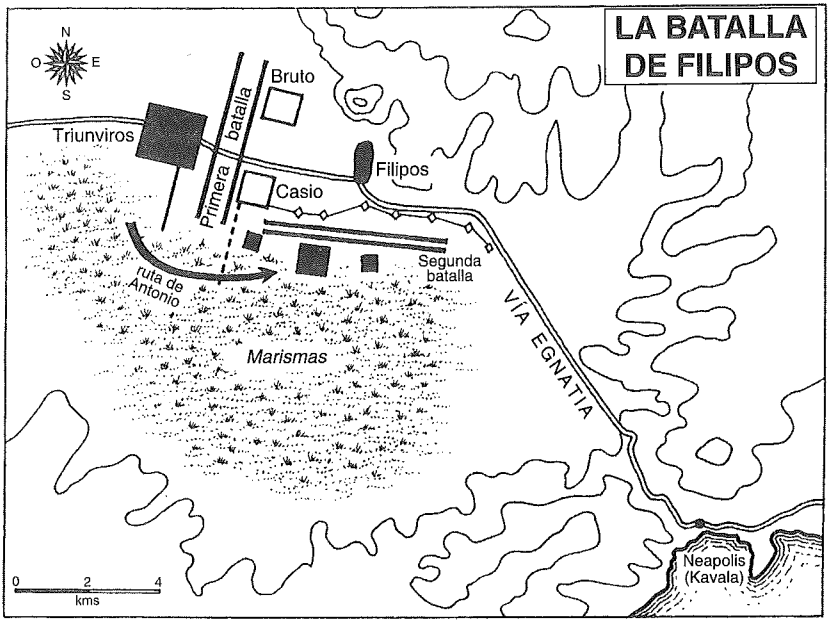
Al llegar, Octaviano compartió el campamento de Antonio y de sus hombres.

Durante algún tiempo no sucedió gran cosa, aparte de unas pocas salidas y escaramuzas. El 30 de septiembre, las dos águilas de los estandartes de los Luchadores por la Libertad echaron a volar inesperadamente, lo que para ellos significaba una señal desalentadora. Al día siguiente, Antonio decidió que había que hacer algo para desbloquear esa situación y forzar una batalla. Con un estilo típicamente cesariano, ordenó a un destacamento que se abriese paso a escondidas a través del pantano y tendiese una pista por la que pudiese pasar el número suficiente de hombres para desbordar el flanco izquierdo de Casio, cortando así

las líneas de abastecimiento de los Luchadores por la Libertad por la Vía Egnatia hasta Neapolis. Los altos cañaverales impidieron al enemigo ver lo que estaba sucediendo, y el trabajo prosiguió durante los diez días necesarios para llevar a cabo la tarea. Entonces, una noche, Antonio envió un destacamento a través de la pista hacia tierra firme, al otro lado del pantano, el cual estableció rápidamente puestos de avanzada fortificados. Casio se quedó estupefacto cuando se dio cuenta de lo que había sucedido. Para no ser superado, hizo construir una muralla fortificada a través del pantano que cortaba la pista de Antonio y aislaba a los legionarios de avanzada. La respuesta de Antonio no se hizo esperar. Al mando de su ejército, atacó y demolió la empalizada que Casio había construido entre su campamento y el pantano, para lo cual llevaron consigo palancas y escaleras. Su siguiente misión era atacar y destruir el campamento.

Los hombres de Casio apenas se lo podían creer, porque la maniobra parecía extraordinariamente temeraria. Las legiones de Bruto estaban preparadas y armadas, y no pudieron evitar girarse hacia la izquierda y cargar contra las tropas de Antonio que pasaban. Se hubieran puesto en peligro si hubieran prolongado su ataque durante demasiado tiempo, porque habrían expuesto su propio flanco y su retaguardia a un posible contraataque de las tropas de Octaviano. Así pues, antes de que eso pudiese suceder, cambiaron de rumbo y atacaron el campamento de Antonio y Octaviano. Lo tomaron, arrasando todo lo que se les puso por delante.

Antonio tenía por fin su batalla. Aunque entendía las dificultades que los soldados de los triunviros estaban afrontando en la llanura, volver a conducir sus tropas hacia la colina era demasiado arriesgado, así que siguió adelante. La mejor crónica de la batalla es la escrita por Apiano, aunque su descripción es confusa en ese punto. Antonio rompió fácil y rápidamente la empalizada y asaltó el campamento de Casio, el cual no estaba muy defendido. Lideró personalmente el ataque, pero es de suponer que sólo fuese acompañado de parte de su ejército, porque el resto debió de estar luchando contra las principales fuerzas de Casio, que se hallaban a lo largo de la empalizada hasta el pantano. Los legionarios republicanos se vieron obligados a retroceder gradualmente, y se desmoralizaron aún más cuando vieron que su campamento había sido tomado y destrozado. La caballería salió huyendo en dirección al mar.



Había sido un día muy raro. Ambos bandos habían ganado... y habían perdido. Los hombres de Brutuo estaban saqueando el campamento de Octaviano y Antonio estaba haciendo lo mismo con el de Casio. Otro factor que complicaba las cosas era que casi no había llovido, por lo que los pies de los soldados levantaban grandes nubes de polvo en el campo de batalla. Ni los vencedores ni los vencidos tenían la más mínima idea de lo que les había pasado a sus amigos y colegas. Después de haber saqueado los campamentos, los soldados emprendieron el camino de regreso para encontrar a sus unidades, pero la penumbra les impedía saber a qué ejército pertenecían los otros legionarios. Apiano escribe que «al volver, parecían mozos de carga en lugar de soldados, e incluso entonces no se veían bien unos a otros».[16]

Esta confusión tuvo una consecuencia inesperada y desastrosa. Cuando Casio tuvo que retroceder desde su empalizada, se retiró rápidamente con algunos seguidores hacia la colina en la que se hallaba Filipos, y desde allí dirigió la vista hacia la batalla. Era corto de vista y apenas pudo ver el saqueo de su campamento. El polvo impidió que alguien de su séquito pudiese determinar cómo le iba a Bruto en el otro extremo del campo de batalla.

Desde allí se veía un gran destacamento de caballería cabalgando hacia su posición, y Casio temió que fuese el enemigo. Sin embargo, a fin de asegurarse, envió a uno de los suyos, un tal Titinio, para que hiciese un reconocimiento. De hecho, los jinetes habían sido enviados por Bruto, y cuando reconocieron a Titinio, que se aproximaba hacia ellos, gritaron de alegría. Algunos bajaron de sus caballos, abrazaron a Titinio, le dieron la mano, cantaron y chocaron sus armas como signo de victoria.

Casio sacó una conclusión equivocada, pensando que Titinio había sido hecho prisionero y que Bruto había sido derrotado. Se retiró a una tienda vacía y se hizo acompañar del portador de su armadura, un ex esclavo liberado llamado Píndaro. Mientras Píndaro vacilaba, adivinando lo que tendría que hacer, llegó un mensajero con la noticia de que Bruto había resultado victorioso y estaba saqueando el campamento enemigo.

«Dile que le deseo la victoria total»,[17] contestó Casio según Apiano. Entonces se volvió hacia Píndaro y le dijo: «Date prisa. ¿Por qué no me liberas de mi vergüenza?». Se quitó la capa por encima de la cabeza y descubrió su cuello ante la espada. Más tarde, la cabeza de Casio se encontró separada de su cuerpo. Píndaro, que no se quedó a esperar las consecuencias, había desaparecido.

La muerte de Casio suele presentarse como el resultado trágico de un malentendido. Sin embargo, si Apiano está en lo cierto, Casio se suicidó después de saber que el día no se había perdido del todo. La deshonra habría sido el motivo de su muerte. Un comandante experimentado habría detenido la avalancha excéntrica y temeraria de Antonio, pero Casio no había sido capaz de hacerlo. Las noticias de que Bruto, peor general que él, había tenido éxito donde él había fracasado acrecentó la vergüenza que sentía.

El único comandante al que nadie había visto ni oído era Octaviano. ¿Cómo pasó el día de la batalla? Es difícil saberlo. Aún convaleciente, parece que se quedó en el campamento cuando formaron las tropas. Después de que el campamento fuese capturado, corrió el rumor de que había sido asesinado, porque el enemigo había agujereado su camilla con sus lanzas. Sin embargo, Octaviano estaba vivo, y debió de haber abandonado el campamento poco antes de que fuese atacado.

La cuestión de adónde fue Octaviano sigue abierta. Según un antiguo comentarista: «dio órdenes de que le llevasen en su

camilla al campo de batalla».[18] Al recordar que sus tropas no tardaron en sufrir numerosas pérdidas, parece inverosímil que Octaviano se hubiese arriesgado de esa forma. ¿Cómo pudo haber sobrevivido? ¿Por qué nadie menciona una proeza tan valiente? De hecho, en esos momentos se corrió rápidamente el rumor de que el *divi filius* había pasado tres días escondido en el pantano,[19] y ni siquiera Agripa o Mecenas lo negaron.

El escenario más probable es el siguiente: cuando estuvo claro que iba a haber una batalla, Octaviano fue aconsejado por su doctor de que estaba demasiado enfermo para tomar parte activa en ella y que lo más sensato era retirarse a un lugar seguro. No era un comportamiento muy admirable, pero comprensible en un joven enfermo con poca experiencia bélica. La consecuencia negativa de ello, no obstante, fue que Octaviano adquirió una reputación de cobarde.

Los dos ejércitos habían resultado muy afectados. El campamento de Octaviano y Antonio había sido saqueado a fondo. El tiempo cambió. La lluvia de otoño formó riadas, que inundaron las tiendas de agua y barro, y la temperatura descendió bajo cero. Antonio rodeó poco a poco a Bruto por su flanco sur, y para evitar que le rodeasen, Bruto prolongó sus líneas con fortificaciones a lo largo de la Vía Egnatia. Los triunviros andaban escasos de víveres y de fondos, y no podían recompensar a sus hombres por las propiedades perdidas o destruidas. No podían ir a ningún sitio en caso de que quisiesen retirarse.

Entonces llegaron noticias terribles. El mismo día de la contienda había tenido lugar una gran batalla naval en el Adriático. Una flota republicana había encontrado un convoy que transportaba dos legiones que se iban a unir a las fuerzas del triunvirato. Algunos barcos pudieron escapar, pero el viento amainó y los restantes se quedaron a la deriva en el mar en calma, por lo que podían ser fácilmente atacados o incendiados. Los soldados estaban indefensos ante la amenaza de su aniquilación. Apiano escribe:

> Algunos cometieron suicidio cuando las llamas llegaron hasta ellos, otros saltaron a bordo de los barcos enemigos para no perecer. Varios barcos medio quemados siguieron navegando mucho tiempo con hombres a bordo, incapacitados por quemaduras

o por hambre y sed. Algunos hombres se agarraron a palos o maderos y las olas los arrastraron hasta playas y acantilados desiertos.[20]

El desastre fue un severo recordatorio de que los republicanos controlaban los mares. Si los triunviros no conseguían derrotarlos en tierra firme, les sería difícil, si no imposible, retirarse a Italia. Serían arrinconados en Grecia y no tardarían en quedarse sin víveres. No es de extrañar que la moral de las tropas estuviese muy minada. Antonio y Octaviano decidieron impedir, si eso era posible, que las noticias llegasen a oídos de Bruto y sus hombres, a quienes entusiasmaría y animaría.

Aunque las condiciones de vida no eran tan malas como en la llanura, la situación en el campo de Bruto dejaba mucho que desear. El ambiente entre los republicanos se ensombreció. Los nobles y los mercenarios huyeron a sus hogares, y un jefe tracio local, que hasta ese momento había sido un aliado firme, se cambió de bando. Los soldados resentían estar acorralados «como mujeres, inactivos y amedrentados».[21] En contra de su buen criterio, Bruto decidió seguir el consejo de sus hombres y presentar batalla.

Entrada la tarde del 23 de octubre, Bruto condujo afuera a sus tropas y empezó la batalla. No parece haber habido apenas maniobras; los dos bandos se enzarzaron como boxeadores agotados. Las tropas de Octaviano lucharon con valentía, y la ausencia de cualquier mención sobre su paradero sugiere que su general se había recuperado lo bastante como para poder liderarlos. Finalmente empezaron a empujar la retaguardia del enemigo como si estuviesen volcando una gran pieza de maquinaria.[22] La retirada condujo a la aniquilación. Antonio lideró la persecución hasta que cayó la noche. Octaviano, aún débil y seguramente exhausto, debía defender el campamento, pero delegó la tarea en un suplente.

Bruto se retiró a unas colinas boscosas sobre Filipos con cuatro legiones incompletas, un ejército considerable. Su plan era llegar a su campamento de noche o quizá escapar por mar, porque los republicanos aún dominaban el mar gracias a su flota. Sin embargo, Antonio había rodeado su escondite con guardias y pasó la noche armado y vigilante.

La esperanza se desvanecía y Bruto empezó a considerar la idea del suicidio. Es difícil no tener la impresión de que el vencido Luchador por la Libertad estaba llevando a cabo una re-

presentación pública para la posteridad. Citó frases pertinentes de la *Medea* de Eurípides y de otra obra sobre Hércules, cuyas palabras al morir eran:

> Oh, funesto valor, no eras más que un nombre,
> y sin embargo yo te adoré como si fueras real;
> Ahora parece que no eras más que el esclavo de la Fortuna.[23]

Durante la noche quedó claro que las cuatro legiones ya no estaban dispuestas a obedecer órdenes y estaban planeando la rendición. Para Bruto, esta deslealtad fue definitiva. Al alba, alguien dijo que era hora de irse y de escapar. Bruto se puso de pie de un salto y respondió: «¡Sí, así es, pero con las manos, no con los pies!».[24] Los despidió uno por uno, diciéndoles que era para él motivo de gran alegría que ni uno solo de sus amigos le hubiese fallado. Entonces caminó una corta distancia con dos o tres compañeros, cogió una de sus espadas, se puso la punta en su pezón izquierdo y se tiró contra ella.

Marco Junio Bruto era un hombre contradictorio. Arrogante y cruel, representaba lo peor de la antigua élite republicana. Rompió la norma de que los senadores no se dedicasen al comercio o prestasen dinero, y practicó la usura en el Oriente Medio en un grado impresionante. Cambió de bando después de Farsalia y avisó a Julio César de que el destino más probable de la huida de Pompeyo era Egipto; una confianza traicionada como pocas veces se ha visto.

Bruto también tenía principios y era un intelectual que se tomaba las ideas en serio. Consideraba el asesinato de César un sacrificio antes que un acto político. Era un hombre de una «naturaleza excepcionalmente noble»[25] y temía la guerra civil casi tanto como la tiranía.

Bruto vivió lo suficiente como para ver al fallecido Catón trascender la historia y entrar en la leyenda, y la crónica de su propio fin sugiere que entendió que la contribución final que podía hacer a su causa era convertirse en mártir. En esa ocasión, su criterio fue acertado. La imagen de Bruto como defensor de la libertad ha quedado para la Historia.

Después de la batalla, Octaviano se comportó sumamente mal. Esto puede atribuirse en parte al hecho de que aún siguiese en-

fermo. Las cuatro semanas anteriores habían sido las más difíciles de su corta vida, y debió de haber sufrido de agotamiento, tanto físico como emocional. Puede que quizá pensase que el castigo era una buena política. Por una razón u otra, Octaviano tenía ganas de sangre. Su conducta revelaba una ira glacial.

Las restantes unidades del ejército republicano se rindieron. Unos 14.000 soldados regulares negociaron su rendición con los triunviros a cambio de su indulto. Aunque muchas personalidades importantes habían muerto en el campo de batalla (el hijo de Catón, entre ellos), habían prisioneros de guerra distinguidos con los cuales negociar, los últimos defensores de la demolida República. Octaviano decidió que debían ser ejecutados e insultó a los prisioneros más distinguidos entre los que acudían ante él para ser juzgados. Cuando un hombre le pidió humildemente ser enterrado con dignidad, Octaviano se limitó a responder: «Eso le corresponde decidirlo a las aves carroñeras».[26] Se decía que un padre y un hijo le suplicaron que tuviese piedad de ellos, y Octavio decidió que sólo perdonaría a uno de ellos. La elección se echaría a suertes o tendrían que jugar a morra (uno de los contendientes mostraba un cierto número de dedos y el otro gritaba simultáneamente un número; ganaba si adivinaba cuántos dedos había mostrado el otro). El padre y el hijo se negaron a jugar. El padre ofreció su vida a cambio de la del hijo y fue ejecutado. Entonces el hijo se suicidó. Octaviano fue testigo de la muerte de ambos. Su comportamiento ofendió tanto a los restantes prisioneros que cuando salieron encadenados de allí saludaron cortésmente a Antonio y le gritaron insultos obscenos a Octaviano.

Como vencedor de Filipos, Antonio era ahora la personalidad superior del Estado, mientras que su joven colega estaba en un segundo lugar. Antonio sabía ganar noblemente, tratando el cuerpo de Bruto con respeto y tapándolo con su capa escarlata de general. Octaviano era menos generoso con los restos mortales: le hizo cortar la cabeza y la envió a Roma para ser tirada a los pies de la estatua de Julio César.

La batalla de Filipos, que había tenido lugar poco después de la proscripción, marcó el fin de la República. La antigua clase dirigente de Roma fue diezmada, y los *nobiles* supervivientes se dispersaron por todos los rincones del Imperio. En teoría, la tarea de los triunviros era restaurar el antiguo orden, pero evidentemente ésa no era su intención.

Mucha gente habría suspirado de alivio, porque las incertidumbres, la confusión, los derramamientos de sangre y sobre todo los elevados y ruinosos impuestos provocados por ocho años de guerra civil parecían haber llegado a su fin. Sin embargo, no era aconsejable ser demasiado optimista. No se sabía cómo iba a ser gobernada Roma en el futuro. Un gobierno de tres hombres no prometía estabilidad. Dos de ellos habían sido enemigos, y aunque en esos momentos eran aliados, aún eran rivales por el legado de Julio César y por el amor del Pueblo y de las Legiones.

En cuanto a Octaviano, los siguientes meses y años prometían ser difíciles. Desde los Idus de Marzo, había jugado sus cartas con gran habilidad, sin duda aconsejado por los inteligentes ayudantes que su padre adoptivo había puesto a su alrededor. Había actuado sin escrúpulos, pero sus mentiras y asesinatos siempre fueron llevados a cabo con un propósito escrupulosamente planeado. Había aprendido sus políticas de César y desde el principio tuvo la intención de restablecer una autocracia, no sólo motivado por ambición personal, sino por una convicción de que la República era incompetente y debía ser reemplazada.

Sin embargo, aunque Octaviano tenía mucho por que felicitarse, su posición era subordinada e insegura. El verdadero ganador de Filipos era Marco Antonio, cuyo liderazgo contrastaba vergonzosamente con el proceder de Octaviano en el campo de batalla. Por el momento, Octaviano no tenía otra opción que aceptar la primacía de su colega y aprovechar la oportunidad de acrecentar su autoridad cuando se le presentase.

Antonio y Octaviano llevaron a cabo un magnífico sacrificio para celebrar su victoria. Al acabar, los vivos abandonaron a toda prisa las dos colinas, la llanura y los pantanos de Filipos. El desfigurado paisaje quedó en silencio, y las pruebas de la masacre desaparecieron lentamente. La ciudad fue rebautizada como Julia Victrix Philippi (Filipos victoriosa del clan juliano) para conmemorar lo que allí había sucedido, y algunos soldados se establecieron allí.

Los desapegados triunviros se separaron. Antonio se quedó en Grecia durante un tiempo, donde asistió a juegos y ceremonias religiosas y escuchó debates de los eruditos. Pronto tuvo bastante y se fue a Asia Menor con la intención de pasárselo bien.

Octaviano fue llevado de vuelta a Italia, donde se aguardaba su llegada con temor y odio. Su enfermedad se agravó de nuevo

peligrosamente durante el viaje, y se quedó durante un tiempo en Brindisi. Se pensaba que no sobreviviría, y llegó a circular el rumor de que había muerto. Algunos pensaban que su enfermedad era una farsa y que estaba retrasando su vuelta porque planeaba alguna diabólica estratagema para robar a los ciudadanos. A pesar de sus intentos por convencer de lo contrario, la gente escondió sus propiedades o se marchó de la ciudad.

Los seguidores de Bruto y Casio, como el hijo de Cicerón, que incluso entonces no estaban dispuestos a aceptar la derrota, se dirigieron a Sicilia para unirse a Sexto Pompeyo o a los dos almirantes republicanos Lucio Estayo Murco y Cneo Domicio Ahenobarbo,[27] noble arrogante. Muchos supervivientes compartían el punto de vista de uno de los tribunos militares de Bruto, un joven regordete llamado Quinto Horacio Flaco, cuya experiencia en Filipos engendró en él una aversión por la guerra que duró toda su vida. Conocido en la actualidad con el sobrenombre de Horacio, llegó a ser uno de los mayores poetas de su época.

Años más tarde, Horacio escribió un poema de bienvenida a un amigo a los placeres de la vida civil después de un largo destino militar. Habían luchado juntos en Filipos, como recuerda con pesar el poeta. Se burla de su propia cobardía y desdeña el valor que acarrea la muerte.

Una vez nos batimos juntos en retirada,
en el campo de Filipos
cuando solté mi pobre escudo,

Y el coraje se esfumó, y de los hombres fuertes que fruncían el ceño
Los más valientes cayeron; sus mentones sobre la tierra pantanosa...

...Bajo la sombra de mi laurel
Estiro los huesos que las largas campañas han
fatigado. Tu vino ha estado esperando
Durante años. Sin dudar.[28]

8

Mundo dividido

42-40 a.C.

Después de Filipos, casi todos los asesinos de César habían muerto. Incluso la República había muerto. Las grandes familias que habían controlado el Senado y el Consulado habían sido suprimidas de forma cruenta, y muchos habían desaparecido incluso de los registros históricos. La mayoría de los políticos importantes que habían ejercido antes de las guerras civiles se habían reunido con sus ancestros. Hombres nuevos con nombres desconocidos entraban en el Senado y comandaban ejércitos. La aristocracia dejó paso a la meritocracia, y Roma se convirtió en una ciudad de oportunidades para hombres con energía y talento.

Antes de separarse al partir de Filipos, Antonio y Octaviano firmaron un acuerdo y confirmaron la división que habían hecho de las provincias romanas, con algunas pequeñas modificaciones. El que salió perdiendo fue Lépido, que había liderado las fuerzas del triunvirato en Italia durante la campaña de Filipos. No sólo estaba inactivo, sino que se sospechaba que había tenido comunicaciones desleales con el líder republicano Sexto Pompeyo, jefe de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Fue obligado a entregar España a Octaviano y la Galia Narbonensis a Antonio. Si Lépido podía limpiar su nombre, Octaviano podría ser persuadido para entregarle una o dos de sus provincias. Antonio retuvo la «Galia de Pelo Largo», pero entregó la Galia Cisalpina. Los triunviros decidieron que dejaría de ser una provincia y sería incorporada a Italia. Originalmente había sido idea de Julio César, y eso tenía la gran ventaja de impedir que un gobernador pro-

vincial demasiado poderoso estuviese al mando de un ejército a pocos días de marcha de Roma. En suma, evitar el riesgo de otro Julio César.

Octaviano y Antonio no se apreciaban más de lo que lo habían hecho en el pasado, pero ahora estaban unidos como socios permanentes. Así pues, acordaron que uno aprobaría automáticamente las decisiones políticas del otro. Sin embargo, no estaban en pie de igualdad. El vencedor de Filipos era un coloso que dominaba el mundo. No es de extrañar, pues, que (como antes), el más joven de los dos saliese perdiendo a la hora de dividir las tareas.

Antonio iba a reorganizar el este del Imperio, recaudar dinero allí y restituir la solvencia del Estado. A su debido momento, cogería el testigo que había soltado el Dictador asesinado y acometería la tan aplazada expedición contra el imperio parto. Por el contrario, la ingrata tarea de Octaviano era desmovilizar una ingente cantidad de soldados e instalarlos en tierras italianas.

Unos 14.000 supervivientes de las legiones de Bruto y Casio fueron incorporados al ejército de los vencedores. Los veteranos cesarianos y los soldados que habían sido reclutados en el 49 y 48 a.C., unos 40.000 en total, fueron enviados a Italia y a la vida civil. Eso dejaba suficientes hombres para formar once legiones. Antonio se llevó ocho de esas legiones hacia el este, y las restantes se quedaron con Octaviano.

Por desgracia, no había suficiente tierra del Estado para acomodar a los veteranos. El tesoro público estaba vacío, por lo que la compra obligatoria era impensable. Dieciocho ciudades de Italia fueron seleccionadas para la confiscación de tierras, y sus propietarios fueron fulminantemente desposeídos. La opinión pública estaba indignada. Una avalancha de amenazados por la confiscación atestó Roma. Apiano escribe: «La gente venía en grupos... hombres jóvenes y viejos, mujeres con sus hijos, y se reunían en el Foro y en los templos, laméntandose y declarando que no habían hecho nada malo».[1]

Octaviano les explicó a los ciudadanos que no tenía elección. «¿De qué otra fuente, entonces, vamos a pagar el premio a los veteranos?»,[2] preguntó a los reclamantes. Era cierto. No había ninguna fuerza que contrarrestase la de los soldados. Peor aún, las propiedades consignadas seguían sin ser suficientes y algunos hombres hicieron uso de la violencia para expropiar ha-

ciendas que no les habían sido concedidas, por lo general en mejores tierras de cultivo. En muchas zonas de Italia se quebrantaban la ley y el orden. La relación entre los soldados y su comandante también se deterioró, como demostró muy claramente un incidente desconcertante.

Los veteranos habían sido convocados en el Campo de Marte para oír el comunicado sobre la asignación de tierras. Estaban tan ansiosos de noticias que llegaron muy pronto, antes del alba. Octaviano llegó tarde, y los veteranos se enfadaron. Un centurión les dio una fuerte reprimenda, y los veteranos empezaron a abuchearle y terminaron por asesinarlo.

Octaviano tomó una decisión calculada y muy valiente. Consideró que lo que había empezado como una crisis podría acabar en una catástrofe si se alejaba de la asamblea, así que caminó hacia allí según lo previsto, apartándose al ver el cuerpo del centurión, y les pidió educadamente a los legionarios que se comportasen con más comedimiento en el futuro.

Procedió pues a anunciar las asignaciones previstas de tierras, para luego repartir algunas recompensas y solicitar más demandas para su retribución. Eso sorprendió a los soldados, que se avergonzaron de lo que habían hecho y le pidieron a Octaviano que castigase a los asesinos del centurión. Él accedió a ello, pero impuso, cuidadosa y sabiamente, dos condiciones: que los culpables admitiesen su culpa y que el ejército en pleno los condenase. Los hombres se tranquilizaron.

Octaviano quedó atrapado entre dos fuegos. A la vez que intentaba apaciguar a los veteranos, había hecho gestos conciliadores a la población civil. Tal como Dión escribió: «aprendió por propia experiencia que las armas ya no tenían el poder para ganarle el aprecio de los ofendidos».[3] Así pues, dejó de confiscar propiedades del Senado y de inmiscuirse en la propiedad privada.

De hecho, los veteranos estaban enfadados por esa demostración de indulgencia. Dión informa de que asesinaron a varios centuriones y a otros que pensaban que estaban de su lado: «Estuvieron a punto de matar [a Octaviano], inventando cualquier excusa que justificase su ira».[4] La relación entre ellos y los ciudadanos desposeídos de sus bienes fue de mal en peor, y estallaron disturbios en los que ambos bandos luchaban en las calles. La capital, incluso Italia, estaba cada vez menos bajo control oficial. En un momento dado, parece haber habido algo cercano a una huelga general. Apiano escribe: «La población civil ce-

rró los talleres y obligó a marcharse a los cargos públicos, diciendo que no tenían necesidad de ellos ni de oficios en una ciudad hambrienta y saqueada».[5]

Durante años, los pobres sin tierras habían ido emigrando hacia Roma, y muchos miles de ellos dependían del suministro subvencionado de grano para sobrevivir.

La ciudad consumía anualmente entre 140.000 y 190.000 toneladas de trigo. Más de 300.000 ciudadanos no tenían trabajo y recibían provisiones de grano gratuitamente. Un porcentaje de ese grano se cultivaba en Roma, pero la mayoría provenía del exterior, de Sicilia, África y Cerdeña. El hecho de que Italia no fuese autosuficiente en cuanto a su agricultura hacía que Roma dependiese en exceso de los vaivenes de las políticas internacionales, al igual que las sociedades industrializadas de hoy en día dependen de las importaciones de gas y petróleo.

Pompeyo el Grande había entendido eso muy bien. En el año 67 a.C. (como ya se ha señalado), Pompeyo había limpiado el mar de piratas, que se habían extendido tanto y se habían vuelto tan poderosos como para perjudicar el transporte de mercancías, incluyendo las de trigo. Empezó a «limpiar completamente de piratas los mares que comunicaban Etruria, Libia, Cerdeña, Córcega y Sicilia».[6] Un cuarto de siglo después, su hijo Sexto controlaba personalmente esas aguas, y uno se pregunta si, de niño, habría escuchado a su padre rememorando sus hazañas y había aprendido del dominio estratégico de los piratas.

Sexto se propuso hacer pasar hambre sistemáticamente a la ciudad. Los almirantes republicanos Ahenobarbo y Murco intensificaron el bloqueo sitiando Brindisi, en el mar Jónico. Los piratas asaltaron el sur de Italia.

Las fuentes antiguas suelen considerar a Sextus como un pirata, pero él era mucho más que eso. Al presionar al régimen del triunvirato, tenía la intención de allanar su vuelta a Roma y la restitución de las propiedades confiscadas a su familia. No sin razón, Sexto debió de haber supuesto que podía ponerse de acuerdo fácilmente con Antonio, que estaría contento de ver al último de los suyos exasperando a su joven colega y competidor.

Se dice que debió de haber invadido Italia, pero apenas era necesario. Si lo hubiese hecho, los veteranos cesarianos habrían opuesto una resistencia tenaz. Era mejor dejar que los perros hambrientos se cansasen.

Las dificultades de Octaviano eran aún más penosas y humillantes a la luz de las noticias llegadas de Oriente, donde su colega estaba en la cima de su poder y su prestigio. Para superar al *divi filius*, Antonio decidió reivindicar el estatus divino por su cuenta.

Así pues, se presentó ante el pueblo de Asia como el Nuevo Dioniso. Dioniso, también conocido generalmente como Baco, era un dios de dos caras. Por un lado, era el patrón del vino, la agricultura y la fertilidad de la naturaleza; por otro, presidía cultos místicos cuyos rituales secretos inducían experiencias extracorpóreas y la evasión del mundo cotidiano a través de la intoxicación física y espiritual. Dioniso representaba un irracionalismo oriental eufórico, que se podía contraponer a la claridad occidental de Apolo, dios de la luz y la razón.

El dios triunviro y griego tenía en mente algo más que afianzar una imagen icónica y pasarlo bien. Su tarea más urgente era recaudar fondos para volver a llenar el arruinado tesoro público romano, y se puso a ello con entusiasmo.

El problema era que las provincias orientales ya habían sido convocadas a financiar la mayor parte de las guerras civiles de Roma. Antonio se valió de todos los métodos que estaban en su mano para exprimir cualquier riqueza que pudiese quedar. Recordando que el dios tenía una cara oscura, Plutarco escribe mordazmente:

> Para la mayoría de la gente, [Antonio] llegó como Dioniso el Cruel y el Caníbal, porque despojó de sus bienes a muchas familias nobles y se los dio a granujas y aduladores. En otros casos, se le daba permiso a alguien para robar fortunas de propietarios que aún vivían pretendiendo que habían muerto.[7]

Antonio vio que estaba yendo demasiado lejos y redujo a los de dos años su demanda de impuestos equivalentes a nueve años. Tenía que buscar en otro lado para encontrar más dinero.

En ese momento, el Nuevo Dioniso, equivalente al dios egipcio Osiris, se acordó de su hermana divina, la Nueva Isis, también llamada Cleopatra, reina de Egipto, quien se consideraba una encarnación de la célebre diosa de la fertilidad del reino. Antonio la había visto por última vez en Roma, cuando ella era la amante de César. Consciente de las incalculables riquezas del reino ptolemaico, decidió invitarla educadamente pero con fir-

meza para que hiciese una contribución cuantiosa a sus gastos de capital.

Antonio, que estaba en Tarsos, en Cilicia, envió a uno de sus ayudantes para que fuese a buscar a la reina. Escogió para ello a Quinto Delio, un personaje polifacético de quien se dice que había sido su juguete sexual cuando era un muchacho y que se había labrado una reputación en esos momentos peligrosos por cambiarse de bando en el momento preciso. Un comentario mordaz lo describía como un «jinete de circo de las guerras civiles»,[8] experto en saltar sin esfuerzo de caballo en caballo.

Cuando Delio llegó a Alejandría, se quedó impresionado por el encanto de Cleopatra y sospechó que Antonio también lo estaría. Sabiendo que el triunviro se enamoraba una y otra vez de mujeres hermosas, le aconsejó a la reina que llevase sus prendas más bellas cuando se presentase ante él. Antonio era un caballero, añadió, y no tenía nada que temer de él.

Delio convenció a Cleopatra, y ésta siguió su consejo. Fue a encontrarse con el triunviro en Tarso, navegando por el río Cydnus hacia la ciudad en una espléndida barcaza. Plutarco evocó brillantemente la escena (quizá añadiéndole algo de color):

> [Ella] estaba en una barcaza con la popa de oro. Las velas moradas ondeaban al viento y los remeros acariciaban el agua con remos de plata que se sumergían al son de una música de flautas y laúdes. Cleopatra, vestida como Afrodita [la diosa del amor] yacía reclinada bajo un palio de oro.[9]

Antonio aguardaba en un estrado en la plaza central de Tarso para dar la bienvenida formal a la reina. Se corrió el rumor entre los asistentes de que un espectáculo flotante se acercaba navegando por el río hacia el puerto y después que estaba atracando en el muelle. Poco a poco empezaron a alejarse lentamente para echar un vistazo y dejaron a Antonio y su séquito solos en la plaza del mercado.

Se corrió la voz de que Afrodita (a la que muchos identificaban con Isis) había venido para regodearse con Dioniso «por la felicidad de Asia».[10] Obviamente, eso estaba promovido por Cleopatra, pero revela también que la propaganda religiosa de Antonio presentándose como el Nuevo Dioniso estaba calando de manera evidente en la opinión pública. Cleopatra entendía muy bien el papel de la religión en la promoción perso-

nal. Si se presentaba deliberadamente como Afrodita, estaba proponiendo en cierto sentido una invitación sexual directa, pero a un nivel más profundo se estaba presentando como la pareja divina de Antonio.

El triunviro envió un mensaje a la reina en el que la invitaba a cenar, pero ella ya había decidido cuál sería el siguiente paso en su relación. Cleopatra estaba bien informada sobre las principales personalidades de Roma, y habría sabido que el carácter de Antonio era simple y fácil de leer. Él disfrutaba sobremanera de las exhibiciones de riqueza, era despreocupado y, como escribió Plutarco, tenía un sentido del humor más propio «de un soldado que de un cortesano».[11] Le encantaban las bromas pesadas. Eso no era precisamente a lo que Cleopatra, educada en la sofisticada corte de los Ptolomeos, estaba acostumbrada, pero en su compañía fingía compartir esos gustos.

La reina contestó a la invitación a cenar del triunviro con otra invitación en el mismo sentido, y Antonio, siempre complaciente con las damas, cedió con elegancia y asistió al banquete a bordo de la barcaza. Al día siguiente, la reina cenó con Antonio, y las invitaciones gastronómicas se sucedieron durante cuatro días.

En un momento dado, los negocios suplantaron al placer. Antonio solicitó el apoyo de Cleopatra para la invasión de Partia, y ella accedió a su petición, pero con ciertas condiciones. Le exigió la ejecución de algunos personajes incómodos, y en particular de su odiada hermanastra Arsínoe, que se había hecho con su trono y se había refugiado en el templo de Artemisa, en Éfeso. Antonio le hizo ese favor.

La reina le invitó a pasar el invierno con ella en Alejandría, y la pareja zarpó hacia Egipto. Allí, Antonio abandonó su vestimenta romana oficial y llevó una túnica informal a la manera griega. La pareja creó un club gastronómico llamado Los Vividores Inimitables y pasaron la mayor parte del tiempo divirtiéndose.

En febrero o marzo del 40 a.C. llegaron a Egipto malas noticias. Los partos habían decidido actuar primero en lugar de esperar el ataque planeado por Antonio e iniciaron la invasión de Siria. El triunviro se dirigió inmediatamente a Asia Menor. Los críticos de Marco Antonio le han dado demasiada importancia a su libertinaje oriental, como si se hubiera comportado de una manera original o escandalosa. De hecho, no hizo nada extraor-

dinario y se comportó como siempre había hecho a lo largo de su vida. No hay constancia de que fuese sexualmente promiscuo en esa fase de su vida. Tuvo relaciones con la reina, pero sólo con ella. A finales de ese año, Cleopatra dio a luz a dos gemelos, Alejandro y Cleopatra. Sin embargo, Antonio no estaba enamorado de ella y no tuvo escrúpulos en marcharse de Egipto. La pareja no volvió a verse hasta tres años y medio después. Él había pasado unas vacaciones muy agradables, pero eso era todo.

Sin embargo, algo mucho más serio estaba aconteciendo en su personalidad: una pérdida gradual y creciente de concentración. El término griego para ese proceso era *eklusis,* que hacía referencia al destensarse del arco. Dión comenta que Antonio «se había consagrado seriamente a sus deberes mientras había estado en una posición de subordinación y esperaba conseguir las mayores recompensas, pero ahora que ostentaba el poder ya no prestaba atención a esas cosas».[12]

Cuando todo va mal, el destino encuentra una forma de asestar otro golpe. El hermano de Marco Antonio, Lucio Antonio, uno de los cónsules en el año 41 a.C., había decidido desafiar militarmente a Octaviano. Contaba con la complicidad de la mujer de Marco Antonio, la varonil Fulvia, que en ese momento jugaba un papel político activo e influyente, hasta el punto de que parecía ejercer de cónsul tanto como los elegidos para el cargo.

La pareja jugó un doble juego, simpatizando a la vez con granjeros italianos desposeídos de sus tierras y diciéndoles a los legionarios que Octaviano se estaba comportando con deslealtad con el ausente Marco Antonio, en cuyo nombre afirmaban hablar. Todo iría bien, afirmaban, cuando Marco Antonio volviese a Italia. Lucio apoyó una protesta contra Octaviano en Roma, y se las arregló para reunir ocho legiones y ocupar la capital. Después se marchó hacia el norte, esperando unirse a los dos generales partidarios de Antonio y a sus ejércitos. Sin embargo, los generales no estaban seguros de cuáles eran los deseos de Antonio y se mantuvieron al margen.

Fulvia reclutó tropas y, algo inusual para una mujer romana, les dio las órdenes personalmente. Dión escribe sobre ella: «¿Y por qué alguien debería sorprenderse de ello, si llevaba una espada al cinto, les daba el santo y seña a los soldados y en muchas ocasiones los arengaba ella misma?».[13]

Octaviano no perdió los nervios. No estaba a gusto en el

campo de batalla, y Agripa, que tenía dotes de liderazgo, le ayudó o, mejor dicho, le dirigió. Agripa y Salvidieno superaron estratégicamente a Lucio, que se refugió en la colina fuertemente fortificada de Perusia (la Perugia actual, capital de Umbría). Allí esperó a que los generales partidarios de Antonio fuesen a rescatarle. Fulvia, enfurecida, les exigió que lo rescatasen, pero Agripa les hizo frente antes de que hubiesen conseguido reunir a sus tropas. Aún sin instrucciones, los generales eran reacios a avanzar hasta Perusia y retrocedieron. Lucio se quedó solo.

Entre tanto, Octaviano selló la ciudad con un foso y una empalizada de más de once kilómetros de longitud. En un momento dado del asedio, le sorprendió una repentina salida del enemigo mientras celebraba un sacrificio fuera de las murallas de la ciudad y tuvo suerte de escapar con vida.[14]

Los dos bandos se arrojaban mutuamente piedras y bolas de plomo con catapultas. Unas ochenta de esas bolas de plomo han sido descubiertas por los arqueólogos, y muchas de ellas tienen mensajes cortos y muy groseros en su superficie, como por ejemplo: «Busco el clítoris de Fulvia», «Busco el culo de Octaviano», «Octaviano tiene un miembro flojo», «Hola, Octavio, mamón», «Flojo Octavio, siéntate encima» y, bastante más suave, «Lucio es calvo».[15]

Los hombres de Lucio lanzaron numerosos ataques contra el enemigo, incluyendo uno de noche, pero fracasaron. La ceremonia formal de rendición fue cuidadosamente orquestada. Las legiones derrotadas depusieron sus armas y fueron perdonadas. Octaviano puso bajo discreto arresto a su comandante y a algunos de sus principales partidarios. Posteriormente fueron liberados y Lucio fue enviado a España con el cargo de gobernador (de nada servía provocar a su hermano sin necesidad).

A pesar de la apariencia de clemencia, el triunviro se enfadó amargamente debido a lo que tuvo que soportar. Las tropas tuvieron vía libre para saquear Perusia y provocaron accidentalmente un incendio que la destruyó por completo. Otros prisioneros de guerra tuvieron menos suerte que Lucio y los suyos. Según Suetonio:

> La venganza [de Octaviano] recayó sobre gran cantidad de prisioneros, y respondía lo mismo a todos los que pedían su perdón o intentaban explicar su presencia entre los rebeldes: «¡Debes morir!». Según algunos historiadores, escogió a 300 prisione-

ros de rango ecuestre o senatorial y los ofreció como sacrificios humanos en el altar del dios Julio durante los Idus de Marzo.[16]

Dión repite la misma historia, que tiene muchos visos de ser cierta. Aunque los sacrificios humanos fueron prohibidos por un decreto del Senado en el 97 a.C., fueron un ritual recurrente durante toda la historia romana. Las ceremonias religiosas romanas contienen vestigios de esas prácticas, sustituyendo las víctimas humanas por muñecos. En tres ocasiones, durante épocas de grandes crisis en los siglos III y II a.C., dos parejas (hombre y mujer) de galos y griegos eran enterrados vivos en el Mercado del Ganado *(forum boarium)* como sacrificios humanos. En el 60 a.C., se dice que Catilina sacrificó a un muchacho y se comió sus vísceras. El caso más reciente del que se tiene noticia tuvo lugar durante el triunfo de Julio César en Roma, en el 46 a.C., cuando, en un ataque de ira, ordenó que dos soldados alborotadores fuesen sacrificados a Marte, el dios de la guerra.

Lucio se rindió en enero o febrero del 40 a.C., sólo unas semanas antes del aniversario del asesinato de César. Se había erigido un altar conmemorativo en el emplazamiento de la cremación de César, en el Foro, y fue allí donde Octaviano llevó a cabo el sacrificio en masa. Eso conmocionó a la opinión pública, tanto por la magnitud del sacrificio como por el estatus de las víctimas. Para el *divi filius* era el final de una historia. Habían pasado cuatro años, y ahora por fin había saciado la sed de sangre de su divinizado padre adoptivo. El drama del asesinato y la venganza había seguido su curso.

La matanza tuvo un precio, porque la gente recordó amargamente durante mucho tiempo

> ...las tumbas de nuestra patria Perusia,
> la masacre italiana en una época cruel.[17]

¿Qué pretendían Lucio y Fulvia con esa desastrosa iniciativa? ¿Sabía y aprobaba Antonio lo que su mujer y su hermano estaban haciendo? Ésas son preguntas de difícil respuesta. Aunque Lucio no da la impresión de ser particularmente capaz, es evidente que Fulvia era enérgica y experimentada. Puede haber estado enfadada, incluso celosa, a causa de la infidelidad de su marido con Cleopatra. Sin embargo, ese comportamiento era frecuente en esa época, y se esperaba que las esposas se tomaran

con calma esos incidentes. Un motivo político es mucho más plausible. Octaviano era una molestia y ahí había una oportunidad de eliminarlo, una oportunidad que Lucio y Fulvia buscaban para darle a Antonio el poder supremo que él apenas parecía codiciar.

Antonio afirmó ignorar completamente lo que se había hecho en su nombre; cuando supo lo que estaba pasando en Italia era demasiado tarde para influir en el curso de los acontecimientos. No obstante, Octaviano y otros le escribieron muchas cartas informándole de la situación. Habría sido extrañamente chapucero que Fulvia hubiese actuado sin el conocimiento de su marido. Así pues, y aunque no fuese idea suya, debemos concluir que Antonio conocía perfectamente las intenciones de Lucio y Fulvia. Antonio estaba ansioso de que le considerasen un hombre que cumplía con su palabra y quería aprovecharse del resultado, fuese el que fuese, así que hizo la vista gorda.

La guerra de Perusia demostró que Antonio y sus partidarios estaban mal organizados y solían cometer errores. Por el contrario, reforzó mucho la posición política de Octaviano y demostró su tesón. Octaviano ya tenía veintitrés años y no era el muchacho virginal y sobreprotegido por su madre, sino un hombre hecho y derecho y uno de los dos ciudadanos más poderosos de Roma. El último año y medio después de la guerra de Filipos había sido deprimente, aburrido y difícil, pero había sacado lo mejor de él. Había tenido éxito en todos sus esfuerzos.

Su reputación de cobardía física probablemente no fuese injustificada, porque nunca se sintió cómodo en el papel de soldado. Sin embargo, lo que Octaviano había demostrado era mucho mejor que eso: un obstinado coraje moral que le permitió imponer una política impopular pero necesaria de confiscación de tierras que casi le cuesta la vida al hacer frente a los soldados enojados en el Campo de Marte.

Octaviano no eludía lo que había que hacer y avanzaba pacientemente de una tarea a la siguiente. Este enfoque metódico hacia la política tenía dos dimensiones importantes. Octaviano era cauto por naturaleza y evitaba gestos impulsivos. Además, respondía con una ira implacable a quien le contrariase. Por lo que respecta a sus contemporáneos, había quedado claro que el inexperto triunviro no era flor de un día como algunos habían predicho o esperaban que fuese. Se había ganado un puesto

permanente al frente de la política. Salvo accidente o mala salud, estaba ahí para quedarse.

Tenemos relativamente poca información sobre la vida privada de Octaviano, y lo poco de que disponemos se puede encuadrar en términos generales en dos categorías: matrimonios dinásticos e historias difundidas por sus enemigos. El heredero de César era el mejor partido de Roma. A pesar de su conexión con los Julios patricios, Octaviano provenía de una ordinaria familia de provincias, por lo que estaba interesado en aliarse con la nobleza. Eso no sólo engrandecería su estatus social, sino que sería una señal de que deseaba una reconciliación política con la aristocracia, debilitada por las guerras civiles pero aún poderosa, aunque sólo representase un obstáculo.

En la primavera o a principios de verano del 43 a.C., Octaviano se casó con la hija de Publio Servilio Vatia Isáurico, un miembro de la nobleza más antigua de Roma. Sin embargo, la unión sólo duró unos meses, porque Marco Antonio y Octaviano, colegas incómodos, acordaron que sería acertado consolidar su pacto político, consagrado en el Segundo Triunvirato, con un vínculo familiar. Fulvia, la esposa de Antonio, tenía una hija llamada Claudia de su primer marido, el presuntuoso agitador Publio Clodio Pulcro. Aunque Claudia tenía la edad mínima para casarse y era demasiado joven para tener relaciones sexuales, el matrimonio fue concertado.

Se consideraba que una muchacha estaba preparada para el matrimonio a los doce años, y un chico a los catorce. El marido y la mujer debían haber alcanzado la pubertad. Los niños podían ser prometidos en matrimonio a condición de que pudiesen entender lo que se les estaba imponiendo; es decir, a partir de los siete, aproximadamente.

Gracias a sus oponentes sabemos bastante más sobre su vida sexual al margen del lecho conyugal. Los políticos solían airear los deslices de aquellos con quienes discrepaban, y se esperaba que inventasen sátiras escabrosas. Octaviano no se quedaba atrás, y perduran unos versos obscenos atribuidos a él, que muy probablemente son auténticos. En ellos difunde una divertida e indecente explicación de los motivos de fondo de la actividad política de Fulvia. No es díficil imaginar las carcajadas en el Foro y entre los soldados.

> Como Antonio fornica con Gláfira [una amante de entonces], Fulvia está decidida a castigarme obligándome a fornicar con ella. ¿Lo hago? ¿Y si Manius [un ex esclavo liberado de Fulvia] me ruega que lo sodomice? ¿Lo haría? Creo que no, si estuviera en mis cabales. «O me follas o peleamos», dice Fulvia. Ah, pero yo quiero a mi polla más que a mi vida. Que suenen las trompetas.[18]

Octaviano fue acusado de libertino. Su atractivo aspecto afeminado inspiró sin duda a Sexto Pompeyo para acusarle de homosexualidad amanerada, de ser una «reina». Lucio Antonio afirmó que Octaviano había vendido sus favores a Aulo Hircio, el cónsul que perdió la vida en Mutina en el 43 a.C., por la espléndida suma de 300.000 sestercios. Supuestamente, el incidente tuvo lugar en España, en el 45 a.C., durante la última campaña de la guerra civil que culminó en la victoria de César en Munda, y poco antes de que César volviese a Italia y redactase su testamento. Lucio añadió, quizá para dar verosimilitud a sus afirmaciones, que Octaviano solía quitarse el pelo de las piernas chamuscándolo con cáscaras de nuez candentes.[19]

Con esos detalles, sus acusaciones podrían ser ciertas, pero es muy poco probable. Fuese o no merecida, parece que el joven triunviro se ganó una reputación entre el populacho de acostarse con hombres. En una ocasión, un actor salió a escena en un teatro representando a un sacerdote eunuco de la diosa Cibeles, la Gran Madre. Mientras éste tocaba una pandereta, otro actor exclamaba: «¡Ved cómo toca el tambor el dedo de la reina!».[20] Como esa frase en latín tiene el doble sentido de «¡Ved cómo domina el mundo el dedo de la reina!», la audiencia congregada la aplicó alegremente a Octaviano, que estaba viendo el espectáculo, y estalló en calurosos aplausos.

Casi todos los indicios sugieren que Octaviano prefería acostarse con mujeres; de hecho, estaba ampliamente considerado como un adúltero múltiple. Fue probablemente durante sus primeros años en el poder cuando un banquete privado que celebró causó un escándalo público. El evento fue conocido como el «banquete de los doce divinos». Era una fiesta de disfraces con una diferencia: los invitados debían vestirse como alguno de los dioses del Olimpo. Octaviano apareció ataviado de Apolo (siempre fue su deidad favorita), el dios del Sol y la curación y patrón de músicos y poetas. Según Suetonio, Antonio mencionó el epi-

sodio en una «carta malintencionada», pero añade que una canción popular anónima lo confirma:

> El papel de Apolo fue interpretado lascivamente
> por el irreverente César; él
> se divirtió en una mesa puesta
> para el flagrante libertinaje.

El escándalo resultó agravado por el hecho de que el banquete había tenido lugar supuestamente en una época de escasez, causada presumiblemente por el bloqueo de Sexto. Al día siguiente, la gente gritaba: «¡Los dioses se han comido todo el grano!» y «César es Apolo, es cierto, pero es el Apolo de los Tormentos», siendo ésta una de las facetas del dios en uno de los distritos de Roma.

En la primavera del 40 a.C., Antonio estaba preparando su expedición contra los partos cuando se enteró de que Perusia había caído y que Fulvia había tenido que huir de Italia. Se encontró con ella en Atenas y le habló con dureza, culpándola de la debacle. No se sabe qué le contestó ella, pero estaba muy conmocionada. Era una mujer enérgica y capaz, había hecho todo lo que estaba en su mano para favorecer los intereses de su marido, y ésta era su recompensa. La pareja viajó hasta Sición, un puerto en el golfo de Corinto, donde Fulvia cayó enferma. No sabemos cuál era su mal, pero estaba agravado por una depresión. Según Apiano, Fulvia «agravó su enfermedad deliberadamente»,[21] lo que sugiere que se hizo daño a propósito.

Antonio recibió la visita de otra mujer, su madre Julia, que se había ido de Italia por seguridad y se había refugiado con Sexto Pompeyo en Sicilia. Le llevó un mensaje de Sexto, en el que éste le proponía una alianza contra Octaviano. Antonio contestó con cautela. Si iba a la guerra contra Octaviano, consideraría a Sexto como su aliado, pero en caso contrario intentaría reconciliarlos.

Entre tanto, la situación política se ensombrecía. Su aliado Quinto Fufio Caleno, gobernador de toda la Galia más allá de los Alpes, murió inesperadamente. En cuanto recibió la noticia, Octaviano se apresuró a tomar el control de las once legiones de Caleno, cuyo hijo, aterrorizado, le entregó sin ofrecer resistencia.

Eso era un claro incumplimiento del contrato entre los triunviros y para Antonio era equivalente a una declaración de guerra. Así pues, hizo planes con la intención de invadir Italia. La guerra civil estaba a punto de reanudarse, y si eso sucedía, todo el mundo sabía quién iba a ganarla. Después de Filipos, Antonio estaba considerado el mayor general de su época; acabaría rápidamente con su joven colega en el poder.

Octaviano tenía que impedir de alguna forma que Sexto y Antonio formasen una alianza contra él. La intensidad de su ansiedad al respecto se puede apreciar en su siguiente paso. Dejó de lado a su mujer, Claudia, la hija de Fulvia, sin haberla tocado, y envió a la madre de Sexto, Mucia, a Sicilia para que le transmitiese a su hijo un mensaje de su parte. Además, se casó con Escribonia, tía política de Sexto. Escribonia se había casado dos veces anteriormente y era bastante mayor que Octaviano; debía de tener treinta y pocos años. La nueva mujer de Octaviano no era su cónyuge por decisión personal, pero eso no lo frenó a la hora de consumar rápidamente la unión y dejar embarazada a Escribonia.

Antonio partió rápidamente hacia Italia desde Sición, agraviando aún más a Fulvia por abandonarla en su lecho de enferma. Ni siquiera se despidió de ella antes de su partida, y ese distanciamiento parece haber sido el colmo para esa Lady Macbeth del mundo antiguo, porque falleció poco después. Parece que su férrea determinación para favorecer la causa de su marido ocultaba una psique frágil. Su muerte afectó mucho a Antonio, quien se culpaba de ella.

El triunviro puso rumbo a Brindisi con un reducido número de soldados, pero con 200 barcos. Por el camino unió sus fuerzas con la poderosa flota republicana de Ahenobarbo. Él y Antonio habían llegado a un acuerdo secreto por el cual se asociaban. Ése era un momento importante, porque marcaba un cambio de opinión entre los republicanos sobre el vencedor de Filipos. Varias personalidades importantes habían escapado de la proscripción huyendo a Sicilia, donde estaba Sexto Pompeyo, pero Sexto era un líder joven e inexperto. Los *optimates* supervivientes, recordando su buena disposición para llegar a un acuerdo con el Senado y los Luchadores por la Libertad en el 44 a.C., ponían cada vez más sus esperanzas en Antonio y se unían a sus seguidores.

Los acuerdos con Ahenobarbo y Sexto sugieren claramente

que Antonio estaba preparado para triunfar donde su hermano Lucio había fracasado y para causar la ruina de su engorroso y joven colega. Estaba harto de él, no sólo debido a un fastidio personal, sino porque la relación disfuncional de los triunviros estaba desestabilizando la política romana y retrasando innecesariamente la invasión de Partia. Las antiguas fuentes son cuidadosamente imprecisas sobre las intenciones de Antonio, y quizá una guerra civil renovada era sólo un último recurso si Octaviano no colaboraba o demostraba ser poco fiable. Lo más probable era que Antonio estuviese buscando activamente una confrontación.

Apoyado por Ahenobarbo, Antonio avanzó hasta Brindisi. El puerto, defendido por cinco cohortes de Octaviano, les cerró sus puertas, y Antonio asedió inmediatamente la ciudad y solicitó refuerzos urgentes a Macedonia. Un indicio de lo enfadado que estaba fue que también le pidió a Sexto, con el cual no tenía un acuerdo formal, que lanzase ataques navales contra Italia. El joven comandante accedió a ello con entusiasmo. Envió una gran flota y cuatro legiones a Cerdeña, entonces en posesión de Octaviano, y se hizo con el control de la isla y sus dos legiones.

Octaviano, abatido, tomó el camino de Brindisi. Aunque en ese momento tenía muchas más tropas a su disposición que su colega triunviro, no hizo otra cosa que mirar y esperar desde el exterior de las fortificaciones de Antonio. Como solía pasar en tiempos de crisis, cayó enfermo durante varios días, aunque no sabemos cuál era la enfermedad.

El mundo romano estaba a punto de sufrir convulsiones una vez más si no hubiera sido por un obstáculo conocido. No era la primera vez que los soldados se involucraban en el curso de los acontecimientos. Los veteranos de Octaviano decidieron en secreto que harían lo posible por reconciliar a los triunviros y que sólo lucharían por Octaviano si Antonio se negaba a llegar a un acuerdo. De hecho, algunos regresaron de la marcha hacia Brindisi. Aumentó la confraternización entre las tropas y eso obligó a una reconsideración. No iba a haber ninguna guerra porque no había nadie dispuesto a lucharla. Eso fue un golpe a la autoridad de los generales, pero no podían hacer nada al respecto ni ordenar ningún castigo que no empeorase las cosas. Su única opción realista era la mesa de negociación.

Se nombraron negociadores para resolver la disputa, entre ellos Mecenas, el amigo de confianza de Octaviano, que lo representaba a él. Los dos bandos acordaron que debía haber una amnistía por las acciones pasadas de ambos triunviros, y aunque ambos tenían quejas del comportamiento del otro, era hora de «mirar adelante», como han dicho tantos políticos realistas a lo largo de la Historia.

El acuerdo al que llegaron favorecía claramente a Octaviano, porque le dejaba las legiones de la Galia y de Caleno. Sin embargo, eso no parece haber molestado a Antonio, quien tomó la decisión estratégica de que no podía seguir tratando a Octaviano como una molestia temporal que acabaría desapareciendo por enfermedad (cosa muy probable), equivocaciones (muy poco probable), o a quien aplastaría como una mosca en algún momento. Quería un acuerdo total y definitivo, y para obtenerlo estaba dispuesto a llegar a compromisos fundamentales.

El Triunvirato fue renovado durante otros cinco años y el imperio fue dividido limpiamente en dos partes. A Octaviano le correspondía el oeste, incluida la Galia, y a Antonio el este, a partir de Macedonia. Italia sería terreno compartido, donde ambos podrían reclutar soldados. Lépido, cada vez más insignificante, conservó África por gentileza de Octaviano. Antonio había recibido ayuda del extraño y amenazante Sexto Pompeyo, que aún conservaba Sicilia y el Mediterráneo Occidental, pero ahora tenía que abandonarlo. Octaviano dispondría de Sexto y Antonio castigaría Partia.

Sin embargo, las divisiones en un mapa eran insuficientes para garantizar la paz permanente. Octaviano y Antonio nunca se habían llevado bien, y era poco probable que eso cambiase en el futuro. A no ser que algo decisivo los uniese personal y políticamente, el Tratado de Brindisi, que es como se llamó el acuerdo, no valdría el mármol en el que estaba escrito.

Una solución a esa disyuntiva se hizo posible gracias a dos fallecimientos recientes. El de Fulvia no sólo le permitió a Antonio culparla por sus pasadas fechorías, sino que también lo convirtió en un viudo feliz (la opinión pública romana consideraba a la reina de Egipto como una diversión inocua). En ese mismo año, el 40 a.C., Octavia, la hermana de Octaviano, perdió a su anciano marido, Cayo Claudio Marcelo, y al tener sólo cinco años más que su hermano se convirtió en una viuda muy deseada (aunque con dos hijas y un niño pequeño).

La propuesta de que el tratado fuese sellado con su boda era irresistible. Aunque el breve enlace de Octaviano con Claudia, la hija de Fulvia, había fracasado a la hora de reconciliar a los dos triunviros, había un buen precedente para semejante unión en el feliz matrimonio de mucho tiempo atrás entre Pompeyo el Grande y Julia, la hija de Julio César. Ambos líderes militares siguieron siendo amigos hasta su muerte, y ahora tenían la oportunidad de que la Historia se repitiese.

La corta pero deslumbrante carrera política de Octaviano había destapado una crueldad que anulaba el afecto, pero podemos suponer que en esa ocasión deseaba sinceramente la reconciliación con Antonio. Plutarco escribe que «estaba muy encariñado con su hermana, que era, como reza el refrán, una maravilla de mujer».[22] No la habría entregado a su impredecible y mujeriego colega si no hubiese tenido en mente el ejemplo de su padre adoptivo.

Hubo grandes celebraciones para honrar el histórico entente. En Brindisi, los triunviros se agasajaron mutuamente con banquetes en sus respectivos campamentos; Octaviano «al modo militar y romano y Antonio a la manera asiática y egipcia».[23] Después se marcharon a Roma, donde se celebró la boda de Antonio y Octavia. Antonio hizo acuñar una moneda con sus efigies; fue la primera moneda romana con la estampa de una mujer. Marcharon por la ciudad montados a caballo, como si estuviesen celebrando un triunfo militar.

Sólo hubo una sombra sobre el nuevo panorama de paz y armonía. El talentoso Quinto Salvidieno Rufo, amigo y partidario de Octaviano, estaba al mando de las legiones de la Galia. Poco antes de que los triunviros se reconciliasen, había iniciado una correspondencia confidencial con Antonio, en la que le insinuaba que estaría preparado para cambiarse de bando. Sus motivos no están claros. Quizá hubiesen envidias ocultas en el círculo de *intimates* de Octaviano o Salvidieno pudo haber considerado que las perspectivas de su líder eran insuficientes.

Por asombroso que pueda parecer, y si creemos en las fuentes antiguas, Antonio le dijo a Octaviano que Salvidieno había estado conspirando para desertar de él y que le había enviado un mensaje cuando estaba asediando Brindisi. Octaviano era leal cuando se trataba de un error, pero no tenía piedad si un amigo le traicionaba. Envió inmediatamente una citación al procónsul para que fuese a Roma para una consulta urgente, des-

pués de la cual volvería a tomar el mando en la Galia. Salvidieno, desacertadamente, obedeció. Octaviano lo procesó ante el Senado y lo hizo condenar a muerte por *inimicus* y *hostis*. Fue el fin de una carrera espectacular. Salvidieno era de origen humilde y de niño había sido pastor. Había sido designado cónsul para el año siguiente, el 39 a.C., sin haber ostentado nunca un cargo civil ni haberse sentado en el Senado.

Cualquiera que fuese el trasfondo de este misterioso asunto, Apiano comenta con ironía que «Antonio no se ganó la aprobación general por haber admitido eso»[24] sobre Salvidieno. En esos tiempos confusos y cambiantes, la mayoría tenía secretos inconfesables, y Salvidieno merecía la misma vista gorda que Antonio sin duda esperaba que otros le hiciesen a sus propias maquinaciones. Es verdaderamente difícil imaginar qué esperaba obtener de esa traición. Quizá sólo quería demostrar, a costa de otro, que estaba sinceramente comprometido con su nueva amistad con Octaviano.

La muerte de Salvidieno fue un recordatorio de la alienación que existía en el fondo de la personalidad de Antonio. Era fácil engañarse por su célebre afabilidad, su afición por los juegos y las diversiones, por emborracharse y por su pasión por las mujeres, pero bajo esa jovialidad había brutalidad e incapacidad para ponerse en el lugar de los demás.

9

La Edad de Oro

40-38 a.C.

El alivio que podía notarse por todo el Mediterráneo después del Tratado de Brindisi era casi tangible. La pesadilla de las proscripciones, de los soldados heridos o fallecidos, la ruina de Italia, el robo de la riqueza de las provincias (en suma, el imperio que se desbarataba por el autocanibalismo) había llegado a su fin, y la aurora de dedos rosados* anunciaba el nuevo día.

Los poetas de esa época celebraron la llegada de la paz en obras en las que demuestran vívidamente su alegría. Uno de ellos, Publio Virgilio Marón (Virgilio), provenía de una familia italiana media o media-baja, pero su padre se aseguró de que recibiese una buena educación. Virgilio emigró a Roma, donde, como cualquier joven ambicioso, estudió retórica. Sin embargo, era terriblemente tímido, y al parecer perdió el primer caso de jurisprudencia en el que habló.

Suetonio aporta una descripción de Virgilio: «Era alto y voluminoso, de tez morena y el aspecto de un campesino. Tenía una salud inestable, y comía y bebía con moderación. Siempre se estaba enamorando de muchachos».[1]

Virgilio tenía treinta y un años, y estaba casi en el culmen de sus facultades. Había abandonado Roma y una carrera pública siendo muy joven, y se había establecido en Neapolis. Su primera publicación importante fue *Las Églogas* (del término griego para «extracto»), una serie de diez poemas cuyo escena-

* La «aurora de dedos rosados» es una alegoría empleada por Homero en la *Odisea* para representar el alba. *(N. del t.)*

rio es una campiña idealizada. Sin embargo, en ese País de Nunca Jamás de jóvenes y encantadores pastores, las emociones y los acontecimientos reales (como la pérdida de la hacienda del autor a causa de los asentamientos de Octaviano y su recuperación gracias a la intervención del triunviro) se hallan bajo la superficie.

Sin embargo, el joven autor distinguía perfectamente entre la realidad y la ficción. Fuesen las que fuesen las cicatrices emocionales de su roce con el poder del Triunvirato, hizo las paces con el régimen. En esa época, mucho antes de la invención de la imprenta, un escritor profesional no tenía ningún gran mercado de clase media que pudiese proveerle de ingresos gracias a la venta de libros. Necesitaba ricos mecenas que satisficiesen sus necesidades (dinero, regalos de propiedades y esclavos) y pagasen el laborioso proceso de copia de sus manuscritos. Así pues, en primer lugar, Virgilio se unió a la causa de Octaviano para obtener seguridad financiera. Sin embargo, también actuó movido por una convicción política, porque el régimen del Triunvirato prometía estabilidad y prosperidad. Virgilio y Octaviano se hicieron amigos.

Virgilio escribió que la Edad de Oro había vuelto a Italia, y con un curioso añadido pueril. Ése fue el tema mesiánico de su Égloga Cuarta.

> Ya la nueva progenie desciende del cielo.
> Tú, oh casta Lucina, protege el niño que está por nacer,
> con él terminará la generación del hierro en todo el mundo
> y surgirá la del oro: ya reina tu Apolo.[2]

¿Qué quiere decir Virgilio? ¿Quién es ese niño? ¿Es una metáfora o una persona de carne y hueso? Se requiere un trabajo detectivesco para desenmarañar el misterio.

El poema está dedicado a Cayo Asinio Polión, un amigo de Antonio que le había ayudado en las recientes negociaciones con Octaviano. Era un hombre de principios en una época de tránsfugas, e iba a dejar la política para escribir su *Historia de las Guerras Civiles desde el primer Triunvirato hasta Filipos*, obra que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros. Polión tenía un lacónico sentido del humor y una reputación de no tener pelos en la lengua. Cuando, en una ocasión, Octaviano escribió unas sátiras sobre él, Polión se limitó a afirmar: «Por mi parte no digo

nada en respuesta, porque escribir contra un hombre que puede destruirte es buscarse problemas».[23]

Algunos comentaristas se han preguntado si el niño podría ser el hijo de Polión, pero es difícil entender por qué Virgilio habría visto en ese niño al salvador del mundo. Un candidato mucho más plausible sería el predicho vástago de Antonio y Octavia, cuya unión presagiaba la paz después de largos años de guerra. Antonio no tardó en acostarse con su nueva esposa, quien al cabo de poco tiempo quedó embarazada. Algunos estudiosos incluso creen que el poema fue escrito como un himno de casamiento.

Sin embargo, no deberíamos olvidar que también Octaviano era un recién casado, aunque de forma un poco inapropiada. Se sabía que Escribonia estaba embarazada. Un detalle de la Égloga sugiere que la respuesta a ese interrogante podría hallarse en la referencia a Apolo «finalmente entronizado». Al igual que el orientalizado Antonio honraba a Dioniso, Octaviano se apropió toda su vida del sereno dios de la luz, Apolo. Es mucho más probable que Virgilio tuviese en mente al futuro hijo de Octaviano que al de Antonio.

En todo caso, la cuestión resultó ser puramente teórica. En el 39 a.C., las dos mujeres dieron a luz a sendas niñas, Julia y Antonia.

A pesar de todas las bellas palabras del poeta, el optimismo se esfumaba. Antes del Tratado de Brindisi, Sexto Pompeyo había intentado ayudar a Antonio en contra de Octaviano, pero su plan fue cancelado en el último momento. Sexto se enfadó y adoptó una actitud amenazadora.

Sexto reclutó a dos almirantes, Menodoro (o Menas) y Menécrates, que habían sido esclavos y piratas. Es probable que hubiesen sido capturados y esclavizados por Pompeyo el Grande durante su exitosa campaña del 67 a.C. contra los barcos piratas que dominaban el Mediterráneo. Ambos mantuvieron el bloqueo de Italia sin problemas.

En Roma, los precios se dispararon. Por primera vez, Octaviano perdió facultades ante la opinión pública, que deseaba que él restaurase la paz llegando a un acuerdo con Sexto. Octaviano rechazó eso obstinadamente e impuso un nuevo impuesto a los propietarios de tierras (50 sestercios por esclavo y un impuesto de sucesión) a fin de pagar a sus soldados.

Para muchos, ésa fue la gota que colmó el vaso. La gente había aguantado asentamientos forzosos, guerras, proscripción y hambre, pero en ese momento perdió la paciencia. Hubo manifestaciones y disturbios. Como había hecho anteriormente con los soldados amotinados, Octaviano decidió desafiar personalmente a las masas y explicarles por qué era injusto que le culpasen a él de la situación. Acompañado sólo por algunos partidarios y varios guardaespaldas, acudió al Foro.

En cuanto la gente lo vio, empezaron a tirarle cosas, y no se detuvieron ni siquiera cuando se dieron cuenta de que lo habían herido.[4] Octaviano se mantuvo en sus trece, aunque eso significase que, de hecho, estaba poniendo su vida en sus manos. Antonio corrió a rescatarle cuando se enteró de lo que estaba pasando, y se dirigió hacia el Foro por la Vía Sagrada. Al principio, nadie le tiró nada porque sabían que él favorecía la paz con Sexto, pero le advirtieron de que retrocediese. Cuando se negó, empezaron a tirarle piedras.

Antonio pidió refuerzos. Sus soldados rodearon rápidamente el Foro, se separaron en pequeños grupos y marcharon por los callejones en dirección a la plaza. La multitud congregada no podía escapar, y varias personas fueron asesinadas. Avanzando entre el gentío, Antonio alcanzó con gran dificultad a Octaviano y lo escoltó hasta su casa. No había ninguna duda de que había salvado la vida de su colega, y de una manera espectacular.

Ése fue un episodio muy instructivo. Revela el continuo desarrollo de un coraje terco en Octaviano. Ejercitando la voluntad, el joven de veinticuatro años se estaba forjando con fuego.

Lo que mantuvo a Antonio y a Octaviano en el poder fue el apoyo activo del Pueblo y de las legiones. Ellos habían aprendido esa lección en muchas ocasiones amargas. Octaviano se dio cuenta finalmente de que tendría que ceder en el asunto de Sexto. Se tanteó discretamente el terreno y al cabo de poco tiempo hubo una entente en perspectiva. Menodoro escribió a su jefe desde Cerdeña aconsejándole en contra de la paz y recomendándole que hiciese la guerra con todas sus fuerzas o esperase a ver si el hambre en Roma le permitía obtener un trato mejor.

Sexto rechazó su consejo y se encontró con los líderes adversarios en el verano del 39 a.C. Acompañado por muchos de sus partidarios romanos y al frente de una magnífica flota, zarpó de Sicilia en un enorme buque insignia con seis filas de reme-

ros. Fondeó en Miseno, un cabo en el extremo norte de la bahía de Nápoles salpicado de villas de vacaciones de los ricos, donde se iba a celebrar el encuentro. Se colocaron pilas de tablones en el mar para formar dos pontones. Antonio y Octaviano fueron al que estaba más cerca de la costa y Sexto a la otra plataforma. Entre ellos había la suficiente agua como permitir que los integrantes de ambos bandos pudiesen hablar sin ser oídos, aunque sus intervenciones tenían que ser gritadas, lo que era una manera primitiva y literal de practicar una «diplomacia de megáfono».*

Esas medidas cautelosas fueron presumiblemente puestas en práctica por iniciativa de Sexto. Quizá recordaba la angustia de ver a su padre yendo a su muerte al consentir el desembarco en la costa egipcia, y estaba decidido a no arriesgar su vida abandonando el barco por la *terra firma* de sus enemigos.

Sexto abrió la discusión, pidiendo, en nombre de los proscritos, la devolución de todas las propiedades confiscadas. Antonio y Octaviano accedieron a comprar una cuarta parte a sus actuales propietarios. Los acuerdos se publicaron y fueron inmediatamente acogidos con agrado por las víctimas de la proscripción.

El acuerdo final no hizo más que confirmar lo que todo el mundo sabía sobre el inestable *statu quo.* Sexto fue nombrado oficialmente gobernador de todo lo que había conquistado con anterioridad: Cerdeña, Córcega y Sicilia, a lo que se añadió el Peloponeso, en el sur de Grecia. Fue distinguido con la admisión en el Colegio de Augures, estadistas veteranos que estaban a cargo de los auspicios en Roma, y fue nominado para el Consulado al año siguiente, el 38 a.C. Los seguidores de Sexto en Sicilia tendrían su situación asegurada: a todos los exiliados de Italia que había en su ejército (excepto, quizá, los asesinos de Julio César) les serían restituidos sus derechos civiles; la oferta a los senadores proscritos y *equites* fue confirmada; los esclavos fugitivos pasarían a ser hombres libres y los soldados de Sexto recibirían las mismas retribuciones de desmovilización que los que servían a los triunviros.

Para Sexto ése había sido un trato razonablemente bueno, porque ya no era un proscrito. El Tratado de Miseno le había llevado al redil político. En privado, sin embargo, se arrepentía de

* Se denominan así las negociaciones entre naciones o partidos que se llevan a cabo mediante notas y comunicados de prensa. *(N. del t.)*

haber rechazado el consejo de Menodoro de evitar un acuerdo con los triunviros. Por el contrario, Antonio y Octaviano tenían todos los motivos para estar satisfechos. Lo que le habían dado a Sexto no era esencial para sus intereses, y sin embargo habían ganado algo que no tenía precio. Aunque quizá no eran conscientes en ese momento, habían iniciado el proceso de alejar a Sexto de los políticos opositores. Una vez que quedó claro que los triunviros no planeaban un nuevo baño de sangre, muchos volvieron a Italia o se unieron a Antonio cuando éste se dirigió al este. La jurisdicción de Pompeyo estaba en franco declive.

Los jefes celebraron la paz con una serie de banquetes, y echaron a suertes el orden en que cada cual organizaría el suyo. Sexto fue el primer anfitrión, y lo celebró en su barco insignia («la única casa solariega que me queda»).[5] Ninguno de los dos bandos confiaba en el otro. Los triunviros tenían los barcos amarrados cerca de allí, sus guardias estaban apostados y los invitados llevaban dagas bajo sus ropas. En la superficie todo eran sonrisas y amistad. Sexto dio una calurosa bienvenida a Antonio y Octaviano. El ambiente se distendió y el lenguaje devino más grosero y cordial. Se hicieron bromas sobre la pasión de Antonio por la reina de Egipto, un tema que, en circunstancias normales, el hermano y el esposo de Octavia habrían encontrado embarazoso.

Al igual que en Brindisi, el vínculo entre las partes se encarnó en una unión matrimonial. Mientras estaban sentados a la mesa, la niña pequeña de Sexto fue prometida formalmente con Marcelo, de tres años de edad, hijastro de Antonio y sobrino de Octaviano.

Según Plutarco, Menodoro se acercó a Sexto y le habló en privado: «¿Debería cortar los cabos y hacerte amo, no sólo de Sicilia y Cerdeña, sino de todo el Imperio romano?».[6] Sexto se lo pensó durante un momento y le espetó: «Menodoro, deberías haber actuado en lugar de habérmelo dicho antes. Ahora tenemos que conformarnos con las cosas tal y como están. No voy a romper mi palabra».

Esta famosa anécdota tiene un tono sospechosamente simplista, pero podría ser cierta, porque ilustra dos facetas del carácter de Sexto. Él solía llamarse a sí mismo *pius*: «obediente» u «honesto». Eso aludía sobre todo a la memoria de su padre, pero también indicaba que él se veía como un romano de la vieja escuela, honorable y honrado. Además, la historia revela una cierta pasividad, que se detecta durante toda su carrera, una ausen-

cia del instinto asesino que sí tuvieron, cada uno a su manera, Antonio y Octaviano.

Durante los dos días siguientes, Antonio y posteriormente Octaviano recibieron a Sexto, levantando tiendas para cenar en su plataforma marina. Después, sus caminos se separaron: Octaviano fue a la Galia, donde habían disturbios, Antonio hacia el este, en dirección a Partia, y Sexto de vuelta a Sicilia. La mayoría de los refugiados del séquito de Sexto se despidieron de él y pusieron rumbo a Roma.

A principios de otoño, Octaviano hizo algo que, a primera vista, no era propio de él. Por una vez se dejó dominar por sus sentimientos y se enamoró perdidamente. El objeto de su afecto era Livia Drusila. Livia tenía diecinueve años, era inteligente y hermosa, aunque con un mentón y una boca pequeños. Sin embargo, tenía una desventaja notable: ya estaba casada con el aristócrata y primo suyo Tiberio Claudio Nerón. Y eso no era todo, sino que también estaba embarazada de varios meses.

Por si eso fuera poco, la esposa de Octaviano, Escribonia, dio a luz a su hija Julia en algún momento del año 39 a.C. Sin embargo, y a pesar del feliz acontecimiento, el matrimonio (una unión política con todas las de la ley) estaba en crisis. Como se ha señalado, Escribonia era mucho mayor que su marido y tenía fama de ser una *gravis femina*,[7] un mujer seria y formal, lo que no se adecuaba bien a un joven con reputación de adúltero. El padre de Julia se divorció de su madre el mismo día en que ella llegaba al mundo. «No podía soportar su manera de molestarme»,[8] explicó Octaviano.

En septiembre, quizá el 23, que era el día de su cumpleaños, Octaviano llevó a cabo un ritual de iniciación. No tenía casi pelo en el cuerpo, y a los veinticuatro años aún no había tenido que afeitarse, pero había llegado el momento de rasurarse el pelo de la cara. Los romanos tenían un ritual para cada faceta de la vida cotidiana, incluyendo una ceremonia del primer afeitado (la *depositio barbae*), que en la mayoría de los casos tenía lugar cuando el muchacho llegaba a la mayoría de edad, por lo general a los dieciséis o diecisiete años.

Octaviano armó un tremendo jaleo con motivo de la ceremonia, dio una magnífica fiesta y pagó de su bolsillo un festival público. Podía considerarse una declaración de que, con la lle-

gada de la paz, el «muchacho que se lo debía todo a su nombre» había alcanzado su madurez física y política. Se rumoreaba, no obstante, que su verdadero motivo era agradar a Livia.

Livia tenía unos antecedentes familiares impecables. Aunque no cabe duda de la sinceridad de los sentimientos de Octaviano, casarse con ella le supondría una relación valiosa con los Claudios, uno de los clanes más aristocráticos de Roma. Cayo Octavio había logrado el cargo de pretor y eso le confería el título de *nobilis*, pero su hijo, el triunviro, aún era considerado un advenedizo de provincias. El enlace proporcionaba acceso a la familia de Livia al poder político de Octaviano, y a cambio ella le aportaba a él su abolengo.

La vida de Livia Drusila, aunque breve, había estado llena de incidentes. Nació el 30 de enero del 59 o 58 a.C., probablemente en Roma. En marzo del 44 a.C. le encontraron un marido. A sus catorce o quince años, Livia se aproximaba al límite de la edad habitual en que una chica contraía matrimonio.

Los matrimonios eran concertados por los padres, y el amor no entraba en los cálculos de nadie. Se consideraba una «amistad enloquecida».[9] Una hija solía ser sólo un peón en las alianzas sociales, económicas o políticas que una gran familia llevaba a cabo para mantener su posición en la vida pública romana. Los maridos podían ser mucho mayores que sus esposas y, para las inexpertas, la noche de bodas debía de ser una introducción brutal a los placeres del sexo.

A pesar del comienzo potencialmente poco propicio de su vida de casada, la esposa romana jugaba un papel muy importante en el hogar, el de *domina*, o señora de la casa. Los antiguos matrimonios de los primeros tiempos de la República, en los que la esposa vivía en completo sometimiento a su marido, el todopoderoso *paterfamilias*, habían evolucionado en el siglo III a.C. hacia un arreglo nuevo y más liberador. Según eso, una mujer seguía estando bajo la autoridad de su padre y a partir de los veinticinco años de edad tomaba posesión de sus bienes.

El hombre con quien se casó Livia fue Tiberio Claudio Nerón, de otra rama del clan de los Claudios, los Claudios Nerones, y tendría entre veinticinco y treinta años. Era de muy alta cuna, muy prometedor, pero (como acabó por demostrarse) tenía muy pocas luces.

Tiberio se declaró a favor del Primer Triunvirato durante la década de los cincuenta a.C., pero cuando estalló la guerra civil

en el 49 a.C. volvió la espalda a sus amigos *optimates* y se alió con Julio César. Sus servicios fueron reconocidos generosamente, y Tiberio debió de haber sentido que la fortuna le sonreía. Sin embargo, después de los Idus de Marzo, en el 44 a.C., el régimen cesariano se desmoronó. Era hora de dar media vuelta, y Tiberio retomó su antigua lealdad *optimate.* Cuando el Senado votó por una amnistía de los asesinos, él fue un obsequioso paso más allá y apoyó una propuesta para recompensarlos.

En el 42 a.C., Livia quedó embarazada. Estaba ansiosa por tener un niño y utilizó un método supersticioso para saber por adelantado cuál sería el sexo del futuro bebé.[10] Tomó un huevo de una gallina clueca y lo mantuvo caliente contra su pecho. Además, ella y sus ayudantes le daban calor por turnos entre las manos. A su debido tiempo, salió un polluelo del cascarón, con cresta y todo. La profecía era exacta. El 16 de noviembre del 42 a.C., Livia dio a luz a un niño en la casa familiar de la colina palatina, en Roma. Como era costumbre en Roma, se le puso el *praenomen* (nombre propio) de su padre: Tiberio.

Después de la derrota de la causa republicana en Filipos, Tiberio volvió a cambiar de rumbo rápidamente y se hizo partidario de Marco Antonio. Gracias a eso fue elegido pretor para el 41 a.C., el mismo año en el que Lucio, hermano de Antonio, fue cónsul.

Aunque no tenemos la más mínima idea de qué opinión tenía Livia sobre su marido, sí es cierto que ella demostró una cualidad personal que él no tenía: una lealtad constante incluso, o quizá particularmente, bajo presión. Cuando Tiberio, con su característica falta de discernimiento, decidió seguir la estela de Lucio Antonio, Livia y el pequeño Tiberio le acompañaron a Perusia. La familia sufrió las terribles privaciones del asedio, y después de la caída de Perusia, Tiberio fue el único cargo público en la ciudad que se negó a capitular.

De algún modo consiguió escapar con su esposa y su hijo. La familia se dirigió a Neapolis, donde Tiberio intentó promover una sublevación de esclavos prometiéndoles la libertad, pero las fuerzas de Octaviano no tardaron en entrar en la ciudad y la familia tuvo que huir nuevamente. Viajando por caminos secundarios para evitar encontrarse con soldados y acompañados sólo por uno o dos ayudantes, avanzaron a escondidas hasta llegar a la costa. Una niñera llevaba al pequeño Tiberio, que por dos veces arrancó a llorar y casi los delata a todos. La familia encontró

un barco, lo cual difícilmente pudo haber sido planeado de antemano, y se embarcaron en dirección a Sicilia con vistas a una supuesta bienvenida de Sexto Pompeyo.

De hecho, Sexto recibió a Tiberio con frialdad y tardó en concederle una audiencia; debía de considerarlo una vergüenza. Tiberio y Livia no tardaron en partir de nuevo; esta vez rumbo a Grecia. ¿Y después? Antonio ya no estaba interesado en que Sexto tuviese tratos con ese noble poco fiable y envió a Tiberio a Esparta, que desde hacía tiempo formaba parte de la clientela de Claudio. Allí, finalmente, la familia de Tiberio recibió una cálida bienvenida. Sin embargo, surgió un peligro del que no tenemos información y se hizo necesario partir de nuevo a toda prisa. Según Suetonio, Livia y el niño casi perdieron la vida cuando, huyendo de noche, fueron sorprendidos por un incendio en un bosque y las llamas los rodearon.[11] En ese misterioso incidente, el cabello y el vestido de Livia se chamuscaron.

En el Tratado de Miseno, Sexto incluyó finalmente el nombre de Tiberio en la lista de rehabilitación de exiliados, y así, de una vez por todas, Livia y el pequeño Tiberio pudieron abandonar su vida de nómadas. Volvieron a Roma a finales del verano del 39 a.C. y se encontraron con que sus recursos habían mermado considerablemente. Como exiliado y oponente del Triunvirato, Tiberio había perdido el derecho a su propiedad, incluyendo su gran casa en la colina Palatina. El acuerdo de Miseno conllevaba la devolución de sólo una cuarta parte de las propiedades.

Fue más o menos en ese momento de celebración agridulce que Livia supo que se había vuelto a quedar embarazada. Sería imprudente llegar a la conclusión de que estaba contenta con su suerte. Livia debió de haber sentido que había hecho todo lo posible por ayudar a su marido en circunstancias extremadamente difíciles, incluso terribles, y que era hora de que mirase por ella.

Es fácil criticar retrospectivamente el comportamiento de Tiberio. Muchos de sus contemporáneos de la clase dirigente se enfrentaron a los mismos dilemas que él y fueron igualmente inseguros e inconsecuentes en sus reacciones. ¿Dónde —se preguntaban desesperadamente— estaban los antiguos puntos de referencia en un panorama político que sucesivos seísmos habían dejado irreconocible?

En cuanto a Livia, Octaviano estaba decidido a que nada se interpusiese en su camino. Se encontró con ella poco después de su llegada a Roma, y probablemente fue Escribonia la que se lo presentó. Octaviano decidió al instante casarse con ella, y Livia accedió con la misma celeridad. El sumiso Tiberio estuvo de acuerdo en divorciarse.

Es muy probable que Octaviano y Livia se comprometiesen poco después de la *depositio barbae*, a finales de septiembre o principios de octubre. El acontecimiento no dejaba de ser un poco escandaloso, pero aún así se celebró un gran banquete de boda. Livia seguía la moda de tener muchachos esclavos llamados *deliciae*, o «queridos». Solían ser sirios o africanos, y correteaban desnudos y divertían a la gente con su parloteo. Al igual que los bufones de la corte, tenían libertad para hablar sin tapujos. En una ocasión, uno de esos chicos vio a Livia y a Octaviano compartiendo un sofá, mientras Tiberio estaba sentado en otro con un invitado varón. El muchacho se acercó a Livia y exclamó: ¿Qué estás haciendo aquí, mi ama, si tu marido —dijo, señalando a Tiberio— está allí?[12]

La pareja se tomó un tiempo antes de transformar su compromiso en matrimonio. El problema era el hijo de Tiberio que Livia aún llevaba en su seno. Octaviano fue a consultar a la autoridad religiosa apropiada, el Colegio de Pontífices *(pontifices)*, para solicitar su dictamen. ¿Podía casarse con Livia mientras estaba embarazada?, les preguntó. El Colegio le dio su aprobación y, al parecer, Livia se fue a vivir con Octaviano a su casa de la colina Palatina. Sin embargo, la boda no se celebró hasta después del nacimiento de su segundo hijo, que vino al mundo el 14 de enero del 38 a.C. y recibió el *praenomen* de Druso.

La gente sospechaba que Druso era fruto del adulterio con su padrastro. Obviamente, eso era falso, porque Octaviano no había conocido a Livia cuando ésta concibió en la primavera del 39 a.C. Sin embargo, la historia era demasiado buena para no creérsela. Suetonio dejó constancia de que circulaba el siguiente epigrama:

> Afortunados son los padres cuyo hijo
> está sólo tres meses en el vientre.[13]

El nacimiento de Druso no pudo haber sido muy difícil, porque la pareja contrajo matrimonio al cabo de tres días. La cere-

monia nupcial romana era un ritual inalterable que dramatizaba el traslado de la novia desde la casa de su padre a la del novio. El padre de Livia estaba muerto y parece que Tiberio ocupó su lugar. Livia debió de haber pasado en su casa la noche antes de la boda.

El día de la boda, Livia se recogió el pelo con una redecilla carmesí y se puso una túnica de una pieza sujeta a la cintura por una faja de lana atada con doble nudo. Encima de la túnica se puso una capa de color azafrán y se ató al cuello un collar de metal. Llevaba la cabeza protegida por seis almohadillas de pelo artificial separadas por bandas estrechas, y encima un velo naranja intenso que le cubría la mitad superior de la cara. El velo estaba rematado por una corona de verbenas y mejorana dulce.

Ataviada con ese conjunto impresionante y rodeada de su familia y amigos, Livia dio la bienvenida al novio cuando éste llegó acompañado de los suyos. Entonces se ofreció a los dioses el sacrificio de un animal (probablemente un cerdo, aunque también pudo haber sido una oveja o incluso un buey). Después, Livia le dijo a Octavio las palabras de una fórmula antiquísima: «*ubi tu es Gaius, ego Gaia*» («Donde tú eres Cayo, yo soy Caya»). Ése era el núcleo del ritual, y todos los presentes gritaron «*feliciter*» («felicidades»).

Octaviano llevó entonces a Livia en procesión desde la casa de Tiberio a la suya, lo que no supuso un largo trayecto, ya que ambos vivían en la colina Palatina. La procesión iba encabezada por flautistas, a los que seguían cinco portadores de antorchas. Mientras caminaban, la gente cantaba canciones alegres y obscenas. Tres chicos, cuyos padres aún vivían, acompañaban a la novia. Uno llevaba una antorcha de ramas de espino y los otros dos iban de la mano de Livia.

Al llegar a su nueva casa, engalanada con flores para la ocasión, Livia debía llevar a cabo un ritual sucio e incómodo: enrollar lana en los marcos de las puertas y cubrirlos con manteca de cerdo o (se supone que más difícil de encontrar) de lobo. Después, algunos hombres que sólo se hubiesen casado una vez levantaban en brazos a la novia y la entraban por la puerta. Esto se hacía para evitar que la novia pisase el umbral, lo que era un mal presagio. A ellos les seguían tres damas de honor, dos de las cuales llevaban los símbolos de la virtud doméstica: una rueca y un huso para tejer. Después de un desayuno de boda y algunas canciones groseras más, Livia fue conducida al lecho nupcial.

Octaviano le quitó la capa y le desató la faja, después de lo cual los invitados a la boda se excusaron y se marcharon.[14]

La ley le otorgaba al *paterfamilias* autoridad absoluta sobre sus hijos, así que el pequeño Tiberio, de tres años de edad, se quedó detrás de su padre. Octaviano entregó al recién nacido Druso. Se desconocen los sentimientos de Livia ante esa afrenta a sus instintos maternales, pero una historia cuenta que su atención se dirigía más bien al futuro esplendor de su posición.

Al parecer, cuando Livia volvió poco después de la boda a la casa de su propiedad en Veyes, a pocos kilómetros de Roma, un águila se acercó volando y le tiró en el regazo un pollito blanco que había capturado.[15] Livia vio que el pollito llevaba una ramita de laurel con frutos en ella (el laurel era un símbolo de victoria; los generales llevaban una corona de laurel en sus triunfos), y decidió criar el pollito y plantar las semillas de la ramita. Al cabo de poco tiempo, el pollito se había reproducido, y en su lugar había tantas gallinas que la casa empezó a ser conocida como *Ad Gallinas Albas* (Las Gallinas Blancas). La ramita había crecido tanto que Octaviano arrancaba ramas para sus coronas oficiales.

Cinco años después, en el 33 a.C., Livia pudo reclamar a sus hijos, en caso de que no hubiese negociado su vuelta anteriormente, ya que su anterior marido falleció. No se conoce la causa de su muerte, aunque ése fue su último golpe de mala suerte.

La situación política de Octaviano no era segura en absoluto, aunque había conseguido mantener los beneficios obtenidos en el Tratado de Brindisi. Gracias a su coraje y a su sangre fría había sobrevivido a la ira del gentío y de los soldados, sus dos bastiones fundamentales. El acuerdo de Miseno no había zanjado nada, pero al menos le había permitido un respiro y había debilitado considerablemente la posición de Sexto. Por encima de todo, había quedado claro para todo el mundo que él ya no era un muchacho al que le había tocado la lotería; en los cinco años siguientes a su regreso de Apolonia había demostrado su habilidad al mundo político y que era alguien al que debían tener en cuenta por derecho propio. Su disposición a arriesgar la vida era una señal de su creciente autoconfianza y de su convicción de que se le debía tanto respeto por sus logros como por su herencia.

El matrimonio de Octaviano es la primera ocasión de la que tenemos evidencia de que dio prioridad a sus sentimientos. La

unión también tenía su importancia política. Livia era una de los muchos exiliados que se habían ido agrupando alrededor de la última esperanza vana de la República derrotada: Sexto Pompeyo, pero lo habían abandonado y habían vuelto a Roma. El hecho de que estuviese dispuesta a casarse con el archienemigo de la República era un indicio interesante de que la clase gobernante estaba empezando a reconciliarse con un mundo que había cambiado tanto.

10

Luchando contra Neptuno

38-36 a.C.

La popularidad de Sexto entre los romanos estaba en alza y empezaron a surgir disputas entre los signatarios del Tratado de Miseno. Octaviano estaba cada vez más convencido de que el acuerdo había sido un error. Sin embargo, la novedad más importante hasta ese momento era la deserción del almirante de Sexto, Menodoro, que estaba en Cerdeña. El ex pirata estaba perdiendo la confianza en la habilidad estratégica de su jefe y en sus posibilidades de supervivencia a largo plazo. Menodoro le entregó a Octaviano Cerdeña y Córcega, tres legiones y algunas tropas con armamento ligero.

Con tratado o sin él, ésa era la oportunidad de deshacerse de Sexto. Sin embargo, antes de revelar sus intenciones, Octaviano le pidió ayuda a Antonio, a quien había ido a visitar a Italia para consultarle. Le pidió un ejército a Agripa, que había sucedido a Caleno en el cargo de procónsul en la Galia, encargó barcos de guerra en Rávena e hizo los preparativos para que otros requisitos indispensables para la guerra se reuniesen en las costas occidental y oriental de Italia, en Brindisi y Puteoli.

Por desgracia, Antonio se opuso a las hostilidades con Sexto. Acudió a la cita en Brindisi que ambos habían fijado en el 38 a.C., pero, para su disgusto, no encontró a Octaviano. Después de mucho esperar, se marchó, pero escribió a su colega triunviro desaconsejándole insistentemente en contra de la guerra. No está muy claro qué pretendía Octaviano con el desaire. La explicación más benévola, y no del todo inverosímil, es que sus preparativos militares le retuvieron, aunque quizá tampoco le

parecía mal retrasar los planes partos de Antonio. Sin embargo, es mucho más probable que Octaviano estuviese sucumbiendo a un inusual ataque de autoconfianza. Gracias al apoyo de Menodoro tenía conocimiento de todos los secretos de Sexto y, pensándolo bien, no necesitaba lo más mínimo los consejos o la ayuda de Antonio.

El plan de Octaviano era derrotar a Sexto en el mar y luego transportar tropas desde Italia para que ocupasen Sicilia. Lanzaría un ataque de dos frentes. Una flota navegaría hacia el sur desde Puteoli, encabezada por Cayo Calvisio Sabino, antiguo oficial de Julio César y uno de los pocos políticos de las provincias; el año anterior había sido el primer cónsul no latino. Era uno de los dos senadores que habían intentado proteger a César durante los Idus de Marzo.[1] Calvisio compartía el liderazgo con Menodoro. La otra flota, para cuya dirección Octavio se nombró a sí mismo almirante, zarparía de Tarento y se aproximaría a Sicilia por el este.

En la época clásica, el mar era un lugar terrorífico. La brújula aún no se había inventado y los marineros solían navegar siguiendo la línea de la costa. Los barcos eran muy vulnerables al mal tiempo y la navegación se evitaba todo lo posible durante los meses de invierno. Las flotas de guerra romanas consistían principalmente en galeras de remos, la mayoría trirremes y quinquerremes. No sabemos con exactitud cómo funcionaban. Desconocemos si un trirreme tenía tres bancos de remos o un banco con los remeros agrupados en grupos de tres con un remero por cada remo. Desplazaba unas 230 toneladas y medía unos 45 metros de largo. Los quinquerremes probablemente tenían un banco de remos con cinco remeros por remo, y habían unos 150 remeros en total. No solían ser romanos, aunque tampoco estaban encadenados a los remos como en las películas de Hollywood. Cada barco tenía un capitán o *trierarca*, un timonel y un *hortator* o animador, que marcaba el ritmo de los remeros. El barco era capaz de velocidades de entre 7 y 10 nudos.

Los barcos de guerra tenían arietes de metal en la proa. La táctica habitual era embestir un lado del barco enemigo. Los romanos solían librar las batallas navales como si estuvieran en tierra firme. Inventaron una especie de garfio, el *corvus* o «cuervo», que permitía a los soldados abordar el barco enemigo y apoderarse de él. Si el abordaje era impracticable, se podían destruir las galeras tirándoles proyectiles en llamas para prenderles fuego.

Los trirremes y los quinquerremes tenían muchas dificultades a la hora de lidiar con las tormentas. Sus proas elevadas les dificultaban el enfrentarse al viento. Una gran vela rectangular en mitad de cubierta y una o dos más pequeñas se usaban durante los viajes ordinarios, pero el aparejo de cruz le impedía avanzar con el viento en contra. Cuando las olas los golpeaban de lado, eran difíciles de maniobrar y tendían a inundarse o a volcar, aunque, al ser de madera y de construcción ligera, rara vez se hundían completamente.

Sexto se enteró de la deserción de Menodoro cuando las flotas enemigas estaban de camino. Envió inmediatamente al antiguo pirata Menécrates con la mayoría de sus barcos para hacerles frente, mientras él decidió esperar a Octaviano, a quien consideraba como la amenaza menor, frente a Messana (la actual Mesina), en el estrecho que separa Sicilia de Italia.

Menécrates se encontró con Menodoro y el almirante romano Calvisio frente a Cumas (Cumae) y tuvo el mejor combate, aunque cayó herido y murió poco después. Al atardecer, las dos flotas se separaron, y los barcos de Sexto volvieron al puerto de Mesina sin conseguir su victoria.

Cuando Octaviano recibió las noticias al día siguiente sobre lo que había sucedido en Cumas, decidió afrontar el estrecho y llegar hasta donde se encontraba Calvisio. Eso fue un grave error. Sexto salió de Mesina con gran cantidad de soldados y atacó la flota de Octaviano, que huyó hacia la costa italiana. Muchos barcos fueron conducidos hacia las rocas y se les prendió fuego. Mientras caía la noche, Sexto avistó la flota de Calvisio navegando hacia el sur al rescate y después se retiró a Mesina.

Octaviano, cuya vida estaba en peligro y que aún no sabía que Calvisio estaba cerca, desembarcó con sus guardias, sacó a varios hombres del agua y se refugió con ellos en las montañas. Allí encendieron hogueras para alertar a los que estaban en el mar de su paradero. Sin embargo, la tripulación de los barcos estaba tan ocupada reflotando el barco e intentando recuperar los restos del naufragio que nadie acudió, y los supervivientes pasaron la noche sin comida ni nada de lo necesario. Octaviano no durmió, sino que se paseó entre los diferentes grupos haciendo todo lo posible para elevar el ánimo.

Afortunadamente para él, resultó que la Decimotercera Legión estaba marchando esa noche por las montañas; al parecer, marchaban a toda prisa para llegar a Rhegium, un puerto fren-

te a Mesina, en anticipación de la planeada invasión de Sicilia. Su comandante se enteró del desastre en el mar, supuso que las hogueras en las montañas revelaban la presencia de supervivientes y condujo a sus tropas en esa dirección.

Cuando la Legión los encontró, Octaviano y sus compañeros refugiados estaban en una situación precaria. Les dieron de comer y se levantó una tienda improvisada para el exhausto triunviro. Con su autodisciplina habitual, envió mensajeros en todas direcciones para anunciar que estaba vivo y al mando. Sabiendo que Calvisio había llegado con su flota, se concedió un tiempo de sueño. Habían sido veinticuatro horas horribles, como se encargaron de recordarle con todo detalle cuando despertó. Según Apiano, «Cuando, al alba, miró hacia el mar, pudo ver los barcos que habían sido incendiados, otros que aún estaban en llamas o medio quemados, y algunos otros hechos pedazos».[2]

Por si eso no era suficiente, por la tarde se desató una de las tormentas más violentas de las que se tenía memoria, ocasionando un oleaje y una gran corriente en el estrecho. Sexto estaba a salvo en el puerto de Mesina, y Menodoro, que tenía mucha experiencia con el impredecible tiempo del Mediterráneo, puso rumbo mar adentro, donde pudo capear el temporal. Por el contrario, los barcos de Octaviano que aún flotaban fueron arrojados contra la costa escarpada y chocaron con las rocas y unos contra otros. Al cabo de un rato se hizo de noche, pero el viento no cesó hasta la mañana siguiente. Más de la mitad de la flota se había hundido y la mayoría de los barcos restantes estaban seriamente dañados.

A eso siguió otra noche de viaje por las montañas y, por supuesto, otra noche oscura del alma, porque ésa era la peor crisis de la carrera de Octaviano. Su humillante doble derrota naval no sólo significaba el desmoronamiento de sus esperanzas de eliminar a Sexto Pompeyo, sino que también podía desencadenar conspiraciones contra él en Roma.

Octaviano llevó a cabo metódicamente los pasos necesarios para reducir el riesgo. Ordenó a todos sus partidarios y comandantes militares que estuviesen alerta. Se destinaron destacamentos de infantería a lo largo de la costa para disuadir a Sexto de llevar a cabo una invasión. Muchos se quedaron al otro lado para salvar y reparar sus galeras. Entre tanto, el hijo de Pompeyo el Grande celebraba su gran victoria. Desde su llegada a Sicilia había acuñado monedas en las que identificaba al dios del

mar, Neptuno, con su padre. Ahora se proclamaba «hijo de Neptuno», empezó a llevar una capa azul oscuro en lugar de la morada reglamentaria y sacrificó al dios algunos caballos (se rumoreaba que también hombres) tirándolos al mar.

Abatido, Octaviano viajó hacia el norte en dirección a Campania, obsesionado con lo que haría a continuación. Menos de la mitad de su flota se había salvado, y además había quedado seriamente maltrecha. Necesitaba muchos barcos nuevos, pero no tenía tiempo ni dinero para construirlos. Aunque era embarazoso, se dio cuenta de que tendría que humillarse y volver a pedir ayuda a sus colegas triunviros (Lépido, medio olvidado en África, y Marco Antonio, al que había desairado pocos meses antes). Sin su ayuda no podría hacer progresos; además, si los dejaba a su aire, sus colegas triunviros podrían empezar a tener tratos con Sexto. Así pues, les envió una súplica urgente.

Casi a la vez, sin embargo, Octaviano deseó no haberlo hecho, porque el regreso de su amigo Agripa de la Galia le dio ánimos. El comandante, de veinticuatro años, tenía importantes logros en su haber, como haber protegido la frontera del Rin y haber fundado una nueva ciudad, Colonia Agrippinensis (que más adelante sería llamada simplemente Colonia). Se le ofreció un triunfo, pero declinó el ofrecimiento por respeto a la angustia de su amigo.

El joven y victorioso general dirigió entonces su atención a un estilo de guerra con el que no estaba nada familiarizado: la guerra naval. Determinó con exactitud lo que necesitaba: un tramo de agua lo bastante amplio con grandes reservas de madera en las inmediaciones, donde pudiese construir una nueva flota y entrenarse a sí mismo y a una nueva tripulación a salvo de los merodeos de Sexto Pompeyo, incluso sin su conocimiento.

Agripa conocía el lugar perfecto: el lago Averno, el cual, según el gran poeta épico griego Homero,[3] era la entrada al Hades, donde habitaban los muertos, sombríos y exánimes. No lejos de Cumas, el Averno era un enorme cráter lleno de agua, con un diámetro de ocho kilómetros y una profundidad de 34 metros. Con excepción de una entrada angosta, estaba completamente rodeado de colinas boscosas, lo que le confería una atmósfera sombría y opresiva. Aquí y allá, en la ladera, varios chorros volcánicos escupían una mezcla de agua, llamas, humo y vapor.

A poca distancia hacia el sur se hallaba el lago Lucrino, separado del mar por una larga y estrecha franja de tierra («tan ancho como un camino de carretas»,[4] según el géografo con-

temporáneo Estrabón). Carente de sensiblería, Agripa se mantuvo impertérrito ante el ambiente lúgubre del lugar. Albergaba la idea brillantemente simple y en extremo ambiciosa de abrir un canal en dirección sur desde el Averno hacia el lago Lucrino hasta llegar al mar. Su plan se llevó a cabo con premura, y se cavó un túnel bajo tierra en dirección norte hasta la ciudad costera de Cumas, creando así una segunda vía de acceso. De esa forma se creó un enorme y nuevo puerto secreto, completamente seguro, y se le dio el nombre de Portus Julius. Se cortaron los árboles de la ladera del Averno para construir las quillas y las galeras. Veinte mil ex esclavos liberados fueron reclutados como remeros y aprendieron en secreto y en lugar seguro. Entre otras cosas, pudieron hacer uso de una mejora letal en el *corvus* que había inventado Agripa: el *harpax*, un rezón que se tiraba desde una catapulta situada en un barco. Esa vasta empresa requería recursos considerables. Partidarios acaudalados de Octaviano y algunos municipios italianos financiaron nuevos barcos, y llegó un mensaje de Antonio en el que ofrecía ayuda militar. Se buscó financiación en las provincias, y es muy probable que Agripa hubiese traído fondos desde la Galia.

En respuesta a la petición de Octaviano, transmitida por el conciliador Mecenas, Antonio, que había pasado el invierno en Atenas, accedió a volver a Italia en la primavera o a principios del verano del 37 a.C. Asegurarse de que el oeste estaba tranquilo antes de partir para Partia redundaba en su beneficio, y además necesitaba (y le estaba permitido por el Tratado de Brindisi) reclutar tropas en Italia.

Antonio zarpó con una gran flota en dirección a Brindisi, pero una vez más se encontró con que el puente estaba cerrado para él. Irritado por esa evidencia de la renovada inconstancia de Octaviano, puso rumbo a Tarento. Una vez allí, invitó a Octaviano a unirse a él. En ese momento no estaba seguro de si ayudaría a su colega triunviro en contra de Sexto. Octavia, que acompañaba a Antonio, estaba intranquila ante la posibilidad de que volviese a estallar un conflicto entre su marido y su hermano. Según Plutarco: «Si pasa lo peor —le escribió a su hermano— y estalla la guerra entre vosotros, nadie sabe a quién de los dos deparará el destino la victoria sobre el otro, pero lo que sí es seguro es que mi destino será miserable».[5]

Octaviano entendió el mensaje; es más, probablemente lo había entendido antes de que su hermana le hubiese escrito. Su negativa a encontrarse con su colega había sido tan desacertada como su llamada de socorro. No estaba preparado en absoluto para una guerra contra Antonio y no tenía siquiera una excusa para desearla. Había asuntos que los triunviros debían discutir; por ejemplo, una prórroga del Triunvirato, el cual estaba a punto de expirar. Era evidente que había que celebrar una reunión. La única eventualidad que quería evitar era que Antonio se le uniese en su guerra contra Sexto. Para asegurar su futuro como cogobernador del Imperio tenía que ganar sus propias batallas.

Así pues, se acordó celebrar una conferencia en Tarento. Mecenas viajó desde Roma para llevar a cabo los preparativos y programar la agenda. También era un ministro de cultura extraoficial, porque reconocía la importancia de las artes para promocionar un régimen político. Tenía buen ojo para el talento literario y siempre estaba atento para descubrir nuevos valores. Reunió en torno a él a un grupo de poetas, a los que les concedió libre acceso a su casa de Roma. El más importante de todos ellos era Virgilio, quien en ese momento tenía treinta y pocos años.

Otro miembro del círculo de íntimos era Horacio, de veintisiete años de edad y el favorito de Mecenas. Amante de la vida pacífica, Horacio estaba de acuerdo con el filósofo griego Epicuro en que el placer era el único bien. Completamente exento de vanidad, nos ha dejado breves descripciones de su aspecto rotundo:

> Ven a verme cuando desees reír. Soy gordo y pulcro,
> Mi salud es perfecta, soy un porquero en la piara de Epicuro.[6]

O también:

> De complexión menuda, prematuramente canoso y aficionado al sol,
> Perdía los estribos con facilidad, pero no era díficil de aplacar.[7]

Su eminente patrón, que también era corpulento, le escribió un epigrama en verso: «Si no te amo, Horacio, más que a mi vida, que tu amigo sea tan flaco como una muñeca de trapo».[8]

Era típico de él que Mecenas reuniese un grupo de poetas para que lo acompañasen en el viaje, probablemente por diversión y para gozar de buena conversación, aunque esas personalidades literarias debieron de haber sido presionados para servirle de secretarios. Horacio escribió un alegre poema describiendo el viaje. Después de dos días de viaje tranquilo desde Roma, él y un compañero suyo, profesor de Retórica, llegaron a una marisma infectada de malaria, las Lagunas Pontinas (Julio César planeaba desecarlas, pero eso no se llevó a cabo hasta la década de 1930, por orden de Benito Mussolini). Dejaron la carretera por una noche y fueron transportados en barcaza a través de una marisma.

Después, Horacio se reunió con Mecenas y, al día siguiente, con Virgilio y dos amigos poetas. El grupo se detuvo en Capua (la actual Santa Maria Capua Vetere) y se tomaron la tarde libre para descansar del viaje. Capua era una de las ciudades más ricas de Italia, a la que Cicerón había llamado la «segunda Roma».[9] Contaba con un centro donde se celebraban combates de gladiadores y un magnífico anfiteatro (las ruinas que se pueden ver en la actualidad corresponden a otro muy posterior), donde llegó a luchar Espartaco. Sin embargo, ninguno de ellos estaba interesado en ver esos lugares. Mecenas se fue a hacer ejercicio, mientras Horacio, que tenía una infección en un ojo, y el delicado Virgilio hicieron la siesta, porque «los juegos de pelota son perjudiciales para los ojos inflamados y los estómagos dispépticos».[10]

Algunos días después, cuando las áridas colinas de Apulia (hoy también Pulla, del italiano Puglia), la ciudad natal de Horacio, aparecieron ante sus ojos, los viajeros se refugiaron del calor en una villa de Trivicum (la actual Trevico). Los ojos de Horacio estaban irritados por el humeante hornillo, pero sus ánimos se alegraron ante la perspectiva de un encuentro amoroso.

En esa ocasión, sus esperanzas se frustaron y Horacio tuvo que conformarse con un sueño húmedo.

Aquí, como un tonto redomado, estuve despierto hasta la medianoche
Esperando a una muchacha que había roto su promesa. Al final, el sueño
Me superó, sexualmente excitado. Entonces, las escenas de un sueño
Húmedo salpicaron mi camisón y mi vientre, mientras yo yacía boca arriba.[11]

Los tres días siguientes de viaje en carreta fueron excepcionalmente incómodos y agotadores, porque las carreteras estaban muy estropeadas por la gran cantidad de lluvia caída y que aún seguía cayendo. El tiempo mejoró cuando Horacio y sus amigos se aproximaban a Brindisi, antes de entrar en la elegante ciudad de Tarento y en el mundo de los grandes acontecimientos.

Marco Antonio y Octaviano se encontraron finalmente en el pequeño río Taras, que desembocaba en el mar en un punto entre Tarento y Metaponto, otra ciudad fundada por los griegos. La vista de un ejército acampado pacíficamente en tierra firme y una gran flota anclada en el puerto era espléndida. La idea era que el río separase los dos bandos mutuamente recelosos. Sin que ésa fuese su intención, los triunviros llegaron a la vez. Antonio, que se alojaba en Tarento, se apeó impulsivamente de su carruaje, saltó en solitario encima de uno de los pequeños botes amarrados en la orilla del río y empezó a cruzarlo en dirección a Octaviano.

Octaviano se dio cuenta de que se desprestigiaría si no correspondía inmediatamente a esa demostración de confianza y subió a bordo de otro bote. Los triunviros se encontraron en mitad del río y empezaron a discutir inmediatamente, porque los dos querían desembarcar en la orilla del otro. Octaviano ganó la disputa con el pretexto de que Octavia estaba en Tarento y no la vería si Antonio y él se encontraban en su orilla. Así pues, se sentó junto a Antonio en su carruaje y llegó sin escolta al alojamiento de su colega en la ciudad. Esa noche pernoctó allí sin ninguno de sus guardias.

Ese pequeño incidente no tiene importancia por sí mismo, pero ilustra una diferencia entre los dos hombres. Cuando discutían, siempre era Octaviano el que se salía con la suya. Cuando quería algo, Octaviano solía perseguirlo con una determinación inquebrantable, mientras que Antonio, que se veía a sí mismo como el socio mayor en el Gobierno, tenía la despreocupada autoconfianza para ceder.

Antonio fue finalmente persuadido para apoyar a Octaviano y abandonó la idea de acercarse a Sexto. Se acordó que el Triunvirato, cuyo término había expirado el 31 de diciembre del año anterior, el 38 a.C., debía ser renovado por cinco años más. Los triunviros también rescindieron todo lo que le habían concedi-

do a Sexto y prometieron ayudarse mutuamente. Antonio ofreció 120 barcos de su flota, que era cara de mantener y no servía para su propósito de conquistar el continente asiático. A su vez, Octaviano le prometió cuatro legiones.

Una vez más, los colegas se separaron. Todo el mundo se estaba acostumbrando a que tratados firmados con gran solemnidad se volvieran obsoletos de un momento a otro y no hubo celebraciones como las que rubricaron el acuerdo de Brindisi. No obstante, Antonio hizo acuñar una moneda en Tarento con las efigies de Antonio a un lado y la de Octavia en el otro, una práctica común entre los reyes helenos que deseaban destacar la armonía entre marido y mujer.

Octaviano ya estaba preparado para enfrentarse a Sexto. Le gustó recibir los barcos de su colega, pero no tenía ninguna intención seria de dejarle sus legiones. Eso plantea la cuestión de su buena fe. Estaba claro que Antonio se tomaba su entente en serio, pero el comportamiento de Octaviano le delataba como un astuto oportunista que aprovechaba cualquier ganancia que se le cruzase por delante, dando lo menos posible a cambio.

A lo largo del año 37 y la primavera del 36 a.C., Agripa continuó con sus preparativos en los lagos Averno y Lucrino. Por fin estaba terminada la gran armada. El plan de la campaña era complejo, pero potencialmente devastador. Tres flotas debían zarpar simultáneamente desde Sicilia. Lépido, que había sido despertado de su letargo en África, debía acudir con mil barcos de transporte, setenta buques de guerra, dieciséis legiones y un gran destacamento de caballería de Numidia, recalar en el sur de la isla y conquistar todo el territorio posible. Otra flota, incluyendo los barcos donados por Antonio, zarparía de Tarento y, por último, Octaviano partiría desde Puteoli.

A fin de contrarrestar esa formidable concentración de poder militar y naval, Sexto no pudo reunir más que 300 barcos y diez legiones. A diferencia de sus oponentes, no tenía un suministro inagotable de mano de obra. Sin embargo, sus éxitos hasta ese momento le daban motivos para suponer que podría mantener su dominio de los mares.

Para empezar, la fortuna favorecía a Octaviano. Lépido consiguió desembarcar con éxito doce legiones (gran parte de su ejército) en Sicilia, y rodeó inmediatamente el puerto de Lili-

bea, en la punta occidental de la isla. Si había algo previsible era que su lealtad era imprevisible. Parece que no perdió tiempo en abrir una línea de comunicación amistosa con Sexto para estar preparado por si podía aprovecharse de cualquier eventualidad.

El día 3 de julio se desató el desastre. Los cielos se abrieron y se desencadenó otra tormenta que arremetió contra la flota. Los barcos de Tarento volvieron a puerto en cuanto empezó a arreciar el viento. Octaviano se refugió en una bahía bien resguardada del litoral occidental de Italia, pero el viento se desvió hacia el suroeste y sopló directamente sobre la costa. Ahora era imposible salir de la bahía. Ni los remeros ni las anclas podían mantener los barcos en posición, que chocaban entre sí y contra las rocas. La tempestad duró hasta bien entrada la noche. Se perdieron muchos barcos, y reconstruir la flota requeriría todo un mes. Es muy probable que fuese entonces cuando Octaviano, entre desafiante y desesperado, gritase (según Suetonio): «¡Ganaré esta guerra aunque Neptuno no quiera que la gane!».[12]

Por desgracia, el final del verano ya estaba cerca. Un comandante sensato daría el asunto por zanjado hasta la próxima primavera, sobre todo después de un desastre como ese. En Roma, la gente se estaba poniendo en contra del régimen del triunvirato y a favor de Sexto, y se hizo muy popular una sátira que demostraba el desdén que se le tenía:

> Sufrió una derrota dos veces en el mar
> Y malgastó dos flotas
> Así que ahora para salir victorioso
> Juega a los dados todo el día.[13]

La crítica no era justa. Es cierto que a Octaviano le gustaba jugar en sus horas libres, pero en esos momentos no estaba ocioso. Envió a Mecenas a Roma para que intentase acallar a sus críticos mientras él mismo iba de un lado a otro de Italia y hablaba con colonos veteranos para tranquilizarlos. Se llevaron a cabo denodados esfuerzos para reparar los barcos dañados y colocar quillas nuevas.

Lo cierto es que Octaviano iba a arriesgarse verdaderamente, e iba a ser una de las apuestas más arriesgadas de su vida. No podía permitirse otro invierno de descontento en Roma, así que

se lo iba a jugar todo en la última tirada de los dados. La guerra contra Sexto se reanudaría.

Ahora que Lépido se había establecido sin contratiempos en Sicilia, Octaviano y Agripa previeron que su mejor táctica era encontrar una forma de desembarcar más tropas en la isla con el objetivo de atrapar a Sexto en Mesina. Gracias a la superioridad de sus fuerzas terrestres, sería relativamente fácil aplastarlo o empujarlo hacia el mar. Para conseguir su objetivo tenían que arrastrar a la mayoría de las fuerzas de Sexto a un combate en los mares del norte de Sicilia. Mientras estaba distraído, las legiones de Italia tendrían una oportunidad de cruzar a Tauromenium (la actual Taormina), al sur del estrecho de Mesina, sin oposición, quizá pasando incluso desapercibidos.

Ésa era la idea, pero no funcionó. Lépido transportó sus restantes cuatro legiones desde África, pero por desgracia uno de los escuadrones de Sexto se topó con ellas. Los transportes pensaron que la flotilla era amistosa y se acercaron a ella. Muchos barcos fueron destruidos y dos legiones se ahogaron.

Mientras Octaviano navegaba por el litoral occidental de Italia, la flota de Tarento zarpó desde el puerto de Scylaceum (la actual Squillace o Esquilache, en la suela de la bota italiana). Le acompañaba un ejército que marchaba a lo largo de la costa, cerca de los barcos. Al ver un gran número de velas enemigas en los puertos de Sicilia, Octaviano pensó acertadamente que Sexto debía de estar allí, y por tanto había llegado el momento de que el ejército de Scylaceum embarcase hacia Taormina. Le transfirió el mando de la flota a Agripa y se embarcó hacia Italia para unirse a sus legiones.

Al día siguiente, Agripa se enfrentó a la flota enemiga fuera del puerto de Mylae y ganó el control. Sin embargo, los pompeyanos se retiraron ordenadamente, y como faltaba poco para el anochecer, Agripa decidió que era demasiado arriesgado darles caza. Sexto adivinó inteligentemente que Agripa realizaba las maniobras a ciegas, e inmediatamente después de cenar partió para Mesina con su flota principal, dejando un destacamento de barcos para engañar a Agripa y que pensase que no se había movido de allí. Escondido en el puerto, esperaría la llegada del triunviro y lo cogería desprevenido.

Octaviano, después de haber subido a un sitio elevado para otear el mar y no haber visto rastro del enemigo, embarcó todos los legionarios que pudo en barcos de transporte de tropas y zar-

pó desde Scylaceum hacia el dedo del pie de Italia, el cabo de Leucopatra. Como los barcos de transporte eran vulnerables a los ataques, había pensado cruzar el estrecho al abrigo de la noche, una peligrosa estratagema en esa época anterior al radar, pero era más seguro que arriesgarse a ser interceptado por Sexto. Sin embargo, cuando supo del éxito de Agripa en Mylae, Octaviano decidió, en palabras de Apiano, no «escabullirse en la noche como un ladrón»[14] y prefirió «cruzar en pleno día con un ejército seguro». El final triunfante de la guerra parecía más cercano; Sicilia pronto estaría en sus manos y los días de Sexto como el último republicano en armas estaban contados.

Octaviano recaló en Sicilia, al sur de Taormina, y desembarcó sus tropas. De repente, antes de que el ejército hubiese terminado de levantar el campamento, Pompeyo apareció por el norte con una gran flota. Por la orilla y en paralelo a la flota avanzaba cabalgando su caballería. Entonces, por el sur, apareció marchando la infantería de Sexto. La sorpresa fue total. La caballería acosó a los soldados que aún trabajaban en las fortificaciones medio terminadas, pero la infantería y la flota de Sexto permanecieron atrás. Eso fue un grave error, porque perdieron la oportunidad de obtener una victoria decisiva y capturar al triunviro.

La caída de la noche debía de procurar algún descanso, pero los soldados de Octaviano tenían que terminar de construir sus defensas. Al amanecer, no estaban en condición de luchar debido al agotamiento y la falta de sueño. Era una situación desesperada. Octaviano sabía que tenía que salvar la flota. Tenía que zarpar lo antes posible para que sus barcos no fuesen destruidos uno por uno en las playas, aunque eso significara arriesgarse a entrar en combate con Sexto. Así pues, transfirió el mando de las legiones a Lucio Cornificio, un antiguo partidario suyo que había procesado a Bruto en el 43 a.C. por el asesinato de Julio César y pertenecía a la nueva hornada de políticos que no provenían del círculo mágico de las grandes familias.

Octaviano en persona se embarcó con su flota y fue de un barco a otro en un trirreme rápido y ligero llamado liburnio para alentar a sus marineros y subirles la moral. Una vez que hubo hecho eso, arrió el estandarte de almirante, presumiblemente porque pensaba que estaba en grave peligro; supuso que el anonimato aumentaría sus posibilidades de sobrevivir. Evidentemente, no esperaba ganar ningún combate.

Sexto salió de Mesina al ataque. Se libraron dos combates encarnizados, de los cuales salieron peor parados los barcos del triunviro. Numerosas galeras fueron capturadas o incendiadas, y algunas huyeron a Italia llevando órdenes. Otros tripulantes nadaron hasta la orilla siciliana y fueron capturados o asesinados por la caballería de Sexto o consiguieron llegar hasta la seguridad del campamento de Cornificio. Finalmente, la noche corrió un velo sobre la catástrofe.

Octaviano no sabía qué hacer. Se pasó casi toda la noche entre pequeños botes auxiliares, debatiéndose entre arriesgarse a volver a Sicilia a través de los restos y encontrar a Cornificio o buscar a sus tropas en el continente. Se decidió por la segunda opción y partió en un único barco. Le siguieron muy de cerca, y fue probablemente en ese momento, creyendo que iba a ser capturado,[15] cuando le pidió a un ayudante de confianza, el *eques* Cayo Proculeyo, que estuviese preparado para quitarle la vida. Sin embargo, Octaviano consiguió eludir a sus perseguidores y llegar a la orilla. Su vida ya no corría peligro, pero se encontró completamente solo, con la única compañía de su portaestandarte. Al parecer, se escondió en una cueva durante un rato. Según Dión, cuando pensó en su ejército, aislado y asediado en la costa de Sicilia, le «embargó una gran aflicción».[16] Estaba a punto de perder la guerra y su brillante carrera estaba arruinada.

Sus penalidades no habían terminado. Octaviano estaba andando por la carretera de la costa en dirección a Rhegium cuando vio una flotilla de birremes que se acercaban a la orilla. Bajó a la playa para recibirlos, dándose cuenta justo a tiempo de que eran pompeyanos. Afortunadamente, logró escapar por senderos estrechos y sinuosos, pero se encontró con un peligro nuevo y completamente inesperado: lo atacó el esclavo de uno de sus oficiales a cuyo padre había proscrito. No se conocen los detalles de ese atentado contra su vida, excepto que sobrevivió a él.

Algunos bajaron de las montañas para ver qué ocurría y se encontraron a Octaviano mental y físicamente abatido. Le pasaron de un pequeño bote a otro para evitar ser detectados y le llevaron finalmente con sus legiones, que le estaban esperando.

Octaviano volvió a dar muestras inmediatamente de su característica sangre fría. La comida y la bebida podían esperar. Antes de recibir ninguna asistencia, despachó un liburnio a Sicilia para informar a Cornificio de lo sucedido y envió mensajeros a las montañas para que todos supieran que estaba a salvo.

Con su habitual escrupulosidad, no iba a permitir que una metedura de pata administrativa o una deficiencia en la incomunicación neutralizase esa nueva oportunidad de reaparecer.

La situación parecía mucho más difícil de lo que realmente era. Dos asuntos tenían que solucionarse inmediatamente si se quería recuperar la iniciativa. En primer lugar, sus legiones tenían que llegar a Sicilia como fuese. Eso parecía presentar pocas dificultades en esos momentos, porque Agripa, aprovechándose de su victoria naval, había ocupado algunos puertos al norte de la isla. Así pues, se llevó a cabo con éxito un traslado de las tropas hacia ellos. En segundo lugar, Cornificio, inmovilizado por las tropas de Pompeyo cerca de Taormina, tenía que escabullirse y unirse a Agripa. Eso también se pudo conseguir, aunque para ello hubo que llevar a cabo una ardua marcha por un antiguo torrente de lava árido y polvoriento cerca del Monte Etna.

Habían pasado pocos días desde la debacle de Octaviano, pero se habían vuelto las tornas. En Sicilia, Octaviano era el jefe de veintitrés legiones, 20.000 jinetes y más de 5.000 soldados de armamento ligero. Sus tropas estaban invadiendo la isla, y Sexto retiró su ejército del oeste hacia un enclave en el noreste, que era el único lugar seguro que le quedaba en su dominio insular.

Sexto se dio cuenta de que la única forma de salvar la situación, que se había deteriorado rápidamente, era provocar una confrontación en el mar. El 3 de septiembre, su flota zarpó desde Mesina en dirección norte, dobló Cape Pelorum (el actual Cape Faro) y se unió a la flota de Agripa entre los puertos de Mylae y Nauloco.

Al parecer, Octaviano no jugó un papel destacado en la batalla. Si hemos de creer a Suetonio, sufría algún tipo de crisis psicológica (no es sorprendente teniendo en cuenta todo lo que había pasado), una recaída de su estado de ánimo en Filipos.

> La víspera de la batalla se quedó dormido tan pronto que sus oficiales tuvieron que despertarle y pedirle que señalase el comienzo de las hostilidades. Ése debió ser el momento al que se refería la pulla de Antonio: «No pudo mirar a sus barcos para pasarles revista cuando aún estaban en sus puestos, sino que se acostó pasmado y miró al cielo, sin ponerse de pie para que viesen que estaba vivo hasta que su almirante Marco Agripa hubo derrotado al enemigo».[17]

Las descripciones que nos han llegado de la batalla dicen poco sobre las tácticas de las flotas adversarias, y quizá esa gran melé de aproximadamente 600 barcos era poco más que una multitud de combates individuales de trirreme contra trirreme, mientras, desde tierra firme, la infantería de ambos bandos miraba con temor.

A medida que iba pasando el tiempo, empezó a parecer que Sexto estaba perdiendo más barcos que su adversario, gracias en gran parte al *harpax* de Agripa. Algunas de sus galeras empezaron a rendirse, y los hombres de Agripa lanzaron el peán, o grito de victoria, que fue imitado por los soldados de la orilla. Un retraso provocó la rendición. Uno de los almirantes de Sexto se quitó la vida y los otros se rindieron a Agripa. Sólo diecisiete barcos se salvaron.

Sexto estaba tan asombrado por lo sucedido que no dio órdenes a su infantería, y a resultas de ello todos se rindieron de inmediato. Sexto partió rápidamente hacia Mesina y se cambió su uniforme de comandante en jefe, con su capa azul, por ropas de civil. Cargó todo lo que podía serle útil, incluyendo todo el dinero que tenía, en lo que quedaba de su flota, embarcó con su hija y algunos de su séquito y puso rumbo hacia el este. Tenía la intención de pedirle ayuda a Marco Antonio. Sin embargo, una vez más, y sin duda inconscientemente, estaba siguiendo el ejemplo de su padre, quien, conmocionado por su derrota en Farsalia, huyó para buscar seguridad en Oriente.

La batalla de Nauloco, como fue llamada, había terminado, y con ella la guerra de Sicilia.

Lépido se sentía extremadamente satisfecho consigo mismo. Apartado por Antonio y Octaviano, los últimos años habían sido poco satisfactorios, pero ahora estaba participando en una guerra excelente. Como comandante de un gran ejército, era jefe de Sicilia. Se le presentaba la oportunidad de su vida, y era hora de demostrar su fuerza. Reclamó la isla alegando que había sido el primero en desembarcar en ella y había recibido el mayor número de rendiciones.

Octaviano se enfureció y actuó de una forma característica en él: meticulosa y valiente. Envió a agentes para que investigaran, y se enteró de que los soldados de Lépido le tenían en baja

estima, que admiraban el coraje de Octaviano y estaban exasperados ante la posibilidad de otra guerra civil.

Cuando la situación fue propicia, llegó el momento de llevar a cabo una valiente exhibición de heroísmo personal. Octaviano cabalgó hasta el campamento de Lépido acompañado de algunos jinetes, a los que dejó apostados en las defensas exteriores. Entonces, desarmado y ataviado con una capa de viaje, entró caminando junto con algunos compañeros en el campamento; como escribió un comentarista de la época, «llevando consigo nada más que su nombre».[18] Era una impresionante escena de teatro político, repitiendo sus anteriores incursiones en multitudes potencialmente hostiles. Mientras caminaba a través de las líneas, los soldados con los que se topaba le saludaban.

La batalla de Nauloco había demostrado que a Octaviano aún se le hacía muy difícil sobrellevar la experiencia de entrar en combate, pero que, acuciado por la oposición personal hacia él, no dudaba en poner su vida en peligro. Para él, el valor no era una afirmación de desafío compartido y solidaridad entre colegas, sino un solitario y obstinado acto de la voluntad.

Lépido, alertado por el alboroto, salió precipitadamente de su tienda y ordenó que el intruso fuese expulsado a la fuerza. De pronto, Octaviano estaba en peligro de muerte. Según Apiano, «le golpearon en el peto, pero el arma no llegó a penetrar en la piel y Octaviano escapó corriendo hacia su caballería. Los hombres en uno de los puestos de avanzada se burlaron de él mientras corría».[19]

La humillación fue dolorosa, pero, a las pocas horas, numerosos hombres de Lépido desertaban de él. Lépido se reunió con ellos y les suplicó que le fuesen leales. Cogió algunos estandartes de los legionarios y les dijo que no pensaba soltarlos. «¡Lo harás cuando estés muerto!»,[20] le contestó uno de los portaestandartes. Ahora era a Lépido al que le tocaba humillarse y, atemorizado, soltó los estandartes. Viendo que ya no había nada que hacer, se cambió el uniforme y se dirigió a toda velocidad hacia Octaviano, con espectadores corriendo a su lado como si se tratase de un espectáculo público.

Octaviano era muy capaz de ser cruel y despiadado cuando sus oponentes caían en sus manos; sus acciones hasta entonces habían sido una crítica implícita a la política de clemencia de su padre adoptivo. Sin embargo, en ese momento tomó una decisión que presagiaba un cambio de enfoque.

En ese mismo momento, por primera vez desde que abandonó Apolonia ocho años antes, estaba libre de cualquier amenaza visible a su posición. Sabía que todo el mundo deseaba la paz y la vuelta al estado de derecho. Como demostración de que ése también era su deseo, se puso de pie cuando Lépido acudió a él y le impidió postrarse de rodillas como tenía intención de hacer. No le impuso ningún castigo y le envió a Roma con la ropa que llevaba puesta, como un individuo civil.

Lo más importante de todo fue que Octaviano no lo privó de su prestigiosa posición de *pontifex maximus*, cuyo predecesor había sido Julio César. Perdió, eso sí, su cargo de triunviro y se retiró de la vida pública. Pasó los siguientes veinte años en un confortable retiro en Circeii, un lugar de vacaciones en la playa a unos noventa kilómetros al sur de Roma.

La ciudad estaba erigida junto a un escarpado peñasco y coronada por un templo dedicado al Sol y un faro. Originalmente había sido una isla, y las Lagunas Pontinas se hallaban en el lado de mar. Según la leyenda, en una de las numerosas cuevas del peñasco había vivido la bruja Circe, que convertía a los visitantes en cerdos. Lo cierto es que no era un lugar del todo inapropiado para que pasase sus últimos días uno de los políticos menos carismáticos de Roma.

Cuando hubo reunido todos los ejércitos, Octaviano se dio cuenta de que tenía bajo su mando un total de 45 legiones, 25.000 soldados de caballería, unos 37.000 soldados de armamento ligero y 600 barcos de guerra. No era práctico desmovilizarlos a todos a la vez, porque adquirir tierra en la que pudieran establecerse requeriría tiempo y dinero. En lugar de eso, pagó parte de las donaciones prometidas, concedió honores y perdonó a los oficiales de Sexto.

Los soldados, especialmente los suyos propios, se amotinaron, reclamando el pago completo de todo lo que se les debía y la baja inmediata. En respuesta, Octaviano anunció una campaña contra los ilirios (en la actual Albania), para la cual necesitaría legiones, e incrementó las condecoraciones a los oficiales y los soldados. También llevó a cabo algunos gestos conciliatorios, licenciando a los que habían luchado en Mutina y Filipos y ofreciendo un donativo adicional de 2.000 sestercios. Gracias a todo ello, la tranquilidad volvió a los campamentos.

Después de Nauloco, Sexto Pompeyo se dirigió a toda velocidad hacia el Mediterráneo oriental y, en otro eco misterioso de la huida de su padre en el 48 a.C., se estableció en Mitilene. Sólo nos han llegado informes fragmentarios de sus posteriores movimientos. Parece ser que tenía bastante dinero, porque cruzó a la provincia de Asia, donde consiguió reclutar gran número de soldados. Pronto estuvo al mando de tres legiones.

Antonio mostró poco interés en Sexto, pero se enfadó cuando supo que había ofrecido sus servicios al rey parto. El gobernador de Asia, Cayo Furnio, ofendido por la incursión de Sexto en su provincia, marchó contra él con un gran ejército. Un hombre sensato se hubiera rendido, y a Sexto se le prometió un trato honorable si lo hacía. Inexplicablemente, se mantuvo en sus trece e intentó escapar, pero fue capturado.

El hijo de Pompeyo el Grande había perdido su última oportunidad de sobrevivir. Ya no tenía el más mínimo valor político o militar y no podía esperarse que se comportase inteligentemente. Fue ejecutado en el año 35 a.C., se supone que con la aprobación de Antonio.[21] Tendría unos veintiséis años cuando murió, una edad en la que muchos hombres están iniciando su carrera, no concluyéndola.

¿Por qué Sexto no ganó su guerra? Durante mucho tiempo fue de victoria en victoria. Si hubiese hecho caso al consejo de Menodoro y se hubiese negado a negociar con los triunviros, habría conseguido someter a Italia, presionada por el hambre. Esta biografía podría muy bien ser la suya en lugar de la de Octaviano.

Las antiguas fuentes literarias posteriores retratan a Sexto como un pirata, pero él —y también lo hacían sus contemporáneos— se consideraba un gran noble romano en lucha por sus derechos. Apiano afirma que Sexto no tenía ningún objetivo estratégico discernible y sí una acentuada tendencia a no rematar sus éxitos. La acusación de que tampoco tuvo en cuenta los recursos relativamente limitados de los que disponía en comparación con los de los triunviros (incluso por separado) es acertada. Eso significa que no podía permitirse esperar, porque antes o después iba a ser superado en número.

El joven aspirante al régimen posrepublicano perdió, no tanto por falta de inteligencia o habilidad militar o naval, sino porque fracasó a la hora de pensar concienzudamente.

11

Disparos partos

36-35 a.C.

El botín para el victorioso. Antes incluso de que Octaviano llegase a Roma en septiembre del 36 a.C., el Senado le concedió en votación numerosos honores, permitiéndole escoger si los aceptaba todos o sólo aquellos que él aprobase. El 23 de septiembre cumplió los veintisiete años, y muchos han elegido esa fecha para datar su entrada a la ciudad.

Octaviano aceptó tres honores de entre los que le habían sido otorgados en votación. Los dos primeros eran un festival anual para conmemorar la victoria en Nauloco y una estatua suya recubierta de oro en el Foro, en la que se le representaría vestido tal como entró en Roma y sobre una columna decorada con arietes de barcos. El tercer honor era con diferencia el más importante: la *tribunicia sacrosanctitas*.[1] Eso significaba que la persona era *sacer*, consagrada e inviolable bajo pena de proscripción. Esa protección se le confería a los Tribunos del Pueblo, pero Octaviano no tenía que ocupar el cargo de tribuno, aunque se le concedió además el derecho a sentarse en los bancos de los tribunos durante las reuniones.

Un beneficio más práctico para los ciudadanos fue que Octaviano perdonó los plazos impagados de impuestos especiales, además de las deudas pendientes de los recaudadores de impuestos. Se anunció que los documentos relativos a las guerras civiles serían quemados. La administración del Estado fue devuelta a los magistrados regulares y Octaviano consintió en devolver todos los poderes triunvirales extraordinarios cuando Antonio volviese de Partia.

Octaviano le debía mucho a sus amigos y partidarios y se aseguró de que todos fuesen bien recompensados. A Agripa, que había sido el cerebro de la victoria siciliana, se le concedió un honor sin precedentes: la *corona rostrata*, una corona dorada decorada con arietes de barcos. Tenía derecho a llevarla cuando se celebrase un triunfo. Los sacerdocios fueron repartidos generosamente. Los botines y las tierras colmaron a los amigos del triunviro. A Agripa se le concedieron extensas propiedades en Sicilia y la mano de una de las mayores herederas de Roma, Cecilia, la hija del amigo de Cicerón y multimillonario Tito Pomponio Ático.

Algunos no sabían comportarse con el decoro exigido después del éxito. Cornificio, a quien se le otorgó el Consulado en el 33 a.C., se enorgullecía tanto de sus hazañas en Sicilia que se hacía transportar en la grupa de un elefante cuando salía a cenar fuera.

Es difícil sobrestimar la importancia de la victoria siciliana. Durante sus primeros años de luchas, Octaviano presumía de su relación con Julio César, pero a partir de ese momento no insistió en su condición de *divi filius*. Era quien era por derecho propio.

¿Y Marco Antonio? La victoria de Octaviano sobre Sexto Pompeyo y su adquisición de Sicilia y África de manos del destituido Lépido marcaron un cambio importante en las posiciones respectivas de los triunviros. Los dos rivales de Octaviano por el control de Occidente habían desaparecido.

Esta simplificación del panorama político tenía una consecuencia importante. A pesar de los años de derramamiento de sangre, aún existía una facción republicana, un grupo heterogéneo de recalcitrantes que no estaban dispuestos a aceptar lo que parecía cada vez más el veredicto inmutable de la Historia. Con el final de Sexto Pompeyo, el único refugio que quedaba era Marco Antonio. Eso era así, en parte, porque, comparado con Octaviano, Antonio era el menor de los males. También notaban en él un enfoque más relajado con respecto a la autocracia. Como último recurso, le gustaba llevar una vida muy tranquila. No era un revolucionario, y siempre y cuando pudiese mantener su *dignitas* y *auctoritas*, una preeminencia de respeto e influencia, no tenía dificultad en imaginar un retorno al familiar juego violento de la República.

En la primavera del 36 a.C., Antonio lanzó su invasión largamente planeada sobre Partia. Su tarea era zanjar un asunto mili-

tar largamente postergado, vengar la catástrofe de la batalla de Carrhae en el 53 a.C., la muerte del comandante romano Marco Licinio Craso a manos de los partos y la pérdida de muchos estandartes legionarios romanos. Pocos dudaban que Antonio conseguiría una gran victoria, que sellaría su predominio.

La información se filtró muy lentamente a través de los desiertos orientales. Cuando se libró la batalla de Nauloco, nadie en Italia tenía idea de cómo iba la campaña parta. Entonces, en algún momento del otoño, llegaron partes de Antonio anunciando la victoria. Aunque a Octaviano le hubiera ido muy bien que Antonio hubiese tenido algún contratiempo, los hechos eran los hechos y debía alegrarse.

A Antonio le había llevado años preparar su guerra parta. Después del Tratado de Brindisi, en octubre del 40 a.C., tuvo que afrontar dos desafíos. El primero lo plantearon los partinios, una tribu de Iliria que ocupaba una región escabrosa y montañosa junto al puerto de Dyrrachium y en el origen de la Vía Egnatia, el acceso a las provincias al este de Grecia y Roma. Los partinios, que se habían unido a Bruto y servido en su ejército, estaban en una situación de revuelta. Invadieron Macedonia y se desplazaron hacia el sur, donde fueron capaces de cortar uno de los enlaces de comunicaciones cruciales del Imperio. También capturaron el puerto ilirio de Salona, al norte (el actual Solin, cerca de Split, en Croacia). Antonio envió once legiones, que sofocaron eficientemente la rebelión.

El segundo desafío concernía a los partos, que planteaban una amenaza mucho más seria que una tribu de la colina iliria. Eran muy conscientes de que, cuando algún alto mando romano se tomase un tiempo libre en su lucha contra otros romanos, reuniría todas las fuerzas del Imperio para castigarlos por el desastre de Carrhae. ¿No sería sensato lanzar un ataque preventivo? En la primavera o el verano del 40 a.C., un destacamento de jinetes partos encabezado por Pakûr (Pacorus), el fenomenal hijo del rey Urûd (Orodes), entró en la provincia de Siria y mató al gobernador. La invasión era la mayor amenaza contra el Gobierno romano desde la época del monarca rebelde Mitrídates del Ponto, medio siglo antes.

Por desgracia, tratar con Octaviano y las secuelas de la guerra de Perusia distrajeron a Antonio durante la mayor parte de

ese año. Decidió no tomar la iniciativa, quizá queriendo reservarse para la invasión parta a gran escala. En lugar de eso, envió a uno de sus mejores generales, Publio Ventidio, que había servido con Julio César y entendía la necesidad de rapidez en la guerra.

Ventidio ganó tres grandes batallas en una campaña de dos años, la última de las cuales se libró al noreste de Antioquía, la capital de Siria, el 9 de junio del 38 a.C., en la que Pakûr fue asesinado. El príncipe parto era muy querido en la región siria y Ventidio envió su cabeza a varias ciudades con el objetivo de disuadir a sus colaboradores. Después de haber derrotado y dispersado a los invasores, el general marchó hacia el este y sitió la ciudad de Samosata (la actual Samsat, en Turquía), en el río Éufrates.

El tiempo pasó y se rumoreaba que Ventidio estaba aceptando sobornos para no conquistar Samosata. Antonio decidió ir y concluir personalmente la campaña. Despidió a Ventidio y nunca volvió a requerir sus servicios. Sin embargo, Samosata demostró ser un hueso más duro de roer de lo que Antonio había pensado, así que negoció un acuerdo y volvió a Atenas para pasar el verano del 39 al 38 a.C. Según Plutarco, recibió 300 talentos (un talento era una suma griega de dinero con un valor de unos 24.000 sestercios) a cambio de su partida. Uno se pregunta qué sería esa suma comparada con lo que recibió Ventidio.

La idea de que Antonio asumiese la autoridad moral a causa de la indecencia financiera de un subordinado no parece típico de él. Es mucho más probable que el triunviro estuviese «celoso [de Ventidio] porque éste se había ganado la reputación de haber llevado a cabo una valiente hazaña por su cuenta».[2] Fuese cual fuese la verdad, el deshacerse de un comandante del calibre de Ventidio era un acto de arrogancia y negligencia.

Octaviano no tuvo dificultad en mantenerse al corriente de las actividades de Antonio. Aunque las comunicaciones eran lentas y podían ser complicadas o incluso peligrosas, varios particulares, tanto hombres de negocios como oficiales del Estado, escribían a casa contando noticias y chismes. El triunviro tenía poderes plenipotenciarios, pero se esperaba de él que enviase informes al Senado y tuviese a sus colegas al tanto. Octavia, de vuelta en Roma mientras su marido estaba de campaña, cuidaba a sus seis hijos e hijastros, pero además pugnaba por promover

sus intereses y suavizar las relaciones entre los dos hombres de su vida.

Los primeros informes de Antioquía, amañados por Antonio en su cuartel general, le muestran en plena forma. La invasión de Pakûr era la prueba de que los reinos clientes, que actuaban como amortiguadores entre los partos y el Imperio romano, necesitaban refuerzos. Antonio rediseñó el mapa y asignó grandes territorios a hombres de su confianza, todos ellos asiáticos que hablaban griego: Amintas en Galacia; Polemón en Ponto; Arquelao-Sisinnes en Capadocia; y Herodes el Grande, en el mucho más pequeño pero estratégicamente importante reino de Judea. Como soberano del Imperio romano oriental, necesitaba monarcas que fuesen lo bastante estables como para resistir ataques militares y lo bastante fuertes como para reaccionar eficazmente ante ellos.

El monarca en quien el triunviro más confiaba era la reina de Egipto. Habían pasado casi cuatro años desde que se conocieron. Uno supondría que se habían mantenido en contacto por carta, al menos para tratar de sus gemelos, Alejandro y Cleopatra, que se habían convertido en unos niños sanos y fuertes. Sería incorrecto pensar, sin embargo, que alguno de los dos estaba enamorado; su relación era esencialmente la de dos políticos profesionales que necesitaban hacer negocios con el otro.

Antonio y Cleopatra renovaron su amistad, con cuarenta y cinco y treinta y tres años, respectivamente. Llegaron rápidamente a un acuerdo, y la reina volvió a quedarse embarazada igual de rápidamente. Los recursos de Egipto estarían a disposición del triunviro y, a cambio, Cleopatra recibiría considerables territorios. Éstos incluían unas cuantas ciudades costeras desde el Monte Carmelo en el sur hasta el actual Líbano, parte de Cilicia y otras regiones al norte y al sur de Judea. La reina consideraba de la máxima importancia esa ampliación de su poder. En parte había reconstituido el imperio ptolemaico respecto a como había sido en su apogeo, dos siglos antes.

En Roma, nadie se escandalizó lo más mínimo por esos acontecimientos.[3] La reorganización de Oriente de Antonio tenía mucho sentido, y parecía que, con su habitual acierto a la hora de juzgar a las personas, había escogido a hombres inteligentes y capaces para que fuesen sus reyes clientes. En su antiguo papel de adjunta de Julio César, Cleopatra era una figura conocida por la clase política de Roma, aunque no particular-

mente querida. Obviamente, era una gobernante competente, y no importaba que Antonio se hubiese metido en la cama de su predecesor.

A ojos de Octaviano, sin embargo, la reanudación de la relación era desagradable y amenazadora. Era un insulto a su hermana Octavia. Advirtió con interés que los hijos de Antonio recibieron nuevos nombres en ese momento, y pasaron a llamarse Alejandro Helio (el Sol en griego) y Cleopatra Selene (la Luna en griego). Al ser ilegítimos, los niños no eran herederos romanos ni egipcios, pero el efecto de esos apellidos era conferirles un prestigio cuasi divino.

Más serio y más embarazoso para Octaviano era el hecho de que Cleopatra era casi de la familia. Su corregente, Ptolomeo XV César, era el hijo que ella afirmaba sinceramente haber tenido con Julio César. En su undécimo año, Cesarión era el descendiente biológico, no adoptivo, del dios asesinado, y no pasaría mucho tiempo antes de que pudiese crear problemas si Antonio y su madre le apoyaban.

¿Qué opinión merecía Antonio a sus contemporáneos por ser infiel a su mujer? Esta cuestión no puede contestarse sin conocer las costumbres sexuales romanas.

Los romanos tenían un punto de vista de las relaciones sexuales nada sentimental. El amor romántico, como nosotros lo conocemos, era poco frecuente. Las demostraciones públicas de afecto se reprobaban, así como la actividad sexual excesiva. Marco Porcio Catón, el Censor, que vivió en el siglo II a.C., estableció la pauta convencional del buen comportamiento cuando expulsó a un hombre del Senado por besar a su mujer en la calle.[4]

Un hombre romano, confinado casi invariablemente en un matrimonio de conveniencia (aunque las segundas o terceras nupcias con frecuencia permitían más libertad de elección), no albergaba sentimientos morales de culpa sobre el sexo ni se sentía atado a una relación sexual particular. No habría entendido términos modernos como heterosexualidad u homosexualidad, que categorizan a la gente por su opción sexual. La cuestión era lo que se hacía, no lo que se era.

A juzgar por las fuentes literarias, no importaba mucho si a un marido excitado le gustaba un hombre o una mujer jóvenes. El poeta Horacio, que no era atípico en su época, escribió:

Cuando tu órgano está duro, una criada
o un chico joven del servicio doméstico está a tiro y tú sabes
que puedes asaltarlos inmediatamente,
¿preferirías explotar de la tensión?
Yo no. A mí me gusta tener sexo cuando y donde quiera.[5]

Según Suetonio, tenía el dormitorio forrado de espejos, llevaba allí a prostitutas y chaperos y aumentaba su placer convirtiendo la experiencia sexual en imágenes pornográficas.[6]

Dos preocupaciones principales regían la conducta sexual. En primer lugar, el acto de penetración debía ser llevado a cabo por un ciudadano varón libre, que era el «activo» y no el «pasivo». Para un hombre con esas características, ser sodomizado era vergonzoso y una traición a su masculinidad. Ésa era la razón de que Julio César se ofendiera tanto con la historia de que había sido el amante del rey de Bitinia en su juventud, y la burla de un oponente político de que era «el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres».[7]

En segundo lugar, un adúltero o fornicador debía restringir sus prácticas a los no-ciudadanos y los esclavos, como era el caso de Horacio; los muchachos libres y las mujeres estaban vedados. Aunque hay muchas pruebas de que ésa era una costumbre que los más disolutos practicaban, era esencial que no hubiese ninguna duda sobre la identidad del padre de un ciudadano romano. Fue por eso que Octaviano le ordenó a uno de sus ex esclavos liberados favoritos que se suicidase después de haber cometido adulterio con matronas romanas. Además, no estaba permitido que los genes extranjeros entrasen en el acervo genético romano. Los ciudadanos debían casarse sólo con otros ciudadanos, y casarse con un extranjero estaba muy mal visto. Aunque no era ilegal, era una unión no reconocida legalmente, sobre todo cuando se tenían que nombrar herederos en un testamento.

Lo que todo eso significaba por lo que respecta a Antonio es sencillo: casarse con Cleopatra sería no-romano, pero si quería tener una aventura con ella sería raro que alguien se hubiese quejado de ello. Las mujeres romanas, como Octavia, debían entender las convenciones, y el pasatiempo extramarital de su marido parece no haber puesto a prueba su lealtad hacia él. Era su hermano el que no podía soportar la idea de la traición que para él significaba el enredo de Antonio con una seductora oriental.

A lo largo del otoño y el invierno del 36-35 a.C. se fueron filtrando informaciones desde Oriente. Cartas personales de oficiales y de soldados a sus familias revelaban que los comunicados coronados de laurel de Antonio no contaban la verdadera historia sobre la guerra parta. Es más, Octaviano y la élite política de Roma estaban intrigados por saber que la campaña de Antonio, lejos de ser victoriosa, había estado peligrosamente cerca de la derrota. Así pues, se le encargó a una comisión que investigase cuidadosa y confidencialmente para esclarecer los hechos.

Lo que realmente ocurrió fue que Antonio siguió el plan original de campaña de Julio César y al principio las cosas fueron bien. En lugar de combatir por las llanuras desiertas de Mesopotamia, perseguidos por la caballería parta, y perder lentamente una guerra de desgaste, marchó a través del reino independiente (y esperaba que amistoso) de Armenia. Luego iría hacia el sur e invadiría Media Atropatene (a grandes rasgos, la actual Azerbaiyán), con vistas a sitiar y capturar su capital, Fraata.

Por desgracia, Antonio cometió cuatro errores graves. Al lanzar su ataque en junio, no podía permitirse atrasos si quería evitar que la campaña se prolongara hasta el invierno. Puso su confianza en un tránsfuga parto que, de hecho, estaba espiando para su rey. Para complicar esas equivocaciones, Antonio no consiguió imponer guarniciones ni tomar rehenes del rey armenio Artavâzd (Artavasdes). Quizá no tuvo tiempo o tropas para ello, pero las consecuencias fueron funestas.

El error final de Antonio fue dejar que su lento séquito de equipajes (con todo el equipamiento de asedio necesario para Fraata) viajase a su propio ritmo y con una guardia relativamente ligera. Los partos, bien informados, aparecieron por sorpresa con una fuerza de 50.000 jinetes arqueros e incendiaron y destruyeron todo el equipo de asedio. Después, el rey armenio y sus fuerzas huyeron. Eso era una catástrofe, porque ya no sería posible capturar Fraata, donde Antonio pensaba pasar el invierno. Se vio obligado a volver por donde había venido, soportando incesantes tormentas de nieve. Más de 20.000 hombres, un tercio del ejército, se perdieron durante el mes de marcha hasta Armenia, comparativamente más segura, donde el rey parto no veía sentido a tratar de impedir la retirada romana.

Antonio estaba muy disgustado, y se culpó a sí mismo con toda razón. Hizo cortar toda su vajilla de plata y la repartió entre los soldados, como una prima improvisada para mantenerlos

contentos. Se preparó varias veces para el suicidio, pidiéndole a su portaespadas que fuese su verdugo.[8] Como cualquier buen general, iba por las tiendas de los heridos para consolarlos y, si Plutarco está en lo cierto, sus hombres se daban cuenta de que él necesitaba tanto el consuelo como ellos. Lo «recibían con caras alegres y le daban la mano cuando pasaba, le suplicaban que no dejase que sus sufrimientos le pesasen, sino que se fuera y se cuidara».[9]

El maltrecho ejército llegó finalmente a Siria. Se habían enviado mensajeros por adelantado para pedirle a Cleopatra dinero y ropa para los soldados. Las legiones esperaron junto al mar la llegada de la reina. La autoconfianza de Antonio estaba aún en su punto más bajo y había empezado a beber mucho. Incapaz de soportar la espera, no dejaba de saltar y de correr hacia la orilla para intentar avistar las velas egipcias.

Cleopatra se tomó su tiempo, pero cuando apareció trajo consigo todo lo necesario. Cuando los soldados estuvieron completamente abastecidos, su general regresó a Alejandría para meditar sobre cuál sería el paso siguiente.

En Roma, Octaviano absorbió las noticias de la frustración de su colega. Pensaba que, desde un punto de vista estrictamente militar, Antonio sólo había sufrido un contratiempo. Era serio, desde luego, pero ni mucho menos un desastre total.

No hay constancia de las intenciones secretas de Octaviano. Podría ser que, como muchos políticos, sólo fuese un oportunista inteligente y no albergase la ambición a largo plazo de expulsar a Antonio y convertirse en el único soberano del mundo romano. Sin embargo, la evidencia de su comportamiento (su paciencia y tenacidad, su continuo desinterés por hacer más que lo mínimo para ayudar a su colega triunviro o su crueldad con otros competidores) sugiere un plan secreto.

Sin embargo, Octaviano siempre fue realista y sabía demasiado como para atacar antes de la cuenta. Decidió que lo mejor sería aceptar literalmente el informe de la campaña de su colega y no cuestionarlo. Así pues, se organizaron celebraciones de la victoria, se llevaron a cabo sacrificios y se celebraron festivales. A primera vista, esto convenía a Antonio, el cual, se decía, pronto se creyó su propia propaganda y se convenció de que al escapar de Media y Armenia había triunfado.

Octaviano era consciente de que Antonio necesitaría reemplazar los hombres que había perdido, pero nunca le permitió

reclutar tropas en Italia como tenía derecho a hacer. También estaba decidido a no cumplir su promesa del Tratado de Tarento de enviar a Antonio cuatro legiones a cambio de los barcos que había recibido. Escribió a su colega diciéndole, con sarcasmo velado pero mordaz, que en vista de su rotunda victoria no debería de tener ningún problema a la hora de reclutar los soldados adicionales que pudiese necesitar en su mitad del imperio.

Para añadir agravio al insulto, Octaviano envió a su hermana, que había estado viviendo en Roma desde la última vez que había visto a Antonio en Grecia, para que se uniese a su marido. Se llevó con ella muchas provisiones de ropa para sus soldados, dinero, regalos para el Estado Mayor de Antonio y 2.000 hombres escogidos y espléndidamente equipados con armadura completa para que fuesen su guardia pretoriana (o sea, el cuerpo de guardaespaldas *ex officio* de un general). También la acompañaban setenta barcos de guerra, el remanente de los que Antonio le había dejado a su hermano. Ese gesto aparentemente bondadoso y atento era, de hecho, muy hiriente.

En primer lugar, la provisión de ayuda para las tropas de Antonio revelaba el conocimiento de Octaviano del verdadero resultado de la campaña parta. En segundo lugar, la oferta de 2.000 soldados en lugar de los 20.000 prometidos originalmente era un insulto casi ridículo. En tercer lugar, todo el mundo sabía que Antonio estaba viviendo con Cleopatra, y enviar a su mujer a su encuentro era una indiscreción malintencionada.

Los historiadores generosos han conjeturado que Octaviano quería presionar a su colega para separarlo de Cleopatra. Sin embargo, Octaviano ya sabía de qué pie cojeaba Antonio. Debió de suponer que su colega reaccionaría temperamentalmente y quedaría mal.

Cuando Octavia llegó a Atenas, recibió un breve mensaje de su marido en el que le ordenaba que enviase a los legionarios y todo lo que había traído con ella y volviese a Roma. Su hermano le aconsejó que se mudase de la lujosa casa de Antonio en la capital y se estableciese en su propio hogar independiente. Octavia obedeció la orden, pero declinó el consejo y siguió viviendo en la casa de su marido.

Plutarco presenta el rechazo desde una perspectiva romántica, ofreciendo un relato parcial en el que Cleopatra finge un ataque de nervios para persuadir a Antonio de que eche a Octavia. Esa explicación no es necesaria; la decisión era política y preten-

día ser una respuesta firme a las acciones de Octaviano. Las fuentes literarias consideran a Octavia una figura santa, caracterizada por una «devoción verdaderamente noble y un espíritu generoso».[10] Se puede percibir aquí la mano de los propagandistas de su hermano. Sin embargo, afirmaciones fácticas sobre asuntos que los contemporáneos conocían (y sobre los que no merecía la pena mentir) sugieren que ella hizo todo lo que pudo por salvar su matrimonio. Siguió cuidando de los hijos de Antonio, recibiendo a sus amigos que iban a Roma por negocios y haciendo todo lo posible por obtener lo que ellos querían de Octaviano.

Empezaba a estar claro para todo el mundo menos para los optimistas más empecinados que los triunviros se estaban separando. Sus personalidades siempre habían sido diametralmente opuestas. Octaviano tenía una salud delicada, mientras que Antonio era fuerte y estaba muy en forma. Octaviano era responsable y disciplinado, y Antonio solía emborracharse y trabajaba duramente sólo cuando tenía que hacerlo. Octaviano planeaba y planificaba; Antonio reaccionaba más espontáneamente a los acontecimientos. Octaviano era ferozmente leal con aquellos que confiaban en él, mientras que Antonio no dudaba en traicionarlos. Octaviano rompía a menudo sus acuerdos y Antonio cumplía sus promesas.

Sin embargo, lo que estaba en cuestión no era sólo una relación personal disfuncional, sino filosofías políticas antitéticas, o al menos diferentes maneras de pensar. Antonio era un político de la vieja escuela que simplemente deseaba mantener un papel destacado en la vida pública. Octaviano era un revolucionario que quería poner el mundo al revés.

Por el momento, los triunviros acordaron de manera tácita olvidarse mutuamente y concentrarse en sus propios proyectos. Había suficiente espacio en el Imperio para que no se tropezasen.

12

Occidente es Occidente y Oriente es Oriente

35-34 a.C.

Illyricum era un lugar salvaje y agreste que abarcaba casi toda la costa oriental del mar Adriático. Al norte lindaba con Italia y con el territorio de las tribus panonias que vivían por debajo del río Danubio. Los ilirios eran belicosos, estaban divididos en docenas de tribus y solían dedicarse a la piratería y al saqueo. Para los romanos era desconcertante que un baluarte de la barbarie estuviese tan peligrosamente cerca de la civilizada Italia.

Illyricum estaba completamente cubierta de tupidos bosques y su tierra apenas se cultivaba. Se podían encontrar pequeños claros esporádicos, donde crecía la escanda y el mijo, los alimentos básicos de la población. Aquí y allá, las colinas estaban coronadas por ciudades fortificadas, en las que la gente podía refugiarse en tiempo de guerra. Los ilirios eran pobres, pero, según Dión, «se los consideraba los hombres más valientes de los que tenemos constancia».[1]

Las legiones romanas marcharon por Illyricum por primera vez en el 229 a.C. y la declararon una provincia, pero nunca impusieron su voluntad sobre las indomables tribus. En el 35 a.C., y a pesar de los éxitos de Antonio contra los partos, Octaviano decidió, en su nuevo papel de portador de la paz, que había llegado el momento de restablecer el orden. Italia le estaría agradecida por esa nueva contribución a su seguridad.

Sus motivos, no obstante, no eran sinceros. Necesitaba una guerra para sus propósitos. En primer lugar, quería una excusa

para quedarse con la mayoría de sus legiones por si podía necesitarlas en alguna confrontación futura con Antonio. El ejército de Occidente tenía que estar contrarrestado por otro en Oriente si los dos triunviros querían ser vistos como iguales en autoridad.

Más importante, sin embargo, era que Octaviano sabía que tenía dificultades con su imagen pública. Aunque se había ganado mucho respeto por su resistencia durante la guerra siciliana, todo el mundo sabía que Agripa estaba detrás de la victoria. La opinión pública no había olvidado del todo la invisibilidad de Octaviano en Filipos. Para ponerse al nivel de Antonio, tocado por su fracaso en Partia pero aún preeminente, tenía que anotarse un éxito militar indiscutible y del que fuese totalmente responsable.

A Octaviano le gustaban las ofensivas complicadas, en las que utilizaba ejércitos y flotas para alcanzar diferentes objetivos simultáneos. El plan en la campaña final contra Sexto Pompeyo había implicado a tres flotas y dos ejércitos. Para Illyricum, se decidió de nuevo por una estrategia de tres frentes. Decimos «Octaviano» porque se quiso dar deliberadamente la impresión de que él estaba personalmente al mando y tomaba todas las decisiones importantes. Sin embargo, se sabe que Agripa estuvo presente en la campaña de Illyricum y, al igual que cuando jugó un papel crucial en Sicilia, tal vez podamos percibir su liderazgo.

La flota se trajo del sur de Italia y se le asignó la tarea de eliminar a los piratas que operaban en los puertos ilirios. Simultáneamente, dos ejércitos se congregaron en la frontera de Illyricum con Italia. Uno de ellos, comandado por los *legates* (o delegados) de Octaviano, debía atacar en dirección noreste a las tribus de Panonia. Las legiones restantes, lideradas por su joven comandante en jefe, atacarían hacia el sudeste hasta el valle del río Colapis (el actual Kupa).

El primer objetivo era reducir a los iápodes (o *iapudes*), una fiera tribu que no estaba lejos de la costa. La campaña empezó bien, y algunas fortalezas se rindieron, pero después la marcha se hizo más difícil. Las legiones marchaban por pendientes empinadas y barrancos profundos, a lo largo de los cuales corrían los torrentes. En la capital tribal, Metulum (quizá la actual colina de Viničica, cerca de Munjava), la resistencia de los iápodes se fortaleció.

Octaviano hizo construir un montículo contra la muralla de la ciudad que permitiría a sus soldados tomarla, pero los iápodes

lo socavaron utilizando instrumentos para hacer túneles capturados a los romanos en una campaña anterior. Luego incendiaron los aparatos que los romanos utilizaban para asediar, incluyendo las grandes catapultas que habían bombardeado Metulum con proyectiles y habían golpeado la muralla. Se levantaron dos montículos más y se instalaron cuatro pasarelas para permitir a los romanos acceder a la muralla y asaltar la ciudad, pero los iápodes cortaron los soportes. Las pasarelas se hundieron una tras otra, hasta que sólo quedó una. Los legionarios vacilaron y permanecieron quietos.

En ese momento de crisis en el asalto, Octaviano bajó corriendo de una torre de madera provisional desde la cual había estado dirigiendo las operaciones y le arrebató el escudo a un soldado que dudaba a la hora de pasar. Acompañado por el inevitable Agripa y sus guardaespaldas, irrumpió en la pasarela seguido por sus hombres. Por desgracia, demasiados soldados pasaron a la vez por la pasarela y ésta se hundió.

Octaviano resultó herido, y aunque se rompió una pierna y los dos brazos, sobrevivió y fue protegido por tropas en la muralla que ya habían conseguido pasar.[2] Se extendieron rápidamente más pasarelas, por las que pasaron los soldados. La moral de los defensores flaqueó y la ciudad cayó.

Eso fue una exhibición de notable coraje. En la época clásica, se esperaba que los generales arriesgaran sus vidas junto a sus hombres, aunque estaban rodeados estrechamente de amigos y partidarios y no solían estar en primera línea porque eran necesarios para dirigir la batalla. Liderar un ataque a una ciudad sitiada era una operación extremadamente peligrosa y sólo los comandantes más audaces, como Alejandro Magno, corrían esos riesgos.

Octaviano no era un hombre que se comportase temperamental o espontáneamente, y esa acción era atípica de él. Uno se pregunta si él y sus consejeros estaban esperando por adelantado una oportunidad propicia para llevar a cabo una demostración de valor. Es significativo que en todo momento estuviese muy bien protegido durante el incidente. Además, la gravedad de sus heridas pudo haber sido exagerada, porque no hay constancia de una pausa en el avance del ejército que permitiese la curación de sus heridas.

En todo caso, el valor propagandístico de ese incidente fue considerable y la opinión pública estaba impresionada. El histo-

riador contemporáneo Livio comentó que la «belleza [de Octaviano] se realzó con la sangre y la *dignitas* del peligro en el que se encontró».[3]

A lo largo del año 35 a.C., Octaviano estuvo todo lo pendiente que pudo de las actividades de Marco Antonio en Oriente, o de la falta de ellas. Su peor temor era que a Antonio, que no había estado en la capital desde el 39 a.C. y disponía de tiempo, podía metérsele en la cabeza visitar Roma. Allí sería capaz de eclipsar a Octaviano, que se estaba acostumbrando a considerar la ciudad como su parcela exclusiva. Peor aún, una vez que Antonio estuviese de vuelta en Italia, es difícil imaginar cómo Octaviano podría impedirle en la práctica que reclutase tropas.

Sin embargo, Antonio no fue a Roma. Quizá su presencia fuese necesaria para preparar la reanudación de la guerra partia, aunque la nueva expedición fue pospuesta hasta el 34 a.C. La causa más probable, no obstante, era su relación consolidada con Cleopatra. El triunviro y la reina eran ahora una pareja estable. Se ha sugerido que pudieron llegar a casarse en el 36 a.C., en la época de las asignaciones de tierras de Antonio. Sin embargo, aunque hay constancia de una ceremonia de algún tipo, parece improbable que se unieran en matrimonio, porque tanto los romanos como los griegos desaprobaban con firmeza la bigamia y (como hemos visto) los romanos no reconocían los matrimonios extranjeros. Quizá lo que se consideraba una asociación mística entre la Nueva Isis y el Nuevo Dionisio fue malévolamente tergiversada en Roma como una unión terrenal. En el 35 a.C., la reina dio a luz a su cuarto hijo, el tercero que tuvo con Antonio, un chico a quien pusieron de nombre Ptolomeo Filadelfo.

Mientras echaba raíces en un reinado indefinido como monarca de facto de Oriente, entre los lujos incomparables de Alejandría, Antonio debió de pensar en Roma con disgusto y repugnancia. Podía prescindir de la irascibilidad de la política triunviral. Sus partidarios en la capital eran perfectamente capaces de cuidar de sus intereses sin que él tuviese que acudir personalmente.

Sin embargo, ¿eran ésos los únicos motivos de la continua ausencia de Antonio? Quizá había algo más siniestro que su característica pereza. Estaba llegando información de que el Oriente

se estaba rearmando. Antonio podía desplegar veinticinco legiones, aunque después del desastre de Partia algunas de ellas estaban mermadas en número de soldados. Reclutó cinco legiones, lo que hacía un total de treinta.

Todo esto podía tener perfectamente una explicación obvia e inocente; a saber, que Antonio estuviese planeando una reanudación de la aventura parta y que tenía que reponer sus pérdidas, sobre todo teniendo en cuenta que Octaviano seguía reteniendo las legiones italianas que le había prometido tiempo atrás. Sin embargo, su colega triunviro también estaba invirtiendo mucho en barcos de guerra. Elocuentemente, Antonio acuñó una serie de monedas con el nombre de sus legiones en una cara y un barco de guerra en la otra. ¿Para qué iba a necesitar una gran Armada si no para invadir el imperio de Occidente?

No obstante, si ésa era su idea, su ejecución no sería inmediata, porque las consecuencias de la campaña parta requerían toda la atención de Antonio. En la primavera del 34 a.C., los romanos invadieron Armenia. El rey, que había traicionado a Antonio durante la fallida invasión, se rindió rápidamente y fue tomado prisionero junto a sus dos hijos menores. Quizá le tendieron una trampa, atrayéndolo con la propuesta de un encuentro, y lo raptaron. Por fin habían tenido éxito; tal vez demasiado fácil para sacar provecho de él, pero éxito al fin y al cabo. Armenia se convirtió en una provincia romana y el país se abrió al comercio y a la explotación económica.

Se enviaron informes a Roma, pero el ambiente allí había cambiado desde el 36 a.C. y las festividades insinceras que conmemoraron la «victoria» parta ese año. Octaviano sentía que fingir ya no era apropiado ni necesario, y el Senado y el Pueblo de Roma honraron el indiscutible éxito de Antonio en Armenia con un silencio estudiado y glacial. Al fin y al cabo, los estandartes de Craso seguían aún en manos partas, a los que se habían sumado algunos de Antonio.

De vuelta en Alejandría, sin embargo, era hora de celebrarlo.

Después de haberse ocupado de los iápodes, Octaviano marchó hacia el este para luchar contra las tribus panonias del interior. No está muy claro qué habían hecho para merecer su interés. Dión aporta su deprimente interpretación de los motivos del triunviro: «No tenía nada contra ellos [los panonios], quienes

no le habían ofendido, pero quería que sus soldados practicaran y apoyarlos a expensas de gente extranjera».[4]

Eso tiene sentido, pero también se le pudo haber ocurrido a Octaviano y sus analistas militares que el control de la franja costera de Illyricum no aseguraría por sí solo el predominio de Roma; el dominio permanente requería una frontera defendible. La más obvia era el río Danubio, que bordeaba el extremo noreste y más alejado de Panonia. A la larga, eso significaba que Panonia quizá tendría que convertirse en una provincia romana. Sin embargo, eso era un proyecto a largo plazo; por el momento, Octaviano probablemente quería reconocer el terreno y estimar lo difícil que sería conquistarlo permanentemente.

Las legiones se dirigían hacia la fortaleza panonia de Siscia (la actual Sisak), en la confluencia de los ríos Kupa y Sava. Octaviano esperaba que una demostración de fuerza fuese suficiente para forzar la rendición. Sin embargo, los enfurecidos miembros de la tribu acosaron sin piedad a los romanos. En respuesta, Octaviano incendió las aldeas y los cultivos que encontró y se hizo con todo el botín que pudo.

Siscia era casi inexpugnable al estar rodeada en dos flancos por el Kupa y el Sava, pero en el tercer flanco había una división entre los ríos, fortificada por una empalizada y un foso. Los romanos atacaron simultáneamente por el río y por tierra firme. Los defensores se enteraron de que los romanos habían traído consigo varias tribus que luchaban en su bando. Las noticias los desmoralizaron y no tardaron en negociar la rendición. Entretanto, la flota romana había derrotado a los piratas del Adriático y había ejecutado o esclavizado a las tribus de la costa.

Cuando la estación de las campañas del año 35 llegó a su fin, Octaviano pudo felicitarse por un año exitoso. Dejó una guarnición de dos legiones para controlar Siscia y volvió a Roma para pasar el invierno trabajando en asuntos civiles. Haber derrotado a algunas tribus bárbaras estaba bien, pero apenas carecía de atractivo. Decidió invadir la isla de Britania, siguiendo las breves incursiones de su padre adoptivo diez años antes. Britania se hallaba en el confín del mundo conocido, y su lejanía ejercía una gran fascinación en la psique romana. Su conquista sería un gran triunfo.

Entonces, antes de finales de invierno del 35-34, se filtró un rumor en Roma de que la guarnición de Siscia había sido atacada, así que Octaviano, que entonces tenía treinta años, abando-

nó sus planes y regresó obedientemente a Illyricum. Al llegar descubrió que las fuerzas tribales habían sido rechazadas, por lo que viajó hacia el sur de la provincia, donde se unió a Agripa y dedicó la estación de las campañas a lanzar violentos ataques contra una de las mayores tribus de Illyricum, los dálmatas. Fue muy duro avanzar por esa tierra rocosa e inhóspita. Octaviano recibió en una pierna el golpe de una piedra lanzada con honda que lo postró durante varios días.

A finales del otoño, ya repuesto, volvió a Roma para prepararse para su segundo Consulado, que empezaba el 1 de enero del 33 a.C.

Poco después de su regreso a Egipto, en el 34 a.C., Marco Antonio organizó un evento que a primera vista tenía todo el viso de ser una procesión triunfal. Entró en la ciudad en un carruaje, con sus prisioneros de guerra armenios caminando delante, y se dirigió hasta la plaza central, donde la reina estaba sentada en todo su esplendor, esperándolo. A eso le siguieron banquetes, acompañados por repartos de dinero y comida.

Cuando Octaviano se enteró, lo utilizó sin escrúpulos para criticar a Antonio. Era insólito y ofensivo que un general romano celebrase un triunfo fuera de Roma. Se acumulaban las evidencias de que, de alguna manera, Antonio se estaba convirtiendo en un «nativo», se estaba apartando de su *romanitas*, su «romanidad», y se estaba comportando cada vez más como un gran monarca heleno.

De hecho, Antonio parece haber puesto en escena un exótico espectáculo oriental, no imitando un triunfo. No iba vestido como un general romano, sino que se presentó como una versión humana del dios Dioniso. Iba ataviado con una corona de hiedra en la cabeza y una toga dorada y azafrán. Además, llevaba el *tirso* (un bastón de hinojo rematado por una piña de pino y forrado de vid o de hojas de hiedra que llevaban los seguidores de Dioniso), y se había puesto coturnos, las botas de suela gruesa que los actores utilizaban en el festival de Dioniso en Atenas. Se sabe que iba montado en el «carruaje báquico», arrastrado según mandaba la tradición por grandes felinos, como leopardos o panteras. Al identificarse con la divinidad adecuada, Antonio únicamente seguía su política de establecer una figura pública que atrajese a los habitantes de las provincias orientales.

Pocos días después, presidió una ceremonia aún más inusual, que se llamó las Donaciones de Alejandría. Tuvo lugar en el gran Gimnasio de la ciudad, un espléndido edificio con columnas para entrenamientos atléticos y conferencias filosóficas. Se erigió un reluciente estrado plateado con dos tronos dorados en la *palaistra* (παλαίστρα), el campo de ejercicios al aire libre, o quizá en el espacio cubierto más grande del Gimnasio, el *sphairisterion* (σφαιριστηίον), reservado para juegos de pelota. Antonio y Cleopatra, ataviada como la diosa Isis, se sentaron en los tronos.

Cesarión, que tenía entonces trece años, era oficialmente Ptolomeo XV César y cogobernaba junto con Cleopatra, porque una mujer no estaba autorizada a reinar en solitario. Estaba sentado en un trono más bajo, al lado de Antonio y junto con los otros hijos de la reina.

Cuando todos estuvieron sentados en sus respectivos sitios, Antonio se puso de pie y dio un discurso. Cleopatra, dijo, estaba casada con Julio César, y por esa razón, Ptolomeo César era su hijo legítimo. Esa afirmación absurda estaba dirigida a socavar la posición de Octaviano. Ignoraba la existencia de la mujer de César, Calpurnia, y la aversión romana a casarse con extranjeros. Lo que Antonio quizá tenía en mente era otra unión simbólica o celestial entre dos dioses.

Después empezó a colmar a Cleopatra y a los niños de honores y territorios. Alejandro recibiría Armenia, Media y todas las tierras hacia el este hasta la India; en otras palabras, el imperio parto aún no conquistado. Ptolomeo se convertiría en rey de todos los territorios sirios que ya le habían sido concedidos a Cleopatra y Señor de todos los reinos clientes de Asia Menor. Cleopatra Selene, la hermana gemela de Alejandro, recibió Cirenaica (la mitad oriental de la actual Libia, fronteriza con Egipto) y la isla de Creta. Cesarión fue nombrado Rey de Reyes, y su madre, Cleopatra, Reina de Reyes.

Coincidiendo con ese acontecimiento, Antonio hizo acuñar una moneda, el *denarius* de plata, que ilustraba gráficamente su asociación con la faraona egipcia.[5] Una cara mostraba la efigie calva de Antonio encima de la tiara real de Armenia y la inscripción: «Antonio, después de la Conquista de Armenia». En la otra cara de la moneda había algo escandaloso en una moneda romana: la efigie de Cleopatra, ataviada con una diadema y con joyas en su pelo, acompañada por la proa de un barco. La ins-

cripción rezaba: «A Cleopatra, Reina de Reyes y de sus Hijos que son Reyes».

¿Cuál era la estrategia que subyacía bajo las Donaciones de Alejandría? Antonio no ha dejado sus ideas para la posteridad y las fuentes literarias se limitan sobre todo a reproducir la versión de Octaviano, así que sólo podemos especular.

Es importante tener claro lo que Antonio no estaba haciendo. No le estaba cediendo definitivamente la mitad oriental del Imperio Romano a Cleopatra y a su prole de pequeños Ptolomeos. No era una abdicación. Como triunviro y comandante de los ejércitos de Roma, Antonio seguía siendo la máxima autoridad. Por debajo de él estaban el Senado y el Pueblo de Roma, lo que significa que podía recuperar lo que había entregado.

Las Donaciones estaban acordes con la idea que subyacía a la reorganización previa de Antonio del Oriente. Es decir, era mucho más fácil permitir que los lugareños administraran las provincias orientales (aplicando justicia y recaudando impuestos) en nombre de Roma que si lo hacían las autoridades imperiales. Eso les ahorraría muchos problemas a los romanos, que no contaban con una administración pública permanente, además de ayudarles con el problema de los oficiales públicos corruptos. El Imperio sería mucho más estable si sus habitantes no sentían que vivían bajo una ocupación extranjera.

Sin embargo, algunos comentaristas malintencionados, tanto en ese momento como posteriormente, se hicieron eco de algo más alarmante. Una gran parte de Oriente, el territorio asignado a Antonio como triunviro, estaba siendo agrupado en una única monarquía, de la que Antonio era emperador y Cleopatra la emperatriz. Su ambición a largo plazo era derrocar a Roma. Los rumores solían difundir que el juramento favorito de la reina era «tan seguro como que algún día dictaré sentencia en el Capitolio».[6]

Eso era inverosímil. Antonio tenía un pensamiento convencional y no podía imaginar un fin del dominio romano, y Cleopatra era demasiado realista como para desear más que la confirmación de Egipto como poder dominante en el Mediterráneo Oriental bajo protección romana. Lo más probable es que las Donaciones fuesen un gesto simbólico, una forma de calmar a la opinión pública en Oriente y reunirla bajo Antonio como Dioniso/Osiris y Cleopatra como Isis/Afrodita. De hecho, en la práctica casi no se notó ningún cambio en Siria, Capadocia,

Ponto o Galacia. No se desplegaron hordas de administradores egipcios en Oriente Medio que sustituyesen a las autoridades locales, los oficiales romanos y los recaudadores de impuestos.

Es difícil no estar de acuerdo con los sentimientos que el gran poeta de Alejandría Constantino Cavafis atribuyó a la audiencia de esa ceremonia glamourosa en el Gimnasio.

> Y los alejandrinos corrían ya a la fiesta
> y se entusiasmaban, y aclamaban,
> en griego, y en egipcio, y algunos en hebreo,
> encantados con el bello espectáculo
> a pesar de que ciertamente sabían cuánto valía eso,
> qué palabras vacías eran esos reinos.[7]

13

La Guerra Fría

33-31 a.C.

Durante los cinco siglos que duró la República, los asuntos del Gobierno se llevaban a cabo en el Foro y en sus inmediaciones. Esa plaza rectangular, en la que se alineaban templos dedicados a dioses y héroes, estaba situada en un valle entre la colina Capitolina y la Palatina. En ella se celebraban juicios al aire libre, se reunían los senadores y debatían en el Senado y, en un espacio abierto, se celebraban las asambleas de ciudadanos denominadas comicios (*comitia*, en latín). Se podía pedir dinero prestado y contratar los servicios de las prostitutas. Había estatuas de grandes estadistas encima de columnas y enormes cuadros que ilustraban victorias romanas. A ambos lados del Foro se hallaban dos edificios públicos llamados *basilicas*, que combinaban las funciones de centro comercial y de conferencias.

Con el Segundo Triunvirato y la creciente dominación de la escena política por parte de Octaviano, se podía percibir un cambio gradual. Los asuntos políticos estaban abandonando la ruidosa plaza al aire libre y se trasladaban hacia un complejo de edificios en la colina Palatina, que se había puesto de moda y donde vivían y trabajaban Octaviano y Livia. El término «palacio» deriva de «palatino», el espacio acotado en el que los autócratas tomaban decisiones en privado.

Hoy en día, la colina Palatina es un lugar tranquilo, casi bucólico, a la sombra de altos pinos. Un camino corto pero empinado conduce desde el Foro hasta lo alto de la colina, y allí se encuentra una pequeña extensión de terreno llano salpicado de ruinas, algunas al abrigo de los elementos gracias a techos

modernos. Es un laberinto de calles sombreadas y de rincones ocultos.

Al noroeste del terreno llano se encuentran los edificios que Octaviano y Livia ocuparon durante la mayor parte de sus vidas. En el 36 a.C., una asamblea popular agradecida votó la propuesta de concederle una casa a Octaviano pagada por el Estado. Él ya había comprado una costosa propiedad en el extremo sudoeste de la colina Palatina, pero fue alcanzada por un rayo, y ese presagio persuadió a Octaviano para demoler el funesto edificio y reemplazarlo por un templo dedicado a Apolo. Con su subsidio del Senado compró una casa, o más bien un grupo de casas, justo al lado.

El emplazamiento fue escogido cuidadosamente, porque Octaviano quería que su residencia señalase y expresase su papel en la mancomunidad. Cerca de allí se hallaba una cabaña, construida encima de la toba natural de la montaña, con techo de paja y paredes de cañas y barro.[1] Se decía que había sido la casa de Romulus, el fundador de Roma, y fue cuidadosamente preservada en su honor. Al asociarse estrechamente con los orígenes de Roma, Octaviano le estaba comunicando al mundo romano que él representaba los valores tradicionales, los *mos maiorum* o costumbres de los ancestros.

Era incuestionable que Roma no parecía la capital de un gran imperio. A lo largo de los siglos, la ciudad había crecido desordenada y orgánicamente. No había grandes avenidas y, con excepción del Foro y del Mercado de las Aves (o *forum boarium*), pocos espacios abiertos. La mayoría de las calles no estaban pavimentadas ni eran lo bastante anchas para que un vehículo pudiese adelantar a otro. No había transporte rodado, porque, para eliminar los embotellamientos durante el día, Julio César había restringido su uso después del atardecer, y por las noches retumbaba el estrépito de los carros de madera. En muchas calles casi se tocaban los balcones y los pisos elevados de ambos lados.

Las casas de los ricos no tenían ventanas al exterior, y así podían aislarse del bullicio urbano, como en las casas árabes tradicionales. Las habitaciones estaban agrupadas en torno a uno o más patios abiertos. Los pobres alquilaban habitaciones o se hacinaban en *insulae* de varios pisos (bloques de apartamentos, a

menudo construidos chapuceramente y propensos a sufrir incendios o derrumbes).

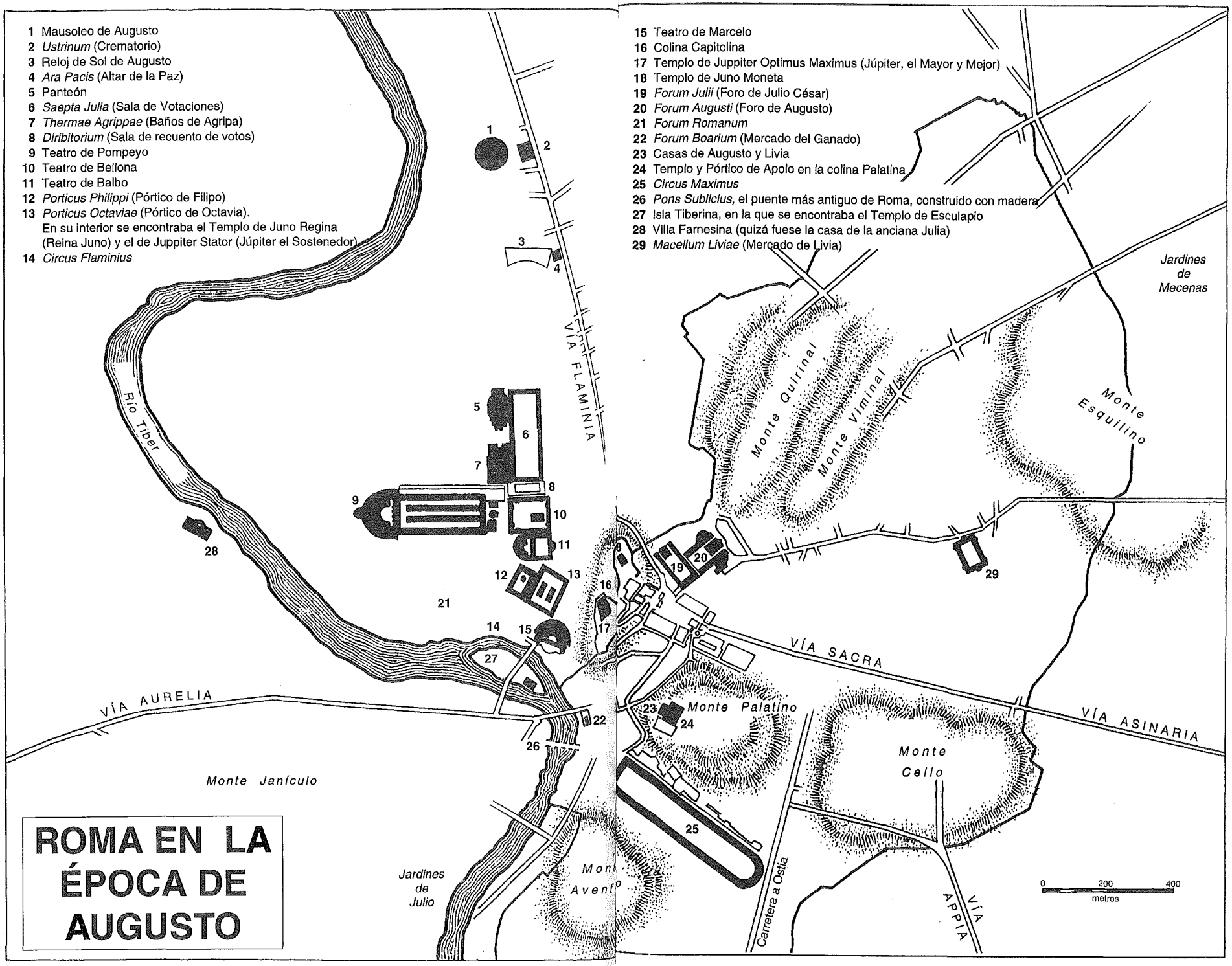
Las tiendas se alineaban en muchas calles principales, normalmente en la planta baja. Solían tener un mostrador de mampostería o de madera para vender los productos y un almacén en la parte de atrás. Se podían comprar toda clase de artículos: joyas, ropa y telas, ollas, cazuelas y libros. Había numerosos bares y restaurantes, que abastecían sobre todo a las clases más bajas, cuyas casas no tenían cocinas adecuadamente equipadas.

Roma era una ciudad en la que predominaban los malos olores. La basura, las aguas residuales y ocasionalmente algún cadáver se tiraban a la calle. Era tan frecuente que los transeúntes fuesen alcanzados por el contenido de los orinales que se vaciaban desde el primer piso o desde el tejado, que se promulgaron leyes que regulaban los perjuicios que podían reclamarse.

La vida en la ciudad era sólo soportable gracias a la gran disponibilidad de agua. Cuatro acueductos de altas arcadas (el primero de los cuales se construyó en el siglo IV a.C.) despuntaban en el paisaje y llevaban agua limpia y fresca de manantiales y lagos que se encontraban a millas de distancia. El agua era transportada hacia las fuentes desperdigadas por Roma, situadas en pequeñas plazas públicas. Los ricos y famosos podían obtener el permiso del Senado para coger agua directamente de los acueductos, mientras que los ciudadanos corrientes se abastecían en la fuente más cercana o se la hacían llevar por un aguador.

Esa abundancia de agua hacía posible uno de los pasatiempos más populares de Roma: los baños públicos. Los baños recibían su propio abastecimiento de agua, y eran muy parecidos a los modernos baños turcos o *hammams*. El precio de entrada era tan bajo que todo el mundo, excepto los más pobres, podía permitírselo. Muchos romanos acudían diariamente a los baños, a menudo a primera hora de la tarde, después de trabajar y antes de la cena. Allí podían encontrarse con amigos y contarse chismes.

En el 33 a.C., Octaviano y Agripa habían vuelto a Roma desde Iliria. Se preguntaron cómo podían darle legitimidad al régimen, cómo persuadir a la opinión pública de que, después de largos años de división, derramamiento de sangre y política de dominación, Octaviano quería gobernar en interés del Pueblo y no en el suyo.


1 Mausoleo de Augusto
2 *Ustrinum* (Crematorio)
3 Reloj de Sol de Augusto
4 *Ara Pacis* (Altar de la Paz)
5 Panteón
6 *Saepta Julia* (Sala de Votaciones)
7 *Thermae Agrippae* (Baños de Agripa)
8 *Diribitorium* (Sala de recuento de votos)
9 Teatro de Pompeyo
10 Teatro de Bellona
11 Teatro de Balbo
12 *Porticus Philippi* (Pórtico de Filipo)
13 *Porticus Octaviae* (Pórtico de Octavia).
En su interior se encontraba el Templo de Juno Regina
(Reina Juno) y el de Juppiter Stator (Júpiter el Sostenedor)
14 *Circus Flaminius*
15 Teatro de Marcelo
16 Colina Capitolina
17 Templo de Juppiter Optimus Maximus (Júpiter, el Mayor y Mejor)
18 Templo de Juno Moneta
19 *Forum Julii* (Foro de Julio César)
20 *Forum Augusti* (Foro de Augusto)
21 *Forum Romanum*
22 *Forum Boarium* (Mercado del Ganado)
23 Casas de Augusto y Livia
24 Templo y Pórtico de Apolo en la colina Palatina
25 *Circus Maximus*
26 *Pons Sublicius,* el puente más antiguo de Roma, construido con madera
27 Isla Tiberina, en la que se encontraba el Templo de Esculapio
28 Villa Farnesina (quizá fuese la casa de la anciana Julia)
29 *Macellum Liviae* (Mercado de Livia)
Río Tiber
VÍA FLAMINIA
VÍA AURELIA
VÍA SACRA
VÍA ASINARIA
Monte Janículo
Monte Quirinal
Monte Viminal
Monte Esquilino
Monte Palatino
Monte Cello
Monte Aventino
Jardines de Julio
Jardines de Mecenas
Carretera a Ostia
VÍA APPIA
0 200 400
metros

ROMA EN LA ÉPOCA DE AUGUSTO

Encontraron la respuesta en su destartalada megalópolis. La inversión en edificios y servicios públicos lograría tres propósitos útiles: aumentaría el esplendor de la ciudad, haciéndola digna de su papel de capital del mundo conocido; elevaría el nivel de la ciudadanía eventual y, por último, la reforma del patrimonio arquitectónico de la ciudad sería la primera evidencia tangible del compromiso de Octaviano de restablecer los antiguos valores de Roma. Apelar a las viejas costumbres era un poderoso medio de apaciguar la naturaleza revolucionaria del Triunvirato.

Octaviano llamó a sus generales para que rubricasen sus éxitos en el campo de batalla reformando algún lugar conocido de Roma a sus propias expensas. Así se embellecieron templos y edificios públicos. El competente comandante Tito Estatilio Tauro construyó el primer anfiteatro de piedra de Roma, en el Campo de Marte. Sin embargo, construir grandes proyectos no era suficiente. El ciudadano medio de Roma debía percibir algún beneficio personal de esas obras públicas. En el 33 a.C., Agripa aceptó el cargo de edil,[2] un paso inusual, incluso una autodegradación, porque anteriormente había prestado servicio como cónsul, el cargo más importante del Estado.

Una de las tareas del edil era encargarse del abastecimiento de agua de la ciudad, de la limpieza de las calles y las cloacas. Agripa reorganizó y reformó el sistema de acueductos, además de encargar la construcción de uno nuevo, el *Aqua Julia.* Algunos años después añadió el *Aqua Virgo,* llamado así porque, cuando unos soldados buscaban agua, una muchacha les señaló el emplazamiento de los manantiales. Hizo construir 500 nuevos *nymphaea,* o fuentes públicas, y espléndidos baños públicos, como los *Thermae Agrippae.* Estaban ricamente decorados con numerosas estatuas y columnas de bronce y mármol. También hizo reparar y limpiar el sistema de cloacas subterráneas de Roma.

El intento de ganar popularidad del régimen era inexorable. Mientras fue edil, Agripa repartió sal y aceite de oliva, imprescindibles para cocinar, y dispuso que los 170 baños de la ciudad estuviesen abiertos gratis todo el año. Presentó muchos festivales y, como los asistentes debían ir acicalados, subvencionó a barberos para que ofreciesen sus servicios sin coste alguno. En los espectáculos públicos se tiraban vales de dinero y ropa a la muchedumbre y se exponían grandes cantidades de artículos para que la gente los fuese cogiendo por orden de llegada. Agripa

pagó todo eso gracias a la fortuna que había amasado de los botines de guerra, de las herencias y de los subsidios de tierras y dinero durante los diez años que había trabajado y luchado con Octaviano.

La concejalía de Agripa señaló de la manera más atractiva y práctica que habían vuelto los buenos tiempos. La calidad de vida en la superpoblada megalópolis mejoró notablemente y las inversiones de Agripa en las infraestructuras de Roma (sin olvidar los edificios públicos encargados o restaurados por otros miembros destacados del régimen) realzaron mucho la imagen de la ciudad. Las obras también dieron empleo a mucha gente en una ciudad con una alta tasa de desempleo. Mientras el triunviro largamente ausente estaba perdiendo el tiempo en Oriente, todo el mundo podía ver las ventajas concretas que el régimen de Octaviano proporcionaba al ciudadano común.

Octaviano estaba preparado para una confrontación final con Antonio. Su carrera desde su aceptación del legado de Julio César sólo tiene sentido si se considera como una búsqueda cuidadosa y sin desvíos del poder absoluto. Un romano ambicioso y típicamente competitivo, lo quería todo para sí; como heredero del soberano más importante de Roma desde la expulsión del rey Tarquinio el Soberbio en el siglo VI a.C., sólo era lo que se merecía. Sin embargo, Octaviano también despreciaba el egoísmo incompetente y licencioso de la clase dirigente, personificado en las políticas destructivas y sin sentido de Fulvia y Lucio Antonio, que habían conducido a la guerra de Perusia, la ausencia política de Sexto Pompeyo y la pérdida de disciplina y concentración de Marco Antonio. Sobre este último se percibe un desdén por un colega de más edad, que debería tener más juicio y, desde el punto de vista de Octaviano, «cuyo comportamiento no era digno de un ciudadano romano».[3]

Paso a paso y a lo largo de años, Octaviano había construido su poder, aprovechando cualquier oportunidad que se le presentase. La campaña iliria era la última pieza del rompecabezas y gracias a ella había ganado el estatus militar que obviamente le hacía falta. La reconstrucción de Roma por Agripa revelaba que él y sus partidarios planeaban una estrategia a largo plazo para el gobierno del Imperio. Sin embargo, si la situación no se llegaba a consumar, la iniciativa podría pasar perfectamente a ma-

nos de Antonio, sobre todo si obtenía finalmente una gran victoria sobre los partos y se cubría de gloria.

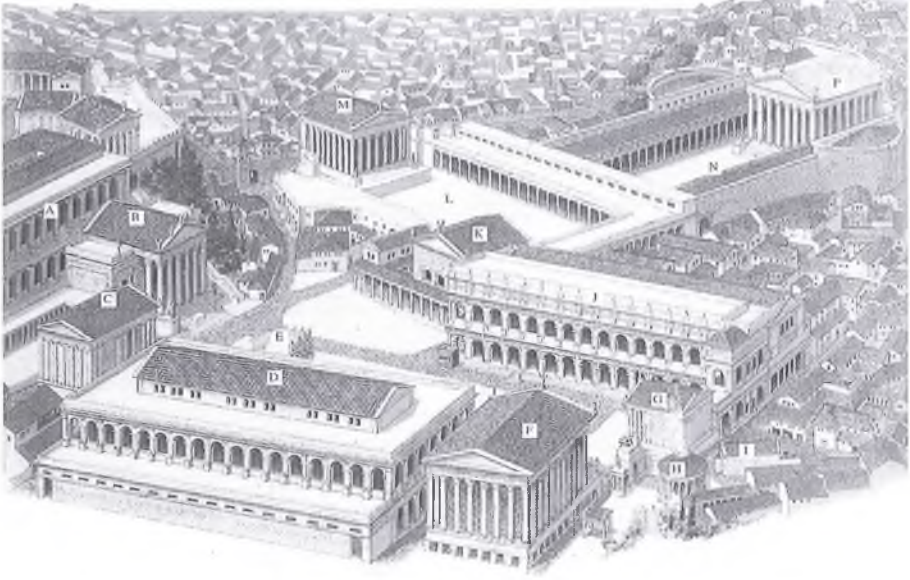
El segundo mandato del Triunvirato expiraba en diciembre del 33 a.C., y a Octaviano le interesaba evitar cualquier riesgo de una renovación amistosa, porque ello consolidaría un *statu quo* al que quería poner fin. Nunca volvería a estar en una posición más fuerte que la que ostentaba en ese momento. En el 33 a.C., Octaviano era cónsul por segunda vez, y a principios de año había pronunciado un enérgico discurso en contra de su colega triunviro, en el que criticaba sus actividades en Oriente. No tenía derecho a matar a Sexto Pompeyo, a quien él hubiese perdonado de buena gana, y se había equivocado al engañar al rey armenio con el propósito de capturarlo. Ese comportamiento había dañado el buen nombre de Roma.

Octaviano también criticó el tratamiento cruel que le había dado a Octavia, su relación con Cleopatra y el haber reconocido a los niños como suyos. Las Donaciones de Alejandría eran inaceptables. Más ofensiva, puesto que estaba dirigida claramente a socavar su posición como heredero de Julio César, era la promoción del joven Ptolomeo César, o Cesarión, como hijo biológico del gran Dictador.

La mayor parte de sus afirmaciones no eran muy convincentes, pero apoyan la opinión de que Octaviano tenía debilidad por Sexto o le importaba un sestercio el destino de un país alejado del cual casi nadie sabía nada. Por lo que respecta a la vida privada de Antonio, siempre había sido pintoresca.

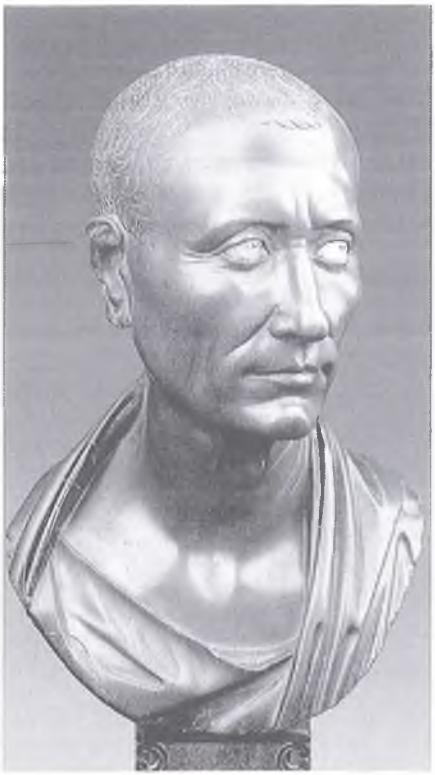
Se publicaron octavillas y cartas, y los enviados viajaban asiduamente entre Roma y Alejandría presentando demandas y reconvenciones. Antonio, disgustado, se mantuvo firme. Se quejó de que no se le había permitido reclutar tropas en Italia, tal como se había acordado abiertamente; de que sus veteranos no habían recibido las tierras que les tocaban por la desmovilización; de que, después de haber derrotado a Sexto Pompeyo, Octaviano se había apoderado de Sicilia sin consultarle; y de que Lépido había sido depuesto arbitrariamente.

El argumento de Antonio era mucho más convincente que el de Octaviano, que había sido sistemáticamente un socio poco fiable. Cuando era necesario comprometerse o hacer concesiones, siempre era el triunviro de más edad y el más razonable el que había cedido. Sin embargo, algunas de las cuestiones que planteaba no eran más que opiniones; por ejemplo, Sicilia esta-



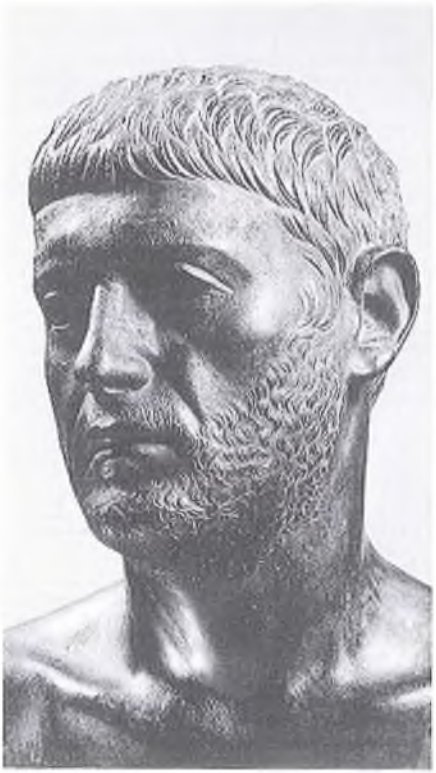
El Foro Romano tal como era a finales de la vida de Augusto. A – *Tabularium*, o archivo. B – Templo de la Concordia. C – Templo de Saturno, donde se hallaba el Tesoro Público. D – *Basilica* Julia, centro comercial y de conferencias. E – La *Rostra*, o tribuna de oradores. F – Templo de Cástor y Pólux. G – Templo del divinizado Julio César, erigido en el emplazamiento de su cremación. H – Templo de Vesta, donde las Vírgenes Vestales cuidaban de una llama eterna y los romanos importantes podían depositar sus testamentos. I – La *Regia*, la sede del *Pontifex Maximus*. J – *Basilica* Aemilia, un centro comercial y de conferencias. K – Curia Julia, la nueva sede del Senado encargada por Julio César. L – Foro de Julio César, terminado en vida del Dictador. M – Templo de Venus Genetrix (Venus, la Madre de los Ancestros del clan Juliano). Aquí colocó César una estatua de oro de Cleopatra. N – Foro de Augusto, que el *princeps* consagró en el 2 a.C. el mismo día que el P – Templo de *Mars Ultor* (Marte el Vengador).

La colina Palatina en la actualidad, donde las ruinas se mezclan con árboles, vista desde el Foro Romano. Aquí vivían los ricos y los distinguidos en el siglo primero a.C. Augusto y Livia tenían casas y dependencias para su personal. En la época del imperio, la colina se convirtió en sede del gobierno y residencia oficial de los emperadores (de hecho, el término «palatino» viene de «palacio»).



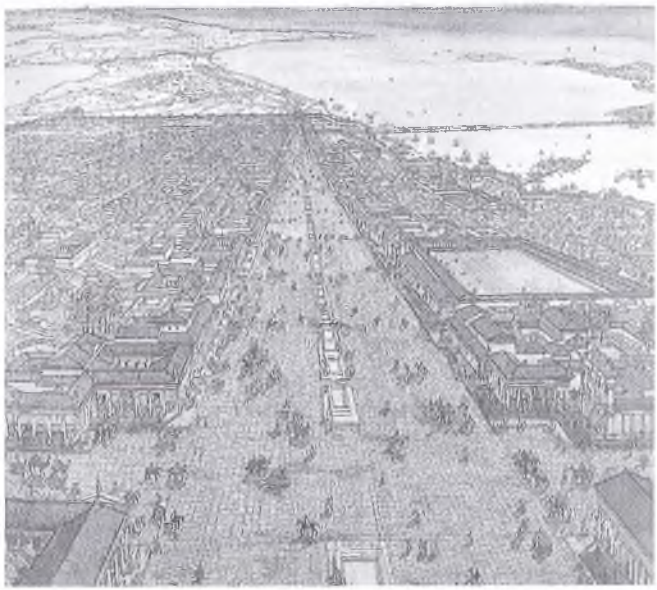
En este busto de basalto verde de Julio César, esculpido unos cincuenta años después de su asesinato en el 44 a.C., se puede apreciar su inteligencia y sagacidad.

Un magnífico busto de Marco Antonio en basalto verde. Hallado en Canopus, en las afueras de la antigua Alejandría, no nos muestra al soldado espontáneo y bebedor, sino a un gobernante reflexivo y noble, el tipo de hombre que Cleopatra quizá hubiese preferido que fuese.

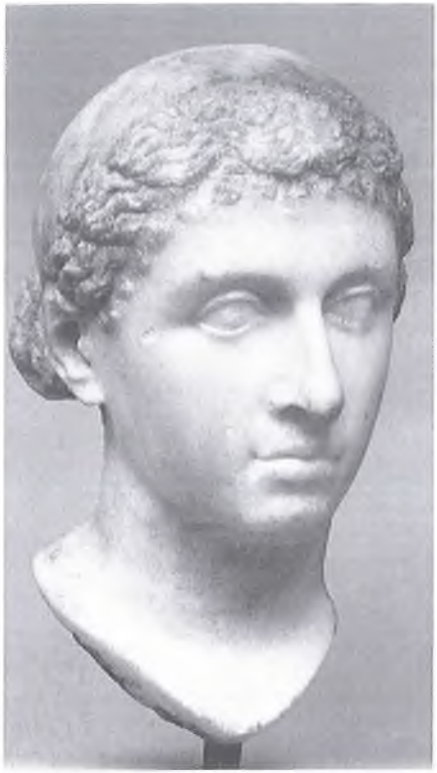


Sexto Pompeyo, el hijo más joven de Pompeyo el Grande, supuso una seria amenaza para Octaviano. Su expresión melancólica y su barba y bigote, que los romanos sólo se dejaban crecer para señalar algún acontecimiento trágico o desgracia personal, sugieren que ese busto de bronce se terminó después de su derrota en Naulochus, en el 36 a.C., y su posterior fallecimiento.

Un barco de guerra romano con soldados a bordo. Este relieve de mármol data del 30 a.C., y el cocodrilo en la proa podría ser una referencia a la campaña naval contra Cleopatra, que culminó en Actium.



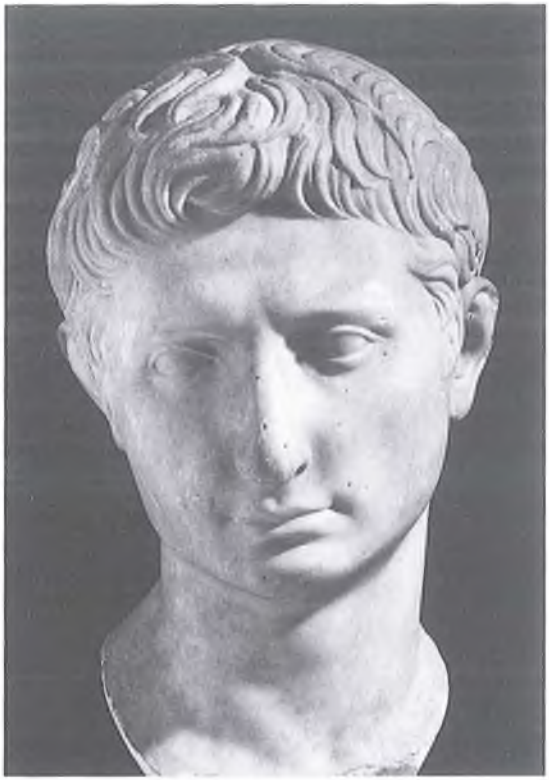
Alejandría tal como era en la Antigüedad. En el centro de la imagen, la Avenida Canopus, una de las principales avenidas de la ciudad. En primer plano se puede ver el cruce cerca del cual se hallaba la tumba de Alejandro Magno. A lo lejos se puede distinguir el Heptastadion, la gran calzada elevada que conducía hasta la isla de Faros y configuraba los dos puertos de la ciudad.

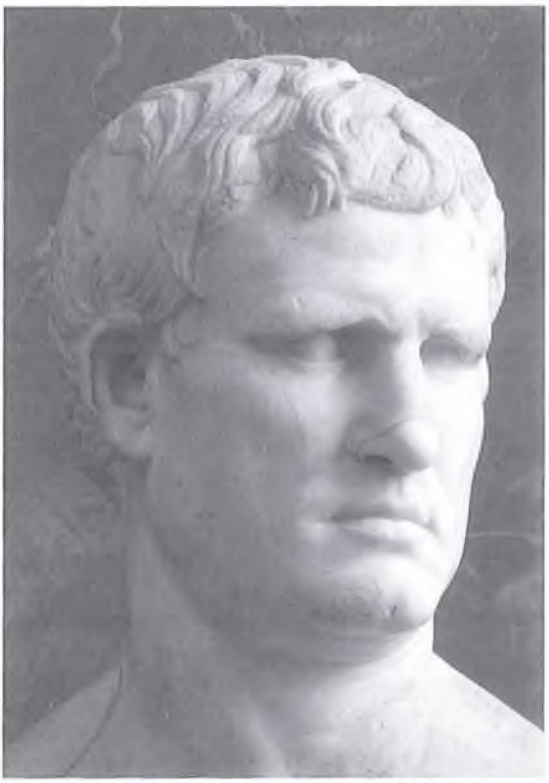


Un busto en mármol de Cleopatra, posiblemente esculpido en Italia cuando ella era joven. Transmite algo del encanto de su personalidad, que cautivó a Julio César.

Octavia, la querida hermana de Augusto. Octavia era una mujer bondadosa, y crió a los hijos de Marco Antonio, incluyendo a los que tuvo con Cleopatra. Nunca se recuperó de la muerte de su hijo Marcelo en el 23 a.C., cuando sólo contaba veinte años. El busto de mármol data del 40 a.C. aproximadamente.

Livia, la esposa de Augusto, en su madurez. Este estudio, esculpido en vida de ella, evoca una mujer eficiente en sus asuntos, discreta pero decisiva.





Augusto y Agripa en la cima de su poder. Estos bustos de mármol fueron esculpidos en el año 20 a.C. Son estudios realistas de carácter e ilustran las diferentes personalidades de ambos hombres: uno astuto y calculador y el otro enérgico y decidido.

El hombre alto en el centro de este relieve ha sido identificado como Agripa. Lleva la cabeza cubierta por un velo en calidad de sacerdote que asiste a un sacrificio ritual. Delante de él caminan dos oficiales religiosos, los *flamines diales*, con sus tocados en punta, y un *lictor*, o guardia ceremonial, portando el *fasces*, un hacha dentro de un haz de cañas. El niño que se agarra de la túnica de Agripa podría ser su hijo Cayo o Lucio. El muchacho mira hacia atrás, donde está su madre Julia. El hombre que camina detrás de ella podría ser Julio Antonio, el hijo de Marco Antonio y futuro amante de Julia. La escultura de piedra proviene del *Ara Pacis Augustae*, o Altar de la Paz Augusta. Inspirado por los frisos del Partenón, fue consagrado en el 9 a.C.

Un busto contemporáneo de Tiberio joven, en la época en que empezaba su distinguida carrera como soldado y empleado público.

El joven Cayo César, el hijo de Agripa y Julia, la hija de Augusto, a quien el *princeps* adoptó y preparó como su sucesor. El busto de mármol data de la época de su Consulado, en el 1 a.C., o de su misión en Oriente.

El hijo menor de Agripa, Agripa Postumo, que nació después de la muerte de su padre, en el 12 a.C. El escultor contemporáneo ha capturado el sentido del peligro y la intensidad de su joven modelo.

Este camafeo de ónice, la *Gemma Augustea*, es un ejemplo del mejor arte propagandístico. Elaborado en el 10 d.C., presenta al *princeps*, de setenta y tres años, como un joven semidesnudo. Está sentado junto a una personificación de Roma, al lado de la cual se halla Germánico, el nieto de Augusto. A la izquierda, Tiberio se apea de un carruaje. En la parte inferior hay una escena de bárbaros derrotados y humillados. La impresión general es de serenidad y éxito. De hecho, el ambiente en Roma era triste y desasosegado, porque Augusto se estaba recuperando de la mayor amenaza a su autoridad durante todo su largo reinado: la pérdida de tres legiones, que el año anterior habían sido destruidas en una emboscada en Germania.

Un fresco que representa la máscara de un actor en una habitación de la casa de Augusto en la colina Palatina, que pudo haber sido su dormitorio. Al *princeps* le gustaba el teatro y, a juzgar por sus últimas palabras, se consideraba a sí mismo como un actor. Antes de morir, le preguntó a los congregados alrededor de su cama: «¿He interpretado bien mi papel en la farsa de la vida?».

Esta imagen de Augusto es una majestuosa declaración en piedra de su *imperium* y su *auctoritas*, su poder y autoridad. Esculpida probablemente en el 15 d.C., un año antes de su muerte, le muestra como un joven apuesto, cuyas facciones eternamente jóvenes combinan características de su auténtico aspecto con rasgos clásicos del dios Apolo, el favorito de Augusto entre los del panteón olímpico. Fue hallado en la villa de su esposa Livia a las afueras de Roma, en Prima Porta.

ba en la parte occidental del Imperio y, una vez capturada, era natural que cayese en poder de Octaviano.

Las acusaciones se volvieron cada vez más personales. Octaviano criticó severamente la afición a la bebida de Antonio y ridiculizó su latín rimbombante y recargado; lo tachó de «loco, porque escribía más para ser admirado que entendido» y lo acusó de haber introducido en «nuestra lengua la fluidez locuaz y sin sentido de los oradores asiáticos».[4]

Antonio dio tanto como recibió. Se burló de los ancestros provincianos de Octaviano y lo acusó de lujurioso, cruel y cobarde. Por ejemplo, la escandalosa fiesta de disfraces a la que asistió ataviado de Apolo y su curioso comportamiento al esconderse en las marismas de Filipos fueron exhumados sin compasión. Antonio lo acusó airadamente, y muy probablemente con razón, de hipocresía sexual.

> ¿Qué te pasa? ¿Es porque me estoy follando a la Reina? No es mi mujer, ¿no es así? ¿No es algo nuevo, no? ¿No hace ya nueve años que esto ocurre? ¿Y qué pasa contigo? ¿Acaso sólo follas con Livia? Habrás tenido mucha suerte si, cuando leas esta carta, no te habrás follado también a Tertulla o Terentilla o Rufilla o Salvia Titisenia o a todas ellas. ¿De verdad importa dónde y a quién le metes tu pene erecto?[5]

¿Qué verdades subyacen bajo esos intercambios bravucones? Los insultos personales dominaron el debate. Los romanos distinguidos solían expresar sus desacuerdos políticos en términos personales injuriosos y aprovechaban los deslices sexuales con entusiasmo. Aunque los insultos fuesen exagerados, tenían que expresar al menos una «verdad» poética para que cualquiera que conociese a los aludidos los tomase en serio.

Ambos triunviros afirmaron representar la restauración de la República y que el otro significaba la tiranía de un solo hombre. Ninguno de los dos decía la verdad. Diez años después del asesinato de Cicerón, la República era algo del pasado, irreversible. La elección estaba únicamente entre dos tipos de autocracia: ordenada y eficaz o despreocupada y escandalosa.

Octaviano estaba cada vez más cerca de un momento peligroso. Intentaba desencadenar una guerra sin asumir su responsabilidad. Por el momento, se marcó objetivos limitados. En primer lugar, tenía que dejar bien clara su posición, anunciar la

inevitabilidad de un enfrentamiento y obligar a los políticos a escoger a qué triunviro pensaban apoyar en la próxima lucha. A la vez, debía movilizar todo el apoyo posible en toda Italia, que podía ser invadida por Antonio.

La carta final de Octaviano en esa guerra verbal le llegó a Antonio en octubre del 33 a.C., cuando estaba en la frontera armenia con Media, haciendo los preparativos para reanudar la guerra parta. Después de leer lo que su cuñado tenía que decirle, Antonio se dio cuenta de que Partia tendría que esperar una vez más. Octaviano rechazaba todas las acusaciones dirigidas en su contra. Concluía su carta con sarcasmo: «Tus soldados no tienen derecho sobre ninguna tierra de Italia. Su recompensa se halla en Media y Partia, las cuales han añadido al Imperio romano gracias a sus valientes campañas al mando de su *imperator*».[6]

Asumiendo que las relaciones con Octaviano se habían roto definitivamente y que, por consiguiente, la guerra era inevitable, Antonio emprendió el largo viaje de vuelta hacia el mar Egeo con una pequeña fuerza de avance y le ordenó a uno de sus generales, Publio Canidio Craso, un seguidor leal y capaz que había combatido con éxito en Armenia, que le siguiese con un ejército de dieciséis legiones. Convocó a Cleopatra, que se unió a él por el camino con un gran cofre que contenía 20.000 talentos (unos 480 millones de sestercios), y la pareja estableció su cuartel general en el puerto de Éfeso, cerca de la moderna ciudad de Selcuk, al sur de Turquía.

A finales de diciembre, el Triunvirato llegó a su fin. El objetivo de Octaviano era mantener su nueva imagen pública como estricto observante de la Constitución. En ese momento no ostentaba ningún cargo gubernamental. En teoría, estaba arriesgándose mucho al desarmarse políticamente de esa forma, pero después de más de diez años como cabeza del Estado había acumulado una *auctoritas* extraordinaria, el poder que provenía de sus buenos resultados y de su habilidad demostrada. Además, en ese momento era el jefe de una clientela multitudinaria y miles de personas le debían favores. Quizá lo más importante de todo era que las legiones de Occidente seguían estando bajo su mando. Así pues, se retiró discretamente de Roma para aguardar acontecimientos.

En enero del 32 a.C., dos nuevos cónsules tomaron posesión del cargo. En la época en que la maquinaria del Triunvi-

rato funcionaba, los cónsules se nombraban para varios años y más o menos equitativamente entre los partidarios de ambos triunviros. Sucedió que ese año los dos cónsules eran partidarios de Antonio.

El cónsul de más edad era Cneo Domicio Ahenobarbo (el apellido significa «barba de bronce»), el aristócrata que había demostrado ser un buen almirante para Bruto y Casio. Su colega era el capaz y decidido Cayo Sosio, un hombre moderno. Como ya era usual en esa época, Cayo Sosio era de provincias, quizá de Piceno, en el norte de Italia.

Los cónsules tenían un encargo importante de Antonio que debían llevar a cabo. A finales del otoño del año anterior, el triunviro les había escrito una carta que debían leer en el Senado cuando jurasen el cargo. Su objetivo era presentar su caso enteramente, con autoridad y persuasión. Probablemente, Antonio volvió a exponer su colonización oriental, sus varias *acta* y, en particular, su grata victoria armenia. Sin embargo, los cónsules tomaron una curiosa decisión y no presentaron el documento como se les había pedido. Dión escribe: «Domicio y Sosio..., que eran extremadamente fieles [a Antonio], se negaron a dar a conocer [el parte] a todo el mundo, aunque el César les instaba a ello».[7] Eso sólo puede significar que, en opinión de ellos, su impacto en la opinión pública, o al menos en el Senado, sería el contrario del que Antonio pretendía. El problema radicaba en una descripción orgullosa, o al menos complaciente, de las Donaciones de Alejandría. Antonio debía de ignorar que la propaganda anti-Cleopatra de Octaviano había sido muy efectiva y que sus referencias a las Donaciones sólo añadirían leña al fuego.

El 1 de febrero, Sosio pasó al ataque. Defendió con firmeza a Antonio en el Senado y propuso una moción de censura contra Octaviano. Su mensaje era que, si había una amenaza para la paz, no era de parte de Antonio, el cual no había dado muestras de agresión hacia su colega.

Aunque un tribuno amigo de Octaviano vetó oportunamente la moción, la intervención de Sosio sacó a Octaviano de su escondite. A mediados de febrero, Octaviano se rodeó de partidarios y veteranos cesarianos y encabezó el viaje de vuelta a Roma. Eso era, de hecho, su Rubicón, porque estaba organizando algo muy parecido a un golpe de Estado. Por propia iniciativa, convocó una reunión del Senado. No tenía ningún derecho a ello, pero los cónsules y senadores asistieron a la sesión.

Octaviano debió de haberse preguntado si él dominaba los acontecimientos o era dominado por ellos. Dión informa de que se rodeó «de un cuerpo de guardaespaldas formado por soldados y amigos, que llevaban dagas escondidas. Sentado en su escaño entre los cónsules, habló largamente y en términos moderados en su propia defensa y lanzó muchas acusaciones contra Sosio y Antonio».[8]

Los cónsules no podían permitir ese triunfo de la fuerza. «Como no se atrevían a responder [a Octaviano] y no podían seguir en silencio»,[9] escribió sarcásticamente Dión, los cónsules se marcharon secretamente de Roma y zarparon hacia Oriente. Los acompañaron entre trescientos y cuatrocientos de los mil senadores de Roma —republicanos o partidarios de Antonio.

Con la poca evidencia disponible es difícil estar seguro de si ese paso fue una jugada maestra o una derrota de Octaviano. A diferencia del ex triunviro, los cónsules podían alegar autoridad política legítima, y aunque los senadores que se habían unido a ellos eran una minoría, no estaba claro cuántos de los que se habían quedado eran partidarios declarados de Octaviano. Los observadores avezados de la escena política habrían visto una semejanza con la huida de Roma de Pompeyo el Grande y la mayor parte del Senado en el 49 a.C., cuando Julio César invadió Italia e inició la primera guerra civil. Ahenobarbo y Sosio podían argumentar que se estaban llevando a «Roma» con ellos.

Parece que Octaviano se sorprendió al enterarse de lo sucedido. Necesitaba neutralizar el desaire y, fingiendo que era lo que siempre había tenido en mente, afirmó que había despachado a los senadores voluntariamente y que cualquiera que quisiese irse tenía su autorización para hacerlo.

Las convulsiones en Roma estaban concentrando prodigiosamente las diferentes opiniones. No había duda de que otra guerra civil estaba a punto de estallar. Por todo el mundo romano, las personas de relieve en el Estado estaban considerando qué partido iban a tomar.

14

Enfrentamiento

32-31 a.C.

Los preparativos de Antonio para la guerra estaban a punto de concluir y pronto sería hora de viajar hacia el este, desde su base de Éfeso hasta Grecia. Por primera vez desde Alejandro Magno, un hombre controlaba toda la fuerza naval de Oriente. Antonio también comandaba un ejército de treinta legiones con 12.000 soldados de infantería ligera y 12.000 soldados de caballería. La mayoría de esos soldados eran orientales, porque Octaviano no le había permitido reclutar en Italia. No eran peores soldados que los legionarios romanos, aunque quizá no fuesen tan leales en una situación de crisis.

A principios del año 32 a.C., era obvio para todo el mundo que Antonio y Cleopatra habían tomado una decisión importante y sumamente polémica. Cleopatra acompañaría a Antonio en su campaña, en la que pensaba implicarse de lleno. Debido principalmente a la propaganda de Octaviano, la Reina se había vuelto muy impopular entre los romanos, que desaprobaban que una potencia exterior interfiriese en sus asuntos. De hecho, su aparición como co-general de un ejército romano provocó aún más el rechazo de la opinión pública.

Cuando Ahenobarbo y los demás llegaron desde Roma, se molestaron por lo que encontraron. El cónsul trataba con cortés antipatía a Cleopatra, negándose a dirigirse a ella como «reina» y llamándola únicamente por su nombre. Ahenobarbo encareció a Antonio que la hiciese volver a Egipto para que aguardase allí el desenlace de la contienda. Herodes el Grande de Judea, un enemigo implacable después de años de despiadado acoso

por parte de la Reina, dio a Antonio un consejo confidencial y cruel. La constante presencia de Cleopatra perjudicaría sus posibilidades: la forma de ganar era ajusticiando a Cleopatra y anexionándose Egipto.[1] Antonio llegó a ordenar su partida hacia Egipto, pero después optó por seguir el camino más fácil y la dejó quedarse. Se decía incluso que Antonio estaba empezando a temerle.

En abril del 31 a.C., la ingente maquinaria militar emprendió el lento viaje hacia Grecia.

La estrategia de Octaviano era sentarse y esperar. Era obvio que Antonio se dirigía a Grecia, y aunque a Octaviano le beneficiaba militar y tácticamente llegar primero, no le interesaba desde el punto de vista político. No quería ser visto como el agresor, lo que ciertamente era, ni como invasor del territorio acordado de su antiguo socio. Eso no armonizaría con su nuevo énfasis en la legalidad ni ganaría para sí a la gente cansada de la guerra. Antonio debía tener la libertad de moverse hacia el oeste y así recibir el oprobio de haber iniciado las hostilidades.

Entretanto, Octaviano tenía que mantener y aumentar su ejército y su flota, y para ello no había otra opción que implantar nuevos impuestos. Se impuso un impuesto sobre la renta severo y sin precedentes (el 25 por ciento de los ingresos anuales), y no tardaron en producirse disturbios. Octaviano cayó a un nivel de impopularidad comparable al de diez años antes, cuando el Triunvirato se había visto obligado a recaudar dinero para la guerra contra Bruto y Casio.

En ese clima de miedo y rabia, Octaviano tomó una decisión audaz. En el 32 a.C., celebró una especie de plebiscito personal en el que la gente debía jurarle lealtad.[2] Algún tiempo después, escribió con orgullo: «Toda Italia [y las provincias occidentales] juraron voluntariamente su lealtad hacia mí y me pidieron que fuese su líder en la próxima guerra».[3] Afirmó que medio millón de ciudadanos se aliaron a él. No hace falta aceptar ese número sospechosamente redondo para reconocer que la operación fue un éxito sorprendente.

Habían pasado menos de cincuenta años desde la Guerra de los Aliados, cuando los pueblos de Italia se levantaron contra Roma para reivindicar sus derechos y se les concedió la plena ciudadanía romana. Octaviano era un provinciano, como mu-

chos de los que administraban su régimen. Los italianos estaban empezando a levantar cabeza después de siglos de dominio romano. Les gustaba el nuevo *statu quo* y no querían que Antonio y su reina oriental lo pusiesen el peligro. La rabia provocada por los nuevos impuestos se estaba apaciguando; algo más que el mero beneficio individual guiaba una creciente autoconciencia italiana, un nuevo patriotismo. Entonces tuvo lugar un inesperado golpe de suerte.

Lucio Munacio Planco había sido uno de los asesores más cercanos a Antonio desde que desertó y se unió a él después de Mutina, en el 43 a.C. Se había dejado llevar por el ambiente de Alejandría. Halagaba descaradamente a la Reina y, a juzgar por un comentarista hostil, estaba dispuesto a humillarse con tal de complacer. Sin embargo, a principios de verano del 32 a.C., Planco empezó a preocuparse mucho por la situación en que se encontraba.

Antonio se divorció finalmente de Octavia en mayo o en junio, y le dijo que se fuera de su casa en Roma. Octavia parece haber sido una mujer afectuosa y maternal. Se fue del hogar familiar llevándose consigo a todos los hijos de Antonio, excepto el hijo mayor que éste había tenido con Fulvia, el adolescente Antilo, quien abandonó Roma para reunirse con su padre en Grecia. Allí reveló a su padre la embarazosa noticia de que Octavia había cuidado de él con suma ternura.

El impacto del divorcio en la opinión pública romana tuvo graves consecuencias para Antonio. No era sólo que se hubiese comportado cruelmente con una amante esposa, sino que además lo había hecho en favor de una reina extranjera. La decisión de abandonarla llamó la atención inoportunamente sobre Cleopatra.

En medio de esa delicada coyuntura, Planco cambió de opinión. Consideró que Antonio tenía más probabilidades de perder en la inminente contienda que su adversario. Era hora de hacer el equipaje. Planco se escabulló de Atenas, donde Antonio y Cleopatra estaban pasando algún tiempo antes de entrar en campaña, y fue hasta Italia intentando pasar lo más inadvertido posible.

¿A qué venía ese cambio de opinión? El abandono de Octavia no era suficiente motivo, aunque sí proporcionaba un pretexto. Planco se dio cuenta del efecto destructivo en la campaña que la presencia de Cleopatra estaba ejerciendo en los partida-

rios romanos de Antonio y consideró que frenaría el empuje de la estrategia militar de Antonio, porque no era muy factible que una reina extranjera ayudase a liderar una invasión de Italia.

Cuando Planco llegó a Roma, se presentó ante Octaviano y le anunció que conocía casi todos los secretos de Antonio. Aprovecharse, en particular de uno de ellos, representaba una gran tentación: en algún momento de los últimos años, Antonio había depositado su testamento en manos de las Vírgenes Vestales, en el pequeño templo circular de Vesta, en el Foro.[4]

Aunque Octaviano intentaba con todas sus fuerzas presentarse como el portaestandarte de los valores tradicionales, ahí había una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Envió un mensaje a las Vírgenes Vestales, pidiéndoles que le entregasen el documento. Ellas se negaron y le respondieron que, si lo quería, tendría que ir personalmente a incautarse de él, y así lo hizo. Antes de anunciar nada públicamente, Octaviano leyó el documento en privado y marcó los pasajes más desfavorables para Antonio. Ésos fueron los que leyó en el Senado. Llamó especialmente la atención el deseo de Antonio de ser enterrado en Alejandría. Su ex cuñado también dejaba herencias a los hijos que había tenido con Cleopatra y reafirmaba que Cesarión era hijo de Julio César.

Esas revelaciones tuvieron un doble efecto. Muchos senadores pensaron que la acción de Octaviano al apropiarse del testamento era «excepcional e intolerable».[5] Sin embargo, el documento era una prueba irrebatible de que el gran general romano se había convertido de alguna manera en un oriental. Eso dio tan mala impresión que incluso los partidarios de Antonio en el Senado votaron para privarle del consulado que se había acordado concederle al año siguiente. Octaviano se dio cuenta de que en esos momentos estaba en una buena situación para declarar la guerra oficialmente.

Sin embargo, el oponente tenía que ser Cleopatra, en parte porque Octaviano necesitaba evitar ser acusado de reanudar la guerra civil a la que afirmaba haber puesto fin, pero también porque no quería que los partidarios romanos de Antonio fuesen sus enemigos declarados, algunos de los cuales podrían desear seguir el ejemplo de Planco.

Los romanos tenían una antigua ceremonia para declarar la guerra. Octaviano fue al templo de Belona, la diosa de la guerra, en el *Campus Martius*, o Campo de Marte. En una franja de tie-

rra delante del templo que estaba considerada oficialmente territorio extranjero se alzaba la pequeña *columna bellica*, o Columna de la Guerra. Los sacerdotes de Belona, llamados *fetiales*, arrojaron lanzas —manchadas con la sangre de un cerdo sacrificado— dentro de este terreno. Cuando el ritual hubo finalizado, Roma estuvo oficialmente en guerra con Egipto.

A grandes rasgos, el promontorio de Actium, en la costa occidental de Grecia, y el golfo interior de Ambracia (Arta) custodiado por él, se parecen mucho en la actualidad a como eran dos mil años atrás.[6] Una lengua de tierra arenosa llena de maleza a pocos centímetros por encima del nivel del mar, Actium se extiende hacia el norte hasta una península montañosa y de mayor tamaño que se bifurca en dos franjas de tierra. Entre ellas, un estrecho, de apenas ochocientos metros de ancho, se abre paso desde el mar abierto hasta el golfo, de 40 kilómetros de largo y un ancho de entre 6 y 16 kilómetros.

Sería un lugar aburrido y un poco lúgubre si no fuese por las espectaculares montañas que se agolpan en el lejano horizonte como las colosales gradas de un teatro griego al aire libre que miran con suficiencia el escenario de Actium. A unos treinta kilómetros hacia el oeste se eleva amenazadora la isla de Leucas, tan cerca del continente que casi lo toca.

Hoy en día, Actium bulle de turistas durante el verano. Los jóvenes llegan al pequeño aeropuerto y llenan el mar de yates. Actium dispone de tres puertos deportivos. Uno de ellos es el Cleopatra, que está en el estrecho desde el cual un observador de hace dos mil años podría haber visto a la Reina de Egipto zarpar en su espléndida galera hacia mar abierto, hacia su destino. Hay tres astilleros, y varias tabernas y bares se alinean en el muelle. Está previsto construir un túnel para unir Actium con el promontorio del norte y el agradable pueblo costero de Preveza.

En el siglo I a.C., las cosas estaban muy tranquilas. Actium era un centro de pesca de perlas y, al ser un pequeño pueblo en el cabo, era una socorrida parada para los viajeros. Cerca de allí, en la orilla, había un antiguo templo erigido quinientos años antes y una arboleda consagrada a Apolo.

A finales del 32 a.C., la mayor parte de la flota de Antonio estaba anclada en el resguardado golfo de Arta. En la parte más angosta del estrecho y mirando al mar, se construyeron dos to-

rres (probablemente donde se hallan en la actualidad las Torres Venecianas), desde donde las catapultas podían lanzar proyectiles y bolas de fuego a cualquier galera que pasase por allí.

Los barcos habían estado transportando a las tropas hasta Grecia durante casi todo el verano y el otoño, y después establecieron una línea defensiva en la costa del Adriático. Un escuadrón defendía Leucas, las carreteras de Actium y las islas del sur, y custodiaba la entrada al golfo de Corinto y al puerto de Patrae (la actual Patrás), donde Antonio y Cleopatra habían establecido su cuartel general. Una guarnición vigilaba el promontorio de Metone, y otro destacamento estaba apostado en el cabo, en Taínaron. También había tropas de Antonio en Creta, y cuatro legiones controlaban la provincia de Cirenaica, al lado de Egipto.

Durante el invierno del 32 al 31 a.C., el ejército de Antonio estuvo repartido entre esas fortificaciones de la costa occidental, desde Corcira hasta Metone, y la mayor parte estaba congregado en Actium.

A primera vista, la estrategia de Marco Antonio es difícil de comprender. En las dos últimas ocasiones en que Grecia había sido el escenario de las operaciones, los generales adversarios habían puesto su atención en el norte del país y en la Vía Egnatia, esa ruta estratégicamente importante hacia Bizancio y el Oriente. Allí había establecido su campamento Pompeyo el Grande en el 49 y el 48 a.C., y Bruto y Casio habían marchado por ella hacia el oeste para encontrar su perdición en Filipos.

Por el contrario, Antonio no dispuso ninguna defensa al norte de Corcira, a 160 kilómetros al sur de la gran carretera. Octaviano podía navegar desde Brindisi y desembarcar fácilmente en Epiro. Algunos sostienen que el objetivo de Antonio era cubrir la ruta hacia Egipto, pero es muy poco probable que Octaviano hubiese puesto en peligro su ejército y su flota para emprender un largo viaje e invadir Egipto mientras Antonio estaba en Grecia. Una incursión egipcia hubiese dejado a Italia desprotegida frente a una invasión e indefensa para hacerle frente. Lo único que se puede afirmar es que el despliegue de Antonio protegería la ruta de escape hacia Egipto en caso de que llegase a ser necesaria.

También se puede aventurar una explicación más convincente. El paso más corto, seguro y práctico desde Grecia hasta Italia era por los puertos del norte, como Dirraquio y Apolonia.

Al ocupar el sur de Grecia, Antonio podía tener la intención de dejar claro a todo el mundo que no pretendía invadir la península italiana. Muchos, incluyendo a sus propios partidarios, se habrían opuesto a tal empresa si Cleopatra lo acompañaba. La idea de una reina extranjera entrando en Roma a la cabeza de un ejército era totalmente inaceptable.

El plan de Antonio sólo puede haber sido el de incitar, o al menos permitir, que Octaviano llevase su ejército a Grecia. La flota en Actium podría entonces moverse hacia el norte y organizar un bloqueo general, impidiendo que las provisiones y los refuerzos llegaran a manos de Octaviano. Una vez que la trampa estuviese cerrada, el comandante más importante del Imperio romano tardaría en presentar una batalla estratégica. Gracias a su ruta de abastecimiento segura desde Egipto, Antonio tendría todo el tiempo del mundo, mientras que su oponente, del que sabía que andaba escaso de fondos, no tardaría en ir también escaso de víveres. Asediado y desesperado por presentar batalla, Octaviano y su ejército serían encauzados a una débil posición defensiva y aniquilados.

El 1 de enero del 31 a.C., Octaviano, que entonces tenía treinta y dos años, volvió a asumir un papel constitucional oficial al emprender su tercer Consulado. El colega que sustituía al excluido Antonio era el talentoso Marco Valerio Mesala Corvino, que había sido republicano. Los cónsules, acompañados de 700 senadores y numerosos *equites*, se dirigieron a Brindisi.

El ejército de Octaviano contaba con menos soldados que el de su enemigo: 80.000 contra 100.000. La diferencia era debida sobre todo al número de tropas auxiliares o ligeras de Antonio. Las legiones de Octaviano eran menos experimentadas que las tropas reclutadas por Antonio en Oriente, las cuales se habían fogueado en la campaña iliria.

Octaviano dejó claro que esperaba que personalidades importantes de Roma acompañasen a su ejército. Polión, de mentalidad independiente y medio retirado de la política, se negó firmemente. Le dijo a Octaviano: «He servido mucho a Antonio y los favores que me ha hecho son bien conocidos. Evitaré vuestra disputa y seré un premio para el ganador».[7] Mecenas se quedó para observar la situación política en Roma e Italia.

La amarga experiencia le había enseñado a Octaviano a res-

petar sus limitaciones como comandante. Nombró a Agripa para que se encargase personalmente de la flota y de la planificación de la campaña en general. Después de haberse enterado de las disposiciones de Antonio, Agripa y Octaviano acordaron un plan de acción que emplearía la rapidez y la sorpresa. Su idea era volver las tornas de Antonio y cazar al cazador.

El primer golpe se asestaría lo antes posible. Antes incluso del final de las vacaciones de invierno o, si era posible, a principios de marzo, Agripa navegaría hacia el sur más de 500 millas hasta el Peloponeso. Su objetivo sería atacar y capturar el fuerte de Metone, firmemente defendido. Desde allí intentaría atacar una a una a las guarniciones de Antonio a lo largo de la costa griega.

Se preveían dos resultados posibles de ese ataque. Uno de ellos podría ser que la línea de abastecimiento a Egipto se viese seriamente comprometida, y poco después escasearían los víveres de los soldados y marineros de Antonio. El tiempo correría entonces en su contra. Otra posibilidad era la de que Antonio se viese obligado a enviar barcos de guerra contra Agripa, debilitando así sus guarniciones navales.

El próximo paso para Octaviano sería llevar a su ejército desde Brindisi a algún sitio cerca de la Vía Egnatia, en el norte. Después debía marchar a toda velocidad hacia el sur para arrinconar a Antonio y evitar que moviese sus tropas fuera de la zona confinada de Actium hacia el centro de Grecia, donde podría hostigarlo de forma abierta y quizá superarlo estratégicamente.

Ése era un plan de una enorme audacia, porque implicaba trasladar una flota por mar abierto (supuestamente, ya que no podía seguir la costa para no ser detectada) y arriesgarse a sufrir una tormenta en el Mediterráneo. La empresa resultó coronada por el éxito, aunque no tenemos los detalles de la secuencia exacta de los acontecimientos. Metone cayó, y Octaviano transfirió inmediatamente y sin ningún impedimento del enemigo o del clima la mayor parte de su ejército a través del Adriático hasta desembarcar en algún lugar entre la Vía Egnatia y Corcira, o quizá en Panormus (el actual Palermo albanés).

Las primeras noticias que llegaron al cuartel general de Antonio y Cleopatra informaban de que el enemigo controlaba Toryne («cucharón» en griego), una pequeña zona situada algunas millas al norte de Actium. El hecho de que la Reina soltase un mal chiste para disimular la consternación general demuestra el nerviosismo que se respiraba en el alto mando de Pa-

trás: «¿Qué hay de terrible en que César Octaviano se haya apoderado de un cucharón?».[8]

Octaviano llegó a Actium y acampó en el promontorio norte. Encontró un emplazamiento ideal, una colina llamada actualmente Mikhalitzi, a unos ocho quilómetros al norte del canal del golfo de Arta. Gracias a sus ciento veinte metros de alto, proporcionaba buenas vistas de los alrededores. Al sur había una zona lo bastante plana como para librar una batalla, si así se decidía.

El lugar tenía dos desventajas. Una de ellas era que no tenía un puerto resguardado de los elementos; el más cercano era la bahía de Comaros, que estaba expuesta a las tormentas del oeste, incluso después de que se hubo construido un rompeolas de protección, del que aún quedan vestigios en la actualidad. Se construyeron murallas desde el campamento hasta la playa, más abajo, para protegerlo de un ataque por sorpresa. La otra desventaja era que el agua debía llevarse desde el río Louros, a un kilómetro y medio hacia el noreste, o desde un par de manantiales en la llanura situada al sur.

Poco después de su llegada, Octaviano hizo formar a su flota en mar abierto y presentó batalla, pero el enemigo, escaso de efectivos y afectado por un bajo rendimiento, declinó prudentemente y no salió de su seguro fondeadero. Antonio tenía problemas para reclutar y mantener remeros. Plutarco afirma que andaba tan escaso de efectivos que los capitanes de sus barcos de guerra estaban «reclutando forzosamente a viajeros, conductores de mulas, segadores y chicos que aún no tenían la edad para entrar en el ejército, de las provincias esquilmadas de Grecia».[9]

Dos días después, Antonio llegó a Patrás acompañado por Cleopatra, que vivía con él en el campamento. Probablemente a finales de abril, Antonio transportó su ejército desde Actium hasta la península del norte y levantó un nuevo campamento frente al de Octaviano. Estaba preparado y ansioso por presentar batalla. Sin embargo, Octaviano ya no quería enfrentarse, porque el indispensable e infatigable Agripa había capturado la isla de Leucas, lo que le proporcionaba un puerto seguro justo al lado del campamento de Antonio. Ahora sería extremadamente difícil que los barcos cargados de suministros desde Egipto que habían conseguido llegar hasta la costa occidental de Grecia pudiesen entrar en Actium.

Eso era un tremendo golpe. Las provisiones escaseaban y Antonio vio que tenía que librarse de esa situación. Cuanto más esperase, más se fortalecería Octaviano gracias al seguro apoyo logístico desde Italia y, al mismo tiempo, su posición no haría más que deteriorarse. Tenía que privar a su enemigo del suministro de agua. Se hizo fácilmente con el control de los manantiales de la llanura de Mikhalitzi y envió un importante destacamento de caballería por el largo camino que bordeaba el golfo de Arta a fin de establecerse por encima del campamento enemigo y cortar de ese modo el acceso al Louros. Sin embargo, Tito Estatilio Tauro, el sagaz general de Octaviano, lanzó un vigoroso ataque por sorpresa y ahuyentó el caballo de Antonio. Uno de sus reyes clientes orientales aprovechó la oportunidad para desertar.

Pasó el tiempo, y la salud de los soldados de Actium empezó a deteriorarse. Las casi inexistentes mareas del Mediterráneo no se llevaban la basura que producía un gran ejército y una flota que ocupaban un espacio reducido con escasos servicios. Durante los largos y cálidos meses de verano, el campamento de Antonio fue asolado por una epidemia, quizá de disentería o de malaria. Murieron muchos hombres y la moral cayó.

Después de semanas de disputas sobre qué debía hacerse a continuación, Antonio lideró un decidido intento de escapar por tierra firme, probablemente a principios de agosto. Simultáneamente, su flota, comandada por Sosio, zarpó al abrigo de una espesa bruma y aniquiló al reducido escuadrón enemigo que bloqueaba la salida del estrecho de Actium. Se supone que el plan consistía en que Sosio se encontrase con Antonio y sus tropas terrestres en algún punto de la costa.

Por desgracia para Antonio, Agripa llegó casualmente al lugar con el resto de la flota y obligó a Sosio a retroceder hacia el puerto. Entonces, Antonio planeó otra estratagema con la caballería (quizá atacar otra vez el suministro de agua de Octaviano), pero fue rechazado. Eso desencadenó la deserción del rey Amintas de Galacia y de sus 2.000 soldados de caballería.

La lealtad decayó. Reyes clientes y senadores romanos siguieron los pasos de Amintas y se escabulleron hacia el campamento de la colina, en Mikhalitzi. La traición más humillante fue la de Domicio Ahenobarbo. Aquejado de fiebre (sin duda contagiado de alguna de las enfermedades que devastaban Actium), se hizo a la mar en un pequeño bote y navegó unas pocas millas hacia el norte hasta la bahía de Comaros. Según Plutarco:

> Aunque Antonio estaba profundamente apenado por la deserción de su amigo, envió sus efectos personales y a sus amigos y sirvientes para que fueran a buscarlo. Domicio falleció casi inmediatamente después, como si hubiese anhelado arrepentirse en cuanto su traición y deslealtad se hicieron públicas.[10]

La magnanimidad de Antonio duró poco. Como sucedía siempre que se ponía nervioso, su crueldad salió a relucir. Atrapó a dos desertores distinguidos y, *pour encourager les autres,** los premió con ejecuciones desagradables. Un rey cliente árabe fue torturado y ejecutado, y un senador desventurado fue atado a unos caballos y descoyuntado.

Antonio comprendió que había que hacer algo si quería evitar el desastre, y pronto. Retiró sus tropas del promontorio del norte hasta Actium y convocó un consejo de guerra.

Desde su campamento, Octaviano podía ver el humo que ascendía desde el fondeadero donde el canal de Actium se desviaba hacia la izquierda y luego hacia la derecha, antes de entrar en el golfo de Arta. En esa gran curva estaba fondeada la flota de Antonio. Las llamas consumían las galeras más pequeñas y todos los cargueros. Era obvio lo que estaba sucediendo. Antonio se estaba preparando para una ofensiva. No tenía suficientes remeros para toda la flota y estaba destruyendo los barcos que no podía utilizar para evitar que cayesen en manos del enemigo. Parecía que se aproximaba el momento del encuentro final entre Antonio y Octaviano.

Un desertor llamado Delio, el que había aconsejado a Cleopatra sobre cómo atraer a Antonio, proporcionó a Octaviano un informe completo de las intenciones de su enemigo: Antonio quería intentar una huida por mar. No era una decisión estúpida. Conducir a un ejército desmoralizado por los escarpados desfiladeros de las montañas Pindo no iba a ser tarea fácil, mientras que la probabilidad de que una buena parte de la flota, tripulada por los mejores legionarios de Antonio, pudiese escapar era bastante alta. Podrían unirse a las once o doce legiones en Egipto y Cirenaica y tener la posibilidad de seguir luchando en un futuro.

El problema que afrontaba Octaviano o, para ser más exactos, Agripa, era cómo reaccionar. En cierto modo, la cuestión era

* En francés en el original. *(N. del t.)*

puramente teórica. Lo que estaba a punto de pasar podía parecer una batalla, pero lo cierto (o eso se dijeron) era que el resultado de la guerra ya estaba decidido. Casi todo el mundo lo sabía y estaba actuando en consecuencia; de ahí la avalancha de deserciones de personalidades relevantes. No importaba mucho si Antonio y Cleopatra conseguían huir. Se ganaría tiempo si eran capturados y ejecutados inmediatamente, pero eso era todo.

La Historia no ha registrado qué planeaban exactamente Octaviano y Agripa, pero podemos suponerlo gracias a las circunstancias y a lo que sabemos que sucedió. No perdieron el tiempo decidiendo que se retirarían si Antonio presentaba batalla en la entrada del estrecho o cerca de ella, por la razón obvia de que perderían la ventaja numérica si luchaban en una franja limitada de agua.

No iban a permitir que la flota de Antonio pasase a través del bloqueo sin oposición, porque entonces sería difícil darle alcance. Además, escapar impunemente le daría a Antonio la iniciativa y eso tendría un impacto negativo en la opinión de las fuerzas armadas y en Italia. Al esperar en mar abierto, Octaviano y Agripa sabían que, antes o después, Antonio se vería obligado a salir y a encontrarse con ellos en las aguas de su elección. Cuando eso sucediese, ellos intentarían superar el flanco de Antonio por el norte (la isla de Leucas impedía realizar esa maniobra por el sur). Después rodearían su reducida flota o lo obligarían a alinear sus barcos, facilitando que sus galeras los rodeasen y destruyesen uno a uno los barcos enemigos.

El balance de fuerzas en el mar favorecía claramente a Octaviano. Aunque la flota de Antonio constaba de 500 barcos cuando se reunió en Éfeso, es poco probable que tuviese en esos momentos remeros suficientes para más de 230 barcos, quizá muchos menos, mientras que Octaviano disponía de más de 400. Las galeras de Antonio eran mayores que las de Octaviano y tenían más remeros, pero es probable que fuesen tan maniobrables o más que las de este último, lo que sin duda le favorecía.

Antonio se vio obligado a aplazar cualquier maniobra, porque el 29 de agosto se terminó el buen tiempo. Siguieron cuatro días de tormenta y de inactividad. El 2 de septiembre se despejó el cielo, y el día amaneció azul y soleado. Las flotas levaron anclas.

Agripa, en quien Octaviano había delegado sabiamente el mando estratégico, embarcó ocho legiones y cinco cohortes pre-

torianas (o sea, unos 40.000 hombres, alrededor de 90 por galera), y los desplegó a un kilómetro y medio del cabo, en Parginosuala y Escilla, a la entrada del estrecho de Actium. Una vez allí, Agripa esperó para ver qué hacía el enemigo.

Antonio dividió su flota, que llevaba 20.000 legionarios y algunos arqueros, en cuatro escuadrones. Uno de esos escuadrones era de Cleopatra, con sesenta barcos en total, incluyendo algunos barcos mercantes. La Reina en persona estaba en su buque insignia, el *Antonias,* en el que también llevaba grandes cantidades de monedas de oro y plata, lingotes y otros objetos de valor. La seguridad personal de la Reina era importante, por supuesto, pero era absolutamente vital que el tesoro de guerra no acabase en el fondo del mar.

El resto del ejército, unos 50.000 hombres, estaba al mando de Publio Canidio Craso, un antiguo partidario de Antonio que había librado campañas con gran éxito en Armenia. Si la flota conseguía escapar, él debía partir, en la medida de lo posible, hacia Macedonia y luego hacia el este.

Antes de partir, Antonio dio a los capitanes de sus barcos la insólita orden de cargar las velas, alegando que eso aseguraría que ningún barco enemigo escaparía. Rara vez o nunca solían izarse las velas en una batalla; eran voluminosas y estorbaban al estibar o reducían la maniobrabilidad cuando estaban desplegadas. Sus hombres estaban consternados, porque se dieron cuenta de que Antonio no confiaba en obtener la victoria y anticipaba la huida.

Delio había informado a Agripa sobre las disposiciones de Antonio, incluyendo su decisión de cargar las velas. Los soldados de los dos ejércitos que se habían quedado en tierra se alinearon en la orilla para observar los acontecimientos en el mar. Los soldados de Octaviano pudieron ver con exactitud lo que Antonio estaba haciendo en el estrecho y pudieron haber informado a sus comandantes de ello, desplazándose con botes o por medio de señales.

Como se preveía, los barcos salieron por el estrecho en fila y después se desplegaron en dos líneas, abarcando de uno a otro cabo. Entonces se detuvieron. El escuadrón de Cleopatra estaba detrás de las filas y no parecía que fuese a tomar parte activa en la batalla.

Antonio aguardó con la esperanza de que el enemigo picara el anzuelo y navegara hacia el estrecho para presentar batalla. La

estratagema fracasó, porque Agripa se negó sensatamente a moverse. Siguió una larga pausa, que duró toda la mañana. Las dos flotas, quizá a una milla de distancia la una de la otra, descansaron sus remos.

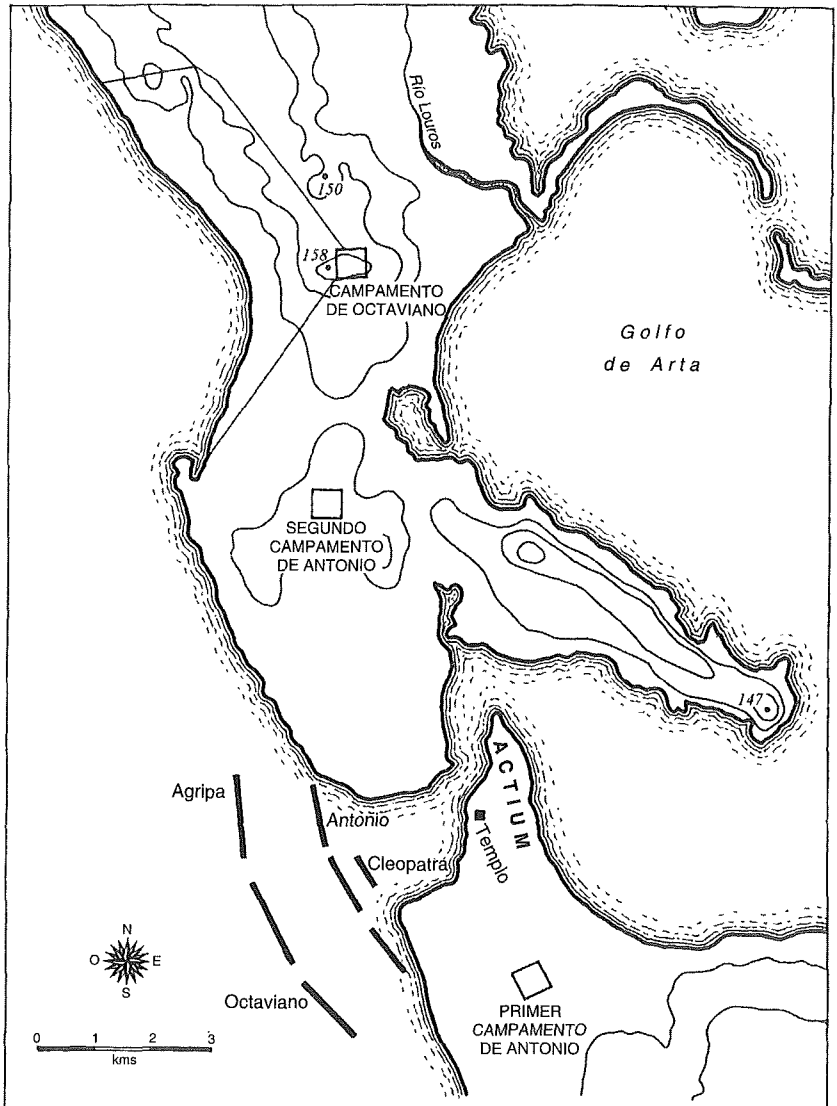
Agripa esperó que Antonio aceptase que su farol no había dado resultado y avanzase a mar abierto, cosa que hizo finalmente, adelantando sus barcos y dejando la relativa seguridad del estrecho. Antonio se colocó en el escuadrón de la derecha, y el ala izquierda se le asignó al competente Sosio.

En ese punto, nuestras fuentes se ciegan por la niebla de la batalla, y sólo se puede pintar una imagen de lo sucedido a grandes pinceladas. Plutarco aporta una buena impresión general de lo que debió de ser la batalla:

> La batalla adquirió el carácter de un combate en tierra firme o, para ser más exactos, el de un ataque a una ciudad fortificada. Tres o cuatro barcos de Octaviano se agruparon en torno a cada uno de los de Antonio, y la lucha se llevó a cabo con escudos de mimbre, lanzas, palos y proyectiles incendiarios, mientras que los soldados de Antonio también disparaban con catapultas desde torres de madera.[11]

Con su superioridad en galeras de guerra, Agripa probablemente separó a su flota en dos filas, mientras que Antonio se vio obligado a una única fila. En los primeros momentos de la batalla, Agripa empezó a avanzar cautelosamente alrededor del flanco norte del enemigo. Los barcos de Antonio respondieron virando hacia el norte y quizá también cambiando su orientación norte-sur a oeste-este. Eso tuvo el efecto deseado de debilitar el centro de Antonio, y en menor grado, también el de Agripa.

Después de dos horas de confrontación, y aunque los barcos de Antonio estaban oponiendo resistencia, Agripa debió de sentirse satisfecho. Era imposible que la línea enemiga consiguiese atravesar el bloqueo. Entonces ocurrió algo asombroso. A primera hora de la mañana, el viento cambió y empezó a soplar hacia el norte, como solía hacer cada día. El escuadrón de Cleopatra, que se había quedado escondido en segundo plano y no participaba en la batalla, izó las velas de repente y se dirigió hacia el debilitado punto central de la batalla, donde había una zona vacía de mar entre los grupos de barcos que luchaban. El barco de la Reina era fácil de distinguir porque tenía la vela morada.



LA BATALLA DE ACTIUM

La nueva dirección del viento implicaba que, una vez que el escuadrón hubiese rodeado Leucas, podía dirigirse hacia el sur a toda velocidad con viento de popa y escapar, superando fácilmente a los barcos sin velas de Octaviano. Antonio liberó inmediatamente algunas galeras de su posición, más al norte. Su buque insignia estaba demasiado involucrado en la batalla para escapar, así que pasó a otro barco y siguió a la Reina con una pequeña flotilla.

Las fuentes antiguas suponen erróneamente que Cleopatra se puso nerviosa y huyó por cobardía, mientras que Antonio la siguió porque estaba perdidamente enamorado de ella. Sin embargo, ése no fue el caso. La orden de cargar las velas y de entrar en batalla con el barco de la reina en la retaguardia, a salvo del desgaste de la contienda, y la coordinación de la huida sugieren que la pareja estaba representando a la perfección un plan cuidadosamente planeado. Aunque Agripa estaba informado gracias a Delio de que estaba prevista una huida general, no esperaba que Cleopatra escapase mientras el resto de los barcos de Antonio lo mantenían ocupado. Agripa había jugado inconscientemente el juego de Cleopatra al navegar al norte para superar el flanco derecho de Antonio, dejándole así espacio para maniobrar.

Se supone que Antonio esperaba que otros barcos de la primera línea de frente también conseguirían escapar, pero estaban muy ocupados rechazando el ataque de la flota de Octaviano, más numerosa. Al cabo de una hora, el viento empezó a soplar con más fuerza, y algunos capitanes de Antonio empezaron a darse por vencidos de la lucha desigual y entregaron sus barcos. Otros se retiraron hacia el estrecho de Actium.

Solía ser difícil para los generales o almirantes saber lo que pasaba a su alrededor en el fragor de la batalla. ¿Había ganado Octaviano o había perdido? Sospechaba que era el vencedor, pero no podía estar totalmente seguro. La luz declinaba, se encrespaba el oleaje, y no siempre era fácil distinguir a los amigos de los enemigos. Si recibía informes del otro extremo del frente de batalla, que probablemente estaba a menos de cuatro millas, no podía confiar en ellos. Como Octaviano estaba aproximadamente en el centro de su fila, habría sido testigo de la partida a toda vela de la Reina, pero no podía saber que Antonio también había abandonado el lugar.

Lo que Octaviano sí vio fue la retirada de algunos barcos enemigos. Durante las guerras contra Sexto Pompeyo, había aprendido por las malas que los almirantes solían verse obligados a pasar la noche en blanco después de una batalla naval. Ahora que Agripa y él probablemente habían conseguido contener con éxito lo que quedaba de la flota de Antonio, querían evitar cualquier riesgo de fuga durante la noche o bajo los primeros rayos de sol. Así pues, aunque era incómodo y peligroso, mantuvieron sus barcos en las radas de Actium durante las horas de oscuridad.

Cuando salió el sol, Octaviano, de vuelta en tierra firme, pudo evaluar el resultado. Vio que había ganado al menos una victoria parcial. Unas 30 o 40 galeras enemigas habían sido hundidas y unos 5.000 soldados de Antonio habían muerto. Los restantes 130 o 140 barcos reconsideraron brevemente su situación, se dieron cuenta de que era desesperada y se rindieron. Sin embargo, un ejército considerable de unos 50.000 hombres aún se mantenía unido gracias al mando de Canidio Craso, que empezó a llevarlos hacia las montañas Pindo y la relativa seguridad de Macedonia. Octaviano sabía que, a no ser que pudiera neutralizarlos de alguna manera, la batalla de Actium sería solamente un breve incidente en la guerra, no el encuentro decisivo, así que marchó detrás de las legiones de Antonio.

Tal como fueron las cosas, resultó que no necesitaba preocuparse. Hasta el día siguiente a la batalla, los soldados no tenían ni idea de que su comandante los había abandonado. Los hombres deseaban verle y estaban seguros de que acabaría apareciendo, pero los días pasaron sin el menor rastro de él y su confianza se vino abajo. Había llegado la hora de llegar a un acuerdo con el vencedor. Fundamentalmente, los soldados exigían ser tratados como si hubiesen luchado en el bando ganador. Después de una semana de duras negociaciones, Octaviano accedió a no disolver las legiones y, lo más importante de todo, les prometió concederles las mismas recompensas que al ejército victorioso.

Una vez cerrado el acuerdo, ni Canidio ni otros oficiales importantes querían que se los vinculase con él. Una noche abandonaron secretamente el campamento y se dirigieron apesadumbrados hacia donde se encontraba Antonio.

15

Una larga despedida

31-30 a.C.

No tardaron en llegar hasta Octaviano las noticias sobre las actividades de Antonio y Cleopatra después de Actium. Tras su huida, Antonio pronto dio alcance al escuadrón de la Reina. Se dirigieron hacia el atractivo y bien abastecido puerto de Paretonio, en la frontera occidental de Egipto y a casi 300 kilómetros de Alejandría.

Esa pequeña ciudad costera, que domina una vasta y hermosa laguna con kilómetros de playa, alberga en la actualidad el centro turístico de Mersa Matrouh. En ese agradable lugar (promocionado en la actualidad como un «rincón del paraíso»), Antonio se sumió en una profunda tristeza. Esperaba haber contactado en Cirene con cuatro de sus legiones, pero éstas se habían declarado a favor de Octaviano y se negaron a encontrarse con él. Antonio envió a Cleopatra a Alejandría, donde sus barcos llegaron adornados como si hubiesen ganado la guerra. Antes de que se supiese la verdad, Cleopatra hizo asesinar a sus potenciales oponentes. Entretanto, su desconsolado amante pudo, en las mordaces palabras de Plutarco, «disfrutar de toda la soledad que podía desear».[1]

Octaviano envió un parte a Roma informando de su victoria, pero, metódico como siempre, no tuvo prisa en negociar con Antonio y Cleopatra, así que decidió pasar el invierno que se acercaba en la isla de Samos.

Había muchos más soldados en armas de los que se necesitaban o se podían pagar. Octaviano envió de vuelta a Italia a veteranos italianos de más de cierta edad para su baja oficial del

ejército, pero no les concedió tierras ni dinero porque en ese momento no disponía de ellos. Pronto hubo gruñidos y murmullos, y Agripa fue enviado de vuelta para encargarse del problema.

Había otros indicios de la impopularidad del régimen. Mecenas descubrió un complot para asesinar a Octaviano a su vuelta a Italia. Había sido planeado ineptamente por Marco Emilio Lépido, hijo del egocéntrico ex triunviro y sobrino de Marco Bruto. El joven «cuyo atractivo físico era mayor que su prudencia»[2] fue ejecutado. Dión escribe que Antonio y Cleopatra conspiraron para «asesinar a traición [a Octaviano]».[3] Es imposible no pensar en si llegaron a contactar con el joven Lépido.

Una prueba de su buen juicio como dirigente es el hecho de que Octaviano estuviese dispuesto a delegar poderes en Agripa y Mecenas, que habían estado junto a él durante la larga aventura y en quienes confiaba totalmente. Les permitió leer por adelantado sus partes al Senado y corregirlos si lo deseaban. Mandó hacer un duplicado de su anillo de sello (con la imagen de una esfinge) para que pudiesen volver a sellar sus cartas.[4]

Las Donaciones de Alejandría fueron rápidamente derogadas. Aunque depuso a príncipes de poca importancia, la mayoría de los reyes clientes fueron confirmados en sus tronos: Amintas de Galacia, que se había pasado a su bando con su caballería; Polemón de Ponto, cuyo reino había permanecido al margen; y Arquelao de Capadocia. Eran gobernantes competentes, que sabían que redundaba en su interés permanecer leales a quienquiera que estuviese al mando del Imperio romano. Su anterior colega acertaba al juzgar a las personas, y Octaviano no vio ninguna razón para modificar los acuerdos de Antonio. Por lo que respecta a las provincias gobernadas directamente, se nombraron a su debido tiempo compañeros de confianza para el cargo de procónsul. Por ejemplo, al hijo de Cicerón, Marco, quien solía emborracharse pero era de fiar, le asignaron Siria.

La recién constituida provincia de Armenia estaba irremisiblemente perdida, porque su rey depuesto había aprovechado la distracción de la campaña de Actium para recuperar su reino. Octaviano ignoró fríamente ese insulto al poder romano y a sus intereses. La cuestión de qué hacer con la frontera oriental (los armenios, los medos y, detrás de ellos, los fieros partos, que aún tenían los estandartes perdidos de Craso) tendría que esperar. Estaba demasiado ocupado.

En enero del año 30 a.C., Agripa le escribió a Octaviano a Samos que era incapaz de controlar a los veteranos italianos, que en ese momento se habían amotinado abiertamente, y que su presencia era necesaria con urgencia. Ésa era la peor época del año para emprender un viaje largo por mar, pero no le quedaba más remedio. Cuando Octaviano desembarcó en Brindisi, fue recibido por el Senado al completo (excepto un par de pretores y los tribunos), muchos *equites* y numerosos ciudadanos ordinarios. Fue objeto de un caluroso recibimiento. Era habitual que los senadores le diesen la bienvenida fuera de las puertas de Roma a un estadista que regresaba, pero viajar casi 500 kilómetros para ello representaba un honor sin igual. La Roma oficial reconocía que estaba al mando de un soberano incuestionable.

Para no quedarse atrás, los veteranos enfadados marcharon también para Brindisi. Octaviano perdió poco tiempo en satisfacer sus demandas, aunque no tenía suficiente dinero en efectivo para pagarles a todos en el acto y se vio obligado a prometer recompensas para después de la planeada conquista de Egipto. Los veteranos se convencieron a regañadientes y, después de pasar un mes en suelo italiano, Octaviano volvió a Samos, donde empezó a planear la invasión de Egipto.

En teoría, Antonio y Cleopatra no tenían motivos para desesperarse, porque aún gobernaban la mitad del Imperio romano y todos sus recursos humanos y económicos deberían de haber estado a su disposición. Sin embargo, desde Actium, los que tenían poder en las provincias orientales no estaban dispuestos a suministrar aún más soldados para apoyar lo que juzgaban una causa perdida.

Cuando Antonio llegó finalmente a Alejandría desde Paretonio, abandonó el palacio y a sus amigos y se fue a vivir solo a un muelle junto al gran faro de Alejandría, en la isla de Faros, una de las maravillas del mundo antiguo. El 14 de enero del 30 a.C., Antonio cumplía cuarenta y cuatro años, y la Reina le tentó para que abandonase su tristeza autoindulgente organizando una espléndida fiesta de cumpleaños.[5] Según Plutarco:

> Cleopatra y Antonio disolvieron su célebre sociedad de Vividores Inimitables e instituyeron otra, que estaba a la altura de la

anterior en elegancia, lujo y extravagancia, y a la que llamaron la Orden de los Inseparables en la Muerte. Sus amigos se les unieron a condición de que terminarían sus vidas juntos, y ellos se propusieron pasar los días en una sucesión de cenas exquisitas.[6]

La pareja sabía que, con la llegada de la primavera, Octaviano marcharía contra ellos. No tenían ninguna posibilidad realista de escapar a otra parte del mundo, aunque se les pasó por la cabeza irse a España y Cleopatra había intentado infructuosamente organizar una expedición a Arabia. Los infaustos amantes estaban arrinconados. Su único recurso era negociar, y si eso fallaba, prepararse para resistir una *última* e *inútil* batalla.

La Reina tenía mucho dinero y aún inspiraba lealtad en su pueblo. Se reclutó un ejército y se construyó una flota. Para levantar el ánimo de los alejandrinos se celebró una gran ceremonia, casi tan espléndida como las Donaciones de Alejandría, en la cual el Rey de Reyes Ptolomeo XV César, alias Cesarión, de dieciséis años de edad, y Antilo, el hijo de Antonio con Fulvia, de catorce años, fueron declarados oficialmente mayores de edad.

Octaviano recibió a una serie de enviados de Alejandría, que le presentaron varias propuestas. Él las escuchó atentamente, pero no accedió a ninguna de ellas. Aunque declinaba dejar clara su posición, su política era sencilla: quería ganar el gran premio de Egipto —ese reino rico, independiente y exótico que había atraído la codiciosa mirada de romanos eminentes durante más de un siglo—, y ganarlo para sí, no sólo para Roma.

El plan de ataque de Octaviano volvía a ser una estrategia de pinza. Cuatro legiones de Antonio que habían mudado sus lealtades invadirían el oeste de Egipto desde Cirenaica. En una demostración de favoritismo, Octaviano asignó el liderazgo de las legiones a Cayo Cornelio Gallo, de treinta años, aunque sólo era un *eques* y más conocido en el pasado como buen poeta lírico.

Octaviano, encabezando un numeroso ejército, marchó a través de Siria hacia la frontera egipcia. Era poco probable que la campaña presentase problemas, así que, en esta ocasión, los servicios de Agripa no fueron requeridos. Octaviano se vio capaz de arreglárselas solo.

Finalmente, Antonio despertó de su letargo. Creyendo que había muchas posibilidades de recuperar sus legiones, marchó a la cabeza de un gran destacamento de infantería y una poderosa flota hacia Paretonio, donde Gallo se había establecido. Sin embargo, fracasó en su intento de ganarse a los legionarios y tomar la ciudad. Además, sus barcos se quedaron atrapados en el puerto y fueron siendo incendiados o hundidos.

La mayor parte de las restantes tropas de Antonio y Cleopatra estaban apostadas en Pelusio, un puerto en el extremo oriental del delta del Nilo que se extendía a lo largo de la ruta costera que rodeaba el desierto del Sinaí. Al ser la única vía de entrada por tierra a Egipto desde el este, era muy importante estratégicamente. A lo largo de los siglos, los faraones siempre se habían asegurado de defenderla con una guarnición fuerte. Sin embargo, Pelusio cayó, quizá entregada por Cleopatra o tomada rápidamente al asalto. En el primer caso, Cleopatra estaría poniendo distancia entre ella y Antonio, como bien pudo haber sucedido, porque su lealtad siempre estuvo antes que nada con su reino y con la preservación de su propio poder. Ése y otros informes de su comportamiento durante ese período pudieron haber sido alentados por la propaganda de Octaviano, que a menudo hacía hincapié en la astucia asiática de la Reina y en la humillante postura de incauto de Antonio. No obstante, es perfectamente posible que Cleopatra no viese ninguna ventaja en hundirse con Antonio. Octaviano entró en Alejandría, al parecer con poca o ninguna resistencia. Pasó por Canopo, el barrio residencial de moda, y levantó su campamento cerca del hipódromo, justo en el exterior de las murallas de la ciudad. Cuando recibió las noticias de que Pelusio había caído, Antonio se dirigió a toda prisa a Alejandría. En las afueras de la ciudad, sorprendió y aniquiló a un destacamento de vanguardia de la caballería enemiga. Eufórico por la victoria, volvió al palacio y, ataviado con la armadura al completo, abrazó a Cleopatra. Después le presentó a un soldado que había demostrado un valor inusual en el combate; como recompensa, la Reina le regaló un casco y un peto dorados. El soldado los cogió, y esa misma noche desertó por Octaviano.

Con desesperada bravuconería, Antonio desafió a su antiguo colega Octaviano a un combate singular, como si fuesen dos héroes homéricos. Difícilmente podría haber esperado el consentimiento de Octaviano, y éste respondió con desdén: «Hay muchas maneras distintas en que Antonio puede morir».[7]

El 31 de julio, Antonio decidió lanzar un gran ataque por tierra y mar al día siguiente. Comió y bebió particularmente bien, y les dijo a los comensales que le rodeaban que no esperaba sobrevivir a la batalla. Según la leyenda, esa noche:

> alrededor de la medianoche, cuando todo estaba en silencio y un ambiente de desánimo y miedo por el inminente destino planeaba sobre la ciudad, se oyó de pronto una música maravillosa... como si una tropa de juerguistas estuviesen abandonando la ciudad, gritando y cantando... Los que intentaron descubrir una explicación para ese prodigio concluyeron que el dios Dioniso, con quien Antonio había alegado tener parentesco y a quien había intentado imitar por encima de todo, estaba ahora abandonándole.[8]

Se suponía que los dioses abandonaban las ciudades asediadas antes de que cayesen: Troya, Atenas, Jerusalén... Si el relato tenía algún fundamento, quizá los alejandrinos oyeron a Octaviano, que llevaba a cabo una *evocatio* acompañado de un coro de soldados. En esa ceremonia, un general romano solía llamar a los dioses de una ciudad enemiga para que se cambiasen de bando y emigrasen a Roma.

Al amanecer del 1 de agosto, Antonio envió su flota hacia el este para encontrarse con los barcos de Octaviano mientras él dispuso el resto de sus tropas de tierra en terreno elevado, entre las murallas de la ciudad y el hipódromo. El resultado fue un fiasco casi cómico. Los barcos levantaron sus remos y se rindieron sin luchar, las flotas se agruparon inmediatamente y pusieron rumbo a la ciudad. La caballería desertó y los soldados de infantería huyeron corriendo.

Antonio se dirigió hacia el interior de las murallas de Alejandría y montó en cólera. Se dice que gritó que Cleopatra le había traicionado ante el mismísimo hombre contra quien él estaba luchando por ella. Cleopatra, horrorizada, hizo correr el rumor de que estaba muerta.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Antonio fue a su habitación y se quitó la armadura. Le pidió a su ayuda de cámara que lo apuñalase, pero este último, en cambio, se dio la vuelta de repente y cayó encima de su espada. Entonces Antonio se apuñaló en el estómago y se desplomó encima de la cama. La herida no lo mató, y pronto dejó de sangrar. Atormentado por el dolor, rogaba a los mirones que le librasen de su sufrimiento, pero éstos escapaban de la habitación.

Le Reina se enteró de lo que había sucedido y ordenó que llevasen a Antonio a su lado. Ella se escondía en un gran mausoleo que había encargado y que se erigía inacabado en los jardines de palacio, cerca del templo de Isis. Como tenía miedo de ser sorprendida, se negó a retirar el sello de las puertas, y junto con dos sirvientas subió al moribundo con ayuda de cuerdas hasta una ventana situada a cierta altura. Plutarco describe a la Reina «agarrando la cuerda con las dos manos y con los músculos de la cara deformados por el esfuerzo».[9] Cleopatra se golpeaba y se arañaba los senos a la manera tradicional de las viudas dolientes, y se embadurnó la cara con sangre de la herida de Antonio. Él hizo todo lo posible por tranquilizarla y, fiel a su naturaleza hasta el final, pidió y bebió una copa de vino antes de expirar.

Uno de los guardaespaldas de Antonio le llevó a Octaviano la espada de Antonio manchada de sangre. Se dice que Octaviano se retiró a su tienda y lloró. Normalmente, Octaviano reprimía sus sentimientos, y la única ocasión a excepción de ésa en la que sabemos que se echó a llorar fue cuando recibió la noticia del funeral de Julio César. Si esta vez sucedió algo similar, podría deberse a la liberación de la tensión acumulada después de años de lucha más que de empatía con Antonio. Octaviano nunca se había llevado bien con él, y es poco probable que hubiese llorado por el hombre contra el que había conspirado para quitárselo de en medio durante la mayor parte de su carrera pública. Es más probable que el incidente fuese una invención y que ilustrase el alto nivel de perfeccionamiento del vencedor en el uso interesado de las noticias.

Octaviano podía ser el soberano del mundo romano, pero nunca antes había visto una gran megalópolis helenística. Estaba familiarizado con ciudades como Roma y Atenas, que habían crecido desordenada y orgánicamente a lo largo de varios siglos. Eran populosas, ruidosas y feas, sin avenidas ni espléndidas vistas. Así pues, Alejandría le impresionó mucho.

Fundada en el 331 a.C. por el rey macedonio de veinticinco años de edad y conquistador del imperio persa Alejandro Magno, la ciudad se estableció en una estrecha franja de tierra, con el Mediterráneo a un lado y un lago poco profundo al otro (Maraeotis; el actual Mareotis es más pequeño y aún menos profun-

do que en la Antigüedad). Cerca de la costa estaba la isla de Faros, de casi cinco kilómetros de largo, que le proporcionaba a la ciudad cierta protección ante las tormentas.

A semejanza de las modernas ciudades americanas, el plano de las calles estaba basado en una cuadrícula. Se construyó un dique de un kilómetro y medio de largo entre la orilla y la isla de Faros, creando así dos puertos: el Gran Puerto en el lado oriental y el Puerto Eunostus (o «Feliz Regreso») al oeste. Un canal desde el lago Mareotis, en el sur, conectaba la ciudad con el Nilo y por tanto con Egipto, centro de abastecimiento y mercado.

La ciudad era un éxito clamoroso. En el siglo I a.C., la población total podría haber sido tan numerosa como la de Roma: casi un millón de habitantes. Alejandría, con su magnificencia, devino un centro de cultura y moda a lo largo del Mediterráneo oriental, como el París de Haussmann en el siglo XIX. Estrabón la llamó «el mayor emporio del mundo habitado».[10]

Octaviano podía ahora entrar libremente en la ciudad. A la cabeza de sus hombres, atravesó a pie la Puerta del Sol, no lejos del hipódromo, en la parte exterior de las murallas. Después siguió por una de las calles principales, la Avenida Canopo. Una muchedumbre nerviosa se fue congregando. Octaviano se hizo acompañar deliberadamente de Arrio, ciudadano de Alejandría y célebre filósofo y retórico. Su gesto amistoso fue supuestamente calculado para despejar el temor de la gente, porque era una costumbre de guerra aceptada que una ciudad capturada se entregase a los vencedores.

Octaviano y su grupo se dirigieron al Gimnasio, donde el Triunviro y la Reina celebraron probablemente las Donaciones de Alejandría. El lugar estaba atestado. Cuando Octaviano llegó y se subió al estrado de los oradores, el auditorio estaba fuera de sí de miedo y todos los presentes cayeron de bruces. Octaviano anunció que no tenía intención de culpar a la ciudad por la conducta de sus gobernantes y, a petición de Arrio, concedió varios indultos.

El siguiente destino de Octaviano fue el Palacio Real, que se hallaba al norte de la Avenida Canopo. Allí encontraría a la Reina. Mandó a su enviado Cayo Proculeyo, uno de sus mejores amigos, a quien daba la casualidad de que Antonio, en sus últimos momentos, había recomendado a la Reina. Proculeyo tenía órdenes de hacer lo que fuese necesario para capturar a Cleopatra con vida.

El palacio ocupaba una quinta parte de la ciudad, a lo largo del muelle del Gran Puerto. Imaginamos que debía consistir en un gran parque salpicado de mansiones, templos y toda clase de pabellones. El complejo ha desaparecido casi totalmente bajo edificaciones posteriores y no hay ruinas que visitar. Sin embargo, en la actualidad se está explorando una parte del complejo que se hundió en el mar como resultado de un terremoto y un maremoto que tuvieron lugar en el siglo IV d.C.

El palacio principal se hallaba en el Cabo Lochias, un promontorio en la entrada del puerto. Un historiador del siglo XX ha escrito: «Ningún gobernante latino, a los que les costaba respirar en el tórrido verano romano, disfrutó nunca de una situación tan tentadora como esos dirigentes griegos del pueblo egipcio».[11]

En algún lugar de las inmediaciones estaba Cleopatra, desolada en su mausoleo mientras esperaba a su conquistador. Había reunido allí las piezas de más valor de los tesoros reales: oro, plata, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y canela (una especie sumamente costosa en esa época y considerada un regalo adecuado para la realeza), además de gran cantidad de leña y yesca. Esos preparativos transmitían una amenaza implícita a Octaviano; si no la trataba bien, le prendería fuego a todo.

Las fuentes antiguas afirman que Octaviano tuvo eso muy en consideración, aunque no pudo haber sido un factor decisivo. La reina difícilmente podría poseer personalmente todas las reservas de metales preciosos del reino, y aunque así fuera, soportarían un incendio. La pérdida de las joyas y otros objetos de valor sería una lástima, pero no una cuestión de gran importancia.

Proculeyo no tardó en llegar al mausoleo y logró entrar gracias a un ardid. Se dio cuenta de que la ventana superior, a través de la cual se había arrastrado al interior al agonizante Antonio, aún estaba abierta. Así pues, mientras alguien distrajo a la Reina dándole conversación desde el otro lado de la puerta del mausoleo, Proculeyo apoyó una escalera contra la pared, subió y entró por la ventana, acompañado de dos sirvientes. Acto seguido, capturó a Cleopatra y la puso bajo vigilancia. Se le permitió que presidiese el funeral de Antonio (no antes de que Octaviano hubiese examinado el cuerpo), pero, quebrantado su espíritu, cayó enferma. Permaneció en el mausoleo como una prisionera.

Egipto resolvió todos los problemas económicos de Octaviano de una vez por todas. A su debido momento, las reservas de

lingotes de oro y plata fueron llevadas a Roma, y entonces la tasa de interés cayó inmediatamente del 12 al 4 por ciento. Octaviano disponía de mucho dinero para arreglar las cuentas con los veteranos y comprar todas las tierras requeridas para ello (como es lógico, los precios se duplicaron). También se podía disponer de cuantiosos fondos para invertir en obras públicas, y los sufridos habitantes de Roma recibieron individualmente generosas sumas de dinero.

Pocos días después de su arresto, Octaviano fue a visitar a la Reina. Se supone que él la había conocido cuando ella había estado en Roma como invitada y amante de Julio César, quince años antes, pero su aspecto desaliñado la hacía casi irreconocible. Según Plutarco:

> Ella había abandonado su lujoso estilo de vida y yacía en un jergón, vestida sólo con una túnica. Cuando él entró, ella se levantó de un salto y se echó a sus pies. Estaba despeinada y tenía cara de loca, con los ojos entrecerrados y la voz temblándole incontroladamente.[12]

Octaviano le pidió que volviese a tumbarse y se sentó a su lado. Cleopatra intentó justificar su papel en la guerra, diciéndole que se había visto obligada a actuar como lo hizo y que había tenido miedo de Antonio. Octaviano rebatió sus excusas punto por punto y ella cambió su actitud, pidiéndole clemencia como si estuviese desesperada por salvar la vida.

Octaviano se satisfizo con eso, porque significaba que la Reina no tenía intención de matarse. Las fuentes antiguas afirman que él quería que viviese, porque sería una exhibición admirable en el triunfo que pretendía celebrar en Roma.

Sin embargo, Publio Cornelio Dolabela, un joven aristócrata del Estado Mayor de Octaviano que «no era insensible a los encantos de Cleopatra»,[13] la avisó de que Octaviano se iría pronto de Egipto y que ella y sus hijos serían enviados fuera al cabo de tres días. Para ella, eso era el fin. Hacia finales de agosto, pocos días después de la muerte de Antonio, Cleopatra se hizo llevar un áspid (la venenosa cobra egipcia con capuchón), a escondidas, en una cesta de higos. Después ordenó a todas sus sirvientas que se retiraran, a excepción de dos fieles damas de honor, y cerró las puertas del mausoleo.

«Aquí está»,[14] dijo, apartando los higos para descubrir la ser-

piente, y tendió su brazo para que la mordiese. Otra versión afirma que provocó a la serpiente con un huso dorado hasta que saltó fuera de la tinaja y la mordió. Plutarco informa de que Cleopatra, de 39 años de edad, fue encontrada «muerta sobre un diván dorado, vestida con sus atuendos reales. Por lo que respecta a sus dos damas, Iras yacía moribunda a sus pies, y Charmion, aún tambaleándose e incapaz de levantar la cabeza, estaba ajustando la corona que ceñía la frente de su ama».[15]

¿Cuánto de ese final romántico y trágico es cierto? Las brumas de la propaganda han nublado los registros históricos y lo más atinado es un cierto grado de escepticismo. Seguro que Octaviano habría encontrado más inoportuna la supervivencia de la Reina que su suicidio. Ejecutar a una mujer no era el proceder romano, y su aparición en su triunfo en Roma podría haber sido contraproducente. Probablemente recordó cómo su hermanastra Arsínoe se había ganado la simpatía de la gente cuando fue conducida encadenada en uno de los triunfos de Julio César.

No, era mucho mejor persuadir a la Reina de que se quitase la vida. Pudo haber sucedido que, como Cleopatra no mostraba intención de dar ese paso, Dolabela, a quien Cleopatra doblaba en edad y estaba lejos de ser su galán, cumplió órdenes de filtrar los planes de viaje de su patrón con la esperanza de que esa información la situase en el borde del precipicio, como así resultó ser.

En cuanto al procedimiento de su muerte, lo más fiable es estar de acuerdo con la opinión de Dión de que «nadie sabe con certeza cómo murió».[16] La historia del áspid presenta problemas, porque un ejemplar común suele medir dos metros y medio, demasiado grande para una cesta de higos y muy incómodo de manejar. Además, una única mordedura de un áspid no es necesariamente mortal, e incluso cuando lo es, pueden pasar horas hasta que la vida se extinga.

Es posible que Octaviano ordenase el asesinato de Cleopatra y difundiese la mentira de que se había quitado la vida.[17] Sin embargo, no hay ninguna prueba de ello. Todo lo que puede asegurarse es que la eliminación de la Reina supuso una ventaja para él y que no tuvo escrúpulos en ordenar que Cesarión y Antilo fuesen capturados y asesinados. Su ceremonia de mayoría de edad fue su sentencia de muerte, porque los declaraba adultos culpables. El más joven, Alejandro Helio, y sus hermanos pe-

queños —Ptolomeo Filadelfo y Cleopatra Selene— fueron perdonados, y después de adornar el triunfo de Octaviano, se unieron al grupo de chicos que cuidaba la bondadosa Octavia. Cuando se hizo mayor, Cleopatra Selene se casó con el erudito rey Juba de Mauritania, con quien tuvo un niño y una niña. Debió de haberse llevado consigo a sus hermanos al norte de África. No se volvió a saber de ellos y suponemos que tuvieron vidas tranquilas, intentando evitar la peligrosa atención del resto del mundo.

A Octaviano le gustaba ser un turista, pero, a diferencia de muchos romanos en el extranjero, no codiciaba objetos hermosos y costosos.[18] La única pieza que cogió personalmente del palacio de los Ptolomeos fue una copa de ágata. Visitó algunos de los lugares de interés de Alejandría y se deslumbró con la piedra caliza blanca y el mármol.

El más destacado de todos fue la tumba de Alejandro Magno, que se hallaba en la encrucijada de las dos avenidas principales de la ciudad. Alejandro había muerto en el 323 a.C., y su cuerpo embalsamado en el interior de una urna de oro y cristal era la reliquia más sagrada de la nueva ciudad. No se conserva ningún vestigio del cuerpo ni del edificio que lo alojaba, el Soma, aunque probablemente estuvo donde ahora se encuentra la Mezquita del Profeta Daniel.

A sus treinta y tres años, Octaviano tenía la misma edad que Alejandro cuando murió, y era un gran admirador del macedonio. Quería ver la momia y honrarla, así que fue retirada temporalmente de su urna y de la cámara funeraria y expuesta al público. El joven romano se quedó mirando el cuerpo fijamente y luego presentó sus respetos coronando la momia con una diadema dorada y esparciendo flores sobre su pecho. Le preguntaron: «¿Te gustaría visitar ahora el Mausoleo de los Ptolomeos?».[19] Octaviano contestó secamente: «He venido a ver a un rey, no una fila de cadáveres». La curiosidad y admiración de Octaviano impresionó a los alejandrinos, pero el efecto pudo haberse atenuado por el hecho de que golpeó inadvertidamente parte de la nariz de Alejandro.

Arrio, el amigo de Octaviano, pudo haberlo llevado al Mouseion (o «lugar de las Musas»), una serie de edificios en los terrenos del palacio, unidos por columnatas y con vistas al Soma.

En ellos había salas de conferencias ricamente decoradas, laboratorios, observatorios, un parque y un zoo. Gracias al generoso patrocinio de los Ptolomeos, el Mouseion era un centro de investigación científica y estudios literarios.

Su biblioteca tenía fama mundial. Su plantilla estaba formada por numerosos escritores y críticos literarios griegos de renombre y contenía una vasta colección de libros, quizá unos 500.000 en total, y estaba abierta a cualquiera que supiese leer. Julio César fue acusado de incendiarla accidentalmente durante su breve guerra alejandrina,[20] en el 48-47 a.C., aunque, de hecho, sólo fue destruida una parte.

A fin de cuentas, la estancia de Octaviano en Alejandría le habría dado un concepto claro de lo que tendría que ser una capital, tanto por lo que respecta a su arquitectura como culturalmente. Allí, el arte de la persuasión del Estado, tanto si estaba esculpido en piedra como escrito en papiro, tenía un alto grado de refinamiento. En concreto, los Ptolomeos habían demostrado cómo los intelectuales y los artistas podían florecer en un sistema de libertad domesticada, una lujosa esclavitud por voluntad propia. Roma no podía ser reconstruida en un día, pero Octaviano volvió de Egipto resuelto a crear una ciudad cuyos símbolos públicos manifestasen un adecuado esplendor.

Egipto perdió la independencia de la que había disfrutado (con algunos intervalos) durante miles de años, y que no recuperaría hasta el siglo XX d.C. Octaviano se la entregó al Senado y al Pueblo de Roma, como solía hacerse, pero se convirtió de hecho en su feudo privado. Además de ser el «Señor de las Dos Tierras» (o sea, del Bajo y del Alto Egipto), Octaviano fue reconocido como «Rey de Reyes», un eco irónico del grandioso título que Antonio había concedido a Cleopatra. Los egipcios aceptaron pronto a su faraón italiano. Los arqueólogos modernos han descubierto recientemente un elocuente ejemplo de asimilación: una imagen de Anubis, el dios egipcio con cabeza de chacal, guardando la entrada de una tumba, vestido y armado como un soldado romano.

Cualquier gobernante del Imperio romano tenía buenas razones para no considerar a Egipto una provincia como las demás. Al ser el mayor productor de trigo del Mediterráneo, era la panera de Roma. Era demasiado peligroso dejar que un senador, un miembro de pleno derecho de la clase dirigente, gobernase la re-

gión, así que Octaviano nombró a un *eques*, su amigo el poeta Galo, para que se convirtiese en el primer *praefectus*, o Prefecto.

El nuevo gobernador era enérgico y efectivo, pero parece que su espléndido estatus como ayudante del faraón se le subió a la cabeza. Se permitió el lujo de «decir indiscreciones cuando estaba borracho»[21] sobre su patrón imperial, de erigir estatuas a su persona y de tener una lista de sus logros grabada en las pirámides. Un colega le denunció, y en el 27 a.C. fue despedido. Octaviano se limitó a negarle el acceso a su casa y el privilegio de entrar en las provincias de las que era procónsul. El Senado, por el contrario, le condenó al exilio y confiscó sus bienes. Con lágrimas en los ojos, Octaviano agradeció al Senado su apoyo en su dolorosa severidad. «Yo soy el único romano —dijo— que no puede restringir su desagrado con sus amigos. La cuestión siempre debe llevarse un paso más allá.»[22]

Al parecer, Gallo se sintió tan humillado por su deshonra que se quitó la vida (aunque corrió el rumor de que murió mientras mantenía relaciones sexuales).[23] Como la de Salvidieno Rufo, su destino fue un aviso horrible para otros en círculos importantes.

El mundo mediterráneo había tenido mucho tiempo entre Actium y las muertes de Antonio y Cleopatra para considerar el desenlace de las guerras civiles y tener en cuenta la indiscutible supremacía de Octaviano. Los honores le llovieron de todas partes, incluyendo el privilegio de usar *Imperator* como su nombre de pila permanente. En cambio, declinó otros honores con una deliberada manifestación de modestia.

El decreto del Senado que más agradó a Octaviano fue el cierre formal de las puertas del pequeño templo de Jano. Ese templo se hallaba en el Foro y originalmente pudo haber sido un puente sobre el arroyo que cruzaba la plaza (desecado y cubierto hacía tiempo).[24] Jano, el dios de las puertas, tenía dos caras: una mirando hacia adelante (el futuro) y la otra mirando hacia el pasado. El templo tenía dos puertas, una a cada lado; estaban cerradas en tiempos de paz y abiertas en tiempos de guerra. Los romanos eran un pueblo belicoso, y las puertas estaban casi siempre abiertas.

El hecho de que estuviesen cerradas era un gran halago para Octaviano, y simbolizaba la tan anunciada y aplazada llegada de la paz al Imperio.

16

Abdicación

30-27 a.C.

Octaviano no llegó a Italia hasta el 29 de agosto del 30 a.C. Volvía a ser cónsul. De hecho, lo había sido desde que sus poderes triunvirales expiraron en el año 31. Como Julio César, sabía que no podía gobernar satisfactoriamente en solitario, y había dejado claro que la reconciliación estaba en el orden del día. En su autobiografía oficial, afirmaba: «Emprendí guerras, tanto civiles como en el extranjero, por todo el mundo, por mar y por tierra, y cuando vencía perdonaba a todos los ciudadanos que pedían clemencia».[1]

Esa afirmación no debe tomarse en serio. Efectivamente, muchos fueron perdonados, pero algunos no. A Sosio le dieron un empleo, mientras que el leal comandante del ejército Canidio, criticado injustamente por haber abandonado a sus legiones después de Actium, fue ejecutado. A pesar de haberse jactado de que no temía morir, se dice que perdió los nervios en sus últimos momentos.

La venganza también se llevó a cabo con los muertos. La memoria de Antonio fue oficialmente expurgada. Su nombre fue borrado de los *fasti*, los registros estatales de los acontecimientos oficiales. Sus estatuas fueron retiradas. Tenía que parecer que Antonio nunca había existido. El Senado, sin duda instigado, votó que ningún miembro del clan Antonio debería ser llamado Marco, una medida que fue posteriormente revocada. Su cumpleaños fue designado un *dies nefastus*, durante el cual no se podían atender asuntos públicos.

La importancia de lo ocurrido, de la campaña que se había perdido y ganado, tenía que ser dramatizada de forma atractiva

como un momento decisivo de la Historia. Actium, que había sido poco más que una huida desordenada de un bloqueo, fue transformada en una gran batalla, un duelo entre Roma y la Anti-Roma, entre el bien y el mal.

Los poetas asociados con Mecenas se volcaron en una imaginativa reescritura de los acontecimientos. Horacio escribió una oda que celebraba el éxito de Octaviano en Actium (de hecho, como hemos visto, el mérito del éxito de la campaña corresponde a Agripa), y mancilló el nombre de Cleopatra. Así la describió:

> Conspirando para destruir nuestro Capitolio
>
> Y arruinar el Imperio con su escuálido
> grupo de medio-hombres —enfermos de locura y sueños
> [de grandeza, ¡borrachos de buena y dulce suerte!
> Pero toda su flota ardió, apenas un barco se salvó
>
> Eso aplacó su ira; y César, persiguiéndola con sus galeras
> desde Italia, no tardó en traerla de vuelta, soñando
> y borracha de vino de su tierra,
> a las crudas realidades del miedo.[2]

En esta vívida caricatura no hay ni una sola afirmación que sea cierta. Como hemos visto, Cleopatra no estaba conspirando para poner fin al Imperio romano, la totalidad de su flota no fue incendiada, Octaviano no la persiguió, y menos desde Italia, y no hay ninguna evidencia de que la Reina fuese una borracha. No obstante, el poema es excelente.

Fue Virgilio, el poeta más importante de su época, quien mejor describió la batalla en su gran poema épico nacional: la *Eneida*. Proféticamente representado en el escudo de Eneas, el ancestro de Julio César, Octaviano se anticipa como el soberano de *tota Italia*, toda Italia. La estrella o cometa que resplandeció en el cielo nocturno durante una semana después del asesinato de César brilla sobre Octaviano cuando éste se hace a la mar contra el Oriente corrupto y cobarde.

> De un lado se ve a César Augusto, de pie en la más alta popa,
> capitaneando a los Italos, junto a él, el Senado y el Pueblo,
> los penates y los grandes dioses; de sus brillantes yelmos brotan
> dos llamas y sobre su cabeza alborea la estrella de su padre.[3]

Definir el pasado en términos gloriosos sólo era la mitad de lo necesario para que el régimen victorioso se estableciese con firmeza en las mentes y los corazones de la clase dirigente y del pueblo en general. También era importante presentar a Octaviano como el soberano natural de Roma, para fomentar un culto a la personalidad y una iconografía del poder. Eso se llevaría a cabo de dos maneras.

En primer lugar, Octaviano hizo del pequeño complejo de casas de la colina Palatina de Roma, donde Livia y él vivían, un símbolo de su autoridad. Algunos de esos edificios se han conservado en su mayor parte, aunque estaban cerrados al público en el momento de la redacción de esta obra. Una rampa los conectaba con el templo contiguo de Apolo, que era parte integral del complejo. Octaviano había jurado construirlo durante las guerras contra Sexto Pompeyo, pero sólo después de Actium se convirtió en un proyecto importante. Fue finalmente consagrado en el 28 a.C.

En la actualidad no queda casi nada del templo, pero en su época no se podía haber diseñado un edificio más espléndido. A diferencia de las paredes de los templos romanos, que solían ser de ladrillos y hormigón, recubiertas con mármol, las paredes del templo de Apolo eran de mármol macizo, blanco y brillante. Las puertas eran doradas con incrustaciones de marfil. En el techo había un carro del sol. El templo estaba rodeado o conectado con un pórtico de *giallo antico,* un mármol amarillo jaspeado de las canteras de Numidia.

Los Libros Sibilinos fueron retirados de su tradicional emplazamiento en el sótano del Templo de Júpiter, en el Capitolio, y guardados bajo una colosal estatua de Apolo que estaba enfrente del nuevo templo. Los libros pertenecían a una colección muy valorada de fórmulas adivinatorias en hexámetros griegos que se consultaban en los malos tiempos, no para saber el futuro, sino para aprender a evitar la ira de los dioses. Su presencia en la casa de Octaviano era un emblema contundente de su papel único dentro del Estado.

El templo no se utilizaba sólo para fines religiosos. De hecho, se convirtió en un centro cultural. Recordando Alejandría y adoptando un plan que acariciaba Julio César antes de su muerte, Octaviano ubicó allí dos bibliotecas públicas: una de libros en griego y la otra para los escritos en latín. En las paredes se colgaron medallones con retratos de escritores famosos. Los

autores pronunciaban conferencias, y el director de la biblioteca, un erudito llamado Cayo Julio Higino, impartía clases magistrales.

A Octaviano también le efectuaron una transformación de la personalidad. El propósito era conferirle un destello de divinidad, o al menos un estatus semidivino y heroico. Empezaron a circular historias de su milagrosa infancia y de las profecías que presagiaban su actual grandeza. No se sabe cuándo empezaron a difundirse, si fueron inventados por el régimen o fomentados extraoficialmente como «mitos urbanos» espontáneos, pero es plausible que a partir de entonces fuesen apareciendo nuevos relatos de la infancia de Octaviano que legitimaban su dominio político.

Dión ha dejado para la posteridad un relato poco convincente que recuerda a otro que se contaba sobre la madre de Alejandro Magno y que estaba pensado para fomentar una comparación directa. Cuando Julio César decidió nombrar a Octaviano como su heredero, estaba influido por la enfática declaración de Atia,[4] la madre de Octaviano, de que el joven había sido engendrado por Apolo. Según ella, estaba durmiendo en el templo del dios y soñó que yacía con una serpiente; eso fue lo que causó, en la fase final de su embarazo, que diese a luz a un niño.

El día del nacimiento de Octaviano, Atia soñó que sus intestinos se elevaban al cielo y se dispersaban por toda la Tierra. La misma noche, su marido Octavius pensó que el Sol emergía del útero de su mujer. Al día siguiente, Octavio se encontró con un experto en adivinación, Publio Nigidio Fígulo, y le explicó lo que había sucedido. Fígulo le contestó: «¡Has engendrado a un maestro para todos nosotros!».

Y aún se ideó una promoción más grandiosa y menos verosímil. Una noche, el anciano estadista Cicerón soñó que Júpiter iba a designar al hijo de un senador como soberano de Roma. Así pues, todos los chicos se presentaron en el templo de Júpiter el Mejor y el Mayor, en el Capitolio. La estatua de Júpiter alargó la mano y exclamó: «Romanos, las guerras civiles llegarán a su fin cuando este chico se convierta en vuestro líder».[5]

Quinto Lutatio Catulo, otro alto senador y destacado tradicionalista, tuvo una experiencia semejante: cuando el muchacho caminaba en procesión hacia el mismo templo de Júpiter, Catulo vio que el dios le lanzaba lo que parecía una figurita de Roma en forma de diosa al regazo de su toga.

Hay una táctica ingeniosa detrás de estas historias: los tres hombres citados estaban convenientemente muertos y no podían ser requeridos para que confirmasen o negasen su exactitud. De hecho, Catulo falleció antes de que Octaviano cumpliese cuatro años, bastante pronto para que el prometedor muchacho tomase parte en una ceremonia pública. Aún más significativo era el hecho de que tanto Nigidio como Cicerón y Catulo hubiesen sido republicanos distinguidos. Los tres se habían opuesto a Julio César, y los dos primeros habían apoyado a Pompeyo en la guerra civil. La intención de las anécdotas era dotar de un pedigrí respetable y conservador al joven revolucionario, cuya carrera se había basado en la ilegalidad y la violencia.

En agosto del 29 a.C., Octaviano celebró tres triunfos: sobre Dalmacia, donde había librado una exitosa campaña en el 35 y el 34 a.C.; sobre Cleopatra (la campaña de Actium); y sobre Egipto (la captura de Alejandría). Eran acontecimientos magníficos. El botín de Egipto fue mostrado en enormes carros. Una efigie de Cleopatra sin vida tendida en un sofá era un premio de exhibición, mientras sus hijos supervivientes, Alejandro Helio y Cleopatra Selene, caminaban junto a la cabalgata.

Detrás de ellos iba Octaviano, en el carro tradicional tirado por cuatro caballos, y ataviado con una toga bordada con oro y una túnica con flores. En la cabeza llevaba una corona de laurel, el símbolo de la victoria. Normalmente, un general victorioso iba detrás de los cargos del Estado y del Senado, pero, en esa ocasión, Octaviano fue primero, en una clara demostración de su predominio político.

Pocos días después, la cámara del Senado, o Curia Hostilia, que había sido reconstruida después de que la multitud la incendiase el día del funeral de Julio César, abrió sus puertas con el nuevo nombre de Curia Julia. Se había construido un nuevo estrado de oradores, decorado con *rostra*, o proas de barcos, de Actium. Se consagró el templo dedicado al Dictador, ahora divinizado, que se hallaba en el lugar del Foro donde había sido incinerado en una pira improvisada.

Octaviano se había enorgullecido de su apelativo de *divi filius*, porque le confería legitimidad a ojos de los soldados que idolatraban a su padre adoptivo y ante los ciudadanos romanos. Como hemos visto, desde la guerra de Sicilia no había hecho

uso de ese título con tanta frecuencia, y desde ese momento álgido de celebración, la propaganda de Octaviano empezó a tener menos en cuenta a Julio César. La razón era que Julio César había sido un revolucionario que había destruido la vieja Roma, y la nueva Roma quería verse asociada con la tradición en lugar de con la innovación.

Los observadores perspicaces se sorprendieron de que Octaviano estuviese acompañado durante su triunfo por dos adolescentes, que cabalgaban detrás y a los lados del carro de Octaviano. Uno de ellos era Cayo Claudio Marcelo, de catorce años e hijo de su hermana Octavia, y el otro era Tiberio Claudio Nerón, el hijo mayor de su esposa Livia, de trece años de edad.

Ambos estaban a punto de entrar en la edad adulta, y eso prometía transformar la dinámica del círculo íntimo de Octaviano. Octavia era unos seis años mayor que su fiel hermano. Ella adoraba a su hijo, un muchacho atractivo e inteligente, «de mente y actitud alegre»,[6] y al igual que Julio César había hecho con él, Octaviano tenía un interés especial en su formación.

Tiberio también era muy prometedor, pero no era del linaje de Octaviano, así que pasó a un segundo lugar en sus planes. El hombre que en ese momento tenía bajo su mando el Imperio romano estaba empezando a considerar cómo asegurar el futuro de su régimen a largo plazo. Ya que su salud era dudosa, era tarde para fundar una sucesión dinástica, y si su sobrino hacía honor a las esperanzas puestas en él, sería un heredero ideal.

También había otro motivo: a Octaviano le gustaban los jóvenes y confiaba en ellos. Él y su «pandilla de hermanos», sus dos amigos de confianza de la escuela, Agripa y Mecenas, se habían embarcado juntos en una gran aventura para vengar el asesinato de César y ganar poder cuando aún no habían cumplido veinte años. Los retos a los que se enfrentaron aguzaron sus talentos, y Octaviano quería promover a la nueva generación que estaba a punto de aparecer en escena. Quizá en el 29 a.C. ya había dispuesto que la edad mínima para ostentar un cargo público fuese reducida:[7] en el caso de un cuestor, de treinta a veinticinco años, y en el de un cónsul, de cuarenta y dos a treinta y siete. Se animaba a los hijos de los senadores a que se familiarizasen con la Administración y se les permitía llevar la toga a rayas moradas, el uniforme de los senadores. También se los alentaba para que asistiesen a reuniones del Senado y se les daban cargos oficiales durante su servicio militar.

Por desgracia, Octaviano y su amada Livia no tenían hijos, aunque ella había sufrido un aborto espontáneo. Es curioso que ambos hubiesen tenido hijos con sus cónyuges anteriores. Quizá, como afirma una fuente clásica, el suyo era un caso de incompatibilidad física,[8] aunque es más probable que alguna enfermedad hubiese provocado la infertilidad de alguno de los dos.

Los niños eran demasiado jóvenes para ayudar a cargar con las obligaciones del Gobierno. Eso siguió siendo tarea de Agripa y Mecenas, aunque no afectó a su amistad. Agripa era «más un hombre sencillo que de gustos refinados»,[9] aunque admiraba el buen arte y sostenía que todas las pinturas y esculturas debían ser nacionalizadas para que no se las llevaran a colecciones privadas donde nunca podrían ser apreciadas. Era un coleccionista a gran escala,[10] y se llegó a gastar la increíble suma de 1.200.000 sestercios en dos cuadros. Uno de ellos representaba al héroe griego Áyax y el otro a Afrodita, y Agripa los expuso en los baños públicos que hizo construir.

Por el contrario, Mecenas casi podía «superar a una mujer en su dedicación a la indolencia y al lujo».[11] Le encantaba la seda y las joyas, y era un sibarita. Puso de moda en las mesas más refinadas una nueva exquisitez, la carne de monos jóvenes, y se ganó la reputación de haber sido el primero que construyó una piscina climatizada en la capital.[12] Estaba casado con la hermosa aunque arrogante Terencia. Siempre estaban discutiendo, pero Mecenas tenía debilidad por ella e intentaba reconciliarse una y otra vez. De él se decía que se había casado mil veces, aunque sólo tenía una mujer.

Terencia atraía, y aparentemente consiguió, los favores de Octaviano, pero eso no parece haber afectado la relación entre ambos hombres. Aunque estaba sometido a su mujer, Mecenas no era monógamo. Tuvo muchas aventuras amorosas, incluyendo una con el famoso actor Batilo, un esclavo liberado amigo de Octaviano. Aunque parece que acostarse con hombres no era de su gusto, Octaviano no ponía objeciones a los diferentes estilos de vida entre los miembros de su círculo.

Octaviano solía burlarse del estilo de escritura afectado y enrevesado de su amigo, y lo parodiaba en las cartas que le escribía. Macrobio, un autor del siglo v d.C., cita un ejemplo:

> Adiós, mi ébano de Medullia, marfil de Etruria, hinojo de Arretium, diamante del Adriático, perla del Tíber, esmeralda de Cil-

nia, jaspe de Iguvium, berilo de Persenna, granate de Italia. En pocas palabras: tú, seductor de esposas infieles.[13]

Aunque su vida privada era pintoresca, Mecenas hizo gala de una energía incansable en tiempos de crisis y aportó excelentes consejos políticos. No buscaba un cargo político público y prefería operar de manera informal entre bambalinas. Como hemos visto, cultivaba la amistad de los mejores poetas de la época, asegurándose de que, en la medida de lo posible y sin aplicar la censura, genios como Virgilio y Horacio transmitían el mensaje que le interesaba.

Agripa no soportaba las maneras exóticas y afeminadas de Mecenas. Agripa era franco, directo y leal, el mejor general y almirante de su época. Él compensó la falta de aptitudes militares de Octaviano, y éste se lo reconoció tácitamente con la concesión de la *corona rostrata* por sus servicios en la campaña de Nauloco. La guerra contra Sexto Pompeyo no se habría ganado sin él, y había sido discretamente inestimable en Illyricum. Como cerebro de la victoria en Actium, se le otorgó el derecho de lucir un estandarte azul celeste y (algo mucho más práctico) se le concedieron tierras del Estado en Egipto.

Agripa era totalmente leal a Octaviano y al servicio público. De hecho, él los consideraba como dos caras de la misma moneda, y hubiera sido negativo para el régimen si alguna vez lo hubiese visto de otra forma. Tenía toda la confianza de Octaviano, y se convirtió de hecho en su mano derecha; era prácticamente su igual, pero siempre iba un paso por detrás de él en los desfiles. Según un historiador casi contemporáneo: «Era disciplinado, pero sólo obedecía a un hombre. Siempre deseoso de mandar a otros, no admitía la posibilidad de retraso en nada de lo que hacía. Con él, una idea se llevaba a la práctica tan pronto como era pensada».[14] Los retratos muestran a un hombre de rasgos duros y voluntad férrea, alguien cuya desaprobación era temida, quizá incluso por su amigo y maestro. Ocupó cargos oficiales, pero estaba tan poco interesado en la parafernalia del poder como Mecenas, aunque por razones completamente diferentes. Mientras que Mecenas no se preocupaba por el poder (lo que le satisfacía era la influencia), a Agripa le importaba con vehemencia, pero sólo por su valor práctico.

Aunque no se han conservado documentos con las opiniones personales de Agripa, podemos suponer que veía con in-

quietud el afecto creciente de Octaviano por Marcelo. A medida que el muchacho se fue haciendo mayor, Agripa se pudo haber encontrado con que un heredero inexperto interfería en su libertad de movimientos y se interponía entre él y Octaviano, algo con lo que no estaba dispuesto a transigir.

El fin de las guerras civiles reportó un considerable beneficio. Un total de sesenta legiones en armas en el año 31 a.C. fue reducido al mínimo necesario para defender al Imperio de invasiones externas. Octaviano fijó la cantidad en veintiocho legiones, alrededor de 150.000 hombres, todos ciudadanos romanos. Esas legiones estaban apoyadas por el mismo número de tropas auxiliares, brigadistas que no eran ciudadanos romanos y que habían sido reclutados en las provincias menos romanizadas y más inseguras militarmente, como la Galia y el norte de África. Esas tropas auxiliares solían prestar servicio en su tierra natal o cerca de ella, lo que era una política sensata, porque así las provincias tenían un papel activo en su propia defensa.

El ejército estaba apostado permanentemente donde era más necesario: a lo largo de las fronteras imperiales del este y el norte de África, España, el noreste de la Galia y lo que en la actualidad llamamos los Balcanes. Esas disposiciones eran suficientes, pero no había ninguna reserva para enviar a lugares problemáticos en momentos de emergencia. Decidido a reducir el gasto público y sin una amenaza importante ni inminente, Octaviano estaba dispuesto a correr el riesgo de una institución militar reducida.

Después concentró su atención en asuntos civiles. Según Suetonio, después de Actium consideró seriamente restituir la República, pero todo lo que sabemos sobre Octaviano (sobre todo su lenta e inexorable búsqueda de la autoridad) sugiere que eso debió de haber sido un malentendido. Lo que sí hizo fue meditar cuidadosamente sobre el tipo de política que debía seguirse. Dión imaginó un debate en esos momentos en presencia de Octaviano en el que Agripa exponía el argumento de una constitución democrática o, de hecho, republicana, mientras Mecenas defendía los beneficios de la Monarquía. Probablemente nunca tuvo lugar una discusión semejante, pero Octaviano encontró una forma de conciliar esas dos posiciones opuestas. Como era su costumbre, se tomó su tiempo, y pasaron tres años antes de que llegase a una conclusión.

En el 28 a.C., Octaviano ocupaba el Consulado por sexta vez junto con Agripa. Todos los decretos de los triunviros fueron derogados, y se dieron garantías de que el terrible pasado no se iba a volver a repetir. Los cónsules asumieron los poderes de censores *(censoria potestas).* Los censores eran dos altos oficiales elegidos cada cinco años, y tenían tres cometidos principales: celebrar un *lustrum,* o ritual de purificación en nombre del pueblo, llevar a cabo un censo de los ciudadanos romanos y supervisar la conducta de los ciudadanos —más específicamente, de los miembros del Senado.

El censo que llevaron a cabo Octaviano y Agripa reveló que había 4.063.000 ciudadanos, aunque no sabemos si estaban incluidos las mujeres y los niños. Un problema más delicado fue identificar y eliminar a los senadores indeseables. El número de senadores se redujo de 1.000 a 800, una cantidad un poco más manejable. Gracias a Suetonio sabemos que ése fue un procedimiento muy impopular. Se dice que Octaviano llevó una espada y un peto de acero bajo su túnica durante la reunión en la que se anunció el resultado de la investigación sobre el Senado.[15] Los senadores pudieron acercarse sólo después de que sus togas hubiesen sido examinadas.

El régimen no estaba del todo preparado para trazar un plan a largo plazo, pero se produjo un incidente embarazoso que reveló claramente que debía aplicarse un marco político más pronto que tarde. La gente necesitaba saber cuáles eran las reglas del juego político. Marco Licinio Craso, el talentoso nieto del antiguo colega de Julio César, regresó a Roma después de una campaña muy exitosa en la frontera macedonia, y exigió no sólo un triunfo, sino también una *spolia opima.* Ese raro y elevado honor se concedía a un general que hubiese matado al comandante enemigo con sus propias manos y le hubiese quitado la armadura (la *spolia opima,* o espléndido botín). Eso era lo que Craso había hecho. En toda la historia del Estado, sólo dos hombres habían llevado a cabo esa proeza con anterioridad.

El control indiscutido de las legiones era crucial para que Octaviano se mantuviese en el poder, así que le pareció importante impedir que ninguna otra persona independiente ganase una reputación militar. Era inconcebible que Craso dedicase la armadura de su derrotado oponente en el pequeño templo de Jupiter Feretrius en el Capitolio, según el ritual tradicional, así que se adujo un detalle técnico para evitar la ceremonia. Se le

permitió celebrar su triunfo, pero no se volvió a saber de él, y podemos suponer que su exceso de entusiasmo puso fin prematuramente a su carrera militar.

Finalmente, en el 27 a.C., Octaviano, a sus treinta y seis años, estaba preparado para revelar su anteproyecto constitucional. El 1 de enero inauguró su séptimo consulado, con Agripa de nuevo como colega. En los idus (el día decimotercero del mes) pronunció un extraordinario discurso en el Senado, quizá el más importante de su vida. Dión le atribuye palabras que no pueden diferir mucho de las que realmente pronunció: «Depongo mi cargo en su totalidad y os devuelvo toda la autoridad: la autoridad sobre el Ejército, las leyes y las provincias; no sólo sobre los territorios que me confiasteis, sino sobre los que más tarde gané para vosotros».[16] Esas declaraciones causaron un gran impacto en la mayoría de los asistentes. Nadie sabía exactamente cómo reaccionar, y su cauta audiencia le creyó o bien fingió hacerlo. Mientras hablaba, los senadores lanzaban gritos y exclamaciones.

Cuando Octaviano se sentó, las protestas continuaron. Fingiendo desgana, se dejó persuadir y aceptó una «provincia» excepcionalmente grande por un período de diez años. Ésta integraría España, la Galia y Siria, y se supone que estaría gobernada con autoridad proconsular. Octaviano podría nombrar sustitutos o delegados para que gobernasen en su nombre mientras él seguía siendo cónsul de Roma. Todas las demás provincias serían gestionadas por el Senado a la manera antigua; es decir, el Senado nombraría a ex cónsules o pretores para que las gobernasen.

El Senado, agradecido, le concedió por votación nuevos honores. El marco de la puerta de su casa de la colina Palatina fue decorado con laurel, y el dintel, con hojas de roble, en agradecimiento a las vidas de ciudadanos romanos salvadas por él (como rezaba la inscripción de las monedas: *ob cives servatos*). Se expuso un escudo dorado en la cámara del Senado, «en reconocimiento de mi valor, mi clemencia, mi justicia y mi piedad», como él mismo recordó orgullosamente.[17]

Octaviano recibió un *cognomen* especial, lo cual no dejaba de ser una innovación notable, y así es como pasaría a ser conocido en el futuro. Se había barajado la idea de llamar *Romulus* al segundo fundador de Roma, como mandaba la Retórica, pero Rómulo se había autoproclamado rey y, según una leyenda, había sido asesinado por senadores enfadados. Una proposición

mucho mejor era Augusto, que significaba «venerado», y así fue acordado. El nombre oficial de Octaviano a partir de entonces fue *Imperator Caesar Augustus.*

Se le asignó un título más modesto para el uso diario: *princeps,* o «ciudadano primero, principal». Ese título tenía respetables precedentes: el líder del Senado era el *princeps senatus,* un honor que ahora se le concedía a Augusto. Hombres como Pompeyo y Craso también habían sido *principes.* Un nuevo título significaba un nuevo comienzo. Octaviano, el triunviro manchado de sangre, pasaba a ser Augusto, el *princeps* respetuoso con la ley.

Al hacer esos preparativos, el principal objetivo de Augusto era persuadir al Senado de que no iba en la misma dirección que su padre adoptivo, hacia una autocracia absoluta, incluso hacia algo parecido a una monarquía helenística. Si muchos senadores creían que tenía la intención de seguir los pasos de Julio César, se arriesgaba a sufrir sus propios Idus de Marzo. Además, no había nadie más disponible, aparte del Senado, para ayudar a Augusto en la laboriosa tarea de gobernar el Imperio. Necesitaba la colaboración de la clase dirigente, y no era probable que se la concediesen si no estaban satisfechos con el nuevo orden.

El Senado no era la institución que había sido en el pasado. Los «nuevos hombres», venidos de la campiña italiana, llenaron los muchos huecos que habían dejado las familias gobernantes que habían sufrido bajas en las guerras civiles o habían perdido su dinero y sus propiedades. Muchos provenían de regiones cuya ciudadanía romana sólo tenía cincuenta años de antigüedad. La suya era una identidad italiana más que romana. Aún más polémico era el hecho de que hombres destacados provenientes del sur de la Galia y España, provincias que habían adoptado hacía tiempo la lengua y la cultura romana, fuesen nombrados senadores. Todos esos «arribistas» consideraban que su destino estaba inextricablemente vinculado al nuevo régimen.

También pensaban eso numerosos aristócratas empobrecidos, porque el astuto Augusto se aseguró de patrocinarles generosamente y así constreñir la libertad de la que gozaban para oponerse a él. Se vinculó a otros clanes nobles concertando matrimonios con parientes suyos. Sin embargo, algunos miembros del Senado aún albergaban una profunda fidelidad residual hacia la Constitución de Roma. No aceptarían un gobierno autocrático y esperaban que el Estado siguiese siendo una empresa colectiva aunque estuviese gobernado por un solo hombre.

La presentación del 13 de enero fue una representación teatral, por supuesto. El Senado y el Pueblo seguían siendo las únicas fuentes de autoridad legal, pero Augusto no devolvió ningún poder efectivo. En el último análisis, él debía al Ejército su posición dominante, y en menor medida al Pueblo, en el que podía confiar para ser reelegido cónsul todos los mandatos que quisiese. No era casualidad que su gobierno sobre España, la Galia y Siria le confiriera el mando de veinte legiones. Esas legiones estaban allí porque el norte de las dos provincias españolas no había sido sometido por completo, mientras que la Galia seguía siendo rebelde y Siria colindaba con los poco fiables partos.

Por comparación, las provincias senatoriales que estarían gobernadas por procónsules a la manera normal estaban en calma, y sólo tres de ellas requerían la presencia de ejércitos. En total, los senadores tenían a su mando a cinco o seis legiones. Así pues, la mayor parte de los ejércitos de Roma estaban al mando del *princeps*, y mientras sus comandantes fuesen leales a él, Augusto estaba seguro.

Otra fuente importante del poder de Augusto era el patrocinio. Había heredado la clientela de Julio César, que abarcaba todo el Imperio, y él la amplió considerablemente. A ésta añadió también la de Antonio. Su autoridad en todo el Imperio se expresaba a través de una red de contactos y lealtades personales a la que ningún otro romano podía aspirar ni siquiera remotamente. Los líderes de cada comunidad, grande o pequeña, tenían un compromiso con él, y solían ser recompensados con la ciudadanía romana.

Augusto se vanaglorió: «Cuando puse fin a las guerras civiles y adquirí el poder supremo del Imperio con el consentimiento general, transferí el control que ostentaba sobre la República al Senado y al Pueblo de Roma».[18] Literalmente hablando, era una declaración exacta. La vieja maquinaria del gobierno republicano volvió a ponerse en funcionamiento, pero para cualquiera con ojos en la cara era obvio lo que estaba pasando. El *princeps* llegó a admitirlo, declarando sin rodeos: «Desde entonces he sobrepasado a todo el mundo en autoridad».[19]

Eso era aceptable, porque Augusto no ostentaba cargo inconstitucional alguno ni se había postulado para ninguno. En términos generales, estaba actuando dentro de los precedentes. También devolvió a la clase política sus magníficos privilegios. De nuevo valía la pena optar a un cargo político, aunque el *prin-*

ceps solía preseleccionar a los candidatos. Los ambiciosos y los capaces podían ganarse la gloria en el Senado o en los puestos fronterizos del Imperio.

Sería erróneo suponer que los romanos no entendieron lo que estaba pasando. No estaban engañados, y se daban cuenta de que el poder de Augusto residía, en última instancia, en la fuerza. Sin embargo, su acuerdo constitucional le confería legitimidad y representaba una vuelta al estado de derecho. La mayoría de la gente lo agradecía sinceramente.

La «República restaurada» de Augusto era un enorme logro, porque transformaba una estructura política en bancarrota e incompetente en un sistema de gobierno que aseguraba un estado de derecho, amplia participación de la clase dirigente y, a la vez, un fuerte control central. Instalaba una autocracia con el consentimiento de las élites independientes de Roma e incluso de Italia. Los historiadores romanos de un siglo atrás, entre ellos Tácito, se lamentaban por la muerte de la libertad, pero los políticos, ciudadanos y súbditos del Imperio reconocían que los nuevos acuerdos constitucionales traerían estabilidad y la promesa de una administración pública justa y eficaz.

Si Julio César hubiese estado vivo, probablemente habría concebido un sistema mucho más radical, imponiendo una transición brutalmente abrupta desde una República hasta un futuro imperial. Quizá Augusto era menos brillante que su padre adoptivo, pero era más sabio. Entendió que, si quería que su sistema constitucional perdurase, debía verse su desarrollo a partir de lo que había habido anteriormente. Más que insistir en un abismo, construyó un puente.

17

El amado de los dioses[1]

27-23 a.C.

El acuerdo político de Augusto fue un buen golpe, y atrajo un amplio apoyo. El *princeps* tuvo cuidado de no sobrestimar su posición y se ausentó discretamente de Roma durante casi tres años, para dar tiempo a la adaptación al nuevo convenio constitucional. Siguió siendo elegido cónsul, pero dejó la administración del día a día a sus colegas anuales, entre ellos el indispensable Agripa.

Entretanto, la enorme provincia requería de su atención. La primera parada de Augusto fue en la Galia, donde se rumoreaba que intentaba terminar la tarea que Julio César había dejado a medias en el 54 a.C.: la invasión de la remota isla de Britannia, posada en un extremo del mundo conocido. Sin embargo, Augusto estaba demasiado ocupado para perder su tiempo en una empresa tan quijotesca.

Durante las guerras civiles, la Galia se había sumido en un estado de agitación y la presencia de Augusto reafirmaba la autoridad de Roma. Después de instaurar el orden y llevar a cabo un censo, se fue a España, donde le aguardaba un problema más peliagudo. En la provincia más al norte de las dos españolas había tribus nativas que nunca habían sido subyugadas por completo, sobre todo los astures (de ahí el nombre de la moderna Asturias) y los cántabros (en la zona de las actuales Santander y Bilbao). Augusto dirigió una campaña contra ellas, pero esta vez no tenía a Agripa para ayudarle. Las tribus emplearon tácticas de guerrilla, escondiéndose en lugares inaccesibles en las montañas y evitando ingeniosamente la batalla a gran escala para la

que estaba diseñada la legión y para la que ellos estaban mal adaptados. Siempre que los romanos marchaban en cualquier dirección, se encontraban frente a luchadores enemigos que estaban a más altura que ellos, y en los valles y bosques se topaban con emboscadas.

El *princeps* era supersticioso y creía a pies juntillas en las señales premonitorias.[2] Siempre llevaba consigo un trozo de piel de foca como amuleto contra el trueno y el rayo, a los que temía. En una ocasión, durante la campaña española, el poder del amuleto funcionó. En una noche en la que marchaba con sus tropas bajo una tormenta,[3] un relámpago chamuscó su litera y mató a un esclavo que caminaba delante de él portando una antorcha. En expresión de gratitud por haberse salvado por los pelos mandó construir el templo de Júpiter *Tonans* (el del Trueno) fuera del Capitolio y frente al Foro. Era célebre por su esplendor y albergaba famosas obras de arte. Augusto lo visitaba con frecuencia.

Como solía suceder cuando se le presentaba una crisis (sobre todo una militar), Augusto cayó enfermo; según Dión: «a causa de la fatiga y la ansiedad provocada por las circunstancias».[4] Tomó las aguas en los Pirineos y convaleció en Tarraco (la actual Tarragona). Su delegado puso fin rápidamente a los enfrentamientos, lo que por supuesto fue atribuido al genio del *princeps*. La enfermedad parece haber durado al menos un año, aunque nuestras fuentes no especifican su índole. Para matar el tiempo, Augusto escribió una autobiografía, que dedicó a Agripa y Mecenas. Por desgracia, la obra no ha llegado hasta nosotros.

En la última época de la República, las esposas de los altos oficiales romanos no solían viajar con sus maridos al extranjero. Augusto insistió en que los *legates* que nombraba para las provincias a su disposición no debían pasar tiempo con sus mujeres, y si insistían en ello, que al menos no lo hiciesen durante los meses de campañas (por lo general, de marzo a octubre). Sin embargo, sabemos de buena tinta que Livia acompañaba a su marido en sus viajes por Oriente y Occidente.[5] Probablemente estaba con él en la Galia y en España, aunque debió de haberse quedado en la retaguardia, por seguridad, cuando Augusto estaba con el ejército, y también debió de haberlo cuidado cuando estaba enfermo.

Livia era una buena empresaria, y a lo largo de los años fue acumulando numerosas propiedades y tierras a todo lo largo del Imperio.[6] Sus viajes por el Mediterráneo como primera dama de Roma le permitieron inspeccionar sus adquisiciones y comprobar que estuviesen bien administradas. En la Galia poseía tierras en las que había una mina de cobre. Sus propiedades incluían palmerales en Judea, y sus posesiones en Egipto comprendían marismas de papiros, tierras de cultivo, viñedos, huertos de hortalizas para la venta, graneros, prensas de aceitunas y lagares.

En el 25 a.C., la mala salud de Augusto pudo haberle empujado a dar el primer paso concreto para planear una sucesión dinástica casando a su única hija Julia (la que había tenido con Escribonia, su segunda mujer), de catorce años, con su sobrino Marcelo, de veinte años de edad. Como Augusto estaba en España, Agripa presidió la boda, pero se desconoce lo que pensaba sobre la promoción del joven porque guardó silencio sobre el tema.

El Senado le concedió por votación a Marcelo honores especiales. Se le otorgó el alto cargo de pretor para ocasiones oficiales. Por lo que respecta a la carrera de honores, recibió permiso para presentarse al consulado diez años antes de la edad legal mínima de treinta y siete años. También fue tenido en cuenta para el puesto precedente de cuestor, el cargo electivo más bajo. Eso significaba que podría servir como edil en el 23 a.C. El puesto le daría la oportunidad de dejar huella entre los ciudadanos de Roma, porque estaría a cargo de los entretenimientos públicos de la ciudad durante ese año. El público pedía espectáculos espléndidos, y demostraría su parecer en las urnas. Su tío se aseguró de que Marcelo contase con un presupuesto sin precedentes.

Hacía tres años que Roma no había visto a su *princeps*. Finalmente, a mediados del 24 a.C., llegó con dificultad a su patria, aún débil y sin saber si conseguiría sobrevivir. Si esperaba que su acuerdo político hubiera sido plenamente aceptado y estuviera saliendo bien, iba a sufrir un desengaño. A finales del 24 o principios del 23 a.C., Marco Primo, el gobernador de Macedonia, una de las provincias del Senado, fue llevado a los tribunales por haber ido a la guerra contra el reino de Tracia sin permiso.[7] Era un delito muy grave que un procónsul sacase un ejército de su provincia.

Uno de los defensores de Primo era uno de los cónsules del año 23 a.C., Aulo Terencio Varrón Murena, un antiguo partidario de confianza del *princeps*. Era cuñado de Mecenas y amigo de los poetas Virgilio y Horacio. De hecho, había dejado su casa en Formia al grupo de poetas durante su viaje desde Roma a Brindisi. Parece haber sido un hombre elegante e impaciente, y Horacio se encargó de ofrecerle una oda en la que le aconsejaba:

> Cuando sopla el viento, los pinos más altos
> son sacudidos con más fuerza; las torres más altas
> caen con el mayor estruendo...[8]

La defensa de Primo consistía en que el *princeps* y Marcelo le habían ordenado lanzar una campaña. Eso era muy embarazoso, porque, en teoría, Augusto sólo ejercía autoridad en su propia provincia. Asistió por decisión propia a la sala de justicia donde se celebraba el juicio. El pretor, o presidente del tribunal,[9] le preguntó si le había ordenado ir a la guerra y él respondió que no.

Murena hizo algunos comentarios irrespetuosos sobre el *princeps* y le preguntó a la cara: «¿Qué estás haciendo aquí y quién te ha pedido que vengas?». «El interés público», respondió secamente Augusto.

Con esas evidencias no fue una sorpresa que Primo fuese declarado culpable, y lo más probable es que fuese condenado al exilio. Sin embargo, muchos observadores debieron de pensar que no era probable que Primo hubiese afirmado haber actuado bajo órdenes de no haber sido cierto. El asunto reveló que la *republica restituta*, o «República restaurada», era una impostura.

El caso Primo desencadenó una conspiración contra Augusto, de la que apenas sabemos nada. El líder era un joven republicano llamado Fannio Cepión. Al parecer, el cónsul Murena estaba implicado, aunque Dión cree que las acusaciones podrían ser falsas, «porque era áspero y testarudo en su relación con las personas».[10] La conspiración fue descubierta y los acusados fueron condenados a muerte *in absentia*. En la teoría constitucional, la ejecución de un cónsul en activo era un contrasentido, porque el jefe ejecutivo de la República tenía autoridad suprema. Si quebrantaba la ley, sólo podía ser acusado después de que su mandato hubiese expirado. Una vez más salieron a la luz las pretensiones libertarias del régimen.

No se conocen los objetivos de los conspiradores ni cómo fueron descubiertos. Quizá no hubo realmente una conspiración o todo fue un montaje del *princeps*. No sabemos el porqué. Si era una tentativa seria de derrocar al nuevo orden, demostraba que el acuerdo del año 27 no estaba funcionando.

La historia tiene una triste nota a pie de página. Mecenas confió el descubrimiento de la conspiración de Cepión, un secreto de Estado, a su mujer Terencia. Murena era su hermano y, al parecer, ella lo advirtió de que estaba en peligro. Augusto se enteró y, desde entonces, su amistad con Mecenas se enfrió. Siguieron relacionándose con relativa cordialidad, pero el esteta etrusco dejó de ser miembro de pleno derecho del círculo de los amigos íntimos de Augusto.

El año 23 a.C. no había empezado bien, pero Marcelo, en su papel de edil, consiguió un éxito fenomenal con los juegos. Durante todo el verano hubo un toldo en el Foro, donde se erigió un estadio de madera provisional para las exhibiciones de gladiadores. Algunos números originales y un poco escandalosos incluían a una mujer noble participando en una representación y un *eques* bailando en una compañía de danza.

Sin embargo, el ambiente en Roma se ensombreció debido a la llegada de una plaga. Las epidemias eran acontecimientos aterradores y nada infrecuentes en una gran ciudad llena de gente como era Roma. Se desconoce qué enfermedad sobrevino en esa ocasión. Pudo haberse tratado de la viruela, la peste bubónica o la fiebre tifoidea. Los escritores médicos griegos y romanos también han mencionado la escarlatina y la gripe.

Augusto volvió a caer enfermo. Suetonio afirma que sufría abscesos en el hígado.[11] Según Celso, cuya obra *Sobre Medicina* fue publicada en el siglo I d.C., los síntomas de la dolencia de hígado eran:

> dolor intenso en el lado derecho bajo la *praecordia* [la zona cercana al corazón], que se extiende hasta la clavícula y el brazo derechos; a veces también se presenta dolor en la mano derecha y escalofríos... [en casos graves] después de una comida pueden surgir grandes dificultades para respirar y después sobreviene una especie de parálisis de la mandíbula inferior.[12]

El tratamiento recomendado incluía la aplicación de agua caliente en invierno y agua tibia en verano, «pero las cosas frías deben ser particularmente evitadas, porque no hay nada más perjudicial para el hígado».[13]

Augusto estaba desesperado, porque no parecía haber ninguna posibilidad de recuperación. Daba la impresión de que el nuevo régimen se estaba dirigiendo hacia un final prematuro, y eso no sólo sería una tragedia para él, sino para muchos otros en la vida pública. Tenía que poner en marcha todas las medidas posibles para asegurar un legado permanente.

Se hizo rodear en la cabecera de su cama de los oficiales de Estado, altos senadores y *equites.* Les habló de asuntos de orden público y le entregó a su colega cónsul, Cneo Calpurnio Pisón, el *breviarium imperii,* el libro donde se anotaban los recursos financieros y militares del Imperio.

Muchos esperaban que el *princeps* legase su autoridad a Marcelo, a quien había estado preparando de manera muy evidente. Sin embargo, ése era un plan a largo plazo, y el muchacho era demasiado joven e inexperto para ostentar el poder supremo. A Agripa, que no estaba tan contento del ascenso de Marcelo, no le sería difícil deponerle después de la muerte de Augusto. Reconociendo eso, el moribundo le entregó a Agripa el símbolo de su autoridad: el anillo de sello con la efigie de Alejandro Magno.

Para sorpresa de todos, incluida la suya propia, el *princeps* se recuperó. Su doctor, Antonio Musa, contradijo la ortodoxia médica establecida y decidió abandonar las cataplasmas calientes, que estaba usando sin obtener ningún resultado, en favor de baños y pociones frías. El tratamiento de choque funcionó. Se insinuó que Augusto sufría de fiebres tifoideas,[14] que quizá fuese la epidemia que asolaba Roma en ese momento; aplicar frío era un tratamiento conocido para la enfermedad en el siglo XIX y principios del XX de nuestra era.

El *princeps* convaleciente demostró ser consciente de la impopularidad general de sus planes dinásticos al llevar su testamento a una sesión del Senado. Tenía la intención de leerlo en voz alta como prueba de que no había considerado a ningún sucesor, pero en ese momento, como prueba de confianza en él, no se lo permitieron.

El acuerdo del 27 a.C. necesitaba una revisión, y era hora de empezar de nuevo. Augusto dimitió de su cargo de cónsul el 1

de julio y anunció que no sería candidato permanente. En su caso, seguir ocupando el Consulado año tras año tensaba unos procedimientos constitucionales muy finos, porque parecía que el puesto era permanente, algo parecido a la impopular dictadura vitalicia de Julio César. Además, el cargo conllevaba la gestión de numerosos asuntos rutinarios y ceremonias que requerían mucho tiempo; y, mientras Augusto lo ostentase, estaría bloqueando cada año el acceso a uno de los dos mejores cargos de Roma, lo que irritaría a los políticos aspirantes.

Sin embargo, si renunciaba al Consulado, el *princeps* necesitaría alguna otra fuente de *imperium.* Con su característica ingenuidad, se le ocurrieron dos recursos. Hacía varios años que se le concedía la *tribunicia sacrosanctitas,* o la inmunidad frente al ataque físico que se le otorgaba a un tribuno del Pueblo. Entonces decidió asumir la *tribunicia potestas* a perpetuidad: disfrutaría del poder de un tribuno, pero sin tener que ocupar el cargo. Ese poder era considerable. Los tribunos asistían a las sesiones del Senado y tenían derecho a proponer leyes para que el Pueblo diese su aprobación. También podían vetar cualquier decisión de un cargo público, incluyendo las de otros tribunos.

Augusto reconocía que la *tribunicia potestas,* sumada a su enorme provincia, le confería casi toda la autoridad que necesitaba para gobernar sin impedimentos. Fechó su «reinado» a partir del 1 de julio del 23, día en que le había sido otorgada, y añadió la *potestas* a su larga lista de títulos. Sin embargo, había que llenar un par de lagunas. Los procónsules, o gobernadores provinciales, perdían el *imperium* cuando cruzaban el *pomerium,* la frontera sagrada de Roma, y entraban en la ciudad. Eso significaba que, mientras estuviese en la ciudad, el *princeps* sólo tenía el estatus de un ciudadano corriente. Gracias a su prestigio, o *auctoritas,* sus deseos serían obedecidos, pero de vez en cuando podría producirse alguna situación incómoda. Así pues, el Senado votó que el *imperium* proconsular de Augusto no caducase cuando se encontrase en el interior de las murallas de la ciudad.

El caso Marco Primo había esclarecido de forma embarazosa las relaciones de Augusto con los gobernadores de las provincias senatoriales, en cuyos asuntos no tenía derecho a inmiscuirse, al menos en teoría. Para arreglar ese asunto, se le otorgó una autoridad proconsular general y superior (*imperium maius,* o «sumo poder»),[15] y el derecho de intervenir en cualquier lugar del Imperio cuando lo considerase oportuno. Era un derecho

que ejerció con suma discreción y con la mayor cautela, porque, por tradición, un gobernador romano tenía carta blanca durante su mandato.

Las reformas afianzaron considerablemente la posición de Augusto, pero el verdadero ganador de la crisis del 23 a.C. fue Agripa. Se le había considerado imprescindible, y ahora también recibía el *imperium proconsulare,* aunque no el *imperium maius.* Eso debió de conferirle algún tipo de autoridad general sobre las provincias orientales, adonde Augusto le envió en otoño. En la práctica, Agripa era el corregente del Imperio.

Se ha perdido demasiada información para que podamos estar seguros, pero parece que a Augusto le cortaron las alas. Quizá la facción en el Gobierno —o sea, todos aquellos cuyas vidas, sus sustentos y sus fortunas dependían de la continuidad del régimen—, hizo admitir a su líder que el Estado no era de su propiedad y que se debía contratar una póliza de seguros (por ejemplo, Agripa) en caso de una futura enfermedad mortal.

En los últimos años se ha especulado con que lo que sucedió en realidad fue un «golpe de Estado secreto»,[16] en el que Agripa y Livia habrían unido fuerzas. Casi no hay nada que apoye esa teoría, excepto el hecho de que Tiberio, el hijo mayor de Livia, estaba prometido en matrimonio, quizá incluso casado, con Vipsania, hija de Agripa. Eso podría interpretarse como un indicio de que las dos personas más importantes en la vida de Augusto sentían la necesidad de una alianza bilateral para protegerse contra la dominación dinástica del *princeps.* Al parecer, Octavia y Livia no se llevaban bien, y Livia estaba molesta por la promoción de Marcelo. Del mismo modo, Augusto y su astuta esposa se daban cuenta de la utilidad de neutralizar al irritable Agripa convertiéndolo en miembro de la familia.

En ese momento, muchos observadores interpretaron la partida de Agripa como un exilio. Según Suetonio, «sentía que Augusto no se comportaba tan calurosamente con él como de costumbre y prefería a Marcelo, así que dimitió de todos sus cargos y se marchó a Mitilene».[17] Algunos sostenían que Agripa no quería oponerse ni que pareciese que subestimaba al joven. Otro punto de vista afirmaba que, durante su convalecencia, Augusto se dio cuenta de que Marcelo no estaba muy bien predispuesto hacia Agripa[18] por lo que había pasado, y por ello lo mandó a Oriente. Un escritor del siglo siguiente escribió sobre «la escandalosa expulsión de Agripa».[19]

No hay que ver esos dos relatos, la co-regencia y el «exilio», como mutuamente excluyentes. Augusto y Agripa eran políticos maduros. Ambos, y sobre todo Agripa, mantenían un serio compromiso con el interés público, sin mencionar el beneficio para su partido gobernante, lo que para ellos era casi lo mismo. Es posible que hubiesen acordado no sólo la promoción de Agripa, sino también la conveniencia de una retirada discreta para permitir que Marcelo apareciese en la escena pública sin que Agripa le hiciese sombra.

Al contemplar el futuro, Agripa y el enfermizo Augusto tenían que acomodar varios desenlaces posibles. Si el *princeps* moría pronto, Agripa asumiría el poder. Su origen humilde y su rudeza le hacían impopular entre la antigua nobleza. Tampoco tenía la ventaja de ser miembro de la familia casi real de los cesarianos, pero era competente en todo, y eso bastaría.

Si ambos vivían quince o veinte años más, una conjetura razonable, Marcelo sería un sucesor dinástico apropiado, suponiendo que demostrase la suficiente habilidad en los asuntos de Gobierno. Para curarse en salud, los prometedores hijos de Livia, Tiberio y Druso, este último de quince años de edad, también serían formados en la administración pública.

Hubiese lo que hubiese entre bastidores, la asociación profesional entre Augusto y Agripa iba viento en popa. Cuando los poderes de ambos hombres fueron renovados en el 18 a.C., a Agripa se le garantizó el mismo *tribunicia potestas* que tenía el *princeps*. Su energía y efectividad no se habían debilitado.

Entonces ocurrió lo peor que Augusto podía haber imaginado. En el otoño del 23 a.C., Marcelo cayó enfermo y murió. Sólo tenía veintiún años de edad. Musa le dio el mismo tratamiento médico que a su tío, pero esa vez no funcionó. El *princeps* pronunció un panegírico en su funeral y puso su cuerpo en el gran mausoleo circular de la familia que estaba construyendo. La lápida de Marcelo y la ulterior de su madre han perdurado hasta la actualidad. El nuevo teatro, en el extremo de la colina del Capitolio más alejado del Foro, los cimientos del cual habían sido puestos en época de Julio César, fue bautizado como Teatro de Marcelo en su honor. Parte de su pared exterior aún puede verse hoy en día.

Octavia nunca se recobró de la muerte de su hijo. Se negó a

tener un retrato de él y no permitía que nadie mencionase su nombre en su presencia. Llegó a odiar a todas las madres, y especialmente a Livia, cuyo hijo Tiberio heredaría la felicidad que se le había prometido a ella. Pasaba cada vez más tiempo a oscuras y prestaba poca atención a su hermano. Se convirtió en una especie de reclusa y llevó luto hasta su muerte.

Octavia asistió a una lectura especial del poeta Virgilio de fragmentos de su nuevo poema épico sobre la fundación de Roma, la *Eneida*. Su héroe es el príncipe troyano Eneas, a quien Julio César había proclamado su ancestro. El poema cuenta la historia de su huida del saqueo de Troya y su llegada a Latium (Lacio), donde gobernó sobre un reino que resultó ser precursor de Roma. En un punto de la narración, Eneas visita el inframundo, donde conoce no sólo a los muertos ilustres, sino a las sombras de los no-nacidos. Se fija en un joven apuesto y cabizbajo, y pregunta quién es. El fantasma del fallecido padre de Eneas le dice que es el futuro Marcelo:

> Los hados lo mostrarán a la tierra
> sólo durante un breve instante
> Una visión fugaz, nada más...
> ¡Ay, pobre muchacho! Si puedes quebrar un áspero sino,
> tú serás Marcellus. Dadme lirios a manos llenas,
> que he de cubrirlo de flores de púrpura y colmar el alma
> de mi nieto al menos con estos presentes,
> y cumplir una huera ofrenda.[20]

El estilo de recitación de Virgilio era «dulce y extrañamente fascinante».[21] Cuando llegó a la frase «*tu Marcellus eris*» («tú serás Marcelo»), se dice que Octavia se desmayó y fue reanimada con cierta dificultad.

Es casi seguro que Marcelo fue uno de tantos romanos que sucumbieron a la epidemia que asoló la ciudad, pero no tardaron en propalarse rumores de juego sucio. Se murmuraba que Livia lo había envenenado porque se le había preferido para la sucesión por delante de sus hijos.[22] Si eso fuese cierto, habría sido un acto temerario, porque al año siguiente Augusto concertó la boda de su hija Julia, la viuda de Marcelo, con Agripa, una formidable alianza que probablemente tendría una progenie dinástica. Agripa tuvo que divorciarse de su esposa Marcela, la hija de Octavia. En los círculos más selectos del régimen no

había sitio para los sentimientos, y se disponía de las mujeres de la familia Julia según el imperativo político del momento. Al parecer, el *princeps* tomó la decisión por consejo de Mecenas, quien le dijo: «Le has hecho tan poderoso que debe convertirse en tu yerno o ser asesinado».[23]

Una vez adquirida, la reputación de Livia para las intrigas asesinas fue imposible de borrar. Eso era debido en parte a que, en la antigüedad (como también en el mundo mágico de los cuentos de hadas), se esperaba que las madrastras fuesen malévolas. El gran autor trágico griego Esquilo describió un arrecife como una «madrastra para barcos».[24] Al vivir en una sociedad dominada por los hombres, las mujeres debieron de sentir que sólo podían proteger su futuro favoreciendo los intereses de sus hijos. Tantas vivían según ese estereotipo y acosaban a los hijos del anterior matrimonio de su marido que, a menudo, los padres daban en adopción a sus hijos para que fuesen criados por otra familia.

Aunque Augusto no adoptó nunca formalmente a Marcelo, lo había tratado como un hijo especial, por lo que Livia se vio en el papel de madrastra, con todas las oscuras connotaciones que ese papel conllevaba. No hay evidencias de que actuara incorrectamente, aunque es legítimo asumir que haría todo lo posible por sus propios hijos. Augusto y Octavia eran amables con niños con los que no estaban emparentados; especialmente, con la descendencia de Antonio con Fulvia y Cleopatra. Es difícil imaginar que no se diesen cuenta y corrigiesen cualquier crueldad de Livia.

Las acusaciones contra Livia hay que situarlas en el contexto del exagerado temor de los romanos a la muerte por envenenamiento. Como hemos visto, era un rumor muy extendido y probablemente falso el que decía que se había rociado la herida del cónsul Pansa después de la batalla de Mutina,[25] en el año 43 a.C., y que eso había sido llevado a cabo por Octaviano o al menos se había hecho para favorecerle. Los discursos de Cicerón como abogado criminalista revelan una alta incidencia de denuncias de casos de envenenamiento.

Es mucho más probable que las muertes inesperadas tuviesen una causa natural y no diagnosticada. El temor a los venenos solía coincidir con las epidemias, y hay muchos casos bien atestiguados de intoxicación por alimentos, sobre todo por pescado contaminado. La costumbre de hervir el vino en cazuelas de plo-

mo a fin de conseguir una salsa para cocinar debió de desencadenar numerosas enfermedades y muertes prematuras. Algunos años después, un amigo íntimo de Augusto, Nonio Asprenas,[26] dio una fiesta en la que 130 invitados cayeron enfermos y murieron, posiblemente por envenenamiento de la comida. Asprenas fue llevado a los tribunales acusado de asesinato, pero fue absuelto después de una demostración de apoyo del *princeps*.

Poco podía hacer Livia ante los chismes anónimos. Una mujer no tenía estatus de persona pública y estaba obligada a sufrir la calumnia en silencio.

18

Ejerciendo el poder

23-17 a.C.

Cualquiera que gobernase un vasto imperio en el mundo antiguo se enfrentaba a un desafío casi insalvable. ¿Cómo cambiar las cosas? Augusto podía reinar en Roma, pero, ¿quién le haría caso en el norte de la Galia o en Siria?

Viajar era lento y con frecuencia peligroso. Podían pasar semanas antes de que el *princeps* se enterase de una novedad importante en la frontera parta y meses antes de que se pudiese llevar a cabo una reacción decisiva. La lentitud de las comunicaciones impedía el análisis de problemas complejos. Algunas especialidades importantes del conocimiento como la geografía o la economía estaban en sus albores, y faltaba información fidedigna y accesible sobre la que basar las decisiones políticas. Desde una perspectiva moderna, los acontecimientos tenían lugar a cámara lenta, como entre una niebla.

Augusto y Agripa se tomaron seriamente el gobierno del Imperio, conscientes de que iba a ser difícil conseguir nada sin acudir personalmente al lugar de los hechos. Pasaron años fuera de Roma, viajando de provincia en provincia. A veces se intercambiaban los lugares y uno iba cuando el otro se marchaba.

Durante algunos años después del acuerdo que siguió a Actium, las provincias orientales fueron dejadas bastante a su aire. En el 26 a.C. se llevó a cabo una fallida expedición romana hacia Arabia Felix, en el extremo sudoeste de la península arábiga (el Yemen actual), posiblemente encaminada a abrir una ruta comercial. Al año siguiente, Galacia (en la Anatolia central) fue anexionada como provincia.

No sabemos con exactitud cuál era la misión de Agripa cuando el *princeps* le envió hacia el este en el 23 a.C. Estableció su cuartel general en la isla de Samos, y se supone que su presencia era un recordatorio del poder romano. Quizá también tuviese entre manos una tarea secreta: recabar información sobre los partos, con quienes Roma tenía asuntos pendientes. Sería útil resolver el asunto no olvidado de la derrota romana en Carrhae en el 53 a.C. y, en particular, negociar la devolución de los estandartes de guerra que los partos habían capturado y los que Antonio había perdido en el 36 a.C. El *princeps* no estaba interesado en reanudar las hostilidades y esperaba conseguir una entente a largo plazo.

Tenía la intención de unirse a Agripa o sustituirlo, pero unos problemas le retuvieron en Roma. El río Tíber se desbordó de su cauce e inundó la ciudad. La plaga del año anterior continuó asolando Italia, y los agricultores dejaron de cultivar los campos. Los alimentos empezaron a escasear. La gente, enfadada y presa del pánico, no se fiaba de que los políticos republicanos de la vieja escuela gobernasen con eficacia y exigieron que Augusto fuese nombrado Dictador. Asediaron la sede del Senado y amenazaron con prenderle fuego con los senadores dentro si no votaban a favor del nombramiento.

El episodio revela cuán frágil era la situación del *princeps*. El precario equilibrio entre la autocracia y la restauración de la autoridad del Senado había sido diseñado para reconciliar a la clase dirigente con el orden de Augusto. Sin embargo, había irritado al Pueblo, es decir, a los cientos de miles de ciudadanos que vivían en Roma y en sus inmediaciones. La gente quería que Augusto se hiciese con el poder absoluto abiertamente y sin ambigüedades.

No sólo era insensato prestar oído a esas exigencias, sino que habría sido ilegal, porque Marco Antonio había abolido la Dictadura en el 44 a.C., poco después de los Idus de Marzo. Cualquier intento de restablecer el cargo enfurecería a la opinión senatorial mayoritaria. Augusto dejó bien claro que no haría algo así.

Ante una desgracia, los romanos se rasgaban las vestiduras en público, y eso fue lo que hizo el *princeps* para dramatizar su negativa a dar ese paso. Se acercó a la multitud, mostró su garganta y juró que preferiría ser apuñalado hasta morir que aceptar el nombramiento. A cambio, se hizo nombrar comisionado

del abastecimiento de grano, puso fin rápidamente a la escasez de alimentos y ordenó el nombramiento anual de dos ex pretores para que supervisasen la distribución de grano en el futuro. Aunque, por lo que sabemos, Augusto no reformó el sistema de producción y distribución, se aseguró de que las carencias fuesen corregidas rápidamente e hizo uso de sus propios recursos financieros para paliar la hambruna.

Finalmente, en otoño del 22 a.C., Augusto emprendió un tranquilo viaje hacia el este, en el que probablemente se hizo acompañar por Livia. Su primera parada fue Sicilia. De Roma llegaron noticias de más malestar entre el pueblo, que había elegido a un solo cónsul con la esperanza de que Augusto ocupase la vacante. Él se negó a ello, pero convocó a Agripa para que regresase de Oriente y restaurase el orden en Roma. Ese año, el 21 a.C., en otra muestra de su creciente autoridad, Agripa se casó con Julia, de dieciocho años de edad, en ausencia de su padre.

Agripa se dirigió entonces hacia la Galia y a España, sus siguientes misiones. Libró una campaña en Aquitania, entre otros lugares, y fomentó la construcción de ciudades de estilo romano y redes de carreteras. Luego prosiguió hacia el norte de España y reanudó la campaña de Augusto, que no había sido enteramente satisfactoria. En el 19 a.C. consiguió finalmente someter a las tribus rebeldes a las que el *princeps*, que no era militar, había encontrado tan difícil derrotar pocos años antes.

Mientras tanto, Augusto dedicó tiempo y atención a ajustar las fronteras y los gobernantes de los pequeños reinos clientes a lo largo de la frontera oriental del Imperio, aunque su auténtico objetivo era llegar a un acuerdo con el rey Frahâta (Fraata) de Partia. Su táctica era llevar a cabo una campaña diplomática simultáneamente a la amenaza de una campaña militar. Un pretendiente al trono parto había secuestrado a uno de los hijos de Frahâta y se había escapado a Roma. Augusto envió al muchacho de vuelta con su padre, a condición de que los estandartes romanos y todos los prisioneros supervivientes fuesen devueltos. Invitaba a Frahâta a cumplir con su parte del trato.

Entretanto, se organizó una expedición militar contra el reino de Armenia, de gran valor estratégico, con el propósito de derrocar a su rey antirromano Ardashes (o Artaxes) y reemplazarlo por un colaboracionista. Si Armenia caía bajo la esfera de

influencia de Roma, los partos se verían superados desde la hostil frontera del norte.

El general al que Augusto escogió para liderar a sus legiones contra los armenios en el 20 a.C. fue su hijastro Tiberio, que entonces tenía veintidós años de edad y era apto para los encargos que hubieran ido a parar a Marcelo si éste no hubiese muerto. Era de complexión fuerte y de altura superior a la media, de torso y espalda anchos y bien proporcionados.[1] Su rostro era bien parecido, aunque solía tener granos. Su cabeza era grande, sus labios finos como los de su madre, y su mirada era penetrante. Se dejaba crecer el pelo por detrás, un hábito del clan de los Claudio.

Tiberio no era religioso en absoluto, pero creía en la astrología y, por tanto, pensaba que el destino gobernaba el mundo. Como a Augusto, le aterrorizaban los truenos, y cuando el cielo se encapotaba, se ceñía una corona de laurel en la cabeza porque pensaba que le hacía invulnerable a los rayos. Era un entusiasta de la literatura griega y latina, y en particular, le encantaban los antiguos mitos y leyendas. Gozaba de la compañía de profesores de literatura griega y disfrutaba haciéndoles preguntas abstrusas y sin respuesta como: «¿Quién era la madre de Hécuba, la reina de Troya?», «¿Qué canción cantaban las sirenas?», o «¿A qué nombre respondía Aquiles cuando se disfrazó de mujer?».[2] Hablaba con un estilo tan afectado y pedante que sus discursos improvisados se consideraban mucho mejores que los que preparaba de antemano.

Augusto dispuso que Tiberio ingresase en la vida pública en su adolescencia, y el joven asumió juicios importantes y encargos especiales, como la tarea crucial de reorganizar el abastecimiento de grano de Roma. Se defendió bastante bien, y el *princeps* estaba satisfecho, porque deseaba formarlo a él y a su hermano Druso, de dieciocho años, para compartir el peso del gobierno. Iban a ser los caballos de carga del régimen, porque el *princeps* no había abandonado sus ambiciones dinásticas. El 20 a.C. nació el hijo de Agripa y Julia. Si sobrevivía a las numerosas enfermedades potencialmente letales de la infancia, podría llegar a ser el heredero del Imperio, y en ese caso no era probable que tuviese nada que objetar el antiguo compañero de colegio de Augusto.

Sin embargo, eso correspondía al futuro. Entretanto, Tiberio condujo un ejército hacia Armenia. Resultó que no hizo falta entrar en combate, porque los armenios se rebelaron contra

su rey y lo mataron antes de que llegasen los romanos. Tiberio coronó personalmente a su sucesor, un exiliado prorromano. Confrontado con el golpe de estado armenio, Frahâta tomó a ciegas la decisión que los romanos habían estado esperando. Aunque Augusto no tenía intención de atacar Partia, ahora estaba en una sólida situación táctica para hacerlo si así lo deseaba. El rey entregó los estandartes y los prisioneros.

A pesar de que los romanos hubiesen preferido una victoria militar absoluta, se había conseguido un gran logro diplomático del que Augusto estaba muy orgulloso. Las relaciones entre los dos imperios evolucionaron de una distancia glacial a una calidez prudente, y así siguieron durante algún tiempo. En el relato oficial de su vida, el *princeps* se permitió exagerar cuando escribió: «Obligué a los partos a devolverme el botín y los estandartes de tres legiones romanas y a suplicarme la amistad de la gente de Roma».[3]

De Roma llegaron noticias inquietantes. En ausencia del *princeps* y de Agripa, los ánimos se habían caldeado. El pueblo había dejado vacante uno de los consulados en el 19 a.C. y se hizo campaña, una vez más, para que Augusto asumiera el cargo.

Un tal Egnacio Rufo, «con aptitudes más propias de un gladiador que de un senador»,[4] según un crítico poco amistoso, se presentó voluntario para ocupar el cargo. En el 21 a.C., cuando servía como edil, se había hecho muy popular al crear el primer servicio de bomberos de Roma, formado por 600 esclavos pagados de su propio bolsillo, y había sido elegido pretor al año siguiente. En rigor, eso era ilegal, porque las normas requerían que hubiese un intervalo de algunos años entre sucesivos cargos electivos en la Carrera de Honores.

La candidatura de Egnacio para el consulado fue bloqueada, pero eso no fue el final de la historia, porque no tardó en ser arrestado, juzgado, condenado y ejecutado por haber conspirado para asesinar a Augusto. No se sabe si eso era cierto, pero no sería sorprendente que las autoridades hubiesen decidido eliminar un incordio inventando un delito capital. Augusto puso fin a la agitación y la especulación nominando a un segundo cónsul para ese año.

El *princeps* había dedicado gran parte de la década anterior a las provincias. A su vuelta a Roma, en el 19 a.C., se concentró

en los asuntos domésticos. Para empezar, el acuerdo constitucional necesitaba algunas modificaciones adicionales. Tenía que encontrar algún modo de calmar a la opinión pública, que seguía siendo hostil al Senado. También había un par de cuestiones en el *imperium* consular que no quedaban cubiertas por la *tribunicia potestas* ni por el *imperium proconsulare* de Augusto.

En primer lugar, Augusto no ejercía un *imperium* específico para Italia y, por consiguiente, no tenía autoridad para comandar tropas en suelo italiano. Eso era extraño porque, después de la muerte de Julio César, tanto Antonio como Octaviano crearon grandes cuerpos de guardaespaldas, las *cohortes praetoriae,* que ahora conocemos como Guardias Pretorianos. Después de Actium, Octaviano retuvo sus cohortes como fuerza de seguridad en tiempo de paz y las apostó en Roma y en los alrededores. Había nueve en total, con un máximo de 5.400 hombres. Era hora de que el control de esos soldados estuviese en buenas manos.

En segundo lugar, Augusto no ocupaba el primer puesto en la gestión de los asuntos del Senado. Un cónsul tenía el derecho de ser el primero en proponer una legislación o hablar sobre un asunto determinado, por lo que el *princeps* estaba obligado a esperar su turno. Eso era un inconveniente y podía ser también embarazoso si los senadores no recibían una pista sobre las intenciones de Augusto al empezar los debates.

Así pues, el año 19 a.C., y siguiendo el mismo principio que con la *tribunicia potestas,* el *princeps* recibió algún tipo de *imperium* consular sin que tuviese que ocupar el cargo. Las fuentes antiguas no se ponen de acuerdo y son poco claras sobre la índole exacta de esa autoridad o el plazo que se le otorgó. Podría ser que el *imperium* proconsular, otorgado y renovado por períodos de diez años, fuese simplemente ampliado para incluir a Roma e Italia. Una cierta vaguedad habría convenido a todas las partes implicadas. Con independencia de la fórmula utilizada, ese nuevo poder completó el dominio político de Augusto sobre el Estado.

Es posible conjeturar sobre la naturaleza del convenio tácito a partir de lo que sucedió durante los años siguientes. Una generación de *nobiles* había mermado drásticamente durante las guerras civiles debido a las batallas o la proscripción, pero en ese momento sus hijos habían crecido. Si era cierto que, como se les había dicho, la República había sido restablecida, esos jó-

venes esperaban acceder al Consulado y a otros puestos importantes como habían hecho sus padres. Ellos sabían que ése era su derecho de nacimiento. Durante los cinco años siguientes aproximadamente, las listas consulares están llenas de antiguos nombres republicanos: Cornelio Lentulo, Licinio Craso, Calpurnio Piso o Livio Druso.

Durante el triunvirato surgió una nueva costumbre según la cual los cónsules servían sólo durante una parte del año y eran reemplazados con regularidad por uno o más cónsules *suffectus.* Aunque ésa era una manera útil y barata de recompensar la fidelidad y formar procónsules para que ayudasen a gobernar el Imperio, también devaluó el prestigio del cargo y su eficacia ejecutiva. Augusto eliminó prácticamente todos los *suffectus* y la mayoría de los cónsules servían durante todo su mandato, lo que devolvió al cargo mucho de su prestigio.

No se tienen noticias de agitaciones populares ni disturbios en las calles durante un tiempo. Eso puede deberse a lagunas en las incompletas fuentes de las que disponemos, pero parece que el papel del Pueblo en la vida política declinó a partir de entonces. Seguían eligiendo a los cargos públicos, pero a menudo de una lista propuesta o aprobada por el *princeps,* presuntamente después de consultas informales con las partes interesadas.

Todo eso sugiere un acuerdo en el que todo el mundo ganaba algo. Su autoridad consular añadida completaba el poder absoluto de Augusto y convencía a un receloso público romano de que estaba realmente a cargo del Estado. Por su parte, los *nobiles* acogieron con agrado su vuelta al consulado y estaban agradecidos a Augusto por sus esfuerzos por restablecer su antigua *dignitas.*

Augusto era un reformista al que le gustaba actuar a paso de tortuga. En muchos aspectos de su administración, los cambios y las innovaciones procedieron paso a paso durante muchos años. Una y otra vez hacía todo lo posible por mejorar el funcionamiento del Senado, el cual, junto con el Pueblo, seguía siendo la fuente legal de autoridad en el Estado. En lugar de nombrar a más censores, el *princeps* decidió en el 18 a.C. hacer uso de su nueva autoridad consular para actuar personalmente como censor (como él y Agripa habían hecho ya en el 28 a.C.) y hacer cambios en el Senado. Aumentó el sueldo mínimo de los sena-

dores desde 400.000 hasta un millón de sestercios, una suma considerable de dinero. Eso marcó una distancia significativa entre los senadores y los *equites* y ayudó a crear una clase senatorial notable. Tanto el nacimiento como la propiedad pasaron a ser requisitos. En los días de la República, sólo los senadores podían alegar el estatus senatorial, pero, a partir de entonces, los hijos de los senadores adquirieron ese derecho, mientras que otros se vieron obligados a postularse para el cargo.

Como el *princeps* había descubierto diez años antes, limpiar la cámara de degenerados era una operación delicada e impopular. Su sueño era reducirlo a 300 miembros, convirtiéndolo así en un cuerpo legislativo mucho más eficaz. Ideó un proyecto ingenioso, con el que pretendía conseguir su objetivo asumiendo la mínima responsabilidad por ello.[5] Seleccionó a treinta senadores, cada uno de los cuales elegiría luego a otros cinco. Cada grupo de cinco escogería a suertes a uno, que se convertiría en senador. Ése repetiría el proceso hasta que se hubiesen elegido 300 senadores. Augusto se había pasado de listo con el plan, y se produjeron varias negligencias.

El procedimiento encalló y Augusto se vio obligado a hacerse cargo personalmente de la selección. Acabó creando un Senado de 600 miembros y molestando considerablemente a mucha gente. En compensación, concedió numerosos privilegios a los que habían sido expulsados. Se les permitió presentarse a las elecciones para varios cargos del Estado, y a su debido tiempo la mayoría de ellos volvió al Senado.

El procedimiento había sido una casi total pérdida de tiempo y de energía. A pesar de su *auctoritas*, su *dignitas* y su *imperium*, el *princeps* sabía que estaba reformando el Senado, el centro de los valores republicanos, bajo su cuenta y riesgo. También sabía cuándo darse por vencido. Siempre había tiempo, y podía volver a ese tema en el futuro.

El Senado siguió siendo una institución un tanto insatisfactoria, pero Augusto siempre la trató con gran respeto y se molestaba en consultarla. Promovió la libertad de expresión, y sus discursos eran interrumpidos a menudo por comentarios como «¡No entiendo eso!» o «¡Le discutiría eso si pudiese!».[6] Sin embargo, sus miembros no se tomaban sus responsabilidades tan seriamente como Augusto habría querido. En el año 17 a.C. se aumentaron las multas por no asistir a las sesiones, y se estableció un quórum para determinados asuntos.

En algún momento entre el 27 y el 18 a.C., el *princeps* dio un paso destinado a agilizar la toma de decisiones, reconociendo la dificultad de cualquier órgano deliberante a la hora de acordar medidas definidas. Estableció un comité senatorial permanente, que estaba integrado por él, uno o ambos cónsules, un cuestor, un edil, un pretor y quince senadores escogidos a suertes. Algunos miembros cambiaban cada seis meses y la totalidad del comité cada año, excepto el *princeps*. El propósito del comité era preparar los asuntos para las sesiones en pleno del Senado.

Un grupo de veintiuno aún es demasiado numeroso para ser eficaz a nivel ejecutivo, y su rápida rotación de miembros debió de haber impedido la formación de un *esprit de corps* o de políticas a largo plazo. Eso era probablemente lo que el *princeps* pretendía, porque reservó la dirección estratégica para él y un pequeño grupo de asesores, los *amici Caesaris*, o «amigos de César». A grandes rasgos, el propósito del comité permanente debió de haber sido la recepción y discusión de posturas preparadas previamente y actuar como caja de resonancia para la opinión senatorial. Probablemente funcionase por consenso y dirigía las discusiones en los plenos del Senado.

En principio, el poder del Senado seguía siendo consultivo, y los proyectos de ley aún se presentaban ante las asambleas populares para su aprobación. Sin embargo, sus decretos, o *senatusconsulta*, se consideraban cada vez más vinculantes, especialmente cuando iban respaldados o habían sido iniciados por el *princeps*.

Tanto el Senado como el *princeps* adquirieron nuevos poderes legales. Los antiguos tribunales republicanos de justicia, o *iuditia publica*, siguieron en activo, presididos por pretores. Los casos de traición o de gran importancia política podían llevarse a una de las dos cortes de nueva creación, el representante del *princeps* o los cónsules en el Senado, cuyas decisiones eran inapelables. El constante aumento de ciudadanos hacía impracticable la remisión de todos los procesos penales a Roma, por lo que se les confirió autoridad a los procónsules para que ejecutasen funciones judiciales.

Durante la República, cualquier ciudadano que hubiese sido declarado culpable de un delito tenía el derecho de apelar al Pueblo. Sin embargo, Augusto recibió la autoridad para impugnar una sentencia de muerte gracias a su *imperium*. Así pues, la *provocatio ad populum* dio paso a la *appellatio ad Caesarem*, la apelación a César.

Augusto también intentaba mejorar la honestidad y eficacia de la Administración imperial. Sin interferir excesivamente en la manera local de gestionar los asuntos, él y Agripa introdujeron una forma metódica de gobierno a lo largo del Imperio, y los beneficios de la vida urbana en provincias donde éstos no existían, como la Galia, España y África. Se llevaban a cabo censos con regularidad para permitir un cálculo lo más acertado posible del gravamen provincial, lo que mejoró la recaudación de impuestos.

En Roma, el *princeps* se apropió de la idea de Egnacio Rufo de mantener una pequeña tropa de 600 esclavos bomberos. En el año 6 d.C. se amplió a siete cohortes de bomberos; cada una de ellas se encargaba de dos de los catorce distritos en los que Augusto había dividido la ciudad. Se crearon tres *cohortes urbanae* para patrullar la ciudad.

Augusto no interfirió en el gobierno local de Italia y dejó que sus aproximadamente cuatrocientos pueblos y ciudades gestionasen sus propios asuntos, como habían hecho siempre, con la excepción de dos cuestiones. Dividió la península en once departamentos para llevar a cabo el censo de ciudadanos y el registro de la propiedad privada.

Aún más importante fue su reconocimiento de la necesidad de la rapidez en las comunicaciones. Intentó persuadir a senadores para que invirtiesen parte del botín de las campañas militares exitosas, a fin de mejorar y extender la red de carreteras italiana. Cuando eso fracasó, se encargó personalmente de las carreteras, las *cura viarum*, e hizo grandes donaciones de su propio dinero para la construcción de las mismas.

Se crearon numerosas estaciones de relevo, en las que los correos del Estado y los oficiales del Gobierno podían cambiar caballos y carros y pernoctar en el hostal de la estación. Las autoridades locales proporcionaban los carros y los caballos, y los oficiales que utilizaban el servicio pagaban una tarifa fija. Cuando el sistema se hubo desarrollado, se hizo cargo del servicio un militar experimentado, el *praefectus vehiculorum*. Con el tiempo se creó una infraestructura que mejoraba significativamente las comunicaciones con toda Italia y las provincias del norte.

En la época de la República, se esperaba de los hombres eminentes que gastasen grandes sumas de dinero en obras públicas; ejemplos destacados fueron el impresionante teatro construido por Pompeyo el Grande y el nuevo foro encargado por

Julio César. Como hemos visto, Augusto y Agripa siguieron sus pasos e invirtieron mucho en nuevos edificios públicos y reformas en la ciudad.

A medida que fue pasando el tiempo, se fueron creando varias comisiones senatoriales. Por ejemplo, los *curatores viarum*, que se aseguraban de que las carreteras estuviesen en buen estado, o los *curatores locorum publicorum*, responsables de mantener los edificios públicos y los templos. Esos grupos no constituían agencias de construcción pública, sino que trabajaban a través de oficiales locales y contratistas a fin de llevar a cabo las reparaciones.

Augusto introdujo mucho más orden en la gestión cotidiana del Imperio del que había habido en el pasado. En ausencia de un servicio civil profesional, los cargos públicos con *imperium* en la República, como los cónsules y los pretores, solían gobernar desde sus propias casas en Roma y se valían de esclavos, sirvientes, familiares y amigos para agilizar los asuntos. Augusto gobernaba de la misma forma, aunque a una escala mucho mayor. Empleaba un ejército cada vez más numeroso de esclavos y libertos para acometer las tareas rutinarias de la Administración.

Sin embargo, para esa gente no era políticamente aceptable ser el rostro oficial del régimen. El *princeps* estableció una estructura de carrera gubernamental para las clases altas. Los jóvenes prometedores de la Orden Senatorial podían pasarse toda una vida como administradores públicos bien pagados.

Antes de cumplir los veinte y después del servicio militar, podían buscar puestos menores como el de *vigintiviri* (literalmente, «veinte hombres»). Trabajaban durante un año en la casa de la Moneda, estaban a cargo de las calles de Roma, dirigían las prisiones y las ejecuciones, o juzgaban casos legales relacionados con la esclavitud o la libertad. Luego pasaban a servir como Tribunos del Pueblo (excepto los patricios) o como ediles. Podían presentarse para uno de los doce puestos de pretor, después de lo cual podían comandar una legión o convertirse en gobernadores de una provincia de poca importancia. Los más exitosos podían aspirar al consulado, a lo que podía seguir el gobierno de una provincia importante o uno de los puestos de curador en Roma.

Todos los senadores eran altos administradores, y por eso el *princeps* también buscaba la ayuda de los *equites*, o «caballeros»,

para tareas menos importantes. Tanto si eran senadores como *equites*, los más capacitados se convertían en empleados profesionales del Estado, recibiendo un salario y disfrutando de carreras largas e interesantes. El hecho de que Augusto hubiese promulgado leyes para combatir el soborno en dos ocasiones, en el 18 y el 8 a.C., no sólo ilustra su compromiso de lograr un gobierno transparente, sino que también sugiere que sus esfuerzos debieron de toparse con alguna resistencia. Poco a poco, empezaron a tomar forma los modelos de las instituciones que damos por sentadas en los Estados modernos. Los mecanismos chapuceros y corruptos de la República fueron reemplazados gradualmente por algo semejante a una burocracia pública honesta.

El *Aerarium* de Roma, o erario público, tenía su sede en el templo de Saturno, en el Foro romano, y estaba dirigido por dos pretores. No disponemos de información exacta sobre los recibos del fisco de los impuestos, derechos aduaneros y tributos que entraban y salían de Roma. Cada provincia tenía su propio erario, y de ellos el *princeps* sacaba fondos para sus fines militares y administrativos locales; en muchos casos, no había superávit para enviar a Roma.

La mayor demanda de los recursos del Imperio era la del Ejército: veintiocho legiones y una fuerza equivalente de tropas auxiliares. No era una fuerza tan numerosa para un imperio tan vasto, pero la carga financiera era considerable. El sueldo mínimo de un soldado eran 900 sestercios al año, lo que suponía un gasto adicional de 140 millones de sestercios. Sin embargo, el coste real de mantener al Ejército era considerablemente mayor, porque la caballería estaba mejor pagada que las tropas de infantería, y desde los oficiales de los centuriones hasta los comandantes legionarios, o *legates*, ganaban salarios muy elevados. Por si eso fuera poco, también estaban los gastos en equipamiento militar, las flotas imperiales y la elite de pretorianos en Italia.

Augusto era inmensamente rico. Su fortuna provenía de la herencia de Julio César, varios legados (era costumbre acordarse del *princeps* con una generosa donación), los beneficios de la Proscripción y de la guerra civil y las rentas provenientes de extensas fincas en varias partes del Imperio. En sus memorias oficiales anota con satisfacción que se gastó 600 millones de sester-

cios en tierras compradas en Italia para sus veteranos y 260 millones en otros lugares.[7] Algunos soldados licenciados recibieron donaciones de dinero, en lugar de tierras, por un total de 400 millones de sestercios.

Además de esas enormes sumas de dinero, el *princeps* llenaba a menudo el *Aerarium* de su propio bolsillo cuando los fondos escaseaban. En la práctica, era difícil distinguir entre el Tesoro público y su cuenta para gastos personales.

En resumen, las reformas que llevó a cabo Augusto del modo en que se ejercía el poder gubernamental no fueron particularmente controvertidas ni se consideraron, en general, revolucionarias cuando se contemplaban una a una, pero la suma de todas ellas revelaba cuatro pautas lentas e irrefrenables. En primer lugar, el *princeps* acumulaba más y más poder para sí mismo, racionalizando el proceso legislativo y de toma de decisiones, agilizando las comunicaciones del Gobierno a través del Imperio o aumentando su papel judicial.

Aunque cada vez estaba más claro quién estaba al mando, la clase dirigente senatorial consintió la autocracia, porque mejoraba su trabajo y su prestigio. Cuando Augusto desarrolló una disposición de carrera para la Administración imperial, no estaba mejorando sólo la calidad del Gobierno, sino también creando trabajos de gran prestigio y bien pagados.

Los senadores también habrían estado complacidos al ser testigos del declive en importancia del Pueblo, algo que los ciudadanos de Roma estaban dispuestos a tolerar después de experimentar los beneficios de vivir bajo el principado. No albergaban el más mínimo deseo de volver a las maneras ineficaces de la República. Finalmente, Augusto introdujo los fundamentos de una burocracia pública, aumentando cada vez más el empleo de esclavos y libertos no políticos que se encargaban de los asuntos cotidianos.

Los romanos distinguían entre *imperium*, poder y *auctoritas*, o autoridad. Una prueba del extraordinario éxito del sistema de Augusto era que el *princeps* era capaz de inspirar obediencia simplemente gracias a su autoridad, y rara vez se veía obligado a hacer uso de la fuerza bruta a su disposición.

19

El culto a la virtud

20 a.C.-9 d.C.

Una de las características más notables del régimen de Augusto era la libertad de expresión. No había policía secreta golpeando puertas de escritores disidentes a las cuatro de la madrugada. El *princeps* entendía que la independencia de espíritu era crucial según el concepto que Roma se había hecho de él. La gente no le habría creído cuando afirmaba haber restaurado la República si hubiese intentado amordazar sus opiniones. De hecho, le habría sido muy difícil llevarlo a cabo, porque no tenía una policía secreta a su disposición.

De hecho, no había necesidad de restringir la libertad de expresión de los ciudadanos, porque había muy poca oposición abierta. El propósito del acuerdo constitucional era atraer un amplio consenso entre la clase dirigente. Los críticos podían decir lo que quisiesen sin que hubiese riesgo de una revolución. Eso no significa que los hombres cuya carrera fuese en ascenso no practicasen la autocensura o que los poetas e historiadores no usaran la adulación. Como hemos visto, el *princeps* y Mecenas, su «ministro de cultura» oficioso, eran muy conscientes del poder de la literatura para promover los valores oficiales.

Sin embargo, había otra razón, de más peso y perspicacia, para la libertad que Augusto permitía a los comentaristas, tanto los historiadores como los poetas: sus convicciones más profundas. Como muchos de sus conciudadanos romanos, reprobaba profundamente la decadente sociedad en que vivía y su abandono de las severas virtudes romanas del pasado.

Augusto quería que escritores como Tito Livio se expresasen con franqueza sobre ese tema sin miedo ni favoritismos. Más o menos de la misma edad que el *princeps*, Livio nació en Patavium (la actual Padua), en la Galia Cisalpina. No quiso emprender una carrera pública, y en lugar de eso dedicó su larga vida a escribir una historia monumental de Roma, desde su fundación hasta el año 9 a.C. Fue uno de los primeros historiadores profesionales de Roma; hasta entonces, la historia había sido un pasatiempo para políticos retirados.

Livio tenía una visión del mundo moral y romántica, que compartían la mayoría de los intelectuales de su época. En el prefacio a su *magnum opus*, afirmó que escribir Historia era una forma de escapar de los problemas del mundo: «En los últimos años, la riqueza nos ha hecho avariciosos, y la autocomplacencia nos ha llevado, mediante todo tipo de excesos sensuales, a estar, si puedo decirlo así, enamorados de la muerte, tanto individual como colectivamente».[1] Se consideraba que el problema se había iniciado en el siglo II a.C., cuando, algo irreflexivamente, el Senado adquirió su imperio de Oriente: primero Grecia y Macedonia y después Asia Menor y Siria. Los romanos destacados empezaron a copiar el lujoso estilo de vida de los griegos asiáticos. La metáfora culminante de la decadencia romana fue la carrera de Marco Antonio y su subversión sexual a manos de Cleopatra.

Ese declive observado de la moral iba acompañado por un colapso político en manos de una sucesión de soberanos egoístas. El más grande de todos ellos, Julio César, acabó con la República, que había representado en forma constitucional los valores romanos tradicionales, ahora perdidos. Aunque también era un dinasta, Pompeyo el Grande se opuso a César en la guerra civil, dio su vida por la causa republicana y se convirtió en un símbolo de la misma.

Según Tácito, Livio «elogiaba tan efusivamente a Pompeyo que Augusto [a quien conocía personalmente] le llamaba "el Pompeyano"».[2] El historiador nunca se refirió a Bruto ni a Casio como bandidos ni parricidas, sus «denominaciones más frecuentes hoy en día».

Livio no estaba solo en sus patentes simpatías republicanas. En la *Eneida*, el poeta laureado por Augusto se atrevía a rehabilitar al más empecinado de los republicanos, el terco purista Marco Porcio Catón, que había liderado a los *optimates* contra Ju-

lio César y había sido ejecutado personalmente por él después de su derrota en África.

El vencedor de Actium no era el único romano importante que estaba representado en el escudo de Eneas. En una visión del inframundo, varios personajes históricos esperan su nacimiento. Virgilio señala hacia donde «se hallan los justos, con Catón como el legislador de todos ellos».[3] En otro pasaje, el poeta dirige a Julio un velado reproche: «¡No ataques el corazón de tu patria con la mano de tu patria!».[4]

El *princeps* no puso reparos a esas afirmaciones. Transfirió la estatua de Pompeyo el Grande de la sala donde César había sido asesinado hacia un lugar mucho más destacado: bajo un arco frente a la gran puerta del Teatro de Pompeyo. Sobre Catón, comentó: «Haber intentado mantener la Constitución sin cambios le convierte en un buen ciudadano y un buen hombre».[5]

Augusto conocía y apreciaba a Virgilio. De hecho, en el 19 a.C., cuando volvía a Roma después de su éxito en Partia, el *princeps* se encontró con él en Grecia, poco antes del fallecimiento del poeta, a la edad de cuarenta y dos años. Virgilio estaba insatisfecho con su obra maestra, que había terminado pero no corregido, y cuando su salud empezó a menguar le pidió a su amigo, el poeta Vario, que quemase su obra si él moría. Vario incumplió su deseo y, actuando bajo la autoridad de Augusto, publicó el poema épico.

El motivo de la tolerancia de Augusto a esas rehabilitaciones y su asociación con revisionistas como Livio y Virgilio era simple y cínico. La ideología del régimen era restablecer la República. Eso podía apoyarse, en primer lugar, elogiando la mancomunidad ideal de la Roma de los primeros siglos, pero también, lo que se seguía necesariamente, alabando a sus abanderados más recientes, los hombres a quienes Julio César había destruido. Eso implicaba que Augusto estaba obligado a rechazar su pasado revolucionario (y por ende, a su padre adoptivo), y demostrar que era un auténtico republicano. Para ello era esencial la libertad de expresión. El *princeps* tenía que permitir que los oponentes del régimen conmemorasen a sus líderes desaparecidos para que pareciese que él estaba de acuerdo. Habría sido demasiado raro y descarado que hubiese enterrado personalmente a Julio César y que exhumase a Catón y a Pompeyo. Necesitaba una oposición a la que pudiese unirse discretamente.

Sin embargo, la actualización del pasado heroico no era sólo una rememoración, sino un renacimiento. Virgilio trazó una analogía entre la fundación original de Roma y su refundación a manos de Augusto, entre el serio y devoto héroe troyano Eneas y el sobrio y devoto *princeps*. El destino de Roma, escribió, era «gobernar una Italia fértil en liderazgo / y en plena guerra [...] y llevar a todo el mundo hacia un sistema de leyes».[6] La historia culmina con el que inaugura el nuevo *Saturnia regna*, el reino de Saturno, padre de Júpiter, en el que los hombres viven en virtuosa simplicidad.

> Y aquí está el hombre, el que se os ha prometido,
> César Augusto, hijo de un dios, destinado a gobernar
> Donde Saturno gobernaba antes en Lacio, y llevar
> allí la edad de oro.[7]

Lo cierto es que los romanos no merecerían su papel imperial hasta que no hubiesen abordado el consumo desmedido, la inmoralidad sexual y un declive general de la moral. Una vez más, el *princeps* pidió ayuda a su constelación de grandes poetas. Generalmente, Horacio aplaudía una sensualidad felizmente amoral fuera del matrimonio, pero en sus *Odas*, cuyos primeros tres volúmenes fueron publicados en el 23 a.C., dedica un grupo de poemas al insólito tema del renacimiento moral. Escribe sobre «el gran inconveniente de la riqueza»,[8] y compara a los romanos, reprobándolos, con los bárbaros escitas, sorprendentemente representados como nobles salvajes.

> La más rica dote entre ellos es
> la virtud de la familia y la castidad, que teme aceptar un segundo marido.
> Depositan su confianza en los lazos del matrimonio;
> Se considera delito pecar, y el escándalo se paga con la muerte.[9]

Esa crítica armonizaba con las ideas de Augusto. Durante algunos años de la década de los veinte a.C., Augusto meditó sobre legislación social con el fin de purificar la moral y fomentar la familia. Había un consenso entre la gente decente sobre el declive de la clase dirigente de Roma: era fácil divorciarse, los jóvenes eran reacios a casarse, la tasa de natalidad parecía descender, el libertinaje sexual era generalizado y algunos hombres ricos eludían la carrera pública.

Por el contrario, las normas de comportamiento tradicionales aún se mantenían en las provincias de Italia y las pautas de vida familiar no sufrieron grandes cambios. Ése era el mundo en el que Augusto había pasado su infancia; sus recuerdos de Velitrae pudieron fomentar un empeño personal a su deseo de restaurar los valores romanos.

La legislación sobre la familia sería una innovación destacada y probablemente impopular, y el *princeps* se tomó su tiempo antes de presentar cualquier propuesta ante el Senado. Quizá tuvo la intención de hacerlo en el 29 a.C., pero se contuvo. Probablemente en el 18 a.C. presentó un conjunto de leyes diseñadas para fomentar el matrimonio y la procreación. Su objetivo no era sólo promover una vuelta a la moralidad tradicional, sino también formar a nuevas generaciones de soldados y administradores imperiales.

Augusto trazó un nexo explícito con un pasado más austero y fecundo cuando leyó ante el Senado la totalidad de un antiguo discurso sobre la necesidad de familias más numerosas pronunciado por el censor Quinto Cecilio Metelo Macedonio a mediados del siglo II a.C. El lacónico y nada sentimental Metelo decía:

> Si pudiésemos prescindir de una mujer, romanos, todos evitaríamos esa molestia, pero ya que la naturaleza ha ordenado que no podemos vivir muy cómodamente junto a ellas y en absoluto sin ellas, debemos pensar en nuestro bienestar a largo plazo antes que en el placer momentáneo.[10]

El *princeps* presentó personalmente ante una asamblea del Pueblo las llamadas Leyes Julianas (*leges Juliae*, por Julius, el nombre de su clan). La *lex Julia* de *adulteriis coercendis* pasaba a considerar por primera vez el adulterio de una mujer como un delito público, en lugar de como una ofensa privada. Desde tiempo inmemorial, una primitiva costumbre permitía al marido (al menos en teoría) matar a su mujer si la sorprendía en un acto de adulterio, tanto por cuenta propia como con el fallo de un consejo familiar. Su única alternativa, y por la que solía optarse, era el divorcio. Como consecuencia, la mujer perdía una parte o la totalidad de la dote.

El *princeps* sentía que eso era insatisfactorio. Según su nueva ley, un marido ofendido estaba obligado a divorciarse inmedia-

tamente de su mujer y luego acusarla de adulterio ante un tribunal especial. Las penas incluían el destierro y la confiscación de la mitad de los bienes del amante de la mujer (si la pareja era pillada *in fraganti*, el marido tenía derecho a matar al amante). La mujer tenía prohibido casarse con un ciudadano libre en el futuro. La ley no era tan severa en la práctica como parecía a primera vista, porque la esposa no podía ser procesada si su marido no se divorciaba de ella. Un marido que no tomase medidas podía ser acusado de condonar el delito, pero sólo si había sorprendido a su mujer con otro hombre o si podía demostrarse que se había aprovechado de su actividades; por ejemplo, si era su proxeneta.

Ésas eran circunstancias infrecuentes, y en un ambiente generalmente permisivo es poco probable que muchos maridos se hubiesen acogido a la nueva legislación. Muchos debieron de haber pensado que ellos también podían ser sorprendidos (algo bastante frecuente) si tenían una aventura con una mujer casada. Según Suetonio, ésa era una situación en la que Augusto solía encontrarse.[11] Las campañas para el fomento de la moral tienen más probabilidades de tener éxito si están encabezadas por alguien que no tiene nada que reprocharse.

Como es lógico, la promiscuidad del *princeps* le acarreó la burla y el escepticismo. Sin perder la compostura, aconsejó a los senadores que «guiasen y controlasen a sus mujeres como les parezca».[12] «Eso es lo que yo hago con la mía», añadió. Los senadores, divertidos, incitaron al *princeps* a que les contase exactamente qué clase de guía le daba a Livia. Él pronunció reacio algunas palabras sobre la imagen recatada y el comportamiento apropiado, pero no pareció inmutarse por la contradición entre sus palabras y sus hechos.

En otra ocasión, cuando Augusto estaba juzgando en un tribunal, fue llevado ante él un joven que había contraído matrimonio con una mujer casada con la que previamente había cometido adulterio. Eso era muy embarazoso, porque así era exactamente como Octaviano se había comportado cuando se casó con Livia en el 38 a.C. Incómodamente consciente de la coincidencia, le costó recobrar la compostura. «Miremos al futuro —dijo— para que nada parecido pueda volver a pasar».[13]

Una *lex Julia* de *maritandis ordinibus* abordaba la baja tasa de natalidad de las clases altas, aunque si hemos de creer a Suetonio, la población estaba aumentando.[14] En el 9 d.C. fue revisada

y rebautizada como *lex Papia Poppaea*. No podemos saber con certeza cuál era el contenido de la legislación original, aunque la idea central era apoyar a los progenitores.

La legislación penalizaba a los solteros y a las parejas sin hijos, principalmente limitando su derecho a heredar bajo testamento. Después de divorciarse o de quedarse viudas, las mujeres debían casarse de nuevo en un plazo de tiempo determinado. También había incentivos: un padre de un único hijo podía postularse a un cargo público un año antes de la edad estipulada en el reglamento. Tener tres hijos en Roma, cuatro en Italia y cinco en las provincias, eximía a un padre de algunos impuestos.

Es difícil saber el grado de efectividad de esas medidas, porque no disponemos de estadísticas. Todo lo que tenemos son anécdotas. Las fuentes literarias dan la impresión de que, con o sin legislación, muchos hombres de la clase dirigente se casaron y tuvieron descendencia. Quizá algunos se tomaron su tiempo antes de hacerlo, pero una mirada a los árboles genealógicos de personalidades destacadas revela que la mayoría de los hombres tuvo dos o tres hijos que sobrevivieron hasta la edad adulta, y que algunos tuvieron familias más numerosas. Agripa, por ejemplo, tuvo cinco hijos.

La otra cara de la moneda eran Marco Papio Mutilo y Cayo Popeo Sabino, los cónsules que introdujeron la *lex Papia Poppaea*, ninguno de los cuales se casó, como advirtieron observadores malintencionados. Augusto y Livia no tenían hijos, aunque no por decisión propia, y a pesar de sus bellas palabras, Horacio nunca se casó.

En los años siguientes, la legislación fue repetidamente revisada y enmendada, lo que sugiere que aquellos a quienes iba dirigida encontraron una forma de eludir sus prohibiciones.

La sociedad romana dependía de millones de esclavos, que provenían de todos los rincones del imperio: la Galia y España, el norte de África, Grecia y las provincias orientales. Se requería su pasividad, e incluso su lealtad, para el buen funcionamiento del Imperio.

La continua afluencia de riqueza a Italia en el siglo I a.C. estuvo acompañada de un gran aumento en el número de esclavos, también de aquellos que podían liberarse. La emancipación

era popular, y no sólo como recompensa por un servicio largo y leal. Los ex esclavos también eran una fuente de votos en las elecciones, y la emancipación eximía a un propietario del deber de mantener a los esclavos viejos o enfermos. Un liberto, o *libertus*, seguía vinculado a su anterior propietario, porque tenía que unirse a su clientela y le debía lealtad y apoyo.

La mayoría de los romanos creían que había demasiados libertos: estaban atestando el tejido ciudadano y diluyendo su italianidad. Eso parecía preocupar también a Augusto, quien en su testamento expresó su deseo de «preservar una distinción significativa entre los ciudadanos romanos y las gentes de naciones súbditas».[15] Se dice que, cuando Livia le preguntó en una ocasión si podía convertir en ciudadano a un galo que tenía a su cargo, el cual provenía de una provincia que pagaba tributos, él se negó, ofreciéndole a cambio la exención del tributo. Augusto dijo: «Prefiero perder lo que él pueda deberle al fisco que desvalorizar la ciudadanía romana». Esa clase de comentarios parecen haber estado dirigidos a apaciguar los temores públicos y no representaban sus verdaderas opiniones, porque en la práctica el *princeps* animaba a los libertos que demostraban energía, entusiasmo y talento.

Los métodos oficiales de emancipación tardaron en entrar en vigor, así que se les permitió a los propietarios liberar a los esclavos de manera informal, por medio de una simple declaración verbal o escrita. Sin embargo, eso no les confería la ciudadanía y, probablemente en el 17 a.C., una *lex Julia* otorgó a esas emancipaciones informales una especie de derechos latinos, una ciudadanía de segunda clase sin derecho a voto.

Al cabo de varios años, una *lex Fufia Caninia* limitó el número de esclavos que un propietario podía liberar en su testamento, y una *lex Aelia Sentia* impuso algunos límites de edad: un propietario tenía que ser mayor de veinte años para poder liberar a un esclavo y un esclavo tener más de treinta para poder ser liberado.[16] Sin embargo, esas medidas estaban diseñadas para regular la manumisión y no para evitarla.

Las reformas sociales eran insuficientes por sí solas para renovar Roma. Antes del 28 a.C., Horacio se dirigió a sus conciudadanos:

...pagaréis por cada crimen ancestral
hasta que nuestros templos desmoronados sean reconstruidos
y las estatuas de los dioses sean limpiadas de humo y suciedad.

Sólo como sirvientes de los dioses en el Cielo
podréis gobernar la Tierra.[17]

Desde un par de años antes de Actium, Augusto reconocía la importancia de fomentar la religión del Estado. Además del templo de Apolo que conectaba con su casa en la colina Palatina y con el de Júpiter *Tonans* en la Capitolina, Augusto construyó o reformó muchos templos, todos ellos asociados con él, con su familia y con el régimen.

Uno de los más espléndidos era el templo de *Mars Ultor,* o Marte Vengador, en el Capitolio. Prometido durante la batalla de Filipos, era el centro de un nuevo y enorme Foro de Augusto, que fue consagrado en el 2 a.C. Como el Partenón en Atenas, el templo era lo bastante grande para dar cabida a ocho columnas en la fachada. En su *cella* o entrada principal había retratos de los antepasados de Augusto, y se expusieron los estandartes legionarios recuperados tanto tiempo atrás. Allí recibía el *princeps* a los embajadores extranjeros, el Senado debatía asuntos de guerra y los muchachos romanos celebraban su mayoría de edad.

Sin embargo, se requería algo más que edificios de mármol para provocar un renacimiento religioso. Hacía falta un gran acontecimiento, una ceremonia sagrada que uniera a los ciudadanos para celebrar el inicio de una nueva época, y se encontró en un lugar inusual.

Un poco al norte de la ciudad, en el Campo de Marte, había una grieta volcánica, en cuyo interior se hallaba un altar subterráneo conocido como Tarentum o Terentum. Allí se celebraba un festival nocturno en honor de Dis y Proserpina, las oscuras deidades del inframundo. El festival, llamado *Ludi Tarentini,* tenía lugar cada cien años y duraba tres noches. Ese intervalo entre festivales se fijó para que nadie pudiese asistir a más de uno. Augusto y sus consejeros religiosos decidieron reavivar el festival en el verano del 17 a.C. Lo rebautizaron como *Ludi Saeculares,* o Juegos Centenarios (o Seculares), y aumentaron la periodicidad a 110 años.

Las mismas ceremonias también necesitaban un cambio. Se repartieron antorchas, azufre y asfalto entre todos los ciudada-

nos para fomentar la participación masiva en un rito exaltado de purificación. Dis y Proserpina fueron retirados y reemplazados por las Parcas, divinidades que cuidaban la fertilidad de la naturaleza y de la humanidad, las diosas del Nacimiento y de la Madre Tierra. Se añadieron algunas celebraciones diurnas en honor de Júpiter, Juno, Apolo y Diana, la hermana de Apolo. Es decir, el antiguo énfasis melancólico en la muerte y el fin de una época fue transformado en una invocación del futuro.

Los *Ludi* culminaron en un espléndido ritual en el templo de Apolo, en la colina Palatina. Una inscripción evoca el programa del día:

> Después de que el sacrificio hubiese sido llevado a cabo por los arriba designados, veintisiete muchachos y veintisiete muchachas que no habían perdido ni a su madre ni a su padre cantaron un himno, y después hicieron lo mismo en el Capitolio. El autor del himno era Q. Horacio Flaco.[18]

El poeta rollizo y de baja estatura de los placeres de la vida privada se puso serio por una vez y escribió algo tan solemne y grandioso como requería la ocasión. Expresó todo lo que su maestro y amigo esperaba.

> Diosa [Diana], fortalece nuestra juventud y bendice los Decretos
> del Senado que recompensan la paternidad y el matrimonio,
> y que, gracias a las nuevas leyes, Roma recoja una abundante
> cosecha de chicos y chicas.[19]

El mensaje fundamental era que el *princeps* había restaurado la antigua Roma e insuflado nueva vida en el *mos maiorum.* También conjuraba una procesión de ideas personificadas en versos serenos e inspirados:

> Ahora se atreverán a caminar de nuevo la Fe, la Paz y el Honor,
> la anticuada Conciencia y la olvidada Virtud,
> y con ellas la bendita Abundancia,
> vertiendo su rebosante cuerno.[20]

Habían pasado diez años desde la «restauración» de la República. Augusto tenía cuarenta y seis años, y había establecido su poder sin ser asesinado. De ser un líder de una facción sanguinaria y haber expropiado la República se había convertido en

un nuevo Rómulo. El régimen afirmaba representar al Estado romano, y pocos entre los asistentes a los *Ludi Saeculares* lo hubiesen discutido.

Sin embargo, más allá de la evidencia pero no del atento escrutinio de la desconfianza, se percibían grietas casi invisibles en el corazón del Gobierno. La ejecución de Murena, el distanciamiento de Mecenas, la impresión de una alianza entre Agripa y Livia para frenar los planes dinásticos del *princeps*, los encontronazos con la muerte... todo eso contrastaba enojosamente con el simbolismo público de orden, estabilidad y permanencia.

20

La vida en la corte

Augusto quería demostrarle al mundo romano que predicaba con el ejemplo. La sencillez de su vida privada durante las cuatro décadas de su gobierno iba a ser un reflejo de sus políticas públicas. Al parecer, la rutina diaria del *princeps* cambió poco a lo largo de los años y era estudiadamente austera. Su casa en la colina Palatina, al lado de la casa de Livia, estaba amueblada con sencillez. Las abundantes ruinas confirman la descripción de Suetonio de que la casa «no destacaba por su tamaño ni por su elegancia, los patios estaban sustentados por columnas bajas de peperino y los salones estaban desprovistos de mármol o de elaborados mosaicos en el suelo».[1] El edificio tenía un ala privada con pequeños salones y algunos salones más grandes para actos oficiales.

Suetonio también hizo alusión al estudio del *princeps*: «Cuando quería estar a solas y libre de interrupciones, se retiraba a un estudio en la parte de arriba de la casa, al que había bautizado con el nombre de "Siracusa" [aludiendo quizá al laboratorio de Arquímedes, el gran matemático y científico de Siracusa] o "mi pequeño taller"».[2] Esa habitación ha sido descubierta y reconstruida. Las paredes y el techo, de color blanco, están decorados con motivos de cisnes, cálices de flores, grifos, candelabros y flores de loto, todos ellos de color rojo, amarillo y negro. Todas esas imágenes estaban inspiradas en el arte de Alejandría, que era popular en Roma durante el siglo I a.C. Quizá reflejasen la impresión que provocó la ciudad en Octaviano durante su visita en el año 30 a.C.

El *princeps* usó el mismo dormitorio durante más de cuarenta años. Se dice que dormía en una cama baja con una colcha

muy ordinaria. Aún se conserva lo que pudo haber sido el dormitorio de Augusto, una habitación pequeña y sin ventanas y finamente decorada con frescos que representaban las máscaras cómica y trágica del teatro. Los sofás y las mesas de la casa se conservaron al menos hasta la época de Suetonio. Muchos de ellos, escribió éste después de examinarlos, «apenas se considerarían dignos de un ciudadano corriente».[3]

Como sus contemporáneos aristócratas, es muy probable que Augusto y Livia durmiesen en camas separadas. El *princeps* se despertaba al amanecer con los ruidos de la casa. Solía dormir mal de noche, y a menudo se quedaba dormido durante el día mientras lo llevaban por las calles y cuando dejaban su litera en el suelo debido a algún retraso.

Los esclavos se afanaban en limpiar la casa con cubos, escaleras para llegar a los techos, palos con esponjas en un extremo, plumeros y escobas. En las épocas previas a la electricidad, cada minuto de luz natural era precioso, y Augusto se levantaba con los primeros rayos del sol. Dormía con un taparrabos y una túnica, y así sólo tenía que ponerse los zapatos al levantarse. Se aseguraba de no poner el pie derecho en el zapato izquierdo, porque creía que eso le acarrearía mala suerte. Probablemente se limpiaba los dientes con dentífrico, algún polvo hecho de huesos, cuerno, huevos o caparazón de mariscos. El *princeps* prestaba poca atención a su pelo y, cuando se lo cortaba, varios barberos trabajaban a la vez y a toda prisa. A veces llevaba la barba corta y en otras ocasiones se la afeitaba. Cuando iba al barbero, solía leer o escribir.

Excepto en las ocasiones en que debía presidir una ceremonia pública o asistir a una reunión en el Senado, Augusto llevaba ropa de estar por casa, cosida y tejida (o al menos eso se decía) por Livia y sus parientes femeninos. Era muy friolero, y en invierno se abrigaba con cuatro túnicas y una toga gruesa encima de una camiseta. Abajo llevaba un peto, calzones y polainas de lana. Sus zapatos tenían suelas gruesas para hacerle parecer más alto. Siempre había a mano una muda de mejores ropas y zapatos por si su presencia era requerida inesperadamente para algún acto oficial.

Un desayuno romano *(ientaculum)* solía ser rápido y sencillo: algo de queso y de olivas (quizá preparadas en forma de pasta para untar en el queso), y pan mojado en agua, leche o vino aguado. El primer asunto del día era la *salutatio*: cuando se

abrían las puertas de la casa, una multitud de clientes o personas a su cargo se congregaban para presentar sus respetos. Los senadores solían acudir y eran recibidos con un beso. Sin embargo, todo el mundo era admitido y cualquiera podía plantear una petición. Augusto se comportaba relajada y amigablemente. En una ocasión, un solicitante estaba tan nervioso que Augusto se rió y le dijo: «¡Cualquiera pensaría que le estás ofreciendo una moneda a un elefante!».[4] Después de la recepción matinal, Augusto podía trabajar libremente en su «Siracusa» y reunirse con su equipo y con políticos.

Las casas de Augusto y Livia albergaban una mezcla de vida personal y de trabajo; cumplían la función de *domus*, u hogar, y de *familia Caesaris*, o residencia de César. Eran demasiado pequeñas para las necesidades administrativas, y se compraron otros edificios adyacentes para crear una sede del Gobierno. Como el nuevo templo de Apolo estaba al lado de la casa de Augusto, sus salas (la *cella* y las bibliotecas griega y latina) podían utilizarse para acoger eventos oficiales o grandes reuniones.

Como suele suceder con las autocracias, surgió una corte;[5] es decir, no tanto un lugar, sino un grupo social que actuaba como punto de contacto entre el gobernante y la sociedad. Esa corte acompañaba a Augusto en sus viajes fuera de Roma. Las distinciones de poder e influencia fueron clasificadas de manera meticulosa y expresaban esencialmente el grado de acceso que una determinada persona tenía respecto al soberano. Augusto tuvo serios problemas para encubrir la naturaleza profundamente antirrepublicana de su autoridad absoluta, y se esforzó en actuar como lo haría un cónsul ordinario u otro cargo oficial. Era escrupulosamente educado con otros miembros de la nobleza, intercambiando visitas con ellos y asistiendo siempre a sus celebraciones de cumpleaños.

Emergió un grupo de amigos íntimos de confianza, los *amicis Caesaris*, amigos y aliados políticos del César. No era una agrupación formal, pero era terrible que un *amicus* perdiese su estatus por alguna razón. En una ocasión, un cónsul electo llamado Tedio Afer se enteró de que un comentario malintencionado suyo había enfurecido a Augusto y se suicidó tirándose de un lugar elevado.

Era mucho más infrecuente que un miembro de la familia perdiese su puesto en el círculo del *princeps*. Su relación con Augusto les confería una posición más o menos permanente.

Una hija o un sobrino podían portarse mal, pero no dejarían de ser su hija o su sobrino. Al igual que en otras cortes a lo largo de la Historia, los parientes de importancia probablemente acabaron representando diferentes puntos de vista políticos, y los cortesanos se agrupaban alrededor de ellos, formando camarillas según percibiesen que podrían imponer sus intereses. Así pues, detectamos en el 23 a.C. lo que pudieron haber sido misteriosas camarillas alrededor de Octavia y Marcelo por un lado y Agripa y Livia por el otro. La política, el amor y la amistad interactuaban, y a menudo era difícil desenmarañarlos.

Gobernar el Imperio implicaba un enorme y complicado trabajo administrativo, la mayor parte del cual era llevado a cabo por libertos. Su uso conllevaba varias ventajas importantes sobre los familiares y los de la misma clase social: se podía disponer de ellos en grandes cantidades y, a diferencia de los miembros aristocráticos de la clase dirigente, obedecían órdenes directas. No tenían representación electoral, y su destino estaba vinculado al de su patrón. Y lo más importante, no informaban a nadie más que al *princeps*, así que lo que hacían se mantenía fácilmente en secreto.

Por ese motivo, se desconoce casi todo sobre cómo Augusto organizaba su equipo. A juzgar por los departamentos autónomos designados oficialmente que establecieron después otros emperadores, el equipo de Augusto pudo haber estado organizado en grupos que se encargaban de la correspondencia, de las peticiones, de las embajadas extranjeras, de las delegaciones y de los casos legales.[6] Debió de haber habido un archivo y un departamento de contabilidad para administrar la inmensa riqueza de Augusto.

Algunos libertos, entre ellos Licino y Celado, se convirtieron en amigos íntimos del *princeps*. Cuando éste quería estar totalmente incomunicado, se escondía en una villa en las afueras de la ciudad, propiedad de un esclavo liberado que había sido miembro de su cuerpo de guardaespaldas. Sin embargo, el mal comportamiento era rigurosamente castigado. Cuando se descubrió que un secretario imperial había filtrado el contenido de una carta confidencial, Augusto hizo que le rompieran las piernas.

Augusto tenía una manera de hablar y de escribir sencilla y sobria. Le disgustaba el «hedor de las frases extravagantes»,[7] como solía decir. Comunicaba sus ideas con la mayor franque-

za y claridad posible, llegando a repetir varias veces la misma conjunción para conseguir sencillez aunque sonase raro. Sin embargo, las cartas escritas por él que vio Suetonio revelan algunas expresiones extrañas,[8] quizá derivadas de su infancia en provincias. Por ejemplo, le gustaba decir «cabeza de madera» *(pulleiacus)* en lugar de «loco» *(cerritus)*, «sentirse plano» *(vapide se habere)* por «sentirse mal» *(male se habere)*, y «ser una remolacha» en vez de «perezoso» *(languere)*. De una acción rauda o repentina decía que era «más rápida que los espárragos hervidos», y solía escribir «pagarán en las calendas griegas», una expresión proverbial que significaba «nunca», porque las calendas, el primer día de cada mes, era un término romano. Algunas de sus máximas favoritas eran la griega «A más prisa, menos velocidad» y «Dadme un comandante seguro, no uno audaz». También le gustaba la coletilla latina «Hacerlo bien es hacerlo pronto».

Augusto escribió obras en prosa de varias clases, algunas de las cuales leía en voz alta a amigos íntimos, como los escritores profesionales solían hacer en las salas de conferencias. Algunas de sus obras son *El estímulo de la Filosofía* y algunos volúmenes de su autobiografía, escrita durante su enfermedad en España en el 24 a.C. Los intentos de Augusto de escribir poesía fueron pocos y espaciados. Escribió un poema en hexámetros titulado *Sicilia* y algunos epigramas compuestos a la hora del baño.

La gente solía escribir con una pluma de ave sobre hojas de papiro, utilizando esponjas para borrar el texto y limpiar la pluma. Cuando Augusto probó suerte en la tragedia con una obra sobre el héroe griego Áyax, que se volvió loco y se mató con su propia espada, quedó descontento con el resultado y destruyó la obra. Cuando algunos amigos le preguntaron «¿Qué ha sido de Áyax?», él respondió: «¡Áyax se cayó sobre su esponja!».[9]

Al parecer, Augusto era ligeramente disléxico. Indiferente a la ortografía correcta, tal y como determinaban los gramáticos, prefería escribir las palabras tal como se pronunciaban, y a menudo transponía sílabas y letras o incluso las omitía. Usaba el mismo código básico de Julio César cuando escribía un mensaje cifrado: se limitaba a cambiar la A por la B, la B por la C y así sucesivamente, utilizando AA para la última letra del alfabeto.[10]

Las mañanas de *fasti*, o días venturosos, las dedicaba a asuntos públicos: sesiones del Senado (las cuales, en teoría, sólo podían durar hasta el atardecer), casos judiciales y ceremonias re-

ligiosas. Así pues, el *princeps* iba muy a menudo al centro de Roma o muy cerca de allí.

Los altos oficiales romanos no sólo tenían autoridad política, sino que también impartían justicia en los tribunales. Augusto asistía asiduamente a su trabajo legal, y a veces se quedaba en el tribunal hasta el anochecer. Cuando estaba indispuesto, se hacía llevar en litera hasta el tribunal judicial al aire libre en el Foro. Era un juez concienzudo e indulgente. Aceleró el proceso legal, tachando de las listas los pleitos que no iban a perseguirse enseguida. En una ocasión juzgó un caso de parricidio, un crimen cuyo castigo era introducir al condenado en un saco junto con un perro, un gallo, una serpiente y un mono y tirarlo al río o al mar. Deseando librar al culpable de un destino tan cruel, Augusto le preguntó: «Supongo que no mató usted a su padre, ¿no es así?».[11]

A Augusto le gustaba presentarse como si no fuese más importante que cualquier otro senador destacado. Hizo todo lo posible por evitar irse o entrar en Roma en pleno día, porque eso habría obligado a las autoridades a tributarle una bienvenida o despedida formal. En su papel de cónsul, era inevitable que fuese visto en público cuando salía de las sesiones del Senado hacia el tribunal de justicia o las ceremonias y sacrificios en el templo.[12] Solía ir caminando por las calles de Roma en dirección a su siguiente cometido, aunque a veces era transportado en una litera cerrada.

Aunque Augusto era perfectamente capaz de hablar en público sin preparación, siempre temía decir demasiado o demasiado poco. Así pues, no sólo redactaba cuidadosamente sus discursos y los leía en el Senado, sino que también escribía previamente cualquier declaración importante que quisiese dirigir a alguien, incluso a Livia. Revela mucho de la mente ordenada y administrativa de Livia el hecho de que guardase y archivase todas las comunicaciones escritas que Augusto le dirigía.

La mayoría de los romanos solían comer un tentempié parecido al desayuno al mediodía, pero Augusto raramente comía a horas fijas, sino sólo cuando tenía hambre. «Hoy he comido un tentempié de pan y dátiles mientras me llevaban»,[13] escribió en una carta. En otra ocasión informó a otro con el que se carteaba: «Durante mi viaje de vuelta en la litera desde el *Regia* [el "pala-

cio", un edificio pequeño y antiguo en el Foro que servía de sede al *pontifex maximus*], me he zampado un trozo de pan y unas pocas uvas de piel dura».[14]

Augusto comía poco y prefería la comida sencilla a los platos sofisticados. Le gustaba especialmente el pan rústico, hecho de trigo machacado o molido (en ese último caso, solía contener arenilla de la rueda del molino, que podía hacer rechinar los dientes al comerlo) y podía hacerse sin amasar y sin levadura. El resultado era un pan duro como una piedra. Otras de sus comidas favoritas eran los pescaditos, el queso fresco prensado a mano (parecido quizá a la actual ricotta italiana) y los higos verdes.

Augusto bebía poco alcohol. Su límite era una pinta de vino aguado (el vino antiguo era recio y con cuerpo, y casi siempre se servía diluido), y si bebía más que eso, se provocaba el vómito. No solía tocar el vino antes de la comida principal del día. En su lugar, saciaba su sed con un trozo de pan mojado en agua, una rodaja de pepino, un cogollo de lechuga o una manzana amarga, tanto fresca como seca.

Por las tardes, el *princeps* podía disfrutar de un tiempo de ocio. Solía estirarse un rato con la ropa y los zapatos puestos. Se tapaba con una sábana, aunque se dejaba los pies destapados.

Augusto había aprendido a cuidar su salud. Padecía varias enfermedades leves. En ocasiones, el dedo índice de su mano derecha se le debilitaba y entumecía tanto, además de encogérsele por el frío, que apenas podía escribir, incluso llevando un protector de cuerno para el dedo. Durante algunos años sufrió dolores de vejiga, pero desaparecieron después de que expulsase arenilla junto con la orina. No podía tolerar la luz del sol, ni siquiera en invierno, así que siempre llevaba un sombrero de ala ancha cuando salía.

De vez en cuando recurrían algunos achaques estacionales: una inflamación del diafragma a principios de la primavera y catarro cuando soplaba el siroco. Se le hacía difícil soportar el calor y el frío intensos. Para aliviar el reuma que lo aquejaba tomaba las aguas en un manantial sulfuroso entre Roma y Tibur (la actual Tivoli).

Poco podía hacer la medicina de esa época para curar la mayoría de los trastornos, así que los doctores sensatos concentraban sus energías en la vida sana. El escritor médico Celso recomendaba practicar ejercicio moderadamente.

«El que ha estado ocupado durante el día, tanto en asuntos domésticos como públicos —escribió Celso—, debe reservar un rato para el cuidado del cuerpo.»[15] Durante las guerras civiles, Augusto se ejercitaba montando a caballo y practicando esgrima en el Campo de Marte. Con la llegada de la paz, solía jugar a la pelota con dos amigos o al balonmano con equipos. Pronto lo dejó y se limitó a montar a caballo o a caminar un poco. Al final de la caminata, se envolvía en una capa o sábana y corría o saltaba para sudar. A veces iba a pescar.

En ocasiones, sobre todo cuando había mal tiempo, jugaba a los dados o a las canicas con sus *deliciae*. Augusto siempre estaba a la caza de muchachos hermosos y dicharacheros. Por el contrario, odiaba a los enanos y a los inválidos; los consideraba caprichos de la naturaleza y heraldos de la fatalidad.

Los romanos solían tomar un baño por las tardes, después de hacer ejercicio y antes de la comida más importante del día, en su baño privado si podían permitírselo o en los baños públicos, como las espléndidas Nuevas Termas de Agripa. De nuevo, el lema de Augusto era la moderación en todo. No solía tomar un baño completo, y en lugar de eso le daban un masaje con aceites o sudaba junto al fuego, después de lo cual le mojaban con agua caliente o se quedaba al sol para quitarse el frío.

Livia se levantaba más o menos a la misma hora que su marido, y sus días corrían paralelamente, cruzándose sólo de vez en cuando. Para dormir se ponía unos calzones, un sujetador o un corsé, y una túnica que le llegaba un poco más abajo de la rodilla. Al levantarse se ponía los zapatos y una elegante túnica larga llamada *stola*. Después se cubría con una *palla*, un manto o chal.

Las mujeres refinadas preferían el algodón de India (disponible gracias a la entente de Partia con Roma) al lino, a la lana o a la seda, importada misteriosamente desde el distante y desconocido Oriente. Los colores más populares eran el blanco y el negro, aunque también algunos más vivos como el morado, el amarillo o el azul. Se solían llevar pañuelos anudados al cuello, que se llamaban *mappa* si se llevaban colgando del brazo, en cuyo caso se usaban para limpiarse el polvo o el sudor de la cara.

Según el poeta Ovidio, Livia estaba demasiado ocupada para dedicar mucha atención a su aspecto:

...no esperéis sorprenderla
sin hacer nada; apenas tiene tiempo
para su propio aseo.[16]

Sin embargo, como gran dama que era, se esperaba de ella que cumpliese con algunos requisitos.[17] Empleaba a numerosas *ornatrices* (ayudantes de tocador) y disponía de un equipo para su guardarropa. Un empleado se encargaba de sus adornos y accesorios ceremoniales, un *calciator* le hacía los zapatos y una *unctrix* (masajista) la ayudaba a estar en buena forma.

Livia estaba a cargo del vestuario de toda la familia, pero no es probable que pasase mucho tiempo con el telar y la aguja. De eso se encargaban los empleados llamados *lanipendi* (pesadores de lana) y los *sarcinatores* y *sarcinatrices* (costureros y costureras). Los bustos de Livia que se han conservado revelan que no llevaba joyas. Aunque utilizara los servicios de una *margaritarius*, o engarzadora de perlas, quizá vestía de forma tradicional y quería ser, como expresó Horacio en una famosa frase, *simplex munditiis* («simple en su elegancia»).[18]

Como su marido, Livia no se lavaba al levantarse, aunque su pelo debía ser peinado. Eso podía llevar un buen rato, y Livia contaba con los servicios de una *ornatrix*. En el peinado de moda de las mujeres pudientes de la época de Livia, el pelo se peinaba hacia delante desde la mitad de la cabellera y luego se curvaba hacia atrás en un moño alto. Por los lados se hacían trenzas y se fijaban en la parte de atrás de la cabeza. Algunos mechones podían caer descuidadamente sobre la frente y la nuca.

Las mujeres romanas usaban cosméticos, y suponemos que Livia no era una excepción. Las cremas, los perfumes y los ungüentos se vendían mucho. El maquillaje facial consistía en una base de grasa, a menudo lanolina que se extraía de la lana sin lavar de ovejas, mezclada en pequeños platillos con varias sustancias de colores: ocre o vino seco para el rojo y ceniza o antimonio en polvo negros para las cejas y la raya de los ojos. En la cara y los brazos se aplicaban tiza y, lo que era mucho más peligroso, plomo blanco.

Livia tenía una constitución robusta. Al igual que su marido, comía con moderación. Tiempo después atribuyó su buena salud al vino que bebía habitualmente, un selecto vino añejo de Pucinum,[19] un promontorio rocoso en el golfo de Trieste donde había un pequeño *castellum*, y donde en la actualidad se alza el castillo de Duino.

Beber vino no era la única prescripción de Livia para la longevidad. Elaboraba recetas para tratar varios achaques, alguna de las cuales han sobrevivido.[20] Una de ellas, para la inflamación de la garganta, era un preparado de opio, anís, junco aromático, canela roja, cilantro, azafrán, canela común y otras hierbas mezcladas con miel de Ática. Otro brebaje, que aliviaba supuestamente la tensión nerviosa, contenía fenogreco, vino de Falernia, aceite de oliva, mejorana y romero. Se cocía, filtraba y se mezclaba con doscientos gramos de cera. Se aplicaba con suaves masajes en el cuerpo. El interés de Livia en la medicina casera, se supone que impuesto a sus parientes y otros habitantes de la casa, pudo haber contribuido a la reputación de envenenadora que adquirió después de la muerte de Marcelo.

Las actividades de Livia llamaron poco la atención de los historiadores contemporáneos. Una mujer romana de clase alta era libre para salir, asistir a espectáculos públicos, visitar templos y jugar un papel activo en la alta sociedad. Sin embargo, se esperaba de ella que no tuviese una carrera pública, sino que se dedicase a cuidar a su marido y a sus hijos. Ella se hacía cargo de la casa mientras su marido entraba en política, libraba guerras y gobernaba provincias. En su ausencia, ella se aseguraba de que todo lo relacionado con sus propiedades y finanzas fuese bien. Aún más importante, cuidaba los contactos políticos de la familia y tiraba de los hilos entre bambalinas cuando era necesario.

Si seguía las normas, a una mujer romana inteligente como Livia no le sería difícil valerse de ellas para sus propósitos. Sabía tener en cuenta dos modelos diferentes de comportamiento femenino: uno para admirarlo y el otro para evitarlo. En la primera categoría estaba Cornelia, madre de los hermanos Graco, los reformadores que habían perdido la vida en sus luchas contra el Senado en el siglo II a.C. En una ocasión, una mujer que estaba invitada en su casa le enseñó sus joyas, las mejores que había en ese momento, y Cornelia le dio conversación hasta que sus hijos llegaron a casa de la escuela. Entonces le dijo a su invitada: «Aquí están mis joyas». Cuando los chicos crecieron, ella los ayudó en sus carreras políticas y soportó su pérdida «con un espíritu noble y firme».[21]

El otro paradigma ilustra el grave peligro que tenía que afrontar una mujer si intentaba jugar un papel demasiado activo en un mundo de hombres. Un siglo más tarde, una tal Sempronia se asoció con el político radical Lucio Sergio Catilina.

> Entre ellas [las mujeres que se unieron a Catilina] estaba Sempronia, una mujer que había cometido muchos crímenes, lo que demostraba que tenía una osadía temeraria propia de un hombre. La fortuna la había favorecido abundantemente, no sólo con belleza y una alta cuna, sino también con un buen marido e hijos. Había sido educada en literatura griega y latina, sabía danzar y tocar la lira con más destreza de la necesaria en una mujer respetable, además de otros talentos como el de sacerdotisa de la disipación. No había nada que valorase menos que la decencia y la castidad, y le tenía tan sin cuidado su reputación como su dinero.[22]

Ésta es una descripción contemporánea de una mujer tan capaz y atractiva (o eso parece) como Cornelia. La salacidad no conciliaba bien con el resto de sus cualidades, y su historial sexual, fuese el que fuese, era evidentemente una metáfora de su incorrección política. Sempronia se había saltado las normas, y por eso su imagen debía ser difamada.

Livia no tenía ninguna intención de caer en ese error y mantuvo un perfil bajo, con lo que se ganó el respeto de muchos. Se aseguró de no interferir en los asuntos de su marido e hizo la vista gorda ante sus aventuras sexuales sin que jamás se rumorease una sola palabra que pusiese en duda su propia castidad. Era sumamente discreta y se callaba todo lo que sabía. El *princeps*, por su parte, respetaba su inteligencia y la consultaba a menudo. Suponemos que el hecho de que no se hubiese divorciado de ella y se hubiese buscado otra mujer que le hubiese dado un hijo demuestra su respeto y afecto hacia ella. Muchos de sus contemporáneos hubieran hecho precisamente eso.

Tácito veía a Livia como una intimidadora femenina que controlaba a su marido,[23] pero se dice que ella creía no tener ningún poder sobre Augusto y que su influencia sólo se debía a que siempre estaba dispuesta a concederle sus deseos. Ha quedado constancia de varias ocasiones que ilustran la disposición de Augusto a negarse a sus peticiones, pero debió de haber seguido sus recomendaciones en otras oportunidades. Parece muy probable que la tratase igual que a otros altos oficiales en los que confiaba; esperaba, como cualquier presidente de una gran organización, que sus asesores se asegurasen de que sus consejos eran consecuentes en términos generales con sus políticas, y si así era, estaba dispuesto a aceptarlos.

Las mañanas de Livia estaban dedicadas a los asuntos domésticos habituales y a supervisar sus considerables intereses

económicos. Después de comer tomaba un baño, y era entonces cuando dedicaba suficiente tiempo y atención a su higiene personal. Si acudían invitados a cenar, debía tener el mejor aspecto posible.

El año romano estaba salpicado de días festivos, en los que se organizaban espectáculos públicos. Augusto era consciente de que esos espectáculos (sobre todo los *munera* o exhibiciones de gladiadores) eran importantes para la popularidad del régimen. Los *munera* eran extraordinariamente caros, incluso para los grandes bolsillos del *princeps*. Solía limitar los que patrocinaba a dos temporadas regulares: entre seis y diez días en diciembre y hasta cuatro en marzo. La mayoría de las numerosas festividades a lo largo del año se dedicaban a las populares carreras de carros en el Circus Maximus y a espectáculos teatrales y de danza en varios teatros de la ciudad, incluido el dedicado a la memoria de Marcelo.

El Circus Maximus, en el que se celebraban las exhibiciones de gladiadores y las carreras, daba a la empinada ladera de la colina Palatina. Augusto tenía la costumbre de contemplar los espectáculos desde las habitaciones de las plantas superiores de las casas de la colina Palatina, que pertenecían a amigos o a sus esclavos liberados. De vez en cuando se sentaba en el *pulvinar*, una plataforma cubierta en el Circus en la que se ponía un sofá con imágenes de dioses y que tanto él como su familia usaban como palco.

Augusto no siempre llegaba al comienzo de los juegos o incluso no acudía el primer día, pero siempre presentaba sus excusas y nombraba a un «presidente» sustituto. Una vez en su asiento, no cometía el error de Julio César de leer documentos y dictar respuestas durante las representaciones, un hábito que ofendía a la gente. Por el contrario, miraba atentamente «para disfrutar de la diversión, como admitía con franqueza».[24] El deporte favorito de Augusto era el boxeo. En las competiciones profesionales le gustaba oponer a los italianos contra los griegos, pero también le agradaban las peleas violentas entre matones en los callejones angostos.

El *princeps* se interesó por toda clase de artistas profesionales y pudo conocer personalmente a algunos de ellos. Sin embargo, insistía en imponer límites para respetar el decoro. Por ejemplo,

prohibió los concursos de gladiadores *sine missione*, en los cuales el luchador derrotado no podía ser indultado y debía ser rematado por su oponente. Augusto quería ver valentía, pero tenía aversión al derramamiento inútil de sangre. Castigó severamente a actores y a otros intérpretes por comportamiento licencioso. A las mujeres no les estaba permitido asistir a las competiciones de atletismo, ya que los participantes competían completamente desnudos. Augusto también prohibió que las mujeres se sentasen junto con los hombres, y fueron desterradas a las filas de atrás.

La imagen de virtud, laboriosidad y ahorro no muestra toda la verdad. Fuera de Roma y lejos de los ojos de la opinión pública, Augusto y su familia vivían a lo grande. Suetonio afirma que sus casas de campo eran «bastante modestas».[25] No pudo haber visitado la isla rocosa de Pandataria (la actual Ventotene), a unos 50 kilómetros del oeste de Nápoles, donde el *princeps* hizo construir un palacio. Actualmente se está llevando a cabo una importante excavación.

La isla, de unos dos kilómetros y medio de largo, se extiende de norte a sur. Lo único que sabemos sobre ella en la Antigüedad es que estaba plagada de ratones de campo que roían las extensiones de viñedos. La isla no tiene manantiales o ríos, por eso se levantaron grandes cisternas para recoger agua de lluvia. Se construyó un pequeño puerto, empotrado en la piedra caliza, para descargar materiales de construcción, víveres, vino y otras provisiones. En su parte norte, la isla se estrecha y se eleva hasta una pequeña meseta, donde se halla en la actualidad un cementerio. Allí se encuentran las ruinas de un edificio con muchas habitaciones, reservadas probablemente para sirvientes, esclavos, guardias y personal de mantenimiento. Más adelante, el terreno desciende y se estrecha hasta un pequeño valle, donde manaban las fuentes y un pórtico con arcos y asientos creaba un ambiente agradable para conversar. Una empinada escalera conducía hasta un pequeño muelle, un acceso privado a la villa para los familiares y sus invitados.

Por último, a la casa principal se llegaba caminando desde el valle hasta el alto promontorio donde se hallaba. El edificio tenía forma de herradura, con un jardín en medio, y estaba situado junto a un acantilado escarpado. Tenía varios comedores y un complejo de baños y otros espacios habitables. En la cima del promontorio había un mirador desde el que se podía contemplar una vista en la que el cielo parecía unirse con el mar.

Allí había una majestuosidad secreta, donde el *princeps* podía recibir a su círculo de íntimos en privado y sin ser molestados. Así debía ser, porque algunos amigos suyos tenían mala reputación, y no eran la clase de gente junto a la que podía ser visto en público. Su querido Mecenas era un sibarita, pero también un hombre civilizado y capaz. Lo mismo podía decirse del poco atractivo Publio Vedio Polión,[26] hijo de un rico ciudadano, quien presumiblemente había ayudado a establecer un sistema de recaudación de impuestos en la provincia de Asia después de Actium. En una ocasión fue demasiado lejos, incluso para su amigo Augusto.

Vedio tenía tanques en los que guardaba anguilas gigantes a las que se había acostumbrado a devorar a hombres. Él tenía la costumbre de lanzarles esclavos que hubiesen provocado su desagrado. En una ocasión en la que Augusto había sido invitado a comer, un camarero rompió una valiosa copa de cristal. Ignorando a su invitado, Vedio ordenó, enfurecido, que tirasen al esclavo a las anguilas. El muchacho se postró de hinojos frente al *princeps*, rogándole su protección. Augusto intentó persuadir a Vedio para que cambiase de idea. Al ver que Vedio no le hacía caso, dijo: «Trae todos los recipientes como éste y cualesquiera otros de valor para que pueda usarlos». Cuando se los trajeron, Augusto ordenó que todos fuesen hechos pedazos. Vedio ya no podía castigar a un sirviente por una ofensa que Augusto había repetido, y el camarero fue perdonado.

A pesar de su apoyo público a la estricta moral privada, parece que Augusto tenía (como ya hemos visto) una vida sexual promiscua y enérgica. Según Ovidio, era de dominio público que su casa

> ...aunque resplandece con retratos
> de antiguos héroes, también contiene, en alguna parte,
> una pequeña ilustración que representa las numerosas
> posturas y modalidades sexuales.[27]

Marco Antonio acusó una vez a Augusto de haber arrastrado a la esposa de un ex cónsul desde el comedor de su marido hasta el dormitorio. Según el sobresaltado Suetonio, «además, ¡delante de sus ojos!».[28] Amigos suyos, como el traficante de esclavos Toranio, solían prepararle sus placeres, y desnudaban a mujeres para que pudieran ser inspeccionadas por él como si fuesen es-

clavas a la venta. Aparentemente, la acusación de mujeriego no se desvaneció, porque incluso en su madurez se decía de Augusto que «aún abrigaba la pasión de desflorar muchachas, que le llevaban de todas partes, ¡incluso de manos de su esposa!».[29]

Los grandes personajes protagonizan muchos chismes, y no hay por qué creer esos cuentos picantes. Sin embargo, vale la pena señalar que, según las costumbres sexuales de los romanos de clase alta, no había nada fuera de lo normal en el comportamiento atribuido al *princeps*; sólo hay que considerar las descaradas confesiones de Horacio, aunque él era de una clase social inferior. Antonio sólo lanzó su acusación porque Augusto estaba a la defensiva respecto a Cleopatra. La voracidad sexual de Augusto parece haber sido un asunto de dominio público durante toda su vida.

Después de hacer ejercicio y tomar un baño, Augusto y Livia abordaban el momento más importante del día, la cena o comida principal. Solía empezar sobre las tres de la tarde y era un momento importante para la socialización de los romanos. No era sólo un asunto familiar, y se solía invitar a amigos. Los clubes y sociedades de todo tipo celebraban banquetes con regularidad, y los aristócratas importantes se invitaban mutuamente a una cena anual.

Las comidas con invitados se llevaban a cabo en el *triclinium*, una sala amueblada con tres espaciosos sofás cubiertos de colchones y dispuestos en tres lados de la habitación, con una mesa en el centro. También había mesas con bebidas. En los sofás se reclinaban como sardinas en lata hasta tres comensales, con la cabeza cerca de la mesa y apoyando el codo izquierdo en cojines. En las reuniones más grandes se repetía simplemente la disposición de tres sofás. Tumbarse para comer era un lujo sumamente valorado. Cuando Catón juró comer de pie mientras durase la tiranía de Julio César, sintió que estaba haciendo un verdadero sacrificio.[30] Las mujeres solían sentarse en sillas, aunque se estaba poniendo de moda que se reclinasen junto con los hombres. En las ocasiones en las que se les permitía estar presentes, los niños se sentaban en taburetes enfrente de sus padres.

Una inscripción exhortadora en la pared de una casa de Pompeya del siglo I d.C. da una idea de lo animados que podían ser esos acontecimientos sociales.

No lances miradas lujuriosas o flirtees con la mujer de otro hombre.
No seas grosero en tu conversación.
No te enfades ni uses un lenguaje ofensivo. Si no puedes hacerlo, vete a tu casa.[31]

Augusto celebraba cenas con invitados con cierta frecuencia, pero en su caso no hacían falta instrucciones de ese tipo. Eran ocasiones muy organizadas, y se prestaba mucha atención tanto a la preferencia social como a conseguir un buen equilibrio de personalidades entre los invitados. El *princeps*, que no solía estar muy interesado en la comida, solía llegar tarde y retirarse pronto, dejando que sus invitados empezaran y terminaran sin él.

Un *nomenclator* (o ujier) anunciaba a los comensales a medida que iban entrando. Antes de ser acomodados en sus sitios, se les lavaban las manos y los pies. Se les proporcionaban cuchillos, cucharas y palillos de dientes, además de servilletas. Los tenedores como herramientas para comer aún no se habían inventado, y los invitados cogían la comida con las manos. Los camareros llevaban platos y cuencos y los disponían sobre la mesa. Los restos, como los huesos y los caparazones, se tiraban al suelo y eran barridos posteriormente.

La comida se abría con una *gustatio*, o degustación, en la que se servían aperitivos: legumbres variadas, col en vinagre, fruta y vegetales encurtidos, y otras minucias muy especiadas como ortigas, acederas, saúco, caracoles, almejas y pescaditos. Un manjar delicado era el lirón relleno y asado. La *gustatio* se acompañaba con vino mezclado con miel.

El plato principal consistía en una variedad de carnes y pescados. Las favoritas eran el jabalí, el rodaballo, el pollo y las ubres de jabalina. Se conocían cincuenta formas de preparar el cerdo. No había guarniciones, pero se servían rollos de pan como acompañamiento. Se solía añadir a casi todo una salsa llamada *garum* o *liquamen*. El *garum* estaba hecho de intestinos de caballa descompuestos. Su equivalente moderno, aunque muy diferente, sería la salsa de pescado tailandesa o vietnamita y la salsa Worcestershire. Finalmente, el postre consistía en fruta, nueces y pasteles mojados en miel.

La comida se acompañaba con vino, pero su consumo se incrementaba considerablemente después del ágape. A veces la gente bebía a voluntad, pero un método más organizado de embriagarse era el *comissatio*, una especie de concurso ceremonial

en el cual se vaciaban las copas de un solo trago. Un *rex bibendi* o maestro de ceremonias (literalmente, el rey de lo que se va a beber) se nombraba con una tirada de dados. Él se encargaba de mezclar el vino y de decidir cuántas copas tendría que beber todo el mundo.

En esas ocasiones se conversaba animadamente, y Augusto era un anfitrión excelente y acogedor, con talento para hacer hablar a los invitados tímidos. Solía animar sus cenas con actuaciones musicales y teatrales, con artistas de circo y narradores de cuentos. A veces subastaba boletos de premios de desigual valor o cuadros vueltos hacia la pared. Los invitados debían echarlo a suertes y pujar a ciegas.

La mayoría de los romanos se iban a dormir pronto, pero el día del *princeps* aún no había acabado. Después de la cena, probablemente alrededor de la puesta de sol (algunas cenas menos honorables se prolongaban hasta bien entrada la noche), Augusto se retiraba a un sofá de su estudio. Allí trabajaba hasta tarde, hasta haber atendido todos o la mayoría de los asuntos del día: leer partes, dictar correspondencia a secretarios y dar instrucciones.

Augusto solía irse a la cama a las once y dormía un máximo de siete horas. Tenía el sueño ligero, y se despertaba tres o cuatro veces durante la noche. A menudo no podía volver a dormirse y requería la presencia de lectores o narradores de cuentos. Era reacio a estar acostado a oscuras sin que nadie estuviese sentado junto a él. Finalmente, el soberano del mundo conocido se deslizaba hacia la inconsciencia.

21

Ampliando el Imperio

17-8 a.C.

Cuando Augusto regresó orgulloso de Oriente en el 20 a.C. después de sus negociaciones con el rey Frahâta, trajo consigo los estandartes legionarios capturados y la paz con Partia. Anunció que no tenía intención de añadir más provincias al Imperio. A su juicio, «el número actual era suficiente»,[1] y escribió al Senado en esos términos.

Como en tantas otras ocasiones, hay que mirar bajo la superficie de lo que el *princeps* decía para ver lo que hizo exactamente. En el fondo, Augusto era un imperialista agresivo. Bajo su gobierno, Roma ganó más territorios que en cualquier período comparable de su historia. Su verdadera postura está reflejada en su autobiografía oficial *Res Gestae*, en la que alardea: «Extendí el territorio de todas las provincias del Pueblo Romano en cuyas fronteras había gente que aún no eran súbditos de nuestro *imperium*».[2]

La opinión pública no esperaba menos del soberano de Roma. La ley republicana había prohibido al Senado que declarase la guerra sin provocación previa, sin un *casus belli*, y lo cierto es que Roma (como Gran Bretaña dos milenios más tarde) había adquirido la mayor parte de su Imperio oriental sin habérselo propuesto. Sin embargo, en ese momento, la idea de que Roma tenía un destino imperial era una de las maneras en las que el régimen se justificaba ante la opinión pública.

Virgilio escribe sobre un César «cuyo imperio / llegará hasta los límites del Océano, y cuya fama terminará en las estrellas».[3] Horacio le pide a la diosa de la suerte:

Guarda ahora a nuestra legión de guerreros bajo tu ala
para propagar el miedo a Roma
hasta Arabia y las costas del Mar Rojo.[4]

La expresión «límites del Océano» es un recordatorio de lo pequeño y confuso en sus fronteras que era el mundo romano. Aún no se habían inventado equipos de medición precisos, y la mayoría de los exploradores, por lo general comerciantes, no se alejaban mucho del Mediterráneo.

Los romanos creían que la superficie terrestre era un disco más o menos circular que englobaba sólo Europa y Asia y que estaba rodeado de una vasta extensión de agua, el Oceanus. No conocían la existencia de los continentes americanos y australiano, ni sabían que había territorios más allá de India. La superficie terrestre rodeaba el mar Mediterráneo, Grecia e Italia. La isla de Britannia colgaba en el extremo noroeste. El Imperio romano se extendía sobre gran parte del mundo conocido, y para los gobernantes ambiciosos era muy tentador soñar que algún día sería conquistado en su totalidad.

Los mapas eran raros en el mundo antiguo. El primer mapa mundial del mundo clásico se llevó a cabo en la Atenas del siglo V a.C. Imitando los modelos alejandrinos, los romanos, que tenían a su cargo responsabilidades imperiales, reconocieron el valor práctico de la cartografía. Julio César encargó la elaboración de un mapa del mundo, probablemente para formar parte de un monumento triunfal que erigió en el Capitolio de Roma en el que estaba representado encima de un carro, con el mundo, en forma de esfera, a sus pies. Augusto le encargó a Agripa, su segundo de a bordo, la elaboración de un mapa del mundo mucho más detallado, el *orbis terrarum*, o globo terrestre. El mapa mostraba cientos de ciudades enlazadas por la red de carreteras de Roma, y estaba basado en informes enviados por viajeros y por generales y gobernadores romanos. El resultado fue una imagen bastante reconocible, aunque las distancias y las formas eran cada vez menos precisas cuanto más alejadas estaban de Roma.

El propósito principal del *orbis terrarum* era servir de ayuda a los administradores imperiales, gobernadores provinciales y comandantes militares. Como representación visual del Imperio, también era una metáfora impactante del poder romano. El mapa fue pintado o grabado en la pared del Porticus Vipsania,

una columnata erigida por la hermana de Agripa, y allí estuvo expuesto permanentemente. Se hicieron copias en papiros o pergaminos para los viajeros, y también se copió la información relevante.

Como hemos visto, Augusto y Agripa pasaron mucho tiempo en diferentes rincones del Imperio. Entre el 27 y el 24 a.C., el *princeps* estuvo en la Galia y en España; del 22 al 19, en Grecia y Asia, y entre el 16 y el 13 en la Galia. Entretanto, Agripa estuvo en Oriente del 23 al 21, el 20 y el 19 en la Galia y en España, y entre el 16 y el 13 de nuevo en Oriente. En esos lugares sofocaron rebeliones, reformaron o revisaron las administraciones locales y sobre todo supervisaron la consolidación y la expansión del Imperio.

Es difícil saber si los dos hombres reaccionaban a las circunstancias según iban surgiendo o si seguían una estrategia a largo plazo. Da la impresión de que hubo una progresión ordenada de prioridades en los años que siguieron a Actium. Como hemos visto, las provincias orientales y los reinos clientes fueron reorganizados. La frontera de Egipto fue extendida hacia el sur y se establecieron contactos con los etíopes. Se intentó conquistar la península arábiga, pero ese proyecto fracasó. Se puso fin satisfactoriamente a las negociaciones con los partos, y la Galia y España fueron pacificadas.

Un vistazo al *orbis terrarum* revela que aún debían resolverse tres grandes retos interconectados. En primer lugar, los Alpes estaban en manos de tribus despiadadas, y era imposible llegar por tierra a las provincias orientales desde la península itálica. En segundo lugar, la frontera de Macedonia estaba vagamente definida y era difícil de defender. Por último, aunque el río Rin, que corría desde los Alpes hasta el Mar del Norte, actuaba de frontera con la Galia, las tribus germánicas ejercían una presión constante hacia el oeste.

La solución ideal sería, en primer lugar, hacerse con el control de los Alpes y luego moverse hacia el norte para establecer una frontera defendible con legiones a lo largo del Danubio. De esa manera, las provincias neutrales del norte protegerían a Italia y a Macedonia de un ataque directo. Si el Rin y el Danubio iban a ser la frontera permanente del Imperio, era muy probable que una gran debilidad estratégica causase problemas en el

EL *ORBIS TERRARUM* DE AGRIPA (RECONSTRUCCIÓN)

futuro. Esa debilidad era que el nacimiento de los dos ríos formaba un saliente, cuyo punto más elevado estaba situado donde se encuentra actualmente la ciudad de Basilea. Eso les permitiría operar a las hostiles tribus germanas en el interior de las líneas, lo que les proporcionaría una gran ventaja militar.

Así pues, el último paso sería invadir Germania y crear una nueva frontera en el río Elba. Eso eliminaría el saliente y crearía una división bastante recta entre el Mar del Norte y el Mar Negro. El territorio neutral que se ganaría con esa operación sería muy útil para proteger a la Galia del pillaje venido de Oriente.

Ese plan de acción en tres partes bien pudo haber surgido por casualidad a lo largo de los años, pero su coherencia intelectual y el hecho de que sus elementos fuesen interdependientes sugieren de forma contundente que fue concebido deliberadamente en algún momento anterior al año 19 a.C. y a la pacificación definitiva de España.[5] Se habría pensado como una extensa estructura para guiar la actividad militar en el futuro, o incluso como un modelo elaborado concienzudamente. En ese último caso, no es desorbitado suponer que el autor del plan fuese el hombre que había ganado todas las batallas en nombre de Augusto, el indispensable Agripa.

Estaban ocurriendo cambios importantes en la «familia divina», que iban a tener múltiples consecuencias para sus miembros y para la misma Roma. El matrimonio celebrado el 21 a.C. entre la hija del *princeps*, Julia, y Agripa tuvo éxito donde había fracasado visiblemente el de Augusto y Livia: ellos habían tenido dos hijos, «un heredero y uno de repuesto», a los que siguieron al cabo de poco tiempo dos niñas, Julia y Agripina. Cayo había nacido en el 20 a.C., y Lucius en el 17. Con la llegada del segundo hijo, Augusto adoptó a los dos y los crió en su casa. A partir de entonces fueron conocidos como Cayo César y Lucio César. Parecía que tuviesen dos padres distintos, con Julia jugando sólo un papel secundario como incubadora humana.

La intención dinástica era evidente, pero esta vez había dos «Marcelos» en lugar de uno, lo que doblaba las posibilidades de supervivencia. Esa novedad ha sido presentada como si Augusto hubiese dejado al margen a Livia y a sus dos hijos, Tiberio y Druso. Preocupado como siempre por mantener la continuidad del linaje, el *princeps* no los consideraba sus sucesores. En ese momento se pensaba que Livia haría todo lo posible por promover su causa, pero no hay pruebas de que conspirase para subvertir las firmes intenciones de su marido. Es más, habría sido muy imprudente por su parte haber permitido que apareciese cualquier discordia entre ella y su marido. No consta que Augusto se quejase nunca y ella nunca perdió sus favores, lo que demuestra claramente su lealtad y discreción.

En cualquier caso, Tiberio y Druso no tenían de qué quejarse. Con veinticinco y veintiún años respectivamente, ya habían dado muestras de talento y ambición, y habían sido recompensados por ello. El *princeps* tenía inventiva a la hora de valerse de las personas a su alrededor, y siempre estaba más que dispuesto a apoyar y animar a los jóvenes. Consiguió que a sus dos hijastros les concediesen una dispensación especial para ocupar un cargo antes de la edad mínima permitida y les dio varios trabajos exigentes. Tiberio y Vipsania gozaron de un feliz matrimonio. Las relaciones con su padrastro eran cordiales. Tiberio podía ser un tanto severo, pero Druso era muy popular.

Algunas cartas sin fecha de Augusto revelan su afecto hacia ambos. En una ocasión, le describió a Tiberio cómo Druso y él habían pasado todo un día jugando y apostando fuerte durante una fiesta pública. Se dejaba bien a propósito, porque los soberanos absolutos pueden ser unos malos perdedores en el juego.

> Tu hermano Druso se quejaba amargamente de su suerte, aunque a la larga no perdió mucho dinero... Yo perdí veinte mil sestercios, pero eso fue porque, como de costumbre, me comporté con excesiva deportividad. Si le hubiese pedido lo que me tocaba a cada jugador que hubiese perdido su apuesta conmigo o no hubiese entregado mis ganancias legítimas cuando me las pedían, hubiese ganado al menos cincuenta mil.[6]

En otra carta contesta a los buenos deseos de Tiberio.

> Mi estado de salud tiene poca importancia comparado con el tuyo. Rezo a los dioses para que siempre te protejan, si no sienten una total aversión hacia Roma.[7]

Los dos jóvenes mostraron aptitudes para la vida militar y dotes de mando, cualidades ambas de las que el *princeps* tenía toda la intención de aprovecharse.

Los acontecimientos se precipitaron o proporcionaron el pretexto para la iniciación de la gran estrategia imperial. En el 17 a.C., Marco Lolio, un «hombre nuevo» corrupto y favorito de Augusto, sufrió una derrota en la Galia a manos de tribus germánicas. Ese revés no tenía mucha importancia y fue rápidamente vengado, pero se perdió un estandarte legionario.

El *princeps* decidió tratar ese contratiempo como una emergencia grave y viajó a la Galia para encargarse personalmente del asunto, llevándose con él a Tiberio, a quien al parecer había nombrado Gobernador de la Galia Comata, o «Galia de pelo largo», el centro y el norte de la actual Francia. Una vez allí, se encontró que no tenía nada que hacer, porque al enterarse de que Lolio estaba preparando una expedición punitiva y que el mismo Augusto estaba en camino, las hordas tribales huyeron a sus territorios. Aun así, el *princeps* se quedó tres años en la Galia.

¿Por qué tanto tiempo? La información que se ha conservado no permite contestar a eso con seguridad. Algunas lenguas malintencionadas en Roma supusieron que quería irse de Roma para vivir su aventura con la mujer de Mecenas, Terencia. Es posible que así fuese, aunque también es un poco raro, porque es muy probable que Livia acompañase a su marido en esa y en otras expediciones. Debió de haber sido en esa ocasión que Augusto rechazó su solicitud de concederle la ciudadanía a un

galo, y una fuente data en ese momento un incidente curioso, aunque posiblemente ficticio.

Al parecer, se descubrió un complot contra el *princeps* mientras él estaba en la Galia, que implicaba entre otros al nieto de Pompeyo el Grande, un joven insensato llamado Cneo (o quizá Lucio) Cornelio Cina.[8] Augusto pasó noches sin dormir y días de agitación pensando en si debía ejecutarlo. Según Dión, Livia le persuadió de que la clemencia calmaría a sus críticos y, por lo tanto, desalentaría más los complots futuros que la severidad.

Probablemente, Augusto estaba preparando el terreno para una serie de grandes ofensivas militares. Reorganizó el Ejército, desmovilizando a gran número de soldados veteranos que se habían alistado después de Actium y estableciéndolos en la Galia y en España. Esa medida se acompañó de una campaña de reclutamiento. La duración del servicio de un legionario se prolongó a dieciséis años, y a doce la de un guardia pretoriano.[9] Más o menos en ese momento, Lugdunum (la actual Lyon) parece haber empezado a operar como una casa de la moneda importante, acuñando oro y plata con los que pagar a las legiones de la campaña de la Galia y Germania.

En el 17 o 16 a.C. estallaron las hostilidades, cuando el gobernador de Illyricum lanzó un ataque contra un par de tribus alpinas, probablemente habitantes de la región entre Como y el lago Garda. Entonces, en el 15 a.C., para vengar presuntas atrocidades cometidas contra ciudadanos romanos, Tiberio y Druso encabezaron un ataque de dos frentes contra Raetia, un territorio equivalente a la actual Suiza, Liechtenstein y el oeste de Austria, y contra las tierras de los Vindelici, al sur de Bavaria. Parece que fue una victoria fácil, y que los jóvenes comandantes consiguieron todos sus objetivos en una única campaña de verano. Al año siguiente, las fuerzas romanas conquistaron y se anexionaron los Alpes Maritimae.

Por lo general, los ejércitos romanos ganaban sus guerras contra las tribus «bárbaras» en España, Galia o Germania, gracias a la superioridad de sus fuerzas militares, pero les era muy difícil erradicar los últimos rescoldos de resistencia. Una y otra vez, el enemigo se recuperaba, se reagrupaba y volvía a la ofensiva, a menudo usando tácticas de guerrilla. Tiberio y Druso decidieron prevenir una futura sublevación alpina con un método simple y brutal: deportaciones en masa de hombres en edad de combatir. Se dejó bastante gente para mantener la región habi-

tada, pero no la suficiente como para poder emprender una revuelta. Así se originó la nueva provincia de Raetia. El geógrafo Estrabón visitó la región una generación más tarde y encontró una «permanente situación de tranquilidad».[10] Si eso era cierto, debía de ser la tranquilidad de la desolación.

La primera fase de la estrategia militar había concluido rápida y brillantemente, pero además se había emprendido la segunda fase. El motivo era que la frontera septentrional de Raetia era el río Danubio, y algunos enfrentamientos habían facilitado la conquista de Noricum, el territorio contiguo hacia el este (aproximadamente el resto de Austria). Noricum lindaba con Panonia, cuyas tribus habían sido derrotadas en las guerras de Iliria de Octaviano. Aunque nunca habían sido conquistadas ni ocupadas, hasta entonces habían estado tranquilas.

Moesia, en la frontera este de Panonia, ya había sido conquistada por Roma, aunque no se consideró necesario convertirla oficialmente en una provincia hasta una generación después. Panonia era un problema potencial que debería resolverse antes o después, pero por primera vez en su historia, Roma no tenía ninguna amenaza desde el sur del Danubio.

Ése era un logro real y permanente, y Augusto estaba muy satisfecho. Encargó un gran monumento conmemorativo, el *tropaeum Alpium*, o «trofeo de los Alpes». Era un gran edificio cuadrado de piedra, de quince metros de alto, que soportaba una ancha torre circular rodeada de columnas y coronada con un gran techo escalonado, parecido a una aguja de poca altura. En su ápice había probablemente una estatua del *princeps*. Las ruinas del monumento, impresionantes aún después de tanto tiempo, pueden verse en La Turbie, cerca de Mónaco.

En el 13 a.C., los dos hombres más importantes del Estado regresaron a Roma: el *princeps* desde la Galia y Agripa de las provincias orientales, donde había pasado los últimos tres años. Parece que Augusto reconocía que el peso del Imperio requería de dos cogobernantes. Tiberio y Druso se estaban revelando como dos ayudantes eficaces. Cuando fuesen mayores los pequeños Cayo y Lucio, en los que los genes de Augusto y Agripa se mezclaban, ellos serían los herederos definitivos del Estado romano.

Era un proyecto ingenioso y despiadado. Sin embargo, su éxito dependería de la supervivencia de todos los implicados y de la buena voluntad de Tiberio y Druso, quienes, después de

años de poder y fama, deberían apartarse en el momento apropiado y quedarse para siempre en un segundo plano. Sería pedir mucho de su generosidad, pero Augusto siempre era implacable cuando los intereses del Estado y de la «familia divina» estaban en juego.

El Teatro de Marcelo fue consagrado finalmente por Augusto. Las festividades asociadas incluían una representación del juego de Troya, una complicada exhibición de caballería. Chicos de buena cuna ingresaban en sociedades que ofrecían entrenamiento en equitación y demostraban su destreza en una batalla simulada entre dos grupos de jóvenes jinetes.

En lo que fue probablemente su introducción a la vida pública, el pequeño Cayo, de sólo siete años de edad, participó en el juego, se supone que con su verdadero nombre, e hizo aparición en una representación teatral. Cuando entró en el teatro, los espectadores se pusieron de pie y lo aclamaron ruidosamente, así que Tiberio, que presidía, dejó que el chico se sentara junto a su abuelo en lugar de obligarlo a ocupar el sitio que se le había asignado. Augusto expresó su enojo en términos muy firmes, porque no quería que la opinión pública mimase a los niños por algo que no habían merecido. Después regañó severamente a Tiberio.

El poder estaba para ser utilizado, no como ornamento, y Augusto no permitió que Tiberio y Druso celebrasen triunfos bien merecidos, aunque sí recibieron insignias triunfales (es decir, tenían el honor de un triunfo sin haberlo celebrado). En teoría, los hermanos no reunían las condiciones necesarias para el honor, porque no eran comandantes del Ejército, sino *legati,* o sustitutos, de su padrastro. Sin embargo, estaba en juego un principio más importante. Sólo el *princeps* podía ser un *triumphator,* porque nadie más podía rivalizar con él en gloria militar. El último senador que celebró un triunfo lo hizo en el 19 a.C. Agripa, el mayor general de su época, se echó atrás y se negó a aceptar tres triunfos que le fueron ofrecidos. Tiberio no tenía motivos para quejarse, porque ese año fue cónsul por primera vez, a la edad de veintinueve años.

Aparte del magnífico ceremonial, se trataron algunos asuntos públicos. Augusto y Agripa renovaron su *imperium* por otros cinco años, y por primera vez se le concedió a Agripa el *imperium maius,* una autoridad que le permitía dar órdenes a los gobernadores provinciales. Ése fue un acontecimiento crucial, porque

por vez primera le colocaba en igualdad de condiciones con el *princeps*.

A pesar de las reformas de los últimos quince años, el Senado aún no funcionaba tan bien como debía. La adopción en el 18 a.C. de una medida que fijaba la cantidad de un millón de sestercios de patrimonio mínimo para ser miembro había tenido la consecuencia involuntaria de que algunos hombres cualificados que querían evitar el servicio alegaban pobreza (no siempre honestamente) y quedaban exentos del estatus senatorial. No había suficientes candidatos capacitados disponibles para el *vigintiviri*, los puestos administrativos que eran el trampolín para una carrera política.

Durante su ausencia de Roma, Augusto había conseguido que se aprobase un decreto para abrir el Vigintivirato a *equites* escogidos. De vuelta en la ciudad, revisó a todos los miembros del Senado y obligó a todos los que habían desistido —es decir, a los jóvenes de las clases senatoriales que poseían los requisitos necesarios pero intentaban ocultarlo— a ocupar los cargos que les correspondían.

Combatir la apatía de la élite dirigente era una tarea ardua, y las modificaciones de Augusto comportaron pocas diferencias. Los cargos importantes del Estado y el Ejército conferían estatus a los que los ocupaban, pero el hecho de que el poder estuviese acumulado en las manos de un solo hombre, y no distribuido ampliamente como lo había estado durante la República, era la verdadera razón por la que muchos jóvenes estuviesen menos interesados en una carrera pública que sus antepasados. No había nada que Augusto pudiese o quisiese hacer al respecto.

En el año 13 a.C. tuvo lugar finalmente una partida postergada. Ya hacía un cuarto de siglo que el egoísta y autoindulgente Lépido se había jubilado. Augusto lo había destituido del Triunvirato, pero le había dejado su fortuna personal y su posición como *pontifex maximus*. Murió con muchos años a sus espaldas, aunque no con honores.

Después de la muerte de Lépido, Augusto lo sucedió como *pontifex maximus*. Finalmente había alcanzado las alturas de poder de la institución religiosa romana. Estaba en una posición más fuerte que nunca para acelerar sus esfuerzos con el fin de restablecer los valores religiosos tradicionales. La mayoría de los romanos educados eran escépticos y racionalistas, pero aún albergaban la creencia de que la grandeza de Roma se debía en

alguna medida a su piedad. Si la *pax deorum*, la buena voluntad de los dioses, no era mantenida, el desastre podía estar a la vuelta de la esquina.

Como hemos visto, el programa de construcción y restauración de templos de Augusto sólo era una faceta de su política. También seguía reviviendo antiguas prácticas religiosas y aumentando el número de sacerdotes y de sus privilegios. Resucitó viejas asociaciones, como la *fratres arvales*, o «hermanos de la tierra», que llevaban a cabo ceremonias primaverales para favorecer las cosechas. Los ciudadanos disponían de un restablecimiento de cultos locales en diferentes barrios de la ciudad y de ceremonias para propiciar la *lares compitales*, los espíritus de las principales encrucijadas de cada sala o templo de la ciudad, cuyas imágenes se adornaban con coronas de flores dos veces al año. El *princeps* selló su larga popularidad con el vulgo de Roma asociando esos cultos con el de su «genio», el espíritu que lo protegía a él y a su familia.

Hasta ahí le iba a permitir llegar la opinión pública. Julio César había sido divinizado después de su muerte, y Augusto era demasiado astuto como para proclamarse un dios en vida. Sin embargo, promovió por todo el Imperio el culto conjunto a Roma como diosa y a Augusto como ser divino. Eso les daba a los provincianos la oportunidad de escenificar ceremonias de lealtad y fomentar un *esprit de corps* imperial.

Era hora de terminar la segunda fase de la estrategia militar. Se habían ganado los Alpes y se habían creado dos provincias del Danubio. Sin embargo, las tribus de Panonia se estaban volviendo a impacientar, y en el 14 a.C. un general romano lideró una expedición contra ellas. A finales del año siguiente, Augusto decidió que era hora de imponer una solución permanente y puso a Agripa al mando. A pesar de que el invierno había comenzado, Agripa emprendió la campaña enseguida. No tenemos detalles de los acontecimientos, pero parece que los panonios decidieron que el valor era en gran medida discreción. Agripa regresó de los Balcanes, cruzando por mar hacia Brindisi.

La verdadera razón de su regreso pudo haber sido su salud, porque en marzo del 12 a.C., al llegar a Campania en su viaje hacia el norte en dirección a la capital, cayó gravemente enfermo. Aunque a sus cincuenta años era aún relativamente joven, no se

ha conservado ninguna fuente que revele qué mal le aquejaba. Quizá nadie lo sabía. El inclemente invierno de los Balcanes pudo haber tenido algo que ver. Se dice que, en sus últimos años, Agripa sufrió de dolores insoportables a causa de la gota.[11] Por consejo médico, y sin informar a Augusto, llevó a cabo un tratamiento atroz: sumergir las piernas en vinagre caliente en pleno paroxismo del dolor. Aunque provoca mucho sufrimiento, la gota es una enfermedad crónica, no mortal.

Augusto se enteró de la enfermedad de Agripa cuando presidía unos juegos de gladiadores en honor de Cayo y Lucio. Se dirigió inmediatamente a Roma, pero Agripa había muerto cuando llegó. El golpe fue devastador. Habían sido amigos desde la niñez y habían compartido la asombrosa aventura de sus vidas. Incluso en los momentos en que su relación había sido puesta a prueba, se habían mantenido fieles el uno al otro. Augusto sabía que sin el talento militar de Agripa le habría hecho falta mucha suerte para haber llegado a su actual posición de eminencia.

Se registraron muchos prodigios y portentos, que subrayaban la gravedad de la pérdida que había sufrido Roma. El que le tocó más cerca a Augusto fue el incendio de la cabaña de Rómulo, junto a su casa de la colina Palatina. No era la primera vez que se incendiaba, a causa de unos sacerdotes negligentes, pero se decía que esa vez los culpables habían sido unos cuervos. Los pájaros tiraron a la cabaña trozos de carne ardiendo que habían arrebatado de algún altar sacrificial.

Era costumbre que las viudas se volviesen a casar, y el *princeps* consideró cuidadosamente el futuro de Julia. Acarició la idea de darla en matrimonio a algún don nadie político, incluso a un *eques*. El problema era que Julia seguiría siendo una gran dama y, como era de carácter independiente, podría querer y sería capaz de ejercer influencia política por su cuenta desde la seguridad de su propio hogar. Sería mejor mantenerla dentro del círculo familiar. En ese caso, los únicos candidatos disponibles eran Druso y Tiberio, pero la mujer de Druso, Antonia, era la hija de Octavia, lo que le permitiría tener hijos de la estirpe de Augusto. Ya había dado a luz a un hijo, llamado Germánico por las victorias de su padre, y era de esperar que tuviese más descendencia.

A Augusto le pareció que Tiberio, que en ese momento tenía treinta y un años, era la mejor opción. Su mujer, Vipsania,

era hija del primer matrimonio de Agripa, y no era importante a nivel dinástico. Por desgracia, Tiberio amaba a Vipsania y no estaba dispuesto a divorciarse de ella. Aún más, le disgustaba mucho Julia, quien, según Suetonio, había flirteado con él cuando Agripa vivía.[12]

Esas consideraciones no preocupaban al *princeps*; para él, el deber tenía más importancia que la preferencia personal. En el 11 a.C., exigió a Tiberio que se separase de Vipsania y se casase con su hija. Tiberio le obedeció, pero siguió añorando a su primera mujer. En una ocasión la vio casualmente y se la quedó mirando, con lágrimas en los ojos y una expresión de intensa infelicidad. Eso fue advertido, y se tomaron precauciones para que no volviese a verla. Al principio, Tiberio recobró la compostura e hizo un esfuerzo. Julia y él vivieron cariñosamente como marido y mujer hasta que un hijo suyo murió de muy pequeño. Por entonces, él la odiaba y rompió la relación marital.

A Livia se le atribuye la responsabilidad de haber fomentado la unión de la pareja, y es posible que así fuese. Es humano cuidar de los hijos, y ella se ganó una reputación entre los que la conocían por sus discretas intrigas. Un astuto biznieto suyo,[13] que la conoció cuando ella era muy mayor, le puso el apodo del héroe griego conocido por su astucia y sagacidad: *Ulixes stolatus*, o «Ulises vestido de mujer». Sin embargo, no tenemos evidencias de su intervención. Además, era lógico que Augusto eligiese a Tiberio; era una decisión que no necesitaba una defensa especial.

Para su suegro y, suponiendo su aprobación, para su madre, los sentimientos de Tiberio eran irrelevantes. Él era un hombre reservado, callado e introvertido, cuya obediencia enmascaraba una obstinada emoción. Aunque había cedido en esa ocasión, ¿llegaría el momento en que se liberaría del cruel y exigente *princeps*?

La pérdida personal no debía detener el progreso de la expansión imperial. Tiberio sustituyó a Agripa en Illyricum y Panonia, y Druso comandó las legiones en el Rin. En la primavera o principios de verano del año 12 a.C., los hermanos lanzaron campañas simultáneamente. Para estar al corriente de los acontecimientos, el *princeps* pasó tiempo en Aquileia y en otras ciudades del norte de Italia.

El mayor de los hermanos estuvo guerreando contra las tribus panonias durante cuatro años, pero no tuvo grandes dificultades, porque el enemigo parecía incapaz de unirse para combatir una amenaza común. Empleó su acostumbrada crueldad, deportando a la mayoría de los hombres y vendiéndolos como esclavos. Parecía que el problema panonio había sido resuelto de una vez por todas, y que la última resistencia a lo largo de la frontera del Danubio había sido vencida.

Aunque solía salir victorioso en el campo de batalla, Druso lo tuvo más difícil. Trabajaba duro para fomentar la unidad de la Galia bajo la égida de Roma. Se erigió un gran altar dedicado a Augusto en un templo de Lugdunum, en la confluencia de los ríos Ródano y Saona.[14] En el altar se colocó una inscripción con los nombres de las sesenta tribus de la Galia, y cada tribu aportó una imagen simbólica de sí misma.

La propaganda en la Galia se podía comparar a la guerra en el extremo más alejado del Rin. Druso lanzó una serie de incursiones anuales. En el 12 a.C., envió una flota río Weser arriba. Después de ganar la costa, marchó hacia el interior de Germania hasta el medio Weser. Sin embargo, no era tan fiable como Tiberio, y podía llegar a ser temerario. Ambicionaba obsesivamente ganar la *spolia opima.* Como hemos mencionado anteriormente, ése era el premio más importante y raro de Roma, y se le concedía a un comandante en jefe que mataba personalmente a un general enemigo. Druso solía perseguir a los jefes germanos por el campo de batalla con gran riesgo para su vida.[15]

El joven general se encontró dos veces con serias dificultades. Era evidente que no conseguía entender la fuerza de las mareas fuera del Mediterráneo y en una ocasión dejó que su flota quedase varada cuando el mar se retiró. Estaba en un serio peligro, pero consiguió liberarse gracias a la ayuda de una amistosa tribu local. En otra ocasión le tendieron una emboscada en un paso angosto y estuvo a punto de ser asesinado. Afortunadamente, sus atacantes se confiaron demasiado y abandonaron la formación cuando se acercaron para luchar cuerpo a cuerpo. Sólo la impasible profesionalidad de los legionarios romanos pudo rechazar al enemigo.

Al cuarto año, Druso llegó a lo que era probablemente su objetivo final: el río Elba. Después de cruentos combates derrotó a los marcomanos, una tribu situada estratégicamente entre los nacimientos del Elba y el Danubio. Esos excelentes logros le

supusieron al popular Druso la concesión de galas triunfales. Los éxitos de los hermanos eran impresionantes, pero transitorios. Druso asaltaba en lugar de conquistar; dejaba fortalezas al final de la campaña de cada año, pero retiraba su ejército hacia la Galia. La relativa incompetencia de los panonios encubría amargos sentimientos antirromanos. No aceptaban el veredicto de la guerra.

El año 9 a.C. empezó bien para Augusto. El 30 de enero (el día del cumpleaños de Livia, quizá su cincuenta aniversario) se terminó en Roma un gran *Ara Pacis*, Altar de la Paz, que había sido encargado cuatro años antes. Construido enteramente de mármol, era un recinto cuadrado bastante grande, con dos entradas. En el interior, unas escaleras conducían a un gran altar de tres lados, y tenía sumideros para eliminar la sangre de los animales sacrificados. En el exterior de los muros había relieves inspirados en los mármoles del Partenón, que representaban una procesión solemne de notables romanos, entre los que estaban Augusto y Agripa junto a Livia y otros parientes, incluyendo a Cayo y Lucio.

El altar remataba un grupo de magníficas construcciones erigidas a mayor gloria del *princeps* y de la estabilidad del régimen. El Mausoleo de Augusto era el mayor ejemplo de esa clase de edificaciones. Había sido erigido ya en el 28 a.C., en un emplazamiento destacado entre la vía Flaminia, que salía de la ciudad en dirección norte, y el Tíber. Era un edificio circular de 87 metros de diámetro, encima del cual se apilaba un montículo de tierra con cipreses, todo ello rematado por una estatua de Augusto. Al lado había un recinto cuadrado cubierto por una reja metálica. Se trataba del *ustrinum*, donde se incineraba a los muertos, cuyas cenizas se colocaban despues en el mausoleo. Orientado hacia el *Ara Pacis* estaba el *Horologium Augusti*, un enorme reloj de sol cuyo estilo era un obelisco que el *princeps* había traído desde Egipto. Las líneas que marcaban los meses, los días y las horas en la superficie del reloj eran de bronce engastado. En los equinoccios, uno de los cuales era el 23 de septiembre, cumpleaños de Augusto, la sombra del estilo caía sobre la entrada del altar. Por desgracia, después de un tiempo, el reloj de sol empezó a marcar la hora incorrecta, probablemente porque un terremoto trastocó la alineación.

Las ruinas del mausoleo sobreviven, como también las del *Ara Pacis*, que ha sido reabierto al público en el 2006 después de

una larga restauración. No queda nada del *ustrinum*, y del *Horologium Augusti* sólo se ha conservado el obelisco, que se alza ahora frente al Parlamento italiano.

El destino intervino una vez más para segar la vida de otro miembro de la «familia divina». A finales del verano o en el otoño del año 9 a.C., mientras estaba en sus cuarteles de verano, Druso, que entonces tenía veintinueve años, tuvo un accidente montando a caballo y se rompió la pierna.[16] Pronto fue evidente que no iba a recuperarse, aunque no se sabe por qué. El ejército romano empleaba equipos médicos experimentados y hospitales de campo durante las campañas. Las fracturas eran frecuentes en la vida militar, y los cirujanos sabían cómo tratarlas; las técnicas de entablillado y encaje de huesos en antiguos textos médicos no son tan distintas a las de la práctica moderna.

Algunas fuentes literarias informan de una enfermedad en vez de un accidente, lo que significa que la causa de la muerte de Druso no fue una pierna rota, sino las complicaciones subsiguientes. Quizá le sobrevino inflamación y fiebre. Si había una herida abierta, pudo haber surgido una infección, la cual, sin antibióticos eficaces, pudo haber desencadenado una gangrena y la amputación.

Tiberio se enteró del accidente de Druso cuando estaba en Ticinium (la actual Pavía), en el norte de Italia, informando a Augusto sobre la campaña panonia.[17] Preso del pánico, partió a toda prisa para reunirse con su hermano. Después de cruzar los Alpes, cubrió en un día y una noche 320 kilómetros sin detenerse, cambiando de caballo de vez en cuando. Esa proeza era aún más extraordinaria por el hecho de que viajase por un territorio inseguro que había sido conquistado hacía poco y con un guía galo como único compañero.

Cuando Tiberio se aproximaba al campamento de su hermano, alguien fue delante para anunciar su llegada. Moribundo, Druso ordenó a sus legiones que marchasen para encontrarse con él y lo saludasen como comandante en jefe. Falleció poco después, y el afligido Tiberio acompañó su cuerpo de vuelta a Italia, encabezando a pie la comitiva durante todo el camino. El ataúd fue portado casi todo el trayecto por personalidades importantes de las ciudades y pueblos por los que pasaba la comitiva. Augusto y Livia se encontraron con el cortejo en Ticinium y viajaron con él hasta Roma.

Livia estaba destrozada por la muerte de su hijo. Cuando viajaba con el cuerpo, se emocionaba con las piras que ardían por todo el país en memoria del difunto y el gentío que acudía para acompañar a Druso en su camino. No sabía cómo sobrellevar la pena y consultó a Arrio, el filósofo alejandrino y amigo de la familia. Él le aconsejó que no reprimiese sus sentimientos, así que Livia colgó retratos de Druso en lugares públicos y en sus apartamentos privados, además de incitar a sus amigos y conocidos a que hablasen de él. A diferencia de lo que había hecho Octavia después de la muerte de Marcelo, Livia mantuvo su dignidad y fue ampliamente respetada por no exagerar su dolor.

Antonia, la amada esposa de Druso e hija de Marco Antonio y Octavia, sus hijos Germánico y Claudio y su hija Julia Livila se fueron a vivir con Livia. La casa doble de la colina Palatina también era el hogar de Cayo y Lucio, los hijos de Agripa, a quienes Augusto había adoptado, y el ajetreo ordenado de oficiales contrastaba con el bullicio de los niños.

A Drusuo se le dio una despedida espléndida. Su cuerpo yació en una capilla ardiente en el Foro, donde Tiberio pronunció un panegírico. Augusto pronunció otro en el Circus Flaminius. El cadáver fue incinerado y sus cenizas se guardaron en el Mausoleo de Augusto.

A todo el mundo le gustaba Druso, y era evidente que su familia estaba conmocionada por su inesperada muerte. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que surgieran teorías conspirativas que tejían una historia curiosa, la de que Augusto sospechaba que Druso era un revolucionario que quería restaurar la «antigua constitución republicana».[18] Se supone que Tiberio habría traicionado a Druso al enseñarle una carta suya a Augusto, en la que él sugería abordar el asunto con su padrastro. Así pues, el *princeps* le retiró de Germania e hizo que lo envenenaran. Suetonio informa de la aseveración, pero seguidamente la descarta, y con toda la razón, pues, ¿cómo podía haberse ocultado el arresto de Druso y orquestado la farsa de una procesión funeraria? Suetonio escribe: «A decir verdad, Augusto quería tanto a Druso que, como admitió en una ocasión ante el Senado, le consideraba tan heredero suyo como sus hijos [Cayo y Lucio]».[19]

Sin embargo, quizá haya algo de verdad en la afirmación de que los hermanos albergaban simpatías republicanas.[20] Bien pudieron haber discutido la clase de Estado que les hubiese gusta-

do a largo plazo y que Tiberio accediese a plantearle el asunto a Augusto. En el 9 a.C., el año del consulado de Druso, el *princeps* tomó algunas medidas para reforzar el Senado, que pudieron haber sido concesiones a los deseos de Druso. Se celebrarían dos reuniones mensuales en días en los que no se tratasen asuntos legales ni de otro tipo. Se incrementaron las multas para la no asistencia de los senadores y se llevó un estricto registro de asistencia.

Otros dos hombres a los que el *princeps* quería se unieron a la lista de fallecidos al año siguiente: Mecenas y Horacio. Junto con Agripa, Mecenas había estado con Augusto desde el principio. Aunque las relaciones de Augusto con Mecenas se habían enfriado y la influencia política de este último había declinado, los dos hombres aún eran amigos. Mecenas permaneció leal a Augusto y siempre le aconsejó en contra de tomar medidas despóticas. Recomendaba que no se limitase la libertad de expresión y se oponía a la pena de muerte para los enemigos políticos.

Mecenas era un poco hipocondríaco. Durante los últimos tres años de su vida parece haber sufrido de fiebre permanente. Le costaba dormir, y pedía que tocaran música a bajo volumen en una habitación contigua. No obstante, se sobrepuso a sus enfermedades escribiéndole un pequeño poema a su querido amigo Horacio:

> Paraliza mi mano,
> mi pie y mi cadera;
> zarandea mis dientes sueltos.
> Mientras esté vivo,
> todo está bien.[21]

Mecenas temía la muerte, y Horacio le tranquilizó con una oda conmovedora, en la que le prometía no vivir más que su patrón:

> El mismo día tirarán tierra
> sobre los dos. Yo presto el juramento del soldado:
> Tú diriges, e iremos los dos juntos,
> preparados para pisar el camino que pone fin a
> todos los caminos, como amigos inseparables.[22]

Habían pasado muchos años desde que Mecenas había descubierto el talento de Horacio y se lo había presentado a Augusto. El *princeps* le había cogido mucho cariño al pequeño y rechoncho poeta. Solía llamarle «mi purísimo pene» *(purissimum penem)* y «pequeño encantador» *(homuncionem lepidissimum)*.[23] Compartían una cierta concepción realista, tranquila e implacable de la vida.

En una ocasión, Augusto le pidió a Horacio que trabajase para él como secretario para ayudarle con la correspondencia. Ésa era la clase de trabajo que le gustaría al poeta, pero declinó la oferta. El *princeps* no mostró el más mínimo resentimiento y le escribió afablemente: «¡Aunque fueras tan arrogante como para desdeñar mi amistad, yo declino devolverte el menosprecio!».

Augusto admiraba muchísimo la poesía de Horacio, y siempre estaba intentando persuadirlo de que escribiese sobre temas políticos o públicos. El *Himno Secular* y las odas sobre Tiberio y Druso fueron el resultado. Cuando Augusto se sintió herido en su orgullo al descubrir que no aparecía en sus *Sátiras* ni en las *Epístolas*, muchas de las cuales tomaban la forma de conversaciones con amigos, protestó: «Tengo que decir que estoy muy disgustado contigo porque en tus abundantes escritos de ese tipo "converses" con otros y no conmigo. ¿Temes acaso que la posteridad te condene si apareces como amigo mío?».

Cuando la salud de Horacio estaba en declive, Augusto le escribió: «Haz lo que te plazca en mi casa, como si estuvieras viviendo conmigo, porque así he querido siempre que fuese nuestra relación si tu salud lo hubiese permitido».

Mecenas falleció en septiembre del año 8 a.C. Dos meses después, Horacio cumplió su promesa de seguirle, aunque un poco más tarde. Recibió sepultura cerca de la tumba de su amigo.

Las muertes con cuatro años de diferencia de Agripa y Druso transformaron la política romana. La edad de los líderes arroja luz sobre la realidad de la situación. El *princeps* tenía cincuenta y cuatro años, un año menos de los que tenía Julio César cuando murió. Tiberio tenía treinta y tres y estaba en la flor de la vida. Los jóvenes prometedores Cayo y Lucio César tenían once y ocho, respectivamente. Pasarían diez años antes de que estuviesen preparados para participar de lleno en la vida pública, y

para entonces Augusto tendría más de sesenta años, una edad muy avanzada en esa época.

Dos cosas debían de estar claras para Augusto respecto al éxito de sus planes dinásticos. Fuese como fuese, tenía que vivir aún otra década, porque en caso contrario, Tiberio tendría que sucederlo, como habría tenido que hacer Agripa en lugar de Marcelo allá por el 23 a.C. Tiberio era el único adulto experimentado y veterano disponible para ayudar a Augusto a gobernar el Imperio. Su hijastro era imprescindible por el momento.

Augusto era un autócrata que valoraba los consejos y se dejaba guiar por ellos, pero las personas a su alrededor de las que dependía emocional y profesionalmente estaban desapareciendo. Agripa, Octavia (que había muerto el 11 a.C.), Druso y Mecenas habían fallecido. Podía contar con la astuta Livia, por supuesto, y con el taciturno Tiberio, más experimentado en el campo de batalla que en palacio. Desde entonces en adelante, se percibe en el *princeps* una inflexibilidad mental cada vez más acentuada.

22

Una familia en guerra

7 a.C.-9 d.C.

Augusto no era alguien que se amilanase ante la muerte o el duelo, y la labor de gobierno no se detuvo. Se volvió a llevar a cabo un censo y se revisó nuevamente la lista del Senado. Se tomaron medidas para asegurar que la palabra «Augusto» pasase a la posteridad. Al igual que el mes Quintilis había sido rebautizado como Julio en honor de Julio César, Sextilis pasó a ser Agosto.

El 7 a.C., los poderes de Augusto fueron renovados, esta vez por un período de diez años. Tiberio ocupó su segundo consulado, pero, aunque se esperaba que asumiese el papel de Agripa como segundo del *princeps*, no recibió el reconocimiento oficial de su estatus de *collega imperii*, o participante del poder. Tenía mucho trabajo que hacer; asumió la comandancia de Druso y libró una campaña de dos años por la frontera germana. Mientras tanto, Augusto fue a la Galia para seguir de cerca los acontecimientos, y se llevó con él a Cayo, que en ese momento tenía doce años. Como siempre, Tiberio, que estaba ganando un historial considerable como comandante, salió victorioso. Repitiendo el método que ya había empleado con las tribus alpinas en el 15 a.C., deportó a 40.000 alemanes al territorio del Rin perteneciente a la Galia, donde podían ser vigilados y controlados más fácilmente.

Por fin se le permitió la distinción de celebrar plenamente un triunfo. Sin embargo, la conquista del territorio entre el Rin y el Elba seguía siendo cuestionable. Roma podía marchar con sus ejércitos, ganar batallas y construir fuertes, pero no conse-

guía sofocar la resistencia. Así pues, sus ejércitos pasaron el invierno en la orilla occidental del Rin.

Lo más notable y de mayores consecuencias en ese período fue un proceso en lugar de un solo acontecimiento. Los chicos estaban creciendo. Su padre adoptivo dedicaba tiempo y energía a su educación.[1] Les enseñaba a leer, a nadar y a otras cosas sencillas, y se comportaba como si fuese su tutor profesional. Cuando los niños comían con él, se sentaban a sus pies, y si lo acompañaban en sus viajes, cabalgaban delante o a ambos lados del carruaje.

A lo largo de la infancia de Cayo y Lucio, Augusto se encargó de exponerlos al ojo público, por lo que eran muy queridos por el Pueblo. Eso era importante políticamente, porque Augusto recordaba que había entrado en la vida pública, a finales de su adolescencia, heredando el apoyo popular de Julio César, lo que le permitió conseguir después la tan necesaria *auctoritas*. La misma protección sería inestimable si él moría antes de que los chicos fuesen lo bastante mayores para establecerse en el poder.

Una consecuencia de esa política era que Cayo y Lucio empezaron a comportarse mal. Mostraban poca inclinación a seguir el ejemplo de Augusto. Es fácil imaginar que su omnipresencia en sus vidas empezó a ser sofocante e insoportable. Un padre cariñoso no es necesariamente un buen maestro de sus hijos. Según Dión:

> No sólo vivían rodeados de lujo, sino que también ofendían al decoro. Por ejemplo, en una ocasión, Lucio llegó solo al teatro. Prácticamente todos los romanos los adulaban... y, en consecuencia, los chicos estaban cada vez más consentidos.[2]

Según la tradición romana, los jóvenes debían atarse corto, por lo que no es muy creíble que el *princeps* fuese incapaz de disciplinar a dos muchachos si ése era su deseo. Puede que fingiera irritación para permitir que Cayo y Lucio adquiriesen identidades independientes en la opinión pública.

Por desgracia, el Pueblo fue demasiado lejos. En las elecciones del año 5 a.C., Augusto se presentó a cónsul para poder presidir la ceremonia de la mayoría de edad de Cayo, de quince años (un romano era reconocido como adulto entre los quince y los diecisiete años). Evidentemente, Augusto fue elegido sin mayor problema, pero el Pueblo eligió inesperadamente a Cayo

como su colega en el cargo. El *princeps* nunca nombraba a los chicos para cargos oficiales sin añadir la condición: «siempre que se merezcan este honor».[3] En esa ocasión, Cayo era obviamente demasiado joven para merecérselo. Sin embargo, al vetar la elección, Augusto convino en que Cayo ocuparía el cargo el año 1 d.C., cuando tuviese veinte años. Por el momento, le concedió un sacerdocio, le permitió asistir a las sesiones del Senado y sentarse en los asientos reservados a los senadores en los espectáculos y banquetes públicos. Un año después, le nombró *princeps iuventutis* (literalmente, «líder de la juventud»), o sea, Presidente Honorario de los *equites*.

La publicidad que rodeaba a los chicos inquietaba a Tiberio. No podía soportar a Julia, y sus esfuerzos estaban claramente destinados a beneficiar a un par de adolescentes inexpertos y molestos. Fue entonces cuando Augusto decidió finalmente promoverle a la posición de Agripa como *collega imperii*, concediéndole el estatus de tribuno y el *imperium maius*.[4] Quizá se daba cuenta y quería apaciguar el descontento de su hijastro, o tal vez quería que eso sirviese de advertencia a los indisciplinados Cayo y Lucio de que no eran indispensables después de todo.[5] Lo más probable, y especialmente teniendo en cuenta lo realista que era Augusto, es que el *princeps* viera que era hora de reconocer los hechos. No tenía otra opción que la de aliarse con un hombre que, aunque ya no parecía el colaborador entusiasta de años anteriores, era esencial para el buen gobierno del Imperio.

Augusto envió a Tiberio, provisto de todos sus poderes, para que aplacase unos disturbios en Armenia. El reino cliente había estado tranquilo desde las exitosas negociaciones entre Roma y el imperio parto en el 20 a.C., pero entonces murió Dikran II (Tigranes II), a quien Augusto había nombrado rey de Armenia. Después de su muerte se libró una pugna por el trono entre dos pretendientes, uno de ellos era el candidato de Roma y el otro, un nacionalista.

Entonces, Tiberio hizo algo extraordinario. Antes de salir de Roma para hacerse cargo de la situación, anunció sin previo aviso su retirada inmediata de la vida pública, alegando que «estaba cansado del cargo y necesitaba un descanso».[6] Todo el mundo se quedó perplejo. ¿Cómo era posible que un hombre de treinta y seis años que gozaba de excelente salud y era famoso hubiese decidido dejarlo todo?

La personalidad y los motivos de Tiberio son confusos e irrecuperables. Tiberio era un pesimista y, estaba más acostumbrado a ejercer el poder que ansioso por conquistarlo. Si no era republicano, sí creía en el gobierno del Senado, y parece haberse sentido agobiado por las responsabilidades con las que tuvo que cargar por ser hijastro de Augusto. Al parecer, se adaptó bien a la guerra y se sentía más a gusto con la austeridad de la vida militar que con los deshonestos compromisos de la política.

Una explicación popular en ese momento, la cual sigue siendo la más plausible, era que dimitió voluntariamente de su cargo para allanar el camino a Cayo y Lucio, como se supone que Agripa hizo por Marcelo. Sin embargo, si eso era cierto, ¿estaba humillándose o reprimiendo su ira? No lo sabemos. Quizá la situación no fuese tan simple como insinúan nuestras insuficientes fuentes. Un factor a tener en cuenta es que la abdicación de Tiberio era parcial y provisional. Dimitió de la vida activa, no del poder. Retuvo el *imperium* y el estatus de tribuno que se le acababa de conceder. Podía haber devuelto sus poderes y, aunque es de suponer que Augusto podía ordenar su renuncia, ninguno de los dos lo hizo.

Habría que tener en cuenta las más que probables tensiones en la corte. Sería muy sorprendente que en la colina Palatina no hubiera facciones intrigando para ganar una buena posición. Livia y su influyente círculo apoyaría a sus dos hijos, en ese momento sólo uno, y Julia querría asegurarse de que el progreso de Cayo y Lucio hacia al poder supremo seguía adelante sin impedimentos. Esos grupos tendrían planes listos para su puesta en práctica en caso de incapacidad o muerte de Augusto.

Puede que la jubilación de Tiberio fuese un reconocimiento de su derrota en un juego sofisticado. La facción juliana estaba en auge, y quizá empezó a preocuparse por su seguridad a largo plazo, lo cual era una buena razón para retener sus poderes. Por otra parte, pudo haber pensado que sus servicios eran imprescindibles y que una ausencia temporal afianzaría su posición. Iban a tener que convocarlo. ¿Esperaba incluso forzar al *princeps* a rescindir, frenar o aplazar sus planes de promover a Cayo?

Augusto, por supuesto, resistió cualquier presión en contra de su estrategia dinástica, pero era muy consciente de las incertidumbres de la vida como para excluir totalmente a Tiberio.

Aunque no era agradable pensar en ello, podrían surgir circunstancias en el futuro que requiriesen su vuelta al poder.

Augusto hizo todo lo posible para persuadir a Tiberio de que cambiase de idea. También lo intentó Livia, pero todo fue inútil. Los desacuerdos familiares a veces acababan en riñas infantiles, y Tiberio estuvo cuatro días en huelga de hambre para demostrar que iba en serio. El *princeps* admitió su fracaso y anunció la retirada de Tiberio ante el Senado, calificándolo amargamente como un acto de traición. Hacía mucho tiempo que nadie le había dicho que no a algo.

Tiberio abandonó Roma enseguida y se dirigió a toda prisa hasta el puerto de Ostia. No dijo ni una palabra al grupo de amigos que habían acudido para despedirle y besó a unos pocos antes de subir al barco y zarpar. Viajó como un particular y estaba acompañado sólo por un senador poco conocido y algunos *equites*. Cuando bordeaba la costa después de Campania recibió noticias de que Augusto estaba enfermo. Echó el ancla durante un tiempo, pero no tardó en adivinar que el *princeps* le estaba chantajeando moralmente. No quería parecer que estaba esperando una oportunidad para hacerse con el poder. Así pues, continuó su viaje.

Tiberio decidió que viviría en Rodas, en el Mediterráneo occidental, donde muchos años antes había pasado unas agradables vacaciones a su vuelta de Armenia. La isla, con forma de diamante y de casi 80 kilómetros de largo, tenía en esos momentos entre 60.000 y 80.000 habitantes. Hasta la llegada de los romanos, había sido una importante potencia naval; aún era un centro de cultura griega. La tierra era fértil, y en ella crecían higos, peras, pistachos y olivas, como en la actualidad.

Tiberio se estableció en una casa modesta y adquirió una villa en el campo, no muy lejos de su residencia. Vivía modestamente, y no contaba con *lictores*, los guardias que simbolizaban su autoridad, ni con mensajeros. Solía pasear por el Gimnasio, donde, según Suetonio, «saludaba y charlaba con la gente sencilla griega como si fuesen sus iguales».[7]

Tiberio quería que Augusto, y quizá también los partidarios de Cayo y Lucio, la «facción juliana», creyesen que estaba políticamente inactivo, como de hecho estaba. Era extraño que romanos distinguidos que viajaban a las provincias orientales en alguna misión se asegurasen de parar en Rodas para presentarle sus respetos, pero él no podía negarse a recibirlos. Muchos

gobernadores tenían contactos amistosos con el autoexiliado[8] y, según Veleyo Patérculo, un oficial militar que había servido a sus órdenes inclinó el *fasces* ante él en reconocimiento de que «su retirada era más digna de respeto que sus cargos oficiales».[9]

Nadie creía del todo que la carrera de Tiberio hubiese llegado a su fin.

Poco se sabe de los asuntos públicos durante los años siguientes. Después de varios años en que los cónsules habían podido ejercer durante todo su mandato (una concesión temporal a los nobles que deseaban aumentar el prestigio del Consulado), se reintrodujo un sistema con periodicidad regular de cónsules suplentes que sustituían a los cónsules a la mitad del mandato. El *princeps* reformó el procedimiento por el cual un gobernador provincial podía ser procesado por extorsión, y en el 4 y el 3 a.C. se establecieron más asentamientos de militares veteranos.

En casa, una nueva generación estaba empezando a despuntar. El fallecido Druso había tenido varios hijos con su mujer Antonia, aunque sólo tres habían sobrevivido. Germánico, el mayor, había nacido el 15 a.C. y se había convertido en un muchacho afable y valiente.[10] Era guapo, aunque sus piernas eran un poco flacas, un defecto que intentó remediar montando diariamente a caballo después de comer. Estudió hasta convertirse en un orador excelente en latín y griego, y apreciaba la literatura; en la edad adulta escribió varias comedias en griego. Augusto le tenía mucho cariño.

El otro hijo de Druso, Claudio, nacido en el 10 a.C., representaba un problema. Su infancia se vio malograda frecuentemente por diversas enfermedades. Era físicamente débil y cojeaba (quizá a causa de la polio), además de tartamudear y de tener un tic nervioso en la cabeza. Su madre, Antonia, le tenía aversión. Le llamaba «monstruo que la naturaleza no había acabado, sino sólo empezado».[11] Para llamar estúpido a alguien decía: «Es tan idiota como mi hijo Claudio».[12] Livia también lo trataba con desprecio y casi nunca le dirigía la palabra.

De hecho, Claudio maduró hasta convertirse en un joven inteligente y estudioso. De niño se había propuesto ser historiador. Alentado por el historiador más importante de su época, Livio, empezó a trabajar en una Historia de Roma. La obra co-

menzaba con el asesinato de Julio César, pero no mencionó las guerras civiles que siguieron, ya que Livia y Antonia le advirtieron de que no le permitirían publicar un relato no censurado de esos años.

El tercer hijo era una niña, Livila, a la que Augusto consideraba, al igual que a todas sus parientes femeninas, poco más que forraje dinástico destinado al matrimonio. El hecho de que no se sepa nada sobre sus primeros años revela el poco valor que los romanos concedían a las chicas.

Como los anteriores años de crisis, el 2 a.C. empezó bien. El *princeps* ocupaba el Consulado por decimotercera vez, en esta ocasión para celebrar la mayoría de edad de Lucio, de quince años de edad, a quien nombró cónsul para el año 4 d.C.

Se lanzó una campaña popular para conferir a Augusto el título de *Pater Patriae,* «Padre de la Patria», lo que representaba un gran honor, concedido en muy pocas ocasiones. Julio César había sido el último en recibirlo, después de la batalla de Munda, y el anterior había sido Cicerón, en el 63 a.C., cuando descubrió la conspiración de Catilina contra el Estado.

Mesala era un célebre chaquetero (en contraste, por ejemplo, con el insigne Planco) y seguía refiriéndose a Casio, a las órdenes del cual había combatido, como «mi general», incluso después de haberse convertido en uno de los amigos más íntimos del *princeps.* Se unió a Marco Antonio después de la derrota de Filipos y se cambió de bando una vez más, previendo la perdición que ocasionaría la alianza de Antonio con Cleopatra. En Actium se distinguió. Después de esa batalla, el entonces Octaviano bromeó: «Has luchado tan bien por mí como lo hiciste en mi contra en Filipos». Mesala le contestó ingeniosamente: «¡Siempre he escogido el bando mejor y más justo!».[13]

El 5 de febrero, en una sesión del Senado, este hombre distinguido se dirigió a su líder en los siguientes términos: «César Augusto, el Senado y el Pueblo de Roma te saludan como Padre de tu Patria».[14] Ese momento fue uno de los mayores motivos de orgullo en la vida de Augusto, porque evidentemente el honor no era sólo un halago; reflejaba un respeto genuino hacia él. Con lágrimas en los ojos, contestó: «Padres del Senado, finalmente he logrado mi mayor ambición. ¿Qué más puedo pedir a los dioses inmortales, que me han permitido gozar de vuestra aprobación hasta el día de mi muerte?».[15]

Después de largos años de obras, el templo de Mars Ultor y

el enorme Foro nuevo de Augusto, el centro del complejo, fueron abiertos al público. Para celebrar la ocasión, Cayo y Lucio presidieron carreras de caballos y participaron en el juego de Troya con su hermano menor, Agripa Póstumo, de diez años (quien, como su nombre indica, nació después de la muerte de su padre) y junto a otros jinetes adolescentes de buena familia.

Los espectáculos incluían un concurso de gladiadores y la matanza de treinta y seis cocodrilos. El acontecimiento más sonado fue una batalla naval entre «persas» y «atenienses», para la cual se excavó al lado del Tíber un lago artificial de 550 metros de largo por 365 de ancho.[16] La magnitud de ese espectáculo sólo pudo ser imitada por Hollywood dos mil años después, con la diferencia de que en Roma se derramaba sangre auténtica y se hundían o incendiaban barcos reales. Treinta trirremes y birremes equipados con arietes y muchos barcos pequeños se enfrentaban entre sí. Augusto anotó con orgullo que 3.000 hombres, además de los remeros, lucharon en la contienda, aunque no indica cuántos perdieron la vida. Al igual que en la batalla original de Salamina en el siglo V a.C., los atenienses resultaron victoriosos.

Para consternación de Augusto, su legislación social del 18 y el 17 a.C. no parecía haber tenido el efecto deseado sobre la clase dirigente de Roma. Los jóvenes de la ciudad se comportaban tan mal como antes, y pasaban el tiempo persiguiendo a mujeres en lugar de sentar la cabeza y ejercer la política con la debida *gravitas.*

Uno de los que marcaban tendencia era el poeta Publio Ovidio Nasón, Ovidio. Había nacido en el 43 a.C. en una ilustre familia acomodada, y su dominante padre no quería que perdiese el tiempo escribiendo poesía. Sin embargo, eso era precisamente lo que le gustaba a Ovidio. En una ocasión en que su padre le regañó por escribir versos en lugar de hacer sus deberes, el chico le contestó descaradamente improvisando un pentámetro perfecto, un verso de cinco pies: «¡Parce mihi! ¡Numquam versicabo, pater!» («¡Perdóneme, padre! No volveré a escribir versos»).[17]

A diferencia de Virgilio y Horacio, Ovidio nunca formó parte del círculo de Augusto, lo cual no era sorprendente teniendo en cuenta el tema de mucha de su poesía: la persecución obse-

siva de mujeres hermosas. Sus *Amores* aparecieron en el 16 a.C., y su *Ars Amatoria,* o *Arte de amar,* alrededor del 2 a.C.

Ovidio no pensaba que el sexo fuese algo por lo que hubiese que pagar, y aunque muchos de sus poemas podrían tratar sobre su mujer, le gustaba perseguir a mujeres casadas. Escribió un poema sobre un intento de conquista de una mujer en una popular zona de ligue: el templo de Apolo en la colina Palatina. El único problema era que estaba escoltada por un ayudante eunuco. El poeta le ruega:

> Sólo necesitamos tu consentimiento para hacer el amor calladamente, es difícil imaginar una petición más inofensiva.[18]

Ovidio era un miembro muy conocido de la alta sociedad, cuya primera dama era Julia, la hija de Augusto. En esos momentos, Julia tenía treinta y ocho años y estaba fuera de la influencia de su marido Tiberio, que se encontraba en Rodas. Había sido educada de forma estricta. Suetonio escribió que Julia tenía órdenes de «no decir ni hacer nada, en público o en privado,[19] que no pudiese figurar decentemente en las actas imperiales». Entre otras cosas, eso significaba no relacionarse con jóvenes. Cualquiera que fuese lo bastante atrevido como para hacerle la insinuación más inocente se arriesgaba a enfurecer al *princeps.* Por ejemplo, Augusto le escribió a Lucio Vinicio, un joven de buena posición y comportamiento: «Has actuado atrevidamente al venir a Baiae para visitar a mi hija».[20]

A pesar de su educación, o quizá como consecuencia de ella, Julia se convirtió en una mujer independiente, con rasgos de personalidad contradictorios. Era muy leída y parece que tenía un carácter dulce y humano. Sin embargo, también se conservan anécdotas que revelan su mordacidad y terquedad. En una ocasión, se presentó ante Augusto llevando un vestido atrevido. Al día siguiente apareció con una estola muy recatada. Su padre le expresó su satisfacción, diciéndole: «Ese vestido es mucho más favorecedor para la hija de Augusto»,[21] a lo que Julia respondió: «Sí, hoy voy vestida para satisfacer los ojos de mi padre, y ayer los ojos de mi marido».

Augusto sabía que no conseguiría nada gritándole a su hija, pero le aconsejó repetidamente que se moderase. Él creía que sólo era vivaracha, y una vez comentó que tenía que aguantar a dos hijas consentidas: Roma y Julia. Cuando estaba entre ami-

gos, Julia se comportaba y hablaba sin reservas; al igual que Ovidio, no veía nada malo en hacer el amor calladamente. Eso sí, tomaba precauciones. La anticoncepción en la antigua Roma era una lotería. Algunas mujeres practicaban el *coitus interruptus*, otras se aplicaban sustancias viscosas, como aceite de oliva, en la boca del útero, o usaban supositorios vaginales. Todos esos métodos eran poco fiables, y se dice que Julia no mantenía relaciones sexuales completas si no estaba embarazada. En una ocasión, comentó: «Los pasajeros no pueden subir a bordo hasta que la bodega no esté llena».[22] A pesar de su frivolidad, Julia era muy consciente de su posición social, y no dejaba que nadie se olvidase de ello.

Es muy probable que la vida de Julia no difiriese mucho de la de otras mujeres de su clase, aunque pudo haber sido un poco diferente. Sabemos que asistía a fiestas en el Foro en las que se bebía, que recorría las calles en busca de emociones y que cometía adulterio con varios romanos destacados, entre ellos Julio Antonio, el hijo de cuarenta y tres años de Marco Antonio y Fulvia. A pesar de esas indiscreciones, ella y sus amigos tuvieron cuidado durante años de que ningún rumor de su promiscuidad sexual llegase a oídos de su padre.

Sin embargo, en el año 2 a.C. llegaron a oídos del *princeps* pruebas convincentes de la mala conducta de Julia, aunque se desconoce la identidad y los motivos del informante. La reacción de Augusto revela una pérdida total de control emocional. Estaba tan indignado y avergonzado que se negó a recibir visitas durante un tiempo. Escribió una carta al Senado informando del caso, pero se quedó en casa mientras un cuestor la leía en su nombre. Cuando se enteró de que una confidente de Julia, una liberta llamada Phoebe, se había ahorcado, gritó: «¡Hubiera preferido ser el padre de Phoebe!».[23]

Julio fue ejecutado u obligado a quitarse la vida, y los otros hombres del círculo de Julia fueron desterrados a otras partes del Imperio. Tampoco hubo mucha compasión por Julia: Augusto la envió al exilio y dispuso inmediatamente su divorcio de Tiberio. Dio órdenes de que «si algo le pasaba a ella»[24] después de que él muriese, no debía ser enterrada en el Mausoleo. Augusto nunca la perdonó y no volvió a verla.

Lo que más llama la atención de esos acontecimientos no es tanto la falta de decoro de Julia como la reacción evidentemente exagerada de su padre. La vida privada de Augusto no

superaría un examen atento, pero aún así no tuvo reparos en aplicar un doble rasero. Su rabia, claramente sincera, salta desde las páginas de las fuentes antiguas. Durante un cuarto de siglo, el *princeps* había promovido las viejas costumbres y una vuelta a los valores de los viejos tiempos: tradición, sobriedad, cumplir con el deber, modestia femenina y matrimonio, ¡y ahora se demostraba que su familia, sobre cuyas virtudes había presumido, estaba podrida hasta la raíz! Pensaba que su hija era una virtuosa madre de familia como Cornelia, pero resultó que era una descendiente moral de la viciosa Sempronia, que había conspirado con Catilina. Como ella, Julia era ingeniosa, inteligente... y descarada.

Excediendo los castigos de su propia legislación, Augusto hizo uso de «los calificativos solemnes de sacrilegio y traición para el delito común de mala conducta entre los sexos».[25] Los hombres implicados serían juzgados por traición, aunque si realmente sucedió lo que dice la versión oficial, el delito de Julia era personal y no un crimen contra el Estado.

Sin embargo, es posible que el escándalo tuviese una dimensión política. No era la primera vez que una mujer romana que se involucraba políticamente era desprestigiada con acusaciones de libertinaje, como probablemente sucedió a Sempronia. Es curioso que tres de los hombres con los que se supone que Julia cometió adulterio eran miembros de las familias de mayor abolengo de Roma: Cornelio Escipión, Apio Claudio Pulcro y Tito Sempronio Graco. Ésos eran apellidos con los que se podían evocar algunas de las páginas más famosas en la historia de la República. Otro de los culpables había sido cónsul pocos años antes, Quincio Crispino Sulpiciano, a quien Veleyo atribuye «una perversión única disfrazada con cejas amenazadoras».[26]

Tácito escribió un párrafo elocuente sobre Graco:

> Este aristócrata astuto y elocuente había seducido a Julia cuando aún estaba casada con Marco Agripa. La relación no terminó cuando ella se casó con Tiberio, sino que ese adúltero persistente provocó que ella estuviese desafiante y arisca con su nuevo marido. Se dice que una carta que Julia escribió a su padre Augusto en la que insultaba a Tiberio había sido obra de Graco.[27]

Aunque poco clara y parcial, aquí hay evidencias de luchas internas entre dos facciones, una alrededor de Julia y sus hijos y la otra alrededor de Tiberio y suponemos que también de Livia. No se sabe cuándo envió Julia su misiva sobre Tiberio. Quizá estaba defendiéndose de las acusaciones que él había vertido contra ella, o tal vez estaba aprovechándose de su retirada a Rodas. Aunque el meollo del asunto fuese una diferencia personal, los intereses dinásticos en conflicto entre las dos partes suponían que la intervención de Julia debe de haber tenido implicaciones políticas.

Una de las acusaciones contra Julia era inofensiva, pero molestó especialmente al *princeps*. En el Foro había una pequeña piscina, llamada el Lacus Curtius, junto a la cual se hallaba un cercado que contenía una higuera, un olivo y una vid (replantados en la actualidad para los turistas), además de una estatua de Marsias con un odre de vino a la espalda. Según el mito griego, Marsias era un sátiro, un compañero del dios Dioniso. Marsias tocaba muy bien la flauta, y retó a Apolo, que tocaba la lira, a un concurso musical. Apolo ganó y desolló vivo a Marsias. La historia de Marsias tiene dos significados. Simboliza la eterna lucha entre los aspectos apolíneos y dionisíacos de la naturaleza humana, pero el sátiro también fue considerado un símbolo de libertad.[28] Ésa es la razón de que la estatua del Foro llevase un *pileus* o gorro frigio, como el que se les daba a los esclavos cuando eran liberados.

En una ocasión, se supone que durante una de sus sesiones nocturnas en el Foro, Julia colocó una corona sobre la cabeza de Marsias. Estaba prohibido decorar una estatua sin autorización oficial, pero difícilmente podría calificarse como delito grave. ¿Por qué honró Julia a Marsias? Según una historia, Julia se prostituía en la privacidad del cercado, y la corona podría haber sido alguno de los accesorios descartados de la fiesta. Sin embargo, también es concebible que estuviese manifestándose contra el Gobierno para pedir un retorno de las libertades perdidas de Roma. Teniendo en cuenta que su padre se había apropiado de Apolo como su deidad protectora entre los dioses olímpicos y que Marsias se asociaba a Dionisio, bien pudo haber estado señalando su desaprobación hacia el *princeps*, incluso evocando la memoria del «Nuevo Dioniso», Marco Antonio, el padre de su amante.

Podría no ser coincidencia que, precisamente ese año, el Pueblo exigiese algunas reformas, de las cuales no tenemos cons-

tancia.[29] Enviaron a los tribunos a hablar con Augusto, el cual asistió a una Asamblea del Pueblo y discutió personalmente sus demandas con ellos. La agitación podría tener relación con su decisión de restringir el número de ciudadanos que podían recibir cereales gratuitamente (la única concesión de Roma a la asistencia social financiada por el Estado). Augusto concedió una subvención, posiblemente conciliatoria, de 240 sestercios a cada ciudadano, aunque todo eso sean especulaciones. Sin embargo, Plinio, que escribió sobre Augusto a mediados del siglo siguiente, comentó de pasada, como si fuese algo que todo el mundo sabía, sobre «el adulterio de su hija y el descubrimiento del complot para asesinar a su padre».[30] Eso revela la opinión generalizada de que la caída de Julia no se había debido únicamente a la promiscuidad sexual.

Si había un complot para asesinar a Augusto, es difícil entender qué querían conseguir con eso Julia y sus partidarios. Podemos asumir razonablemente que ella quería a sus hijos, y asesinar a Augusto en ese momento habría perjudicado sus intereses. Cayo y Lucio eran demasiado jóvenes para suceder al *princeps*, y se podía contar con Tiberio, querido por las legiones, para llenar el vacío de poder.

Sólo hay una explicación plausible tanto psicológica como políticamente: la de que Julia creyese que la posición de sus hijos sería débil en caso de que su padre muriese durante los cinco años siguientes, antes de que los muchachos fuesen lo bastante maduros para defenderse y hacer valer sus derechos. Le habría venido bien atraer el apoyo de un varón que fuese una figura política experimentada. Si hubiese podido casarse con su amante Julio Antonio, no sólo podría satisfacer sus apetitos, sino que Cayo y Lucio habrían podido tener un protector destacado durante el difícil y peligroso *interregnum*. Es posible que la carta que envió a su padre quejándose de Tiberio fuese parte de una campaña para maquinar un divorcio, para lo cual necesitaría la autorización de Augusto. En pocas palabras, una conspiración para controlar los acontecimientos después de la muerte del *princeps* había sido malinterpretada como una conspiración para asesinarlo.

Ese razonamiento sugiere un esquema bastante benigno, con cuyos objetivos Augusto hubiese estado de acuerdo. Se hubiera enfadado por la intromisión de Julia en sus asuntos dinásticos, pero no se hubiese enfurecido, como sabemos que suce-

dió. De ello se deduce que al menos algunos rumores sobre la animada vida privada de su hija deben de haber sido ciertos, o como mínimo así lo creía él.

La mejor hipótesis sobre la verdadera historia de la caída en desgracia de Julia es la siguiente: ella encabezaba una facción política dedicada a promover los intereses de sus hijos como eventuales sucesores de Augusto. Los chicos, animados por el *princeps*, eran muy populares entre el Pueblo, y Julia, en su papel de madre, manifestaba las preocupaciones y quejas de la ciudadanía romana. Desempeñaba un papel de «oposición leal» dentro del régimen. A su padre le parecía un útil instrumento de seguridad para liberar presión política, pero ella se arriesgaba a traspasar la línea de la presión aceptable.

Cuando estalló el escándalo, concurrieron varios factores. Tiberio se había retirado a Rodas, y Julia estaba tramando un inofensivo complot a fin de conseguir la autorización para divorciarse de él y casarse con Julio Antonio. Su propósito era reforzar su posición y la de sus hijos en caso de muerte del *princeps*, pero se asoció (con Marsias como símbolo) con el descontento popular en Roma y su vida privada desacreditó las políticas sociales conservadoras de su padre.

Augusto estaba irritado por la primera cuestión y alarmado por la segunda, pero sólo la tercera consiguió sacarle de sus casillas. Estaba acostumbrado a la obediencia en el círculo familiar y, suponiendo que la promiscuidad de Julia fuese de dominio público, apenas podía soportar el ridículo y la vergüenza que eso le acarrearía. Eso fue lo que provocó su reacción vengativa.

Durante toda su vida, Augusto fue un maestro del autocontrol, pero de vez en cuando salían a la luz algunos sentimientos profundos e intensos. Quería mucho a sus familiares más cercanos: su mujer Livia, su hermana Octavia, sus hijastros Cayo y Lucio, y se supone que también a Julia. Quizá su rabia se expresase por medio de un rencor profundo e inconfesado ante la evidencia de que había comprado su elevada posición en el mundo subordinando las demandas del amor a las exigencias del poder.

No ha quedado ningún indicio para la posteridad sobre cómo reaccionaron Cayo y Lucio ante la deshonra de su madre. Habían sido criados en la casa de su abuelo, y tal vez no la habían

visto mucho. De todas formas, aunque estuviesen ofendidos o apenados, sabían que no debían contrariar a un *paterfamilias* que esperaba que todo el mundo a su alrededor consintiese sus deseos con lealtad y sin hacer preguntas.

Cuando Tiberio, que estaba en Rodas, se enteró de lo ocurrido y de que Augusto había usado su nombre en la sentencia de divorcio, se alegró en privado, pero se sintió obligado a enviar una serie de cartas instando a una reconciliación entre padre e hija. Es probable que el motivo de su bondad fuese evitar ofender innecesariamente a Cayo, Lucio y sus partidarios, y demostrar a los escépticos que la caída en desgracia de su mujer no tenía nada que ver con él. Parece que Livia también actuó generosamente hacia Julia, porque una inscripción sugiere que asignó de forma temporal un par de sus esclavos a su servicio.[31]

El lugar escogido para su exilio era tan confortable como podía esperarse: el palacio de la isla de Pandataria. Curiosamente, se dice que Augusto hizo derribar una de las casas de campo de Julia porque era demasiado fastuosa, aunque quizá el error era que la villa estaba en Italia y a la vista de todos, en lugar de escondida discretamente en algún lugar lejano.

A Julia se le prohibió beber vino y disfrutar de ningún tipo de lujo. Su anciana madre, Escribonia, se presentó voluntaria generosamente para irse con ella y acompañarla. Julia tenía prohibida toda compañía masculina, tanto de hombres libres como de esclavos, excepto con la autorización especial de Augusto, y en ese caso sólo después de que se le dieran detalles sobre la edad, peso, complexión y cualquier marca en el cuerpo del candidato. Los guardias deben haber sido hombres, pero estarían en el edificio del servicio y no se acercarían a la villa.

La gente compadecía a Julia, y empezaron a presionar para que fuese perdonada. «Antes se mezclarán el fuego con el agua que se le permita volver»,[32] dijo el implacable *princeps*. En respuesta, algunos agitadores, demostrando bastante sentido del humor, tiraron antorchas encendidas al río. Cuando una Asamblea del Pueblo pidió su indulto, Augusto les espetó: «¡Si volvéis a sacar el tema, que los dioses os castiguen con hijas o mujeres parecidas!».[33]

Después de cinco años, Augusto cedió y su hija fue trasladada a Rhegium, una ciudad griega en el pie de Italia en la que él había afincado a algunos veteranos, que podrían vigilarla. Julia no podía salir de las murallas de la ciudad.

23

Regreso del exilio

2 a.C.-9 d.C.

Augusto aún albergaba rencor por la retirada de Tiberio, y el exilio de Julia rompió el último vínculo, con excepción de la discreta Livia, entre los dos hombres. El año 1 a.C. expiraron los poderes de tribuno y el *imperium maius* de Tiberio, por lo que ya no ocupaba ningún cargo oficial en el Estado. Para el *princeps,* ése fue el fin de su relación con Tiberio.

Augusto recibió una carta de su hijastro en la que le pedía permiso para regresar a Italia, ahora que era un ciudadado común, y visitar a su familia, a la que echaba mucho de menos.[1] Tiberio alegaba que la verdadera razón de su partida había sido evitar la sospecha de rivalidad con Cayo y Lucio. Ahora que eran mayores y estaban ampliamente reconocidos como herederos políticos de Augusto, ya no había motivo para no estar en Roma.

La petición fue rechazada, y con una saña que revelaba el dolor de Augusto. El *princeps* no había perdonado a Tiberio por haberle dado la espalda y por no haber hecho lo que él consideraba que era la obligación de su hijastro. Escribió: «Debes abandonar toda esperanza de visitar a tu familia, de la que estuviste tan deseoso de desertar».

Augusto se enfrentaba ahora a un difícil problema en el Este. En el 2 a.C., una situación delicada en Armenia (de la que se suponía que Tiberio se encargaría antes de su dimisión) se había complicado aún más después de la muerte, o quizá asesinato, del monarca parto Frahâta (Fraates IV). Su hijo y sucesor, Frahâtak (Fraataces), aprovechó la oportunidad para inmiscuirse en

los asuntos del reino neutral. Augusto consideró que, si no se pasaba a la acción, existía el peligro de que Armenia se alejase de la esfera de influencia romana y se acercase a la parta. El *princeps* decidió enviar una expedición militar a Armenia, pero, por supuesto, el mejor candidato para encabezarla ya no estaba disponible. Dudó durante un tiempo sobre qué debía hacer, pero no había otra alternativa que ascender a Cayo, de diecinueve años de edad, más de lo que correspondía y otorgarle el *imperium* al que Tiberio había perdido el derecho.

Evidentemente, y por mucho que lo quisiese, Augusto no tenía intención de iniciar una guerra contra un oponente astuto bajo el liderazgo de un muchacho inexperto. Lo que buscaba era una solución diplomática. Adscribió a Marco Lolio a Cayo en calidad de *comes et rector*, su «compañero y guía»,[2] dos papeles potencialmente incompatibles. Lolio había sufrido una derrota militar de poca importancia en la Galia infligida por bandidos germanos, pero conservó la confianza del *princeps*. Su mayor defecto era la avaricia; se había convertido en un hombre muy rico expoliando las provincias a las que era asignado. Aparte de eso, se podía confiar en él.

Cuando Cayo llegó a Oriente, levantó su campamento en la isla de Samos. Tiberio, ansioso por demostrarle su lealtad, le hizo una visita de cortesía. Este hombre estirado y orgulloso se humilló lanzándose a los pies de su hijastro. Cayo le dio una bienvenida glacial, por lo visto aconsejado por Lolio, a quien el *princeps* le había dado órdenes al respecto.

El malestar de Augusto por su hijastro deshonrado aumentó al enterarse de que algunos de sus centuriones habían hecho circular mensajes misteriosos, que parecían ser incitaciones a la revolución. El *princeps* escribió rápidamente una carta a Rodas. Tiberio, muy asustado, le respondió pidiéndole repetidamente que alguien, del rango que fuese, fuese a Rodas para acompañarle y observar todo lo que decía o hacía. Para evitar la visita de cualquier visitante distinguido, Tiberio pasaba todo su tiempo en su casa de campo y empezó a llevar ropas griegas (una capa y zapatillas), en lugar de la toga romana.

Entretanto, Cayo viajó tranquilamente por la región, enseñando la bandera. Parece haber actuado en parte como un general y en parte como un turista. Según Plinio, su imaginación «se avivó con la fama de Arabia»[3] y, en el año 1 d.C., el joven comandante, que ocupaba su Consulado *in absentia*, marchó hacia

el sur para examinar el terreno y encabezó algún tipo de campaña contra los árabes nabateos.

El despliegue de fuerza tuvo el efecto deseado sobre los partos, aunque Frahâtak empezó a fanfarronear. Envió una delegación a Roma para dar su versión de los acontecimientos en Armenia y, como condición para que la paz fuese restablecida en el reino, exigió el regreso de sus hermanos, que estaban siendo educados en Roma. El *princeps* contestó con una nota hiriente dirigida simplemente a Frahâtak, sin concederle el tratamiento de rey. El parto escribió a su vez en represalia, refiriéndose a sí mismo como Rey de Reyes y llamando a Augusto por su *cognomen* habitual de César.

Esa situación de estancamiento acabó con la muerte del candidato romano al trono armenio. Su rival, Dikran (o Tigranes, no confundir con el anteriormente mencionado Dikran II, ya que era uno de los numerosos miembros de la familia real con ese nombre) le escribió a Augusto, se supone que con la aprobación de los partos, sin usar el título de rey y solicitándole su derecho a la corona. El *princeps* aceptó el detalle, confirmó a Dikran como monarca y le animó a que visitase a su hijo en Siria, donde fue cordialmente recibido.

El año 2 d.C., los jóvenes Cayo y Frahâtak, acompañados por sus séquitos, celebraron una conferencia cuidadosamente organizada en una isla del Éufrates. ¿Aconsejó Augusto ese acuerdo, recordando quizá las discusiones del pasado entre los triunviros en la isla del río de Bononia? Ambas partes intercambiaron promesas y banquetes. Los partos reconocieron a Armenia como perteneciente a la esfera de influencia romana y retiraron su solicitud de extradición de sus hermanos. Por su parte, Augusto renovó la *amicitia* entre los dos imperios, accediendo tácitamente a dejar en paz a Partia y a aceptar el Éufrates como el límite de la incumbencia legítima de Roma. Tenía motivos para estar satisfecho; con los príncipes partos aún bajo su control en Roma, había ganado sin derramar una sola gota de sangre. Todo había salido bien, y el victorioso comandante volvió a casa poco después.

Como Virgilio escribió en la *Eneida*: «Dis aliter visum».[4] Los dioses tenían ideas diferentes.

El *princeps*, cariñoso, ansioso y orgulloso, seguía con mucha atención el progreso de su hijo adoptado. El 23 de septiembre del año 1 d.C., el día de su sesenta y tres cumpleaños, escribió una carta a Cayo que revela su amor por el joven:

> Saludos, Cayo mío. Mi querido burrito, el Cielo sabe que te echo de menos cuando estás lejos... Le pido a los dioses que el tiempo que me quede de vida pueda verte sano y salvo, que el país prospere, que Lucio y tú contribuyáis como auténticos hombres y que me sustituyáis.[5]

Augusto debió de sentirse preocupado por un acontecimiento sorprendente. Durante la reunión en la isla, Frahâtak reveló a Cayo que Lolio había estado aceptando sobornos de reyes orientales y, según Veleyo Patérculo, tribuno militar en la expedición, tenía «intenciones traicioneras».[6] Cayo apartó a Lolio de su *amicitia*, su lista de amigos oficiales, y el deshonrado se envenenó para evitar la confiscación de sus bienes.

Un día, durante una cena a la que asistía Cayo, el nombre de Tiberio salió a relucir. Un invitado adulador prometió que, si su general le daba su aprobación, zarparía hasta Rodas y «traería la cabeza del exiliado».[7] Cayo declinó la oferta, pero alguien informó a Tiberio del incidente y éste se dio cuenta de que corría peligro. Escribió de nuevo a Roma, suplicando que le dejasen volver. Livia le apoyó con vehemencia, y el *princeps* acabó cediendo, aunque con la estricta condición de que Tiberio no participase en política y renunciase a todo interés en ella.

Sin embargo, Augusto insistió en que Cayo tuviese la última palabra. Si Lolio hubiese estado en su posición habitual, se habría opuesto a esa concesión, pero su sustituto como consejero estaba bien dispuesto hacia Tiberio, quien finalmente pudo salir de una isla que había sido un refugio, pero que se había convertido en una prisión. Tiberio se escabulló hacia la ciudad, vendió su gran casa de campo y compró una residencia discreta en un distrito menos distinguido, donde vivió en estricto aislamiento.

Las buenas noticias de Oriente se compensaban con las terribles noticias de Occidente. Lucio, de diecinueve años, había sido enviado a España, probablemente para ganar experiencia militar. El 20 de agosto del año 2 d.C. cayó enfermo de pronto en Marsella mientras se dirigía a su destino y murió. Para de-

mostrar solidaridad familiar, Tiberio escribió una elegía dedicada a su hijastro. No conocemos la causa de su muerte ni el impacto que causó en la «familia divina». Sin embargo, lo que seguramente quedó muy claro es que los planes dinásticos de Augusto pendían del hilo de una única vida.

El acuerdo parto se alteró a raíz de la muerte inesperada de Dikran, el rey armenio. Roma nominó un sucesor, pero también éste murió, y su hijo ascendió al trono. Los nacionalistas armenios volvieron a sublevarse, y Cayo fue testigo de auténticos combates. Mientras asediaba una pequeña ciudad,[8] se acercó imprudentemente a las murallas para parlamentar con el gobernador, que afirmaba querer cambiar de bando. Le entregó un documento a Cayo, y mientras el romano estaba leyéndolo, le atacó de repente con su espada. El gobernador fue dominado y asesinado, y la ciudad fue capturada.

El herido parecía recuperarse, pero la herida tardó mucho tiempo en curar. Según Dión, Cayo, en primer lugar, no gozaba de buena salud y en ese momento cayó en una depresión. Entonces tuvo lugar un sorprendente giro de los acontecimientos. El 4 d.C., Cayo le escribió a Augusto anunciándole que quería retirarse de la vida pública, con la intención de establecerse en algún lugar de Siria. No sabemos cuáles eran sus razones, pero parece que perdió la confianza en sí mismo y en su capacidad para cumplir el destino que su padre adoptivo le había trazado.

La carta de Cayo cayó como un rayo de un cielo azul, y Augusto quedó consternado. Informó al Senado de los deseos del joven, y escribió a su hijo adoptivo rogándole que volviese a Italia y luego hiciese lo que quisiese. La respuesta de Cayo fue dimitir de todas sus obligaciones con efecto inmediato y emprender el largo viaje a casa. Viajó por el sur hasta la costa del Mediterráneo y embarcó en un carguero. Desembarcó en Limira, una ciudad de Licia (en la actualidad, el sur de Turquía), donde murió el 21 de febrero. Al parecer, su herida no había curado bien. Tenía veintitrés años.

Para el *princeps*, no podía pasar nada peor. Descargó su furia sobre los tutores y compañeros de Cayo. Se decía que, durante la enfermedad y los últimos días de Cayo, se habían comportado con arrogancia y codicia. Aún peor, según Veleyo Patérculo, favorecieron los «defectos»[9] de la personalidad de Cayo, «a resultas de lo cual él quiso pasar el resto de su vida en un rincón remoto y distante del mundo en lugar de volver a

Roma». Augusto ordenó que los tirasen a un río con pesos atados en el cuello.

Las noticias de la muerte de Cayo debieron llegar a Roma antes de finales de marzo. Augusto tenía sesenta y seis años y, según Dión, estaba cansado «por la edad y la enfermedad».[10] Las fuentes antiguas guardan silencio sobre su reacción ante las muertes de Cayo y Lucio. Los jóvenes habían pasado en su compañía la mayor parte de sus cortas vidas, ya que (como hemos visto) él había hecho de padre y de maestro. En su testamento se refirió a la «*atrox fortuna*»,[11] o «destino atroz», que los había arrebatado. Sólo podemos imaginar su dolor ante la pérdida.

Sin embargo, el *princeps* encontró la energía para rehacer la «familia divina». No tenía otra elección que pedirle a Tiberio que volviese a aliarse con él como su *collega imperii*. Dudó sobre si incorporar también a Germánico, el encantador hijo de Druso y heredero de la popularidad de su padre, pero sólo tenía diecisiete años y carecía de experiencia en el arte de gobernar. Livia prestó su voz a la causa de su hijo, en lo que Tácito llamó su «diplomacia secreta».[12] De hecho, una campaña de rumores la acusaba de haber tomado medidas concretas para acelerar la vuelta de Tiberio al primer plano de la política.

La traición de su madre adoptiva había provocado supuestamente las muertes de Lucio y, más tarde, de Cayo. Es cierto que su desaparición enmendó el gran error que representaba la retirada de Tiberio a Rodas, y no se puede culpar a su madre por defender a su hijo. Es totalmente inverosímil que ella pudiese haber sobornado al gobernador de una ciudad armenia, pero es concebible que los doctores de los muchachos estuviesen en su nómina y que la medicina envenenada pudiese haberlos enviado rápidamente al Hades. Sin embargo, las probabilidades de fracaso eran demasiado elevadas y las consecuencias de ser descubiertos eran excesivamente graves para que un político astuto las aceptase.

La fortaleza de la posición de Tiberio se demuestra por el hecho de que, al principio, se resistió al llamamiento a incorporarse a sus funciones, si hemos de creer a Veleyo Patérculo, y declinó la oferta del estatus de tribuno, argumentando en contra tanto en privado como ante el Senado. Por supuesto, es poco probable que esas reservas fuesen sinceras, porque estaba claro cuáles eran sus obligaciones e intereses, pero reflejaba el deseo de obtener el mejor acuerdo posible. Tiberio sentía que

Augusto no lo había tratado bien. El *princeps* seguía su propia agenda y no tenía en consideración los deseos y sentimientos de los demás. Si Tiberio iba a volver a ocupar el poder, tendría que ser en sus propios términos, tanto si le gustaba al *princeps* como si no. Insistió en que Augusto lo aceptase incondicionalmente como su sucesor y que no hiciese nada para subvertir su posición.

No fue hasta el 26 de junio, tres meses después, que Augusto estuvo listo para anunciar sus nuevos planes dinásticos. La situación que afrontaba Augusto era como cambiar el equilibrio de un gobierno de varios partidos. El grupo de personalidades políticas importantes que había apoyado a Cayo y Lucio, la «facción juliana», estaba retirándose, y la maltrecha camarilla alrededor de Livia y Tiberio, la «facción Claudia», estaba en auge. El acuerdo definitivo, cuyas negociaciones debieron resultar difíciles, contemplaba la creación de una coalición que satisficiese a ambas facciones. Tiberio recibió el estatus de tribuno durante un período de diez años y el *imperium* para emprender una campaña militar en Germania. Augusto lo adoptó como hijo, declarando que actuaba por *reipublicae causa*, «por razones de Estado»,[13] un comentario que sugiere la admisión de una necesidad desagradable en lugar de entusiasmo.

Para safisfacer a la facción juliana, el *princeps* también adoptó a Agripa Póstumo, el único hijo de Agripa que quedaba con vida. Eso era menos significativo desde el punto de vista político de lo que parece, porque Póstumo era un adolescente excepcionalmente difícil. Era de complexión fuerte y tenía una «confianza en su fuerza física más propia de un animal».[14] Aunque no había cometido ningún crimen ni se había visto envuelto en escándalo alguno, su personalidad no podía adaptarse a las presiones y las restricciones de la vida pública. El hecho de que no se le concediese el estatus de adulto hasta el año siguiente, el 5 d.C., cuando ya tenía diecisiete años, y que no lograse ganar los privilegios de los que gozaban Cayo y Lucio sugiere que algo iba mal. Sin embargo, Augusto pudo haber tenido esperanzas de que Póstumo se volvería más responsable con el paso del tiempo. En cualquier caso, Augusto quería tener otro recurso del que echar mano, aunque fuese insatisfactorio.

Además, como parte del acuerdo, Tiberio tuvo que adoptar a su sobrino, el popular Germánico, de diecinueve años de edad. El hijo de Druso era sobrino nieto de Augusto y, por lo

tanto, formaba parte de su linaje. Al año siguiente, el *princeps* casó a Germánico con su nieta Agripina, hija de Julia y Agripa, cuya futura descendencia le permitiría ganar el pulso genético. Si, por una vez, los dioses eran benévolos, la autoridad imperial retornaría finalmente al clan juliano después de un desvío hacia los Claudios.

Sin embargo, nada podía disimular el hecho de que el nuevo concordato favorecía claramente a los Claudios. Tiberio era el ganador. Lógicamente, sus partidarios fueron ascendidos y sus enemigos depurados; ése fue probablemente uno de los objetivos de otra reforma del Senado que Augusto llevó a cabo a finales de ese año.

Después de haber restablecido la sucesión y reorganizado su gobierno, el *princeps* envió a Tiberio a una campaña en la frontera germana. La expansión imperial seguía siendo importante para él, pero en esa ocasión le alejaría de modo conveniente a su *collega imperii* de la política doméstica y evitaría así la necesidad de tener que trabajar con él diariamente.

Sin embargo, aunque no hubiese esa necesidad, el nuevo hijo no se fiaba del todo de su nuevo padre y visitaba Roma en cuanto sus obligaciones militares se lo permitían. En palabras de Dión, «porque temía que Augusto se aprovechase de su ausencia para mostrar su preferencia por otro».[15] En su ausencia, la facción juliana podía recuperar terreno perdido.

Las disputas familiares aún no habían terminado, aunque las fuentes antiguas son escasas y enigmáticas sobre el particular. Oímos detonaciones distantes, pero no somos testigos de la batalla. En el centro de la crisis que tuvo lugar durante aproximadamente tres años estaban los hijos de Marco Agripa y Julia: Póstumo y su hermana, la joven Julia, que no debía de tener más de veinte años.

Póstumo continuó comportándose mal. Augusto estaba inquieto por no poder quitarle la vista de encima, aunque no dudó en mandar a Germánico para que sirviese en el ejército. Era una lástima, porque la experiencia militar pudo haberlo calmado. No le iba la vida de cortesano, y pasaba la mayor parte del tiempo pescando, llegándose a llamar a sí mismo Neptuno, por el dios del mar. Tenía ataques de ira, y hablaba mal de Livia. Culpaba a su nuevo *paterfamilias*, o cabeza de familia, de retener

su herencia paterna. Probablemente estaba resentido por no ser ascendido.

La situación se complicó tanto que Augusto rompió las relaciones de Póstumo con la familia juliana y lo mandó a Surrentum (la actual Sorrento), allá por el 6 d.C. El popular lugar de vacaciones no estaba lejos del cabo Miseno, la base naval de una de las flotas romanas que su padre había fundado, y si Póstumo se portaba tan mal a nivel político como personal pudo haber interferido en la lealtad de los marineros (el nombre de Neptuno sugiere que pudo haber sido así). En cualquier caso, Suetonio afirma que «debido a que su conducta, en lugar de mejorar, era cada día más irresponsable, fue transferido a una isla y puesto bajo vigilancia militar».[16]

Eso ocurrió en el año 7 d.C. en Planasia, una isla que casi no se eleva sobre el mar y se halla al sur de la isla de Elba. En la actualidad se llama Pianosa, y hasta hace poco albergaba una prisión militar italiana. En la isla había una villa, algunos baños y un pequeño teatro al aire libre. Quizá fuese una de las guaridas de Augusto, como la de Pandataria, donde el exilio no habría sido demasiado incómodo.

Durante el año siguiente, un misterioso escándalo desbordó a la joven Julia, a quien desterraron a la pequeña isla de piedra caliza de Trimero, frente a las costas de Apulia (la actual San Nicola, en las islas Tremiti). Con una superficie de casi 14 hectáreas, Trimero era un lugar aislado, recluido y alejado de Roma. No se ha descubierto ninguna gran villa. Los gastos de Julia fueron pagados por Livia. El delito de la nieta del *princeps*, como el de la otra Julia, fue la promiscuidad sexual. Parece que la acusación estaba fundada, porque Julia dio a luz a un niño en la isla, al que Augusto se negó a reconocer o criar. Augusto revocó la *amicitia* de su amante, Decio Junio Silano, y el joven noble tuvo que abandonar Roma.

Esos delitos podrían haber ocultado algo más serio. El marido de Julia era Lucio Emilio Paulo. Al parecer, fue acusado de conspirar para asesinar al *princeps* y fue ejecutado por ello.[17] Si su mujer fue acusada de adulterio, él debía de estar vivo cuando ella fue desterrada (un comentarista posterior dice que fue convocada y volvió a ser desterrada de nuevo) y su conspiración probablemente tuviese lugar en el 8 d.C. Así pues, el destierro y la conspiración pudieron haber estado relacionados.

Fuesen cuales fuesen sus problemas políticos, Augusto tenía

las emociones a flor de piel. En lo sucesivo, cuando alguien mencionaba a Agripa o a las dos Julias en una conversación, Augusto suspiraba profundamente y a veces citaba un verso de la *Ilíada* de Homero: «¡Ah, querría no haberme casado y morir sin descendencia!».[18] Se refería a sus hijos como «mis tres forúnculos»[19] y «mis tres llagas abiertas».

En diciembre del año 8 d.C., Augusto desterró a Ovidio al puesto fronterizo de Tomis (la moderna Constanza), en el Mar Negro.[20] El delito del poeta se consideró un secreto de Estado, aunque él introdujo numerosas pistas en dos series de poemas: *Tristia* (literalmente, «triste») y *Epistulae ex Ponto* («Cartas desde Ponto»), con las cuales hostigó a sus amigos de Roma, implorando perdón y describiendo la mísera vida en la lejana Tracia.

Ese misterio ha retado y entretenido a los expertos durante siglos. En resumen, Ovidio cometió un error, no un delito. No llevó a cabo nada personalmente, sino que fue testigo de algo sobre lo que debía haber informado a Augusto, lo que no hizo. Eso le causó mucho sufrimiento al *princeps*. Ovidio se compara a sí mismo con el inocente cazador que se encuentra involuntariamente a Diana bañándose en un manantial. La diosa le convirtió en un venado y azuzó sus perros contra él.

> ¿Por qué vi lo que vi? ¿Por qué son culpables mis ojos?
> ¿Por qué me enteré sin querer de un delito?
> Acteón no tuvo intención de ver a Diana desnuda,
> pero fue despedazado por sus propios perros.[21]

Su poema *Ars Amatoria*, especialmente el tono didáctico que él consideraba una «guía sexual», no fue el motivo de su destierro, pero no ayudó a su caso.

Es difícil entender esta serie de acontecimientos misteriosos, pero hay dos factores que podrían arrojar luz sobre los mismos. En primer lugar, los años 6 y 7 d.C. fueron extremadamente difíciles para el régimen. Se estaban llevando a cabo varias campañas militares, pero hasta el momento no habían logrado victorias. Roma estaba asolada por una grave hambruna, contra la que había que tomar medidas urgentes.[22] Se prohibieron los combates de gladiadores, y para que no hubiese más bocas que

alimentar, todos los esclavos que estuviesen a la venta fueron desterrados a 160 kilómetros de la ciudad.

Augusto y sus altos oficiales despidieron a la mayoría de sus empleados y se animó a los senadores a que se fuesen de Roma. Se introdujo el racionamiento de grano y pan, excepto para los más pobres, a quienes se le dobló la cuota. En el extranjero también había problemas. Los piratas acosaban el tráfico marítimo en algunos lugares del Mediterráneo, y estallaron rebeliones en varias provincias. El rey Juba de Mauritania pidió ayuda al ejército romano para sofocar una grave revuelta en el norte de África. La situación se agravó porque un gran incendio destruyó casi toda la ciudad.

La gente de la ciudad se impacientaba y se hablaba abiertamente de revolución. Los disidentes repartían folletos por la noche. Se inició una investigación, que sólo acrecentó la conmoción general y que aparentemente no llegó a ninguna conclusión. ¿Son reveladores esos indicios de las maniobras de la facción juliana para intentar ganarse el favor del Pueblo, como pudo haber hecho la mayor de las dos Julias cuando coronó la estatua de Marsias en el Foro?

Por lo que respecta a la triste suerte de Ovidio, algunos eruditos han imaginado que el poeta vio accidentalmente a Livia dándose un baño, sorprendió al *princeps* en un acto de pedofilia o se topó con Julia y Póstumo manteniendo relaciones incestuosas. Las declaraciones del poeta apuntan a un error garrafal de tipo político. Si oyó por casualidad o fue testigo de alguna conversación sobre un golpe de Estado, se entiende perfectamente la necesidad de mantener el secreto oficial. Su reputación de indecente sexual ofreció una excusa convincente que distraía del auténtico delito de Julia.

Ovidio pudo haberlo insinuado. Cuando escribió lo que no hizo, estaba señalando lo que otros hicieron.

> Nunca intenté provocar la perdición universal amenazando
> la cabeza de César, el líder del mundo;
> No dije nada, mi lengua nunca pronunció palabras de violencia,
> No se me escaparon irreverencias sediciosas entre copa y copa.[23]

Al parecer, fue la charla imprudente en una fiesta con bebidas lo que acabó con Julia e implicó a su invitado en su ruina. Ovidio, con tacto imprudente, «olvidó» lo que había escuchado

o pretendió no haberlo oído, pero algún otro de los presentes informó discretamente a las autoridades de lo que se había dicho y quién estaba cerca.

No era culpa de Augusto que el destino siguiese trastocando sus planes sucesorios, pero sus reorganizaciones crueles de las vidas de sus parientes cercanos provocaron que, uno tras otro, rechazasen cumplir sus planes e incluso llegasen a conspirar contra él. Quizá fue eso lo que sucedió con Agripa, Tiberio, Cayo, las dos Julias y Póstumo. La consecuencia fue la ruina casi total de la «familia divina» como grupo efectivo y mutuamente leal. Los únicos que quedaron fueron la esposa abnegada y su receloso hijo.

A lo largo de los años, el *princeps* había permitido que su hogar se corrompiese hasta convertirse en una corte en la que los afectos y discusiones familiares normales se fueron transformando gradualmente en una lucha política. Quizá eso fuese un proceso inevitable, pero fue Augusto el que marcó el tono inhumano. Su falta de sensibilidad ante los sentimientos de los demás (como el amor frustrado de Tiberio por Vipsania) y el trato de sus parientes como si fuesen peones crearon un ambiente letal. No sería sorprendente que, al cabo de un tiempo, las relaciones de consanguinidad desencadenasen desenlaces sangrientos.

24

El amargo final

Hasta el 14 d.C.

Augusto no había estado ocioso durante la ausencia de su hijastro en Rodas. Las disposiciones militares básicas del Imperio se mantuvieron, así como la flota del Rin y varios campamentos operativos a lo largo del río, que prevenían las incursiones de las tribus germánicas hacia la Galia y servían de base para emprender expediciones romanas hacia Oriente. También se construyeron algunos campamentos de avanzada al este del Rin.

Los generales competentes habían impuesto el dominio romano. Uno de ellos condujo un ejército hacia el norte, desde el Danubio hasta el Elba, en cuya ribera más alejada erigió un altar dedicado a Augusto como símbolo del poder imperial, pero se aseguró de que sus tropas pasaran el invierno en el Rin. Sin embargo, aunque los territorios entre el Rin y el Elba eran cada vez más dependientes de Roma, lo que los romanos llamaban Germania no era ni mucho menos una provincia consolidada.

La última vez que Tiberio había encabezado un ejército fue en el 8 a.C., el año después de la muerte de Druso. En el 4 d.C., con cuarenta y seis años de edad, retomó desde donde los dos hermanos lo habían dejado. Su propósito era completar la estrategia imperial. Una tribu fuerte y hostil, los marcomanos, ocupaba los territorios circundantes de los nacimientos del Elba y el Danubio (la actual Bohemia). Así pues, era crucial derrotarlos y apoderarse de sus territorios para que, finalmente, Roma tuviese una frontera segura desde el Mar del Norte hasta el Mar Negro. Para la campaña definitiva, en el 6 d.C., se planeó un ataque sincronizado en forma de pinza. El ejército del Rin debía

avanzar desde el río Meno hasta Nuremberg y el de Illyricum se desplazaría hacia el norte bajo el liderazgo de Tiberio. El plan fue concebido y ejecutado con brillantez, y cuando ambos ejércitos estaban a pocos días de converger sobre los marcomanos llegaron noticias de una gran revuelta en Dalmacia y Panonia. Tiberio llegó a un acuerdo con el rey de los marcomanos y partió rápidamente para Panonia, donde pasó los tres años siguientes luchando contra los rebeldes.

En el 13 a.C., su colega cónsul Publio Quintilio Varo, un administrador competente pero mediocre, lo reemplazó en Germania. El nuevo procónsul creía que las victorias de Tiberio habían silenciado toda oposición y consideraba su deber transformar un territorio vencido en una provincia romana.

En Roma, el anciano *princeps* seguía gobernando infatigablemente. En el 4 d.C. llevó a cabo un censo para registrar a los ciudadados y sus propiedades con el propósito de revisar los impuestos impagados, sin duda al alza. Sin embargo, en vista de la agitación pública, sólo aplicó los descubrimientos del censo a propietarios de Italia cuyos bienes fuesen de un valor superior a 200.000 sestercios.

Se modificó la duración del servicio militar, incrementándose de dieciséis a diecinueve el número de años que un recluta debía prestar servicio. La gratificación económica al final de la prestación se estableció en 12.000 sestercios, el equivalente a catorce años de paga. Los centuriones fueron mucho mejor recompensados, y podían llegar a amasar considerables riquezas. El coste de esas remuneraciones se estaba convirtiendo en una carga insostenible, y en el 6 d.C. Augusto estableció un *aerarium militare*, o erario militar, destinado al pago de las mismas (el tesoro del Estado seguía manteniendo las legiones permanentes). Estaba financiado, lo que resultó ser impopular, por un impuesto de sucesión y otro sobre las subastas. Proveer de esa forma a soldados retirados era una jugada inteligente, porque eliminaba la relación personal entre un general y sus hombres, cuyo futuro aquél debía garantizar en los días de la República.

En el año 9 d.C., el *princeps* respondió a la agitación para revocar la ley sobre los individuos solteros y sin hijos. Consolidó su legislación moral con la *lex Papia Poppaea* (véase pág. 285) y se confirmaron las leyes anteriores, aunque con algunas concesiones. Los matrimonios sin hijos ya no tenían el mismo tratamiento que los solteros en cuestiones de herencia. A las viudas sin hi-

jos y a las divorciadas se les concedía un mayor período de gracia (dos años y dieciocho meses respectivamente) antes de estar obligadas a casarse de nuevo. A los hombres que no podían recibir herencias porque no estaban casados se les garantizó un período de tiempo para casarse después de haber sido nombrados en un testamento.

Las noticias de la revuelta panonia, que había puesto fin antes de tiempo a la campaña germana de Tiberio, conmocionaron a Augusto y al sistema romano. Se decía, quizá exageradamente, que más de 200.000 soldados de infantería y 9.000 de caballería se habían alzado en armas. Veleyo señala que los soldados panonios estaban muy bien entrenados: «Los panonios no sólo conocían la disciplina, sino también la lengua romana. Además, muchos tenían cierta cultura literaria, y el ejercicio del intelecto no era extraño entre ellos».[1] Las fuerzas rebeldes arrollaron Macedonia a sangre y fuego. Los comerciantes romanos fueron masacrados. El *princeps* informó al Senado de que Italia corría el riesgo de ser invadida. Se trasladó durante un tiempo a Ariminum (la actual Rímini) para estar más cerca del teatro de la guerra y así poder aconsejar a medida que se desarrollaban los acontecimientos.

Fresco de Germania, Tiberio no tenía suficientes tropas para sofocar de una vez por todas a los panonios, pero pudo resistir con cinco legiones. Se reclamaron más legiones de las provincias orientales, pero les llevaría tiempo llegar hasta allí. En esa época de descontento, los ciudadanos de Italia se negaban a alistarse en las legiones, y Augusto promovió levas entre los esclavos de los ricos, a quienes se les concedía la libertad cuando se alistaban. Ése era un mal recurso, porque durante toda la Historia de Roma el reclutamiento de esclavos había sido una última y vergonzosa salida.

Finalmente llegaron los refuerzos del este, gracias a lo cual Tiberio pudo reunir un ejército de 100.000 hombres. En el año 7 d.C. lanzó una brutal campaña de dos años. Evitaba las batallas campales, y prefería dividir sus fuerzas en columnas separadas, ocupando todos los puntos de importancia. Por todas partes, las legiones devastaron los campos mientras mantenían sus propias líneas de abastecimiento, con el fin de someter al enemigo privándolo de comida.

Augusto escribió a su *collega imperii* en términos elogiosos: «Tus campañas de verano, querido Tiberio, merecen mis más

enérgicas alabanzas. Estoy seguro de que ningún otro hombre vivo podía haberlas llevado a cabo con mayor habilidad, venciendo tantas dificultades y la falta de moral guerrera de las tropas».[2] Esas generosas palabras, sin embargo, escondían ansiedad. La opinión pública estaba descontenta, y Dión afirma que el *princeps* creía que Tiberio estaba haciendo tiempo para seguir en armas el mayor tiempo posible. Sospechaba que Tiberio quería afianzar su posición política fomentando la lealtad personal de su ejército.

Si Augusto creía eso, sin duda estaba equivocado. Tiberio estaba muy ocupado en la que se consideraba generalmente la guerra más peligrosa para Roma desde aquella que la había enfrentado con Aníbal y los cartagineses doscientos años antes. Fuese cual fuese la razón (parece una pérdida de coraje), el *princeps* envió a Germánico, de veintidós años y que era cuestor en el 7 d.C., con las levas de esclavos liberados para que se uniese al molesto Tiberio, quien le dijo que en esos momentos contaba con muchos soldados y envió de vuelta a algunos de los recién llegados. En el 8 d.C., los panonios habían sido derrotados y se habían resignado. El año siguiente estuvo dedicado a ocuparse de los dálmatas, menos problemáticos. Los enfrentamientos fueron cruentos y encarnizados, hasta que finalmente los rebeldes aceptaron la derrota y se rindieron.

No había duda de que Tiberio era un general extraordinario. Era un buen estratega, un organizador muy eficiente y querido por sus soldados. El Imperio tenía suerte al contar con él. Volvió a Roma y celebró victorias, pero los triunfos que se le habían prometido nunca se llevaron a cabo, porque a los pocos días llegaron partes de Germania con noticias desastrosas.

Corría el mes de septiembre, y llovía. El territorio al oeste del río Weser, a través del cual habían marchado los romanos, era un conjunto de pantanos, bosques y campos. Los robles se mezclaban con abedules, hayas y alisos. Donde el bosque era más tupido llegaba muy poca luz directa del sol, y los senderos eran estrechos. En otros lugares, los soldados pasaban por campos cultivados y prados con alguna hacienda o establo.

Un ejército romano en marcha era un espectáculo impresionante. En esa ocasión, las Legiones Diecisiete, Dieciocho y Diecinueve (alrededor de 15.000 hombres) avanzaban a través del

campo en formación de columna de marcha. Además de la infantería, había arqueros, exploradores con armas ligeras, caballería, artillería y un séquito de porteadores. A la cabeza de esa fuerza magnífica estaba el procónsul Publio Quintilio Varo.

La política de Varo era transformar lo antes posible la derrotada Germania en una provincia romana. Para ello, había que construir carreteras y ciudades, fomentar el comercio e introducir la Ley Romana entre las tribus. Parece que los romanos también recaudaron impuestos. Se asignaron muchos legionarios a pequeños destacamentos para las comunidades germanas que habían pedido protección contra los forajidos y para escoltar las columnas de abastecimiento. Para Varo, las legiones estaban allí en una misión de policía más que militar.

De hecho, los romanos eran considerados como ocupantes indeseados, y se ideó un complot para capturar y destruir las legiones. El cabecilla era un joven jefe germano, al que sólo conocemos por su nombre romanizado, Arminio.[3] Aún no tenía treinta años, pero ya conocía a los romanos y sus métodos de guerra porque había servido en el ejército romano, probablemente en Panonia. Evidentemente, había causado buena impresión, porque recibió la ciudadanía romana y fue nombrado *eques*. Era uno de los hombres de Varo, y lo acompañaba a todas partes.

La intención de Arminio no era la rebelión abierta, porque sabía que una horda germana tenía pocas posibilidades de vencer a los romanos en una batalla campal. En lugar de eso, tenía la intención de alejar a Varo del Rin, enviándole falsos informes de sublevación. Después, Arminio les tendería una emboscada a los romanos en lo que era supuestamente un país amigo. Alguien reveló el complot, pero Varo no tuvo valor para desconfiar de sus amigos germanos. Creyendo en la honestidad del joven germano, Varo mordió el anzuelo. Reunió a sus fuerzas dispersas y marchó para sofocar la supuesta rebelión. Los conspiradores, dando a entender que eran leales, acompañaron a las legiones durante un trecho, pero después, uno por uno, presentaron sus excusas y se escabulleron.

Arminio escogió el lugar para la emboscada con mucho cuidado.[4] Los arqueólogos han descubierto el lugar (en Kalkriese, en la Baja Sajonia) y han desenterrado restos de una gran batalla. La ruta hasta allí era un sendero llano a través de bosques, entre una colina empinada y una ciénaga. A lo largo de la lade-

ra de la colina, los germanos habían construido una empalizada, camuflada y excavada en la montaña, de al menos 700 metros de largo, donde los emboscadores podían esperar al enemigo sin ser vistos. Cuando llegó la columna romana, los hombres de Arminio lanzaron una descarga de lanzas desde detrás de la empalizada y después atacaron, consiguiendo sorprender a los romanos.

No se sabe muy bien qué ocurrió después, pero, a pesar de haber sufrido muchas bajas, un buen número de legionarios y la mayoría del cuerpo de oficiales sobrevivieron y siguieron adelante bajo el incesante ataque, atravesaron el campo abierto y consiguieron llegar hasta el bosque. Al tercer día después de la emboscada, la situación era desesperada, y Varo y su estado mayor se dieron cuenta de que no había escapatoria. Aunque eso significaba dejar a los restantes soldados sin líder, estuvieron de acuerdo en que sólo había una salida decorosa. Así pues, se armaron de valor para el «acto terrible pero inevitable»[5] y se suicidaron, atravesándose con sus espadas. A partir de entonces, los soldados tenían que arreglárselas solos. Algunos siguieron el ejemplo de Varo, mientras que otros se desanimaron, tiraron sus armas y se dejaron asesinar por el enemigo.

De las tres legiones, que sumaban 15.000 hombres, pocos sobrevivieron para contarlo. Los germanos tomaron unos 1.500 prisioneros, dos tercios de los cuales fueron vendidos como esclavos. Al cabo del tiempo, algunos se ganaron la libertad y regresaron a Italia; el resto fueron sacrificados como ofrendas religiosas. Se les dio muerte de varias maneras: a algunos se los degolló, mientras que otros fueron colgados de árboles, crucificados o enterrados vivos. Los dioses germanos apreciaban la variedad. Las cabezas de las víctimas se clavaban en árboles del bosque como advertencia a quien tuviese la intención de invadirlos en el futuro. Una vez que habían llevado a cabo sus castigos y retirado sus muertos del campo de batalla, los germanos dejaban el lugar de los hechos tal y como estaba, para que el tiempo y la naturaleza restituyesen la normalidad.

Las noticias de que algo terrible había sucedido se propagaron por la región, y todas las fortalezas romanas del flanco oriental del Rin, a excepción de una, fueron evacuadas. La «provincia» de Germania se había perdido.

Augusto tenía más de setenta años. Había trabajado mucho durante cincuenta años, y la última década había estado llena de desilusiones y problemas políticos. Ya no se encargaba de peticiones individuales, aunque aún estudiaba pleitos legales con la colaboración de ayudantes y dictaba sentencia en un tribunal de su sede en la colina Palatina. Dejó de asistir a sesiones del Senado y Asambleas del Pueblo, y encomendó la recepción de delegaciones extranjeras a un trío de ex cónsules.

Al igual que el estallido de la rebelión panonia, parece que el desastre de Varo (en latín, *Variana clades*) provocó el pánico en el *princeps*. Se rasgó las vestiduras, una costumbre romana cuando se afrontaba una deshonra o una catástrofe, y no se afeitó durante meses. Estaba tan trastornado que se golpeaba la cabeza con una puerta y gritaba: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!».[6] En el futuro, recordaría esa fecha como un día de luto.

Ha llegado hasta nosotros un testimonio sobre una diva entrada en años a la que hicieron volver a los escenarios en el 9 d.C., durante unos actos para celebrar la «recuperación» del *princeps*.[7] Eso demuestra que Augusto había estado enfermo, aunque ignoramos la naturaleza de su enfermedad ni su gravedad. Podía haberse tratado de una reacción ante la pérdida de sus legiones.

Augusto envió a Tiberio para que asumiese el mando del Rin con el objetivo de impedir una posible invasión germana de la Galia o incluso de Italia y para demostrar que el poder militar de Roma no había menguado. Temía un alzamiento popular en Roma, y envió patrullas militares nocturnas alrededor de la ciudad. No se fiaba de los germanos que había en su cuerpo de guardaespaldas, así que los trasladó a varias islas y deportó fuera de la ciudad a la numerosa comunidad gala y germana. Se ampliaron los períodos de servicio de los gobernadores provinciales, para que hubiese hombres experimentados al mando en caso de conflictos.

La crisis reveló una debilidad en la estrategia militar de Augusto. Después de Actium, había establecido en veintiocho legiones la fuerza militar del Imperio, pero eso sólo bastaba para vigilar las fronteras. No había soldados disponibles para una situación de emergencia. En esa ocasión, la situación se calmó. Arminio no invadió, y tanto Roma como las provincias permanecieron tranquilas. El indispensable Tiberio cumplió con

su obligación en la frontera nordeste, donde libró una campaña durante tres años. Sin embargo, no intentó recuperar Germania como provincia romana. El Imperio nunca volvería a cruzar el Rin.

¿Había estado el régimen en peligro? El pánico de Augusto reflejaba una prudencia innata. En el fondo, su poder no dependía de la legalidad constitucional, a pesar de toda la retórica rimbombante sobre la República restaurada, sino del apoyo del ejército y del Pueblo. Sin ese apoyo, su régimen no tardaría en caer. El único acontecimiento que podría debilitar la lealtad de esos grupos era una gran derrota militar. El éxito imperial era esencial para la popularidad del régimen.

Así pues, era razonable prever que la pérdida de tres legiones tendría serias consecuencias políticas. Sin embargo, no las tuvo, lo que pudo deberse en parte a las medidas de seguridad que tomó el *princeps*, aunque se considera una prueba de que el acuerdo constitucional de Augusto estaba firmemente establecido. No había ningún grupo de oposición que estuviese preparado y fuese capaz de sacar partido de la situación.

A pesar de todo, el *Variana clades* fue un fuerte revés, que provocó una revisión estratégica a puerta cerrada en la colina Palatina. El plan agresivo para conquistar Germania hasta el río Elba, que suponemos fue ideado por Augusto y Agripa veinte años antes, fue revocado. A partir de entonces, el Rin sería la frontera permanente entre la Galia romanizada y los bárbaros de Europa central.

El cambio de actitud era racional y estaba basado en la observación atenta de los hechos, tanto en Roma como en Germania. La incapacidad de Arminio para sacar provecho de su victoria sugiere que los germanos ya no representaban una amenaza seria para la estabilidad de la Galia, si es que alguna vez había sido así. Como siempre, fueron incapaces de formar una alianza entre ellos durante el tiempo suficiente. Restablecer la provincia de Germania sencillamente no valía ni la pena ni el coste. Las expediciones de reconocimiento y ocasionalmente alguna de castigo serían suficientes para prevenir cualquier riesgo de ataque.

En el año 12 d.C., Germánico, de veintisiete años de edad, ocupaba el Consulado. Si había expectativas optimistas, serían de-

fraudadas. Aunque Germánico estuvo muy ocupado en los tribunales, no consiguió nada de importancia. Augusto escribió una carta dirigida al Senado en la que elogiaba a Germánico, aunque el Senado prefería a Tiberio. Augusto estaba muy débil y no la leyó personalmente, porque no podía hacerse oír, y le entregó el documento a Germánico para que la leyese. Les pidió a los Senadores que renunciaran a presentar la *salutatio* matinal en su casa de la colina Palatina, poniendo como excusa la guerra en Germania, que por aquel entonces llegaba a su fin. También les rogó que no se ofendiesen si dejaba de asistir a los banquetes públicos.

Los desastres naturales golpearon de nuevo: el Tíber se desbordó e inundó el Circus Maximus. Es la primera vez que hay constancia de que se quemaron folletos llamando a la sedición y de que se castigó a sus autores. Probablemente en ese año, un conocido abogado llamado Casio Severo fue desterrado a Creta, acusado de haber «manchado la reputación de hombres y mujeres de prestigio con sus escritos licenciosos».[8] El *princeps* no había sido uno de los objetivos, pero, por primera vez, esa clase de ofensa fue tratada según la ley de traición. Además, el Senado mandó quemar los escritos «republicanistas» de un historiador, que acabó suicidándose.[9]

Esas medidas reaccionarias sorprenden desagradablemente, porque uno de los rasgos más atractivos del régimen durante sus primeros años había sido su aceptación, incluso su aprobación, de la libertad de expresión. La confianza había dejado paso a la ansiedad. Quizá eso refleje la creciente influencia de Tiberio, quien, a pesar de sus supuestas simpatías republicanas, tenía desde hacía mucho tiempo tendencias autoritarias. Años antes, Augusto le había escrito: «No debes... tomarte a pecho si alguien habla mal de mí. Podemos estar satisfechos si conseguimos que la gente se reprima a la hora de emitir comentarios hirientes».[10]

Al año siguiente, el *imperium* de Augusto fue prorrogado con optimismo por diez años más y, por primera vez, Tiberio, de cincuenta y seis años, recibió los mismos poderes. Aunque la edad le obligada a frenar su ritmo, el *princeps* seguía trabajando mucho y conservaba sus facultades. El cinco por ciento del impuesto de sucesión introducido en el 6 d.C. demostró ser extremadamente impopular entre las clases altas. El Senado manifestó que aceptaría cualquier impuesto menos ése, así que Augusto acometió proyectos para sustituirlo por un impuesto sobre la

propiedad. Era muy consciente de que eso representaría una perspectiva aún más alarmante, y el Senado decidiría que era mejor quedarse con el peor de los males. El viejo manipulador no había perdido ninguna de sus habilidades.

Augusto debió de haber pensado en la muerte durante toda su larga vida. Su salud fue precaria durante la primera mitad de su carrera, hasta Actium corrió frecuentemente el riesgo de morir en el campo de batalla y en Roma era muy consciente de que los Idus de Marzo habían sentado un siniestro precedente. Apenas estaba en plena treintena cuando encargó su espléndido mausoleo.

Después de tantos años, la certeza había reemplazado a la posibilidad. En abril del 13 d.C., Augusto reunió varios documentos que describían los logros de su gobierno y dejó varias instrucciones; quizá un deterioro de su salud le había movido a ello. La mayoría de los documentos eran de su puño y letra, aunque la investigación secundaria debió de haberla hecho su personal administrativo. Dio instrucciones para su funeral en un rollo sellado. En otro expuso su historial, que deseaba que fuese grabado en dos columnas de bronce a la entrada de su mausoleo.

Escrito en un latín claro y noble, ese documento fue conocido como las *Res Gestae Divi Augusti,* o Actos del Divino Augusto, y se enviaron copias a varias ciudades del Imperio, traducido al griego si era necesario. El *princeps* no escribió todos los documentos a la vez, sino que, con su característico método, había empezado a trabajar en ello años antes e iba añadiendo de vez en cuando. El 13 de mayo del 14 d.C. estampó finalmente su firma.

Las *Res Gestae* es un documento escrito con gran astucia, del cual un creador actual de opinión pública podría sentirse orgulloso, ya que, sin mentir descaradamente, Augusto arroja la luz más favorable posible sobre sus actividades. Ni una sola vez menciona a Marco Antonio por su nombre, ni como colega triunviro ni como enemigo militar. Tampoco entra en detalles sobre su pasado revolucionario; es como si la proscripción nunca hubiese existido.

El tercer documento que Augusto preparó en ese período, el *breviarium imperii,* era un acta sobre las tropas que servían en di-

ferentes lugares del Imperio, de las reservas del erario público y de la cuenta para gastos personales, además de los impuestos que debían recaudarse. También proporcionaba los nombres de los ex esclavos liberados y de los esclavos-secretarios que podrían aportar más detalles sobre cada asunto en caso de necesidad.

Augusto también escribió una exhortación dedicada a Tiberio y al Pueblo, en la que les aconsejaba, entre otras cosas, que mantuviesen las actuales fronteras del Imperio.[11] Esa solicitud reflejaba en parte el éxito de su política de expansión militar a lo largo del Danubio y también el reconocimiento escarmentado del Rin como la frontera adecuada entre la Galia y las tribus germanas.

Por último, el *princeps* escribió o revisó su testamento, que resultó ser complejo y sorprendente. Ocupaba dos cuadernos y fue escrito por él y por dos ex esclavos liberados. Ordenó que el documento fuese guardado en el templo de las Vírgenes Vestales. A diferencia del desventurado Antonio, él estaba seguro de que ningún Octaviano de última hora sería tan atrevido como para abrirlo antes de que él estuviese muerto y enterrado.

En algún momento del año 13 d.C., Augusto reforzó la comisión permanente que había creado para agilizar los asuntos del Senado. Los cónsules siguieron siendo miembros, pero todos los demás miembros fueron reemplazados por cónsules designados para los años siguientes. Tiberio, Druso (el hijo de Tiberio) y Germánico también entraron en el comité. Parece que el propósito era crear un organismo lo bastante fuerte como para poder desenvolverse en las tensiones de la transición de un gobierno a otro.

Los meses finales de Augusto están rodeados de misterio. Como si fuese una novela de detectives, el lector cuenta con muy pocos hechos para poder explicar los acontecimientos e identificar a los culpables, por lo que hay que depender de conjeturas inteligentes e interpretar pistas crípticas. El problema es que eso era la vida real, sin un autor que escribiese un capítulo final en el que todo se aclara.

A finales de la primavera o principios de verano del 14 d.C., Augusto empezó a tener remordimientos por el exilio de Agripa Póstumo.[12] Se reunió de algunas personas de confianza y navegó hasta la isla de Planasia, acompañado sólo por un amigo íntimo de su corte, Paulo Fabio Máximo. Fabio era una figura distinguida que había servido como cónsul y gobernador en Espa-

ña. Era un mecenas de las artes y había sido muy amigo de Horacio y (algo más sorprendente) de Ovidio. Tácito informa del encuentro: «Allí [en Planasia], las lágrimas y las muestras de afecto por ambas partes habían sido lo bastante abundantes como para tener esperanzas de que el joven pudiese volver a la casa de su abuelo».[13]

Fabio murió poco después de su vuelta, pero no antes de haberle contado a su mujer Marcia sobre su extraña aventura, y ella le contó imprudentemente las noticias a Livia. En el funeral de su marido, se la oyó murmurar entre sollozos que ella había sido la causa de su muerte. La implicación era que, al enterarse de ese abuso de confianza, Augusto se había enfadado y le había retirado su *amicitia* a Fabio, el cual, como resultado, se había visto obligado a quitarse la vida.

Los últimos días de Augusto está descritos con bastante detalle por Suetonio.[14] En agosto del 14 d.C., Augusto y Tiberio se prepararon para dejar Roma. Hacía poco que habían llevado a cabo un censo, que se realizaba una vez cada *lustrum*, o período de cinco años. El *princeps*, a pesar de su mermada salud, pudo presidir la purificación del Pueblo Romano que marcaba el fin del *lustrum*. La ceremonia tuvo lugar en un atestado Campo de Marte.

Ha quedado constancia de todo tipo de augurios durante ese período: la habitual mescolanza de tonterías y, en esa ocasión, un acontecimiento real teñido de superstición. Durante la ceremonia de purificación, un águila dio varias vueltas por encima de los presentes y voló hasta el cercano Panteón,[15] donde se posó sobre la primera «A» del nombre de Agripa en la inscripción de la dedicación que estaba encima de la entrada. El *princeps* lo observó y lo interpretó al instante como una señal de su inminente fallecimiento. Así pues, le dijo a Tiberio que leyese el juramento que iba a prestar como parte de la ceremonia, porque, aunque lo había escrito y hecho grabar en una placa, no quería hacerse responsable de promesas que sólo podían cumplirse después de su muerte.

Tiberio iba a viajar a Illyricum y reorganizar la provincia recién derrotada. Augusto, como muestra de apoyo, accedió a acompañarle por la Vía Apia hasta la ciudad de Benevento, a más de 200 kilómetros al sur de Roma. Livia también iba con ellos. Antes de llegar a las Lagunas Pontinas, infestadas de mosquitos, que Horacio y Mecenas habían cruzado en su viaje a Ta-

rento para negociar con Marco Antonio, el *princeps* decidió trasladarse a un barco, pero se indispuso y se dirigió a la isla de Capri para descansar y relajarse durante unos días.

El grupo de la familia cruzó después hacia Italia y prosiguió su viaje hacia el sur. Augusto dio la vuelta en Benevento para dirigirse a Roma como estaba planeado, pero se sintió peor y se detuvo en una villa que la familia tenía en Nola, en la falda del Monte Vesubio, donde su padre, Cayo Octavio, había muerto durante su servicio como pretor en el 58 a.C.

Entonces reapareció Livia, en su papel de envenenadora. Según Tácito: «La enfermedad de Augusto empezó a agravarse, y algunos sospechaban de juego sucio por parte de su esposa»,[16] la cual estaba preocupada por la reconciliación de su marido con Agripa Póstumo. Dión va más alla, aunque sin comprometerse:

> Algunos afirman que Livia tenía miedo de que Augusto pudiese traerlo [a Agripa] de vuelta para convertirlo en emperador, así que untó con veneno algunos higos que aún maduraban en los árboles de los que Augusto solía coger personalmente los frutos. Se comió aquellos que no había embadurnado y le ofreció a Augusto los frutos envenenados. Augusto cayó enfermo, fuese por eso o por otra causa.[17]

Tiberio fue convocado y acudió rápidamente a Nola. Según Dión,[18] Augusto murió antes de que llegase y Livia lo ocultó hasta que su hijo estuvo a su lado, temiendo que en su ausencia «podría desatarse algún levantamiento». Se destinaron guardias en la calle que rodeaba la villa y se emitieron comunicados optimistas de vez en cuando. Suetonio discrepa de esa versión y afirma que Tiberio llegó a tiempo para ver a Augusto con vida.[19] El moribundo tuvo una larga charla con él en privado, después de la cual no prestó atención a otros asuntos.

Cuando llegaron algunos visitantes de Roma, Augusto quiso oír las últimas noticias sobre Livila, la hija de Druso, que estaba enferma. Finalmente, besó a su mujer y le dijo: «Adiós, Livia. Nunca olvides nuestro matrimonio». Justo antes de morir, parecía haber perdido la cordura, porque de repente gritó aterrorizado: «¡Cuarenta jóvenes me llevan!». Eso fue interpretado más tarde como una profecía, porque precisamente cuarenta pretorianos formarían la guardia de honor que lo condujo hasta la capilla ardiente.

Augusto siempre había deseado una muerte rápida y sin dolor, y los dioses le concedieron su deseo. Falleció el 19 de agosto, menos de un mes antes de cumplir setenta y siete años. Había gobernado en solitario el Imperio romano durante casi cuarenta y cuatro años.

Se envió inmediatamente una orden, o *codicillus*, hacia la isla de Planasia, con el mandato de ejecutar a Agripa Póstumo. El tribuno al mando de la guardia de Agripa le dijo a un centurión que se encargase del asunto. El joven era alto y fuerte y ofreció resistencia, a pesar de que no tenía armas. Finalmente, y con no pocas dificultades, fue asesinado, lo que se llevó a cabo justo a tiempo, porque un esclavo de Agripa llamado Clemente se enteró de la muerte de Augusto e inmediatamente se embarcó en un carguero con rumbo a Planasia para rescatar a Agripa, por la fuerza o con astucia. Por desgracia, el barco navegaba con lentitud y Clemente llegó demasiado tarde.

Entre tanto, el comandante de la guardia de la isla zarpó hacia Roma, donde se presentó ante Tiberio y le informó de que la ejecución se había llevado a cabo.[20] Tiberio negó con vehemencia cualquier implicación e insistió en que el oficial informase personalmente ante el Senado.

Según Tácito, el autor del *codicillus* había sido Cayo Salustio Crispo, un hombre que (como Mecenas) no se molestaba en ocupar ningún cargo público, sino que operaba entre bastidores. Era sobrino nieto del historiador Salustio, y se había convertido en un «depósito de secretos imperiales».[21] Salustio se alarmó ante la decisión de Tiberio de abrir un debate público sobre la muerte de Agripa y advirtió a Livia de que «los secretos de palacio, el consejo de los amigos y los servicios prestados por el ejército es mejor no divulgarlos... El fin de la autocracia es que las cuentas no cuadren si el gobernante no es el único auditor».[22] Tiberio fue persuadido de mantenerse callado y el asunto fue archivado.

¿Cómo interpretar los acontecimientos en torno a la muerte de Augusto? El régimen se daba cuenta de que la transición de un *princeps* a otro, del dominio de un hombre al establecimiento de una dinastía, sería un período muy peligroso. Los implicados hicieron todo lo posible para que el proceso fuese sobre ruedas. Las amenazas más probables provendrían de la disidencia

civil en Italia y de la posibilidad de motines entre las legiones de las fronteras imperiales. El foco de cualquier posible problema sería Agripa Póstumo, el último representante varón de la línea juliana.

Las acusaciones más importantes que he rechazado son la de que Augusto cambió de opinión sobre quién debería sucederle y quería que Agripa reemplazase a Tiberio, y la de que Livia hubiese actuado en contra de sus planes. Ambas son muy poco probables. Una vez que el *princeps* se hubo comprometido con Tiberio, fuesen cuales fuesen sus reservas, hizo todo lo que estaba en su mano para promover los intereses de su nuevo cogobernante. Incluso la decisión sin importancia de acompañarle a Benevento era una declaración de apoyo clara y pública. A falta de conocimientos concretos, los historiadores romanos llenaron el vacío con una referencia a la imagen tradicional de la madrastra malvada, siempre ansiosa por suplantar a un auténtico heredero con su propio hijo.

Eso no significa que debamos rechazar el viaje a Planasia. Los expertos modernos sostienen que Augusto estaba demasiado débil para emprender un viaje tan arduo. Eso es poco convincente si tenemos en cuenta que, en los días inmediatamente anteriores a su muerte, estaba dispuesto a viajar por carretera hasta las Lagunas Pontinas, navegar hasta Capri y de vuelta a Italia, reanudar luego su viaje hasta Benevento y volver sobre sus pasos.

El motivo de Augusto para viajar pudo haber sido puramente sentimental, aunque los testimonios de cómo trataba a sus familiares más próximos sugiere una crueldad que descartaba la emoción. Lo más probable, como he sugerido, es que quisiese determinar si Agripa pensaba o no en la insurrección y reducir el riesgo de que, engañado con falsas esperanzas de volver a ser el preferido en Roma, se uniese a un complot contra Tiberio.

Si así era como estaban las cosas, no había necesidad de engañar a Livia. Ella y Augusto estaban disgustados con Fabio Máximo porque, al confiar en su mujer, había roto el secreto que debía encubrir la operación, de manera parecida a cuando los cotilleos de Mecenas a Terencia sobre la conspiración de su hermano habían provocado su pérdida de influencia con el *princeps*. Después de eso, se valoró más la confidencialidad en la corte de Augusto. Además, la pena de Marcia en el funeral de su marido no significaba necesariamente que éste se hubiese suicidado; la

deshonra pudo haber provocado una dolencia como, por ejemplo, un ataque al corazón.

En el capítulo introductorio, sugerí que la salud de Augusto mejoró inesperadamente, pero que no tuvo tiempo de recuperarse.[23] Según esta hipótesis, ya se habían llevado a cabo todas las disposiciones para la entrega del poder a Tiberio y no podían ser revocadas convenientemente. Era necesario que él muriese para que la transición no peligrase. Así pues, en complicidad con su víctima, su amante esposa Livia le sirvió los higos envenenados. A propósito, sabemos que al *princeps* le gustaban esos frutos y que Livia cultivaba un tipo de higos bautizados con su nombre. Si había una higuera en Nola, es posible que ella la hubiese hecho plantar. Esa especulación explicaría los actos y los acuerdos de Livia y el sombrío sentido del deber que caracterizaba la cultura política de esos momentos. La Historia de Roma contiene muchos ejemplos de suicidios por razones políticas y de suicidios asistidos.

Otra hipótesis, y no menos especulativa, es que la historia de los higos fuese una miscelánea inventada y propagada por Clemente y otros agitadores populistas para sugerir falsamente que Augusto tenía la intención de designar a Póstumo como heredero. De nuevo, la calumnia fácil hacia Livia como la madrastra que servía fruta envenenada era demasiado tentadora como para resistirse. Sin embargo, es muy extraño que una patraña proveniente de una fuente tan corrupta e indigna se hubiese propagado tanto como para entrar en los documentos históricos. Nunca se sabrá la verdad sobre la muerte de Augusto.

Finalmente, hemos de considerar quién dio la orden de matar a Póstumo. Suetonio resume las opciones: «Persisten las dudas sobre si Augusto ordenó que se llevase a cabo cuando él muriese, si Livia la escribió en nombre del *princeps*, o si, de ser así, Tiberio sabía algo».[24] Salustio puede ser absuelto, porque, aunque él hubiese sido el autor del *codicillus*, difícilmente lo hubiese hecho por propia iniciativa. Aunque Tiberio fue el beneficiado, es dudoso que estuviese implicado o siquiera que hubiese sido informado de ello. Su airada insistencia en que la muerte de Agripa fuese debatida en el Senado demuestra la inocencia del acto y del conocimiento del mismo.

Livia no parece haber intervenido nunca en política ni iniciado acciones políticas, pero se sabía que ejercía influencia. Para Salustio, pedirle que utilizara su influencia ante su hijo era una

decisión sensata, no precisamente siniestra. El hecho de que el comandante informase a Tiberio y no a ella también tiende a exonerarla del hecho. Es concebible que falsificase una carta del *princeps*, pero, por lo que sabemos de ella, ése no era su estilo.

De lejos, el culpable más probable era el propio Augusto. Es cierto, como señala Tácito, que nunca hizo ejecutar a ninguno de sus parientes consanguíneos, pero sabemos que podía ser implacable con aquellos que lo amenazaban. No dudó en ejecutar a Cesarión, el hijo ilegítimo de Julio César, y trató duramente a las dos Julias. La visita a Planasia sugiere que se le hizo difícil decidir la muerte de su nieto.

Augusto tenía los ojos y la boca cerrados. Le quitaron del dedo el anillo de sello.[25] Tiberio, al ser su pariente más cercano, lo llamó por su nombre y añadió: «*Vale*» («Adiós»). Los esclavos de la funeraria lavaron y perfumaron el cuerpo. Se le colocó una moneda encima de los labios para pagarle al barquero que llevaría el espíritu de Augusto por la Laguna Estigia hasta el inframundo.

Llevaron el cuerpo a Roma sobre los hombros de senadores de los municipios vecinos y de colonias de veteranos. El calor de agosto era insoportable y el viaje se realizó de noche. Durante el día, los restos mortales eran expuestos en el ayuntamiento o templo principal de cada población en que se detenían.

El testamento de Augusto se leyó en Roma. El preámbulo decía: «Como el destino se ha llevado cruelmente a mis hijos Cayo y Lucio, Tiberio heredará dos tercios de mis propiedades»;[26] un respaldo no precisamente espectacular para su principal heredero. Tiberio recibió 100 millones de sestercios y Livia 50 millones. Noventa millones de sestercios se reservaron para pequeñas donaciones individuales a soldados y al Pueblo.

Todo eso se ajustaba a lo esperado. Sin embargo, el *princeps*, tan cauto y paciente en vida, dio una increíble sorpresa desde la tumba: adoptó a su mujer.[27] Al igual que Tiberio había recibido el nombre de Augusto, Livia recibió el de Augusta. Como hija de Augusto, se convirtió en miembro del *gens* juliano,* y a partir de entonces pasó a ser conocida como Julia Augusta.

* En la antigua Roma, un *gens* era un clan o grupo de familias que compartían un nombre y la creencia en un ancestro común. *(N. del t.)*

¿Qué pretendía Augusto con esa extraordinaria promoción? Era la única decisión política importante que tomó como *princeps* que no tenía precedentes. No dejó ninguna explicación, pero a primera vista se puede concluir fácilmente que reconocía la aportación que Livia había hecho al gobierno del Estado durante su regencia. Todo el mundo suponía que ella había sido una consejera importante entre bastidores y que la adopción era un reconocimiento público de ese hecho. Augusto también pudo haber querido afianzar la posición de su mujer después de su muerte para que pudiese ejercer algún control, o al menos cierta influencia, sobre Tiberio; sus habilidades políticas podían complementar su experiencia, en gran parte militar. Puede que incluso quisiese demostrarle al mundo cuánto amaba a su mujer.

El hecho de que Julia se hubiese convertido en Julia Augusta le confería una posición constitucional oficial en el Estado por primera vez en su vida. Aunque técnicamente no tenía *imperium* ni nada que se le asemejase, sus contemporáneos la consideraban corregente junto con su hijo. Durante los debates del Senado sobre los decretos aprobados en honor de Augusto, Dión informa de que «participó en los trámites como si tuviese plenos poderes».[28] Se dice que, durante un tiempo, en la correspondencia de Tiberio figuraba el nombre de Livia junto al suyo y que las cartas estaban dirigidas a ambos.

Sin embargo, Tiberio tenía puntos de vista tradicionales y desaprobaba que las mujeres interviniesen abiertamente en los asuntos públicos. Cuando el Senado aprobó la concesión a Livia del título de *parens patriae,* o Madre de la Patria, Tiberio rechazó el ofrecimiento en nombre de ella. Pronto estuvo claro que sólo él tenía el poder, aunque respetaba a su madre y, a pesar de que le molestase su encumbramiento, seguía pidiéndole consejo en privado.

El funeral de un romano destacado era un acontecimiento que combinaba terror, esplendor y solemnidad.[29] Aunque no conocemos los detalles de la ceremonia de Augusto, habría seguido en términos generales el procedimiento habitual. Como era costumbre, la ceremonia se llevaba a cabo de noche.

Se formó una procesión para llevar el cuerpo desde la casa en la colina Palatina hasta su lugar de descanso definitivo. Casi

toda Roma salió a las calles, y las tropas protegían la ruta para asegurar el orden público. La procesión estaba dirigida por un *dominus funeris*, o «maestro del funeral», ayudado por *lictores* vestidos de negro. A la cabeza desfilaban trompetistas que tocaban música fúnebre, y chicas y chicos de la nobleza entonaban un canto fúnebre en honor del fallecido.

El humor y la risa pueden servir para liberar, o al menos aliviar, la pena. A veces se contrataba una *troupe* de payasos y mimos en los funerales. Iban detrás de los músicos y los cantantes, y estaban encabezados por un *archimimus*, que imitaba la manera de hablar y los gestos del fallecido.

Como la mayoría de romanos acaudalados, Augusto seguramente liberó a algunos de sus esclavos en su testamento. Éstos eran los siguientes en la procesión, y llevaban el gorro de la libertad especial que se les daba a los liberados.

Después iba el féretro, un sofá de marfil y oro cubierto con un paño mortuorio púrpura y dorado, debajo del cual estaba el cuerpo de Augusto, dentro de un ataúd. Encima había una efigie de cera ataviada con los ropajes triunfales. El féretro estaba acompañado de dos estatuas del *princeps*, una de oro y otra en la que aparecía montado en un carruaje triunfal. También se llevaban imágenes de sus ancestros y otras que representaban a las naciones que había añadido al Imperio y a romanos destacados del pasado. Curiosamente, Pompeyo el Grande estaba entre ellas, pero Julio César estaba excluido debido a su divinidad.

La familia, vestida de luto, caminaba detrás del féretro, entre ellos Julia Augusta. Todo el Senado estaba presente, así como también muchos *equites* y la Guardia Pretoriana. Todo el que era alguien asistió al funeral.

El cortejo se detuvo en el Foro, donde Tiberio y su hijo Druso, vestidos de gris, pronunciaron elogios. Después se retomó la procesión por la Porta Triumphalis, a través de la cual entraban en la ciudad las procesiones triunfales, hasta llegar al mausoleo de Augusto en el Campo de Marte, donde se iba a llevar a cabo el impresionante momento álgido de la ceremonia.

En los primeros tiempos de la República, los cadáveres romanos solían enterrarse, pero a finales del siglo I a.C. la mayoría de ellos se incineraba. El cuerpo de Augusto se colocó en una pira del *ustrinum*, o crematorio, junto al mausoleo. Cuando el féretro estuvo en su sitio, todos los sacerdotes de Roma dieron una vuelta a su alrededor, seguidos por los *equites*. Después,

los guardias pretorianos hicieron lo mismo y tiraron a la pira todos los adornos triunfales —muchos de los cuales tenían valiosas placas de oro y plata— que hubiesen recibido del *princeps* en reconocimiento por su valor.

Los centuriones encendieron la pira, y cuando las llamas se elevaron, se soltó un águila que voló hacia lo alto, como si llevase a los cielos el espíritu de Augusto. Un antiguo pretor, con ojo para las buenas oportunidades, juró solemnemente haber visto el espíritu del *princeps* en su viaje hacia lo alto. Julia Augusta recompensó su agudeza visual con la enorme suma de un millón de sestercios.

Se tiró perfume al fuego, además de otras cosas que le gustaban al fallecido: copas de aceite, ropas y platos de comida. A los fantasmas de los muertos, los *manes*, les gustaba beber sangre, que los reconstituía. La sangre quizá la pusieron los gladiadores, que solían ser contratados para luchar en los funerales. Las llamas iluminaban sus duelos.

Cuando el fuego se hubo consumido, se tiró vino sobre las brasas. Un sacerdote purificó a los asistentes de la presencia de la muerte rociándolos con agua con una rama de laurel o de olivo. Los dolientes fueron despedidos; cada uno de ellos decía «*Vale*» cuando se iba.

Finalmente, sólo quedó una persona junto a las cenizas: Julia Augusta, viuda y ahora también hija del *princeps* muerto. La anciana estuvo cinco días allí. Después, ayudada por *equites* importantes, que iban descalzos y llevaban túnicas sin cinturón, recogió los huesos de Augusto y los depositó en el mausoleo.

Hacia el futuro

Los temores de los que planeaban la transición de Augusto a Tiberio respecto a las legiones fronterizas y al difunto Agripa Póstumo no eran infundados. Cuando llegaron las noticias de la muerte del *princeps* estallaron sublevaciones en el Rin y en los Balcanes, que Germánico y Druso sofocaron con dificultades.

El asesinado Agripa Póstumo siguió siendo un nombre evocador. El misterioso esclavo Clemente, quien había intentado rescatarle de Planasia, vendió sus cenizas y se escondió en Etruria. Se parecía a Agripa y era más o menos de su misma edad, así que decidió hacerse pasar por él, y sus compañeros propagaron el rumor de que Agripa seguía vivo. Clemente no tardó en ser capturado y, después de una entrevista con Tiberio, lo hicieron desaparecer discretamente.

Esa extraña historia sólo tiene sentido si suponemos que la facción juliana seguía siendo popular entre el común de los romanos. Al parecer, Clemente estaba vinculado de alguna forma a agitadores políticos y disidentes.

Demostrando renuencia hacia el Senado, Tiberio asumió plenos poderes y autoridad. En términos generales, el nuevo emperador mantuvo las políticas de Augusto. Sin embargo, la «familia divina» era cada vez más disfuncional. Livia, o Julia Augusta como ahora se llamaba, se llevaba mal con su hijo desde que éste se había convertido en emperador. Aunque él admiraba la sagacidad de su madre, estaba molesto porque a ella se le atribuía el mérito de haberle hecho emperador.

En el año 15 d.C., Germánico cruzó el Rin con un ejército y visitó los lugares donde Varo había perdido sus legiones y su vida. Tácito aporta una descripción inolvidable de la sobrecogedora escena:

> Había huesos blanquecinos al aire libre, desparramados donde los hombres habían huido y amontonados donde habían resistido y luchado. Se veían fragmentos de lanzas y miembros de caballos, además de calaveras humanas atadas a los troncos de los árboles. Cerca de allí, en una arboleda, se encontraban los extraños altares en los que los germanos habían masacrado a los coroneles y a los altos comandantes romanos.[1]

Los romanos nunca volvieron a intentar extender su territorio más allá del Rin, y algunos historiadores excitables en los siglos XIX y XX han sostenido que debemos a la *Variana clades* la división milenaria de Europa en dos partes: una influida por Roma (Gran Bretaña y otros países de lengua romance) y la otra no (los pueblos teutónicos de Europa central y septentrional). Si Augusto se hubiese salido con la suya y hubiese ampliado la frontera del imperio hasta el Elba, la Historia no habría tenido a «Carlomagno, Luis XIV, Napoleón, el káiser Guillermo II ni a Hitler».[2]

Ese enfoque dual de la Historia europea se caracteriza por una excesiva simplificación de una historia complicada. La distancia entre el Rin y el Elba no es tanta como para haber provocado tan graves consecuencias. Tampoco debemos olvidar que la cultura romana extendió su influencia mucho más allá de los territorios del Imperio. La Iglesia Católica, la auténtica heredera de Roma, fue capaz de crear una Europa unificada que se extendía desde el Atlántico hasta los Urales, la cultura de la cristiandad.

Dicho eso, la masacre de Kalkriese marcó un punto decisivo en la Historia de Roma. Con pocas excepciones, como las efímeras conquistas del emperador Trajano en el siglo II d.C., el Imperio había alcanzado su extensión definitiva en la época de la muerte de Augusto. La capacidad militar y administrativa de Roma no le permitía gobernar un territorio más extenso.

A Germánico se le encargó una misión en Oriente, pero murió en el 19 d.C. a la edad de treinta y cuatro años. Se cree que fue envenenado; como de costumbre, se culpó a Livia. En el 23 d.C. falleció su contemporáneo Druso, el hijo de Tiberio. Pudo haber sido víctima del favorito intrigante del emperador Lucio Elio Sejano, pero es más probable que fuese debido a un brote epidémico que hubo en Roma ese año.

La mayor de las Julias no sobrevivió mucho a su rencoroso padre; murió en el año 14 d.C., en Rhegium. La muerte de Pós-

tumo alejó su última esperanza de que le permitieran volver. Según Tácito, Tiberio fue implacable y «la dejó morir lentamente de hambre, exiliada y deshonrada. Calculó que había estado tanto tiempo desterrada que su muerte pasaría inadvertida».[3]

La Julia más joven nunca abandonó su soleada isla y murió veinte años después de que su enfurecido abuelo la hubiese enviado allí. Su amante, Silano, tuvo más suerte. Se le permitió volver a Roma en el año 20 d.C.; Tiberio comentó burlonamente que estaba satisfecho de que Silano volviese de su «peregrinaje por tierras lejanas».[4]

Respecto a Ovidio, Tiberio y Livia hicieron oídos sordos a sus súplicas de indulto. Cultivó la amistad del joven Germánico, pero no sirvió de nada. En el 17 d.C., murió entre sus bárbaros de Tomis. Pidió ser enterrado cerca de su querida Roma, y es de esperar, aunque sin mucha confianza, que su último deseo fuese concedido.

En el 26 d.C., Tiberio abandonó Roma y se trasladó a Capri, frente a la bahía de Nápoles, donde pasó el resto de su reinado. Su madre era probablemente una de las razones de su segundo y definitivo autoexilio en una isla.

Livia murió en el 29 d.C., a la provecta edad de ochenta y seis años. Tiberio sólo vivió ocho años más, y murió viejo y solo en su refugio de la isla en el 37 d.C. Se dice que, durante los últimos años de su vida, se dedicó a elaborados actos de pedofilia.

Cayo, el hijo de Germánico apodado Calígula («Botitas») por sus tropas cuando era niño, consiguió vestirse de púrpura. Aunque era inteligente, Cayo tomó malas decisiones, y casi con toda seguridad padecía de alguna enfermedad mental grave. Según los rumores maliciosos, quería nombrar cónsul a su caballo favorito. Les jugaba bromas pesadas a sus guardias, quienes acabaron perdiendo el sentido del humor y lo asesinaron en el 41 d.C.

Claudio, el hijo cojo de Druso, siguió siendo ignorado. Vivía una vida tranquila y perezosa entre una mansión a las afueras de la ciudad y una casa de campo. Augusto le dejó la insultante suma de 4.000 sestercios en su testamento y Tiberio se negó a darle empleo. Pasaba su tiempo bebiendo, jugando con conocidos de los bajos fondos y escribiendo mucho. Publicó una autobiografía, una defensa de Cicerón y una historia autorizada de los etruscos.

Claudio estaba casi olvidado hasta que lo reclamó el emperador Calígula, quien lo trató como a un payaso sin sueldo.

Cuando Calígula fue asesinado, unos guardias pretorianos se encontraron a Claudio escondido detrás de una cortina en el palacio, lo llevaron a su campamento y lo aclamaron como Emperador. El Senado, nervioso, accedió. Para sorpresa general, Claudio resultó ser un buen emperador. Anexionó la isla de Britania al Imperio romano. A pesar de que Livia, que llevaba varios años muerta, había amargado su infancia, organizó generosamente su divinización.

Claudio tuvo mala suerte con sus esposas. La hermosa y caprichosa Mesalina compartía con la mayor de las Julias su gusto por las fiestas animadas en el Foro, en las que mezclaba el sexo con la política. Su cornudo marido la ejecutó a regañadientes. A Mesalina le siguió Agripina, la audaz hija de Germánico, que convenció a Claudio para adoptar a su hijo Nerón y, en el 54 d.C., asesinó al emperador glotón con un plato de setas deliciosas pero envenenadas (o quizá venenosas).

Mucho se discutió en Roma sobre las virtudes y vicios del difunto Augusto. Tácito lo resumió elegantemente:

> La gente inteligente lo elogiaba o criticaba. Una de las opiniones era que el deber filial y una emergencia nacional en la que no había sitio para una conducta respetuosa con la ley le habían empujado a la guerra civil, y eso no podía iniciarse ni mantenerse con métodos honrados. Había hecho muchas concesiones a Antonio y a Lépido para vengarse de los asesinos de su padre. Cuando Lépido envejeció y se volvió perezoso y la autoindulgencia de Antonio acabó con él, la única cura posible para el país confuso había sido el gobierno de un solo hombre. Sin embargo, Augusto había devuelto el orden al Estado sin proclamarse rey o dictador, sino creando el Principado. Las fronteras del Imperio estaban en el océano o en ríos lejanos. Todo el sistema estaba interrelacionado: los ejércitos, las provincias y las flotas. Los ciudadanos romanos estaban protegidos por la ley y a los de las provincias se los trataba decentemente. La misma Roma había sido embellecida espléndidamente. La fuerza se había utilizado en contadas ocasiones, y sólo con el fin de preservar la paz para la mayoría.[5]

Según una segunda opinión contraria, «el deber filial y la crisis nacional habían sido sólo pretextos. De hecho, la motiva-

ción de Octaviano, el futuro Augusto, era el ansia de poder... Era cierto que había reinado la paz, pero había sido una paz manchada de sangre, de desastres y asesinatos».[6]

A lo largo de los siglos, las opiniones han oscilado entre esos dos extremos. Sin embargo, los opuestos no tienen por qué excluirse mutuamente, y no estamos obligados a escoger entre uno y otro. La historia de su carrera revela que Augusto era realmente despiadado, cruel y ambicioso, pero eso era sólo en parte un rasgo característico de él, porque a los romanos de clase alta se los educaba para competir y sobresalir. No obstante, Augusto combinó una preocupación por sus intereses personales con un arraigado patriotismo, basado en una visión nostálgica de las antiguas virtudes romanas. Como *princeps*, el egoísmo y el altruismo se anulaban en su mente.

Mientras luchaba por el dominio prestó poca atención a la legalidad o al protocolo normal de la vida política. Era taimado, poco fiable y sanguinario. Sin embargo, cuando hubo establecido su autoridad, gobernó competentemente y con justicia, respetó en general la libertad de expresión y promovió el estado de derecho. Era muy trabajador, e intentó tratar a sus colegas del Senado con tanto respeto y sensibilidad como cualquier demócrata parlamentario. No tenía ilusiones de grandeza.

Augusto no tenía el carisma de su padre adoptivo, Julio César, pero poseía una valiosa cualidad que César no tuvo: la paciencia. Tenía el sentido común práctico de un caballero rural italiano, porque ése era su origen. Afrontaba las urgencias con lentitud, buscando soluciones permanentes en lugar de respuestas fáciles. No se deleitaba con el poder, más bien intentaba entenderlo.

Una anécdota de Plutarco resume cómo enfocaba Augusto sus responsabilidades. Al oír que Alejandro Magno estuvo confuso sobre qué hacer después de sus vastas conquistas, el *princeps* comentó: «Me sorprende que el rey no se diese cuenta de que es mucho más fácil ganar un imperio que ponerlo en orden después de haberlo ganado».[7] Quizá el aspecto más instructivo de la manera de hacer política de Augusto era su doble reconocimiento de que, a largo plazo, el poder era insostenible sin el consenso y que éste se conseguía más fácilmente asociando el cambio político radical con una ideología tradicional y moralizante.

¿Y qué hay del hombre? Su imagen pública, la calma imperturbable y la eterna juventud de las estatuas no revela nada.

Como expresó Tennyson: «deficientemente impecable, fríamente normal, espléndidamente insignificante». Por suerte, algunas de las fuentes antiguas, sobre todo Suetonio, desnudan al *princeps* como alguien que amaba a su hermana y que estuvo casado cincuenta años con una mujer estéril. No estaba muy interesado en las apariencias, era buen amigo de sus amigos y tenía un modesto sentido del humor y un criterio sensato. Es imposible no cogerle simpatía al anciano que adoraba a su «burrito» Cayo y sentir la intensidad de su tragedia cuando, de varias formas, sus parientes más cercanos le dieron la espalda; todos, menos Livia.

El contraste entre el esplendor del ceremonial de Estado y del centro monumental restaurado de Roma y la austeridad de su estilo de vida era, por supuesto, una política deliberada, que magnificaba a Roma a la vez que intentaba contrarrestar la decadencia individual. Parecía, sin embargo, que la sencillez de sus costumbres era genuina.

Por supuesto, la personalidad de Augusto tenía dos caras, que parecían mirar, como Jano, en direcciones opuestas: el padre de familia afectuoso también era un lascivo inveterado; el romano de vida sencilla se hacía construir villas de vacaciones secretas; su lealtad a los amigos le impedía ver sus excesos e incluso sus delitos; el padre amante con altas expectativas a veces se comportaba como un matón exigente que insistía en que las cosas se hiciesen a su modo; el culto mecenas de las artes podía ser un asesino despiadado si se enfadaba por la política.

Se tiene la impresión, por encima de todo, de que la supresión de los sentimientos humanos normales que exigía la vida pública del *princeps* magnificó el afecto por sus parientes más cercanos y amigos íntimos. Esa lucha interna pudo haber avivado la furia con que reaccionaba ante las traiciones a su confianza.

Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, el balance general es positivo. En general, Augusto vivió en privado según los valores de su tiempo y, aunque la figura pública hizo cosas terribles, solían ser para el bien común.

Se dice que Augusto fue simplemente el último de una línea de monarcas rebeldes que acabaron con la República durante el siglo I a.C. Como un surfista, montó sobre una ola de cambios que ya estaban en movimiento.

Hay algo de verdad en eso. Si la campaña de Actium hubiese tenido otro resultado, la tendencia hacia la autocracia quizá hubiese seguido imperturbable. Sin embargo, ¿hubiese sido capaz de erigir un edificio tan duradero el descuidado y descentrado Antonio? Es poco probable.

En una ocasión, Augusto escribió en un edicto: «Ojalá pueda lograr la recompensa que quiero [...] llevarme conmigo cuando muera: la esperanza de que esos cimientos que he fundado para el Estado sigan firmes». Las Parcas le obedecieron. De todos los emperadores romanos, Augusto fue el que más tiempo reinó, y sus obras perduraron, con algunas modificaciones, durante muchas generaciones. Todos sus sucesores se hicieron llamar Augusto y lo ponían como ejemplo, aunque de hecho actuasen de forma muy diferente. Las instituciones del Estado siguieron evolucionando de maneras que él no predijo, pero en lo principal siguieron la línea que él había marcado.

Tan importante como el establecimiento de una autocracia consensual era su política sobre las provincias. Agripa y él viajaron durante años por el Imperio. Disciplinaron, y en ocasiones eliminaron completamente, la rapacidad de los procónsules imperiales, fomentaron la urbanización y el estilo de vida romano y concedieron la ciudadanía a muchos miles de provincianos de todas partes del Imperio.

Eso tuvo una consecuencia enormemente importante: generó lealtad y gratitud hacia Roma. Hizo sentir a la gente que no eran víctimas del Imperio, sino partes interesadas. Eran miembros de una mancomunidad imperial. Fue esa conciencia común la que ayudó a unir a Europa y a los territorios de la cuenca mediterránea durante más de quinientos años.

¿Cuantos estadistas de los últimos dos mil años pueden reivindicar un logro tan duradero?

Notas

Abreviaturas

Esquilo, *Prometeo Encadenado*	Esq *Prom*
Apiano, *Historia de las Guerras Civiles*	Api
Augusto, *Res Gestae*	*Res Gest*
Aulo Gelio, *Noches áticas*	Aul Gel
Anthony A. Barrett, *Livia*	Barrett
Julio César, *Comentarios a la Guerra Civil*	Ces *Civ*
Cambridge Ancient History, Vol. 10	*CAH*
Cambridge Ancient History 1923-1939, Vol. 10	*Ant CAH*
Jerôme Carcopino, *Vida cotidiana en Roma*	Carcopino
J. M. Carter, *The Battle of Actium*	Carter
E. B. Castle, *Ancient Education and Today*	Castle
Dión Casio, *Historia Romana*	Dión
Celso, *De Medicina*	Celso
Cicerón, *Cartas a Ático*	Cic *Ati*
Cicerón, *Cartas a Bruto*	Cic *Brut*
Cicerón, *Cartas a sus amigos (y familiares)*	Cic *Ami*
Cicerón, *Sobre el orador*	Cic *Ora*
Cicerón, *Filípicas*	Cic *Fil*
P. Connolly y H. Dodge, *The Ancient City, Life in Classical Athens and Rome*	Con Dod
Corpus Inscriptionum Latinarum	*CIL*
Estrabón, *Geografía*	Estr
Florence Dupont, *Daily life in Ancient Rome*	Dupont
Floro, *Epítome de Historia Romana*	Floro
J. F. C. Fuller, *Batallas decisivas del mundo occidental*	Fuller
Michael Grant, *Cleopatra*	Grant *Cleo*
Michael Grant, *Gladiators: The Bloody Truth*	Grant *Glad*
Peter Green, *From Alexander to Actium*	Green
Peter Green, trad., *Ovid: The Erotic Poems*	Green *Erot*
Homero, *La Ilíada*	Hom *Il*

Homero, *La Odisea*	Hom *Od*
Anton van Hoof, *Autothanasia to Suicide: Self-killing in Classical Antiquity*	Van Hoof
Horacio, *Centennial Hymn*	Hor *Cent*
Horacio, *Epístolas*	Hor *Ep*
Horacio, *Odas*	Hor *Od*
Horacio, *Sátiras*	Hor *Sat*
Inscriptiones Latinae Selectae, ed. H. Dessau	*ILS*
Ralph Jackson, *Doctors and Diseases in the Roman Empire*	Jackson
Josefo, *Antigüedades*	Jos *Ant*
Barbara Levick, *Tiberio the Politician*	Levick
Livio, *Periochae*	Liv *Per*
Livio, *Prefacio*	Liv *Pre*
Macrobio, *Saturnalia*	Macr
Marcial, *Epigramas*	Marc
Fik Meijer, *The Gladiators*	Meijer
Menandro, *El doble engaño*	Men *Dob*
Nicolás Damasceno, *Biografía de Augusto*	Nic *Aug*
Ovidio, *Amores*	Ovid *Am*
Ovidio, *Arte de Amar*	Ovid *Art*
Ovidio, *Pónticas*	Ovid *Pont*
Ovidio, *Tristes*	Ovid *Trist*
Plinio, *Historia Natural*	Plinio
Plutarco, *Bruto*	Plut *Brut*
Plutarco, *Alejandro-César*	Plut *Ces*
Plutarco, *Paulo Emilio*	Plut *Pau*
Plutarco, *Demetrio-Antonio*	Plut *Dem*
Plutarco, *Catón el Viejo*	Plut *Cat Vie*
Plutarco, *Catón el Joven*	Plut *Cat Jov*
Plutarco, *Cicerón*	Plut *Cic*
Plutarco, *Marco Antonio*	Plut *Ant*
Plutarco, *Máximas de reyes y generales*	Plut *Max*
Plutarco, *Pompeyo el Grande*	Plut *Pomp*
Plutarco, *Tiberio-Cayo Graco*	Plut *Tib*
A. Powell y K. Welch, ed., *Sextus Pompeius*	Pow Welch
Propercio, *Carmina*	Prop
Quintiliano, *Institución Oratoria*	Quint *Inst*
Salustio, *La conjuración de Catilina*	Sal *Con*
Séneca el Viejo, *Controversias 10 Prefacio*	Sen *Cont*
Séneca el Viejo, *Suasorias*	Sen *Suas*
Séneca el Joven, *Epístolas*	Sen *Ep*
Séneca el Joven, *Sobre la Clemencia*	Sen *Clem*
Servio, *Comentario de la Eneida*	Ser *Com*
John E. Stambaugh, *The Ancient Roman City*	Stam

Suetonio, *Vida de Augusto*	Suet *Aug*
Suetonio, *Vida de Julio César*	Suet *Ces*
Suetonio, *Vida de Claudio*	Suet *Clau*
Suetonio, *Sobre Hombres Famosos*	Suet *Sob*
Suetonio, *Vida de Cayo*	Suet *Cayo*
Suetonio, *Vida de Galba*	Suet *Gal*
Suetonio, *Vida de Nerón*	Suet *Ner*
Suetonio, *Vida de Tiberio*	Suet *Tib*
Ronald Syme, *La Revolución Romana*	Syme *RR*
Ronald Syme, *The Augustan Aristocracy*	Syme *AA*
Tácito, *Anales*	Tac *Ana*
Tácito, *Diálogo sobre los oradores*	Tac *Dial*
Valerio Máximo, *Hechos y Dichos memorables*	Val Max
Varrón, *Res Rusticae*	Varr
Veleyo Patérculo, *Historia Romana*	Vel
Virgilio, *La Eneida*	Virg *Ene*
Virgilio, *Églogas*	Virg *Eglo*
Virgilio, *Geórgicas*	Virg *Geo*

Prefacio

1. Dión, 53, 19, 3.

Introducción

La introducción es un relato ficticio de la muerte de Augusto. Tomo como premisa la proposición de que, a veces, las historias extraordinarias que cuentan las fuentes antiguas son correctas en términos generales e intentan aportar una explicación lo más satisfactoria posible. Mi suposición principal es que el régimen estaba decidido, correcta y abrumadoramente, a efectuar una transición lo más suave posible de Augusto a su sucesor. No dejo de insinuar que la obsesión del régimen por mantener el poder estaba acompañada por un patriotismo sombrío y encauzado y la voluntad de sacrificar intereses personales. Aunque las historias plantean problemas e inverosimilitudes, me parece interesante el hecho de que la explicación que ofrezco sea bastante plausible. Lo cierto es que bien pudo haber sucedido así. He consultado la *Vida de Augusto* de Suetonio, especialmente los capítulos 97 al 100; Tácito I, 5, 6; Dión 56, 29-30; y Veleyo 2, 102, 123.

1. Suet *Tib*, 21, 2.

Capítulo 1

Las principales fuentes antiguas para este capítulo son Suetonio y Nicolás Damasceno. Las historias sobre la infancia de hombres famosos de los escritores clásicos son poco fidedignas, y la de Augusto no es una excepción. Los niños eran de poco interés para los adultos romanos, y sus actividades raramente se registraban. Así pues, los historiadores inventaban infancias ficticias apropiadas a la vida adulta de sus sujetos de estudio y a sus necesidades propagandísticas. He intentado eliminar material claramente apócrifo, al que acudo de nuevo al tratar el período en el que probablemente se escribió. Nicolás Damasceno conoció a Augusto, quien pudo ser la fuente de los acontecimientos ordinarios de sus primeros años de vida.

1. Suet *Aug,* 4, 2.
2. *Ibid.,* 2, 3.
3. Esta historia, contada con todo detalle en Dión 45, I, podría ser una invención posterior de historiadores y biógrafos, con el objetivo de inventar una infancia interesante apropiada para Augusto.
4. *Ibid.,* 6.
5. Varr, I, 17.
6. Suet *Aug,* 7, 1.
7. *Ibid.,* 3, 2.
8. Este párrafo está basado en Jackson, especialmente en las pp. 37, 42-43, 46.
9. Nic *Aug,* 3.
10. *Ibid.*
11. Cic *Ora,* 3, 137.
12. Castle, p. 129.
13. Quint *Inst,* 12, I.
14. Suet *Cayo,* 23, I.
15. Syme *AA,* p. 44.
16. Aul Gel, 16, 1-4.
17. Plinio, 7, 45.

Capítulo 2

La mayoría de las características personales de Julio César, Pompeyo, Craso, Catón y Marco Antonio provienen de las crónicas de Plutarco y Suetonio. Una vez más, Nicolás Damasceno ha resultado útil. La historia de la guerra civil de César es fidedigna, aunque sirve a sus intereses.

1. Vel, 2, 3, 3.
2. Suet *Ces,* 45, 3.

3. Plut *Cat Jov,* 1, 2.
4. *Ibid.,* 19, 4.
5. Suet *Ces,* 53.
6. Plut *Ant,* 2, 5.
7. Api, 5, 8.
8. Plut *Ant,* 4, 3.
9. Nic *Aug,* 4.
10. Plut *Pomp,* 60, 4.
11. Cic *Ati,* 174c (9, 7c).
12. Suet *Ces,* 36.

Capítulo 3

Nicolás Damasceno sigue siendo una fuente válida para anécdotas sobre Cayo. Las *Vidas de César* de Plutarco y Suetonio arrojan luz sobre las actividades de César, así como también Apiano y los comentarios sobre las guerras de Alejandría y África escritos por partidarios de César. La biografía de Catón de Plutarco relata su suicidio. Tanto en éste como en otros capítulos estoy en deuda con *Cleopatra,* de Michael Grant.

1. Dión, 45, 2, 5-6.
2. Suet *Aug,* 79, 2.
3. Nic *Aug,* 4.
4. *Ibid.*
5. Hor *Ep,* I, 1, 21-22.
6. Para más información sobre Alejandro, véase Peter Green, *Alexander of Macedon,* Londres, 1974. Sobre sus sucesores, véase *Alexander to Actium,* Londres, 1990, del mismo autor.
7. Plut *Ces,* 49, 2.
8. Plut *Ant,* 27, 2-3.
9. Plut *Ant,* 27, 3-4.
10. Api 2, 90. Algunos historiadores modernos descartan que ese paseo llegase a producirse, basándose principalmente en que César no hubiese sido tan irresponsable. Sin embargo, uno de los rasgos de su carácter era su arrogante despreocupación. Además, Apiano afirma aportar más detalles (que desafortunadamente no se han conservado) de esta aventura de su periplo egipcio, por lo cual es razonable presumir que se hubiese dado fe.
11. Nic *Aug,* 4.
12. *Ibid.,* 6.
13. Ces *Civ,* 6, 1. Una actitud ante el suicidio muy diferente de la nuestra. Esta sección está basada en Van Hoof.
14. Dión, 43, 15, 2.
15. Suet *Ces,* 77.

Capítulo 4

Apiano y Dión aportan la narrativa histórica básica, y Nicolás Damasceno, Plutarco y Suetonio el ambiente y las anécdotas.

1. Plut *Pau* 32-35. Algunos detalles están tomados de la descripción de Plutarco del Triunfo de Paulo Emilio.
2. Grant *Glad.* Está sección está basada en *Gladiators,* de Carcopino y Grant.
3. Nic *Aug,* 8.
4. Nic *Aug,* 10.
5. Plut *Ces,* 56, 3.
6. Nic *Aug,* 11.
7. Vel, 2, 74, 2.
8. Nic *Aug,* 15. Es probable que Octaviano viviese con él: cuando Nicolás Damasceno afirma que le pidió permiso para ir a casa a ver a su madre, a lo que César accedió, no informa sobre dónde se encontraba Octaviano en ese momento. Tendría más sentido si hubiese estado en Labici que en pleno viaje hacia Italia, ya que, ¿por qué iba a pedir permiso para ir al destino evidente de su viaje?
9. Celso, I, 1, 1. Vale la pena señalar que, de adulto, Octaviano fue abstemio, un hábito que bien pudo haber adquirido durante su juventud.

Capítulo 5

Nicolás Damasceno aporta mucha información sobre la estancia de Octaviano en Apolonia y su regreso a Italia. Él, Plutarco y Suetonio proporcionan informes sobre los Idus de Marzo.

1. Cic *Fil,* 11, 26.
2. Nic *Aug,* 16.
3. Al comparar Api, 3, 9/10 y Nic *Aug,* 16, se deduce que Atia le escribió una carta informándole de lo ocurrido, y poco después ella y Filipo le escribieron una segunda, aunque las referencias podrían ser de la misma carta.
4. Plut *Ant,* 13, 1.
5. Suet *Ces,* 82, 1.
6. Nic *Aug,* 18.
7. Cic *Ati,* 366 (14, 12).
8. Stothers, R., «Cloudy and clear stratospheres before AD 1000 inferred from written sources», *J. Geophysical Research,* vol. 107, n.º D23, 4718, doi: 10.1029/2002JD 002105, 2002.
9. Virg *Geo,* I, 365.
10. Plinio, 2, 27, 98.

11. Cic *Fil,* 13, 11, 25.
12. Api, 3, 28.
13. Cic *Ati,* 388, 15, 10.
14. *Ibid.,* 390, 15, 12.
15. Plinio, 2, 23, 93-94. Octaviano escribió su autobiografía, que no se ha conservado, en el 25 a.C. La discusión sobre los *ludi* se debe a J. Ramsey y A. Lewis Licht, *The Comet of 44 B.C. and Caesar's Funeral Games,* Atlanta, 1997, pp. 236 en adelante.
16. Este párrafo y los siguientes, incluyendo las citas, provienen de Api, 3, 39.

Capítulo 6

Las mejores fuentes son los discursos de Apiano y Cicerón contra Antonio, las *Filípicas.* Dión también aporta información.

1. Api, 3, 43.
2. Cic *Ati,* 420 (16, 11).
3. Cic *Fil,* 3, 8, 20.
4. Macr, 2, 13, 12.
5. Cic *Ati,* 14, 12.
6. *Ibid.,* 3, 2, 3.
7. *Ibid.,* 5, 16, 43.
8. *Ibid.,* 18, 51.
9. Cic *Ami,* 401, 11, 20 y Vel 2, 62, 6.
10. Api, 3, 64.
11. Mi descripción intenta reconciliar ciertas contradicciones entre las fuentes: Api 3, 66-72, Cic *Ami* 378, 10, 30 y Dión 37-38.
12. Api, 3, 70.
13. Suet *Aug,* 10, 4.
14. *Ibid.,* 10, 4.
15. Cic *Brut,* 12, 2, 1, 62.
16. Api, 3, 73.
17. *Ibid.,* 3, 80.
18. Cic *Ami,* 384, 10, 14.
19. Api, 3, 92.
20. Es probable que esa historia hubiese sido inventada por propagandistas de Octaviano. Sin embargo, es poco probable que se hubiesen inventado una anécdota apócrifa durante un acontecimiento público, lo cual, de no ser cierto, podía ser desmentido por miles de romanos.

Apiano proporciona un relato pormenorizado, y Dión también aporta información. Plutarco y Suetonio evocan el impacto de Filipos en la gente. En cuanto a la discusión de Sexto Pompeyo, estoy en deuda con la obra *Sextus Pompeius,* editada por Anton Powell y Kathryn Welch.

1. Suet *Aug,* 27, 1.
2. Plut *Ant,* 5, 1.
3. Api, 4, 13.
4. *Ibid.,* 4, 30.
5. *CIL,* 6:1.1527 y 6:4, 3.3705, 3.
6. *Ibid.,* 2.ª Un año después, o sea, después de la batalla de Filipos.
7. *CIL,* 11.
8. Suet *Aug,* 70, 2.
9. Api, 5, 133. Para más información sobre la edad de Sexto, véase Pow Welch, 105-106.
10. Citado de una obra no identificada en Api, 2, 85.
11. Api, 4, 83.
12. Api, 4, 36.
13. Vel, 2, 62, 3.
14. Plinio, 7, 45, 148.
15. Dión, 47, 37.
16. Api, 4, 112.
17. *Ibid.*
18. Val Max, 1, 7, 1.
19. Plinio, 7, 148.
20. Api, 4, 115-116.
21. Api, 4, 123.
22. Api, 4, 128.
23. Dión, 47, 49, 42.
24. Plut *Brut,* 52, 3.
25. Plut *Brut,* 29, 3.
26. Sue *Aug,* 13, 2.
27. Ahenobarbo corresponde al personaje Enobarbo, de la obra *Antonio y Cleopatra,* de William Shakespeare.
28. Hor *Od,* 2, 7. Algunos han afirmado que abandonar el escudo en un campo de batalla es un recurso literario manido. Es posible, pero debió de haber sucedido algunas veces. No hay razón alguna para poner en duda al poeta, que a menudo recurrió a su propia biografía.

Capítulo 8

Apiano y Dión son las fuentes principales. La biografía de Marco Antonio por Plutarco también es importante, sobre todo por su famoso relato del encuentro de Antonio y Cleopatra en Tarso.

1. Api, 5, 12.
2. Dión, 48, 8.
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*, 48, 9.
5. Api, 5, 18.
6. Plut *Pomp,* 26, 4.
7. Plut *Ant,* 24, 4.
8. Sen *Suas,* 1, 7.
9. Plut *Ant,* 26, 1-2.
10. *Ibid.*, 26, 3.
11. Plut *Ant,* 27, 1.
12. Dión, 48, 27, 2.
13. Dión, 48, 10, 4.
14. Suet *Aug,* 14.
15. CIL, II 2.1 1901.
16. Suet *Aug,* 15.
17. Prop, 1, 22, 3-4.
18. Marc, 11, 20.
19. Suet *Aug,* 68-70.
20. Suet *Aug,* 68.
21. Api, 5, 59.
22. Plut *Ant,* 31, 1.
23. Dión, 48, 30, 1.
24. *Ibid.*, 5, 65.

Capítulo 9

Apiano y Dión son las fuentes principales, con información adicional de Suetonio. La biografía de Antonio por Plutarco describe detalladamente el encuentro en Misenum. Dos églogas de Virgilio y pasajes de las *Geórgicas* arrojan luz sobre el escenario político.

1. Suet *Sob,* «Vita Vergili», 8-11.
2. Virg *Eglo,* 4, 7-10.
3. Macr, 2, 4, 21. A punto de dejar la política. Es posible que el poema fuese escrito un año antes, el 41 a.C., antes del Consulado de Polio, el 40 a.C.
4. Api, 5, 68.
5. Plut *Ant,* 32, 3.

6. *Ibid.*, 32, 4-5.
7. Sen *Ep,* 8, 70.
8. Suet *Aug,* 62, 2.
9. Sen *Ep,* 1, 9.
10. Suet *Tib,* 14, 2; Plinio 10, 75, 154-155.
11. Suet *Tib,* 6, 2.
12. Dión, 48, 44, 3.
13. Suet *Clau,* 1, 1.
14. Mi relato de la boda de Livia está basado en las descripciones de las ceremonias nupciales romanas de Carcopino, pp. 87-88 y Smith, p. 252.
15. Suet *Gal,* 1. La casa fue conocida como «Las Gallinas Blancas» *(Ad Gallinas Albas).* La villa fue redescubierta en Prima Porta, a las afueras de Roma, en el siglo diecinueve. Se conservan numerosas ruinas, aunque no están abiertas al público. Véase «La villa di Livia a Prima Porta», *Lavori e studi di archeologia, pubblicati dalla soprintendenza archeologica di Roma,* Messineo y Carmelo Calci, ed., Roma, 1984.

Capítulo 10

Este capítulo está basado principalmente en la sagaz crónica militar de Apiano sobre la guerra siciliana, que se encuentra en el quinto libro de sus *Guerras Civiles,* con aportaciones de Dión y anécdotas de Suetonio.

1. Nic *Aug,* 26, 96.
2. Api, 5, 88.
3. Hom *Od,* 12, 86.
4. Estr, 5, 4, 5.
5. Plut *Ant,* 35.
6. Hor *Ep,* 1, 4, 15-16.
7. Hor *Ep,* 1, 20.
8. Suet *Sob,* «Vida de Horacio». Horacio escribió un alegre poema sobre el viaje; el párrafo está basado en *Sat,* 1, 5.
9. Cic *Fil,* 12, 3, 7.
10. Hor *Sat,* 1, 5, 49.
11. *Ibid.,* 1, 5, 82-85.
12. Suet *Aug,* 16, 2.
13. *Ibid.,* 70, 2.
14. Api, 5, 109.
15. Plinio, 7, 147-149.
16. Dión, 49, 5, 4.
17. Suet *Aug,* 16, 2.
18. Vel, 2, 80, 3.

19 Api, 5, 125.
20 Api, 5, 125.
21 Api, 5, 144.

Capítulo 11

Las fuentes son Apiano y Dión, complementadas con la biografía de Marco Antonio de Plutarco, que cubre con todo detalle la expedición parta.

1. Sobre la *tribunicia sacrotanctitas,* las fuentes son confusas. Apiano afirma, erróneamente, que Octaviano se convirtió en Tribuno vitalicio, mientras que Dión sólo escribe *sacrosanctitas.* Dión proporciona dos fechas diferentes en las que se le concedieron a Octaviano plenos poderes tribunicios o *potestas,* el año 30 y el 23 a.C. Quizá no aceptó la propuesta la primera vez, o puede que sólo algunos poderes. La primera vez que usó la *potestas* fue en el 23 a.C.
2. Dión, 49, 21, 1.
3. Cuando Plut *Ant,* 36 escribe que hay «un profundo resentimiento entre los romanos», refleja casi con toda seguridad la propaganda posterior acerca de la influencia maligna de Cleopatra sobre Antonio.
4. Plut *Cat Vie,* 17, 7.
5. Hor Sat, 1, 2, 116f.
6. Suet *Sob,* III, «Vida de Horacio».
7. Suet *Ces,* 52, 3.
8. Floro, 2, 20, 10.
9. Plut *Ant,* 43, 1.
10. *Ibid.,* 54, 2.

Capítulo 12

Las historias de Dión y Apiano de las guerras de Iliria cubren las campañas de Augusto. Dión y la biografía de Plutarco de Marco Antonio describen las Donaciones de Alejandría. Estrabón aporta información topográfica.

1. Dión, 49, 36, 3.
2. Suet *Aug,* 20.
3. Floro, 2, 23. Floro (*c.*70 d.C.-*c.*140 d.C.) escribió una historia de Roma basada en la de Livio.
4. Dión, 49, 36, 1. Al cabo de un par de años de que Armenia fuese declarada provincia romana, la situación política se había invertido, y tanto Armenia como Media volvieron al redil parto.

5. Grant *Cleo*, p. 169.
6. Dión, 50, 5, 4.
7. Extracto del poema «Reyes Alejandrinos» de Constantino Cavafis. Traducción del griego de Miguel Castillo Didier.

Capítulo 13

La información sobre la ciudad de Roma proviene de Stambaugh, Dupont, Connolly y Dodge. Dión y la biografía de Marco Antonio de Plutarco, con información adicional de Suetonio, son las fuentes principales.

1. Los cimientos y tres agujeros para los postes, descubiertos en las excavaciones de esa parte de la colina Palatina llevadas a cabo en 1907, están datados en el siglo VIII a.C., en la época de la legendaria fundación de la ciudad.
2. Para más información sobre las tareas de un edil, véase Dión, 49, 42, 2-43-45.
3. Suet *Aug*, 17, 1. En lo que respecta a la segunda legislatura del Triunvirato, se pone en cuestión la duración de la misma. Apiano afirma que el Triunvirato debía expirar a finales del 32 a.C. Sin embargo, algunos afirman que eso implicaría una ruptura no justificada de un año a finales del 37 a.C. Augusto declara en *Res Gestae* que fue triunviro durante diez años sin interrupción. Pensándolo bien, finales del 33 a.C. parece la fecha más plausible.
4. Suet *Aug*, 86, 3.
5. Suet *Aug*, 69, 2. Estoy de acuerdo con la opinión de Michael Grant de que «*uxor mea est*» es una pregunta (¿Acaso es mi mujer?) y no una afirmación (Es mi mujer). Véase M. Grant, *Cleopatra*, Londres, 1972, pp. 185-186. Algunos estudiosos creen que en el año 37 o quizá en el 33 Antonio accedió a convertirse en el Príncipe Consorte de Cleopatra. Como afirmo en la p. 171, eso es muy improbable.
6. Plut *Ant*, 55, 2.
7. Dión, 49, 41, 4.
8. *Ibid.*, 50, 5-6.
9. *Ibid.*, 50, 2, 6.

Capítulo 14

Dión y la biografía de Marco Antonio de Plutarco son las fuentes principales. Carter aporta la crónica moderna más fidedigna sobre Actium.

1. Jos *Ant*, 15 [6, 6], 191.

2. La cronología es incierta. Yo sigo a Syme *RR*, pp. 284 en adelante.

3. *Res Gest*, 25.

4. Algunos afirman, como Grant *Cleo* p. 193, que Antonio no sería tan estúpido como para haber hecho eso, y que el documento era una falsificación. Yo no estoy de acuerdo. ¿Era estúpido Julio César cuando hizo lo mismo antes de su planeada partida hacia el este? Se suponía que, en general, la gente respetaba las reglas y no cometía sacrilegio.

5. Plut *Ant*, 58, 4.

6. Mi enfoque de la batalla de Actium está basado en el relato magistral de John M. Carter, *The Battle of Actium*, Londres, 1970. Los escritores antiguos suelen describir lo sucedido con bastante precisión, pero sin entender las razones, y omiten incidentes importantes que han de deducirse. Sin embargo, el esbozo de la batalla es bastante claro.

7. Vel, 2, 86, 4.

8. Plut *Ant*, 62, 3.

9. *Ibid.*, 62, 1.

10. *Ibid.*, 63, 2-3.

11. *Ibid.*, 66, 2.

Capítulo 15

La biografía de Marco Antonio de Plutarco es la fuente principal para los últimos días de Antonio y Cleopatra, con información adicional de Dión. *From Alexander to Actium*, de Peter Green, aporta información sobre la cultura helenística y el Egipto ptolemaico.

1. Plut *Ant*, 69, 1.

2. Vel, 2, 88, 1.

3. Dión, 51, 6.

4. Ese sello fue posteriormente reemplazado por otro con la efigie de Alejandro Magno. Su último anillo de sello mostraba la cara de Augusto y fue utilizado por sus sucesores.

5. Se han propuesto tres años para el nacimiento de Antonio: 86, 83 y 81. Este último es el más aceptado entre los estudiosos modernos.

6. Plus *Ant*, 71, 3.

7. *Ibid.*, 75, 1.

8. *Ibid.*, 75, 3-4.

9. *Ibid.*, 77, 3.

10. Estr, 17, 1, 13.

11. Ernle Bradford, *Cleopatra*, London, 1971, p. 49.

12. Plut *Ant*, 83, 1.

13. *Ibid.*, 84, 1.
14. *Ibid.*, 86, 1.
15. *Ibid.*, 85, 3-4.
16. Dión, 51, 14, 1. Para consultar un interesante artículo en el *Sunday Times Magazine* sobre mordeduras de áspid, véase http://www.timesonline.co.uk/article/0..2099-1362193.00.html.
17. Para más información sobre esa teoría, véase W. R. Johnson, *Arion*, Boston University, 1967, p. 393, n. 16.
18. Suet *Aug*, 71, 1.
19. Suet *Aug*, 18, 2.
20. Green, p. 667, n. 151.
21. Ovid *Trist*, 2, 446.
22. Suet *Aug*, 66, 2.
23. Plinio, 7, 184.
24. L. A. Holland, *Janus and the Bridge*, American Academy in Rome, 1961.

Capítulo 16

La calidad de las fuentes literarias antiguas disminuye bruscamente a partir de aquí, y muchos episodios sólo se conocen en términos generales y parciales. En ocasiones pasan años sin que haya constancia de incidentes. La información para este capítulo proviene de Suetonio, Veleyo Patérculo y especialmente Dión Casio. A veces, los archivos arqueológicos han sido de considerable ayuda. La descripción de la colina Palatina proviene de la guía oficial *The Palatine* (Milán, 1998).

1. *Res Gestae*, 1, 3.
2. Hor *Od*, 1, 37, 6-12.
3. Virg *Ene*, 8, 678-681.
4. Dión, 45, 1, 2-5.
5. Plut *Cic*, 44, 3.
6. Vel, 2, 93, 2.
7. Syme, *RR*, p. 369.
8. Plinio, 7, 57.
9. Plinio, 35, 26.
10. *Ibid.*, 35, 26 y 34, 62.
11. Vel, 2, 88, 2.
12. Dión, 55, 7, 6.
13. Macr, 2, 4.
14. Vel, 2, 79, 1.
15. Suet, *Aug* 35, 1-2.
16. Dión, 53, 4, 3-4. Ha habido mucho debate entre los estudiosos sobre la índole de los poderes de Octaviano. Algunos afirman

que eran proconsulares (como el gobierno de Pompeyo en España durante los 50), y otros que su *imperium* como cónsul era suficiente. Esta última posibilidad entraña la dificultad de que el *imperium* de un cónsul duraba solamente un año. Aunque Octaviano había adquirido la costumbre de asumir cada año el consulado, eso no podía garantizarle autoridad sobre su *provincia* durante una década.

17. *Res Gest,* 34.
18. *Ibid.*
19. *Ibid.*

Capítulo 17

Dión es la fuente principal, con contribuciones de Suetonio y Virgilio.

1. ...muere joven. Men *Dob* fragmento 25.
2. Suet *Aug,* 92, 1.
3. *Ibid.,* 29, 3.
4. Dión, 53, 25, 7.
5. Tac *Ana,* 3, 34. Druso, nieto de Livia, afirmó eso en el 21 d.C.
6. Para más información sobre los intereses de Livia, véase Barrett, capítulo 9.
7. Dión fecha ese episodio y el complot de Cepión en el 22 a.C. Sin embargo, la presencia de Augusto es requerida y ese año se encontraba fuera. En ese momento, Augusto tenía el *imperium maius,* lo que le daba derecho a inmiscuirse en lo que considerase necesario.
8. Hor *Od,* 2, 10, 4-8, 21-22. Es posible que el poema fuese escrito después de la caída de Murena, pero hubiese sido presentado como profético.
9. Dión, 54, 3, 2.
10. *Ibid.,* 3, 4.
11. Suet *Aug,* 81, 1.
12. Celso, 4, 15.
13. *Ibid.*
14. John Buchan, *Augustus,* Londres, 1937, p. 161.
15. Se discute sobre si eso era un *maius imperium proconsulare* «autoridad proconsular suprema», lo que permitiría a Augusto hacer caso omiso o dar órdenes a los gobernadores de las provincias senatoriales, o un *aequum imperium proconsulare* «autoridad proconsular equivalente», lo que le permitiría plantear cuestiones a los gobernadores, pero no darles órdenes. La primera de ellas es quizá la más probable, gracias al descubrimiento de cinco edictos de Cirene que muestran a Augusto interviniendo directamente en asuntos provinciales: Ehrenberg y Jones, *Documents,* n. 311, traducido en Lewis y Rheinhold, *Roman*

Civilization, vol. 2, pp. 36. Si se hubiese tratado de la segunda posibilidad, Augusto hubiese tenido salirse con la suya valiéndose de su prestigio, o *auctoritas.*

16. Syme *RR,* p. 345.
17. Suet *Aug,* 66, 3.
18. Dión, 53, 32, 1.
19. Plinio, 7, 149.
20. Virg *Ene,* 6, 869-870, 882-886.
21. Suet *Sob,* «Vida de Virgilio», 32.
22. Dión, 53, 33, 4.
23. *Ibid.,* 54, 6, 5.
24. Esq *Prom,* 727.
25. Tac *Ana,* 1, 10.
26. Suet *Aug,* 56, 3.

Capítulo 18

Dión es la fuente principal junto con Suetonio (la biografía de Augusto se complementa a partir de aquí con la de Tiberio).

1. Esta descripción del aspecto físico y la personalidad de Tiberio está basada en Suet *Tib,* 68. También he utilizado estatuas y bustos suyos de la época.
2. Suet *Tib,* 70, 3.
3. Res *Gest,* 29.
4. Vel, 2, 91, 3.
5. Dión, 54, 13.
6. Suet *Aug,* 54.
7. Para más información sobre esos gastos, véase *Res Gest,* 16.

Capítulo 19

Dión proporciona la información básica, y los versos de Virgilio y Horacio revelan las aspiraciones del régimen.

1. Liv *Pre.*
2. Tac *Ana,* 4, 34.
3. Virg *Ene,* 8, 670.
4. *Ibid.,* 6, 833.
5. Macr, 2, 4, 18.
6. Virg *Ene,* 4, 228-230.
7. *Ibid.,* 6, 791-794.
8. Hor *Od,* 3, 1, 48.
9. *Ibid.,* 3, 24, 19-22.

10. Aul Gel, 1, 6.
11. Suet *Aug,* 71, 1.
12. Dión, 54, 16, 4.
13. *Ibid.,* 16, 6.
14. Suet *Aug,* 29, 1, 46, 1.
15. Dión, 56, 33, 3.
16. La *lex Fufia Caninia* fue promulgada en el 2 a.C. y la *lex Aelia Sentia* en el 4 d.C.
17. Hor *Od,* 3, 6, 1-5.
18. *Ant CAH,* p. 477.
19. Hor *Cent,* 17-20.
20. *Ibid.,* 56-60.

Capítulo 20

Casi toda la información para este capítulo proviene de anécdotas de Suetonio, con información adicional de Barrett sobre Livia e información general sobre la vida cotidiana en la antigua Roma de Carcopino, Dupont y Smith. Suetonio parece fidedigno o al menos plausible, porque tenía acceso a los archivos imperiales y citaba de documentos y de memorias contemporáneas que no se han conservado. Muchas anécdotas no tienen fecha y sin duda se refieren a diferentes momentos del reinado de Augusto.

1. Suet *Aug,* 72, 1.
2. *Ibid.,* 72, 2.
3. *Ibid.,* 73, 1.
4. *Ibid.,* 53, 3.
5. Esta sección está basada en Andrew Wallace-Hadrill, «The Imperial Court», *CAH,* pp. 283-308.
6. Esta suposición está basada en los departamentos establecidos por posteriores emperadores.
7. Suet *Aug,* 86, 1.
8. *Ibid.,* 87, 1.
9. *Ibid.,* 85, 3.
10. La X era la última letra del alfabeto latino. La Y se utilizaba para las palabras extranjeras. La Z aparece en el primer alfabeto romano, pero dejó de utilizarse. A partir del siglo I a.C. volvió a usarse, al transliterar la letra ζ del alfabeto griego.
11. Suet *Aug,* 33, 1.
12. *Ibid.,* 53, 1-2.
13. *Ibid.,* 76, 1.
14. *Ibid.,* 76, 2.
15. Celso, 1, 2, 5-7.

16. Ovid *Pont,* 3, 1, 142.
17. Barrett, pp. 105-106. La información sobre los sirvientes de Livia se escribió a finales de su vida, pero hay poca razón para suponer que su casa fuese muy diferente antes de esa época.
18. Hor *Od,* 1, 5, 5.
19. Plinio, 14, 60.
20. Barrett, pp. 110-112.
21. Plut *Tib,* 19, 1.
22. Sal *Con,* 23, 3.
23. Tac *Ana,* 1, 4.
24. Suet *Aug,* 45, 1.
25. *Ibid.,* 72, 3.
26. Dión, 54, 23.
27. Ovid *Trist,* 521-524.
28. Suet *Aug,* 69, 1-2, 71, 1.
29. *Ibid.,* 71, 1.
30. Plut *Cat Jov,* 56, 4.
31. La inscripción se encuentra en la «Casa del Moralista».

Capítulo 21

Dión y Suetonio son las fuentes principales, aunque son algo escasas.

1. Dión, 54, 9, 1.
2. *Rest Gest,* 26.
3. Virg *Ene,* 1, 86-89.
4. Hor *Od,* 1, 35, 29-32.
5. Este análisis estratégico se encuentra en el clásico estudio de J. F. C. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World,* vol. I, Londres, 1970. Para una interpretación más *ad hoc,* véase Erich S. Gruen, «The Expansion of the Empire under Augustus», *CAH,* vol. 10, 1996, pp. 147-197.
6. Suet *Aug,* 71, 3.
7. Suet *Tib,* 21, 6.
8. Ése es uno de esos incidentes fastidiosos que plagan las fuentes literarias durante la segunda mitad de la vida de Augusto. En dos fuentes se informa sobre ello, en Sen *Clem* 1, 9 y en Dión 55, 14-22, en la que Livia pronuncia una charla preliminar. Los nombres de Cinna no coinciden. Al parecer, Séneca fecha el episodio en el 16-13 a.C. y Dión en el 4 d.C. El asunto parece más bien un ejercicio retórico al que se hubiese otorgado categoría de acontecimiento histórico. ¿La verdad? Nunca la sabremos.
9. La duración del servicio fue decidida en el 13 a.C., cuando Augusto regresó a Roma.

10. Estr, 4, 6, 9.
11. Plinio, 23, 27.
12. Suet *Tib,* 7, 2-3.
13. Cayo, apodado Calígula, hijo menor de Druso y más tarde emperador (37-41 d.C.).
14. Estr, 4, 3, 2.
15. Suet *Clau,* 1, 4.
16. Liv *Per,* 142.
17. Val *Max,* 5, 5, 3 y Plinio 7, 84.
18. Suet *Clau,* 1, 4.
19. *Ibid.,* 1, 5.
20. Levick, pp. 32-35.
21. Sen *Ep,* 101 y ss.
22. Hor *Od,* 2, 17, 8-12.
23. Todas las anécdotas sobre Augusto y Horacio de esta sección provienen de la «Vida de Horacio» en Suet *Sob.*

Capítulo 22

Los acontecimientos, a menudo misteriosos, de esos años son abarcados inadecuadamente por Dión, partes de cuyo texto han desaparecido. Suetonio (en sus biografías de Augusto y Tiberio) aporta una contribución. Tácito ofrece algunos comentarios mordaces.

1. Suet *Aug,* 64, 3.
2. Dión, 55, 9, 1-2.
3. Suet *Aug,* 56, 2.
4. Las fuentes no afirman eso explícitamente. Yo sigo a Levick, pp. 35-36, 237 y nota 24.
5. Dión, 55, 9, 4.
6. Suet *Tib,* 10.
7. *Ibid.,* 11, 1.
8. Levick, pp. 42-44.
9. Vel, 2, 99, 4.
10. Suet *Cayo,* 3, 1-1.
11. Suet *Clau,* 3, 2.
12. *Ibid.,* 3, 2.
13. Plut *Brut,* 53.
14. Suet *Aug,* 58, 2.
15. *Ibid.*
16. Dión, 55, 10, 7-8 y *Res Gest,* 4, 23.
17. Green *Erot,* p. 19.
18. Ovid *Am,* 2, 2, 65-66.
19. Suet *Aug,* 64, 2.

20. *Ibid.*
21. Macr 2, 5, 5. Macrobio es una fuente muy posterior, pero no hay razón para desconfiar de sus historias sobre Julia.
22. *Ibid.*, 2, 5, 9.
23. Suet *Aug,* 65, 2.
24. Suet *Aug,* 101, 3.
25. Tac *Ana,* 3, 24, 2.
26. Vel, 2, 100, 5.
27. Tac *Ana,* 1, 53.
28. Ser *Com,* 3, 20.
29. Dión, 55, 9, 10 y 10, 1.
30. Plinio, 7, 149.
31. Barrett, p. 51.
32. Dión, 55, 13, 1.
33. Suet *Aug,* 65, 3.

Capítulo 23

La información sobre los acontecimientos importantes es escasa. Las fuentes principales son Dión y las biografías de Augusto y Tiberio de Suetonio. El poeta Ovidio arroja una enigmática luz sobre el exilio de la joven Julia y su propio destierro.

1. Suet *Tib,* 11 y 12.
2. Suet *Tib,* 12, 2.
3. Plinio, 12, 31.
4. Virg *Ene,* 2, 428.
5. Aul Gel, 15, 7, 3.
6. Vel, 2, 102, 1 y Plinio, 9, 58.
7. Suet *Tib,* 13, 1.
8. Floro, 2, 32, 44-45.
9. Vel, 1, 102, 3.
10. Dión, 55, 13, 1.ª.
11. Suet *Tib,* 23.
12. Tac *Ana,* 1, 3.
13. Suet *Tib,* 21, 3.
14. Tac *Ana,* 1, 3.
15. Dión, 55, 27, 5.
16. Suet *Aug,* 65, 4.
17. *Ibid.,* 19, 1 y «Escolios sobre Juvenal», 6, 158 (véase Green *Erot,* p. 57).
18. Hom *Il,* 3, 40 (Héctor a Paris).
19. Suet *Aug,* 65, 4.
20. Sigo el excelente y pormenorizado relato de Green *Erot,* pp. 44-58.

21. Ovid *Trist,* 2, 103-106.

22. Esa sección sobre el descontento en Roma está basada en Dión 55, 27.

23. Ovid *Trist,* 3, 5, 45-48.

Capítulo 24

Para la última época de la vida de Augusto dependemos de Dión (a pesar de algunas lagunas), del vehemente Veleyo y de las biografías de Augusto y Tiberio de Suetonio. El emplazamiento de la principal emboscada de las legiones de Varo se ha descubierto en Kalkriese, Alemania (véase Tony Clunn, *The Quest for the Lost Roman Legions: Discovering the Varo Battlefield,* Staplehurst, Nueva York y Staplehurst, 2005).

1. Vel, 2, 110, 3.

2. Suet *Tib,* 21, 5.

3. Martín Lutero y otros pensaban erróneamente que Arminio en alemán era Hermann, mientras que la forma correcta es Armin.

4. El lugar fue identificado en la década de 1990, cerca de la ciudad alemana de Bramsche, entre los ríos Ems y Weser.

5. Dión, 56, 21, 5.

6. Suet *Aug,* 23, 2.

7. Plinio, 7, 48.

8. Tac *Ana,* 1, 72.

9. Sen *Cont,* 4-8.

10. Suet *Aug,* 51, 3.

11. Tac *Ana,* 1, 11, menciona ese consejo en el *breviarium.*

12. El remordimiento de Augusto por Agripa Póstumo se narra con diferentes niveles de detalle en Plinio, 7, 150; Plutarco en su ensayo sobre la locuacidad (aunque refiriéndose a Fulvio en lugar de a Fabio); Dión, 56, 30 y Tac *Ana,* 1, 5.

13. Tac *Ana,* 1, 5.

14. Suet *Aug,* 97-100.

15. Suetonio sólo escribe «el templo cercano». El templo principal, erigido y dedicado por Agripa, era el Panteón, al que debe de referirse el historiador.

16. Tac *Ana,* 1, 5.

17. Dión, 56, 30, 2.

18. *Ibid.,* 56, 30, 2.

19. Suet Aug, 98, 5.

20. Según Suet *Tib,* 22, 1, Tiberio no anunció la muerte de Augusto hasta que hubo recibido las noticias de la ejecución de Póstumo. Eso parece improbable, porque significaría que mantuvo silencio sobre

ello durante cuatro o cinco días. Tampoco hubiese sido necesario, porque no podía organizarse una revuelta en tan poco tiempo.

21. Tac *Ana,* 3, 30.

22. *Ibid.,* 1, 6.

23. Es sabido que, cuando los soberanos o jefes de Estado morían, la «razón de estado» ha favorecido los comportamientos despiadados. Por ejemplo, la muerte del rey británico George V, acaecida en 1936, se aceleró para que pudiese salir publicada en el periódico *Times* a la mañana siguiente.

24. Suet *Tib,* 22.

25. Ése era uno de los rituales que se llevaban a cabo cuando un romano moría. Véase Smith, «*funus*».

26. Suet *Tib,* 23.

27. Para una discusión pormenorizada de la adopción de Livia, véase Barrett, capítulo 8, «*passim*».

28. Dión, 56, 47, 1.

29. Para escribir esa descripción del funeral de Augusto he añadido información genérica sobre los funerales romanos, basándome en Smith, «*funus*», y en los relatos de Dión y Suetonio.

Hacia el futuro

1. Tac *Ana,* 1, 61.
2. Fuller, p. 181.
3. Tac *Ana,* 1, 53.
4. *Ibid.,* 3, 24.
5. Tac *Ana,* 1, 9.
6. *Ibid.,* 1, 10.
7. Plut Max, 207 D.

Fuentes

Fuentes antiguas

Hay numerosas fuentes literarias antiguas sobre la vida y la época de Augusto, pero todas, a su manera, tienen defectos o limitaciones. En general, ha perdurado mucha más información sobre las guerras civiles hasta la muerte de Marco Antonio y Cleopatra. Como se ha dicho en el Prefacio, muchas historias y memorias importantes se han perdido.

Apiano, un griego de Alejandría que prosperó alrededor del año 160 d.C., escribió una crónica detallada y bastante fiable sobre las guerras civiles, pero se interrumpe con la muerte de Sexto Pompeyo. Dión Casio, un político destacado que vivió entre el 150 y el 235 d.C. aproximadamente, escribió una *Historia de Roma* en ochenta volúmenes, de los que sólo veintiséis sobreviven. Afortunadamente, esos volúmenes cubren el período entre el 68 a.C. y el 54 d.C., con excepción de algunas lagunas. Dión es un escritor diligente y meticuloso, pero aplica el sistema político de su época al de la época de Augusto, lo que es un anacronismo.

Tácito (c. 55-117 d.C.) fue uno de los historiadores romanos más importantes, pero su obra maestra *Anales* sólo trata sumariamente el reinado de Augusto, porque lo que más le concierne es el período desde la ascensión de Tiberio hasta la muerte de Nerón. La objetividad de Tácito se ve afectada por una marcada aversión por el sistema imperial.

Veleyo Patérculo (c. 19 a.C.-31 d.C.) sirvió bajo el mando de Tiberio, al que admiraba incondicionalmente. Su breve *Historia de Roma* es de una calidad irregular, aunque contiene algunas valiosas descripciones de personalidades.

Hacia el final de su vida, Augusto preparó un historial oficial

de su carrera, el *Res Gestae*, en el que no miente, pero a veces tampoco dice la verdad.

Plutarco, un griego que vivió entre el 46 y el 120 d.C. aproximadamente, escribió una serie de *Vidas Paralelas*, en las que relata la vida de eminentes políticos o generales griegos y las compara con las de romanos destacados, con las que encuentra semejanzas. Intenta explorar el carácter moral de sus sujetos más que narrar acontecimientos políticos, y para ello se vale sobre todo de anécdotas. Las biografías de Plutarco de Bruto y Marco Antonio son obras excelentes y arrojan mucha luz sobre ese período. Sin embargo, probablemente difunda propaganda contra Antonio sin el debido escepticismo, y ve la relación de Antonio y Cleopatra en términos exageradamente románticos.

Suetonio, que vivió aproximadamente entre 70 y 160 d.C, fue uno de los secretarios de Trajano y Adriano y tenía acceso a los archivos imperiales. Sus biografías de los Césares abarcan desde Julio César a Domiciano, y son particularmente importantes las de Augusto y Tiberio. Su trabajo es anecdótico y temático en lugar de narrativo, pero contiene información valiosa.

Las cartas de Cicerón y sus *Filípicas*, su gran serie de discursos contra Marco Antonio, son útiles (aunque con cautela) para el período que comprende hasta su muerte, en el 43 a.C.

Nicolás era un historiador griego que prosperó a finales del siglo I a.C. Era cortesano de Herodes el Grande, conoció a Augusto y se ganó su amistad. Su biografía fragmentaria de Augusto proporciona una crónica detallada de la conspiración contra Julio César y de su asesinato, y aporta historias plausibles sobre la infancia de Augusto, que quizá le hubiese contado él mismo.

Estrabón (c. 64 a.C.-19 d.C.) era casi contemporáneo de Augusto. Nació en Ponto y viajó extensamente. Escribió un estudio geográfico del mundo conocido, que contiene información económica y descripciones de lugares muy útiles.

Plinio el Viejo (23/24-79 d.C.) fue un escritor industrioso, cuya *Historia Natural* era una tentativa de recopilar todo el conocimiento humano. Contiene gran cantidad de información fascinante (a veces también absurda y extraña) sobre las artes, las ciencias y las creencias de la época, incluyendo material sobre Augusto y sus contemporáneos.

Se pueden encontrar anécdotas relevantes en *Noches Áticas* del autor latino Aulo Gelio, nacido probablemente en el siglo II d.C.; en *Saturnalia* del filósofo romano Macrobio (c. 400 d.C.), un

diálogo ficticio en el que se tratan una gran variedad de temas; y en *Hechos y dichos memorables* de Valerio Máximo, contemporáneo de Tiberio.

Poetas como Virgilio y Horacio comentaron cuestiones y acontecimientos políticos en sus obras y celebraron el régimen de Augusto. Ovidio fue víctima de las autoridades debido a un gran escándalo político y sexual que implicó a la nieta de Augusto, y mucha de su poesía posterior tomó la forma de súplica contra su destierro.

Las fuentes literarias se complementan con abundantes inscripciones, incluyendo los *Fasti* (listas cronológicas de cónsules y de *triumphators*) y *Calendarios,* que catalogaban los festivales y otros acontecimientos según los días del año. Octaviano, Antonio y otras personalidades destacadas acuñaban monedas, cuyas imágenes comunicaban mensajes políticos importantes. Octaviano y Agripa se valieron de la arquitectura para manipular la opinión pública e imponer su visión política.

Las traducciones de *Las guerras civiles* (*Historia romana,* vol. II) de Apiano, *El reinado de Augusto* (*Historia romana,* libros 45-56) de Dión Casio, los poemas eróticos *(Amores. Arte de Amar)* y poemas del exilio *(Tristes Pónticas)* de Ovidio, *Historia natural* de Plinio el Viejo, *Vidas paralelas* de Plutarco, *Vidas de los doce césares* de Suetonio, *Anales* de Tácito y *Eneida* de Virgilio han sido traducidas por Gredos, mientras que *Odas y Épodas* y las *Sátiras Epístolas* de Horacio lo fueron por Cátedra y las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio por Espasa Calpe.

Con excepción de Macrobio y Nicolás, la Loeb Classical Library (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts) ha publicado ediciones bilingües de la versión original y la traducción inglesa de todos los autores anteriormente mencionados. Se pueden encontrar traducciones inglesas de algunos textos en la página web de Lacus Curtius (véase más abajo). La *Saturnalia* de Macrobio ha sido traducida por D. P. Vaughan (Columbia University Press, 1969) y la *Vida de Augusto* de Nicolás por Jane Bellemore (Bristol Classical Press, 1984).

Lecturas complementarias

Para una sucinta visión general del período, recomiendo la lectura de *From the Gracchi to Nero: A History of Rome from 133 a.C.*

to 68 d.C. (5.ª ed., Londres, Methuen, 1982). *Cambridge Illustrated History: Roman World* (Cambridge University Press, 2002) proporciona una excelente panorámica para el público general. *Augusto y su tiempo* de Werner Eck (Madrid, Acento, 2001), publicado originalmente en alemán en 1998 como *Augustus und seine Zeit,* es un estudio conciso y perspicaz. *La ciudad antigua: la vida en la Atenas y Roma clásicas* (Acento, Madrid, 1998) es una interesante introducción a la vida cotidiana en la Grecia y la Roma antiguas a cargo de Peter Connolly y Hazel Dodge, notable por las elegantes ilustraciones que evocan las dos ciudades en su apogeo. La extraordinaria *Dans la Rome des Césars* de Gilles Chaillet (Éditions Glénat, Grenoble, 2004) reconstruye la ciudad en su totalidad, tal como debió de ser en el siglo IV d.C., mostrando (a veces conjeturando) la apariencia de los edificios erigidos por Augusto y el trazado general de Roma.

Mis investigaciones sobre la vida y la época de Augusto estuvieron guiadas, en primera instancia, por *The Roman Revolution* de Ronald Syme, publicado por primera vez en 1939 por Oxford University Press. Es un clásico de lectura imprescindible, tanto por su análisis político del régimen de Augusto como por su estudio de la clase dirigente romana. *The Augustan Aristocracy,* también de Syme, publicado por OUP en 1986, investiga más a fondo la historia y las interrelaciones entre las principales familias romanas a finales del siglo I a.C. y el siglo I d.C.

El extenso volumen 10 del *Cambridge Ancient History, The Augustan Empire 43 a.C. to 69 d.C.,* es exhaustivo y autorizado, además de incluir una completa bibliografía. El *Antiguo CAH,* publicado entre 1923 y 1936, aún merece la pena consultarse.

Otras obras modernas que he encontrado útiles son:

Barrett, Anthony A., *Livia, First Lady of Imperial Rome,* Yale University Press, New Haven, 2002.

Carcopino, Jerôme, *Daily Life in Ancient Rome,* Penguin Books, Londres, 1956.

Carter, John M., *The Battle of Actium,* Hamish Hamilton, Londres, 1970.

Castle, E. B., *Ancient Education and Today,* Penguin Books, Londres, 1961.

Dupont, Florence, *Daily Life in Ancient Rome,* Blackwell, Oxford, 1993.

Fuller, J. F. C., *The Decisive Battles of the Ancient World and their Influence on History,* vol. I (ed. abreviada), Paladin, Londres, 1970.

Goldsworthy, Adrian Keith, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, Oxford University Press, Oxford, 1996.
Grant, Michael, *Gladiators, The Bloody Truth*, Penguin Books, Londres, 1971.
—, *Cleopatra*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1972.
Van Hoof, Anton J. L., *From Autothanasia to Suicide: Self-Killing in Classical Antiquity*, Routledge, Londres, 1990.
Jackson, Ralph, *Doctors and Diseases in the Roman Empire*, British Museum Press, Londres, 2000.
Keppie, Lawrence, *The Making of the Roman Army from Republic to Empire*, B. T. Batsford, Londres, 1984.
Levick, Barbara, *Tiberio the Politician*, Routledge, Londres y Nueva York, 1999.
Powell, Anthony y Kathryn Welch (ed.), *Sextus Pompeius*, Classical Press of Wales and London, Duckworth, 2002.
Southern, Pat, *Augustus*, Routledge, Londres y Nueva York, 1998.
Stambaugh, John E., *The Ancient Roman City*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988.
Walker, Susan y Peter Higgs, *Cleopatra of Egypt, from History to Myth*, British Museum Press, Londres, 2001.
Wildfang, Robin Lorsch y Jacob Isager, *Divination and Portents in the Roman World*, Odense University Press, Dinamarca, 2000.
Williams, Craig A., *Roman Homosexuality, Ideologies of Masculinity in Classical Antiquity*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

Algunos monumentos de la erudición victoriana y de principios del siglo XX conservan su valor como un acervo de información fascinante —aunque a veces también un poco vaga— si se consultan con prudencia. Algunos de ellos son el espléndido *Dictionary of Greek and Roman Antiquities* de William Smith, publicado en 1870, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome* de Samuel Ball Platner, revisado por Thomas Ashby en 1929 (en la actualidad tiene un competidor en *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome* de L. Richardson, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992). Las antologías de Smith y Platner, entre otras, pueden consultarse gratuitamente en cualquiera de las dos excelentes páginas web:

Ancient Library (www.ancientlibrary.com)

Lacus Curtius (http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html)

Agradecimientos

Estoy en deuda con mis juiciosos e infatigables editores Ed Faulkner, de la Editorial John Murray, y Will Murphy de Random House, quien se ha hecho cargo de la edición americana. Una vez más, ha sido un placer haber contado con el incansable apoyo de mi agente literario, Christopher Sinclair-Stevenson. El Profesor Robert W. Cape Jr., del Austin College, Texas, hizo comentarios muy acertados en un borrador. Sin embargo, y a pesar de toda la orientación y los consejos que he recibido, en mí recae toda la responsabilidad de cualquier error que pudiera haber.

Una generosa beca de la Authors' Foundation me permitió visitar lugares relacionados con la carrera de Augusto. Les estoy muy agradecido a la Doctora Irene Jacopi, Directora del Foro Romano y el Palatino, y a la arquitecta Giovanna Tedone, ambas de la Soprintendenza per i beni archeologici di Roma, por tomarse la molestia de enseñarme las casas de Augusto y Livia, que estaban cerradas al público por restauración.

Los vastos fondos de la London Library y su solícito personal han contribuido en gran medida en mis investigaciones.

Mi agradecimiento por haber cedido los derechos de autor para la reproducción de las siguientes imágenes: Reconstrucción del Foro de Roma por John Connolly, akg-images; Monte Palatino, Photo Scala, Florencia; Julio César, Staatliche Museen zu Berlin; Marco Antonio at Kingston Lacy, Bankes Collection, National Trust; Sexto Pompeyo, Hermitage Museum, San Petersburgo; un barco de guerra romano del museo Gregorio Profano, Museos Vaticanos; acuarela de Alejandría por J.-P. Golvin, George Braziller Inc.; Cleopatra, Staatliche Museen zu Berlin; Octavia, Museo Nazionale Romano, Roma; Livia, Musei Capitolini, Roma, fotografía del autor; Augusto, Trustees of British Mu-

seum, Londres; Agripa, Musée du Louvre, París; Ara Pacis en Roma, Alinari; Tiberio en el Museo Ventotene, fotografía del autor; Cayo César, Trustees of British Museum; Agripa Póstumo, Musei Capitolini, fotografía del autor; Gemma Augustea, Kunsthistorisches Museum, Wien oder KHM; Sala de las Máscaras, Photo Scala, Florencia; Augustus of Prima Porta, Alinari.

Al citar a poetas romanos, he utilizado las siguientes traducciones: *Odas* de Horacio por James Michie (Penguin Books, Harper Collins Publishers, 1964); *Sátiras y Epístolas* de Horacio por Niall Rudd (Penguin Books, 1979); *Poemas eróticos* y *Poemas del exilio*, versiones de Ovidio por Peter Green (Penguin Books, 1982 y 1984: copyright David Higham Associates); *Poemas de Propertius* por W. G. Shepherd (Penguin Books, 1979); *La Eneida* de Virgilio por Cecil Day Lewis (Oxford University Press, 1952) y *Églogas* de Virgilio por E. V. Rieu (Penguin Books, 1949); *Las Guerras Civiles* de Appiano por John Carter, *La Era de Augusto* de Casio Dión por Ian Scott Kilvert (Penguin Books, 1996 y 1987), *Cartas* de Cicerón por D. R. Shackleton Bailey (Penguin Books, 1978); *Historia de Roma* de Tito Livio por Aubrey de Sélincourt; Selección de «Los Fundadores de Roma» (*Vidas Paralelas*) de Plutarco por Ian Scott-Kilvert (Penguin Books, 1965); Selección de «La Caída de la República Romana» (*Vidas Paralelas*) por Rex Warner (Penguin Books, 1958); *Los Doce Césares* de Suetonius por Robert Graves, revisado por Michael Grant (Penguin Books, 1979) y «Sobre la Roma Imperial» de los *Anales* de Tácito por Michael Grant (Penguin Books, 1956). He consultado ocasionalmente otros autores en prosa en la Loeb Classical Library, traduciendo los pasajes yo mismo. Los planos de batallas están copiados de *Heervesen und Kriegführung der Griechen und Römer* de Johannes Kromayer y Georg Veith, Múnich, 1928.

Índice onomástico

Afrodita, 40, 124, 125, 193
— retrato, 245; *véase también* Venus
Agripa Póstumo, XIII, 2-3, 6, 336
— adoptado por Augusto, 351
— personalidad, 351-352
— exiliado, 353, 354, 355, 356, 364, 367, 369
— muerte, intento de rescate, 370-371, 372, 377, 378-379, 405
Agripa *véase* Vipsanio
Agripina (hija de Agripa y Julia), 313, 352
Agripina (hija de Germánico), 380
Alejandro Helio (hijo de Antonio y Cleopatra)
— nacido, 126, 177, 178, 192
— perdonado, 235-236
— criado por Octavia, desfila en el Triunfo de Octaviano, 235-236, 243
Alejandro Magno
— rey de Macedonia, 18, 187, 207, 381
— tumba en Alejandría, 43
— encuentra Alejandría, 231-232
— tumba, 236
— madre de Alejandro, 242
— cara en anillo de sello de Augusto, 258, 397
Amintas, rey de Galacia, 177
— deserta de Antonio, 216, 226
Ancaria (primera esposa de Cayo Octavio), 12-13
Aníbal, 8, 93, 360
Antilo *véase* Antonio
Antíoco, rey de Siria, 23
Antonia (hija de Antonio y Octavia)
— nacida, 141
— esposa de Druso, 320, 325
— siente antipatía por Claudio, 334
Antonio, Cayo (hermano de Marco Antonio)
— capturado y ejecutado por Bruto, 106
Antonio, Julio (hijo de Marco Antonio y Fulvia), 338, 341, 342
Antonio, Lucio (hermano de Marco Antonio)
— reta a Octaviano, 126
— gobernador de España, 127
— motivos para la guerra de Perusia, 128-129, 131, 134, 147, 201
Antonio, Marco (hijo de Marco Antonio y Fulvia, «Antilo»)
— abandona a Octavia y se une a Antonio, 209
— ceremonia de mayoría de edad, 228
— ejecución, 235

Antonio, Marco (Marco Antonio), XII
— primeros años de su carrera, aspecto físico y personalidad, 33-34
— a cargo de Italia, 35, 36-37
— apartado por César, 45, 49
— perdonado por César, 61
— contrae matrimonio con Fulvia, 61-62
— es alertado de un complot contra César, 69, 70
— se enemista con Octaviano, 74-77
— reconciliación con Octaviano, 78
— acusa a Octaviano de conspirar para matarlo, 79-80
— se reúne con sus tropas, 81
— va a la Galia Cisalpina, 83, 84
— emprende una campaña contra Décimo Bruto, 85, 87, 88
— es derrotado en Forum Gallorum, 88-92
— se recupera, 92-93, 95
— negocia el Segundo Triunvirato, 97-98
— participa en la Proscripción, 98-100
— crueldad, 101, 106, 107
— campaña contra Bruto y Casio, 108
— primera batalla de Filipos, 109-111
— gana la segunda batalla de Filipos, 114-115
— magnánimo con los perdedores, 116
— auténtico vencedor de Filipos, 117, 119, 120
— a semejanza de Dioniso, 122-123
— conoce a Cleopatra, 124-125
— relación con Cleopatra, 126
— afirma ignorar la guerra de Perusia, 128-129, 130, 132
— habla duramente a Fulvia, 132
— se culpa por la muerte de Fulvia, 133
— va a Brindisi, 134-135
— firma el Tratado de Brindisi, 135-137, 140, 141
— rescata a Octaviano de la multitud, 142-143
— firma el tratado de Misenum, 142-145
— se opone a la guerra con Sexto Pompeyo, 148, 153, 157
— va a Italia, 158
— firma el Tratado de Tarento con Octaviano, 1611-162
— emite una moneda con su cara y la de Octavia, 162
— probable aprobación de la ejecución de Sexto Pompeyo, 171
— emprende la expedición a Partia, 174-175
— anuncia la victoria, 175
— despide a Ventidio por celos de su éxito, 176
— renueva su amistad con Cleopatra, regala nuevos territorios a Cleopatra, 177
— fracaso de la campaña parta, 180-181
— planea su suicidio, 181
— propone a Octaviano ir cada uno por su lado, 183, 185-188
— no logra casarse con Cleopatra, 188
— conquista Armenia, 189
— celebra la victoria en Armenia, 191-192
— Donaciones de Alejandría, 192-194
— emite moneda con su cara y la de Cleopatra, 192-193
— Dioniso/Osiris, 193

— intercambios de propaganda con Octaviano, 202-203
— acusa a Octaviano de hipocresía sexual, 203
— se retira de la nueva expedición a Partia, 204
— convoca a Cleopatra a Éfeso, 204-206
— permite que Cleopatra participe en la campaña, 207-208
— se divorcia de Octavia, 209
— leerá en el Senado, 210
— establece su cuartel general en Patrás, 212
— estrategia en Actium, 212-213, 214, 215
— no consigue salir de Actium por tierra ni por mar, 216
— planea salida definitiva, 217-222
— sigue a Cleopatra, 222, 223
— llega a Paretonio con Cleopatra, 225-226
— vive espléndidamente con Cleopatra, 227
— no consigue recuperar Paretonio, 229
— reta a Octaviano a un duelo, 229
— última batalla y suicidio, 230-231, 232
— funeral, 233, 237, 238
— su memoria se suprime oficialmente, 239, 266, 270, 280, 304, 305, 325, 335, 340, 366, 367, 369, 380, 383, 393, 396, 397, 407, 408, 409
Antonio, Musa (médico), 258
Anubis, dios egipcio, 237
Apolo (dios tutelar de Augusto), 40, 65, 123, 131, 132
— «de los Tormentos», 132, 140, 141, 196, 203, 337
— templo en Actium, 211, 241
— supuestamente, padre de Augusto, 242, 287, 288, 293, 337
— desolla a Marsias, 340
Apolodoro de Pérgamo, 66
Apolodoro, 44
Aquiles, 268
Ardashes (Artaxes), rey de Armenia, 267
Arminio, líder germano, 361, 362, 363, 364
Arquelao-Sisinnes, rey de Capadocia (hijo de Gláfira), 177, 226
Arrio (Areius) (filósofo)
— acompaña a Octaviano por Alejandría, 232
— posiblemente le enseña el Mouseion a Octaviano, 236-237
— aconseja a Livia sobre lidiar con el dolor, 325
Arsínoe (hermanastra de Cleopatra), 44, 56
— ejecutada, 125, 235
Artavâzd (Artavasdes), rey de Armenia, XV, 180, 189, 202
Artemisa,
— templo en Éfeso, 125
Asinio Polio, Cayo, 92
— mente independiente, 140, 141, 213
Atia, 13-14, 15, 242
— contrae matrimonio con Filipo, 17-18, 19, 31, 34, 36, 42
— se opone a que Augusto vaya a África, 47, 58, 61, 62
— escribe a Augusto informándole del asesinato de César, 67-68, 71, 73, 93, 390
— muere, 94
— sueño de Augusto, 242
Ático *véase* Pomponio
Atilio (víctima de la Proscripción), 100
Atio Balbo, Marco (abuelo de Augusto), 13

Augusto (*anteriormente* Cayo Octavio y Octaviano)
— logros, XI-XII, XIII, XIV, XV
— últimos días, 1-6
— nacimiento, 8, 14
— origen familiar, 8-10
— memorias, 9
— apodado Turino, 16
— con su abuela Julia, 18
— estudios, 19-21
— habla en el funeral de Julia, 19
— popular, 20, 31-32, 35
— posible encuentro con César, 36
— mayoría de edad, 39-42
— nombrado *pontifex,* 41
— aspecto físico, 42-43
— nombrado patricio, 46
— nombrado *praefectus urbi,* 46-47
— participa en el Triunfo africano de Julio César, 52-53, 55, 57
— se reúne con César en España, 58-61
— presunta relación sexual con César, 62-63
— en Apolonia, 64
— se entera del asesinato de Julio César, 67-68
— zarpa hacia Brindisi, 70
— heredero de Julio César, 71
— adoptado por Julio César, 71-72
— viaja a Roma, 73-74
— enemistad con Antonio, 75-76, 77
— reconciliación con Antonio, 78
— acusado de complot para matar a Antonio, 78-80
— recluta un ejército, 81-82, 83
— se alía con Cicerón y es nombrado propretor, 84-86
— en campaña, 88
— batalla en Forum Gallorum, 89-91
— se niega a colaborar con Décimo Bruto, 92-93
— marcha sobre Roma y se convierte en cónsul, 93-94
— marcha hacia Antonio, 95
— negocia el Segundo Triunvirato, 98-99
— participa en la Proscripción, 98-99, 100-101
— avidez por las obras de arte, 101
— *divi filius,* 105-106, 107
— cae enfermo, 108-109
— se dirige hacia Filipos, 109
— reputación de cobarde, 112-113
— vengativo, 116
— gravemente enfermo, 117-118, 119
— se encara con soldados enfadados, 120-121
— lucha en la guerra de Perusia, 126-127
— se venga en los prisioneros, 127-128
— afianza su posición, 129-130
— vida sexual, 130-133
— contrae matrimonio con Servilia, y luego con Claudia, 130
— presunta relación sexual con Hircio, 131
— se divorcia de Claudia, contrae matrimonio con Escribonia, 133
— firma el tratado de Brindisi, 134-137, 139-141
— es atacado por soldados amotinados, 142-143
— firma el Tratado de Miseno, 142-145
— se enamora de Livia, 145
— *depositio barbae,* 145, 149

— boda, 149-151
— planes de guerra con Sexto Pompeyo, 153-154
— derrotado por Sexto Pompeyo, 155-156
— flota destruida por una tormenta, 156
— pide ayuda a los otros triunviros, 156-157
— accede a reunirse con Antonio en Tarento, 158-159
— firma el Tratado de Tarento, 161-162
— reanuda la guerra con Sexto, 163-164
— flota destruida por una tormenta, 163
— reanuda su campaña, 164
— zarpa hacia Sicilia, 164-165
— derrotado por Sexto Pompeyo, 165
— escapa a Italia, 166
— traslada tropas a Sicilia, 167
— crisis psicológica, 167
— entra en el campamento de Lépido, 169-170
— no castiga a Lépido, 170
— pone fin al motín, 170
— anuncia la campaña de Iliria, 170-171
— es condecorado con la *tribunicia sacrosanctitas,* 173, 174
— controla las actividades de Antonio, 176, 178, 179, 188
— se aprovecha de la debilidad de Antonio, 180-183
— envía a Octavia con Antonio, 182, 183
— heroísmo en Metulum, 186-187, 190
— regresa a Roma para un segundo consulado, 191
— escoge casa en la Colina Palatina, 195-196
— promueve las reformas de Roma, 197, 200
— prepara su enfrentamiento con Antonio, 201-202
— intercambios de propaganda, 202-204
— ridiculiza el latín de Antonio, 203
— es criticado en el Senado, 205-206, 207
— presenta juramento de lealtad, impone el impuesto sobre los ingresos, 208
— se apodera del testamento de Antonio y lee pasajes comprometedores en público, 210
— declara la guerra a Cleopatra, 210-213
— tercer consulado, 213
— tácticas para Actium, 214-25, 216, 217, 218, 219
— dudas sobre la victoria, 222-223
— marcha hacia las legiones de Antonio, 223, 225
— delega en Agripa y Mecenas, 226
— pone fin al motín, 227
— invade Egipto, 228-229
— acampa a las afueras de Alejandría, 229
— posiblemente, celebra una *evocatio,* 230
— «llora» por el final de Antonio, 231
— entra en Alejandría, 231, 232
— visitas a Cleopatra, 234
— alivio por la muerte de Cleopatra, 235
— contempla la momia de Alejandro Magno, 236
— reconocido como faraón, 237-238
— perdona a sus oponentes, 239

— reinterpreta Actium, 239-240
— el emplazamiento de su casa enfatiza su autoridad, 241-242
— historias proféticas de su infancia, 242-243
— triunfos, 243-244
— confía en la juventud, 244
— reduce la edad mínima para ocupar cargos oficiales, 244
— sin hijos, 245
— parodia a Mecenas, 245-246
— pasa revista al poderío militar de Roma, 247
— pasa revista al Senado, 248
— primer acuerdo constitucional, 249-252
— es nombrado Augusto, 250
— asume la clientela de Antonio, 251
— en la Galia y España, 253-254
— enfermo, 254
— escribe su autobiografía, 254
— regresa a Roma, 255, 256
— gravemente enfermo, 257-258
— transfiere autoridad a Agripa, 258
— segundo acuerdo constitucional, 258-259
— asume la *tribunicia potestas,* 259
— envía a Agripa al este, 260-261
— víctima de un «golpe de Estado secreto», 260-261
— posición política frágil, 266
— pone fin al racionamiento de comida, 266-267
— negocia la devolución de los estandartes de Carrhae, 267-268
— devuelve al hijo de Frahâta, 267, 269
— destina a Tiberio a Armenia, 268
— negocia una entente con Partia, 269
— adquiere el *imperium* consular, 269-271
— anima a los *nobiles* a que sean cónsules, 270-271
— intenta en vano reformar el Senado, 271-273
— establece un comité senatorial permanente, 273
— adquiere nuevos poderes legales, 273
— mejora las comunicaciones, 274
— reforma la administración pública, 274-275
— promulga leyes antisoborno, 276
— riqueza personal, 276-277
— apoya los ideales republicanos, 281
— promulga leyes sociales, 282-283
— es ridiculizado por hipocresía, 284-285
— legislación sobre la liberación de esclavos, 286
— fomenta la religión, 287-289
— vida cotidiana, 291-307
— ex esclavos liberados como administradores, 294
— formas de comunicación, 294, 295
— comida y bebida, 296-297
— salud, 297-298
— ejercicio físico, 297-298
— baños, 298-299
— en los Juegos, 302-303
— organiza cenas, 305-307
— trabaja hasta tarde, duerme poco, 307
— política imperial agresiva, 309-311
— estrategia para establecer la frontera Elba-Danubio, 311-313

— cariñoso con Tiberio y Druso, 313-314
— reorganiza el ejército en la Galia, 314-315
— levanta el *Tropaeum Alpium,* 316
— se convierte en *pontifex maximus,* 318-319
— restablece antiguas prácticas religiosas, 318-319
— culto conjunto de Roma y Augusto, 319
— acude a toda prisa al lecho de muerte de Agripa, 320
— asiste al cortejo fúnebre de Druso, 324
— afecto por Druso, 325
— cariñoso con Horacio, 327
— renovación del *imperium,* 329
— mes de Sextilis rebautizado Augusto (agosto), 329
— relación con Cayo y Lucio, 329-331
— cónsul, 330-331
— concede a Tiberio el *imperium maius* y le destina a Armenia, 331
— intenta disuadir a Tiberio, 333-334
— *pater patriae,* 335
— relación con Julia, 337-338
— manda a Julia al exilio, 338-343
— envía a Cayo a resolver la cuestión armenia, 345-346
— correspondencia con Frahâtak, 347-348
— permite que Tiberio regrese a Roma, 348
— le pide a Cayo que vuelva a Italia, 349
— traslada a Tiberio, 351
— pasa revista al Senado, 352
— rompe lazos familiares con Póstumo, 353
— envía al exilio a la joven Julia, 353-354
— envía al exilio a Ovidio, 354-356
— establece el *aerarium militare,* 358
— recluta a esclavos, 359
— ¡Devuélveme mis legiones!, 363
— revoca la expansión imperial, 364
— se debilita, 365
— prepara la entrega de documentos, 366-367
— visita a Póstumo, 367
— es testigo de un presagio sobre su muerte, 368
— muere, 369-370
— análisis de sus últimos días, 370-374
— probablemente, responsable del asesinato de Póstumo, 372
— funeral, 374-376
— evaluación, 380-383, 387, 388, 395
— *imperium,* 385, 399, 405
Áyax
— retrato, 245
— tragedia de Augusto, 295

Balbo *véase* Cornelio
Batilo
— relación con Mecenas, 245
Belona (diosa de la guerra), 52, 210, 211
Bruto *véase* Junio

Caleno *véase* Fufio
Calpurnia (esposa de Julio César), 57, 61, 69, 192
— entrega documentos de César a Antonio Julio, 75

Calpurnio Pisón Cesonino, Lucio, 71
Calpurnio Pisón, Cneo, 258
Calvisio Sabino, Cayo (almirante de Octaviano), 154
— derrotado por Menécrates, 155-156
Canidio Craso, Publio, 204, 219, 223
— ejecutado, 239
Carlomagno, 378
Casio Dión Cocceyano, XIV, 49, 90, 95, 109, 121, 126, 128, 166, 185, 189, 205, 206, 212, 226, 242, 247, 249, 254, 256, 315, 330, 349, 350, 360, 369, 374, 407, 409
Casio Longino, Cayo (asesino de César), 67
— viaja hacia el este, 77, 80, 88, 85, 97, 98, 102, 105-112, 120, 205, 208, 212
— se prepara para la guerra, 106-107
— acampa cerca de Filipos, 108
— primera batalla de Filipos, 109-112
— se suicida, 112
— respetado por Livio, 280
— lealtad de Mesala, 335
Casio Severo
— exiliado, 365
Catilina *véase* Sergio
Catón *véase* Porcio
Catulo *véase* Lutacio
Cavafis, Constantino, 194
Cayo César (nieto de Augusto)
— nacimiento, 268, 313
— primeras apariciones públicas, 316-317, 320, 323, 325, 327
— acompaña a Augusto a la Galia, 329
— mayoría de edad, nominado para el consulado, 330
— nombrado *princeps iuventutis*, 331, 332, 333, 336, 341, 342, 343
— lidera la expedición al este, 345-346
— indiferente ante Tiberio, 348
— encuentro con el rey de Partia, 347-348
— destituye a Lolio, 348
— deja su cargo, muere, 349-350, 351, 356
— mencionado en el testamento de Augusto, 373, 382
Cayo, emperador (Calígula; Cayo César Augusto Germánico)
— comentarios sobre Livia, 321, 379
Cecilia Ática (primera esposa de Agripa), 174
Cecilio Metelo Macedonio, Quinto
— sobre el matrimonio, 283
Cecilio Metelo Pío Escipión, Quinto, 53
Celado (ex esclavo liberado de Augusto), 294
Celso, 62-63, 297, 298
— sobre la dolencia hepática, 257
Cepión, Fannio (conspirador contra Augusto), 256
César *véase* Julio
Cesarión *véase* Ptolomeo XV
Charmion (sirvienta de Cleopatra), 235
Cibeles, Gran Madre, 131
Cicerón *véase* Tulio
Cina *véase* Cornelio
Circe (bruja homérica), 170
Claudia (hija de Fulvia con Publio Clodio Pulcro)
— contrae matrimonio con Octaviano, 130
— divorcio, 133, 136

Claudio Druso (Nerón, hijo de Livia: «Druso»), XIII, 261, 262, 268, 313, 316, 320, 321, 323, 327, 328, 334
— paternidad incierta, 149
— nacimiento, 149, 151
— juega con Augusto, 313
— campañas en los Alpes, 315
— no se le permite celebrar el Triunfo, 317
— busca la *spolia opima*, 322
— cabalgando, sufre un accidente, 324
— fallece, 324-325
— funeral, 325
Claudio Druso, Nerón, 367, 375
— muerte del hijo de Tiberio, 377, 378, 399
Claudio Marcelo Cayo (esposo de Octavia), 31, 32, 34, 35
— fallece, 135
Claudio Marcelo, Cayo (hijo de Octavia), 144, 247, 261, 268, 302, 313, 325, 328, 332
— asiste al Triunfo de Octaviano, 244
— se le concede el rango nominal de pretor, 255-256
— edil, 257-258, 260-261
— fallece, 261
— evocado por Virgilio, 262-263
Claudio Nerón Germánico, Tiberio (emperador Claudio), 325, 334, 339, 379-380
— fallece, 380
Claudio Nerón, Tiberio (hijo mayor de Livia: «Tiberio»), 2-5
— nace, 147
— escapa de Neapolis, 147-148, 151
— asiste al Triunfo de Octaviano, 244
— prometido con Vipsania, 260, 261, 262
— nombrado para la expedición a Armenia, 268
— aspecto físico y personalidad, 268-269
— primeros años de carrera, 268, 313
— felizmente casado, 313
— posiblemente, gobernador de la Gallia Comata, 314
— campañas en los Alpes, 315
— rechaza el Triunfo, 317
— cónsul, 317
— obligado a divorciarse de Vipsania, se casa con Julia, 320-321
— sustituye a Agripa, 321
— acude raudo al lecho de muerte de Druso, 324
— convicciones republicanas, 325-328
— segundo consulado, 329
— asume el mando en Germania, 329
— se retira inesperadamente, 331-332
— abandona Italia, 333
— se establece en Rodas, 333, 337
— obligado a divorciarse de Julia, 338, 339, 340, 341
— pide permiso para volver a Roma, 345
— visita a Cayo, 346
— regresa a Roma, 348, 350
— recibe el *imperium*, 351
— adopta a Germánico, 351-352, 356
— campaña en Germania, 357
— sofoca la revuelta de Panonia, 358-360
— elogiado por Augusto, 359-360
— vuelve a Germania, 363-364
— recibe poderes equivalentes a los de Augusto, 365, 367, 368

— es llamado a la cabecera de la cama de Augusto, 369
— niega tener conocimiento de la ejecución de Póstumo, 370, 371
— inocente de la muerte de Póstumo, 372
— heredero en el testamento de Augusto, 373, 374
— habla en el funeral de Augusto, 375
— sucede a Augusto y abandona Roma para establecerse en Capri, 377-379
— fallece, 379, 405, 407
Claudio Nerón, Tiberio (primer marido de Livia)
— matrimonio con Livia, 145
— principio de su carrera, 146-147
— escapa de Perusia y Esparta, regresa a Roma, 147-148
— accede a divorciarse, 149
— fallece, 151
Claudio Pulcro, Apio (amante de Julia), 339
Clemente (esclavo de Agripa Póstumo), 370, 372, 377
Cleopatra Selene (hija de Antonio y Cleopatra)
— nacimiento, 126, 178
— crianza y matrimonio, 236, 243
Cleopatra, reina de Egipto, 33, 43-44
— encantos y habilidades, 45
— da luz a Cesarión, 45
— en Roma, 56-57, 61
— se va de Roma, 71
— a semejanza de Isis, 123
— conoce a Antonio, 124-125
— relación con Antonio, da luz a gemelos, 126, 128, 135, 144
— renueva su amistad con Antonio, 177, 179-180
— acude en ayuda de Antonio, 181, 182
— da luz a Ptolomeo Filadelfo, 188
— recibe territorios de Antonio, 192-194
— como Isis/Afrodita, 193, 202-203
— se reúne con Antonio en Éfeso, 204-205
— acompaña a Antonio en campaña, 207-213, 214
— en Actium, 214, 215, 216, 217, 218, 219
— su escuadrón escapa de Actium, 220, 222
— anuncia la victoria en Alejandría, 225-226
— vive espléndidamente con Antonio, 227
— posible rendición de Pelusium, 229-230
— recibe al moribundo Antonio, 231
— en su mausoleo, 233
— recibe la visita de Octaviano, 234
— suicidio, 234-235, 237, 238, 240, 243
— efigie en el Triunfo, 243, 263, 280, 305, 335
Clodio Pulcro, Publio, 130
Cornelia (esposa de Pompeyo el Grande)
— es testigo del asesinato de su esposo, 102-103
Cornelia (madre de Graco), 300, 301, 339
Cornelio Balbo, Lucio, XIV, 73-74
Cornelio Cina Magno, Cneo (o Lucio)
— conspiración, 315
Cornelio Dolabela, Publio

— advierte a Cleopatra, 234, 235
Cornelio Escipión (amante de Julia), 339
Cornelio Escipión el Africano, Publio, 8, 93
Cornelio Gallo, Cayo
— al mando de las legiones en Cirenaica, 228-229
— destitución como prefecto de Egipto, 238
— posible suicidio, 238
Cornelio Sila, Lucio, 26, 98
Cornelio Tácito, Publio? (Tácito), 252, 280, 409
— sobre Livia, 301, 339, 350, 368, 369, 370, 373, 377, 379
— evaluación de Augusto, 380-383, 407
Cornificio, Lucio (acusador de Bruto)
— se le confiere el mando de la tropas de Octaviano en Sicilia, 165-166
— marcha con las tropas hacia Agripa, 167
— acude a una cena a la grupa de un elefante, 174
Craso *véase* Licinio
Crispino Sulpiciano, Quinto (amante de Julia), 339
Cristo (Jesucristo), XV

Delio, Quinto
— aconseja a Cleopatra, 124
— deserta, se une a Octaviano y revela el plan de batalla de Antonio, 217, 219, 222
Demóstenes, 84
Diana (diosa de la fertilidad y el alumbramiento), 288
— y Acteón, 354
Dikran II (Tigranes), rey de Armenia, XV, 331, 347
Dikran (Tigranes), rey de Armenia, XV, 347, 349
Dión *véase* Casio
Dioniso (Baco, dios tutelar de Marco Antonio)
— colina, 107
— Antonio como Dioniso, 123, 124, 141, 188, 191
— Antonio como Dioniso/Osiris, 193
— «abandona» a Antonio, 230, 340
Dis (dios del inframundo), 287, 288
Dolabela *véase* Cornelio
Domicio Ahenobarbo, Lucio (almirante republicano), 118, 122, 133, 134
— cónsul, 205
— deja Roma con Sosio y se une a Antonio, 205, 206
— siente antipatía por Cleopatra, 207
— deserta de Antonio y muere, 216, 217, 392
Druso *véase* Claudio

Egnacio Rufo, Marco
— ascenso y caída, 269, 274
Elio Sejano, Lucio, 378
Emilio Lépido, Marco (hijo del anterior)
— ejecutado por conspirar contra Octaviano, 226
Emilio Lépido, Marco, 35, 92, 95
— ayuda a fundar el Segundo Triunvirato, 97-98
— participa en la Proscripción, 99
— se porta mal con Turia, 101, 119, 135, 157, 162
— desembarca en Sicilia, 162
— pierde barcos de transporte ante Sexto Pompeyo, 164

— reclama Sicilia, 168-169
— se acoge al perdón de Octaviano y se retira, 169-170, 174, 202
— fallece, 318, 380
Emilio Paulo, Lucio (hermano mayor de Lépido), 99
Emilio Paulo, Lucio, 353
Emilio Sejano, Lucio, 378
Eneas (príncipe troyano), 13, 240, 262, 281
— modelo de Augusto, 282
Epicuro, 159
Escipión *véase* Cornelio
Escribonia (esposa de Octaviano)
— contrae matrimonio con Octaviano, 133
— da a luz a Julia, 141
— Octaviano se divorcia de ella, 145, 148-149, 255
— se reúne con Julia en el exilio, 343
Espartaco
— rebelión de esclavos, 15, 28, 160
Esquilo, 263
Estatilio Tauro, Tito
— construye anfiteatro de piedra, 200
— derrota a la caballería de Antonio, 216
Estayo Murco, Lucio (almirante Republicano), 118, 122
Estrabón (geógrafo), 158, 232, 316, 408
Eurípides
— *Medea,* 115

Fabio Máximo, Paulo
— acompaña a Augusto a Planasia, 367-368, 371
— fallece, 368, 405
Fannio *véase* Cepión
Filipo *véase* Marcio
Filipo, rey de Macedonia, 18, 84, 107
Fraates *véase* Frahâta
Frahâta IV, rey de Partia, XV, 171, 267, 269, 309, 345
Frahâtak (Fraataces), rey de Partia, XV, 345, 347
— encuentro con Cayo César, 347
Fufio Caleno, Quinto, 132-133, 135, 153
Fulvia, 201, 209, 228, 263, 338
— contrae matrimonio con Marco Antonio, 61-62, 81
— crueldad, 101
— con Lucio Antonio, desafía a Octaviano, 126-127
— motivaciones para la guerra de Perusia, 128-129, 130-131
— cae enferma y muere, 132, 133, 135

Gallo *véase* Cornelio
Germánico Julio César (Nerón Claudio Germánico, hijo del mayor de los Druso), 320, 325
— personalidad, 334, 350
— adoptado por Tiberio, contrae matrimonio con Agripina, 351-352, 360, 364-365, 367
— visita el lugar del desastre de Varo, 377-378, 380
— fallece, 378, 379
Gláfira (amante de Antonio), 131
Glicón (doctor de Pansa), 91
Graco *véase* Sempronio
Gracos *véase* Sempronio
Guillermo II, káiser, 378

Hécuba, reina de Troya, 268
Hércules (Heracles), 33, 105

— obra sobre él, 115
Herodes el Grande, XIII, 177
— aconseja a Antonio que mate a Cleopatra, 207-208, 408
Hircio, Aulo, 74, 79, 86, 88
— batalla de Forum Gallorum, 89-91
— asesinado, 91
— sexo con Octaviano, 131
Hitler, Adolf, 378
Homero, 19, 157
Horacio (Quinto Horacio Flaco), 42-43
— afirma haber dejado su escudo en Filipos, 118
— viaje a Tarento, 159-160, 368-369
— actitud hacia el sexo, 178-179
— difama el nombre de Cleopatra, 240, 246, 256
— *Odas* sobre llamamiento al renacer moral, 282, 285
— llamamiento al renacimiento religioso, 286-287
— Himno del Centenario, 288, 309-310
— muerte, 326-327
— *Odas* sobre Tiberio y Druso, 326, 336, 368, 409

Iras (sirvienta de Cleopatra), 235
Isis
— Cleopatra como, 123, 124, 188, 192, 193
— templo, 231

Juba I, rey de Numidia, 52
Juba II, rey de Mauritania, 236, 355
Julia (abuela de Augusto)
— cuida de Cayo Octavio, 18
— fallece, 19
Julia (hija de Augusto), XII
— nace, 141, 145
— contrae matrimonio con Marcelo, 255
— contrae matrimonio con Agripa, 262-263, 267
— da a luz a Cayo César, 268, 313
— da a luz a Lucio César, 313, 320
— contrae matrimonio con Tiberio, 321, 331, 332, 337
— relación con Augusto, 337-338
— exiliada, 338-339, 345
— análisis de su caída, 338-342, 343, 352, 353, 355
— fallece, 378
Julia (hija de Julio César), 63, 136
Julia (madre de Antonio), 132
Julia (nieta de Augusto)
— nacimiento, 313
— escándalo y exilio, 352-353, 355, 358, 379
Julia Livia («Livila», hija del mayor de los Druso), 325, 335
— enferma, 369
Julio (Ascanio), 13
Julio Antonio *véase* Antonio
Julio César, Cayo, X, XII, XIII, XIV, 13, 14, 15, 18, 20, 21, 23, 27
— aparición, 28
— Primer Triunvirato, Procónsul en la Galia, 28, 29, 30
— regresa a Italia, 32, 33
— cruza el Rubicón, 34
— en España, 35
— Farsalia, 36
— en Egipto, 37, 43
— relación con Cleopatra, 43-45, 46, 47
— campaña africana, 47, 48, 49
— triunfos, 51-53, 55, 56
— *hortus*, 56
— campaña española, 57-61, 62
— en Roma, 63-64, 66, 67

— asesinado, 69-70
— funeral, 70
— publicación del testamento, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80
— recopilación de ocurrencias de Cicerón, 83, 84, 85, 87, 94, 95, 97, 99
— indulto a Sexto Pompeyo, 104
— divinizado, 105, 108, 115, 116, 117, 119, 128, 130
— presuntas relaciones sexuales con Octaviano, 131-132, 136, 146, 154, 160, 165, 170, 174, 176, 177, 178, 179
— supuesto amante del rey de Bitinia, 179, 180, 192, 196, 201, 202, 206, 234, 237, 239, 242, 243, 244, 248, 252, 253, 259, 261, 262, 270, 276
— reproches de Virgilio, 281, 295, 302
— encarga el mapa del mundo, 310, 319, 327, 329, 335, 375, 381, 390, 397
Julio Higino, Cayo (bibliotecario), 242
Junio Bruto Albino, Décimo (asesino de César), 61
— nombrado procónsul de la Galia Cisalpina, 77, 83
— asediado en Mutina, 85, 88, 90
— liberación de Mutina, 92
— desertan de él y es asesinado, 93
Junio Bruto Cepión, Marco (asesino de César), XII, 28, 67
— participa en el asesinato de César, 69-70, 74
— va a Atenas, 77, 80, 88
— habla en favor de Glicón, 91, 93, 95, 97, 98, 102, 105
— se prepara para la guerra, 106, 107
— acampa cerca de Filipos, 108
— primera batalla de Filipos, 109-112
— inicia la segunda batalla de Filipos, 113-114
— se suicida, futura reputación, 114-115, 118, 120, 165, 175, 205, 208, 212, 226
— respetado por Livio, 280, 408
Junio Silano, Décimo (amante de la menor de las Julias), 353, 379
Juno (equivale a Hera), 40, 288
Júpiter (equivale a Zeus), 40, 288

Lépido *véase* Emilio
Licinio Craso, Marco (nieto del Triunviro)
— reclama la *spolia opima*, 248
Licinio Craso, Marco (Triunviro), 28
— batalla de Carrhae, 29-31, 32, 63, 175, 189, 226, 250
Licino (ex esclavo liberado de Augusto), 294
Livia Drusila (posteriormente Julia Augusta, esposa de Augusto), 2, 4-6
— Octaviano se enamora de ella, 145
— nacimiento, 146
— se casa y da a luz, 147
— escapa de Perusia, Nápoles y Esparta y regresa a Roma, 147-148
— prometida de Octaviano, 148-149
— boda, 195-151, 195, 196, 203, 241, 245
— sin hijos, 245
— viaja con Augusto, 254
— posible alianza con Agripa, 260-261, 262

— se rumorea que envenenó a Marcelo, 262-264, 267, 284, 285, 286, 289, 292, 293, 294, 296
— estilo de vida, 298-302
— moda, 298
— actitud frente a la vida pública, 299-301, 305
— fama de conspiradora, 313
— suplica clemencia para Cina, 315
— apodada «*Ulixes stolatus*», 321, 323
— afligida por la muerte de Druso, 324-325, 328, 332, 333
— trata a Claudio con desprecio, 334, 340, 342
— generosa con Julia, 343, 345
— aboga por el regreso de Tiberio, 348, 350
— es sospechosa de haber planeado los asesinatos de Lucio y Cayo, 351
— difamada por Póstumo, 352, 353, 355, 368
— presunta envenenadora, 369, 370, 371, 372, 378
— higos envenenados, 372
— adoptada por Augusto, 373-374
— espera junto a la pira de Augusto, 375-376
— se le culpa de haber envenenado a Germánico, 378
— muere, 379
— divinizada por Claudio, 380, 402
Livila *véase* Julia Livia
Livio, Tito, X, XIII, XV, 188
— carrera, 280
— acusación de declive moral, elogia a los republicanos importantes, 280, 281, 334-335
Lolio, Marco
— derrotado en la Galia, 314
— consejero de Cayo César, 346
— se dice que ha aceptado sobornos, 348
— destituido, 348
Lucina (diosa del alumbramiento), 140
Lucio César (nieto de Augusto), 316, 320, 323, 325, 327, 330, 331, 332, 333, 335, 336, 341, 342, 343, 345, 348
— nacimiento, 313
— muere en Massilia (Marsella), 348-349, 350, 351, 373
Luis XIV, 378
Lutacio Catulo, Quinto
— sueño, 242-243

Macrobio, 245, 404, 408, 409
Manes (espíritus de los difuntos), 54, 376
Manius (ex esclavo liberado de Fulvia), 131
Marcela (esposa de Agripa)
— divorciada, 262-263
Marcelo *véase* Claudio
Marcia (esposa de Paulo Fabio Máximo), 368
Marcia (hija de Filipo), 32-33
Marcio Filipo, Lucio, 18-19
— cónsul, 31, 32, 34, 35, 36, 61, 68, 71-72, 73, 95, 390
Mario, Cayo, 26
Marsias (sátiro), 340, 342, 355
Marte (equivale a Ares), 40, 52, 128, 210, 287, 336
Mecenas, Cayo Cilnio, XIII, 21, 62, 66, 72, 108, 113, 279, 289, 304, 368, 370
— en Brindisi, 135, 158-159
— se une al viaje hacia Tarento, 159-160, 163, 213
— descubre el complot del joven Lépido, 226, 240

— personalidad, 244-247, 254
— indiscreción sobre Murena, 257
— aconseja sobre el matrimonio de Agripa con Julia, 263
— muerte, 326-328
Menécrates (almirante de Sexto Pompeyo), 141
— asesinado, 155
Menodoro (o Menas, almirante de Sexto Pompeyo), 141, 142, 143, 144
— deserta de Sexto Pompeyo, 153-154
— derrota a Menécrates, 155, 156
Mercurio (equivale a Hermes), 40
Mesala *véase* Valerio
Metelo *véase* Cecilio
Minerva (equivale a Atenea o Atena), 40
Mitrídates VI, rey del Ponto, 26, 28, 175
Munacio Planco, Lucio, 92
— carrera, 209
— abandona a Antonio por Octaviano, revela el paradero del testamento de Antonio, 209-210, 335
Murco *véase* Estayo
Murena *véase* Terencio
Musa, Antonio (médico), 258
Mussolini, Benito
— ordena desecar las Lagunas Pontinas, 160

Napoleón, 378
Neptuno (dios de los mares), 157, 163, 352
Nicolás, XIII, 42, 47, 55, 60, 62, 67, 72, 73, 388, 390, 408, 409
Nigidio Fígulo, Publio, 242, 243
Nonio Asprenas, Lucio, 264
Octavia (hermana de Augusto), 8
— contrae matrimonio con Marcelo, 31, 93, 94
— su marido muere, 135
— contrae matrimonio con Antonio, 136, 141
— da a luz a Antonia, 141
— intenta reconciliar a Antonio y Octaviano, 140-141, 161
— promueve los intereses de Antonio, 176, 178, 179, 182, 202
— divorcio de Antonio, 209, 236, 244
— no se lleva bien con Livia, 260
— se vuelve solitaria, se desmaya en una lectura de la *Eneida,* 262-263, 294, 325, 328, 342
Octavia (hermanastra de Augusto), 8
Octavio, Cayo (padre de Augusto), 4, 9
— cuestor, 11
— contrae matrimonio con Atia, 12-13
— edil, 15
— propretor, 15
— se hace cargo de los partidarios de Espartaco, muere, 16, 19, 26, 146
Olimpia (madre de Alejandro Magno), 242
Orodes *véase* Urûd
Ovidio (Publio Ovidio Nasón), 298, 304
— *Amores, Ars Amatoria,* personalidad, 336-337
— exiliado, *Tristia, Epistulae ex Ponto,* su «error», 354, 55-356, 368, 379, 409

Pakûr (Pacorus), príncipe de Partia, XV
— invade Siria, pierde la vida en el campo de batalla, 175-176

Pansa *véase* Vibio
Papio Mutilo, Marco, 285
Paulo *véase* Emilio
Pedio, Quinto, 71
— se convierte en cónsul, 94
— declara proscritos a los asesinos de César, 94-95, 104
Píndaro (ex esclavo liberado de Casio), 112
Planco *véase* Munacio
Platón
— *Fedón*, 47
Plinio el Viejo, 260, 341, 346, 386, 387
Plutarco, XIV, 29, 33, 34, 44-45, 123, 124, 125, 136, 144, 158, 176, 181, 182, 215, 216-217, 220, 225, 227-228, 231, 234, 235, 381, 408, 409
Polemón, rey del Ponto, 177, 226
Polio *véase* Asinio
Pompeyo Magno Pío, Sexto (hijo menor de Pompeyo), XIII
— en España, 57
— se escapa después de Munda, 59
— es testigo del asesinato de su padre, 102
— libra la campaña de guerrillas en España, se establece en Sicilia, 103-104, 118, 119
— bloquea Italia, 122
— acusa a Octaviano de «reina», 131, 132, 133
— ataca Italia y conquista Cerdeña, 134, 135, 141
— firma el tratado de Misenum, 142-145
— recibe con frialdad a Tiberio Claudio Nerón, 147-148, 151-152, 153-154
— derrota a Octaviano en el mar, 154-155
— se proclama «hijo de Neptuno», 156-159, 161-163
— destruye los barcos de transporte de Lépido, 164
— espera a Octaviano, 164
— derrota la flota de Octaviano, 165-166
— provoca y pierde la batalla naval en Nauloco, 167-168
— huye hacia el este, 168
— recluta un ejército en Asia, es capturado y ejecutado, 170-171
— evaluación, 171, 174, 186, 201, 202, 223, 241, 246, 392
Pompeyo Magno, Cneo (hijo mayor de Pompeyo)
— en España, 57-58
— asesinado, 59, 103-104
Pompeyo Magno, Cneo (Pompeyo el Grande), XIII, 28, 30, 31-32
— zarpa hacia Grecia, 34, 35
— es derrotado en Farsalia y asesinado, 36-37, 57, 59, 93, 115
— su hijo es testigo de su muerte, 102, 122, 136, 141, 156, 168, 206, 212, 243, 250, 274
— elogiado por Livio, 280, 281, 315, 375
Pomponio Ático, Tito, 174
Popeo Sabino, Cayo, 285
Porcio Catón, Marco (Catón)
— personalidad, 29, 32
— en África, 45, 47
— comete suicidio, 47-48, 52, 53, 103, 115, 116
— rehabilitado por Virgilio, 280-281
— elogiado por Augusto, 281, 305
Porcio Catón, Marco (Catón): censor, 20, 178
Porcio Catón, Marco (hijo del anterior)
— asesinado en Filipos, 116

Primo, Marco (procónsul de Macedonia)
— juicio, 255-257, 259
Proculeyo, Cayo
— se le pidió que ayudara a Octaviano a suicidarse, 166
— captura a Cleopatra mediante una argucia, 232-233
Proserpina (diosa del inframundo), 287, 288
Ptolomeo Filadelfo (hijo de Marco Antonio y Cleopatra)
— nacimiento, 188
— educación, 236
Ptolomeo I (general de Alejandro), 43
Ptolomeo XII (padre de Cleopatra), 33
Ptolomeo XIII (hermano de Cleopatra), 37, 43
— muerto en el campo de batalla, 4
Ptolomeo XIV (hermano de Cleopatra), 56
Ptolomeo XV («Cesarión»; hijo de Cleopatra y Julio César), 45, 56, 63
— parentesco, 179, 192, 193, 202, 210
— ceremonia de mayoría de edad, 228
— ejecución, 235, 373

Quintilio Varo, Publio, 358, 361
— comete suicidio, 361-362, 377

Rómulo (Romulus), 66, 94, 196, 249, 289, 320
Rufilla, 203

Salustio (Salustio Crispo, Cayo; historiador), 370, 372-373
Salvia Titisenia, 203
Salvidieno Rufo, Quinto
— origen, 66, 127
— traicionado por Antonio, carrera, ejecutado, 136-137, 238
Sempronia, 300, 301, 339
Sempronio Graco, Cayo, 25, 300
Sempronio Graco, Tiberio, 25, 300
Sempronio Graco, Tito (amante de Julia), 339
Septimip, Lucio (asesino de Pompeyo el Grande), 103
Sergio Catilina, Lucio, 15, 83, 128, 300, 301, 339
Servilia (amante de Julio César), 28, 69
Servilia (primera esposa de Augusto), 130
Servilio Vatia Isáurico, Publio, 130
Sila *véase* Cornelio
Silano *véase* Junio
Sófocles, 103
Sosio, Cayo
— cónsul, reprueba a Octaviano, 205
— se une a Antonio, 206
— fracasa al intentar salir de Actium, 216, 220
— empleado por Octaviano, 239
Strabo *véase* Estrabón
Suetonio, XIV, 14, 16, 20, 27, 42, 91, 99, 101-102, 127-128, 131-132, 139, 148, 149, 163, 167, 179, 247, 248, 257, 260, 284, 291, 295, 303, 304, 321, 325, 333, 337, 353, 368, 369, 372, 382, 408, 409

Tácito *véase* Cornelio
Tarquinio el Soberbio (último rey de Roma), 201
Tedio Afer, 293

Tennyson, lord Alfred, 382
Terencia (esposa de Mecenas), 245, 257, 314, 371
Terencio Varrón Murena, Aulo
— defiende a M. Primo, 256
— irrespetuoso con Augusto, implicado en un complot contra el *princeps*, condenado a muerte, 256-257, 289
Terentilla (posiblemente, otro nombre de Terencia), 203
Tertulla, 203
Tiberio *véase* Claudio
Tigranes *véase* Dikran
Titinio, 112
Toranio Flaco (traficante de esclavos?), 304
Toranio, Cayo, 18, 99
Trajano (Marco Ulpio Trajano), emperador, 378
Tulio Cicerón, Marco (Cicerón), XIII, 15, 20, 48, 56, 65, 73, 76
— advierte a Octaviano, 77-78, 82
— personalidad y carrera, 83-85
— pronuncia las *Filípicas*, 84
— bromas a costa de Octaviano, 86, 92
— proscrito, 99
— asesinado, 101, 160, 203
— sueño, 242, 243
— denuncia envenenamiento en discursos, 263, 335, 379, 408
Tulio Cicerón, Marco (hijo del anterior), 118
— nombrado procónsul de Siria, 226
Turia, 101

Urûd III, rey de Partia, XV, 175

Valerio Mesala Corvino, Marco, XIII, 213, 335
Vario Rufo, Lucio (poeta y amigo de Virgilio)
— publica la *Eneida*, 281
Varo *véase* Quintilio
Vedio Polio, Publio, 304
Veleyo Patérculo, Cayo, 15, 334, 339, 348, 349, 350, 359, 407
Ventidio Publio
— campañas contra los partos, 176
— asedia Samosata, destituido por Antonio, 176
Venus (equivale a Afrodita), 13, 40
Vibio Pansa Centroniano, Cayo, 74, 79, 86, 89
— herido, 89
— muerte, 91, 263-264
Vinicio, Lucio, 337
Vipsania (esposa de Tiberio), 260, 313, 320-321, 356
Vipsanio Agripa, Marco, XIII, 20-21, 51, 55, 58, 62, 66, 72
— acusa a Casio, 95, 108, 113, 127, 153
— regresa de Italia, 158
— inventa un nuevo rezón *(harpax)*, 158
— construye una flota, 162
— gana la batalla naval de Mylae, 164-165
— gana la batalla de Nauloco, 167-168
— se le concede la *corona rostrata*, 174
— contrae matrimonio con Cecilia, 174, 186
— acude a Illyricum, 186, 187, 191
— como edil, renueva el sistema de suministro de agua de Roma, 197-201
— a cargo de la flota, 213-214
— tácticas para Actium, 214
— captura Leucas, impide que

Sosio se escape, 215-216, 217-218, 219, 220, 222-223
— intenta sofocar el motín, 226, 227
— no se necesitan sus servicios militares en Egipto, 228, 240
— personalidad, 245-247, 248, 249, 253-254, 255, 258
— recibe el anillo de sello de Augusto, 258
— recibe el *imperium proconsulare*, se dirige hacia el este, 260
— posible alianza con Livia, 260
— se le concede la *tribunicia potestas*, 261
— contrae matrimonio con Julia, 262-263, 265-266, 267
— en la Galia y España, 267
— nace Cayo, 268, 269, 271, 274, 275, 285, 289, 294, 298
— lleva a cabo el *Orbis terrarum*, 310, 312
— posible inventor de la estrategia de frontera Elba-Danubio, 311-313, 316
— se le concede el *imperium maius*, 317
— campaña contra los panonios, cae enfermo, 319-320
— sufre de gota, muere, 320, 321, 323, 325, 326, 328, 329, 331, 352, 356, 383, 405, 409
Virgilio (Publio Virgilio Marón), 75
— infancia y personalidad, *Églogas*, 139
— celebra una nueva «Edad de Oro», 140-141
— se une al viaje hacia Tarento, 159-160
— la *Eneida* idealiza a Octaviano en Actium, 240-241, 246, 256
— Marcelo aparece en la *Eneida*, 261-262
— rehabilita a Catón, 281
— fallece, 281
— imagina una nueva Edad de Oro, 281-282, 309, 336, 347, 409

Ilustraciones

Árbol genealógico

La Dinastía Juliana-Claudia . . . . . XVIII-XIX

Mapas

El Imperio Romano en la época de Augusto . . . . . XX-XXI
Italia y Sicilia en la época de Augusto XXII
La batalla de Mutina 89
La batalla de Filipos. 111
Roma en la época de Augusto 198-199
La batalla de Actium 221
El *Orbis Terrarum* de Agripa (reconstrucción) 312

Índice

Prefacio VII
Cronología XIII
Árbol genealógico XVIII
Mapas XX

Introducción 1
1. Escenas de infancia en el campo 7
2. El tío abuelo 23
3. Una lección política 39
4. Asuntos pendientes 51
5. Un muchacho con un nombre 65
6. De la victoria a la derrota 81
7. Campos de exterminio 97
8. Mundo dividido 119
9. La Edad de Oro 139
10. Luchando contra Neptuno 153
11. Disparos partos 173
12. Occidente es Occidente y Oriente es Oriente 185
13. La Guerra Fría 195
14. Enfrentamiento 207
15. Una larga despedida 225
16. Abdicación 239
17. El amado de los dioses 253
18. Ejerciendo el poder 265
19. El culto a la virtud 279
20. La vida en la corte 291
21. Ampliando el Imperio 309
22. Una familia en guerra 329
23. Regreso del exilio 345

24. El amargo final 357
Hacia el futuro 377

Notas 385
Fuentes 407
Agradecimientos 413
Índice onomástico 415
Ilustraciones 435